

Amiano Marcelino

**HISTORIA DEL IMPERIO
ROMANO DEL 350 AL 378**

CLÁSICOS DE HISTORIA 129

AMIANO MARCELINO

HISTORIA DEL IMPERIO ROMANO DEL 350 AL 378

TRADUCCIÓN DE F. NORBERTO CASTILLA

MADRID 1895 (I) Y 1896 (II)

ÍNDICE

LIBRO XIV	3
LIBRO XV	21
LIBRO XVI	36
LIBRO XVII	52
LIBRO XVIII	68
LIBRO XIX	79
LIBRO XX	91
LIBRO XXI	105
LIBRO XXII	119
LIBRO XXIII	137
LIBRO XXIV	151
LIBRO XXV	163
LIBRO XXVI	177
LIBRO XXVII	190
LIBRO XXVIII	203
LIBRO XXIX	218
LIBRO XXX	234
LIBRO XXXI	246
RESUMEN	265

LIBRO XIV

Crueldad del César Galo.—Irrupción de los isaurios.—Tentativa fracasada de los persas.—Incursiones de los sarracenos.—Sus costumbres.—Suplicio de los partidarios de Magnencio.—Corrupción del Senado y del pueblo romano.—Barbarie y furores de Galo.—Descripción de las provincias de Oriente.—Nuevas crueldades del César Galo.—Constancio concede la paz a los alemanes, que la imploran.—Llama el Emperador a Galo y le hace decapitar.

Habíanse corrido los azares de interminable lucha, y el cansancio se apoderaba de los dos bandos después de aquella terrible serie de esfuerzos y de peligros; pero apenas había cesado el clamor de las trompas y los soldados habían regresado a sus cuarteles de invierno, cuando, por adversa fortuna, los atentados del César Galo daban origen a nueva serie de calamidades para el Estado. Por inesperado cambio de suerte, habiendo subido desde extraordinario abatimiento al rango más elevado después del supremo, este príncipe rebasó en seguida los límites del poder que se le había confiado, y manchó su administración con actos de salvaje crueldad. El brillo de su parentesco con la familia imperial, realizado con el nombre de Constancio, con que acababa de ser honrado, exaltó en modo extraordinario su arrogancia, siendo cosa clara para todos que solamente le faltaba la fuerza para llevar sus furores hasta en contra del mismo autor de su elevación. Los consejos de su esposa irritaban más y más sus feroces instintos. Hija de Constantino, que la casó primeramente con su sobrino el rey Annibaliano, se enorgullecía sobremanera llamando hermano al Emperador reinante: y esta Megera mortal, tan sedienta de sangre humana como su esposo, le excitaba continuamente a derramarla. La edad aumentó en ellos la ciencia del mal; habían organizado tenebroso espionaje, compuesto de agentes pérfidamente hábiles para envenenarlo todo con lisonjeros relatos; debiéndose a sus ocultos manejos las acusaciones de entregarse a las artes nefandas o de aspirar al trono, acusaciones que caían sobre los varones más inocentes. La repentina catástrofe de Clemacio, eminente personaje de Alejandría, señala especialmente el alcance de una tiranía que no se limita a los crímenes vulgares. Dícese que, sintiendo su suegra violenta pasión por él, y no habiendo podido conseguir que le correspondiese, había conseguido penetrar en palacio por una entrada secreta; y que allí, mostrando a la reina un collar riquísimo, consiguió se enviase una orden de ejecución a Honorato, conde del Oriente. Recibida la orden, fue ejecutado Clemacio, sin darle tiempo para pronunciar una palabra.

Después de este acto inaudito, prueba de desenfrenada arbitrariedad, podía temerse por otras víctimas; y en efecto, por sombra de sospecha se multiplicaron las sentencias de muerte y de confiscación. Los desgraciados a quienes se arrancaba de sus lares sin dejarles otra cosa que los gemidos y las lágrimas, tenían que vivir de limosna; y hasta las sencillas prescripciones de orden público venían a ser auxiliares de una autoridad inhumana, cerrando a aquellos infelices las puertas de los ricos y de los grandes. Desdeñábanse las ordinarias precauciones de la tiranía; y ni un acusador, ni siquiera de oficio, dejó oír su voz comprada, aunque no fuese más que para tender un velo de formas jurídicas sobre aquel montón de crímenes. Lo que el implacable César había dictado era considerado como legal y justo, siguiendo inmediatamente la ejecución a la sentencia. Pensóse también en recoger hombres desconocidos, de condición bastante vil para que no llamasen la atención y enviarles a espiar en las calles de Antioquía. Aquellos malvados paseaban afectando indiferencia, se mezclaban especialmente en los grupos de las personas distinguidas y penetraban en las casas ricas so pretexto de pedir limosna. Terminado el paseo, cada uno de ellos entraba en palacio por una puerta excusada y daba cuenta de lo que había visto u oído: existiendo previo concierto, primeramente para mentir o amplificar los relatos, y además para suprimir toda palabra laudatoria que el terror hubiese podido arrancar a algunas bocas. Ocurrió más de una vez que una frase dicha, al oído, en el secreto de la intimidad, por un esposo a su esposa, hasta sin testigos domésticos, la conocía a la mañana siguiente el César, que parecía poseer las facultades

adivinatorias que se refieren de Amphiarao y de Marcio; llegándose a temer que las paredes se enterasen de los secretos. La reina, que parecía empujar con impaciencia a su esposo al precipicio, estimulaba más y más este furor de averiguación; cuando, mejor inspirada, hubiese podido traerle a las vías de la clemencia y de la verdad por medio de la facultad de persuasión que la Naturaleza ha dado a su sexo; pudiendo imitar el excelente modelo que le ofrecía la esposa del emperador Maximino, princesa a quien presenta la historia de los Gordianos constantemente ocupada en el cuidado de dulcificar a su feroz marido.

Últimamente vióse que Galo no retrocedía ante un medio tan peligroso como infame, que, según dicen, usó ya Galieno en otro tiempo en Roma para deshonor de su gobierno, el de recorrer de noche las encrucijadas y las tabernas con corto número de acompañantes, que ocultaban espadas entre las ropas, preguntando a cada cual en griego, lengua que le era familiar, qué pensaba del César. Esto osó hacer en una ciudad cuya iluminación nocturna rivalizaba con la claridad del día. A la larga se descubrió el incógnito, y viendo entonces Galo que no podía salir del palacio sin que le conociesen, no realizó ya excursiones sino en pleno día y solamente cuando se creía llamado por grave interés: pero fue necesario el transcurso de mucho tiempo para que se olvidasen aquellos horribles excesos.

Thelassio, que era entonces prefecto presente del pretorio, de tan rudo carácter como el príncipe, estudiaba la manera de irritar aquel ánimo cruel y de impulsarlo a mayores excesos. En vez de procurar atraer a su señor a la benevolencia y a la razón, como a veces han intentado con éxito los que se encuentran cerca de los poderosos, adoptaba, al menor disentimiento, actitud de oposición, que provocaba infaliblemente accesos de ira. Thelassio escribía con frecuencia al Emperador, exagerando el mal y procurando, ignórase con qué objeto, que supiese Galo que así lo hacía. Esto aumentaba la exasperación de Galo, que se precipitaba ciegamente entonces contra el obstáculo; sin detenerse más que un torrente en el camino de crueldad a que se había lanzado.

Otras muchas calamidades azotaban al Oriente en esta época. Conocido es el carácter inquieto de los isaurios: en tanto tranquilos, en tanto llevando a todas partes la desolación con repentinas correrías, por haberles dado buenos resultados algunos actos de depredación realizados de tarde en tarde, se enardecieron con la impunidad hasta el punto de lanzarse a grave agresión. Su turbulencia había sido hasta entonces la causa de las hostilidades; pero ahora apelaban con cierta jactancia al sentimiento nacional, sublevado por un ultraje extraordinario. En contra de la costumbre, algunos prisioneros isaurios habían sido arrojados a las fieras en el anfiteatro de Iconio, en Pisidia. Cicerón dijo: «El hambre atrae a las fieras al punto donde una vez encontraron pasto.» Multitud de aquellos bárbaros abandonaron sus inaccesibles montañas y cayeron sobre las costas. Ocultos en el fondo de barrancos o en profundos valles, acechaban la llegada de las naves de comercio, esperando, para atacarlas, a que cerrase la noche. La luna, en creciente, les daba bastante luz para observar sin descubrirles. En cuanto suponían dormidos los marineros, trepaban con pies y manos por los cables de las anclas, asaltaban en silencio las naves, sorprendiendo de esta manera a la tripulación; y, excitados por la avidez, su ferocidad no perdonaba a nadie, hasta que, exterminados todos, se apoderaban del botín sin distinguir lo bueno de lo malo.

Pero no prolongaron mucho estas depredaciones. Descubriéronse al fin cadáveres de los que habían asesinado y robado, y desde entonces nadie quiso recalar en aquellos parajes, huyendo las naves de las costas de Isauria, como en otro tiempo de las siniestras rocas de Sciron, pasando al litoral opuesto de la isla de Chipre. Continuando la desconfianza, los isaurios abandonaron la playa, que ya no les brindada ocasiones de pillaje, para lanzarse sobre el territorio de sus vecinos de Lycaona. Interceptando allí los caminos con fuertes parapetos, ponían a rescate con pena de la vida a cuantos pasaban, habitantes o viajeros. Estos desmanes indignaron a las tropas romanas acantonadas en los numerosos municipios del país o en las fortificaciones de las fronteras. Mas no por ello dejó de extenderse la invasión; porque en los primeros combates librados con el grueso de los bárbaros o bandas diseminadas, los romanos, inferiores siempre en número, pelearon desventajosamente con enemigos nacidos y criados en medio de las montañas, por cuyas asperezas

trepaban con tanta facilidad como caminamos nosotros por la llanura, y que en tanto agobiaban desde lejos con una nube de dardos, en tanto difundían espanto con horribles alaridos. Obligados algunas veces nuestros soldados, para seguirles, a escalar abruptas pendientes, cogiéndose a las raíces y malezas de las rocas, veían de pronto, después de haber escalado algún elevado pico, que les faltaba terreno para desenvolverse y maniobrar a pie firme. Necesario era entonces descender, con peligro de que les alcanzasen los peñascos, que el enemigo, coronando todas las cumbres, hacía rodar sobre ellos; y si era necesario pararse y combatir, resignarse a perecer sobre el terreno, aplastados por la caída de aquellas enormes peñas. Al fin recurrieron a táctica más prudente, que consistía en evitar el combate cuando el enemigo lo presentaba en las alturas, y en caer sobre él, cual si fuera rebaño vil, en cuanto aparecía en campo raso. Frecuentemente se presentaban grupos de isaurios en la llanura y siempre quedaron destrozados, antes que pudiera moverse ni uno de ellos o lanzar alguno de los dos o tres venablos con que ordinariamente iban armados.

Aquellos bandidos comenzaron entonces a considerar peligrosa la ocupación de la Licaonia, porque el país es llano generalmente, y más de una vez habían experimentado que no podían resistir en batalla campal. Tomando, pues, caminos extraviados, penetraron en la Pamfilia, comarca inmune desde mucho tiempo, pero que el temor de la invasión y sus desastres había hecho llenar de puestos militares, muy cercanos entre sí, y de fuertes guarniciones. Confiando en el vigor de sus cuerpos y agilidad de sus miembros, se habían lisonjeado de adelantarse, por medio de marchas forzadas, a la noticia de la invasión; pero emplearon más tiempo del que pensaron en pasar por las sinuosidades del camino emprendido y por los elevados picos que tenían que franquear; y cuando, dominados los primeros obstáculos, llegaron a las escarpadas orillas del río Melano, cuyo profundo lecho forma como foso alrededor de la comarca, les dominó el temor, tanto más cuanto que era noche cerrada y tenían que detenerse hasta el amanecer. Habían confiado en cruzar el río sin pelear, y en seguida por sorpresa devastarlo todo en la otra orilla; pero les esperaban grandes trabajos y ningún provecho. Al amanecer vieron delante escarpadas riberas y un canal estrecho y profundo que tuvieron que reconocer y cruzar a nado. Mientras procuraban encontrar barcas de pescadores, o construían apresuradamente almadías, reuniendo troncos, las legiones que invernan en las cercanías de Sida pasaron rápidamente a la orilla opuesta, clavaron fuertemente las águilas, y formando parapeto con los escudos, hábilmente entrelazados, destrozaron a cuantos se aventuraron en las almadías o intentaron pasar con el auxilio de troncos huecos. Después de inútiles esfuerzos, los isaurios cedieron tanto al miedo como a la fuerza, y caminando a la aventura, llegaron a Laranda, donde pasaron algún tiempo rehaciéndose y acopiando provisiones. Dominando al fin el miedo, iban a lanzarse sobre los ricos pueblos de las inmediaciones, cuando la casual llegada de una cohorte de caballería, a la que no se atrevieron a resistir en la llanura, les obligó a emprender la fuga; pero al retirarse, convocaron a toda la juventud en estado de empuñar las armas.

El hambre, cuyos rigores experimentaron de nuevo, les llevó ante una ciudad llamada Palea, cercana al mar y rodeada con fuertes murallas, ciudad que es todavía hoy el depósito central de provisiones del cuerpo de ocupación de la Isauria. Tres días y tres noches estuvieron detenidos delante de aquella fortaleza; pero como la plaza está situada sobre una altura que no puede escalarse sino al descubierto, y ellos no podían practicar trabajos de mina ni otro medio alguno de guerra, con pesar profundo levantaron el sitio, impulsándoles la necesidad a intentar en otra parte un golpe rudo.

El fracaso los había irritado más, encontrándose aguijoneados por la desesperación y el hambre; y toda aquella masa, aumentada con los nuevos refuerzos, se lanzó con irresistible impetuosidad para saquear la capital de Seleucia. El conde Castricio ocupaba a la sazón la plaza con tres cohortes de soldados aguerridos; y a la señal de sus jefes, advertidos oportunamente de la llegada de los isaurios, las tropas, preparadas en seguida, avanzan rápidamente, y pasando a la carrera el puente del río Calicadno, cuyas profundas aguas bañan el pie de las torres que defienden la ciudad, se forman en batalla en la otra orilla. Prohibióse salir de las filas y trabar escaramuzas, porque todo podía temerse del ciego furor de aquellas bandas, superiores en número y dispuestas

siempre a lanzarse con desprecio de la vida, hasta sobre la punta de nuestras armas. Sin embargo, el lejano sonido de las bocinas y la presencia de las tropas, resfriaron algo el ardor de los bárbaros. Detuviéronse, y en seguida se pusieron otra vez en marcha; pero con mesurado paso y blandiendo desde muy lejos sus espadas con amenazadores ademanes. Dominados los nuestros por el ardimiento, querían marchar contra el enemigo con las enserias altas y golpeando las lanzas contra los escudos; medio de excitación muy eficaz entre los soldados y que causa terror al adversario. Pero los jefes refrenan la impaciencia, comprendiendo lo innecesario de pelear al descubierto, cuando tenían a la espalda el amparo de fuertes murallas. Mandaron, pues, que entrasen las tropas en la ciudad, distribuyéndolas en las terrazas, parapetándolas en las murallas, provistas de toda clase de armas arrojadas, con objeto de exterminar bajo lluvia de piedras y dardos a cuantos se acercasen. Los sitiados, sin embargo, tenían grave motivo de preocupación. Entre los isaurios reinaba la abundancia, porque habían logrado apoderarse de las naves y provisión de granos; mientras que dentro de las murallas, agotándose los recursos ordinarios por el consumo diario, veíanse amenazados para corto plazo de los horrores del hambre.

Propagóse el rumor de estos acontecimientos, enviando mensajero tras mensajero para enterar a Galo, quien, por encontrarse ocupado lejos de allí el jefe de la caballería, mandó a Nebridio, conde de Oriente, que reuniese fuerzas por todas partes para libertar a toda costa una posesión tan importante por la grandeza de la ciudad y su ventajoso emplazamiento. Al enterarse de estas cosas, decamparon los isaurios; y después, sin intentar nada nuevo digno de mención, se dispersaron, según su costumbre, volviendo a sus inaccesibles montañas.

En esta situación se encontraban las cosas relativamente a Isauria. A la sazón hallábase comprometido el rey de los persas en una guerra de fronteras con pueblos belicosos que, sucesivamente, según el capricho de los tiempos, son para él vecinos hostiles o auxiliares contra nosotros. Pero uno de sus cortesanos más eminentes, llamado Nohodares, tenía encargo de invadir la Mesopotamia, y vigilaba atentamente nuestros movimientos, espionando la oportunidad de realizar su empresa. Sabiendo Nohodares que aquella comarca, constantemente expuesta a vejámenes, estaba guardada en todas direcciones por puestos militares y obras de defensa, creyó conveniente hacer un rodeo por la izquierda y marchó a emboscarse en los linderos del Osdroeno; maniobra de la que hay pocos ejemplos, y que, de tener éxito, lo hubiese devastado todo con la rapidez del rayo.

Cerca del Eufrates, en Mesopotamia, se encuentra Batna, fundada en otro tiempo por los macedonios y hoy ciudad municipal. En esta población residen muchos negociantes ricos, y es centro de activo comercio, tanto de productos de la India y de la Serica, como en géneros de toda procedencia, que llegan a este mercado por mar y tierra en los primeros días de Septiembre, atrayendo multitud de traficantes. Precisamente estos días de tumulto y confusión había elegido Nohodares para una sorpresa, y esperaba el momento ocultándose en las altas hierbas de las solitarias orillas del Aboras; pero delataron su presencia algunos de los suyos que desertaron por temor de castigos; y desde aquel momento abandonó la emboscada, sin atreverse a intentar golpe alguno, quedando en completa inacción.

Por otra parte, los sarracenos, a quienes no queremos por amigos ni por enemigos, aparecían repentinamente en tanto en un punto en tanto en otro, robando con rapidez cuanto encontraban al paso, a la manera del milano que cae sobre la presa desde la altura a que la descubre y que con igual velocidad desaparece, ora la coja, ora yerre el golpe. Al escribir la historia del emperador Marco Aurelio y de algunos reinados sucesivos, me he ocupado de las costumbres de este pueblo, del que diré muy poco ahora. Desparramado en una región que se extiende desde la Asiria hasta las cataratas del Nilo y los confines del país de los blemyos, esta raza tiene igual carácter en todas partes. Todos son naturalmente guerreros, van casi desnudos, sin otra prenda que un saco corto de colores, y lo mismo en paz que en guerra cambian continuamente de lugar con el auxilio de sus rápidos caballos y de sus flacos camellos. Ni uno de ellos pone mano al arado, ni cultiva una planta, ni pide a la tierra la subsistencia del hombre. Todo este pueblo vaga indefinidamente por inmensas soledades, sin hogar, sin asiento fijo y sin ley. Ningún cielo, ningún suelo puede detenerles mucho

tiempo, siendo su vida la emigración: entre ellos, la unión del hombre y la mujer es un contrato de arrendamiento: la esposa, contratada por precio y tiempo determinados, lleva a su marido, a manera de dote, por toda fortuna matrimonial, una lanza y una tienda, quedando dispuesta a separarse de él en cuanto expira el plazo y el marido lo indique. Imposible decir con cuánto furor se abandonan al amor los dos sexos en este pueblo, cuya existencia es tan móvil, que una mujer se casa en un lugar, da a luz en otro y cría a sus hijos lejos de allí, sin haber constituido domicilio ni por un momento. Generalmente se alimentan de caza, de leche que les suministran con abundancia sus rebaños, y de muchas clases de hierbas, que produce su suelo con mucha variedad, y cuando les es posible, de aves cogidas con lazos. Casi todos los que hemos visto ignoraban el uso del pan y del vino. Pero basta de esta perniciosa nación, y volvamos a nuestro relato.

Durante estas agitaciones de Oriente, Constancio, que pasaba el invierno en Arelate (Arlés), celebraba fastuosamente, con la pompa de los juegos del circo y representaciones teatrales, el trigésimo año de su reinado, cumplido el 6 de los idus de Octubre (10 de octubre). Su inclinación a la tiranía, cada vez más pronunciada, le hacía aceptar fácilmente toda acusación, por quimérica o dudosa que fuese, como verdadera y demostrada. Entregó primeramente a la tortura y desterró en seguida al conde Geroncio, que había pertenecido al bando de Magnencio. Y así como el contacto más ligero despierta la sensibilidad en una parte enferma, así también, para aquel carácter pusilánime y obtuso, el ruido más leve se convertía en atentado, en conspiración fraguada contra su vida. Las víctimas que hizo por miedo bastan para convertir su victoria en calamidad pública. Por elevado que estuviese cualquiera como militar u *honoratus* o por la consideración adquirida entre los suyos, por una palabra, por una sospecha, podía verse cargado de cadenas y tratado como bestia feroz; y hasta sin que interviniese acusador, bastaba haber sido nombrado, interrogado, citado, para que se dictase sentencia de muerte, de proscripción o destierro.

Sanguinaria adulación estimulaba más y más estos furores crueles, esta inquietud iracunda que se apoderaba del príncipe ante la sola idea de un atentado a su poder o a su persona. Rodeábale un como concierto de pérfidas exageraciones, simuladas quejas y declamaciones hipócritas acerca de los peligros de aquella preciosa vida, de la que pendían como de un hilo los destinos del universo. Por esta razón nunca se dio ejemplo de que al presentarle, según costumbre, la lista de las sentencias dictadas, revocase alguna de esta clase; clemencia muy común, sin embargo, hasta entre los soberanos más implacables. Y la edad, que ordinariamente calma los instintos feroces, no hizo otra cosa que desarrollarlos más en él, estando excitado por la turba de aduladores que nunca le abandonaba.

Sobresalía entre éstos el notario Paulo, oriundo de España, que ocultaba profunda astucia bajo imberbe rostro, siendo maravillosamente diestro para penetrar los secretos de cada uno y encontrar el medio de perderle. Había sido enviado a Bretaña para apoderarse de algunos militares señalados como favorecedores del partido de Magnencio, pero en el que habían entrado por necesidad. Excediéndose en su riguroso encargo fue como inundación que poco a poco se extiende, encontrándose muy pronto amenazadas multitud de vidas. Sus pasos señalaban ruina y desolación: llenáronse las prisiones de hombres que habían nacido libres, cuyos miembros se rompían a veces bajo el peso de las cadenas, y esto por delitos inventados caprichosamente y destituidos de toda verosimilitud; llegando estos excesos a una escena cruel que imprime indeleble mancha en el reinado de Constancio. Deploraba con amargura estos actos tan odiosamente arbitrarios, Martino, que administraba aquellas provincias como lugarteniente de los prefectos. Muchas veces había intercedido en favor de las víctimas pidiendo gracia para los inocentes, y, no pudiendo conseguir nada, manifestó por último que iba a renunciar el cargo, creyendo intimidar con esta amenaza al cruel informador e impedirle arrebatarse a los hombres su tranquilidad para presentarles como culpados. Temiendo Paulo, en efecto, que se quebrantase su influencia, con nuevo rasgo de la fatal habilidad que le valió el dictado de Catena (cadena), cuando el vicario del prefecto defendía calurosamente los intereses de sus administrados, consiguió comprometerle en el peligro común; y ya apresuraba la prisión del nuevo sospechoso, con el propósito de llevarle encadenado con los

demás a la corte del Emperador, cuando viendo Martino lo amenazador del peligro, lanzóse sobre Paulo espada en mano, pero no acertando al herirle, frustrado el golpe, volvió el arma contra sí mismo y se la clavó en el costado. Así pereció miserablemente un hombre honrado, al esforzarse por salvar a millares de desgraciados. Después de tantas atrocidades, regresó Paulo, cubierto de sangre, al campamento donde se encontraba el Emperador, llevando en pos multitud de prisioneros, doblegados bajo el peso de las cadenas, y en el estado más abrumador de miseria y abatimiento. A su llegada encontraron preparados los caballetes y dispuesto el verdugo entre sus instrumentos de tortura. De aquellos prisioneros, unos fueron proscriptos, otros desterrados, y los demás cayeron bajo la espada: porque en todo el reinado de Constancio, en el que bastaba una sospecha para que funcionasen los instrumentos de suplicio, difícilmente se encontraría un solo ejemplo de perdón.

En esta época, Orfito gobernaba con título de prefecto la Ciudad Eterna, y en el ejercicio de este cargo traspasaba audazmente los límites de autoridad delegada, su talento era despejado y muy notable su práctica de los negocios; pero su falta de instrucción llegaba a un grado casi vergonzoso en hombre de esclarecido nacimiento. Bajo su administración estallaron graves sediciones, ocasionadas por la escasez de vino, bebida cuyo inmoderado uso es con tanta frecuencia causa inmediata de conmociones populares.

Pero comprendo la admiración del extranjero que lea este libro, y no encuentre más que sublevaciones, escenas de embriaguez y otras abominaciones en el relato de lo que aconteció en Roma en aquella época. Indispensable es, pues, una explicación, y la daré breve y sincera en cuanto dependa de mí, sin faltar voluntariamente a la verdad.

En el momento en que Roma, cuya duración igualará a la de los hombres, apareció en el mundo, ajustóse un pacto entre la Fortuna y la Virtud, tan separadas hasta entonces, para favorecer de común acuerdo el maravilloso desarrollo de la naciente ciudad. Si una u otra hubiesen faltado, Roma no hubiera podido llegar al pináculo de grandeza que ha alcanzado. El pueblo romano desde la cuna hasta el tiempo en que terminó su infancia, período de cerca de tres siglos, combate alrededor de sus murallas. Guerras muy rudas ocupan también su adolescencia, y entonces cruza los Alpes y el mar. Para él, la edad viril es una serie de triunfos; recorre el mundo, y cada país que visitan sus armas le proporciona cosecha de laureles. Al fin llega la vejez, y a pesar de que su nombre solo consigue todavía victorias, aspira al descanso. Entonces, la venerable ciudad, satisfecha de haber domeñado las naciones más altivas y fundado una Constitución salvaguardia eterna de la libertad de sus hijos, eligió entre ellos los Césares para encargarles, como a prudentes padres de familia, la tutela del patrimonio común. No más inquietas tribus, no más centurias turbulentas, no más agitaciones electorales; por todas partes la tranquilidad de los tiempos de Numa. Y, sin embargo, no hay punto en el mundo donde no se salude a Roma como reina y señora, donde no se inclinen ante la antigua majestad del Senado y donde no sea temido y respetado el nombre romano.

Pero este noble Senado vio empañado su lustre por la disoluta ligereza de algunos miembros suyos, que no se contenían en el vicio, entregándose a desórdenes de toda clase, sin querer recordar en qué suelo nacieron; porque, como dice el poeta Simónides, no hay felicidad completa si la patria no es gloriosa. Hubo entre aquellos hombres quienes creyeron eternizar sus nombres haciéndose elevar estatuas, cual si les recompensase mejor inertes imágenes de bronce que el testimonio de su conciencia. Hasta hacen dorar para ellos el metal, siendo Acilio Glabrión el primero que obtuvo este homenaje, cuando por su conducta, tanto como por sus armas, puso término a la guerra de Antíoco. ¡Cuánto mejor es hacerse superiores a honores tan pueriles, no aspirar más que a la verdadera gloria y no caminar sino por el largo y penoso sendero que describe el poeta de Ascra! Catón el Censor lo demostró cuando interrogado por qué no se encontraba su estatua entre las de tantos varones ilustres, respondió: «Prefiero que pregunten los buenos por qué no está, a que pregunten por qué está».

Algunos hacen consistir la gloria suprema en la singular altura de un carro o en el fastuoso rebuscamiento del traje. Su molicie sucumbe bajo esos mantos de tejido tan diáfano que se sujetan

al cuello con ligera hebilla y que se les hace ondear con un soplo; veisles agitar sus pliegues en cada movimiento, sobre todo en el lado izquierdo, y lo hacen así para que se vean las franjas bordadas y el curioso trabajo de una túnica sembrada de figuras de animales que forman cuerpo con el tejido. Otros se os acercan con cara rígida y aspecto importante para ostentar su inmensa riqueza, y estáis un día entero oyendo la enumeración de sus bienes y el detalle de sus rentas, que van multiplicándose cada año. Por lo visto ignoran que sus antepasados, que tan lejos extendieron el nombre romano, no brillaban ciertamente por su opulencia. Aquellos varones, cuya energía en todos los males de la guerra triunfó de tantos obstáculos, no estaban mejor provistos, mejor alimentados ni mejor vestidos que el último soldado. Necesaria fue una cuestación para sepultar a Valerio Públicola: los amigos de Régulo se pusieron de acuerdo para mantener a su viuda y a sus hijos, y la hija de Escipión no tuvo dote sino a expensas de la República, porque los padres conscriptos se avergonzaron al ver que aquella virgen perdía sus mejores años en el celibato, a causa de ser su padre pobre y estar ausente en servicio de la patria.

Ve, honrado extranjero, a presentarte en casa de uno de nuestros ricos, tan hinchados con su opulencia. En el primer momento te recibirá con los brazos abiertos; te hará pregunta sobre pregunta, hasta que te obligue a mentir, por no guardar silencio. Maravillado, tú que eres humilde, de verte tan agasajado en la primera visita por un personaje de tanta importancia, casi deploras no haber venido a Roma diez años antes. Halagado por tanta afabilidad, vuelves al día siguiente; pero ya no eres más que un intruso, un importuno, y te hacen esperar. El que tan bien te recibió la víspera tiene otras ocupaciones, está contando su dinero. Necesita una hora para recordar quién eres y de dónde vienes: al fin se acuerda de tu semblante, y ya eres de los suyos. Después de tres años de asidua asistencia, que se te ocurra ausentarte; al regreso tienes que comenzar de nuevo: y en cuanto a enterarse qué ha sido de ti, tanto piensa en ello como si no pertenecieses a este mundo. Pasarías la vida en su portal sin dar un paso más. Pero se prepara uno de esos festines con intervalos, festines interminables y nocivos, o bien se trata de una distribución de *sportulas*, según es costumbre. Este es asunto de graves deliberaciones. ¿Se concederá preferencia a un extranjero sobre otra persona a cuyas atenciones se debe correspondencia? El escrutinio responde afirmativamente. ¿A quién se invitará al fin? Al que haya pasado la noche delante de la puerta de un auriga del circo, o a algún maestro en el arte de jugar los dados, o al primer charlatán que pretenda poseer un gran secreto. La puerta está cerrada a los hombres eruditos y sobrios: estos hombres no sirven para nada, y su presencia atrae la desgracia. Añadid a esto los interesados fraudes de los nomenclatores, gentes que obtienen dinero de todo y no vacilan en introducir un nombre subrepticio, ni en imponer a la hospitalidad y munificencia de los grandes un desconocido y hasta un indigno.

No describiré esos abismos que se llaman banquetes, ni los mil refinamientos que despliega en ellos la sensualidad. ¿Pero qué diré de esas extravagantes carreras por la ciudad, de esos caballos lanzados a toda brida, despreciando los peligros por el pedregoso pavimento de las calles, como si se corriese oficialmente en posta con los relevos del Estado? ¿Qué de esa multitud de criados, verdadera partida de bandidos, que llevan detrás sin dejar siquiera, como en la comedia, a Sannión para guardar la casa? El ejemplo ha producido frutos, y se ve a las señoras romanas cubiertas con el velo correr en litera de uno a otro barrio. El hábil general procura en la guerra cubrir todo su frente con soldados pesadamente armados; pone en segunda línea las tropas ligeras, en la tercera los sagitarios, y últimamente el cuerpo de reserva, que no pelea sino como último recurso. Este ejército de criados tiene también sus directores de maniobras, que llevan una varilla por insignia, y ordenan sus gentes en conformidad con la orden del día. En primer lugar, a la altura de la carroza marchan los esclavos de oficios; después vienen los ahumados habitantes de las cocinas; después los lacayos propiamente dichos, que no tienen empleo especial, acompañados por todos los holgazanes del barrio; cerrando la marcha los eunucos de todas edades, empezando por los más viejos, todos igualmente descoloridos y deformes. Al contemplar aquel repugnante grupo, que no tienen de hombres más que el nombre, no puede menos de maldecirse la memoria de Semíramis, que fue la primera en someter a la infancia a tan cruel mutilación, con la que se ultraja a la Naturaleza y se

contrarían violentamente sus designios, porque desde el primer momento del ser ha designado esos órganos como fuentes de vida, como principio de generación.

Siendo éste el estado de las cosas, las pocas mansiones donde se honraba todavía el culto de la inteligencia se encuentran invadidas por la afición a los placeres hijos de la pereza. Solamente se oyen voces que modulan, instrumentos que resuenan. Los cantores han expulsado a los filósofos, y los profesores de elocuencia han cedido el puesto a los maestros en achaque de voluptuosidades. Ciérranse las bibliotecas como los sepulcros: el arte solamente se ejercita en construir órganos hidráulicos, liras colosales, flautas y otros instrumentos de música gigantescos para acompañar en el escenario la pantomima de los bufones. Un hecho reciente demuestra hasta qué punto están pervertidas las ideas. Habiendo llevado el temor de la escasez a que se expulsara precipitadamente de Roma a todos los extranjeros, la medida se extendió brutalmente hasta al corto número que ejercía profesiones científicas y liberales, sin dejarles tiempo para prepararse; mientras tanto se exceptuaba expresamente a los que formaban parte de las compañías de los histriones o supieron con destreza fingir que lo eran, y así se toleraba sin dirigirles ni una pregunta, la presencia de tres mil bailarinas y de otros tantos coristas, figurantes o directores.

Por esta razón no se dirigen los ojos a un punto sin ver mujeres de esas con largos cabellos ensortijados, que, siendo casadas, hubiesen podido dar cada una tres hijos al Estado, y cuya existencia entera consiste en barrer con los pies la escena, saltar sin descanso; en una palabra, en describir rápidos giros y tomar todas las actitudes que prescriben las fábulas teatrales.

Hubo un tiempo en que Roma era el asilo de todas las virtudes. Entonces, para retener a los extranjeros, la ingeniosa hospitalidad de los magnates sabía ejercer bajo mil formas ese poder que Homero atribuye a los frutos del país de los Lotófagos. Ahora, para que se burlen de cualquiera, basta que haya nacido más allá del Pomerium, a no ser que tenga la buena cualidad de ser viudo o célibe; porque no es posible suponer de cuántas atenciones son objeto en Roma los hombres sin hijos. Esta ciudad es la cabeza del mundo; natural es que las enfermedades hagan más daño y que con harta frecuencia, todos los recursos del arte de la medicina sean impotentes hasta para paliarlo; por tal razón se ha imaginado este preservativo: cuando se tiene un amigo gravemente enfermo, se evita el espectáculo de sus padecimientos. También hay otra precaución que no carece de eficacia: si se envía un criado a preguntar por el estado del paciente, a su regreso se le cierra la puerta de la casa, hasta que se ha limpiado bien en los baños. Témesse la vista de un enfermo hasta por intermediario; pero que llegue una invitación para una boda en la que se derrama dinero a manos llenas; de todos aquellos, tan tímidos acerca de su salud, no hay uno solo, aunque estuviese atacado de gota, que no tenga piernas para correr si fuese preciso hasta Spoleto. Esta es la vida de los magnates.

En cuánto al populacho sin casa ni hogar, unas veces pasa la noche en las tabernas, otras duerme al abrigo de los toldos con que Cátulo, siendo edil, imitando los refinamientos de la Campania, fue el primero en cubrir nuestros anfiteatros; o bien se entrega furiosamente al juego de los dados, reteniendo el aliento, que en seguida expele con extraño ruido; o también, siguiendo el gusto dominante, se le ve entregado de la mañana a la noche, arrojando el sol y la lluvia, a interminables discusiones acerca de las menores circunstancias del mérito o inferioridad relativa de tal caballo o de tal auriga. Cosa extraña por cierto ver a todo un pueblo que apenas respira esperando el resultado de una carrera de carros. Estos son los cuidados que preocupan a Roma, no dejando espacio para nada grave. Pero volvamos a nuestro relato.

La tiranía del César, demasiado gravosa ya para los hombres honrados, traspasó todos los límites, y la opresión, pesando indistintamente sobre los altos funcionarios públicos, los magistrados de las ciudades y hasta del pueblo bajo, se extendió a todo el Oriente. En un vértigo furioso llegó a incluir en una lista para ejecutarlos en masa a los ciudadanos más notables de Antioquía; y esto porque había exigido la publicación de una rebaja arbitraria de precios cuando precisamente amenazaba una escasez, y aquéllos respondieron al agente del fisco con cierta energía. Sin la valerosa resistencia de Honorato, que entonces era conde de Oriente, ni uno solo habría

escapado. De las crueles inclinaciones del príncipe podía juzgarse por su afición a los espectáculos en que corre sangre. La prohibida representación de un combate de gladiadores, en el que cinco o seis parejas de desgraciados se maltrataban y ensangrentaban a porfía ante su vista, en el circo, le producían el regocijo de una victoria. Su predisposición sanguinaria se irritó más y más a causa de la noticia de una conspiración que urdieron contra él oscuros soldados. La revelación la hizo una mujer de baja estofa, que había solicitado y obtenido que la dejaran penetrar en palacio para que la escuchasen. Entusiasmada Constantina por aquel descubrimiento, como si la vida de su esposo estuviese asegurada ya para lo sucesivo, hizo muchos regalos a la denunciadora, y mandó sacarla en su propia carroza por la puerta de honor, creyendo que estos favores servirían de cebo para otras denuncias más importantes.

Iba Galo a marchar a Hierápolis para asistir, al menos por fórmula, a la expedición, cuando el pueblo de Antioquía le suplicó con instancias, para que le preservase del peligro de un hambre que deplorable concurso de circunstancias hacía muy de temer. Este es el caso en que una autoridad potente debe emplear sus recursos para el alivio de sufrimientos locales. Galo no dio orden alguna ni tomó disposiciones para que afluyesen provisiones de las provincias inmediatas. Pero en aquel momento tenía consigo a Teófilo, consular de Siria, y fue verdadera víctima que entregó en sacrificio a los terrores de aquella muchedumbre, repitiendo con énfasis que no podían faltar víveres sino cuando quería el gobernador. El populacho tomó estas palabras como excitación a los excesos, y en cuanto hizo sentir sus rigores la calamidad, acudió tumultuosamente, aguijoneado por la ira y el hambre, a la hermosa casa de Eubulo, varón muy distinguido entre los suyos, y la redujo a cenizas. El gobernador le estaba ya como entregado por sentencia del príncipe: abrumado de golpes, pisoteado, le hicieron al fin pedazos, siendo este lamentable fin ocasión para que muchos reflexionasen y viesan en perspectiva la suerte que les esperaba. En el momento en que se consumaba el asesinato, aquel Sereniano cuya cobardía, como dijimos, fue causa del saqueo de la ciudad de Celsa, en Fenicia, pasando de general a acusado, y acusado justamente del crimen de lesa majestad, conseguía, ignorándose cómo, su absolución ante los jueces; estando demostrado hasta la evidencia que un agente suyo, cubierto con su propio gorro, sometido previamente a una operación mágica, se había presentado por orden suya en un templo donde se predecía lo venidero, y había preguntado a la suerte, en términos claros, si su amo conseguiría el objeto de sus deseos, el imperio absoluto. Por deplorable coincidencia, Teófilo pereció víctima inocente del furor popular, cuando Sereniano, digno de universal execración, era absuelto sin que reclamase la vindicta pública.

Enterado Constancio de estas cosas, y prevenido por las comunicaciones de Thelassio, que había obedecido ya a la ley común, no dejó de mantener amistosa correspondencia con Galo. Pero comenzó por retirarle poco a poco las fuerzas de que disponía, so pretexto de benévola solicitud, «porque el turbulento espíritu de los soldados, que fermenta siempre en la inacción, le hacía temer por el César alguna conspiración militar. Además, para su seguridad bastaba la presencia de las escuelas palatinas y de los protectores, reforzados por los escutarios y los gentiles.» Al mismo tiempo ordenaba al prefecto Domiciano, que antes había sido tesorero, marchase a Siria con misión de recordar respetuosamente y con mesura a Galo las reiteradas invitaciones que había recibido del Emperador para que le visitase, exhortándole a que las atendiese. Domiciano, que llegó apresuradamente a Antioquía, pasó por delante del palacio sin presentarse al César, como ordenaba la etiqueta, y, rodeado de gran pompa, marchó directamente al pretorio, donde, pretextando indisposición, permaneció encerrado muchos días sin acudir a la corte ni mostrarse en público. En este tiempo no hizo más que trabajar para perder al César, hasta sobrecargando con detalles insignificantes sus informes a Constancio. Citado al fin por el príncipe para que se le presentase, entró en el Consistorio, y allí, sin preparación alguna y con el tono más inconsiderado, dijo: «César, necesario es partir. Obedece la orden que has recibido, y ten presente que, a la menor vacilación por tu parte, suprimo lo que tienes asignado para tu alimentación y la de tu palacio.» Dicho esto, salió con aspecto de superior disgusto, y rehusó obstinadamente volver a la corte a pesar de las órdenes recibidas.

Irritado Galo por lo que calificaba de ofensa a su persona y dignidad, se aseguró en seguida del prefecto, colocando en derredor suyo una guardia de protectores elegidos entre sus adeptos. Ante este golpe de autoridad, Moncio, que entonces era cuestor, varón de ánimo irascible, pero enemigo de violencias, creyó, por interés común, que debía intervenir como mediador. Reunió a los jefes de las escuelas palatinas, y comenzó a indicar delante de ellos, sin acritud alguna, que lo hecho no era conveniente ni útil. Enardeciéndose poco a poco, levantó la voz y dijo con amargura que después de aquel procedimiento no podía hacerse otra cosa que derribar las estatuas del Emperador y condenar a muerte al prefecto. Galo se levantó como serpiente herida cuando le repitieron estas palabras. Preocupado ya por grandes ambiciones, y, por otra parte, incapaz de vacilar acerca de los medios cuando se trataba de su propia seguridad, hizo armar todas sus fuerzas, y, rechinando los dientes, dirigió estas palabras a los atónitos soldados: «Ayudadme, buenos amigos; nuestro peligro es igual. Por caso nuevo e inusitado, Moncio declama contra nosotros y enfáticamente nos señala como refractarios, como rebeldes a la majestad imperial ¿Y por qué? Porque un prefecto insolente ha faltado a sus deberes y le he puesto bajo guardia para darle una lección.»

No necesitó más aquella soldadesca, ávida de turbulencias. Moncio se encontraba cerca, y se lanzaron sobre aquel anciano débil y enfermo, atándole fuertes cuerdas a las piernas y arrastrándole casi descuartizado, casi sin aliento de vida hasta el pretorio del prefecto. También cayeron sobre Domiciano, precipitáronle por las escaleras, le agarrotaron con las mismas cuerdas, y juntos fueron arrastrados de aquí para allá por toda la ciudad a la carrera de sus verdugos. Pronto quedaron despedazados sus cadáveres, y todavía continuaron pisoteando los troncos, haciendo desaparecer en ellos toda forma humana, hasta que, satisfecha la ira de los soldados, los abandonaron a la corriente del río. Una circunstancia había impulsado a aquellos frenéticos a tales excesos de ira: la repentina presencia entre ellos de un tal Lusco, que desempeñaba cargo público en la ciudad, y que, como entonador, animando con la voz y el gesto, no había cesado de excitarles para que no se detuviesen en tan buen camino: a éste malvado le quemaron vivo poco después.

Al ser despedazado Moncio había pronunciado muchas veces los nombres de Epigonio y Eusebio, pero sin añadir profesión ni cualidad. Mucho se trabajó para descubrir a quiénes pertenecían aquellos nombres; y con objeto de aprovechar la agitación de los ánimos, se trajo de Licia al filósofo Epigonio, y de Emesa al elocuente orador Eusebio, denominado Pittaco. Pero no eran éstos los designados por Moncio, sino los tribunos de las manufacturas de armas, que habían prometido el socorro de sus depósitos en el caso de que estallase alguna perturbación del orden.

Apolinar, yerno de Domiciano, y antes intendente del palacio del César, recorría entonces, por orden de su suegro, los cantones de la Mesopotamia, llevando el encargo, que desempeñaba con poca discreción, de enterarse cautelosamente si Galo, en alguna correspondencia íntima, había indicado pensamientos de alta ambición. Al tener noticia de los acontecimientos de Antioquía, huyó Apolinar por la Armenia inferior, procurando llegar a Constantinopla. Pero alcanzado en la fuga por una partida de protectores, le llevaron a Antioquía, reduciéndole a estrecha prisión. Súpose entretanto que se había fabricado clandestinamente en Tiro un manto real, sin que se pudiese averiguar quién lo encargó, ni a quién estaba destinado; pero esto fue bastante para que prendiesen al gobernador de la provincia, padre de Apolinar, y que tenía el mismo nombre. También fueron encarceladas multitud de personas de diferentes ciudades, acusándolas de gravísimos crímenes.

Estas desgracias públicas se realizaban sin misterio: el carácter cruel del príncipe no ocultaba ya sus furores; la verdad ofendía su vista. Nada de informaciones jurídicas acerca del valor de los cargos; nada de diferencia entre inocentes y culpables. La justicia estaba desterrada de los tribunales; en una palabra, había enmudecido la defensa, el despojo estaba organizado con la intervención del verdugo; multiplicábanse las ejecuciones y la confiscación fue general; tal era entonces la situación del Oriente. Creo que este es el momento oportuno para dirigir una ojeada a estas provincias, prescindiendo de la Mesopotamia, de la que he dado completa idea en el relato de la campaña contra los parthos, así como del Egipto, del que hablaremos más adelante.

Cuando se han superado las altas cumbres del Tauro, desde la vertiente occidental de la

montaña véñse extenderse por la derecha las vastas llanuras de la Cilicia, y por la izquierda la verde Isauria, tan fértil en viñas como en cereales. El Calicadno, río navegable, divide en dos partes esta provincia, cuyo mayor ornamento son dos ciudades entre otras ciento: Seleucia, fundada por el rey Seleuco, y Claudiópolis, colonia del emperador Claudio. Isaura, poderosa en otro tiempo, destruída por sangrientas revueltas, apenas presenta hoy algunos vestigios de su antigua grandeza. Orgullosa ya la Cilicia porque la riega el Cidno, cuenta además entre sus gloriosos timbres a Tarso, tan digna de atraerse las miradas; ciudad que ignora si debe su existencia a Perseo, hijo de Júpiter y de Danae, o a Sandan, varón noble y rico que vino de Etiopía; Anazarba, cuyo nombre recuerda el de su fundador, y Mopsuestia, sede de Mopso, compañero de los argonautas, quien, separado casualmente de la expedición, cuando regresaba trayendo el dorado vellón, encontró en la costa del África prematuro fin. Desde aquel día, los manes del héroe, bajo la arena púnica que los cubre, muestran virtud curativa que rara vez se invoca inútilmente. Estas dos provincias durante la guerra de los piratas se aliaron con los bandidos, siendo vencidas por el procónsul Cervilio y sujetas a tributo. Separadas del mundo oriental por el monte Aman, sus territorios reunidos ocupan una larga banda que sobresale en el litoral del Continente. El Oriente se encuentra limitado en otro sentido por larga zona que se prolonga en línea directa del curso del Eufrates al vallé del Nilo, estrechada a la izquierda por las regiones que recorren las hordas sarracenas y combatida a la derecha por el mar. Seleuco Nicator, a quien tocó el dominio propio de los reyes de Persia en la repartición de la herencia de Alejandro, conquistó y extendió considerablemente esta comarca. Carácter tan activo como afortunado, según indica su nombre, este príncipe supo aprovechar los períodos de tranquilidad de su largo reinado, y emplear los miles de brazos que dejaban disponibles en transformar las miserables moradas de una población rústica en ciudades fuertes y opulentas. Con los nombres griegos que les impuso el fundador, estas ciudades de nueva creación conservaron las denominaciones asirias que perpetúan la tradición de su origen.

Después de Osdrena, de la que, como dijimos, hemos prescindido en esta descripción, viene la Comagena, llamada hoy Eufратensis. El suelo de esta provincia, forma una meseta poco elevada, en el que existen dos ciudades famosas e importantes: Hierápolis, antigua Nitro, y Samosata.

Desde aquí se extienden las magníficas llanuras de la Siria, célebre por su metrópoli, Antioquía, que no tiene rival por la riqueza del suelo ni por las que hace afluir el comercio; célebre también por las ciudades de Laodicea, Apenuca y Seleucia, florecientes las tres desde su origen y que no han degenerado.

En seguida viene la Fenicia, que se apoya en el monte Líbano, hermoso país de bellísimo aspecto, decorado más y más con las poderosas y espléndidas ciudades. Tiro, Sidón y Berito descuellan entre ellas por las delicias de su hospedaje y el brillo de sus recuerdos, pero sin hacer sombra a Ermissa ni a Damasco, fundadas en los primeros siglos. Riega todas estas provincias el Oronto, de sinuoso curso, que costea el monte Casio y penetra en el mar Parthenio. En otro tiempo dependían de la corona de Armenia; pero César Pompeyo, después de derrotar a Tigrano, las reunió al imperio.

El último distrito de la Siria es la Palestina, que presenta por intervalos espaciosos valles, hermosa y ricamente cultivados. También tiene sobresalientes ciudades, pudiendo cada cual de ellas disputar con buen derecho la preeminencia, o pareciendo, mejor dicho, que todas han pasado bajo el mismo nivel. Tales son Cesárea, contruída por Herodes en honor del emperador Augusto; Eleuterópolis y Neápolis, no omitiendo Ascalón y Gaza, construidas en los pasados siglos. No existe en este país ningún río navegable; pero abunda en aguas termales, consideradas como medicina para toda clase de males. También es conquista de Pompeyo, que, después de domeñar a los judíos, redujo el país a provincia romana, bajo la autoridad de un gobernador.

La Arabia linda por un lado con la Palestina y por otro con el país de los nabatheos; es rica en artículos de exportación, y para, protegerla de las incursiones de las hordas vecinas, la vigilante política de sus antiguos poseedores construyó considerable número de castillos y fortalezas, eligiendo atinadamente los mejores puntos de defensa. También tiene ciudades importantes

rodeadas de fuertes murallas, como Bostra, Gerasa y Filadelfia. El emperador Trajano, durante su gloriosa y brillante expedición contra los parthos, dio más de una severa lección al orgullo de los árabes, y al fin sometió el país a nuestras leyes, después de constituirlo en provincia romana y darle un gobernador.

La isla de Chipre se encuentra muy separada del continente; tiene excelentes puertos y cuenta, entre sus muchas ciudades municipales, las de Salamina y Pafos, célebre una por el culto de Júpiter y la otra por su templo consagrado a Venus. En esta isla abundan todas las cosas, de manera que con sus recursos propios y locales, y sin importar nada del suelo ni de la industria de otras localidades, puede construir naves de transporte, desde la quilla al extremo de los palos y echarlas al mar provistas de todas sus jarcias. No puedo ocultar que al apoderarse Roma de este país, mostró más avidez que amor a la justicia. Ptolomeo, que reinaba en él, tenía en favor suyo nuestra alianza y la fe en los tratados. Proscripto sin tener nada que censurarle, y únicamente porque nuestro tesoro estaba exhausto, aquel príncipe se dio la muerte con veneno; de esta manera vino la isla a ser tributaria, como se hace con el enemigo vencido, y sus despojos trasladados a Roma en las naves de Catón. Pero volvamos al orden de los acontecimientos.

En medio de la serie de catástrofes que hemos mencionado, fue repentinamente llamado a Antioquía Ursicino, que mandaba en Nisiba, a cuyas órdenes estaba yo colocado por mandato expreso del Emperador, debiendo encargarse de la dirección del sangriento proceso que iba a abrirse. Obedeció aunque a disgusto, y tuvo que hacer frente a la turba adulatora que le rodeaba por doquier. Ursicino era excelente soldado y hombre de talento, pero el menos a propósito para los procedimientos forenses. Alarmado por sus propios peligros, al ver qué personas le estaban asociadas en aquella misión, acusadores o jueces, salidos todos del mismo antro, decidió dar su informe secreto a Constancio acerca de todo lo que ocurría pública u ocultamente, suplicándole le concediese medios para contener los furores de Galo, cuyos arrebatos conocía demasiado. Pero como veremos más adelante, esta precaución hizo chocar a Ursicino con escollo más peligroso, porque tenía enemigos que urdían trama sobre trama para comprometerle ante Constancio, cuyo carácter era moderado por punto general, pero demasiado inclinado a prestar oídos a las confidencias del primero que llegaba, haciéndose entonces cruel, implacable y completamente distinto de lo que antes era.

El día designado para los siniestros interrogatorios, el jefe de la caballería, verdadero simulacro de juez, ocupó un puesto entre los asesores, que llevaban aprendida de antemano la lección. Asistían muchos notarios, cómodamente colocados para escuchar las preguntas y las respuestas, corriendo en seguida a comunicarlas al César. Oculta detrás de un tapiz, la reina prestaba oídos ávidos a los debates: y los feroces apóstrofes de unos, las incesantes provocaciones de otros, causaron la pérdida de más de un acusado, a quienes no se permitió ni siquiera discutir los cargos, ni defenderse. Hízose comparecer en primer lugar a Epigonio y a Eusebio, víctimas ambos de identidad de nombres: recordárase que Moncio, al morir, pronunció estos dos nombres, queriendo denunciar a los tribunos de la manufactura, que le habían prometido armas en caso de sublevación. Epigonio, como demostró, no tenía de filósofo más que el manto; así es que desde el primer momento descendió a las súplicas más inútiles; y en seguida, cuando tuvo los costados surcados por el hierro y la muerte ante los ojos, confesó cobardemente pretendida participación en imaginarias conspiraciones, cuando colocado completamente fuera del movimiento de los negocios, públicos, no había tenido entrevistas con nadie, ni recibido la más pequeña comunicación. Eusebio, por el contrario, lo negó todo con energía, sin flaquear ni por un momento en las torturas, no cesando de decir a gritos que aquello era asesinar y no juzgar. Como perito en las leyes, insistió obstinadamente Eusebio en que se le carease con su acusador, y que se cumpliesen las formalidades. El César calificó de insurrección y soberbia aquella reclamación de derecho, y mandó que se arrancase la carne de los miembros a aquel insolente. La ejecución fue bastante terrible para no dejar al instrumento de la tortura nada que arrancar de los pelados huesos; pero el paciente la soportó inmóvil con increíble energía, sonriendo amargamente a sus verdugos y apelando a la justicia

divina. No se le arrancó ninguna confesión, ni una declaración cualquiera, ni siquiera una señal de asentimiento o sumisión; y para terminar una sentencia dada por cansancio, le envió a la muerte con su abyecto compañero de infortunio. Su intrépida energía al marchar al suplicio parecía acusar a la iniquidad de su tiempo, pudiéndose comparar a Zenón, aquel antiguo estoico que, estrechado hasta el extremo por las torturas del rey de Chipre, se partió con los dientes la lengua, de la que exigían una mentira y la escupió ensangrentada al rostro del tirano.

En seguida se procedió a la investigación acerca del manto real; sometióse a la tortura a los obreros empleados en teñir de púrpura y declararon haber teñido un cuerpo de túnica sin mangas. Por estos indicios se prendió a un tal Maras, calificado de diácono entre los cristianos, de quien se presentó una carta escrita en griego al jefe de la manufactura de Tiro excitándole a apresurar un trabajo que no se designaba. Maras, sujeto también a la tortura y martirizado hasta la muerte, no reveló nada más. También se cumplió el tormento en otros muchos casos, pero con diferentes resultados; dejando unas veces subsistir la duda, y no probando en otras más que la ligereza de las acusaciones. En cuanto a los dos Apolinales, padre e hijo, los últimos de la larga serie de víctimas, fueron desterrados. Pero a su llegada a Crateras, casa de campo que poseían a veinticuatro millas de Antioquía, les rompieron las piernas, siendo muertos en seguida por orden expresa de Galo.

No se contuvo en esto la ferocidad del príncipe, sino que, como león irritado por la sangre, se mostró más ávido de investigaciones de este género; pero no referiré todos los detalles para no ser más extenso de lo que me he propuesto.

(Año 351 después de J. C.)

Prolongábanse para el Oriente estos sufrimientos, cuando Constancio, cónsul por séptima vez con Galo, que lo era por la tercera, partió de Arles al comenzar la primavera para hacer guerra a los alemanes, cuyas frecuentes incursiones, bajo el mando de sus reyes Gudomando y Vadomario, hermano suyo, sembraban extragos entre los habitantes de la Galia. El príncipe se detuvo largo tiempo esperando víveres de Aquitania, porque, hinchados los torrentes por la extraordinaria frecuencia de la lluvia, impedían el envío de los convoyes. Durante esta forzada detención llegó Herculano, que servía en los protectores, y que era hijo de Hermógenes, jefe de la caballería, asesinado en Constantinopla en una revuelta popular, como antes dijimos. El Emperador, ante el fiel relato que le hizo Herculano de la conducta de Galo, no pudo menos de deplorar amargamente el pasado y experimentar vivas inquietudes por lo venidero, aunque procurando, sin embargo, ocultar la turbación de su ánimo. Entretanto los soldados, reconcentrados en Cabillona (Chalons), se irritaban por aquellos retrasos; tanto más cuanto que, no llegando los convoyes, faltaron las distribuciones. En estas circunstancias Rufino, prefecto del pretorio, tuvo que cumplir la misión más peligrosa: la de traer los soldados a la razón, demostrándoles que la escasez que experimentaban era involuntaria. Mandósele terminantemente que entrase en negociaciones con aquellas rudas gentes, exasperadas por el hambre y dispuestas siempre a mirar de mala manera a la autoridad civil. En realidad aquello no era más que un medio calculado para perderle, porque querían deshacerse de aquel tío de Galo, cuya influencia política podía servir de apoyo a las perniciosas miras de su sobrino; pero salió del paso con destreza, y el proyecto quedó aplazado. Eusebio, prefecto del palacio, llegó en seguida a Callibona, trayendo considerable cantidad de dineros, cuya distribución, hecha bajo mano entre los agitadores, calmó la alteración y aseguró la vida del prefecto del pretorio. A poco, por efecto de la llegada de numerosos convoyes, volvió la abundancia al ejército y pudo designarse día para levantar el campamento.

Después de muchas y penosas marchas por desfiladeros, en los que hay que abrirse paso entre la nieve, llegaron al fin al Rhin, cerca de Rauraca. En el acto apareció en la otra orilla muchedumbre de alemanes, y con multitud de dardos impidieron a los romanos construir un puente de barcas. Parecía insuperable el obstáculo, y el Emperador, entregado a profundas reflexiones, no sabía qué partido tomar, cuando, en el momento que menos se pensaba, se presentó un guía muy enterado de los pasos, quien, mediante salario, mostró un vado que aprovecharon a la noche

siguiente. Una vez cruzado el río por un punto lejano, toda aquella comarca iba a ser sorprendida y devastada repentinamente; pero el enemigo, al que era necesario ocultar este movimiento, lo supo por alemanes de nación que ocupaban eminentes puestos en nuestro ejército: al menos así se sospechó de tres jefes: el conde Latino, de los protectores; Agilón, tribuno de caballerizas, y Seudilón, jefe de los escutarios; considerados los tres hasta entonces como las columnas más firmes del imperio. En presencia de tan grave peligro, celebraron apresuradamente Consejo acerca de los que les convenía hacer, y bien porque los auspicios fuesen contrarios, o que leyesen en sus sacrificios la prohibición de combatir, la energía que mostraron al principio decayó repentinamente, y enviaron a los principales de los suyos para implorar la clemencia del Emperador y pedir la paz. Recibióse a los enviados de los dos reyes, y, después de maduro examen de sus proposiciones, el Consejo opinó unánimemente por la paz, cuyas condiciones parecían aceptables. Entonces convocó Constancio al ejército, y desde su tribunal, rodeado de los grandes dignatarios, le dirigió esta alocución:

«Os ruego que ninguno extrañe si al llegar al término de tan penosas marchas, disponiendo de tan inmensas provisiones, pudiendo confiar, como confío, en mi ejército, en el momento de hollar el suelo de los bárbaros, cambio de propósito y paso de repente a ideas de paz. Pero todos comprenderán, si quieren reflexionar, que el soldado, cualquiera que sea su valor individual, no tiene que considerar y defender más que a sí mismo, mientras que el Emperador, que vela por los intereses de todos porque los tiene depositados en sus manos, es el único que conoce el lado fuerte y el lado débil de la cosa pública, y es el único también que, con el auxilio divino, puede aplicar el remedio al daño. Escuchadme, pues, favorablemente, queridos compañeros. Quiero deciros por qué os he convocado, y os lo diré en pocas palabras, porque la verdad es sobria de éstas y va derecha a su objeto. La fama ha hecho resonar vuestra gloria hasta en las comarcas que tocan a los fines del mundo. La nación de los alemanes y sus reyes se alarman y ante los ojos tenéis a sus legados, que vienen, en nombre de sus compatriotas, a suplicaros humildemente que olvidemos el pasado y pongamos fin a la guerra. Siendo yo partidario de la moderación y de los consejos prudentes y útiles, creo conveniente acceder a sus ruegos, porque encuentro en ello muchas ventajas. Por este medio evitamos las peripecias, siempre peligrosas, de los combates; de adversarios nuestros que eran, los tendremos ahora, según su promesa, por auxiliares, y sin que nos cueste sangre amansaremos su ferocidad tan temible para nuestras provincias. Pensad que puede vencerse fuera del campo de batalla, sin ruido de trompas, sin hollar al enemigo; y esta dominación es la más segura que se acepta, por experiencia de su energía cuando se la resiste y de su mansedumbre cuando se someten a ella. En fin, espero vuestra decisión como árbitros; la espero como príncipe amigo de la paz y que más desea mostrar moderación que aprovechar sus ventajas. Este es también el partido que nos aconseja la razón, y, creedme, nadie os tachará de haber carecido de valor por haber ostentado modestia y humanidad.»

En cuanto terminó el Emperador, deseosa de complacerle la multitud, mostró unánime aprobación al discurso y se declaró por la paz, contribuyendo mucho a este resultado la circunstancia de que, en los frecuentes hechos de armas de su reinado, Constancio, favorecido siempre por la fortuna contra sus enemigos interiores, no había experimentado más que reverses contra los del exterior. Ajustóse, pues, el tratado según los ritos nacionales de los dos pueblos, y, terminadas las solemnidades, el Emperador marchó a pasar el invierno en Milán.

Exento allí de cuidados, reconcentró todos sus pensamientos en lo que era el asunto difícil para él, su nudo gordiano. Más de una vez trató de noche esta cuestión con sus íntimos en sus conversaciones secretas. ¿Emplearían la fuerza o la astucia para apoderarse de aquel audaz en sus proyectos de trastornos? Adoptándose este procedimiento, escribióse a Galo una carta muy afectuosa, llamándole al lado del Emperador, so pretexto de negocios sumamente importantes. Una vez aislado por este medio, nada tan fácil como descargarle el último golpe.

Sin embargo, esta opinión tuvo muchos contrarios en aquella multitud de intereses versátiles, oponiéndose, entre otros, Arbación, ardiente y astuto promovedor de intrigas, y Eusebio, propósito

del palacio, que le superaba en maldad. Los dos alegaban el peligro de la presencia de Ursicino en Oriente, donde iba a encontrarse solo después de la marcha de Galo y sin freno para su ambición. En esto les secundaba vigorosamente la intriga de los eunucos del palacio, dominados por indecible furor de enriquecerse, y que sabían aprovecharse perfectamente de las facilidades que les ofrecía su servicio íntimo para sembrar contra aquel honrado varón pérfidas insinuaciones. Preparados estaban todos los recursos de su malignidad para perderle, hablando en voz baja de sus dos hijos, crecidos ya, y cuyas ambiciones podían elevarse hasta el imperio, siendo los dos interesantes por su belleza, juventud y singular destreza en ejecutar los múltiples pasos de la danza de la armadura, habilidad que mostraban gustosos ante el ejército en los diarios ejercicios militares. Se había explotado hábilmente el carácter feroz de Galo para impulsarle a excesos que habían de sublevar a todos los órdenes del Estado, con el único objeto de llegar a que pasasen las insignias del poder a los hijos del jefe de la caballería.

Estas conversaciones llegaron a oídos del príncipe, abiertos y accesibles siempre para tales cosas, consiguiendo al pronto hacerle vacilar; pero al fin tomó una resolución, que fue la de asegurarse previamente de Ursicino. Invitósele, pues, en los términos más lisonjeros a que viniese a la corte, donde se le necesitaba para ponerse de acuerdo con él acerca de urgentes medidas que habían de tomarse contra los parthos, cuyos extraordinarios armamentos amenazaban al imperio con próxima irrupción; y para que no desconfiase se encargó a su vicario, el conde Próspero, que le reemplazase en su cargo hasta su regreso. En cuanto se recibió esta carta, provistos los dos de órdenes para las postas del Estado, marcharon apresuradamente a Milán.

Solamente quedaba estrechar al César para que partiese, y queriendo Constancio evitar hasta la sombra de sospecha, le hizo en su carta las instancias más afectuosas para que le acompañase su esposa, hermana querida a la que tanto deseaba ver. Ésta vaciló al pronto, sabiendo de lo que era capaz Constancio; sin embargo, consintió en el viaje, confiando en su influencia sobre su hermano; pero apenas pisó la Bitinia murió rápidamente de un acceso de fiebre en la estación llamada Cinos Galicanos. Esta muerte privaba al esposo del apoyo en que esperaba más, quedando impresionado hasta el punto de no saber qué decidir, y teniendo como idea fija, en la perturbación de su mente, que Constancio lo sacrificaba todo a su objeto, no admitía arreglo alguno, no perdonaba ninguna falta y se mostraba más implacable con los que le tocaban más de cerca: seguramente aquel llamamiento era un lazo, e iba la vida en dejarse coger en él. En tan crítica situación, y considerando segura su pérdida, calculó sus probabilidades para apoderarse del rango supremo, pero tenía doble motivo para temer las deserciones; sabía que le odiaban por su violencia y le despreciaban por su falta de firmeza, y causaba además espanto a sus adeptos los continuos triunfos de las armas de Constancio en las guerras civiles. En medio de estas terribles ansiedades, llegaban cartas y cartas del Emperador instándole, en tono de queja o de ruego, o bien insinuando con capciosas frases que en los presentes apuros del Estado, aludiendo al estrago de las Galias, la acción del poder no podía ni debía estar más tiempo dividida; que necesitaban reunirse, contribuir de común acuerdo, cada uno en la medida de sus facultades, al mejoramiento de la cosa pública. Bajo Diocleciano, añadía (siendo reciente el recuerdo), sus colegas los Césares ni siquiera tenían residencia fija, sino que esperaban, como *aparitores*, la orden de trasladarse al punto que le designaban, habiéndose visto en la Siria a aquel Emperador para mostrar su disgusto dejar caminar delante de su carro a pie, por espacio de cerca de una milla, a Galerio, que estaba revestido con la púrpura.

Muchos emisarios habían fracasado sucesivamente cerca de Galo; pero habiendo llegado al fin Scudilón, tribuno de los escutarios, talento sutil y muy insinuante bajo grosera envoltura, y adulándole unas veces y hablándole razonablemente en otras, le decidió a partir; insistiendo a cada momento el hipócrita sobre la tierna impaciencia que experimentaba por verle aquel hermano de su esposa, aquel hijo de su tío. Algunos imprudentes extravíos no podían menos de encontrar indulgencia en aquel príncipe tan benigno, tan clemente, que no quería otra cosa que hacerle participar de su grandeza, y asociarle a sus futuros trabajos para el alivio de los sufrimientos,

demasiado prolongados, de las provincias del Norte. Los hados oscurecen el juicio y quitan la inteligencia a los que marcan con su sello. Galo se dejó coger con aquel lisonjero cebo, y reanimado con las promesas del porvenir más brillante, salió de Antioquía bajo funestos auspicios y se dirigió a Constantinopla; esto, como dice el proverbio, era arrojarse al fuego por huir del humo. En esta ciudad entró como hombre a quien sonríe la fortuna y nada tiene que temer; celebró allí carreras de carros y coronó por su mano al auriga Corax, que quedó vencedor.

Enterado de esto Constancio se enfureció de un modo indecible; y temiendo que Galo, dudando acerca de lo que le esperaba, intentase durante la marcha algún medio para atender a su seguridad, cuidó de desguarnecer todas las ciudades que se encontraban en su paso. Entretanto, Tauro, que marchaba como cuestor a Armenia, cruzó por Constantinopla sin presentarse a saludar a Galo, y sin mostrar que hacía caso de él. Sin embargo, presentáronse algunos de parte del Emperador para desempeñar, según decían, cerca del César tal o cual oficio, pero en realidad para espiar sus pasos y guardarle de vista. Entre éstos estaban Leoncio, que después fue prefecto de Roma, y que se encontraba allí en calidad de cuestor; Luciliano, que llevaba el título de jefe de los guardias del César, y el tribuno de los escutarios, llamado Bainobaudes.

Después de larga marcha por la llanura llegaron a Andrinópolis, llamada en otro tiempo Uscudama, en la región del Hemus; y durante los doce días que descansó Galo en esta ciudad, se enteró de que los destacamentos de la legión tebana, acantonados en las ciudades vecinas, le habían enviado una diputación para exhortarle, con promesas muy positivas, a que no marchase más lejos y que contase con el apoyo de su legión, que se encontraba reunida en las cercanías; pero tan estrecha era la vigilancia, que Galo no pudo ni por un momento hablar con los legionarios ni recibir su comunicación. Continuaba recibiendo carta tras carta del Emperador, viéndose en la necesidad de volver a marchar de Andrinópolis con solos diez carros de carga, número que designaban las órdenes, y dejando detrás toda su comitiva, exceptuando algunos ministros de casa y mesa. El total abandono de los cuidados de su persona demostraba la precipitación de su marcha, apresurada incesantemente por uno u otro de sus guardianes. En tanto, gemía amargamente; en tanto, lanzaba duras imprecaciones contra la fatal temeridad que le colocaba en aquella situación, como pasivo y degradado a merced de manos subalternas: hasta en el silencio de la noche, ordinaria tregua a los cuidados humanos, su inquieta conciencia evocaba en derredor suyo fantasmas que le aterraban con fúnebres gritos; pareciéndole ver los espectros de sus víctimas, a cuyo frente venían Domiciano y Moncio dispuestos a cogerle y a entregarle en las vengadoras manos de las Furias. Porque durante el sueño el alma, desprendida de los lazos del cuerpo, pero continuando activa y ocupándose de los intereses de la vida, crea ordinariamente esas apariencias de cosas que llamamos fantasías.

Así se veía fatalmente arrastrado Galo al término en que había de perder el imperio y la vida. Rápidamente recorrió la distancia con el auxilio de los relevos del Estado, llegando a Petobión, ciudad de la Nórica, donde cesó ya todo disimulo, presentándose repentinamente el conde Barbacion, que había mandado los guardias bajo su imperio, y Apodenio, intendente del Emperador, y trayendo ambos a sus órdenes un destacamento de soldados, colmados todos de beneficios de Constancio, por cuyo motivo les habían elegido, como igualmente inaccesibles al soborno y a la compasión.

Ya se obraba al descubierto y se rodeó de centinelas el palacio. Al oscurecer entró Barbacion en la cámara de Galo; le hizo despojarse de las vestiduras reales y vestir túnica y manto comunes, aunque asegurando bajo juramento que las órdenes del Emperador eran de no llevar las cosas más lejos; pero al mismo tiempo le dijo: «Levanta»; en seguida le hizo subir en una carroza de simple particular, y le llevó a las cercanías de la ciudad de Pola, en Istria, donde, como se sabe, recibió la muerte Crispo, hijo de Constantino. Mientras le guardaban allí, y aterrada su imaginación, anticipaba los horrores del desenlace, llegaron apresuradamente Eusebio, el prepósito de palacio, y Melobaudes, tribuno de la armadura, encargados por el Emperador de someterlo a un interrogatorio acerca de cada uno de los asesinatos que había ordenado en Antioquía. Al oír esto, palideció como Adastro, y apenas tuvo fuerza para decir que casi todo lo había hecho por instigaciones de su esposa

Constantina. Indudablemente ignoraba aquella hermosa frase de Alejandro Magno a su madre, que le estrechaba pidiéndole la muerte de un inocente como recompensa, según decía, de haberle llevado nueve meses en el vientre: «Pide otra cosa, madre mía: no hay beneficio que equivalga a la vida de un hombre.» Disgustó profundamente a Constancio aquella excusa, y ya no vio salvación para él más que en la muerte de Galo, e inmediatamente envió a Sereniano, que, como antes vimos, escapó por extraordinario caso a la acusación de lesa majestad, de concierto con el notario Pentadio y su intendente Apodemo, con orden de proceder a la ejecución: y atándole las manos como a un ladrón, le decapitaron, dejando solamente ensangrentado tronco de aquel príncipe, antes terror de las ciudades y provincias. Pero la divinidad se ostentó en estas circunstancias, porque si Galo sufrió el castigo debido a sus crueldades, los dos traidores cuyos halagos y perjuros le hicieron caer en el lazo en que le esperaba la muerte, tuvieron también miserable fin. Scudilón murió de una llaga que le hizo arrojar los pulmones. En cuanto a Barbacion, que desde mucho antes utilizó lo falso y lo verdadero contra su propio señor, llegó, es cierto, a jefe de la infantería, y acusado de dirigir más altas sus miras, no tardó en hacer con su sangre fúnebre ofrenda a los manes del César, víctima de su traición.

En esto, como en otros muchos ejemplos (siempre sucede lo mismo), hay que reconocer la mano de Adrasta o Némesis, porque la dan los dos nombres. Cualquiera que sea la idea que representen, jurisdicción remuneradora y vengadora, dictando sus sentencias, según la opinión vulgar, desde una región de los cielos elevada sobre el globo de la luna, o según otra definición, inteligencia omnipotente y tutelar que preside general y particularmente los destinos del hombre, o hija de la justicia, según la antigua teogonía, que desde las profundidades de la eternidad vigila invisiblemente todas las cosas de aquí abajo: estos dos nombres expresan el poder soberano, árbitro de las causas, dispensador de los efectos, que tiene la dirección de los destinos, crea las vicisitudes, destruye las combinaciones de la prudencia mortal, y de la concurrencia de circunstancias hace brotar resultados inesperados; y también el que encadenando el orgullo humano con los inextricables nudos de la necesidad, da como le place la señal de la elevación y abatimiento de fortuna, humilla y prosterna los ánimos soberbios, inspirando a los humildes y a los sencillos valor para salir de la abyección. La fabulosa antigüedad le atribuyó alas, para significar que se dirige a todas partes con la rapidez del ave, y le puso también un timón en la mano y una rueda a los pies, doble emblema de su poder y movilidad.

Con tan prematura muerte terminó Galo, siendo para él libertad. Había vivido veintinueve años y reinado cuatro: su nacimiento tuvo lugar en Massa, en el Sienense, en Toscana, siendo su padre Constancio, hermano del Emperador Constantino, y su madre Gala, hermana de Rufino y de Cerealis, revestidos ambos con las insignias de cónsul y de prefecto. Galo tenía arrogante figura, elegante apostura, miembros exactamente proporcionados, fina y rubia caballera, y aunque apenas le apuntaba la barba, su aspecto revelaba precoz madurez. En cuanto a lo moral, el contraste era más grande entre su aspereza y la jovialidad de su hermano Juliano, que entre los dos hijos de Vespasiano, Domiciano y Tito. Elevado por la fortuna al grado más alto del favor, sufrió uno de esos reveses con que, burlándose, destruye la existencia humana, levantando a uno hasta las estrellas y precipitándole un momento después en el abismo. Y como de esto hay tantos ejemplos, seré parco en las citas. Esta misma inconstante y movable fortuna hizo del alfarero Agatoclo un rey de Sicilia, y del tirano Dionisio, terror de sus pueblos, un maestro de escuela de Corinto. Ella fue quien hizo pasar por Filipo a un Andrisco Adramiteno, nacido en un molino de batán, y redujo al hijo legítimo de Perseo a hacerse herrero para atender a su vida. Ella también fue la que entregó a los numantinos Mancino, depuesto de su mando; abandonó a Veturio a las represalias de los samnitas, Claudio a la crueldad de los corsos y Régulo a los atroces rencores de Cartago. Su rigor entrega a merced de un eunuco de Egipto a aquel Pompeyo a quien tantas hazañas habían merecido el nombre de Grande; y un esclavo escapado de la prisión, Euno, fue general de un ejército de fugitivos. Por efecto de sus caprichos muchos nobles varones se inclinaron ante un Viriato y un Spartaco, y muchas cabezas de las que un gesto hacía que todo temblase, cayeron bajo la mano

innoble del verdugo. Véase uno cargado de cadenas; otro cae desde la cumbre de las grandezas. ¿Quién podría enumerar estos ejemplos? Tan descabellada sería la empresa como querer contar los granos de arena de los mares o averiguar el peso de las montañas.

LIBRO XV

Anuncian al Emperador la muerte del César Galo.—Ursicino, jefe de la caballería en Oriente, Juliano, hermano de Galo, y el prepósito Gorgonio, acusados del crimen de lesa majestad.—Rigores ejercidos con los amigos y servidores de Galo.—Constancio derrota y ahuyenta a los alemanes lencienses.—Proclaman Emperador en Colonia a Silvano, franco de origen y jefe de la infantería en las Galias. Cae en un lazo y perece a los veintiocho días de reinado.—Condénase a muerte a los amigos y cómplices de Silvano.—Sediciones reprimidas en Roma por el prefecto Leoncio.—Arrójase de su silla al obispo Liberio.—Constancio confiere el título de César a Juliano, hermano de Galo, y le encarga la administración de las Galias.—Origen de los galos.—Etimología de los nombres de celtas y gálatas.—Alpes galos. Comunicaciones abiertas a través de estas montañas. Divisiones del territorio y breve descripción de las Galias y del curso del Ródano. Costumbres de los galos.—Musoniano, prefecto del pretorio en Oriente.

(Año 354 de J. C.)

Sujetándome estrictamente a la verdad en cuanto ha dependido de mí, he resumido por orden lo que por mí mismo he visto de los hechos contemporáneos de mi juventud y lo que he recogido, después de maduro examen, de boca de las personas que intervinieron en los acontecimientos. En el período en que entramos ahora he podido, como observador atento, profundizar más en la materia; y lo hago sin retroceder ante lo que la crítica maliciosa podría llamar pesadez. La concisión que debe alabarse es aquella que prescinde de lo superfluo sin perder nada de lo substancial en el conocimiento de los hechos.

En cuanto arrancaron a Galo las insignias reales en Nórica, Apodemio, el más ardiente promotor de discordias mientras vivió el príncipe, se apoderó de su calzado, y con precipitación que le hizo reventar muchos caballos, no obstante los frecuentes relevos preparados en el camino, marchó derechamente a Milán, deseoso del honor de ser el primero en dar la noticia. En cuanto llegó, corrió al palacio y arrojó aquel despojo a los pies de Constancio, como si hubiese sido trofeo arrancado al rey de los parthos. En seguida circuló la nueva, y en cuanto se enteraron los cortesanos de la prontitud y lo perfectamente que se había realizado aquel atrevido golpe de Estado, rivalizaron en frases aduladoras, ensalzando hasta el cielo el valor y fortuna de un príncipe que por dos veces, y con una sola señal, en épocas diferentes, había derribado dos poderes tan grandes como los de Vetranión y Galo, con tanta facilidad como se despediría a dos soldados bisoños. Embriagado por estas adulaciones llegó a creerse Constancio superior a la condición humana, cegándose hasta el punto de atribuirse él mismo la eternidad en las cartas que dictaba, y hasta titularse señor de la tierra en las que escribía él mismo. Y, sin embargo, debió haberse ofendido hasta de que otros le calificasen así cuando tanto afectó amoldarse a aquellos antecesores suyos que conservaron en sus personas las costumbres republicanas. Aunque su poder se hubiese extendido a aquellos innumerables mundos que imaginaba Demócrito, cuya mortificante idea, suscitada en Alejandro por los sarcasmos de Anaxarco, perseguía al joven conquistador hasta en sueños, hubiese debido no leer nada y taparse los oídos, o reconocer, como todos (porque así lo enseñan los matemáticos), que esta tierra que nos parece sin límites no es más que un punto en el espacio.

La desgraciada catástrofe de Galo fue la señal de nuevas persecuciones judiciales. La envidia, ese azote de cuanto es bueno, se encarnizó más y más contra Ursicino, llegando hasta suscitar contra él una acusación de lesa majestad. El mayor peligro de su posición consistía en el carácter del Emperador, obstinadamente prevenido contra toda explicación franca y leal, y dispuesto siempre a escuchar las secretas insinuaciones de la calumnia. Decíase que ni siquiera se pronunciaba ya en Oriente el nombre de Constancio. Para gobernar, como para combatir, todos invocaban a Ursicino, siendo éste el único capaz de contener a los persas. Impasible y resignado aquel ánimo sereno, no pensaba más que en mantener incólume su dignidad; pero no sin deplorar interiormente la débil

protección que el hombre honrado encuentra en su inocencia, siendo su mayor aflicción ver a sus amigos, tan solícitos antes en derredor suyo, pasar al lado del favor, como pasan los lictores, siguiendo el ceremonial, del funcionario que sale, a su sucesor. Su colega Arbación le dirigía rudos ataques, demostrándole al mismo tiempo profunda simpatía en las públicas alabanzas que hacía de su carácter. Tenía Arbación singular habilidad para urdir intrigas contra los hombres de bien, y era muy grande su influencia, siendo su maniobra como la de la serpiente que acecha desde su escondrijo al transeúnte para lanzarse de improviso sobre él. Aquel soldado, que había llegado a las primeras dignidades militares, que no tenía provocaciones que rechazar, ni injurias que vengar, encontrábase poseído por insaciable deseo de hacer daño; y tan bien se condujo, que en un consejo secreto que presidió el Emperador, y al que solamente se admitieron los confidentes más íntimos, decidióse que se arrebataría de noche a Ursicino, y, sin procesarle, se le ejecutaría lejos de la vista del ejército. Dícese que de esta misma manera desapareció otro defensor del imperio, igualmente hábil y honrado, Domicio Corbulón, en el sangriento período del reinado de Nerón. Solamente se esperaba momento favorable para realizar el plan; pero entretanto se abrieron paso ideas de moderación, y se creyó que debía deliberarse otra vez acerca del asunto antes de realizarlo.

Los esfuerzos de la calumnia se dirigieron entonces contra Juliano, que más adelante tan célebre hizo su nombre. Creyóse que se habían encontrado dos puntos de acusación en contra suya: en primer lugar había abandonado su forzosa residencia de Macelo, en Capadocia: impulsado por sus aficiones científicas había hecho efectivamente un viaje por Asia: y en segundo lugar, se había presentado en Constantinopla al pasar su hermano. Pero su justificación fue terminante, demostrando que en ambos casos había sido autorizada su conducta. No por esto hubiese dejado de sucumbir bajo los esfuerzos reunidos de los cortesanos, si la reina Eusebia, movida por inspiración sobrenatural, no hubiese intercedido por él; limitándose entonces a relegarle a Como, cerca de Milán, donde permaneció poco tiempo; encontrando en seguida ancho campo para el cultivo de la inteligencia en el permiso que se le concedió para retirarse a Grecia.

También alcanzaron lo que podría llamarse resultado feliz, otros procesos que se intentaron en esta fecha: o fracasaba la persecución, o la justicia solamente se ejercía contra verdaderos culpables. Sin embargo, más de una vez ocurrió que el rico alcanzó la impunidad por efecto de obstinada obsesión y por la corrupción practicada en vasta escala; mientras que los que poseían muy poco o no tenían para pagar el rescate de su vida, eran inflexiblemente juzgados y condenados. Por esta razón se vio más de una vez sucumbir la verdad ante la mentira y la mentira erigida en verdad.

También se procesó a Gorgonio, encargado del tálamo del César: mas a pesar de que quedó convicto, por sus propias declaraciones, de haber sido cómplice y a veces instigador de los excesos de su amo, la habilidad de los eunucos supo tergiversar tan bien los hechos, que el culpable escapó al castigo.

Mientras ocurrían estas cosas en Milán, llegaron prisioneros a Aquilea muchos militares y cortesanos de Oriente, arrastrándose bajo el peso de las cadenas y maldiciendo una vida que les imponía tales sufrimientos. Acusábaseles de haber sido ministros de los furores de Galo, de haber tomado parte activa en las atrocidades ejercidas contra Domiciano y Moncio y en todas las precipitadas ejecuciones de que fueron víctimas tantos otros. Encargóse la audición de los acusados a Arboreo y Eusebio, prepósito de palacio a la sazón, ambos arrogantes hasta lo sumo, injustos y crueles, que ni siquiera se tomaron el trabajo de examinar, y, sin distinguir entre inocentes y culpables, desterraron a los unos, después de hacerles azotar con varas o pasar por las torturas, rebajaron a otros hasta soldados, y los demás pagaron con la vida. Después de cargar las piras de víctimas, los dos comisarios regresaron triunfantes para dar cuenta de su misión al Emperador, que ahora, como siempre, mostró endurecimiento y obstinado rencor. Desde entonces, y como impaciente por adelantar el término asignado a cada cual por el destino, Constancio se entregó por completo a los delatores, viéndose pulular en seguida esta especie de sabuesos de los rumores públicos. Su furor descargó primeramente sobre los altos dignatarios, y concluyó por encarnizarse contra los pequeños como contra los grandes. No eran como aquellos hermanos Cibratos verrinos

que lamían el tribunal de un pretor único: el furor de éstos se dirigía a todos los puntos del Estado para ocasionar incesantemente nuevas heridas. Descollaban en esta industria Paulo y Mercurio, éste persa de origen y el otro dacio. El primero era notario y el segundo, de ministro del triclinio había llegado a jefe de cuentas (*rationalis*). Ya hemos dicho que Paulo se había granjeado el apodo de *Catena* (cadena), y, en efecto, una acusación en sus manos se hacía completamente inextricable; tanta destreza y recursos de ingenio desplegaba para tejer la infame red de la calumnia, pareciéndose a esos luchadores que tienen todavía al enemigo bajo el pie cuando se creía ya fuera, de su alcance. Llamábase a Mercurio Conde de los Sueños, porque se deslizaba en las reuniones y festines a manera de perro maligno que meneaba la cola para ocultar su deseo de morder; y si en la expansión de la intimidad refería algún convidado lo que había visto en sueños, circunstancia en que, como es sabido, la imaginación toma vuelo, en seguida corría Mercurio a deslizar el relato, cargándole de negros colores, en los oídos del príncipe, ávido siempre de estas comunicaciones. Desde aquel momento la ilusión del sueño se convertía en crimen imperdonable, y no se necesitaba más para tener que responder a gravísimas acusaciones. Pronto se conoció este nuevo género de peligro y la fama no dejó de aumentarlo; por cuya razón cada cual se hizo tan discreto acerca de sus sueños, que apenas se confesaba ante extraños que se había dormido; y los que tenían alguna instrucción deploraban no haber nacido en Atlántida donde, según dicen, se duerme sin soñar; cosa que dejamos para que la expliquen otros más sabios.

Entre esta repugnante serie de denuncias y suplicios, algunas palabras imprudentes encendieron en Iliria nuevo foco de persecuciones. En un festín que Africano, gobernador de la Pannonia segunda celebró en Sirmio y en el que el vino había circulado más de lo conveniente, la confianza de no asistir oyentes sospechosos aflojó el freno a las quejas acerca de los excesos del gobierno. Aseguraron algunos que los presagios anunciaban una revolución tan inminente como deseada; otros, con inconcebible olvido de toda prudencia, se vanagloriaban por predicciones de familia. Encontrábase entre los convidados Gaudencio, agente del fisco, hombre obtuso e irreflexivo que vio un crimen de Estado en aquellas conversaciones de mesa, y se apresuró a dar cuenta de ellas a Rufino, jefe de los *aparitores* del prefecto del pretorio, peligroso y perverso por naturaleza. La noticia le prestó alas, marchó en seguida a la corte, vio al Emperador, y tanto influyó su discurso en aquel espíritu pusilánime, dispuesto a recibir impresiones de este género, que sin previa deliberación dióse orden terminante para que se apoderasen de cuantos habían asistido al fatal banquete. El infame delator consiguió como premio de su servicio dos años de prórroga en su empleo; gracia que solicitó con la pasión que suele apoderarse del espíritu humano por las cosas desordenadas.

El protector doméstico Teutomeres, acompañado por un colega, recibió orden para apoderarse de las personas que se le nombraron y traerlas cargadas de cadenas. Pero durante una parada que hicieron en Aquilea, Marino, antiguo instructor militar y ahora tribuno, el mismo que había comenzado las conversaciones, hombre de resoluciones extremas, viendo a los guardias ocupados en algunos detalles de viaje, cogió un cuchillo que encontró a mano, se abrió el vientre, se arrancó las entrañas y expiró en el acto. Llevados a Milán los otros prisioneros, confesaron en los tormentos que, en la alegría del festín habían pronunciado algunas palabras indiscretas. En seguida les encerraron en una prisión, dejándoles entrever la dudosa esperanza de conseguir gracia, y a los dos protectores, supuestos cómplices del suicidio de Marino, se les desterró; pero intercedió por ellos Arbeción, y fueron perdonados.

Poco después de terminado este asunto declaróse la guerra contra los alemanes lencienses, que no cesaban de traspasar las fronteras, avanzando mucho en sus incursiones por el territorio del Imperio. Constancio en persona tomó el mando de la expedición y marchó a establecerse en los campos caninos, en Recia. Allí se meditó cuidadosamente el plan de campaña, decidiéndose que era honroso y ventajoso tomar la iniciativa. En consecuencia de esto, Arbeción, jefe de la caballería, tuvo que marchar contra el enemigo con las mejores fuerzas del ejército, costeando el lago Brigancio. Describiré brevemente la configuración de aquellos parajes.

Entre las anfractuosidades de altas montañas, brota con terrible impetuosidad la corriente del Rhin, y, sin afluentes todavía, se precipita por escarpadas rocas como el Nilo en sus cataratas. Navegable sería ya en aquel punto, si esta parte de su curso no fuese torrente más bien que río. Cuando se encuentra libre ya en su marcha, divide sus aguas en muchos brazos que bañan diferentes islas y desemboca en un lago de forma redonda y muy extenso, al que los pueblos ribereños de la Recia dan el nombre de Brigancio, teniendo próximamente cuatrocientos estadios de largo y ancho. En derredor de este lago se extiende obscura y salvaje selva que en otro tiempo hacía inaccesibles las orillas; pero la perseverante energía de la antigua Roma abrió en aquellas regiones ancho camino, luchando contra el suelo, contra los esfuerzos de los bárbaros y contra la inclemencia del cielo. Arrastrado el Rhin por áspera pendiente, penetra espumoso en aquellas dormidas aguas, separándolas en dos partes, entre las que pasa el río sin aumentar ni disminuir su caudal, corriendo a perderse a lo lejos, conservando hasta allí su nombre y la integridad de sus aguas en los abismos del Océano. Y ¡cosa admirable! ni la inmovilidad del lago se turba por el impetuoso río que lo atraviesa, ni queda retrasada la corriente del río por la masa inerte y cenagosa que su invasión repele. No hay confusión, no hay mezcla, y apenas se puede creer el testimonio de los ojos. Así el Alfeo, río de la Arcadia, según cuenta la fábula, penetra en las ondas del mar Jónico, para unir sus aguas con las de su amada Aretusa.

Arbeción, a quien anunciaran la aproximación de los bárbaros, aunque no carecía de experiencia y sabía cuánta prudencia se necesita en los comienzos de una campaña, no hizo caso de los avisos de sus exploradores, siguió adelante y cayó en una emboscada. Desconcertado hasta el punto de detener el movimiento, no supo qué maniobra emplear; y los bárbaros, viéndose descubiertos, presentan de pronto sus fuerzas y hacen llover por todos lados multitud de dardos de toda clase. No pudiendo resistir los nuestros aquel ataque, buscan la salvación en rápida fuga. Cuidando cada cual de sí mismo, rompen las filas, y masas confusas y dispersas, al volver la espalda, presentan blanco más seguro a los golpes del enemigo. Sin, embargo, favorecidos por la obscuridad de la noche, escaparon algunos, tomando caminos de travesía, y recobrando valor con el día, reunieron individualmente sus enseñas. Aquella desgraciada escaramuza nos costó diez tribunos y considerable número de soldados. Alentados los alemanes con el éxito se mostraron más emprendedores, y, aprovechando la bruma de la mañana, diariamente venían hasta las empalizadas romanas, aullando furibundas amenazas. Una salida que intentaron los escutarios tuvo que detenerse ante las masas de caballería que le opusieron los bárbaros: resistieron bien los romanos y a gritos llamaron a todos los del campamento para que les ayudaran; pero desalentado por el descalabro sufrido anteriormente, Arbeción no veía grandes seguridades para comprometer el resto de sus fuerzas. De pronto tres tribunos, por espontáneo movimiento, acuden a reunirse con los valientes de fuera: eran estos Arinteo, director de la armadura; Seniaco, jefe de la caballería de los guardias, y Bappo, jefe de los veteranos seguidos por las fuerzas que el Emperador les había confiado. El peligro de sus compañeros inflamó a aquel puñado de valientes como si ellos mismos lo corriesen; yérguense contra fuerzas superiores con la energía de nuestros antepasados, y caen sobre el enemigo con la impetuosidad de un torrente, sin observar orden de batalla, peleando individualmente y al fin ponen a los bárbaros en vergonzosa fuga. Rompen éstos las filas, y con tanto apresuramiento huyen, que no cuidan de cubrirse, entregando sus desarmados cuerpos a los golpes de nuestras lanzas y espadas, pereciendo muchos con sus caballos, en cuyos lomos permanecían aun en el suelo. Entonces aquellos cuya vacilación había retenido en el campamento, desechando el temor, salen al fin y se lanzan sobre las confusas masas de los bárbaros. Todos los que no pudieron salvarse en la fuga quedaron muertos, caminando los romanos sobre cadáveres y bañándose en sangre. Habiendo terminado la campaña aquella carnicería, el Emperador marchó en triunfo a invernar en Milán.

(Año de J. C. 355.)

En medio de las desgracias del Estado surgió de pronto una tempestad igualmente peligrosa que amenazaba ahora sumergirlo todo en común desastre, si la fortuna, soberana en todas las cosas,

no hubiese ahogado el mal en su mismo origen. Hacía mucho tiempo que la inercia del gobierno dejaba la Galia abierta a las incursiones de los bárbaros, que señalaban siempre su paso con el robo, el incendio y la devastación. Por orden del Emperador pasó a este país Silvano, jefe de la infantería, y a quien se consideraba capaz de remediar el mal. Arbeción, que soportaba a disgusto la presencia de un mérito superior al suyo, había contribuído poderosamente a alejarle con aquella peligrosa misión.

Un tal Dinamio, encargado de la dirección de los equipajes del Emperador, pidió a Silvano algunas cartas de recomendación, que pudiese utilizar con los amigos del general en calidad de íntimo suyo. Una vez poseedor de estas cartas, que Silvano en su rectitud no creyó deber negarle, aquel pérfido las conservó reservadas con el propósito de utilizarlas más adelante en algún negro proyecto. Así fue que mientras Silvano, entregado por completo a sus deberes, recorría las Galias arrojando delante de él a los bárbaros, que habiendo perdido la confianza, en ninguna parte resistían contra sus armas, este Dinamio, dando rienda suelta a su espíritu intrigante, elaboraba con arte de malvado consumado la falsificación más indigna. Rumores, que no están justificados a la verdad, señalaron como fautores y cómplices de aquella imaginación a Lampadio, prefecto del pretorio, a Eusebio, denominado Mcatioiocopas, que había sido intendente del dominio privado, y a Edesio, ex secretario de los mandamientos del príncipe; estos dos íntimos amigos del prefecto, y, a este título invitados por él a la ceremonia de la investidura del consulado. Empleando un pincel que Dinamio pasó sucesivamente sobre las líneas de la carta de Silvano, las borró, no dejando más que la firma, y escribió cosas diferentes, resultando una circular que Silvano dirigía a sus amigos políticos y particulares, especialmente a Tusco Albino, invitándoles en términos ambiguos a secundarle en su intento de usurpar el trono. Dinamio entregó al prefecto, para que éste lo presentase al príncipe, aquel tejido de mentiras, hábilmente urdido para perder a un inocente. Convertido Lampadio en clave de aquella tenebrosa intriga, acechó la ocasión de encontrarse solo con Constancio, y se presentó en su cámara, seguro de tener envuelto en sus redes a uno de los defensores más vigilantes del trono. En el consejo se dio lectura a las falsas cartas y se tomaron disposiciones para apoderarse de las personas mencionadas. Prendióse en el acto a los tribunos y se enviaron ordenes a provincias para trasladar a Milán a los particulares. El evidente absurdo de la acusación sublevó a Malarico, jefe de los gentiles, quien, en una reunión de sus compañeros, provocada por él, dijo con franqueza que le indignaba dejar envolver en intrigas de miserables a los hombres más adictos al gobierno del Emperador. Declaró terminantemente a Silvano incapaz de la traición que le imputaban y que era obra de detestable intriga. Ofrecióse a marchar él mismo y traerle a Milán; proponiendo como rehenes a su propia familia, y además la caución de Melobaudo, tribuno de la armadura, como garantía de su regreso; o bien ofrecía como alternativa que Melobaudo haría el viaje y se encargaría de realizar la misión. Silvano se irritaba pronto, hasta sin motivo, y enviarle otro que un compatriota era arriesgarse a convertir en rebelde a quien hasta entonces había sido sinceramente fiel.

Bueno era el consejo y debía seguirse; pero Malarico hablaba en vano. Prevaleció la opinión de Arbeción, y se encargó a Apodemo, obstinado enemigo de todo hombre honrado, de llevar a Silvano una carta llamándole. En otra cosa pensaba Apodemo, al encargarse de aquella misión; y en cuanto llegó a la Galia prescindió de sus instrucciones, y, sin ver a Silvano, sin transmitirle invitación alguna para que regresase ni comunicarle la carta, le envió el agente del fisco, y procediendo desde luego contra el general como contra un proscrito cuya cabeza perteneciese al verdugo, toma contra sus clientes y servidores vejatorias medidas con la insolencia de un vencedor en país conquistado.

Mientras que Apodemio prende fuego a todo y hace desear impacientemente la presencia de Silvano, Dinamio, para asegurar el efecto de su intriga, dirige a un tribuno de la fábrica de Cremona, bajo los nombres de Silvano y Malarico, cartas análogas a las que había hecho entregar por el prefecto al Emperador: invitándole sencillamente, como si estuviese enterado de antemano de lo que se trataba, a que lo dispusiese todo prontamente para la ejecución. El tribuno leyó y relejó sin comprender nada, no recordando ninguna relación íntima con las personas que le escribían, por

lo que decidió volver a Amalarico su carta con el mismo mensajero, acompañado por un soldado que llevaba el encargo de rogarle se expresara claramente y sin reticencias con un hombre rudo que no entendía los enigmas. Malarico, que se encontraba muy desanimado y triste, y que deploraba con amargura su suerte y la de su compañero Silvano, comprendió en seguida todo el misterio. En el acto reunió a cuantos francos se encontraban en palacio (siendo numerosos e influyentes), y con animado lenguaje les enteró del descubrimiento. Levántase fuerte rumor: la trama estaba descubierta y se dirigía contra ellos. Enterado el Emperador de lo que ocurría, dispone en el acto que se revise el asunto, y quiere que la revisión se haga ante todos los miembros del Consejo, tanto del orden civil como del militar. Renunciaban ya los jueces a ver claro en el enredo, cuando Florencio, hijo de Nigriniano, que reemplazaba a la sazón al prefecto de los oficios, mirando más detenidamente la letra de los documentos, encontró debajo algunos rasgos de los caracteres primitivos, adquiriendo todos en seguida el convencimiento de que las interpolaciones de un falsario habían desfigurado el pensamiento de Silvano. Entonces quedó descubierta la impostura. El Emperador hizo le diesen detallada cuenta del procedimiento, depuso al prefecto y le sometió a juicio; pero consiguió ser absuelto merced a los esfuerzos de sus amigos. Eusebio, ex intendente del dominio, confesó en el tormento que había tenido noticia de la trama, y Edesio salió del mal paso encerrándose en absoluta negativa. Los demás acusados fueron absueltos. En cuanto a Dinamio, en recompensa de sus servicios fue nombrado corrector y enviado a regentar la Toscana.

Entretanto Silvano, que se encontraba en Agripina, recibía allí aviso sobre aviso de las tramas de Apodemio para perderle; y conociendo demasiado el pusilánime corazón del príncipe y lo poco que podía confiarse en sus buenas intenciones, velase en vísperas de ser tratado como criminal, sin haber sido oído ni condenado. Por un momento pensó escapar de aquella crítica situación pidiendo auxilio a los bárbaros; pero le disuadió Laniogasio, que era entonces tribuno, el mismo que, no siendo todavía más que candidato, había quedado solo, como ya dijimos, al lado del emperador Constante en el momento de su muerte. Silvano decía que, por parte de sus compatriotas los francos, solamente podía esperar ser asesinado o vendido a sus enemigos. Era, pues, inevitable una resolución extrema. Silvano conferenció con los jefes principales, les excitó con promesas, y, reuniendo trozos de púrpura arrancados de los estandartes y dragones, se proclamó él mismo Emperador.

Mientras ocurrían estas cosas en las Galias, al obscurecer llegó a Milán la extraña noticia de la seducción del ejército y la usurpación del rango imperial por el ambicioso jefe de la infantería. Aquel golpe fue un rayo para Constancio. Inmediatamente convocó el Consejo, acudiendo a palacio en la segunda vigilia todos los grandes dignatarios; pero cuando hubo que emitir opinión, ninguno supo qué decir. Solamente circularon algunas palabras en voz baja acerca de los talentos de Ursicino, sus recursos como militar y de las graves ofensas que gratuitamente se le habían inferido. Llamóse, pues, a Ursicino al Consejo, e introducido (distinción muy honorífica) por el maestro de ceremonias, le dieron a besar la púrpura, con aspecto el más afable que jamás le habían mostrado. Diocleciano fue el primero que introdujo esta forma de adoración bárbara; porque leemos que antes de él se saludaba a los príncipes de la misma manera que se saluda hoy a los magistrados. En aquel mismo hombre a quien acusaba en otro tiempo la encarnizada malevolencia de absorber el Oriente en provecho propio, de desear para sus hijos el poder supremo, no se veía ahora más que el general experto, el compañero de armas de Constantino, el único brazo que podía conjurar el incendio; elogio tan exacto como poco sincero, porque al mismo tiempo que se pensaba seriamente en abatir un rebelde tan peligroso como Silvano, se entreveía, en caso de no conseguirlo, la probabilidad de deshacerse de Ursicino, cuyos rencores, supuestos implacables, continuaban causando honda preocupación. Así fue que cuando el general, mientras apresuraban los preparativos de marcha, quiso pronunciar algunas palabras de justificación, el Emperador le cerró dulcemente los labios, diciéndole que no se necesitaban explicaciones, cuando existía mutuo y muy grande interés en entenderse. Mucho deliberaron todavía, buscando sobre todo la manera de persuadir a Silvano de que el Emperador lo ignoraba todo; encontrándose al fin un medio que se creyó eficaz para

inspirarle completa confianza; este medio fue el de comunicarle en los términos más honrosos una orden que le mantenía en posesión de sus títulos y funciones, dándole a Ursicino por sucesor.

Convenido así, mandóse a Ursicino partir inmediatamente con diez tribunos u oficiales de los guardias que, a petición suya, se le unieron para ayudarle en su misión. En este número nos encontramos mi compañero Valeriano y yo, siendo los demás parientes o amigos de Ursicino. Como el viaje fue largo, cada cual pudo meditar en los peligros que corría, considerándonos como en lucha con fieras. Pero el mal presente tiene de bueno que, al menos, se considera el bien en perspectiva, y nos consolábamos con aquel pensamiento de Cicerón que expresa exactamente la verdad: «Sin duda es muy de desear una serie no interrumpida de felicidad y fortuna; pero no se encuentra en ella, por efecto de la misma continuidad, esa viveza de sensación que experimenta el alma al pasar de un estado desesperado a condición mejor.»

Avanzábamos a grandes jornadas, queriendo en su celo nuestro jefe llegar a la frontera sospechosa antes de que la noticia de la sublevación se propagase por Italia. Mas por rápida que fue nuestra marcha, se nos adelantó la fama, y, a nuestra llegada a Agripina, la sublevación había tomado tal desarrollo, que desafiaba los medios de represión de que podíamos disponer. Por todas partes apoyaban las poblaciones el nuevo orden de cosas; por todas partes se reunían considerables tropas. En tal situación, Ursicino no podía tomar más que una resolución y fue una necesidad de que hay que compadecerle: la de violentar sus sentimientos y deseos fingiendo adhesión a aquel poder de un día y conducirse de manera que halagase la vanidad del rebelde y adormeciese su vigilancia con seguridad completa. Lo más difícil era el desenlace, porque necesitábamos extraordinaria atención para no apresurar ni perder el momento de obrar; porque la manifestación más pequeña, siendo inoportuna, nos llevaría a todos a la muerte.

Ursicino fue muy bien recibido. Obligado, para fingir bien, a inclinarse ante aquellas insignias imperiales, el usurpador le trató con miramientos y respetos; teniendo libre acceso a su persona, el puesto de honor en su mesa, y muy pronto intimidad en sus confidencias. Silvano se quejaba amargamente de las indignas elecciones que habían hecho constantemente para el consulado y los altos cargos, con preferencia a él y a Ursicino, y esto, añadía, despreciando los largos e importantes servicios que, con el sudor de su frente, los dos habían prestado al Imperio. En cuanto a él, se había llegado hasta someter a la tortura a sus amigos y a dirigir en contra suya innobles procedimientos, y todo so pretexto de frívola acusación de lesa majestad. Ursicino, por su parte, había sido violentamente arrancado del Oriente y entregado como presa a la maldad de sus enemigos. Silvano soltaba la rienda a su disgusto, lo mismo en público que confidencialmente; y además de estas frases, tan poco a propósito para tranquilizarnos, sentíamos estremecerse en derredor nuestro la impaciencia de la soldadesca, que se quejaba de tener hambre y ardía en deseos de cruzar los Alpes Cottianos.

En este estado las cosas, todos nos martirizábamos el cerebro para llegar a un resultado: y, después de mil partidos adoptados y abandonados en seguida, convinimos en que agentes elegidos cuidadosamente y que nos asegurasen su discreción con juramento, tentarían la dudosa fidelidad de los braccatos y cornutos. Nuestros agentes, bien pagados y elegidos entre los más oscuros, como los más a propósito para una trama de este género, arreglaron en seguida el asunto. Al amanecer, buen golpe de gente armada se presentó repentinamente delante del palacio, y exaltando a los más atrevidos los peligros propios de la empresa, degollaron a los guardias, penetraron en el interior y asesinaron a Silvano, después de sacarle medio muerto de una capilla dedicada al culto cristiano, donde se había refugiado.

Así pereció un hombre cuyo mérito era innegable, víctima de un extravío a que le arrastró infame calumnia. Encontrándose ausente, no pudo romper la red fatal en que envolvían su inocencia, y, desesperado, se lanzó a la sublevación para salvar la vida. Además, Silvano había desconfiado siempre del carácter versátil del príncipe, a pesar de los derechos que había adquirido a su gratitud al pasar tan oportunamente a su bando antes de la batalla de Mursa, con las fuerzas que mandaba. No se encontraba muy seguro, aunque nunca dejaba de aprovechar este título, recordando

los hechos militares de su padre Bonito que, siendo franco, adoptó ardientemente, en la guerra civil, la causa de Constantino contra los licinianos.

Cosa singular fue que, antes de existir síntoma alguno de conmoción en las Galias, un día, reunido el pueblo en el circo máximo, por ilusión o presentimiento, exclamó: «Silvano está vencido.»

Imposible es expresar la alegría de Constantino cuando llegó de Agripina la noticia de la muerte de Silvano. Con este éxito se exaltó su orgullo y lo creyó señal de predestinación. Enemigo del valor por instinto, obrando siempre como Domiciano, le atacaba por los medios contrarios. La empresa, tan bien guiada por Ursicino, ni siquiera le mereció un elogio; todo lo contrario, quejábase en sus cartas de los gastos efectuados con perjuicio del tesoro de las Galias, al que nadie, ciertamente, había tocado; llegando en este punto hasta ordenar una investigación, y sometió a un interrogatorio a Remigio, tesorero de la caja militar, el mismo que más adelante, bajo el imperio de Valentiniano, terminó su vida con un lazo de cuerda en la causa de los legados tripolitanos.

Desde aquel día no reconoció límites la adulación. Constancio se alzaba hasta el cielo, disponía de los acontecimientos. Él mismo daba en estas extravagancias, reprendiendo y maltratando de palabra al que no sabía hablar elocuentemente. De la misma manera Crespo, según refiere la historia, expulsó de sus estados a Solón, que no entendía el lenguaje de la lisonja; así también Dionisio quiso entregar a la muerte a Filoxeno, por haber guardado silencio él solo en medio del aplauso general, cuando el tirano recitaba en su corte los malos versos que había hecho. Este mal engendra todos los demás. ¿Qué satisfacción puede encontrar el poder en la lisonja, cuando no puede hablar la crítica?

Restablecida la tranquilidad, comenzaba el período de las persecuciones, aprisionando por millares y cargándoles de cadenas. Paulo estaba ebrio de alegría; aquel delator infernal había encontrado campo para su funesta destreza. Todos los miembros del consejo, civiles o militares, tuvieron que tomar parte en las informaciones. Por orden suya se aplicó el tormento a Próculo, *aparitor* de Silvano, hombre endeble y valetudinario, ocasionando este hecho grandes alarmas, porque se temía que la crueldad de los verdugos, triunfando de una constitución tan débil, llegase a conseguir de él revelaciones comprometedoras; pero sucedió todo lo contrario. El paciente, como refirió después, había tenido un sueño que le prohibía entregar a ningún inocente; por esta razón se dejó atormentar hasta casi morir sin que sus labios pronunciaran un nombre, ni una palabra que pudieran aprovechar contra otro. Además, aseguró constantemente y demostró hasta la evidencia que la aventurada tentativa de Silvano no era un plan premeditado, sino puramente efecto de la fuerza de las circunstancias; citando como prueba de su aserto un hecho comprobado por numerosos testigos. Este hecho consistía en que, cinco días antes de vestir las insignias del poder imperial, hacía pagar el sueldo a las tropas, y, en nombre de Constancio había exhortado a los soldados a mostrarse valerosos y fieles. Indudable es que si en aquel momento hubiese pensado en la usurpación, habría distribuido en su propio nombre aquella considerable cantidad. Perdonado Próculo, fue llevado al suplicio Pemenio. Ya hemos referido cómo le eligió por jefe el pueblo de Tréveris, cuando cerró las puertas al César Decencio. A éstas siguieron una tras otra las ejecuciones de los cónsules Asclepiodoto, Luto, Maudio y los de otros muchos; hechos todos muy característicos de aquella época de inflexible crueldad.

En la época de estos asesinatos jurídicos, era prefecto de la ciudad eterna Leoncio, que tenía como magistrado muchas cualidades apreciables, fácil para escuchar, rigurosamente imparcial y de benévolo carácter. Censurábanle, sin embargo, cierta rudeza en el ejercicio de su autoridad y excesiva inclinación al amor. Por la causa más frívola promovióse contra él una sedición: había mandado prender al auriga Filocomo, y el pueblo se amotinó en el acto por su favorito, llegando a furiosas demostraciones contra el prefecto. Creían sin duda intimidarle, pero se mantuvo firme e imponente, hizo que sus aparitores echaran mano a los más alborotadores, que fueron azotados y deportados y ninguno se atrevió a pronunciar palabra ni a intentar resistencia. Sin embargo, pocos días después, el pueblo, que continuaba agitado, so pretexto de carestía de vino, habiéndose reunido

en el Septizonio, barrio de los más frecuentados, donde el emperador Marco Aurelio con grandes gastos hizo construir el magnífico edificio del Nimfeo, el prefecto marchó resueltamente allá. Toda su comitiva, funcionarios y agentes, le rogaban que no se presentase a aquella multitud irritada y amenazadora, que tenía contra él reciente motivo de disgusto; pero se dirigían a un hombre incapaz de temor. Leoncio marchó directamente a la multitud, sin tener en cuenta lo débil de su comitiva, de la que una parte huyó al verle decidido a arrostrar tan evidente peligro. Tranquilamente sentado en su carro, paseó serena mirada por las tumultuosas masas que le rodeaban, cuya agitación convulsiva parecía la de un nido de serpientes. Brotaban injuriosas exclamaciones y las escuchaba con impasibilidad; de pronto, apostrofando en medio de la multitud a un individuo que se destaca por su atlética estatura y rojos caballos, le pregunta si es Pedro Valvomeres, y aquel hombre contesta con insolencia que él es. Entonces el prefecto, a quien desde mucho antes estaba indicado aquel individuo como cabeza de motín, le hizo atar las manos a la espalda y azotarle, a pesar de los gritos que no podía menos de arrancar aquella orden. Pero en cuanto vieron a Valvomeres en el poste, a pesar de sus reiteradas apelaciones a la compasión de sus compañeros, la multitud, tan compacta un momento antes, desapareció instantáneamente por las calles inmediatas, y aquel peligroso promovedor de motines recibió el castigo sin más resistencia que si se lo aplicasen en la secreta cámara judicial. En seguida marchó relegado al Pícentino, donde después fue condenado a muerte y ejecutado por sentencia del consular Patruino, por atentado al pudor de una doncella perteneciente a familia notable.

Durante la administración de este mismo Leoncio, fue llevado ante Constancio, Liberio, pontífice cristiano, como refractario a la voluntad imperial y a las decisiones de sus compañeros en episcopado. Diré algo acerca del punto de disidencia. Un sínodo, según llaman los cristianos a la reunión de los altos dignatarios del clero, había depuesto a Atanasio¹, obispo de Alejandría, por haber prevaricado y por haberse entregado a persecuciones impropias de su carácter de sacerdote: al menos, de esto le ha acusado siempre el rumor público. Decíase que realmente era muy perito en el arte de la adivinación y en la ciencia de los augures, habiendo vaticinado algunas veces lo porvenir; sin olvidar ciertas imputaciones igualmente contrarias al espíritu de la religión que enseñaba. Mandóse a Liberio de parte del príncipe, que firmase el decreto que expulsaba a Atanasio de su silla. Pero Liberio, aunque conforme en los puntos de doctrina con el sínodo, se negó obstinadamente a coadyuvar, protestando enérgicamente de la indignidad de un juicio en el que el acusado no había sido oído ni siquiera llamado. Esto era contrariar abiertamente la voluntad del Emperador. Éste, que siempre había detestado a Atanasio, considerando la condenación como válida, tenía singular empeño en que la confirmase la autoridad preponderante del obispo de la ciudad eterna. No logrando su propósito, mandó prender a Liberio, y fue preciso hacerlo de noche, a causa del amor que profesaba el pueblo a su obispo.

Tales cosas ocurrieron en Roma en esta época. Tenía entonces Constancio motivos de graves inquietudes. Sucedíanse sin interrupción mensajeros anunciando la ruina de las Galias, porque no encontrando los bárbaros resistencia en parte alguna, todo lo llevaban a sangre y fuego. Por largo tiempo meditó para encontrar un medio que no le obligase a abandonar su residencia de Italia, porque veía gravísimo peligro en alejarse tanto del centro: siendo muy prudente el partido que adoptó, que consistía en asociar a su poder a Juliano, hijo de su tío paterno, a quien poco antes había llamado de Grecia y que todavía llevaba el traje de los filósofos de este país.

Cuando Constancio manifestó a sus confidentes más íntimos la resolución a que la impulsaba la gravedad de las circunstancias, confesando, cosa que nunca había hecho, su impotencia para soportar solo la carga, cada día más pesada, del gobierno del Estado, todos aquellos maestros en el arte de adular se esforzaron para aturdirle acerca de su posición; repitiendo hasta la saciedad que no había exigencias, por grandes que fuesen, de que no pudiesen triunfar como siempre, su fuerza de ánimo y su fortuna sobrehumana. Algunos que tenían motivos para temer al nuevo poder, pretendían que solamente el nombre de César estaba preñado de peligros y podía reproducir la

1. San Atanasio de Alejandría, adversario del arrianismo.

época de Galo. La emperatriz sola hacía frente a aquellos obstinados adversarios a la participación en el gobierno; bien porque la asustase la longitud del viaje que tenía que hacer, bien que por instinto de prudencia comprendiese dónde estaba el verdadero interés del Estado; insistiendo en la elección de un pariente con preferencia a cualquier otro. Después de muchas deliberaciones infructuosas, el Emperador, cortando debates, mostró su decisión de admitir a Juliano a la participación del mando. En el día señalado, Augusto, llevando por la mano a Juliano, delante de todas las fuerzas presentes en Milán, subió a un tribunal, de intento muy elevado sobre el suelo, y decorado en todos sus frentes con águilas y estandartes, hablando en seguida así, con sereno rostro:

«Valientes defensores de la república, vengo a vindicar ante vosotros una causa que nos es común a todos: trátase del bien de la patria. A jueces tan rectos como vosotros, tendré muy pocas palabras que decir. Más de una vez ha dirigido contra nosotros sus furores la rebelión: los autores de tan insensatas tentativas ya no existen; pero como ofrenda impía a sus manes, los bárbaros hacen correr torrentes de sangre romana. Rompiendo todos los tratados, traspasando todos los límites y hollando las Galias devastadas, confían en los imperiosos deberes que nos retienen y en la enorme distancia que los separa de nosotros. Grave es el mal, pero pronta resolución puede remediarlo. Que vuestra voluntad se una a la mía, y éstas soberbias naciones serán humilladas, no atreviéndose nadie en adelante a violar nuestras fronteras. He tomado una resolución en que descansan bellas esperanzas; a vosotros toca secundar su efecto. Aquí tenéis a, Juliano, mi primo paterno, cuyos títulos a mi afecto por su intachable conducta conocéis. En su juventud ha dado ya brillantes esperanzas: deseo elevarle al rango de César; y si creéis acertada la elección, os pido que la afirméis con vuestro consentimiento.»

Favorable murmullo interrumpió la oración, considerando cada cual, como por especie de adivinación, que aquello, más que pensamiento humano era arbitrio del destino. El Emperador esperó con paciencia que se restableciese el silencio, y con acento más firme, continuó diciendo: «Considero como aprobación el estremecimiento de alegría que acabo de escuchar. Elévese, pues, a honor tan insigne el joven en quien la fuerza tan bien se une a la prudencia, y a quien alabaría mejor imitando la reserva que forma su carácter. Además, eligiéndole, rindo debido homenaje a las cualidades que tiene de la educación y de la naturaleza. En vista de esto, con beneplácito de Dios, le revisto las insignias de príncipe.»

Dicho esto, cubre a Juliano con la púrpura de sus abuelos y le proclama César, entre los aplausos de la asamblea. Volviéndose en seguida hacia el nuevo príncipe, cuyo semblante parecía más grave que de costumbre, le dijo: «Hermano querido, muy joven aún participas de los esplendores de tu familia. Considero que mi gloria ha aumentado; y no me creería tan grande por la posesión del poder absoluto, como por este acto de justicia que eleva hasta mí a quien tan de cerca me toca. Marcha, pues, asociado en adelante a mis trabajos y peligros, a tomar a tu cargo el gobierno de las Galias. Aplica a sus dolores el bálsamo de tu intervención tutelar. Si es necesario combatir, tienes señalado tu puesto al lado de las enseñas. Sé atrevido con oportunidad, pero no muestres valor irreflexivo. Anima al soldado con tu ejemplo, pero guárdate tu mismo de todo arrebató. Estarás siempre presente para prestar socorro si ceden. Reprende sin dureza cuando parezca que va a faltar el valor, y entérate siempre por ti mismo de quién ha cumplido bien y quién ha faltado. Las circunstancias nos estrechan, y como varón animoso, marcha a mandar hombres valientes, contando con la cooperación más activa y sincera de mi parte. Combatamos de acuerdo. Combatiremos unidos para que, si place a Dios escuchar un día mis ruegos y devolver la paz al mundo, podamos, de acuerdo, gobernarlo con amor y moderación. En todas partes he de recordarte, y suceda lo que quiera, nunca te faltaré. Marcha, pues, marcha; te siguen todos mis votos, y muéstrate vigilante defensor del puesto a que te ha elevado la confianza pública.»

Nadie calló al escuchar estas últimas palabras. Los soldados, con muy pocas excepciones, para mostrar su entusiasmo por la elección que acababa de hacer el Emperador, golpearon fuertemente los escudos con las rodillas, que es su manera de demostrar profundo regocijo, como cuando lo golpean con la lanza es señal de que se irritan o van a disgustarse. Justa admiración

estalló a la presencia del César revestido con la púrpura imperial, contemplando todos con afán aquellos ojos tan terribles como agradables y aquel semblante tan gracioso como animado; y el soldado hacía el horóscopo del príncipe como si conociese el antiguo sistema que hace depender las facultades morales de ciertas señales exteriores. Y, lo que daba mayor peso a sus alabanzas, sabía conservar en ellas la justa medida, no yendo más allá de las conveniencias ni de la verdad; siendo la expresión de estas alabanzas, no como podía esperarse de soldados, sino de censores. Juliano subió en seguida al carro del Emperador y regresó a palacio recitando en voz baja este verso de Homero:

Ἐλλαβε πορφύρεος θάνατος καὶ μοῖρα κραταιή.²

Ocurría esto el 8 de los idus de Noviembre (6 de noviembre), bajo el consulado de Arbeción y de Loliano. Pocos días después casó Juliano con Helena, hermana de Constancio; y, después de prepararlo aceleradamente todo para el viaje, partió el día de las calendas de Diciembre (1 de diciembre) con séquito muy modesto, acompañándole el Emperador hasta las dos columnas alzadas a mitad del camino de Lumela a Ticino, desde donde tomó el César en línea recta la dirección de Turín. Esperábale una triste noticia que la corte sabía ya, pero que por precaución política habían mantenido secreta. Los bárbaros, después de obstinado asedio, habían tomado por asalto y saqueo la célebre colonia Agripina, en la Germania inferior. Aquella desgracia impresionó el ánimo de Juliano, considerándola presagio de lo que había de acontecerle; y muchas veces se le oía repetir con amargura que con su advenimiento solamente había conseguido morir menos tranquilo.

A su entrada en Viena acudió a recibir al deseado príncipe la población entera de todo rango y edad, y no solamente los que la habitaban, sino que también los de las cercanías; resonando por todas partes y con el mayor entusiasmo, en cuanto le vieron, las palabras *Emperador clemente*, *Emperador afortunado*. Gozábale con avidez al ver al fin los atributos reales en un príncipe legítimo: su presencia iba a remediarlo todo, siendo como un genio tutelar que se presentaba en el momento en que todo parecía perdido. Una pobre mujer ciega había preguntado qué entrada se celebraba, y cuando le contestaron que la de Juliano, exclamó que él restablecería los templos de los dioses.

Puedo decir ahora, como antes el insigne vate mantuano, que mi asunto se engrandece, que ante mí se desarrolla una serie de acontecimientos más majestuosos. Creo que es conveniente una descripción de las Galias, teatro donde se realizaron, porque estos conocimientos, puestos incidentalmente en medio del relato, cuando el interés del lector queda despierto esperando una batalla o las peripecias del combate, hacen que el autor se parezca al marinero que, en las horas de holganza, descuida la recomposición de las velas y jarcias y se ve obligado a hacerla cuando se encuentra luchando ya con la tempestad y azotado por las olas.

Faltos de datos precisos, los autores antiguos nos han transmitido acerca del origen de los galos nociones más o menos incompletas. Pero más recientemente Timagenes, griego por la actividad de su espíritu como por su lengua, consiguió reunir considerable número de hechos por mucho tiempo perdidos entre libros oscuros, de donde los había sacado. Voy, pues, a aprovechar sus investigaciones, procediendo metódicamente para que cada cosa resulte en su lugar con claridad.

Por relatos de los contemporáneos, los aborígenes de aquella comarca, fueron llamados Celtas, del nombre de un rey muy querido, o Gálatas, del nombre de la madre de aquél rey. De este último nombre los griegos han hecho el de galos. Según otros, una colonia de dorios, siguiendo al más antiguo de los Hércules, vino a habitar el litoral. Teniendo en cuenta las antigüedades drúidicas, solamente una parte de la población de la Galia es indígena, formándose en épocas diferentes por el ingreso de insulares extranjeros, venidos del otro lado de los mares, y por pueblos transrhenanos arrojados de sus hogares, bien por las vicisitudes de la guerra, permanente en aquellas comarcas, bien por las invasiones de los elementos fogosos que caen sobre las costas. Dicen otros que un puñado de troyanos, escapados del saqueo de su ciudad, encontrando por todas partes griegos en su

2 «La muerte con manto de púrpura y el inflexible destino han puesto mano en él.» Alusión al color rojo que Homero atribuye al manto de la muerte.

fuga, vino a establecerse en aquella región, desierta entonces. La opinión que sostienen los naturales del país, robustecida con sus monumentos, es que Hércules, hijo de Amphitrión, rápido destructor de Gerión y Taurisco, uno tirano de España y el otro de la Galia, tuvo en su comercio con diferentes mujeres de las familias más nobles de este último país considerable número de hijos, de los que cada uno dio su nombre a una comarca regida por sus leyes. Dice la misma tradición que una emigración de focenos del Asia, huyendo de la opresión de Harpalo, sátrapa de Cyro, abordó primero en Italia, donde fundó la ciudad lucaniana de Velia; después marchó con el resto de su gente a construir Marsella, en la Galia vienense, establecimiento que, habiendo prosperado, andando los tiempos llenó el país con numerosas colonias.

Pero abreviaré esta reseña, que mucha prolijidad haría enojosa. La civilización se introdujo insensiblemente en estos pueblos y se aficionaron al cultivo de la inteligencia, bajo la inspiración de sus bardos, euhages y druidas. Los bardos celebraban las grandes hazañas en cantos heroicos con dulces modulaciones de lira: los euhages investigaban y comentaban los sublimes secretos de la naturaleza. Las especulaciones de los druidas eran muy superiores a éstas: formando comunidad bajo estatutos de Pitágoras, dedicado constantemente el espíritu a las cuestiones más abstractas y arduas de la metafísica, como su maestro, despreciaban las cosas humanas y defendían la inmortalidad del alma.

Esta región de las Galias, que, exceptuando sus comarcas marítimas, está separada del resto del género humano por gigantescas montañas coronadas por nieves eternas, ha recibido de la naturaleza conjunto de defensas tan completo como si el arte hubiese intervenido en ello. Bañada al Mediodía por el mar Tirreno y Gálico, al Norte, opone como barrera a los bárbaros la corriente del Rhin; al poniente la rodean el Océano y las alturas de los Pirineos, y por el lado que sale el sol la imponente masa de los Alpes Cottianos, donde el rey Cottis se resistió solo contra nosotros por tanto tiempo, protegido por sus impracticables desfiladeros inaccesibles peñascos. Aquel príncipe, sin embargo, depuso más adelante su orgullo, y él fue quien, amigo del emperador Octaviano, movido por memorable cariño, y después de inauditos esfuerzos, abrió más lejos, a través de los viejos Alpes, esos cómodos caminos que abrevian los viajes. Más adelante daré acerca de estos trabajos los datos que he podido reunir. En los mismos Alpes Cottianos, que comienzan en la ciudad de Susa, hay una cresta que es casi completamente infranqueable. El viajero que viene de la Galia sube con facilidad por un plano ligeramente inclinado; mas para descender por la parte opuesta se encuentra una pendiente y precipicios cuyo sólo aspecto estremece. En primavera especialmente, cuando la suavidad de la temperatura produce el deshielo y derrite las nieves, peatones, bestias de carga y carros vacilan y tropiezan en una calzada estrecha, encajada entre dos precipicios y cortada por hoyos ocultos bajo acumulación de nieblas. Solamente se ha encontrado hasta ahora un medio para disminuir las probabilidades de destrucción; y es sujetar los vehículos con recias cuerdas que retienen a la espalda, a fuerza de brazos o con yuntas de bueyes, y una vez contenidos de esta suerte, convoyarlos con alguna más seguridad hasta el pie de la cuesta. Así se obraba en los tiempos antiguos. En invierno, endurecido el suelo y como pulimentado por el hielo, por todas partes presenta superficie resbaladiza en que apenas se puede sentar el pie; y profundos abismos a los que una capa de hielo presta pérfida apariencia de llanuras, devoraron más de una vez a los imprudentes que se atrevieron a penetrar en ellos. Así es que, para seguridad de los viajeros, los habitantes del país, que conocen los pasos, cuidan de señalar el camino más seguro por medio de largos palos clavados en el suelo. Pero si derribados por los desprendimientos, desaparecen estos palos bajo la nieve, la travesía viene a ser muy peligrosa hasta tomando por guías a los habitantes de las inmediaciones. Franqueado este paso, se marcha por llano durante siete millas hasta la estación de Marte, donde se alza un pico más elevado y mucho más difícil de atravesar, y cuyo vértice tomó el nombre de la Matrona, desde la desgracia ocurrida a una mujer noble. Desde allí se descende por suave pendiente hasta el castillo Virgancio. El sepulcro del reyezuelo constructor de los caminos de que hemos hablado se ve aún junto a las murallas de Susa, existiendo doble motivo para venerar su memoria porque gobernó su pueblo con equidad, y con su alianza con nosotros le aseguró perpetua

paz.

El camino de que acabamos de hablar es realmente el más corto, más directo y más frecuentado; pero anteriormente se habían abierto otros en diferentes épocas, siendo obra el más antiguo del Hércules Tebano; trabajo que apenas fue momento de detención para el héroe, cuando corría a dar muerte a Gerión y a Taurisco. Este camino costea los Alpes marítimos, a que llamó Hércules Alpes Griegos. La fortaleza y el puerto de Mónaco son monumentos eternos de su paso por aquellas comarcas. Muchos siglos después tomó esta cadena el nombre de Alpes Peninos, por el siguiente motivo: Publio Cornelio Escipión, padre del primer Africano, encargado de llevar socorros a Sagunto, tan célebre por su constancia y sus desgracias, y cuyo asedio estrechaban fuertemente a la sazón las fuerzas púnicas, navegaba hacia España con una flota montada por considerable número de tropas. Pero ya habían triunfado las armas de Cartago; estaba consumado el desastre, y Escipión no podía lisonjearse de alcanzar por tierra a Anníbal, que había cruzado el Ródano, y hacía ya tres días que estaba en marcha para Italia. El mar le ofrecía camino más corto, y navegando rápidamente, colocóse en observación delante de Génova, ciudad de la Liguria, encontrándose dispuesto para caer con opor tunidad sobre el enemigo en cuanto desembocase en la llanura, fatigado por las dificultades del camino. No se limitó a esto la previsión de Escipión, sino que envió a su hermano para que contuviese en España al ejército, de Asdrúbal, que amenazaba a Roma con doble invasión. Pero algunos desertores enteraron a Anníbal de la presencia de Escipión, y como era tan enérgico como astuto, tomó guías en Turín que le llevaron en otra dirección por el Tricastino y los extremos confines de los Voconcios, hasta los desfiladeros de los Tricorios. Allí abrió paso donde nadie lo había abierto antes, horadando una roca enorme, blandeándola por medio de fuego y vinagre que hizo derramar; y cruzando después el cauce variable y peligroso del Druencio, invadió repentinamente las campiñas de la Etruria. Pero basta de, los Alpes; hablemos del resto de la Galia.

Remontando a época muy antigua, en que todavía era desconocida la Galia bárbara, parece que se encuentra dividido el país entre razas perfectamente distintas, los celtas o galos, los aquitanios y los belgas; diferentes las tres en lenguaje, costumbres y gobierno. El límite natural entre los aquitanios y los celtas o galos es el Garona, río que nace en los Pirineos y baña numerosas ciudades antes de penetrar en el Océano. A los galos separan de los belgas el Matrona (Marne) y el Sequana (Sena), ríos que tienen igual importancia y que atraviesan la Galia Lugdunense, encerrando con su unión la fortaleza de los Parisios, llamada Lutecia; después, reunidos en el mismo lecho, penetran en el mar, cerca de la ciudad a que dio su nombre Constancio Cloro.

Para nuestros antepasados, de estas tres naciones, la de los belgas pasaba por la más valiente; cosa que dependía de su posición que, por una parte, la alejaba del contacto de la civilización y refinamientos que trae consigo, y por otra la tenía en continua guerra con los pueblos germanos del otro lado del Rhin. Los aquitanios, por el contrario, merced a la proximidad de las distancias y fácil acceso de sus costas, llamaban en cierto modo las importaciones del comercio. Por esta razón se pulieron muy pronto, oponiendo débil resistencia a la dominación romana.

Cuando cansada de guerra se sometió la Galia al dictador Julio César, quedó dividida en cuatro gobiernos: el de la Galia Narbonense, comprendiendo el Lugdunense y el Viennense; el de Aquitania, que abarcaba todos los pueblos del nombre de aquitanios, y otros dos que regían respectivamente las Germanias, tanto superior como inferior, y el país de los belgas. Todo el país de las Galias está dividido hoy en las siguientes provincias: la segunda Germania, que posee las grandes y populosas ciudades de Tungris y Agripina; la primera Germania, en la que se encuentran, entre otras ciudades municipales, Moguntiacus (Maguncia), Vagion (Worms), Nemeta (Spira) y Argentoratus, célebre después por la derrota de los bárbaros. Viene en seguida la primera Bélgica, que se enorgullece con Mediomatrico (Metz) y Treviros (Tréveris), residencias ilustres de soberanos: la segunda Bélgica, limítrofe de la primera, en la que se encuentran Ambiano (Amiens), ciudad eminente entre las demás y Catelauni (Chalons del Mar) y Remi (Reims). En el país de los Seguanos cuéntase Bisontios (Besançon) y Rauracos (Basilea), inferiores a muy pocas ciudades. Son ornamento del Lugdunense primero, Lugdunum (Lyon), Cabillonum (Chálons del Saona),

Senonen (Sens), Rituriga (Bourges), y Augustudunum (Autun), admirable por sus vetustas murallas. El segundo ostenta orgullosamente Rothoomagum (Ruan), Turonem (Tours), Mediolanum (Evreux) y Tricassinum (Troyes). Los Alpes Griegos y Peninos, además de otras más obscuras posee Aventicum (Aveuche), desierta hoy, pero notable en otro tiempo, como lo demuestran todavía las ruinas de sus edificios. Estas provincias y ciudades son lo más floreciente de las Galias. En la Aquitania, limitada por los Pirineos y por el mar que baña la España, la primera Aquitania es notable por la grandeza de sus ciudades, entre las que debe citarse en primer lugar Burdegala (Burdeos), las Avernas (Clermont-Ferrand), Santones y Pictavi (Poitiers). Auscum (Auch) y Vesata (Bazas), son el honor de la Noven-populana (La Gascuña); Eusa, Narbona y Tolosa sobresalen entre las ciudades de la Narbonense. Orgullosa está también la Vienense de la belleza de sus ciudades, de las que las más notables son la misma Viena, de la que toma nombre, y después Arelata (Arlés) y Valentia (Valence). Debe citarse también a Marsella, poderosa auxiliar de Roma en muchas circunstancias críticas, según refiere la historia. Cerca se encuentran Salavium (Aú), Nicæa (Niza), Antipolis (Antibes) y las islas Stœchades (Las islas Hyeres), y como las circunstancias del asunto me lleva a hablar de estas regiones, callar acerca de un río tan famoso como el Ródano, sería incongruente y absurdo.

El Ródano, al salir de los Alpes Peninos, precipita impetuosamente hacia las tierras bajas considerable masa de agua, y sin perder nada de ella, marcha por su cauce, llenándolo hasta los bordes. En seguida penetra en un lago llamado Lemano, que atraviesa sin mezclarse con sus aguas, y surcando en la parte superior aquella masa relativamente inerte, a viva fuerza se abre paso en ella. Desde allí, sin haber perdido nada de su caudal, pasa entre la Saboya y el país de los sequanos, continúa su curso, dejando a la derecha la Vienense y a la izquierda la Lugdunense, formando bruscamente un recodo después de reunirse con el Arar, originario de la Germania primera y al que en el país llaman Saucona (Saone), perdiendo su nombre en la reunión. Aquí comienzan las Galias, y desde este punto no se mide ya la distancia por millas, sino por leguas. Engrosado por este afluente, el Ródano es asequible ya a las naves más grandes, aquellas que ordinariamente no navegan sino a la vela. Llegado al fin al término que la naturaleza ha señalado a su carrera, lleva sus espumosas ondas al mar de las Galias por vasta desembocadura, cerca del punto llamado Las Gradassas, a unas diez y ocho millas de Arelata. Pero basta de descripción de lugares; pasemos a la figura y costumbres de sus habitantes.

Generalmente los galos tienen elevada estatura, blanca tez, rubia cabellera y mirada fiera y temible. Su carácter es excesivamente pendenciero y arrogante. En riña, cualquiera de ellos hace frente a muchos extranjeros a la vez, sin más auxiliar que su esposa, campeón mucho más temible sin duda: cosa es de verla con las venas hinchadas por la ira, recoger sus brazos, blancos como la nieve, y lanzar con manos y pies golpes que parecen partir de una catapulta. Tranquilos o irritados, los galos tienen casi siempre en la voz tonos amenazadores y terribles. Generalmente son limpios y cuidadosos de sus personas; y en este país, especialmente en Aquitania, no se ve a nadie, hombre o mujer, que lleve vestidos sucios o rasgados, como es muy común en todas partes. En cualquier edad son soldados los galos, corriendo al combate con igual ardor jóvenes o viejos, no habiendo trabajo insoportable para aquellos cuerpos endurecidos por los rigores del clima y por ejercicio constante. Entre ellos es cosa desconocida la costumbre italiana de amputarse el dedo pulgar para librarse del servicio de las armas, y el epíteto de *mureus* (cobarde) que de esto dimana. Gustan apasionadamente del vino, y para suplirlo, fabrican diferentes bebidas fermentadas. La embriaguez, ese frenesí voluntario, según la sentencia catoniana, es allí el estado habitual de muchos hombres de baja condición, que vagan de aquí para allá en completo embrutecimiento, lo que hace verdadera la frase de Cicerón al defender a Fonteyo: «Los galos pondrán agua en el vino», que para ellos sería lo mismo que poner veneno.

La parte de esta región, vecina a Italia, pasó sin grandes esfuerzos al poder romano. Su independencia, amenazada primeramente por Fulvio, muy quebrantada después en una serie de escaramuzas contra Sextio, quedó completamente abatida por Fabio Máximo; triunfo que no

consiguió, sin embargo, hasta que venció a los Alobroges, nuestros adversarios más obstinados en esta lucha y que le valió un apelativo. Pero solamente después de diez años de campañas, según refiere Salustio, y diferentes alternativas de victorias y reveses, la totalidad de la Galia, exceptuando las comarcas inaccesibles por los pantanos, quedó al fin sometida a César y unida al Imperio por lazo indisoluble en lo sucesivo. Mucho me ha separado del asunto esta digresión; volvamos a él.

Después de la trágica muerte de Domiciano, gobernaba el Oriente Musoniano, que le había sucedido en las funciones de prefecto del pretorio. La reputación que adquirió por su agradable facilidad para expresarse en los dos idiomas, le valió inesperado ascenso. Deseando Constantino instruirse a fondo en las sutilezas del dogma de los maniqueos y otros sectarios, no sabía a quien dirigirse para que se las explicase. Recomendáronle a Musoniano y lo aceptó ante las seguridades que le dieron de su aptitud. Desempeñó éste el encargo a satisfacción del príncipe, que se la manifestó, en primer lugar, haciéndole cambiar su nombre de Strategio por el de Musoniano, y en seguida elevándole gradualmente hasta la prefectura. Carácter prudente, afable y conciliador, hubiese hecho muy suave su administración a las provincias, a no ser por la codicia que mostró en toda ocasión, y especialmente en donde es más odioso este vicio, en la administración de justicia. Esta sórdida pasión descolló principalmente en las actuaciones a que dio origen la muerte de Teófilo, consular de Siria, señalado por una frase de Galo al furor del populacho, que lo despedazó. Todos los acusados pobres fueron condenados, aunque hubiesen probado hasta la evidencia que no se encontraron allí; todo acusado rico fue perdonado aun después de demostrada su culpabilidad; pero solamente a precio de su completo despojo. Musoniano tenía un rival en rapacidad en la persona de Próspero, que entonces desempeñaba el mando militar en la Galia, hombre abyecto de los que, como dice el Cómico, «desprecian las precauciones y roban públicamente».

Mientras estos dos hombres, por medio de culpable connivencia, se prestaban en sus depredaciones recíproco apoyo, los lugartenientes del rey de Persia, cuyas fuerzas estaban acantonadas a lo largo de los ríos fronteros, mientras se encontraba retenido su señor en el otro extremo de su Imperio, no dejaban de enviar grupos para que inquietasen nuestro territorio; eligiendo su audacia aumentada con la impunidad, por teatro de sus incursiones en tanto la Armenia, en tanto la Mesopotamia; y esto a la vista de los gobernadores romanos, que, por su parte, no pensaban más que en apropiarse los bienes de sus súbditos.

LIBRO XVI

Elogio del César Juliano.—Juliano ataca a los alemanes, los derrota, los dispersa y les hace prisioneros.—Recobra Colonia de los francos y trata con sus jefes.—Sostiene un sitio en Sens contra los alemanes.—Virtudes del César Juliano.—Acusado Arbación, es absuelto.—Euterio, cubiculario de Juliano, defiende a su señor contra Marcelo. Elogio de Euterio.— Circulan en el campamento de Constancio falsos relatos y calumnias.—Rapacidad de los cortesanos.—Negociaciones para la paz con los persas.—Aparato militar y casi triunfal de la entrada de Constancio en Roma.—El César Juliano ataca a los alemanes en las islas del Rhin, donde se habían refugiado, y repara los muros de Tres Tavernas.—Coalición de los reyes alemanes contra la Galia.—Juliano les ataca y derrota cerca de Argentoratum.

(Año de J. C. 356.)

Cuando de esta manera se desenvolvía el orden de los hechos en el mundo romano, Constancio, que había entrado en su octavo consulado, escribió por primera vez el nombre de Juliano en los fastos consulares. En tal momento no pensaba aquel esforzado ánimo más que en combates y en el exterminio de los bárbaros, prometiéndose, con auxilio de la fortuna, restablecer la unidad que éstos habían roto en la provincia. Las grandes cosas que realizó en las Galias, favorecido por el hado y por su genio, pueden compararse a las más memorables de los tiempos antiguos. Procuraré referirlas, a pesar de que la tarea es muy superior a mi escaso talento; y la narración, aunque despojada de todo adorno ficticio y apoyada en testimonios auténticos y en las pruebas más irrecusables, parecerá algunas veces que se torna en panegírico. Diríase que constante progresión hacia el bien fue la ley de la existencia de este príncipe, desde su noble cuna hasta su muerte. Su fama, aumentando lo mismo en paz que en guerra, le elevó rápidamente al nivel de los soberanos más grandes. Por la prudencia se le ha comparado con Tito; por sus triunfales expediciones con Trajano, y por la clemencia con Antonino. Perseverante tendencia a la perfección ideal le haría semejante a Marco Aurelio, a quien Juliano había tomado como modelo para sus actos y costumbres. Cicerón ha dicho: «Gózase de las artes de la misma manera, sobre poco más o menos, que de la vista de un árbol hermoso: toda la atención se fija en el tronco y follaje, no quedando ninguna para las raíces.» Así también en los primeros desarrollos de aquel hermoso carácter, hay partes que quedaron inapreciadas por efecto de diversas circunstancias, y que deben admirarse, sin embargo, con más razón que las grandes cosas que realizó después. Porque aquel dominador de la Germania, aquel pacificador de las heladas orillas del Rhin, aquel héroe cuyo brazo derribó a los reyes de los bárbaros o los cargó de cadenas, no fue un guerrero experimentado a quien sacó de su tienda el grito de los combates, sino un discípulo de las Musas, casi adolescente, educado como Erecchteo en el seno de Minerva y bajo las tranquilas sombras de la Academia.

Invernaba en Viena Juliano, presa de constantes preocupaciones y en medio de rumores diferentes, cuando recibió cierta y positiva noticia de un ataque brusco de los bárbaros contra la antigua ciudad de Augustudunum, defendida por vasta extensión de murallas en las que el tiempo había abierto muchas brechas. El temor había paralizado a la guarnición, y la plaza estaba perdida, si por uno de esos movimientos repentinos que salvan en los momentos supremos, los veteranos no hubiesen acudido a socorrerla. En el acto se decidió Juliano, desechando insinuaciones adulatoras, que no faltaron, para que atendiese a su seguridad y comodidades; y, tomando únicamente el tiempo necesario para los preparativos indispensables, marchó a Augustudunurn el 8 de las calendas de Julio (24 de junio), dirigiendo la marcha con la habilidad y prudencia de consumado capitán; marcha durante la cual estuvo constantemente en disposición de hacer frente a las bandas que hubiesen intentado cortarle el paso. Allí celebró consejo, al que concurrieron los que pasaban por conocer mejor el país, discutiéndose la dirección más segura para el ejército. Dividieronse las opiniones: unos querían marchar por Abor..., otros por Sedelaucum y Cora; pero incidentalmente se

recordó que en otro tiempo había pasado Silvano con ocho mil auxiliares por un camino más corto en verdad, pero que podía tenerse por sospechoso en atención a los muchos bosques que impedían al ejército reconocerlo. Desde aquel momento no pensó el César más que en no ser inferior en audacia a aquel valiente general, y no queriendo aplazamientos, tomó consigo solamente a los catafractos, completamente armados, y algunos arqueros, escolta muy mal calculada en aquella ocasión para su seguridad, y por aquel camino marchó rápidamente a Austosidoro; desde allí, después del descanso acostumbrado, se dirigió con su tropa, a Tricasas; pero no realizó este movimiento sin tener que resistir ataques de los bárbaros. Al principio el aspecto de aquellas masas irregulares inquietaba a Juliano acerca de su fuerza verdadera, y se limitaba a observarlas reforzando los flancos de sus columnas; pero algunas veces también, cuando tenía la ventaja de las alturas, tomaba repentinamente la ofensiva y derribaba a la carrera todo lo que encontraba delante. En estos combates cogió muy pocos prisioneros, y éstos porque el miedo se los entregó, escapando sin trabajo a la persecución de tropas tan pesadamente armadas todos los que tuvieron fuerzas para huir.

Tranquilizado con estos primeros triunfos acerca del resultado de tales encuentros, llegó a Tricasas arrojando mil peligros. Tan inesperada era su presencia, y tal era el miedo que inspiraban las numerosas partidas que recorrían el país por todas partes, que no le abrieron las puertas sino después de larga vacilación. En aquella ciudad no se detuvo más que el tiempo necesario para que descansasen sus tropas; y, considerando en seguida que no debía perder momento, marchó rápidamente hacia Remos (Reims), señalado como punto de reunión general. Allí le alcanzó el resto del ejército bajo el mando de Marcelo, sucesor de Ursicino, y del mismo Ursicino, que tenía orden de permanecer en las Galias hasta el fin de la campaña. Largamente se deliberó acerca del plan que convenía seguir; y al fin decidieron atacar a los alemanes en la dirección de Decem pagos (los diez pueblos), y las reforzadas tropas se pusieron alegremente en marcha. Pero los bárbaros, cuyos movimientos favorecía densa niebla, aprovechando su conocimiento del terreno, practicaron un rodeo y se colocaron a la espalda del César, y hubiesen destrozado dos legiones que formaban la retaguardia, si sus angustiados gritos no atrajeran en socorro suyo al cuerpo de los auxiliares. Desde esta alarma, Juliano temió constantemente emboscadas en los accidentes del camino y en los pasos de los ríos, haciéndose más prudente y circunspecto; primera cualidad de todo el que tiene el mando supremo, y la seguridad mejor para los que combaten sus órdenes.

Enteróse entonces de que los bárbaros se habían apoderado de Argentoratum, Brocomangum, Tavernas, Salison, Nemetas, Vangionas y Mogontiacum, pero que solamente ocupaban las afueras, por el miedo que tienen a la permanencia en las ciudades, que consideran como tumbas para enterrarse en vida. Había salido a su encuentro un cuerpo germánico y, para recibirlo, formó su ejército en media luna, encerrando por los dos lados al enemigo, que cedió al primer choque, pero perdiendo parte de sus fuerzas, que sucumbieron en el calor del primer ataque. Los demás se salvaron huyendo.

Ningún obstáculo cerraba ya la marcha para recobrar Agripina (Colonia), cuyo desastre había precedido a la llegada de Juliano a las Galias. En aquella comarca no existe otro punto fortificado que Ricomagum (Rheinmagen), construido en el paraje llamado Confluente, porque allí se reúnen el Rin y el Mosela, y una torre cerca de Agripina. Ocupó, pues, esta ciudad, de la que ya no salió una vez que tomó posesión de ella, hasta que hizo firmar a los reyes francos, a quienes el miedo dulcificó, un convenio cuyos frutos recogió el Estado más adelante, y poner a la ciudad misma en respetable estado de defensa. Satisfecho por aquellos felices triunfos de sus armas, marchó en seguida a invernar en Senonas, en el país de los Treviros, residencia muy agradable en la época de que hablamos. Allí le cayó sobre los hombros, como decirse suele, todo el peso de una guerra general, y tuvo que desplegar extraordinaria actividad para atender a las exigencias de aquella situación; teniendo a la vez que guarnecer con puestos militares todos los puntos amenazados, romper la unión de tantas naciones coligadas contra el nombre romano, y en fin, asegurar en extensísimo campo de operaciones la subsistencia de todo el ejército.

En lo más apremiante de estos cuidados, asaltóle una masa de enemigos con la esperanza de apoderarse de la plaza por un golpe de mano. Hábiales inspirado esta confianza la ausencia de los escutarios y gentiles, repartidos en las diferentes ciudades municipales, para dividir la carga de las subsistencias. Juliano mandó cerrar las puertas, reparar las fortificaciones, y día y noche se le vio entre los soldados, sobre las murallas, entre las almenas, estremeciéndose de enojo ante la impotencia en que se encontraba de intentar una salida con aquella guarnición tan escasa. A los treinta días, desalentados los bárbaros, levantaron el sitio, murmurando contra la loca esperanza que les llevó a emprenderlo. Debe hacerse constar aquí, como cosa propia del espíritu de aquella época, la conducta de Marcelo, jefe de la caballería, que, aunque acantonado muy cerca de allí, dejó al César en el peligro, sin prestarle ni el más ligero auxilio; cuando tenía el riguroso deber de intentar una operación que distrajera al enemigo, siquiera no fuese más que: para libertar a la plaza de los males de un sitio, aunque no hubiese estado encerrado en ella el príncipe. Libre de aquel apuro, Juliano, cuya única preocupación era el bienestar de los soldados, se apresuró a concederles el necesario descanso, aunque muy corto, para reparar las fuerzas, después de tantas fatigas. En aquella ocasión, su deseo tuvo que luchar contra la escasez de víveres en un país completamente devastado; pero dominó la dificultad con su activa inteligencia y con la confianza que sabía inspirar a todos, de mejorar en próximo porvenir.

El primer esfuerzo difícil que acometió fue imponerse y observar rigurosamente una regla de temperancia tan severa, como si hubiese vivido bajo el régimen abstemio de las leyes (*rhétris*) de Licurgo y de Solón; leyes importadas después, y por mucho tiempo en Roma y que, caídas en desuso, restableció el dictador Sila. Juliano pensaba como Demócrito que si la riqueza permite el lujo de la mesa, la razón lo prohíbe. Idea moral expresada con igual brillantez en esta frase de Catón tusculano, llamado el Censor, a causa de sus rígidas costumbres: «Decidida pasión por la comida acredita indiferencia completa por la virtud.» Juliano leía con frecuencia un compendio de instrucciones que Constancio había escrito de su puño para su ahijado, en el que había dispuesto el servicio ordinario del joven, a quien se había de servir con cierta profusión. Juliano borró los artículos, faisán, vulva y tetas de cerda, contentándose, como el simple soldado, con el primer alimento que encontraba.

Dividía la noche en tres partes, dedicando la primera al descanso, y las otras dos a los negocios de gobierno y a las Musas, en lo que imitaba a Alejandro el Grande; pero aventajando a su modelo, porque Alejandro no despertaba sino al caer una bola de plata, que mantenía suspendida sobre una vasija de cobre, cuando el sueño aflojaba sus músculos. Juliano despertaba espontáneamente, sin emplear ningún artificio. Levantábase siempre a media noche, abandonando, no blando lecho cubierto con cojines de seda de vivos colores, sino cama formada por una piel de largos pelos, de las llamadas *sisurna* en el lenguaje familiar del pueblo. En seguida, realizados algunos actos de su culto secreto tributado a Mercurio, dios considerado, según cierta doctrina religiosa, como motor supremo, como principio de toda inteligencia, dedicábase a sondear con fe segura y vigilante mano las llagas del Estado y a aplicarles remedio, y cuando había atendido a las pesadas exigencias de los negocios, entregábase por completo al perfeccionamiento de su espíritu, mostrando increíble ardor al trepar a las arduas cimas de la ciencia, y queriendo su pensamiento lanzarse más allá. No tiene nociones la filosofía que él no abordase y sometiese al severo examen de su razón. Aquel talento tan a propósito para los conceptos más elevados y abstractos, sabía, sin embargo, descender a especulaciones más secundarias. Amaba la poesía y la literatura, como demuestran la sostenida elegancia y la severa pureza de estilo de sus arengas y cartas. Su gusto le llevaba también a seguir en todas sus vicisitudes la historia de su país y la de las naciones extranjeras. Poseía bastante el latín para sostener en esta lengua conversación sobre cualquier asunto. En una palabra, si es posible, como algunos autores han afirmado del rey Cyro, del poeta Simónides y del célebre sofista Hippias Eleo, aumentar la memoria por medio de cierta bebida, podría decirse que Juliano tuvo la cuba a su disposición y que la apuró antes de llegar a la virilidad. Este era el casto y útil empleo que daba a sus noches.

También diremos, aprovechando las oportunidades, cómo empleaba los días, cuán grande era el atractivo de su conversación, cuán delicados sus chistes; cuál fue el carácter que mostró en la guerra, antes y después de la pelea; y en fin, cuánta magnanimidad y libertad llevaron consigo los actos de su administración civil. Puesto de pronto en medio de los campamentos, tuvo que improvisar su educación militar. Así es que, cuando tenía que sujetarse al sonido de los instrumentos y marcar el paso cadencioso de la danza pírrica, con frecuencia solía exclamar: «¡Oh Platón!», diciendo con ironía y aplicándose el antiguo proverbio: «Han puesto la albarda al buey: no es buena carga para mi espalda.» Habiendo llamado un día a su cámara a los agentes del fisco para entregarles una cantidad de dinero, uno de ellos tendió las dos manos, en vez de presentar, como era costumbre, una punta de la clámide, y dijo: «Estas gentes saben cómo se toma, pero no saben cómo se recibe.» Presentáronle queja unos padres contra un hombre que había violado a su hija. Convicto el violador, solamente fue condenado a destierro: y habiendo reclamado los padres contra aquella justicia incompleta, pidiendo la muerte del culpable, les dijo: «La ley no perdona, pero la clemencia es la primera ley de los príncipes.» En el momento en que iba a partir para una expedición, presentáronse en grupo unos reclamantes exponiendo cada cual su queja: Juliano remitió todas las reclamaciones, recomendándolas a los gobernadores de las provincias; y en cuanto regresó, pidió cuenta detallada de las resoluciones que habían tomado, dulcificando, por su natural moderación, el rigor de las sentencias. Finalmente, no hablando de las derrotas conque castigó frecuentemente la incorregible audacia de los bárbaros, el sello más sensible del alivio que su presencia llevó a las extraordinarias miserias de la Galia es que, a su llegada, el tributo medio era de veinticinco monedas de oro por cabeza, y cuando abandonó el país no se pagaban más que siete por todo impuesto. Así era que el pueblo, en su alegre entusiasmo, le comparaba con un astro benéfico que se le había aparecido en medio de las nieblas más densas. Añádase que, hasta el final de su reinado, observó la prudente regla de no conceder ningún aplazamiento tributario, porque había comprendido que estas concesiones no aprovechan más que a los ricos, demostrando la experiencia que en la cobranza de toda carga social, a los pobres es a quienes se tiene menos consideraciones, siendo los primeros que pagan.

Pero mientras la administración del César preparaba un modelo para los mejores príncipes del porvenir, se desencadenó más y más la rabia de los bárbaros. Los animales carniceros, cuando negligente pastor les ha dejado acostumbrarse a diezmar su rebaño, no cesan de buscar pasto en él, a riesgo de encontrar vigilancia más activa, y, perdiendo con el exceso del hambre el temor al peligro, se lanzan indistintamente sobre los bueyes y los corderos; así también los bárbaros, estrechados nuevamente por la necesidad después de haber devorado todo el producto de sus anteriores rapiñas, venían otra vez a tantear las probabilidades de pillaje, y en ocasiones perecían sin haber encontrado presa alguna en su camino.

Estos eran ya para las Galias los resultados de un año que comenzó bajo auspicios tan dudosos. En aquel momento circulaban en la corte del Emperador furiosos rumores contra Arbación, acusándole de haber encargado para su uso ornamentos imperiales, como si hubiese de ascender muy pronto al rango supremo. El conde Verissimo hablaba muy mal de él, diciendo que de simple soldado había subido al primer puesto de la milicia, y no contento, aspiraba al de príncipe. Pero enemigo suyo más encarnizado era Doro, ex médico de los excutarios, quien siendo centurión de los guardas nocturnos, bajo Magnencio, como antes dijimos, acusó a Adelfo, prefecto de Roma, de aspirar a posición más elevada. Iba a abrirse el proceso y parecía que la acusación alcanzaría éxito, cuando una coalición de los cubicularios, si hemos de asentir a una opinión acreditada, se puso de parte del acusado. En el acto, como por golpe teatral, los supuestos cómplices vense libres de sus cadenas. Doro desaparece, enmudece Verissimo y termina todo repentinamente.

Enterado al mismo tiempo Constancio por el rumor público del aislamiento en que se dejó al César dentro de las murallas de Senona, quitó el mando a Marcelo y lo envió a su casa. Éste consideró injusta la destitución y empezó a intrigar contra Juliano, aprovechando la natural tendencia del Emperador para acoger toda acusación. Juliano desconfiaba de sus calumnias; y en

cuanto dejó Marcelo el ejército, salió tras él Euterio, jefe de los cubicularios del César, para estar dispuesto a contrarrestar las calumnias. Marcelo, que no esperaba en manera alguna encontrarse frente a un contradictor, llegó a Milán, haciendo ruido y amenazando mucho. Era Marcelo declamador ferviente y extravagantemente enfático. Admitido ante el Consejo, acusó sin reparo la insolencia de Juliano, «que se construía alas, según dijo, para volar más alto», frase que acompañó con adecuada pantomima. Pero cuando de esta manera soltaba la rienda a su imaginación, Euterio pidió audiencia, se la concedieron, y obteniendo a su vez la palabra, puso de manifiesto la falta de verdad de Marcelo, exponiendo con el acento más sencillo y menos apasionado, como, a pesar de la inacción calculada, según decían, del jefe de la caballería, la vigorosa defensa del César había obligado a los bárbaros a levantar el sitio de Senona. «Mientras viva Juliano, decía, será el súbdito más fiel del Emperador y respondo de él con mi cabeza.»

Puedo dar acerca de este mismo Euterio detalles que tal vez algunos no creerán. El elogio de un eunuco sería sospechoso hasta en labios de Sócrates o de Numa Pompilio, aun después de jurar que no diría más que la verdad. Sin embargo, la rosa nace entre abrojos y entre las fieras hay algunas que se domestican. No renuncio, pues, a referir lo que sé de las relevantes cualidades de Euterio, que era oriundo de Armenia, habiendo nacido de familia libre. Conforme fue creciendo hízose notar por su buena conducta e inteligencia, por la extensión de sus conocimientos, muy superiores a su condición, por su rara penetración en los asuntos dudosos o embrollados y por su prodigiosa memoria. Tenía además pasión por lo bueno, siendo la justicia la esencia de sus consejos. Así fue en su juventud y así fue también en edad más avanzada al lado del emperador Constante, quien, si no hubiese seguido otros consejos que los de Euterio, su memoria habría escapado a las censuras que se le han dirigido, o al menos a las más graves. Jefe de los cubicularios de Juliano, no temió reprender a su señor algunos rasgos de ligereza, frutos de la primera educación recibida en Asia. Dejado en descanso y llamado después nuevamente a la corte, mantuvo en estas diferentes situaciones su carácter desinteresado y su inviolable discreción: no reveló ningún secreto sino para salvar una vida, y nunca se rindió al amor del dinero, que era la pasión de su tiempo.

Así fue que en su retiro de Roma, donde ha querido terminar sus días, puede levantar la frente, con la tranquilidad que da la buena conciencia y una vejez honrosa y querida de todos: siendo muy diferente de los hombres de esa clase que, por punto general, después de haberse enriquecido por medios indignos, buscan algún rincón obscuro, como el búho huye la luz, para ocultarse a las miradas de las numerosas víctimas de su rapacidad. Imposible es encontrar semejante a Euterio entre los eunucos cuyos nombres ha conservado la historia. Mis investigaciones no han podido descubrirlos. Sin duda los ha habido que conservasen el carácter de servidores pobres y fieles; sin embargo, algún vicio ha manchado las buenas cualidades que habían recibido de la educación y de la naturaleza. Avidez, dureza de corazón o malignidad instintiva en unos; tiránica insolencia en todos los otros. Sí, lo aseguro con plena confianza en el testimonio de mis contemporáneos: un carácter tan igual en todo no lo he leído ni oído citar de ningún otro eunuco que Euterio. Si algún minucioso escrutador de viejos anales me pone el ejemplo de Menofilo, eunuco de Mitrídates, rey del Ponto, responderé que su celebridad se debe al último acto de su vida. Cediendo Mitrídates a los romanos y a Pompeyo, había huído a Cólquida, dejando en la fortaleza de Sinhorio a su hija, llamada Drypetina, enferma, y encargada a Menofilo. Nada omitió éste para su curación, y, habiéndola conseguido, continuaba velando por su depósito con extraordinario cuidado. Cuando Manlio Prisco, legado del general romano, puso sitio a la fortaleza que le servía de asilo, Menofilo vio que la guarnición iba a rendirse, y para libertar a la hija de su señor de la mancha de los espantosos ultrajes reservados a la noble cautiva, la mató por su propia mano y en seguida se clavó la espada en el vientre. Pero volvamos al punto donde dejamos el relato de los acontecimientos.

Habiendo quedado confundido Marcelo, fue confinado en Sardica, su ciudad natal. Pero después de su marcha, el mismo género de acusación se propagó por el campamento de Constancio, y pretendidos actos de lesa majestad sirvieron de pretexto para odiosas persecuciones. Consultaba alguno a un adivino sobre el chillido de un ratón o el encuentro de una comadreja u otro presagio de

este género; o bien para calmar algún dolor físico, había hecho recitar a una vieja algunos encantos, como está admitido en medicina, pues se le acusaba, se le llevaba al tribunal y era sentenciado a muerte, sin saber de dónde venía el golpe. En aquel mismo tiempo un tal Dano, por un motivo cualquiera, le denunció su esposa, quien solamente quería intimidarle. Ignórase por qué era enemigo de aquel hombre Rufino, el cual, por su celo, destituido de todo escrúpulo, se había elevado al rango de jefe de los *aparitores* del prefecto del pretorio. Este es el mismo Rufino que se había apoderado, como antes dijimos, de la comunicación de Gaudencio, agente del fisco, para perder a Africano, consular de Pannonia, y con él a cuantos tomaron parte en su banquete. Rufino hablaba bien y la mujer era veleidosa; arrastróla primeramente a comercio adúltero, y en seguida a otro acto más criminal todavía: el de presentar contra su inocente marido una acusación de lesa majestad que solamente era un tejido de imposturas, diciendo que había robado en la tumba de Diocleciano y puesto en lugar secreto un velo de púrpura, ayudándole en el robo muchos cómplices. Con esto había para derribar bastantes cabezas. Rufino corrió en seguida al campamento del Emperador para explotar con su acostumbrada habilidad una calumnia que esperaba había de servirle de recomendación. En seguida se dio orden a Mavorcio, prefecto del pretorio, carácter extraordinariamente firme, para que actuase en aquella denuncia; y para los interrogatorios le unieron a Úrsulo, tesorero mayor, igualmente recto. Estos procedieron con todo el rigor arbitrario de formas propio de la época; pero después de muchas pruebas de tortura, que no dieron resultado alguno, comenzaban los jueces a dudar, cuando se reveló de pronto la verdad. Estrechada la esposa acusadora, denunció a Rufino como autor de aquella infame maquinación, sin ocultar siquiera sus torpes tratos con él, y en el acto dictaron contra los dos sentencia capital, aplicando justamente la ley como exigía la vindicta pública. Estremeciéndose Constancio ante esta sentencia, y, como si le quitasen la salvaguardia de su propia vida, envió apresuradamente mensajeros a Úrsulo, con orden terminante para que regresase en seguida. Aconsejábanle que no hiciese nada, pero él, sin dejarse intimidar, marchó derechamente a la corte, y ante el consejo expuso con calma y tranquilidad los hechos como habían acontecido. Su enérgica actitud impuso silencio a los aduladores y le libró, al mismo tiempo que a su colega, de gravísimos peligros.

Por el mismo tiempo ocurrió en Aquitania un caso que tuvo resonancia en otras partes. Un buscador de acusaciones asistió a una comida servida con la profusión y delicadeza acostumbradas en dicho país. Aquel hombre vio dos cobertores de lechos de mesa, que los esclavos habían colocado con bastante destreza para que las anchas bandas de púrpura de que cada uno estaba bordado pareciesen una sola. Formaban el mantel trozos de tela semejantes, de las que cogió uno con cada mano, uniéndolos de manera que figurasen la parte anterior de una clámide imperial. Esto fue bastante para que se sujetase al dueño a un proceso criminal que devoró su rico patrimonio. Un agente del fisco en España dio otro ejemplo de este furor de interpretación. Encontrábase también invitado a un festín, y cuando a la caída de la tarde los criados lanzaron la acostumbrada exclamación de «¡Triunfemos!» al traer las luces, aquel hombre recogió la exclamación, que es de ceremonia, para interpretarla en sentido criminal, dando esto ocasión a la ruina de una casa ilustre.

El mal aumentaba cada vez más por la excesiva pusilanimidad del príncipe, que en todas partes veía atentados contra su persona; pudiéndosele comparar a aquel Dionisio, tirano de Sicilia, que, atormentado por iguales terrores, quiso que sus mismas hijas aprendiesen el oficio de barbero, con objeto de no tener que entregarse a manos extrañas, e hizo rodear la casita en que pasaba la noche con ancho foso, sobre el que echaban un puente formado con piezas cuyos ejes y clavijas quitaba por la noche para armarlo de nuevo al amanecer. Los cortesanos de Constancio se esforzaban en mantener vivo aquel foco de desgracias públicas con la esperanza de apropiarse los despojos de los condenados, y para tener ocasión de medrar a costa ajena. Ciertamente es que Constantino fue el primero en despertar la codicia de los que le rodeaban, pero bien puede decirse hinchó los suyos con la substancia de las provincias. Bajo su reinado apoderóse ardiente sed de riquezas, con menosprecio de la justicia y la honradez, de los personajes principales de todos los órdenes: contándose en este número Rufino, prefecto del pretorio, en la magistratura civil; entre los militares,

Arbeción, general de la caballería; Eusebio, prepósito de los familiares, ... *anus* cuestor; y en la ciudad los Anicios, familia en la que se transmite con la sangre cierta emulación de rapacidad, que nunca pudo saciar el continuo aumento de riquezas.

Entretanto los persas agitaban el Oriente, aunque sin hacer grandes correrías como antes, limitándose a arrebatar algunos hombres o ganados. Estas depredaciones tenían no pocas veces éxito por sorpresa; algunas también, encontrándonos con fuerzas suficientes, escapaba la presa al enemigo, y frecuentemente quedaba burlada su esperanza de botín, por la precaución que se observaba de no dejar nada a su alcance. Ya hemos hablado de Musoniano, prefecto del pretorio, como de hombre superior con carácter venal, a quien la perspectiva de la ganancia apartaba fácilmente del deber. Musoniano mantenía entre los persas hábiles emisarios, y por medio de ellos procuraba enterarse de las intenciones del enemigo. Con este propósito se entendía con Casiano, duque de Mesopotamia, veterano experimentado en las fatigas y peripecias de muchas campañas. Sapor, por efecto de las comunicaciones uniformes de sus agentes, se encontraba ocupado entonces en la otra frontera de sus Estados, conteniendo con trabajo y graves pérdidas las belicosas naciones que tenía enfrente. Cuando estuvieron seguros acerca de este punto, entablaron secretas comunicaciones; por medio de soldados desconocidos, con Tampsapor, que mandaba las fuerzas de los persas por nuestro lado, y le excitaron para que aconsejase a su señor en sus cartas, que en la primera ocasión tratase de la paz con el Emperador romano: de esta manera aseguraría a la vez sus flancos y retaguardia, y podría llevar todas sus fuerzas al punto en que eran más vivas las hostilidades. Tampsapor se apresuró a aceptar las indicaciones y escribió a Sapor que Constancio, encontrándose a la sazón empeñado en peligrosa guerra, le pedía con instancias la paz. Pero transcurrió mucho tiempo antes de que llegase su carta a manos del rey, que inverna en el territorio de los Chionitas y de los Euseños.

Mientras ocurrían estas cosas en Oriente y en las Galias, Constancio, como si hubiese cerrado el templo de Jano y derribado bajo sus golpes a todos los enemigos del imperio, se encontró invadido por el deseo de visitar a Roma y triunfar en ella con ocasión de aquella, victoria sobre Magnencio, adquirida a costa de la debilitación de la patria y efusión de la sangre romana. Ni personalmente, ni por el valor de sus generales, había vencido por completo a ninguna de las naciones que le habían hecho guerra, ni añadido ninguna conquista al imperio, ni tampoco se le vio jamás el primero, ni entre los primeros en el momento del peligro; pero cedía al deseo de ostentar con inusitada pompa el oro de sus estandartes y el brillante aspecto de sus soldados escogidos ante los no acostumbrados ojos del pueblo, que ni esperaba ni deseaba contemplar tales espectáculos. Tal vez ignoraba que los Emperadores de otro tiempo se habían contentado en épocas de paz con un cortejo de lictores; pero en las de guerra y en las circunstancias en que debían exponerse, uno había arrostrado en débil barca de pescador la furia de los desencadenados vientos; otro, imitando a Decio, había sacrificado su vida; aquél no había temido, acompañado de corto número de soldados, marchar a reconocer el campamento del enemigo; en una palabra, que no hay uno que, por alguna hazaña digna de memoria, no legase su nombre a la posteridad.

Empleáronse cantidades enormes en los preparativos... Bajo la segunda prefectura de Orfito, Constancio, con la vanidad de su gloria, atravesó Oriculo con formidable comitiva, organizada como un ejército, asombrando tanto a los que lo vieron, que no podían apartar los ojos de aquel espectáculo. Cuando se acercó a la ciudad, salió el Senado a saludarle; y pasando satisfecha mirada por aquellos venerables retoños de la antigua raíz patricia, parecióle, no como a Cineas el legado del rey Pirro, tener delante una reunión de reyes, sino más bien el consejo del mundo entero. Contemplando en seguida el pueblo, no podía menos de asombrarse ante el espectáculo de aquella universal reunión del género humano: entretanto, precedido él por compactas masas de soldados con los estandartes desplegados, como si se tratase de mezclar el Rin con el Eufrates, avanzaba sobre una carroza de oro, resplandeciente con las piedras más preciosas. En derredor flotaban los dragones sujetos en astas incrustadas de pedrería, y cuya púrpura, enchida por el aire que penetraba por sus abiertas bocas, producía ruido parecido a los silbidos de cólera del monstruo, mientras que

sus largas colas se desarrollaban a merced del viento. A los lados de la carroza marchaban dos filas de soldados con el escudo al brazo, el casco en la cabeza y la coraza en el pecho, armas brillantes cuyos reflejos deslumbraban la vista. Después venían fuerzas de catafractos y clibanarios, como les llaman los persas; jinetes completamente armados, que se hubiesen creído estatuas ecuestres de bronce recién salidas de las manos de Praxiteles. Las partes de la armadura de estos soldados correspondientes a las articulaciones del tronco o de los miembros estaban formadas por un tejido de mallas de acero tan delicadas y flexibles, que toda la envoltura de metal adhería perfectamente al cuerpo sin entorpecer ningún movimiento. Torrente de exclamaciones hizo entonces repetir el nombre de Augusto a los montes y riberas: conmovióse por un momento Constancio, pero sin abandonar la actitud inmóvil que constantemente había mostrado a las provincias. Inclínándose, a pesar de ser muy pequeño, al pasar bajo las puertas más altas, miraba siempre hacia adelante, no volviendo la cabeza ni los ojos, cual si tuviese metido el cuello en un estuche; hubiérasele creído una estatua. Nadie le vio hacer ni el más leve movimiento con el cuerpo en los vaivenes de la carroza, ni sonarse, ni escupir, ni mover un dedo. Sin duda aquello era afectación; pero demostraba, en lo tocante a la comodidad personal, abnegación poco común, o mejor dicho, que le era exclusivamente propia. Creo haber dicho oportunamente que desde su advenimiento se impuso como ley no permitir a nadie que montase con él en su carroza, ni consentir que ningún particular fuese colega suyo en el consulado, cosas que han consentido otros muchos príncipes, pero que su meticulosa vanidad tomaba por rebajamiento.

Al fin entró en Roma, santuario del valor y de la grandeza. Al llegar al Foro y contemplar desde lo alto de la tribuna aquel majestuoso foco de la antigua dominación romana, quedó por un momento asombrado: a cualquier parte que mira, deslúmbrale continuación de prodigios. Después de una arenga a la nobleza en la Curia, y otra al pueblo desde el Tribunal, marchó al palacio entre reiteradas exclamaciones, y saboreó al fin en su plenitud la felicidad, objeto de todos sus deseos. Al presidir los juegos ecuestres, gozó mucho con los chistes del pueblo, que supo reprimir las exageraciones sin renunciar a sus costumbres de libertad. El mismo príncipe observaba el justo medio entre la rigidez y el olvido de su dignidad; no imponiendo su voluntad, como en otras partes hacía, por límite a los placeres de la multitud, y dejando, según la costumbre ordinaria, que dependiese de las circunstancias la duración de los juegos.

Recorrió todos los barrios construidos en llano o en las vertientes de las siete colinas, sin prescindir de los arrabales, creyendo continuamente que ya nada le quedaba que ver después del último objeto que le impresionaba. Aquí el templo de Júpiter Tarpeyo le pareció sobrepasar a todo, tanto como exceden las cosas divinas a las humanas; allá las termas, comparadas por su extensión a provincias; más lejos la orgullosa masa de ese anfiteatro, cuyos materiales suministró la piedra de Tibur, y cuya altura no mide la vista sin fatiga; después la atrevida bóveda del Panteón y su vasta circunferencia; los gigantescos pilares, accesibles por escalones hasta su cúspide, coronados por las estatuas de los emperadores; y el templo de la diosa Roma, el foro de la Paz, el teatro de Pompeyo, el Odeón, el Estadio y tantas otras maravillas que forman el ornamento de la ciudad eterna. Pero cuando llegó al foro de Trajano, construcción única en el mundo, y en nuestra opinión digna hasta de la admiración de los dioses, paróse asombrado, tratando de medir con el pensamiento aquellas proporciones colosales que desafían toda descripción y que ningún esfuerzo humano podría reproducir. Convencido de su impotencia para crear nada igual, dijo que, al menos, quería elevar un caballo a imitación del de la estatua ecuestre de Trajano, colocado en el punto central del edificio, y que intentaría la empresa. Junto a él se encontraba en aquel momento el real emigrado Hormidas, cuya evasión de Persia se ha referido más arriba, y éste dijo al emperador, con la finura propia de su nación: «Empieza, ¡oh Emperador! por construir la caballeriza por este modelo para que tu caballo se encuentre tan cómodamente colocado como el que vemos aquí.» Al mismo Hormidas preguntaron qué le parecía Roma, y contestó: «Lo que me agrada es que aquí se muere como en todas partes.»

En medio del asombro que le producía aquella reunión de prodigios, el Emperador clamaba

contra la insuficiencia o injusticia de las noticias de la fama, tan justamente sospechosa de exageración en todas ocasiones, y tan inferior a la realidad en cuanto había dicho de Roma. Después de larga deliberación acerca de lo que podría hacer para aumentar las magnificencias de la ciudad, se fijó en la erección de un obelisco en el circo Máximo; obelisco cuyo origen y forma explicaré oportunamente.

Entretanto empleábanse secretamente prácticas odiosas por la emperatriz Eusebia contra Helena, hermana de Constancio y esposa de Juliano, a la que, fingiendo cariño, había traído con ella a Roma. Siendo estéril Eusebia, consiguió que Helena bebiese por sorpresa un brebaje que la haría abortar siempre que se encontrase en cinta. Un niño que Helena había dado a luz en las Galias murió por la complicidad de una partera corrompida con dinero, que le cortó demasiado bajo el ombligo. ¡Tanta importancia se daba a que un hombre grande no dejase sucesión! El Emperador solamente pensaba en prolongar su estancia en la más augusta de todas las residencias, donde saboreaba con delicia los placeres del descanso, cuando perturbaron estos ocios comunicaciones demasiado verídicas, anunciándole sucesivamente que los suevos devastaban la Rhecía, los quados la Valeria y que los sármatas, los bandidos más famosos de la tierra, hacían incursiones en la Mesia superior y en la baja Pannonia. Alarmado con estas noticias, salió de Roma el 4 de las Kalendas de Junio, un mes después de su entrada, marchando apresuradamente a la Iliria y pasando por Tridento. (Trento). Desde allí envió a Severo, general muy experimentado, a que ocupase en las Galias el puesto de Marcelo, y llamó a su lado a Ursicino, que obedeció apresuradamente la orden, reuniéndosele en seguida en Sirucio con los asociados en su misión anterior. Deliberóse largamente acerca de la paz propuesta por Musoniano a los persas, y se envió a Ursicino con mando al Oriente, A los más antiguos se dieron mandos en el ejército, y los más jóvenes (encontrábame entre ellos) recibieron orden de acompañar a Ursicino y de obedecerle en todo en servicio de la República.

El César, cónsul por segunda vez con Constancio, que lo era por la novena, después de un invierno pasado en Senona, donde las amenazas de los alemanes le tuvieron constantemente alarmado, abrió la campaña bajo excelentes auspicios y se dirigió rápidamente a Remos. Ensanchábase su corazón ante la idea de no tener que temer ya oposición ni sospechas por parte de un lugarteniente tan experimentado como severo en la obediencia de los campamentos, y del que estaba seguro le seguiría en toda ocasión con la prontitud del soldado más disciplinado. Además, por orden del Emperador había recibido en Rauracos un refuerzo de veinticinco mil hombres, al mando de Barbación, jefe de la infantería desde la muerte de Silvano. Así se ejecutaba el plan, maduramente meditado de antemano, de estrechar insensiblemente el campo de depredaciones de los bárbaros por medio de dos ejércitos romanos, partiendo de dos puntos diferentes para coger a los bárbaros como entre unas tenazas, y concluir con ellos de una vez.

Mientras se ejecutaba esta maniobra con la celeridad y orden que podían desplegar, los Letos bárbaros, dispuestos siempre para aprovechar toda ocasión de saquear, ocultando su marcha a los dos campamentos, cayeron de improviso sobre Lugdunum, que habrían saqueado y quemado en aquel golpe de mano si no hubiesen sido cerradas a tiempo las puertas, pero devastaron todas las cercanías. Al tener noticia Juliano de este contratiempo, mandó ocupar apresuradamente con fuerzas de caballería tres caminos por donde necesariamente tenían que regresar aquellos bandidos; y tan bien tomó sus medidas, que cuantos regresaron por los referidos caminos dejaron en ellos la vida con el botín, que se recogió intacto; escapando solamente un grupo que pasó, en su fuga, junto al campamento de Barbación, y que este dejó tranquilamente desfilar bajo sus mismos parapetos. La salvación de aquel grupo se debió a una contraorden que dio Cela, tribuno de los escutarios, a los tribunos Bainobauda y Valentiniano, que más adelante fue Emperador; contraorden por la cual tuvieron los dos que abandonar los puntos de observación donde estaban colocados. No fue esto todo. El cobarde Barbación, obstinado detractor de la gloria de Juliano, conociendo el daño que acababa de ocasionar al Estado (porque la contraorden dimanaba de él mismo, según confesó Cela cuando después le censuraban su traición) se apresuró a remitir a Constancio un parte falso, en el que pretendía que los dos tribunos habían venido, so pretexto de un servicio encargado, a procurar

seducir a sus soldados; no necesitándose más para que los destituyesen y enviaran a sus casas.

En aquellos mismos días, asustados los bárbaros establecidos al otro lado del Rhin por la aproximación de los dos ejércitos, algunos trataron de interceptar los caminos en los puntos más tortuosos y difíciles, por medio de grandes cortas de árboles: los demás, refugiándose en las numerosas islas de que está sembrado, el río, lanzaban contra el César y nuestros soldados siniestras imprecaciones. Irritado Juliano, quiso apoderarse de algunos de ellos, y para conseguirlo pidió a Barbación siete barcas, de algunas que había adquirido para el caso de tener que echar un puente de barcas sobre el Rhin: pero Barbación, que no quería auxiliar con nada a Juliano, prefirió quemarlas todas. Al fin, algunos mensajeros enemigos que cayeron en poder de Juliano le indicaron un punto del río que la sequía había hecho vadeable: y, reuniendo en seguida los vélites auxiliares, después de arengarles, los envió bajo el mando de Bainobaudo, tribuno de los cornutos, a intentar una empresa memorable. Estos soldados, marchando los unos por el agua, sirviéndose otros de los escudos a guisa de esquifes cuando no hacían pie, abordaron la isla más próxima, matando a cuantos la ocupaban, sin distinción de sexo ni edad. Encontrando allí barcas abandonadas, las ocuparon aun a riesgo de hacerlas zozobrar, y recorrieron de esta manera casi todas aquellas guaridas. Cuando se cansaron de matar, regresaron sanos y salvos, cargados con abundante botín, del que tuvieron que arrojar parte al río. No encontrándose ya segura la población germana de las demás islas, pasó a la otra orilla, llevando consigo las mujeres, niños y hasta provisiones. Entonces se ocupó Juliano en reparar las fortificaciones de Tres Tabernas, que la obstinación de los bárbaros había concluido por destruir, y cuya reedificación iba a poner freno a sus continuas incursiones en las Galias. Empleó en la terminación de estos trabajos menos tiempo del que esperaba, y dejó a la guarnición víveres para un año. Para conseguir esto, fue necesario apoderarse del grano sembrado por el enemigo, aunque con el temor de tener que combatirlo durante la operación. Esta recolección proporcionó además a Juliano medios para aprovisionar a sus soldados por veinte días. El soldado ganaba así su alimento por las armas, siendo tanto mayor su regocijo cuanto que acababa de perder un convoy que le enviaban; porque Barbación, que lo había encontrado en el camino, tomó por autoridad propia cuanto le convenía y quemó el resto en montón. ¿Era este modo de obrar reto o locura, tal vez estos actos con harta frecuencia repetidos estaban autorizados por órdenes secretas del Emperador? Lo único que puede asegurarse es, según opinión muy acreditada, que a Juliano se le nombró César, no para que salvase las Galias, sino para que pereciese, y con esta esperanza se le puso en medio de los peligros de aquella guerra cruel, contando con la inexperiencia de un hombre a quien se consideraba incapaz hasta de resistir su fragor.

Mientras se fortificaba rápidamente Juliano en aquella posición, y parte del ejército completaba los puestos avanzados y se ocupaba otra en recoger el grano, permaneciendo vigilante contra las sorpresas, una nube de bárbaros, adelantándose a fuerza de ligereza a la noticia de su marcha, cayó sobre el ejército de Barbación, (que, como ya hemos visto, continuaba operando separadamente del ejército de las Galias, le llevó combatiéndolo hasta Rauraco y le rechazó tan lejos como pudo en aquella dirección, arrebatándole gran parte de los bagajes, bestias de carga y gentes de servidumbre. Hecho esto, los bárbaros se reunieron al grueso de los suyos; y Barbación, como si hubiera realizado la campaña más gloriosa, distribuyó tranquilamente sus tropas en los cantones y regresó a la corte para preparar, como de ordinario, algunas acusaciones contra Juliano.

Pronto se supo el descalabro que acababan de experimentar nuestras armas. Los reyes alemanes Chnodomario y Vestrulapo reunieron sus fuerzas, y a éstos se incorporaron sucesivamente Urio, Ursicino, Serapión, Soumario y Hortario, marchando todos a acampar cerca de Argentoratum, lisonjeándoles la idea de que Juliano se había replegado temiendo desastre completo, mientras que en realidad continuaba ocupándose de las fortificaciones de Tres Tabernas. Esta confianza la debían especialmente a la relación de un escutario, que por temor a un castigo había desertado poco después del descalabro de Barbación, y que les dijo que Juliano no tenía consigo más de trece mil hombres. En efecto; con este número hizo frente el César al principio al desbordamiento general de la ira de los bárbaros. El desertor repitió el aserto con seguridad que puso el colmo a su audacia; por

lo que enviaron legados a Juliano para que le intimasen con imperioso tono que abandonase un país que les pertenecía, según aseguraban, por el derecho de su valor y la fortuna de sus armas. Juliano, que no se intimidaba fácilmente, recibió el mensaje sin conmoverse; y al mismo tiempo que se burlaba de la arrogancia de los bárbaros, dijo a los legados que los retendría hasta la terminación de los trabajos, y conservó tranquilamente su posición.

El rey Chnodomario se movía de un modo increíble, yendo y viniendo el primero de todos cuando se trataba de alguna sorpresa, animado con la confianza que da siempre la costumbre del triunfo: porque, en efecto, había derrotado al César Decencio con fuerzas iguales, destruido o devastado muchas ciudades opulentas y llevado el estrago según su gusto por la indefensa Galia. Su presunción había aumentado porque acababa de arrojar a un general romano con numeroso ejército de tropas escogidas; pues los alemanes habían reconocido por las insignias y los escudos que los que habían retrocedido delante de ellos eran los mismos soldados que los habían derrotado y dispersado en tantos combates. Todo esto alarmaba al César, reducido, por la desertión de su asociado, a comprometer a un puñado de valientes contra naciones enteras.

Al amanecer sonaron las bocinas, y los peones se pusieron en marcha con mesurado paso, flanqueados en ambas alas por la caballería, reforzada a su vez por los temibles cuerpos de los catafractos y arqueros a caballo. Aun tenían que recorrer los romanos, desde el punto de que habían levantado las enseñas hasta el campamento de los bárbaros catorce leguas o veintiuna millas, cuando Juliano, en su prudente cuidado, retiró todos los exploradores, mandó hacer alto, y colocándose en medio del ejército, formado en cuña, con el tranquilo lenguaje que le era natural, le dirigió esta arenga:

«Compañeros: Conocedores sois de vuestra fuerza y poseéis la confianza que inspira: el César que os habla tampoco es sospechoso de carecer de valor: así es que se le puede creer, cuando en interés de la salvación de todos os dice, y pocas palabras os lo demostrarán, que en las pruebas de paciencia y valor que nos esperan, es necesario escuchar los consejos de la moderación y la prudencia, y no los de la precipitación e inconsiderado ardimiento. Los hombres valientes, altivos e intrépidos cuando el peligro está presente, deben mostrarse, si es necesario, reflexivos y dóciles. Este es el consejo que os doy, y que os ruego aceptéis. Es cerca de medio día: fatigados ya por la marcha, vamos a entrar en desfiladeros tortuosos y oscuros; la luna en menguante nos amenaza con tenebrosa noche; no podemos esperar ni una gota de agua en este suelo abrasado por la sequía. Triunfaremos, así lo quiero, de todos estos obstáculos; pero ¿qué haremos si nos encontramos encima al enemigo, descansado, alimentado y fresco? ¿Cómo resistiremos el choque rendidos por la fatiga, el hambre y la sed? El éxito en las circunstancias más críticas suele depender de una sola disposición. Una buena determinación, tomada oportunamente, es un camino que nos abre la divinidad para salir de las coyunturas más desesperadas. Creedme, acampemos aquí, bajo la protección de un foso y una empalizada; pasemos esta noche descansando y velando por turno; y mañana al amanecer, repuestos por el sueño y el alimento, desplegaremos de nuevo, con el auxilio de Dios, nuestras victoriosas águilas y banderas.»

No le dejaron acabar. Los soldados, mostrando su impaciencia con rechinamiento de dientes y con el golpeteo de las picas contra los escudos, querían que inmediatamente les llevasen al enemigo, que se encontraba ya a la vista; confiando todos en sí mismos y en la fortuna y experimentado valor de su general. Y en efecto, según demostraron los hechos, mientras estuvo a su frente, parecieron inspirados por el genio mismo de los combates. Aumentaba el arrebatado la circunstancia de participar de él los mismos jefes, y Florencio, prefecto del pretorio, más atrevido que los demás, decía que era buena política venir a las manos a toda costa, mientras estaban reunidos los bárbaros. Si la confederación se disolvía, tendrían mucho que trabajar con la fiebre de sediciones, tan habitual al soldado, que ahora alegraría el especioso pretexto de que le habían arrebatado la victoria. Doble recuerdo aumentaba la confianza del ejército. El año anterior habían franqueado los romanos la barrera del Rhin y realizado correrías por la orilla derecha, sin que se presentase ni un solo enemigo para defender el suelo de su país; habiéndose limitado los bárbaros a

obstruir los caminos por medio de cortas de árboles, y penetrando en seguida en el interior, habían pasado miserablemente el invierno, sin abrigo contra las inclemencias de la estación. En otra ocasión, el Emperador en persona ocupó su territorio sin que se atreviesen a resistir ni a presentarse, sino para pedir como suplicantes la paz. Pero no querían ver que las circunstancias habían cambiado mucho. En el primer caso, los alemanes se encontraban estrechados por tres partes a la vez; por el Emperador, que amenazaba la Rhecía, por el César, que les cerraba por completo la entrada de las Galias; y en fin, por las naciones limítrofes, que se habían declarado contra ellos y les amenazaban por la espalda. Una vez ajustada la paz con el Emperador, éste había retirado su ejército; entonces arreglaron sus disensiones con sus vecinos, que se les unieron para obrar de acuerdo; y recientemente, la vergonzosa fuga de un general romano acababa de aumentar su natural altivez. Otro acontecimiento agravaba además la situación de los romanos. Los reyes Gundomado y Vadomario, sujetos por el tratado que habían obtenido de Constancio el año anterior, no se habían atrevido hasta entonces a tomar parte en el movimiento, ni a escuchar proposición alguna en este sentido; mas el primero, el mejor de los dos y más firme en sus compromisos, pereció víctima de una traición, reuniéndose en seguida a la liga todo su pueblo; y Vadomario no pudo impedir, al menos así se asegura, que el suyo siguiese el mismo movimiento.

Como todo el ejército, desde las primeras filas hasta las últimas, se mostraba unánime en la oportunidad de marchar en el acto contra el enemigo, y dispuesto de la misma manera a resistir la orden contraria, un signífero exclamó: «¡Adelante, César, el más afortunado de los hombres: la fortuna misma guía tus pasos. Solamente desde que tú nos mandas comprendemos cuánto puede el valor unido a la habilidad. Enséñanos el camino de la victoria como valiente que marcha delante de las enseñas, y nosotros te mostraremos a nuestra vez lo que vale el soldado ante la vista de un jefe valeroso que por sí mismo juzga el mérito de cada cual.»

Oídas estas palabras, sin admitir mayor descanso, el ejército se puso de nuevo en movimiento y llegó al pie de suave colina, cubierta de trigo en sazón ya, y situada a corta distancia de la orilla del Rhin. En la cumbre observaban tres jinetes enemigos, que corrieron a toda brida para anunciar la aproximación del ejército romano; pero otro explorador que se encontraba al pie de la colina, y no pudo seguir a los primeros, fue vencido en ligereza por los nuestros, y por él supimos que el ejército germano había empleado tres días y tres noches en pasar el Rhin. Nuestros jefes veían ya al enemigo formar sus columnas de ataque: mandóse hacer alto, y en seguida los antepilarios y hastatos se ordenan en fila y quedan parados, presentando un frente de batalla tan fuerte como un muro. El enemigo, queriendo imitar nuestra prudencia, guardó igual inmovilidad. Viendo toda nuestra caballería colocada en el ala derecha, le opusieron a la izquierda, en compactas masas, lo mejor de sus jinetes, entre cuyas filas, empleando una táctica muy bien entendida, cuyo conocimiento debían al desertor mencionado ya, pusieron aquí y allá algunos peones ágiles y armados a la ligera. Habían observado, en efecto, que las riendas y el escudo no dejaban a sus jinetes más que un brazo libre para lanzar el dardo, y el más diestro, en un combate cuerpo a cuerpo con un dibanario romano, no conseguía más que fatigarse en vano contra el soldado completamente defendido por su armadura de hierro; pero que un peón, en quien no se reparaba en medio del combate, cuando solamente se piensa en el que se tiene delante, podía deslizarse por los costados del caballo, herirle en el vientre y desmontar de esta manera al enemigo invulnerable, al que fácilmente se vencía entonces; y no contentos con esta disposición, nos preparaban a su derecha otra clase de sorpresa.

Mandaban aquel ejército feroz y belicoso Chnodomario y Serapión, los más poderosos de todos los reyes confederados. En el ala izquierda, donde según esperaban los bárbaros, el combate había de ser más furioso, se mostraba el funesto promotor de aquella guerra, Chnodomario, ceñida la frente con una banda roja y montando un caballo cubierto de espuma. Amante del peligro, confiando ciegamente en sus prodigiosas fuerzas, apoyábase altivo en su lanza de formidables dimensiones, llamando la atención desde lejos por el brillo de sus armas. Hacía mucho tiempo que tenía acreditada su superioridad como valiente soldado y hábil capitán. Serapion mandaba el ala

derecha; éste apenas había entrado en la edad de la pubertad, pero el talento se había adelantado en él a los años. Era hijo de aquel Mederico, hermano de Chnodomario, cuya vida entera había sido un tejido de perfidias. Mederico, que estando en rehenes, había permanecido mucho tiempo en las Galias, se inició en ella en algunos de los misterios religiosos de los griegos; debiéndose a esta circunstancia el cambio de nombre de su hijo Agenarico por el de Serapion. En segunda línea estaban los cinco reyes inferiores en poder, diez hijos o parientes de reyes, y detrás de éstos considerable número de hombres muy respetables para los bárbaros. El ejército se elevaba a treinta y cinco mil combatientes, pertenecientes a diferentes naciones; parte de ellos asalariados, y sirviendo los demás en virtud de convenios de mutuo auxilio.

Había resonado la terrible señal de las bocinas cuando Severo, que guiaba el ala izquierda de los romanos, vio a corta distancia delante de él parapetos cubiertos de gentes armadas que, levantándose de pronto, habían de introducir perturbación en las filas. Sin acobardarse, suspendió, sin embargo, la marcha, ignorando con qué número tenía que pelear, temiendo avanzar y no queriendo retroceder. El César vio la vacilación en aquel punto; acudió a él con una reserva de doscientos jinetes, que conservaba alrededor de su persona, dispuesto a acudir a donde fuese necesaria su presencia, y siempre más animoso cuando mayor era el peligro. En rápida carrera recorrió el frente de la infantería, animando a todos; y como la extensión de las líneas y su profundidad no permitían arenga general, y tampoco quería despertar las suspicacias del poder, arrogándose lo que él mismo consideraba como prerrogativa del Emperador, limitóse a correr de aquí para allá; resguardándose como podía de los dardos del enemigo, y dirigiendo a unos o a otros, conocidos o no, algunas frases enérgicas que les excitaban a cumplir su deber: «Compañeros, decía a unos, al fin tenemos una verdadera batalla; este es el momento que deseábamos todos, y que vuestra impaciencia adelantaba siempre.» Dirigiéndose en seguida a las últimas filas: «Compañeros, ha llegado el día tan deseado que nos llama a todos a lavar las manchas arrojadas sobre la majestad romana, y a devolverla su antiguo esplendor. Mirad, los bárbaros vienen aquí a buscar un desastre; su ciego furor les trae a ofrecerse ellos mismos a vuestros golpes.» A los soldados que por su larga práctica podían apreciar las maniobras, les decía, enmendando algunas disposiciones: «Ánimo, valientes, repararemos con nobles esfuerzos el baldón que ha caído sobre nuestros ejércitos. Con esta esperanza acepté, a pesar de mi repugnancia, el título de César.» A los que pedían aturdidamente la señal, y cuya petulancia amenazaba traspasar las órdenes y producir confusión: «Guardaos, les dijo, guardaos cuando el enemigo vuelva la espalda, de encarnizaros demasiado con los fugitivos, porque esto empañaría la gloria de vuestro triunfo. Que ninguno ceda tampoco el terreno sino en el último apuro, porque jamás ayudaré a los cobardes. Pero asistiré a la persecución con tal que no se haga con furor desmedido.»

Hablando a cada uno de la manera conveniente, mandó avanzar la mayor parte de sus fuerzas contra la primera línea de los bárbaros. Entonces la infantería alemana se estremeció de indignación contra los jefes que estaban a caballo, prorrumpiendo en espantosos gritos. Debían pelear a pie como los demás, decían; que nadie tuviese ventajas en caso de huida; que nadie tuviese medios de salvarse abandonando a su suerte a los demás. Esta manifestación hizo que Chnodonario abandonase el caballo, siguiendo todos su ejemplo; no dudando ninguno que alcanzarían la victoria.

Dieron la señal las bocinas, y por ambas partes se vino a las manos con igual brío, empezando por una nube de dardos. Desembarazados de las armas arrojadizas, los germanos se lanzaron sobre nuestras fuerzas con más ímpetu que simultaneidad, rugiendo como fieras. Mayor ira que de ordinario erizaba su espesa cabellera y sus ojos brillaban con furor. Intrépidos al abrigo de los escudos, los romanos paraban los golpes, y blandiendo la pica, presentaban la muerte a la vista del enemigo. Mientras la caballería sostiene el ataque con vigor, la infantería aprieta sus filas y forma una muralla con todos los escudos reunidos. Densa nube de polvo envuelve a los combatientes. Los romanos pelean con diferentes peripecias; aquí resisten bien, allá ceden; porque acostumbrados la mayor parte de los germanos a esta maniobra, se ayudaban con las rodillas para penetrar en nuestras filas. La lucha era cuerpo a cuerpo entre todos, mano contra mano, escudo contra escudo, y por

todas partes resonaban gritos de triunfo o de angustia. Al fin se pone otra vez en movimiento nuestra ala izquierda, y rechazando multitud de enemigos, venía enérgicamente a tomar parte en aquel combate, cuando en el momento en que menos podía esperarse, la caballería cedió en el ala derecha y se repliega con cierta confusión hasta las legiones, donde, encontrando apoyo, puede rehacerse. Había dado ocasión a esta alarma el hecho de que el jefe de los catafractos, al rectificar un defecto de formación, recibió una herida ligera; y uno de los suyos, cuyo caballo cayó, quedó aplastado bajo el peso del animal y de la armadura. Esto fue bastante para que el resto se dispersara, y habrían atropellado a la infantería, lo que hubiese producido el desorden general, si ésta no hubiese resistido el choque merced a su masa y energía.

Vio el César aquella caballería desordenada, buscando la salvación en la fuga, y, lanzándose a ella se colocó delante como una barrera. El tribuno de una de las turmas le había reconocido, viendo a lo lejos flotar en la punta de un hasta el dragón rojo que guiaba su escolta, enseña cuya vejez acreditaba sus largos servicios. Avergonzado y palideciendo, corre en seguida a rehacer sus fuerzas; y Juliano entonces, dirigiéndose a los fugitivos con el acento persuasivo que reanima el valor más quebrantado: «¿A dónde corremos, valientes?, les dijo. ¿No sabéis que no se gana nada huyendo y que el mismo miedo no puede aconsejar nada peor? Vamos, pues, a reunirnos con los nuestros que pelean por la patria, y no perdamos, abandonándolos sin saber por qué, la parte que nos pertenecerá en el triunfo común.» Con esta alocución tan hábil, les lleva de nuevo al ataque, renovando con pocas diferencias un rasgo que en otro tiempo honró a Sila. Abandonado por los suyos en un combate en que le estrechaba Arquelao, lugarteniente de Mitrídates, Sila cogió el estandarte, lo lanzó en medio de los enemigos, y dijo a los soldados: «Marchaos vosotros, a quienes había designado para compartir mis peligros; y si os preguntan dónde habéis perdido a vuestro general, responded, y no mentiréis, en Beocia, donde le dejamos solo combatir y derramar su sangre por nosotros.»

Aprovechando la ventaja y dispersión de la caballería, los alemanes caen sobre la primera línea de la infantería romana, esperando encontrar soldados quebrantados e incapaces de resistir enérgicamente; pero se sostuvo el choque y se peleó durante algún tiempo con igual fortuna. Los cornutos y los bracatos, soldados aguerridos, al espantoso gesto que les es propio, unieron en aquel momento el tremendo grito de guerra que lanzan en el calor del combate, y que, comenzando por un murmullo apenas perceptible, va subiendo por grados y concluyendo por estallar como un rugido parecido al de las olas al estrellarse en un escollo. Chocan las armas, los combatientes se empujan en medio de una nube de dardos y de una nube de polvo que todo lo oculta, pero las masas desordenadas de los bárbaros no dejan de avanzar con el furor de un incendio; y más de una vez, la fuerza de sus espadas consigue romper la especie de tortuga con que se protegen las filas romanas con la unión de los escudos. Los batavos ven el peligro y dan la señal de ataque; secundados por los reyes acuden a la carrera en socorro de las legiones y se rehace el combate. Estas formidables fuerzas debían, ayudando la fortuna, decidir el éxito hasta en las circunstancias más críticas. Pero los alemanes, a quienes parecía dominar rabia de destrucción, no dejaban de continuar en sus desesperados esfuerzos. Aquí sin interrupción vuelan los dardos, se vacían los carcajes; allá se acometen cuerpo a cuerpo; la espada choca con la espada, y el filo de las armas entreabre las corazas. El herido, mientras le queda una gota de sangre, se levanta del suelo y se obstina en pelear. Las probabilidades son casi iguales por ambas partes. Los germanos tenían ventaja por la estatura y energía muscular; los romanos por la táctica y la disciplina; en los unos, ferocidad y ardimiento; en los otros, serenidad y cálculo. Estos confiaban en la inteligencia; aquéllos en la fuerza del cuerpo. Cediendo algunas veces bajo los golpes del enemigo, el soldado romano se erguía en seguida. El bárbaro a quien flaqueaban los jarretes, peleaba rodilla en tierra, demostrando así su extremada obstinación. De pronto los germanos principales, con sus reyes al frente y siguiéndoles la multitud, atacan en masa compacta a los romanos, abriéndose paso hasta la legión escogida, colocada en el centro de batalla, formando lo que se llama reserva pretoriana. Allí las filas más apretadas y profundas les oponen muralla tan resistente como una torre, volviendo a comenzar el combate con

nuevo vigor. Atentos a parar los golpes y manejando los escudos a la manera de los mirmilones, nuestros soldados herían fácilmente los costados de sus adversarios, que en su ciego furor, olvidaban cubrirse. Pródigos de sus vidas y no pensando más que en vencer, los alemanes intentan los últimos esfuerzos para romper nuestras filas; pero los nuestros, cada vez más seguros de sus golpes, cubren el suelo de muertos y las filas de los que atacan sólo se renuevan para caer a su vez. Al fin flaquea su valor y los gritos de los heridos y moribundos acaban de espantarles. Agobiados por tantas pérdidas, ya no les quedaban fuerzas más que para huir, cosa que hicieron de pronto en todas direcciones, con la precipitación desesperada que lleva a los náufragos a abordar a la primera playa que ven.

Cuantos presenciaron aquella victoria convendrán en que fue más deseada que esperada. Sin duda algún dios propicio intervino aquel día en favor nuestro. Los romanos cayeron sobre los fugitivos, y, a falta de las espadas embotadas, que más de una vez les fueron inútiles, arrancaban la vida a los bárbaros con sus propias armas. No se cansaban los ojos de ver correr la sangre, ni los brazos de herir. A ninguno se perdonó. Multitud de guerreros gravemente heridos pedían la muerte para librarse de los sufrimientos; otros, en el momento de expirar, abrían los moribundos ojos para ver por última vez la luz. Cabezas cortadas por el ancho hierro de las lanzas, pendían aún del tronco de que habían sido separadas. Resbalaban, y caían en montones en aquel suelo empapado de sangre, pereciendo, aplastados por el peso de los suyos, algunos que habían salido del combate sin heridas. Embriagados los vencedores por el éxito, seguían hiriendo con sus embotadas espadas los magníficos cascos y escudos, que bajo los golpes rodaban por el polvo. En fin, estrechados los bárbaros hasta el Rhin, y encerrados como por una muralla de cadáveres amontonados, no vieron salvación más que en el río. Abrumados por nuestros soldados, a quienes su pesada armadura no bastaba a detenerse en la persecución, algunos se lanzaron al agua, confiando en su habilidad en la natación para salvar la vida; y el César, que comprendió el peligro que el excesivo ardimiento envolvía para los nuestros, mandó en alta voz, e hizo anunciar por los jefes y tribunos, que prohibía a todos los soldados penetrasen, persiguiendo al enemigo, en las turbulentas aguas. Limitáronse, pues, a seguir la orilla, lanzando sobre el enemigo multitud de dardos de toda clase. La mayor parte de los que escapaban a nuestros golpes, hundiéndose por su propio peso, encontraban la muerte en el fondo del río; y entonces el espectáculo ofreció, sin peligro, interés dramático. Aquí lucha el nadador con el desesperado abrazo del que no sabe nadar y le deja flotar como un tronco si consigue desprenderse; allá, arrastrados por la corriente, los más hábiles ruedan sobre sí mismos y se sumergen. Algunos, auxiliándose con los escudos, desviándose a cada momento, para evitar el choque de las olas, consiguen, después, de mil vicisitudes, alcanzar al fin la otra orilla. Enrojecido el río con la sangre bárbara, se asombra con el repentino crecimiento de sus aguas.

En medio del desastre, el rey Chnodomario, que había podido escapar deslizándose entre montones de cadáveres, procuraba regresar apresuradamente al campamento que ocupaba antes de la reunión a corta distancia de las fortificaciones romanas. De antemano había hecho reunir, para el caso de derrota, naves que quería aprovechar ahora para buscar algún refugio desconocido y esperar en él cambio de fortuna. Como no podía llegar sino pasando el Rhin, retrocedió, teniendo la precaución de cubrirse el rostro. Acercábase ya a la orilla del río, cuando al rodear una charca que encontró en su camino, antes de llegar al punto de embarque, su caballo cayó en terreno cenagoso, cogiéndole debajo. A pesar de su corpulencia, consiguió desprenderse y llegar a una colina cubierta de bosque cercana de allí. Pero denunciándole el mismo brillo de su antigua grandeza, le reconocieron. En el acto, una cohorte mandada por un tribuno rodeó la colina; pero sin penetrar en el bosque, por temor de caer en alguna celada; y entonces, viéndose perdido Chnodomario, se decidió a entregarse. Encontrábase solo entre los árboles, pero doscientos soldados de su escolta y tres amigos suyos de los más íntimos, acudieron espontáneamente a rendirse, considerando como un crimen sobrevivir a su rey, y no dar, en caso necesario, la vida por salvarle. Los bárbaros, insolentes en el triunfo, ordinariamente no tienen dignidad en la derrota: así fue que Chnodomario mostró con su palidez, cuando le llevaban, la actitud degradada del esclavo: el convencimiento del daño que

había causado le hacía enmudecer. ¡Cuánto se diferenciaba entonces del fiero devastador a quien en otro tiempo anunciaban el terror y el espanto, y que hollando bajo sus plantas las cenizas de la Galia, amenazaba llevar más lejos sus estragos!

Concluida la batalla con el favor de los dioses, la bocina llamó al terminar el día a los invencibles soldados, que, reunidos al fin cerca de la orilla del río, pudieron, bajo la protección de muchas líneas de escudos, tomar algún alimento y descanso. Los romanos perdieron en la jornada doscientos cuarenta y tres soldados y cuatro jefes principales; Bainobaudo, tribuno de los cornutos; Laipsio e Inocencio, capitanes de los catafractos, y un tribuno cuyo nombre no se ha conservado. De los alemanes quedaron sobre el campo seis mil muertos, además del considerable número de cadáveres que arrastró el Rhin. Juliano, cuyo ánimo era muy superior a su fortuna, y que no creía aumentar su mérito ensanchando su poder, reprendió severamente la indiscreción de los soldados, que por aclamación le saludaron augusto; asegurando bajo juramento que aquel título distaba tanto de su ambición como de sus esperanzas. Mas para aumentar en ellos la exaltación del triunfo, hizo comparecer ante él a Chnodomario. Avanzó éste inclinándose hasta el suelo, y al fin se prosternó a sus pies implorando perdón a la manera de los bárbaros. Juliano le tranquilizó, y pocos días después fue llevado Chnodomario a la corte del Emperador, enviándole a Roma éste último, que le asignó por morada el barrio de los extranjeros, en el monte Palatino, donde murió de languidez.

A pesar de tan grandes y brillantes resultados no faltaban personas en la corte que encontraban a Juliano defectos y ridiculeces, sabiendo que de esta manera agradaban al Emperador. Por burla le dieron el nombre de *Victorino*, porque en sus comunicaciones repetía muchas veces, aunque en términos modestísimos, que los germanos habían sido constantemente derrotados en todas partes donde había mandado personalmente. Por un exceso de adulación cuya extravagancia era palpable, pero a propósito para halagar una vanidad llevada hasta los últimos límites, persuadieron a Constancio de que en todo el universo no se hacía nada grande sino por su influencia y bajo los auspicios de su nombre. Aturdióle esta adulación, y desde entonces y en lo sucesivo, desmintió atrevidamente los hechos, diciendo en sus edictos y en primera persona, que había peleado, vencido, levantado los reyes prosternados a sus pies, cuando todo esto se había realizado sin él. Si, por ejemplo, un general suyo, mientras permanecía él sin moverse de Italia, conseguía una victoria sobre los persas, no dejaba de enviar a todas las provincias cartas laureadas, mensajeras de su ruina, conteniendo interminables relatos de la batalla, y ante todo, de las grandes hazañas del príncipe. Todavía existen en los archivos públicos edictos, monumentos de ciega jactancia, en los que se ensalza hasta las estrellas; también se encuentra en ellos una relación detallada del asunto de Argenteratum, de donde distaba más de cuarenta jornadas. En él se ve a Constancio disponiendo el orden de batalla, combatiendo junto a las enserias, persiguiendo a los bárbaros, recibiendo la sumisión de Chnodomario; y para colmo de indignidad, no se dice ni una palabra de Juliano, cuya gloria habría sepultado Constancio, si la fama, a despecho de la envidia, no hubiese cuidado de publicarla.

LIBRO XVII

Después de la derrota de los alemanes, Juliano pasa el Rhin y destruye por el hierro y el fuego los establecimientos de este pueblo.—Repara la fortificación de Trajano y concede a los bárbaros diez meses de tregua.—Reduce por hambre una banda de francos que hacía correrías en la Germania.—Sus esfuerzos por aliviar a la Galia del peso de los impuestos.—Constancio hace elevar un obelisco en Roma en el circo máximo.—Correspondencia y negociaciones inútiles para la paz, entre Constancio y Sapor, rey de Persia.—Los Juthungos, pueblo alemán, devastan la Rhecía.—Los romanos los derrotan y ahuyentan.—Un terremoto destruye a Nicomedia.—Juliano recibe la sumisión de los Salios, pueblo franco.—Derrota o hace prisioneros a parte de los Chamavos, y concede la paz a los demás.—Juliano repara tres fortificaciones en el Mosa y es objeto de reconvenciones y amenazas por parte de los soldados, irritados por la escasez.—Los reyes alemanes Soumarío y Hortario consiguen la paz devolviendo los prisioneros.—Burlas de los envidiosos contra las victorias de Juliano.—En la corte le acusan de indolencia y pusilanimidad.—Constancio obliga a los Sármatas y a los Quados, que devastaban la Mesia y las dos Pannonias, a devolver los prisioneros y entregar rehenes.—Restituye a los Sármatas expulsados la posesión de sus tierras y les da un rey.—Constancio hace terrible matanza de Limigantos y les obliga a expatriarse.—Los legados romanos abandonan la Persia sin haber ajustado la paz.—Sapor invade de nuevo la Mesopotamia y la Armenia.

(Año de J. C. 357.)

Terminadas las cosas de la manera satisfactoria que acabo de referir, y viendo libre el curso del Rhin por la victoria de Argentoratum, Juliano mostró su piedad con los muertos mandando enterrarlos a todos indistintamente, porque le repugnaba que sirviesen de pasto a las aves de rapiña. En seguida despidió sencillamente a los que le trajeron el insolente mensaje la víspera de la batalla, y regresó a Tres Tabernas, desde donde partió para Moguntiacum, encargando hasta su regreso a la custodia de los Mediomatricos el botín y los prisioneros. Proponíase establecer un puente en el Rhin y buscar en su territorio a los bárbaros, de los que ya no quedaba ninguno en las Galias. El ejército se mostró mal dispuesto al principio; pero le atrajo en seguida por medio de la seducción y encanto de su palabra. Robustecida con nuevos títulos la adhesión del soldado, le encadenaba en cierto modo a los pasos del glorioso jefe que compartía todas sus fatigas, no usando de su prerrogativa sino para tomar mayor parte en el peligro y el trabajo. Llegaron a Moguntiacum; establecieron el puente, y el ejército pasó al territorio enemigo. Al pronto, el atrevimiento de los romanos dejó estupefactos a los bárbaros, completamente seguros entonces, y que nada esperaban menos que verse atacados en su propio territorio. Justamente alarmados por lo que les amenazaba, pensando en el reciente desastre de sus compatriotas, fingieron vehemente deseo de paz, con el único objeto de que se disipase el primer furor de la invasión y enviaron una legación para que hablase de amistad. Mas por repentino cambio, del que no puede explicarse la razón, a estos legados siguieron inmediatamente otros, mandándonos con terribles amenazas que abandonásemos en el acto el territorio.

El César, que comprendía bien lo que se proponían, se procuró algunas barcas pequeñas, pero de rápida marcha, hizo embarcar al obscurecer ochocientos hombres y les mandó remontar el Rhin hasta cierta distancia, y llevarlo todo a sangre y fuego en cuanto saltasen a tierra. La maniobra se ejecutó; y viendo al amanecer a los bárbaros situados en una altura, los romanos se lanzaron a la carrera y no encontraron a nadie, porque el enemigo les vio llegar y tuvo tiempo para huir. Pero densas nubes de humo les anunciaron desde lejos el desembarco de los nuestros y la devastación de sus tierras. Este espectáculo aterró a los germanos, que se habían emboscado para atacarnos en un desfiladero estrecho y cubierto de bosque, y tuvieron que abandonarlo para repasar el río llamado Mænum, y acudir al socorro de sus familias; pero estrechándoles por dos lados los soldados de las

barcas y un movimiento simultáneo de la caballería romana, gracias a su especial conocimiento del terreno consiguieron retirarse; si bien los nuestros aprovecharon su fuga, atravesando sin obstáculos el desfiladero, cayendo sobre ricos pueblos, y apoderándose de cuanto trigo y ganados poseían. Al mismo tiempo pusieron en libertad a los prisioneros que guardaban en ellos y destruyeron por medio del fuego cuantas moradas encontraron construidas por el progresivo gusto de los bárbaros, según la arquitectura romana. A unas diez millas de allí encontraron los romanos una selva oscura de aspecto espantoso, que detuvo la marcha por bastante tiempo; porque un desertor reveló la presencia de numerosas bandas que permanecían ocultas en las cavernas, subterráneos inmensos con muchas salidas, desde donde acechaban el momento de caer sobre nosotros. Los soldados se mostraron animosos; pero al avanzar, encontraron de tal manera obstruidos los senderos por la corta de árboles de toda especie, que tuvieron que retroceder, convencidos, con amarga mortificación que expresaban en voz alta, de la imposibilidad de adelantar más, a menos de describir largo rodeo por caminos menos practicables. Hacer esto en aquella estación era exponerse inútilmente a mil peligros, porque había pasado el equinoccio de otoño, y todo el país, montes y valles, estaba cubierto ya de densa capa de nieve. Juliano renunció, por tanto, a continuar la marcha; pero aprovechando la circunstancia de no tener enemigos al frente, quiso que atestiguase sus progresos un monumento; por lo que mandó reconstruir apresuradamente en aquel punto un fuerte, que en otro tiempo levantó Trajano, dándole su nombre, y que después fue tomado a viva fuerza. Colocóse allí guarnición temporal y se puso en requisita a todo el país para proporcionarle víveres.

Viendo los germanos alzarse aquel edificio amenazador, y aterrados ya por el triunfo de las armas romanas, se apresuraron a pedir la paz en humildísimo mensaje; y el César, después de deliberar largo tiempo y calcular maduramente las consecuencias, les concedió diez meses de tregua; porque la prudencia le decía que no estribaba todo en haber ocupado aquel fuerte con inesperada rapidez, sino que, para conservarlo, era necesario proveerlo de máquinas, de muralla y de material completo de defensa. Confiados en las promesas de Juliano, tres de los reyes más violentos que habían suministrado fuerzas a la liga vencida en Argentoratum, acudieron temblando ahora a asegurar ante él, con las formas habituales de su patria, su tranquilidad futura y el estricto cumplimiento del tratado hasta el término establecido; prometiendo respetar aquel fuerte al que dábamos tanta importancia, y llevar, aunque fuese a hombro, los víveres necesarios a la guarnición en cuanto hiciese señal de que le faltaban. En esta ocasión el miedo venció a la falsedad, porque cumplieron fielmente las condiciones. Juliano pudo gloriarse con justa razón por el feliz resultado de aquella campaña, cuyo éxito podía compararse al de las guerras púnicas y de los teutones, aunque conseguido a menor costa. Sostienen, sin embargo, sus detractores que el valor de que acababa de dar tantas pruebas, no era en él más que cálculo, y que buscaba gloriosa muerte en el campo de batalla, por el temor que tenía de perecer como su hermano Galo, por mano del verdugo. Esto era efectivamente lo que le reservaban culpables esperanzas; y podría creerse que la malignidad había acertado, si tantas acciones brillantes, después de la muerte de Constancio, no desmintiesen terminantemente tales suposiciones.

Habiendo obtenido de su expedición todo el partido posible, volvió Juliano a tomar cuarteles de invierno, pero otros trabajos le esperaban a su regreso. Severo, general de caballería, marchando a Remos por Agripina y Juliacum, encontró una banda ágil y determinada de francos, en número de unos seiscientos, según se supo después, que aprovechaba la ausencia de los romanos para devastar el país. Sabiendo que el César se ocupaba en perseguir a los alemanes hasta en el fondo de sus guaridas, se habían lisonjeado, en su audacia, de recoger rico botín sin pelear. Al aproximarse el ejército, se refugiaron en dos fuertes que habían quedado sin guarnición y se defendieron cuanto les fue posible.

Asombrado al pronto el César por aquel atrevido golpe de mano, comprendió en seguida las consecuencias. Detuvo, pues, el ejército ante aquellos dos fuertes, bañados por las aguas del Mosa, y los puso sitio en toda forma. La increíble obstinación de los bárbaros le retuvo cincuenta y cuatro días, es decir, casi la totalidad de los meses de Diciembre y Enero. Las noches eran oscuras, el río

estaba helado, y como el previsor Juliano temía que el enemigo aprovecharse estas circunstancias para huir, desde el obscurecer hasta el amanecer, por orden suya, soldados montando ligeras barcas recorrían de alto abajo el río para romper el hielo y quitar esta esperanza a los sitiados que, privados de aquel medio, no podían huir. Viendo que les faltaba este recurso, y reducidos al último extremo por el cansancio y el hambre, se entregaron prisioneros, y en seguida fueron enviados a la corte del Emperador. Una multitud de francos intentaba distraer a los romanos para libertar a los sitiados; pero la noticia de su captura y traslación les hizo retroceder, sin llevar más lejos la tentativa. Terminada la campaña, el César marchó a pasar el resto del invierno entre los Parisios.

Amenazaba ahora una coalición más formidable que la anterior, siendo esto grave motivo de preocupaciones para quien sabía cuán variable es la suerte de las armas. Sin embargo, como la tregua le dejaba algún descanso, aunque escaso, reclamado por multitud de negocios, ocupóse en aliviar la propiedad de los galos distribuyendo más equitativamente las cargas que la gravaban. Florencio, prefecto del pretorio, que, según decía, se había dado cuenta exacta de las cosas, aseguraba que la capitación daría lugar a disminución de rentas, que no podría resarcirse sino acudiendo a impuestos extraordinarios. Pero convencido el César del mal resultado de este sistema, afirmaba que prefería la muerte a permitir su aplicación; porque conocía qué clase de heridas se infieren a las provincias por esta especie de subsidios, o mejor dicho, despojos, y cuántas miserias arrastran necesariamente en pos. Más adelante veremos que la ruina de la Iliria no tuvo otra causa.

Mucho clamó el prefecto del pretorio porque se negaban de pronto a obedecer al hombre a quien el Emperador había concedido la alta dirección de aquella parte de los negocios administrativos. Juliano procuró ante todo calmarle, y después le demostró con cálculos exactos que la capitación, no solamente bastaba para las necesidades de la provincia y del ejército, sino que produciría sobrantes. No por esto dejaron de presentarle después un proyecto de edicto para un impuesto suplementario; pero el César se negó terminantemente a firmarlo, y arrojó al suelo el documento sin permitir siquiera su lectura. Enterado el Emperador por las quejas del prefecto, escribió a Juliano aconsejándole más suavidad y confianza en sus relaciones con aquel funcionario; a lo que contestó sencillamente el César, que era necesario agradecer a una provincia devastada, como lo estaba aquella, que pagase puntualmente el impuesto ordinario; pero que no habría rigor que bastase para obtener de una población reducida a tanta miseria, un aumento cualquiera. Solamente a esta firmeza debió la Galia verse libre de una vez para siempre de exacciones vejatorias.

El César dio entonces un ejemplo inusitado. La Bélgica segunda estaba abrumada por toda clase de cargas, y Juliano pidió y obtuvo del prefecto que difiriese a él en aquella parte de su administración; pero con la condición expresa de que no intervendría ningún aparitor ni agente del fisco, ni se ejercería presión alguna para el pago de lo debido. Esta suave conducta tuvo por efecto que todos se apresurasen a pagar anticipadamente sin esperar la citación.

Mientras comenzaba a renacer la Galia, mediante estos procedimientos, alzaban en Roma un obelisco en el circo máximo, bajo la segunda prefectura de Orfito. Siendo ahora momento oportuno, diremos algo acerca de este monumento. Existe una inmensa y soberbia ciudad de antiguo origen, célebre desde hace muchos siglos por las cien puertas que le dan entrada, por cuya razón se la llamó Tebas *hecatomphylos*; nombre del que se deriva Tebaida, que hasta nuestros días ha conservado la provincia. En la primera época del engrandecimiento de Cartago, uno de sus generales emprendió rápida expedición que hizo caer a Tebas en su poder. Libre de esta primera opresión, tuvo que soportar la de Cambises, rey de Persia, déspota el más ávido y tirano que invadió el Egipto, atraído por el cebo de sus riquezas, y que ni siquiera respetó los santuarios. En dicha ocasión fue cuando este príncipe, que tanto se movía entre los bandidos de su comitiva, se enredó un pie en los pliegues del manto, y cayendo, se hirió casi mortalmente con el puñal que llevaba sujeto al muslo derecho, y que, a la caída, saltó de la vaina. Mucho tiempo después Cornelio Galo, procurador del Egipto bajo el emperador Octaviano, arruinó a Tebas con sus exacciones. Acusado a su regreso del saqueo de aquella provincia, y perseguido por la indignación de los caballeros, a cuyo orden había encargado

el Emperador informar en aquel asunto, se dio la muerte con su propia mano. Si no me engaño, este Galo es el poeta del mismo nombre a quien dedica Virgilio tan sentidos versos en la última parte de las *Bucólicas*.

Entre las importantes obras de esta ciudad, como grandes cisternas y simulacros gigantescos de los dioses de Egipto, he visto yo mismo numerosos obeliscos, tanto en pie como caídos y mutilados; monumentos de los pasados siglos consagrados por los antiguos reyes del país a los dioses inmortales, en agradecimiento por victorias militares o por el beneficio de extraordinaria prosperidad interior; obeliscos de piedra, traída muchas veces de lejanos parajes y que vino tallada ya desde la cantera al punto de la erección. Estos monumentos, en figura de meta más o menos alta, están formados de una sola piedra de grano muy duro, pulida con el mayor cuidado, y que por imitación a los rayos del sol, tiene forma cuadrangular, tendiendo insensiblemente las cuatro aristas a reunirse en la parte superior. Vense grabadas en ellos innumerables figuras o símbolos, que llamamos jeroglíficos, y que son los misteriosos archivos de la sabiduría de otros tiempos; figuras de aves, de cuadrúpedos, productos de la naturaleza o de la fantasía, destinados a transmitir a las edades siguientes la tradición de los hechos contemporáneos, o los votos que los soberanos de aquellas épocas formulaban y cumplían. El idioma de los antiguos egipcios no tenía, como las lenguas modernas, determinado número de caracteres que respondiesen a todas las necesidades del pensamiento; sino que cada letra tenía el valor de un nombre o de un verbo, y muchas veces encerraba un sentido completo. Dos ejemplos bastarán para dar idea de ello. El buitre designa en esta lengua la palabra naturaleza, porque esta especie no tiene machos, según la enseñanza de la física. La abeja, ocupada en elaborar la miel, expresa la palabra rey, para dar a conocer que si la dulzura es la esencia del gobierno, debe, sin embargo, hacerse sentir la presencia del aguijón, y así en todo lo demás.

La llegada de un obelisco a Roma bajo el reinado de Constancio puso en movimiento a los aduladores, diciendo que si Octaviano Augusto trajo dos de Heliópolis, colocando uno en el circo máximo y el otro en el campo de Marte, la enorme mole del traído ahora asustó a aquel príncipe, que ni siquiera trató de moverla. Pero bueno es advertir, para aquellos que lo ignoren, que Augusto se abstuvo de tocar a éste cuando mandó trasladar los otros dos, solamente por respeto al sentimiento religioso del país; porque este monumento era una consagración especial a la divinidad del Sol. Este destino lo respetó como irrevocable, y protegido por la inviolabilidad del magnífico templo en cuyo centro se alzaba como un gigante. Pero el emperador Constantino, que no experimentaba tales escrúpulos, o pensaba, con razón, que no atacaba a las ideas religiosas tomando aquella maravilla de un templo particular para consagrarla en Roma, templo de todo el universo, comenzó por remover el monumento, que dejó tendido esperando a que terminasen los preparativos de transporte. Conducido en seguida por el Nilo, dejáronle en la orilla en Alejandría, donde construían expresamente una nave de dimensiones extraordinarias, que debían poner en movimiento trescientos remeros. Pero el príncipe murió entretanto, y las operaciones aflojaron. Hasta mucho tiempo después no embarcaron aquella mole, que cruzó el mar y remontó el Tíber, que parecía temer no fuesen sus aguas bastantes para elevar a la ciudad que riega aquel regalo del casi desconocido Nilo. Cuando llegó al pueblo de Alexandri, a tres millas de Roma, colocaron el obelisco en un carromato (*chamulcis impositus*), y arrastrándolo lentamente lo introdujeron por la puerta Ostiense y la antigua piscina pública, hasta la explanada del circo máximo. Tratábase ahora de erigirlo, cosa que se consideraba muy difícil, si no imposible. Con este objeto alzaron, no sin peligro, un bosque de mástiles muy altos, en cuya parte superior quedaban sujetos multitud de largos y fuertes cables, tan espesos como los hilos de la trama de un tejedor, formando red tan densa que quitaba la vista del cielo. Con el auxilio de este aparato y de los esfuerzos de muchos millares de brazos que imprimían simultáneamente a la máquina movimiento análogo al de la muela superior de un molino, aquella especie de montaña, depositaria de los primeros rudimentos de la escritura, se levanta insensiblemente, y suspendida por algún tiempo en el espacio, ocupa al fin su asiento en medio del suelo. Al principio se adornó la cúspide del obelisco con un globo de bronce, revestido

con láminas de oro. Pero habiendo caído un rayo sobre él, lo sustituyeron con una antorcha del mismo metal, cuya llama, figurada también con oro, producía desde abajo el efecto de un haz de fuego. En los siglos siguientes trajeron otros obeliscos a Roma, de los que se alza uno en el Vaticano, otro en los jardines de Salustio, y dos en el mausoleo de Augusto. En cuanto al antiguo obelisco, el del circo máximo, Hermapión tradujo al griego sus inscripciones emblemáticas, siendo la siguiente su interpretación:

CARA DE MEDIODÍA

Primera columna de escritura.

El Sol al rey Ramestes. Te he concedido reinar con regocijo en la tierra, favorito del Sol y de Apolo; poderoso amigo de la verdad, hijo de Herón, nacido de un dios creador del globo terrestre; tú, preferido del Sol, Ramestes, hijo de Marte, en cuya obediencia se siente feliz y orgullosa la tierra; rey Ramestes, hijo del Sol, cuya vida es eterna.

Segunda columna.

Poderoso Apolo, verdadero dispensador de la diadema, glorioso dominador del Egipto, que has formado el esplendor de Heliópolis, y creado el resto del globo; fundador del culto de Hiópolis, querida del Sol.

Tercera columna.

Poderoso Apolo, hijo del Sol, esplendor universal; tú, a quien el Sol quiere con preferencia a todos y a quien el intrépido Marte ha colmado con sus dones; tú, cuyos beneficios serán eternos; tú, a quien quiere Ammón; que has llenado de ofrendas el templo del Fénix, a quienes los dioses han ofrecido vida inmortal. Poderoso Apolo, hijo de Herón; Ramestes, rey de la tierra, que has salvado el Egipto triunfando del extranjero; a quien el Sol ama, a quien los dioses han concedido largos días; Ramestes, señor del universo, que vivirás eternamente.

Otra segunda columna.

Yo el Sol, supremo dominador de los cielos, te doy una vida que no conocerá la saciedad, árbitro de la diadema; a quien nadie es comparable; a quien el soberano del Egipto ha elevado estatuas en este reino, por quien Heliópolis es honrada al igual del Sol, soberano de los cielos. El hijo del Sol, que vivirá eternamente, ha terminado una hermosa obra.

Tercera columna.

Yo el Sol, soberano señor de los cielos, he dado el imperio, con autoridad sobre todo, al rey Ramestes, a quien Apolo, amigo de la verdad, y Hephestus, padre de los dioses, aman tanto como Marte. Rey afortunado, hijo del Sol y amado del Sol.

CARA DE LEVANTE

Primera columna.

Gran dios de Heliópolis, poderoso y celeste Apolo, hijo del Sol; a quien los dioses han honrado, a quien el Sol, que manda en todos, cuyo poder que iguala al de Marte, ha amado tiernamente; a quien el brillante Ammón ama también y a quien ha hecho rey por la eternidad. *(Falta la continuación.)*

(Año 358 de J. C.)

Siendo cónsules Daciano y Cerealis, en el momento en que renacía el orden en las Galias, donde la experiencia había calmado el ardor de invasión de los bárbaros; el rey de Persia, en guerra por mucho tiempo en su frontera con los pueblos limítrofes, acababa de ajustar alianza con las dos tribus más temibles, la de los Chionitas y Gelanos, y se disponía a retroceder, cuando recibió la

carta en que le anunciaba Tamsapor la pacífica iniciativa tomada por el Emperador romano. No dejó Sapor de sospechar que había recibido algún descalabro el poder del imperio; creció con esto su natural orgullo, y aceptando la paz, quiso imponer duras condiciones; para lo cual envió como legado cerca de Constancio a un tal Narses, encargándole una carta, escrita en el enfático estilo de aquella corte soberbia y cuyo sentido era el siguiente: «Sapor, rey de reyes, comensal de los astros, hermano del Sol y de la Luna, a su hermano Constancio César, salud. Me regocija que al fin entres en el buen camino, y consientas en escuchar la incorruptible voz de la equidad, instruido por propia experiencia de lo que cuesta llevar demasiado lejos la avidez del bien ajeno. La verdad no tiene más que un lenguaje claro y libre, y privilegio es de la grandeza decir lo que se piensa. He aquí, pues, en pocas palabras, mi resolución, tal como frecuentemente la he formulado, según se recordará.. Los estados de mis mayores se extendían hasta el curso del Stryinon y las fronteras de la Macedonia; vuestros anales me dan la razón. Tengo derecho para reivindicar esto, yo que, dicho sea sin orgullo, soy superior en brillo y virtudes a mis predecesores. Nada olvido, y desde que tengo edad de hombre, no me he arrepentido de ningún acto mío. Tengo, pues, el deber de recobrar la Armenia así como la Mesopotamia, arrebatadas a mi abuelo por manifiesto engaño. Ahora bien: nunca hemos admitido vuestra máxima, proclamada tan enfáticamente: *Astucia o valor, todo está justificado en la guerra*. ¿Quieres seguir un buen consejo? Sacrifica, para asegurar el resto, una pobre posesión, que para ti es sangrienta y desastrosa. Imita en esto la prudencia del médico que aplica el hierro y el fuego a las partes enfermas con objeto de conservar las sanas. Hasta a los animales enseña el instinto, por interés de su propia tranquilidad, a separar de sí mismos lo que atrae la codicia del cazador. Por mi parte declaro, que si mi legado regresa sin haber concluído, en cuanto termine el invierno me pondré al frente de todas mis tropas, y apoyado en la justicia de mi causa y en la equidad de mis proposiciones, llevaré las hostilidades todo lo lejos que puedan ir.»

Meditada por mucho tiempo esta carta, después de madura reflexión, contestó Constancio tranquilamente lo siguiente: «Constancio, vencedor en tierra y mar, siempre Augusto, a mi hermano el rey Sapor, salud. Te felicito por tu afortunado regreso como hombre que será amigo tuyo si así lo quieres; pero nunca reclamaré demasiado contra esa insaciable e ilimitada ambición. Dices que necesitas la Armenia y la Mesopotamia, y me aconsejas que mutile un cuerpo sano para que tenga más salud. Consejo es éste más fácil de rechazar que de seguir. He aquí la verdad desnuda, manifiesta, que no puede quedar disfrazada por vanas baladronadas. Un prefecto de mi pretorio ha creído obrar bien entablando, sin conocimiento mío, negociaciones de paz con un general tuyo. Ni censuro ni apruebo este paso, suponiendo que no se ha dicho nada que no sea digno y conveniente, nada que ataque a la majestad imperial. Pero es absurdo, sería deshonroso, cuando a todos los oídos llegan los triunfos de mi reinado, cuando la derrota de los tiranos pone a todo el mundo romano bajo mis leyes, sufrir el desmembramiento de lo que he sabido conservar intacto hasta en el tiempo en que los mismos límites del Oriente marcaban los de mi poder. Renuncia, pues, a esa vana ostentación de amenazas convencionales. Sabido es que por moderación, y no por cobardía, preferimos esperar a ir en busca de la guerra; pero todo ataque a nuestro territorio nos encontrará dispuestos siempre a rechazarlo con energía. Además, la historia demuestra, así como nuestra propia experiencia, que si la fortuna de Roma (y de esto hay pocos ejemplos), ha podido vacilar en algún combate, al fin ha conseguido siempre la victoria.»

Despidióse sencillamente a la legación persa, porque no merecían otra cosa las soberbias pretensiones de su soberano. Pero casi inmediatamente hizo partir Constancio, con su carta y regalos, a Próspero, acompañado por Spectato, tribuno y notario; y por consejo de Musopiano, les unió el filósofo Eustathio, que tenía fama de poseer palabra persuasiva, llevando los legados el encargo de intentar todo para detener los preparativos de Sapor, mientras se realizaban los últimos esfuerzos. a fin de poner en buen estado de defensa la frontera del Norte.

En tanto se verificaba este cambio de cartas ambiguas, los Juthungos, pueblo alemán, vecino de Italia, despreciando los tratados y el pacto implorado con tantas instancias en otro tiempo, emprendieron una irrupción grave en la Rhecia, llevando las hostilidades, contra la costumbre de

esta nación, hasta poner sitio a las ciudades. Barbación, que había reemplazado a Silvano, en el mando de la infantería, fue enviado contra ellos con fuerzas considerables. Este general, careciendo de valor para la acción, sabía encontrar palabras; y sus arengas imprimieron tal brío a los soldados, que exterminaron a los bárbaros, escapando muy pocos para llevar a sus hogares aquella noticia desoladora. Nevita, que fue cónsul después, mandaba una turma de caballería en aquella campaña, y, según se dice, contribuyó gloriosamente al éxito.

En esta época ocurrió un terremoto en la Macedonia, el Asia Menor y el Ponto, conmoviendo los montes y los valles: debiéndose citar, entre los desastres de toda, clase que produjo esta calamidad, la completa destrucción de Nicomedia, en la Bitinia. Diremos algo perfectamente averiguado acerca de esta catástrofe.

El nueve de las calendas de Septiembre (24 de agosto) al amanecer, turbó de pronto el sereno aspecto del cielo aglomeración de negras nubes, desapareciendo la claridad. Imposible era ver los objetos, por cercanos que estuviesen, tan cegados estaban los ojos por el denso vapor que acababa de invadir la atmósfera. En seguida, como si el supremo numen hubiese lanzado por sí mismo sus fatales rayos y desencadenado los vientos de los cuatro puntos cardinales, espantoso hucarán hizo rugir a las montañas y retremblar las playas con el espantoso fragor de las olas que rompían sobre ellas. Estremeciéndose el suelo, y con sacudidas espantosas, acompañadas de trombas y tifones (*typhones, prestares*) derrumbó por completo la ciudad y sus arrabales. La mayor parte de la ciudad estaba construida en la ladera de la montaña, y los edificios cayeron unos sobre otros con espantoso ruido. El eco de las montañas repetía los desesperados gritos de los que llamaban a su esposa, a su hijo, a alguna persona querida; hasta que al fin, cerca de la hora segunda y mucho antes de la tercera, serenándose el cielo, dejó ver todo el horror de la catástrofe. Unos habían muerto aplastados por las ruinas; otros sepultados hasta los hombros, y a los que un poco auxilio podía salvar, perecían por falta de socorro. Véase a algunos suspendidos en el aire en el extremo de maderos en que habían quedado clavados. Aquí y allá yacían grupos antes llenos de vida, y que, por suerte común en la destrucción, habían quedado convertidos en montones de cadáveres. Aprisionados otros, sanos y salvos, bajo los escombros de sus casas, veíanse condenados a morir de angustia y de hambre. En este caso se encontraba Aristeneto, que acababa de obtener el título, que ambicionó durante mucho tiempo, de vicario de aquella provincia, a la que Constancio había dado el nombre de Piedad, en honor de su esposa Eusebia. Aquel desgraciado murió después de larga y cruel agonía. Muchos quedan sepultados todavía bajo las ruinas, en el punto donde les sorprendió el derrumbamiento. En una palabra, por todas partes oíanse desgarradores gritos de los heridos que, con la cabeza abierta, mutilados de un brazo o de una pierna, en vano imploraban socorro de aquellos a quienes la suerte había maltratado del mismo modo.

A pesar de todo, cierto número de templos y de casas particulares y hasta una parte de la población habrían podido librarse del desastre, a no sobrevenir un incendio que, paseando sus estragos durante cincuenta días y cincuenta noches, devoró todo lo que podía alimentarle.

Creo llegado el caso de decir algo de las conjeturas de los antiguos acerca de los terremotos. Digo conjeturas, porque en este particular, las infatigables lucubraciones de los sabios y sus discusiones, que todavía duran, no están más cerca de la demostración que la ignorancia del vulgo. Así es que, para evitar una equivocación que sería un sacrilegio, los rituales y los libros de los pontífices mandan prudentemente, y así lo observan con rigor los sacerdotes, que se abstengan de invocar en estas ocasiones a un dios con preferencia a otro, puesto que todavía se ignora qué divinidad preside en efecto a estos grandes trastornos de la tierra.

Abundan las conjeturas acerca de la causa de los terremotos y se contradicen hasta el punto de poner en duda a Aristóteles. En tanto se atribuyen a la acción violenta de las corrientes de aguas subterráneas, contra las paredes de los anchos canales que las contienen, y que llamamos en griego *syringas*. En tanto, como asegura Anaxágoras, es el aire que circula en profundas cavernas y que encontrando obstáculo en algún cuerpo sólido, conmueve, para encontrar salida, el terreno bajo el cual se encuentra comprimido. Comprobada está, en efecto, la tranquilidad de la atmósfera mientras

duran las sacudidas, sin duda porque entonces queda absorbido todo el aire en las profundidades de la tierra. Por su parte Anaximandro pretende que, penetrando el viento en las hendiduras o grietas que se abren en el suelo a consecuencia de excesivo calor o de lluvias persistentes, lo remueven en seguida hasta en sus fundamentos; lo cual podría explicar la ordinaria coincidencia de estos terribles fenómenos con un período de sequía o de excesiva humedad. Por esta razón los poetas y los theogonistas han dado a Neptuno divinidad, que domina en el elemento húmedo, los nombres de Ennosigæon (Que conmueve la tierra) y de Sisichthon (Que remueve la tierra).

Los terremotos son de cuatro clases: los *brasmacios*, fermentación violenta de las entrañas de la tierra, que la hacen levantar con esfuerzo considerables masas en su superficie: así surgieron en Asia Delos, Hiera, Anapla y Rodas, conocida esta última sucesivamente por los antiguos con los nombres de Ophiusa y Pelagia, de la que se dice fue regada por una lluvia de oro; de esta manera nacieron Eleusis en Beocia, Vulcania en el mar Tirreno y otras muchas islas. Los *climacios*, que arrojan de costado a las ciudades, monumentos y montañas, dejando arrasado el suelo; los *casmacios*, en los que la fuerza de la conmoción abre abismos que absorben comarcas enteras. De esta manera quedaron sepultadas en la profunda noche del Erebo una isla en el mar Atlántico, la más grande de todas las de Europa; Helice y Bura, en el golfo de Crissa; y cerca del monte Cimino, en Italia, la fuerte ciudad de Saccumum. En fin, los *micemacios*, variedad de los otros tres, que se anuncian con terrible ruido subterráneo. En estas intestinas convulsiones del globo parece que va a quedar disuelto, pero sus elementos no tardan en recobrar su asiento. Caracteriza especialmente a este fenómeno el sordo rugido que le precede, parecido al de los toros; pero volvamos a nuestro relato.

Al invernar el César entre los Parisios hacía sus preparativos para adelantarse a los alemanes, que todavía no habían formado la nueva liga, pero cuya audacia y ferocidad no dejaba de fermentar hasta el delirio, a pesar del desastre de Argentoratum. Costumbre es de los galos no entrar en campaña hasta el mes de Julio, y hasta entonces había de refrenar su impaciencia. Además, no podían comenzar las operaciones hasta que la licuación de las nieves y los hielos permitiese la llegada de los convoyes que venían de Aquitania. Pero ante la actividad del genio resisten pocos obstáculos. Juliano estudió su plan bajo todos aspectos y se fijó en la idea de adelantarse a la estación y caer sobre los bárbaros de improviso. Mandó abrir los almacenes y repartir a los soldados, que no deseaban otra cosa, provisiones para veinte días de ese pan cocido para las guardias, que vulgarmente llaman galleta. Cuando estuvo cocido partió, bajo auspicios igualmente felices que en su primera campaña, esperando poner fin en cinco o seis meses a otras dos de urgente necesidad: dirigiéndose primeramente contra los francos llamados salios, que se habían establecido por autoridad propia en territorio romano, en Toxiandria. En Tungros encontró una legación de este pueblo que, suponiéndole todavía invernando, le hacía ofrecer la paz. Según aseguraban, permanecían aún en sus hogares, y prometían continuar tranquilos, con tal que no fuesen a perturbarlos. Juliano distrajo por algún tiempo a los legados con palabras ambiguas, y al fin les despidió con regalos, dejándoles creer que esperaba su regreso. Pero en cuanto volvieron la espalda se puso en marcha, y, haciendo seguir a Severo la orilla del río para dar extensión a su línea de ataque, cayó como el rayo sobre el grueso de la nación, encontrándola más dispuesta a humillarse que a defenderse. Como el éxito le predisponía a la clemencia, les recibió en su gracia cuando se presentaron a entregarse con sus bienes y sus hijos. Desde allí, cayendo sobre los Chamavos, a los que tenía que castigar por una agresión semejante, los deshizo con igual prontitud. Parte de la nación le opuso viva resistencia y quedó prisionera; el resto ganó rápidamente sus guaridas, absteniéndose el César de perseguirles en ellas, para no malgastar las fuerzas de sus soldados. Sin embargo, para asegurar los vencidos sus esperanzas de salvación, no tardaron en enviarle una legación que imploró de rodillas la paz, siéndoles concedida con la única condición de que regresasen a su antiguo país.

Afortunado hasta entonces en sus empresas y meditando constantemente algún proyecto útil para las provincias, decidió reparar, si tenía tiempo para ello, tres fuertes construidos en la misma

línea para defender el paso del Mosa, y que desde antiguo habían sucumbido ante los esfuerzos de los bárbaros. La reparación fue bastante rápida para no suspender sensiblemente las operaciones militares; y, con objeto de aprovechar su celeridad, dejó para aprovisionar los fuertes parte de los víveres que llevaba a hombros de soldados desde el principio de la campaña, y que representaban aún la subsistencia por diez y siete días. Para reponer esta pérdida contaba con la cosecha de los Chamavos, pero muy pronto perdió la esperanza. El soldado consumió lo que llevaba antes de que el grano en pie hubiese madurado, y no teniendo con qué vivir, prorrumpió en reconvenciones y amenazas, prodigando al César los epítetos de asiático, griego afeminado, embaucador y sabio imbécil. Los soldados tienen siempre sus oradores propios, y éstos peroraban y gritaban muy alto, diciendo: «¿Nos han economizado la marcha entre nieves y hielos? Y para colmo, cuando tenemos en las manos la suerte del enemigo, vamos a perecer con la muerte más innoble, de hambre. ¡Qué no nos traten de sediciosos! Lo único que pedimos es vivir. En cuanto al oro y la plata, hace mucho tiempo que nos tienen acostumbrados a no tocarlo ni verlo. No nos tratarían peor si hubiésemos soportado tantas fatigas y peligros peleando contra el Estado.» En estas quejas había algo de verdad. Después de tantas hazañas, de tantos sufrimientos de todo género, el soldado, extenuado por su campaña de las Galias, se encontraba, desde que Juliano tomó el mando, sin recibir gratificación ni estipendio alguno; porque Constancio se negaba a abrir el tesoro público y Juliano era demasiado pobre para suplir de su propio caudal. Más adelante quedó demostrado que el Emperador obraba con más malevolencia que economía; porque un día, habiendo un simple soldado pedido a Juliano, según costumbre, para afeitarse, y habiéndole dado el César algunas monedas de poco valor, Gaudencio, que entonces era notario, y que hacía mucho tiempo se encontraba en las Galias para espiar la conducta de Juliano, tomó pie de este hecho para propalar contra él las calumnias más injuriosas. Como más adelante se verá, este mismo Gaudencio recibió la muerte por orden de Juliano.

A fuerza de arte y lisonjas, el César consiguió al fin dominar la sedición. Cruzaron el Rhin por un puente de barcas, y pusieron pie en territorio alemán. Entonces Severo, general de la caballería, que hasta entonces había demostrado talento y valor, flaqueó de pronto; y cuando antes se le había visto dar a todos, juntos y en particular, lecciones de bizarría, no sabía ahora qué cobarde consejo dar para evitar el combate, como si presintiese su próxima muerte; así como, según los libros de Tegetes, los destinados a ser heridos por el rayo adquieren tal susceptibilidad, que no pueden oír el trueno ni ninguna clase de estrépito. Lejos de impulsar hacia adelante con su acostumbrado vigor, este general llegó hasta las amenazas más terribles contra los guías, que marchaban alegremente a la cabeza del ejército, para hacerles declarar unánimemente que no conocían el camino; y aquellos hombres, intimidados, no se atrevieron a dar un paso más.

Durante la forzosa inacción que siguió a esto, llegó de pronto Suomario, rey de los alemanes, con su comitiva. Enemigo feroz y encarnizado hasta entonces del nombre romano, había llegado a considerar en aquel momento como concesión inesperada la conservación de su propio territorio. El paso que daba y su actitud eran de suplicante, recibéndole con amabilidad Juliano y tranquilizándole. Suomario se entregó entonces a merced suya, y pidió de rodillas la paz; obteniéndola a condición de devolver todos los prisioneros, y de proporcionar, en caso necesario, víveres a los soldados; obligándose, como proveedor ordinario, a recibir cada vez relación de lo que había entregado y a presentarla a cada requisita, so pena de doble entrega.

Terminado este convenio, se ejecutó en seguida. Tratábase ahora de llegar a la residencia de otro rey, llamado Hortario, y para esto se necesitaba un guía; dándose orden a Nestica, tribuno de los escutarios, y a Charietonio, varón de esclarecido valor, para que a toda costa cogiesen un prisionero. Éstos no tardaron en apoderarse de un joven alemán a quien Juliano ofreció la vida a condición de que mostraría el camino. Siguiendo a este guía, el ejército encontró primeramente una gran corta de árboles que le cerraba el camino; pero después de largo circuito, llegó al fin a su destino. El soldado mostró su ira con el incendio de las mieses, el pillaje de los ganados y por el implacable exterminio de cuanto oponía resistencia. El rey quedó aterrado ante aquel desastre,

creyendo que había terminado su poder, cuando vio el número de legiones y los estragos del fuego. Acudió, pues, como el otro, a implorar su perdón, sometiéndose a todas las condiciones, y juró por su cabeza entregar todos los prisioneros, punto sobre que insistían más; a pesar de lo cual devolvió muy pocos al principio, conservando los restantes. Esta falta de fidelidad indignó a Juliano, cuando se presentó el rey a recibir los acostumbrados regalos, quedaron como rehenes cuatro de sus mejores y más queridos capitanes, no dándoles libertad hasta la completa entrega de los cautivos. Llamado entonces a la presencia del César, Hortario se prosternó, expresando terror sus ojos y dominado por la presencia de su vencedor, oyó que le imponía la condición más dura para él, pero que sin embargo no era más que el ejercicio de un derecho adquirido por tantas victorias; el de suministrar a su costa los carros y materiales necesarios para la reconstrucción de las ciudades que habían destruido los bárbaros. Accedió a ello, y cuando empeñó toda su sangre como garantía de su palabra, se le permitió retirarse. No le exigieron provisiones, como a Suomario, porque la completa devastación de su país hubiese hecho ilusorio este tributo.

De esta manera el extraordinario orgullo de aquellos reyes, acostumbrados a enriquecerse con el pillaje de nuestras provincias, se doblegaba bajo la dominación romana y aceptaban la obediencia como si hubiesen sido tributarios nacidos y acostumbrados por educación a la servidumbre. Terminadas todas estas disposiciones, el César distribuyó las tropas en sus diferentes cantones y regresó a invernar.

Cuando llegó a la corte de Constancio la noticia de estos acontecimientos (estando obligado el César, como un simple *aparitor*, a darle cuenta de todos sus actos), cuantos gozaban de algún ascendiente en el palacio, en calidad de aduladores, se esforzaron en ridiculizar aquellas empresas tan hábilmente meditadas y con tanta felicidad llevadas a cabo. Frecuentemente repetían: «Ya estamos hartos de la cabra y sus victorias», alusión a la larga barba de Juliano. Llamábanle también «topo hablador, mono purpurado, griego frustrado», chistes que resonaban bien en los oídos del príncipe y que tenía mucho gusto en provocar. Por esta razón trabajaban a porfía para desnaturalizar las virtudes de Juliano y calificarle de indolente, pusilánime, afeminado y hablador hábil para dar a los acontecimientos importancia que no tenían en realidad. Cuanto más alto está el mérito, mejor blanco es para la envidia, y en la historia leemos los efectos de la malevolencia contra los varones más eminentes, atribuyéndoles faltas e imperfecciones, en la imposibilidad de encontrárselas. Así es que se acusó de intemperancia a Cimón, hijo de Milcíades, cuyo brazo destruyó cerca de Eurymedon, en Pamfilia, innumerable ejército de persas y que obligó a aquella arrogante nación a humillarse para obtener la paz: así la envidia trató de manchar con el epíteto de soñoliento a aquel Escipión Emiliano, cuya enérgica actividad valió a Roma la destrucción de sus dos enemigos más encarnizados. Y se ha visto, en fin, a los detractores de Pompeyo esforzándose para descubrir su lado débil, fijarse en las dos particularidades más fútiles e insignificantes: en su costumbre de rascarse la cabeza con el dedo y en la venda blanca con que envolvía la lesión que tenía en una pierna. En lo uno creían ver indicio de costumbres disolutas, y en lo otro inclinación a cambiar la forma de gobierno. Esa, es, decían, la insignia de la realeza; no importa el punto en que la coloca: despreciable juicio que servía de pretexto a tantos clamores que se dirigían al hombre que, según los testimonios más respetables, mostró más templanza en su vida privada y más moderación en la pública.

Mientras ocurrían estas cosas, Artemio, que ya era vicario de Roma, reemplazó a Basso, titular recientemente investido del cargo, que acababa de morir. La administración de Artemio, aunque frecuentemente turbada por sediciones, no ofrece nada extraordinario digno de mención.

Augusto pasaba entonces el invierno en Sirmium, interrumpiendo su tranquilidad mensajeros que le trajeron la desagradable noticia de la unión de los Quados y Sármatas. Estos dos pueblos, entre quienes mantiene cierta inteligencia la proximidad de territorio y la semejanza de sus costumbres y manera de pelear, saqueaban de común acuerdo y por pequeños grupos las dos Pannonias y la Mesia Superior. Los dos pueblos son más aptos para los saqueos que para batallas campales: llevan largas lanzas y corazas de tela guarnecidas de escamas de cuerno pulido colocadas

como las plumas en el cuerpo de las aves: no usan más que caballos castrados, porque así permanecen tranquilos a la vista de las yeguas, y menos ardientes que los enteros; no relinchan tanto y no descubren el secreto de las emboscadas. Los Sármatas, con ayuda de estos corceles tan rápidos como dóciles, pueden recorrer grandes distancias huyendo o persiguiendo. El jinete lleva ordinariamente uno, algunas veces dos apareados, montándolos sucesivamente para economizar sus fuerzas con la alternativa de carga y libertad.

En cuanto pasó el equinoccio de primavera, se puso en campaña Constancio al frente de considerable ejército y bajo los auspicios más favorables. Llegado a las orillas del Inster (Danubio), crecido entonces por la licuación de las nieves, eligió el punto más a propósito para establecer un puente de barcas, cruzó el río y propagó el estrago por el territorio enemigo. Sorprendidos por aquel ataque, y viéndose encima un ejército completo cuya reunión les había parecido imposible en aquella época del año, los bárbaros no pudieron resistir, huyendo sin tomar aliento para escapar de aquel peligro imprevisto, pereciendo muchos de aquellos a quienes el terror encadenaba los pasos. Los que debieron la salvación a la rapidez de la carrera y pudieron refugiarse en las gargantas de sus montañas, desde aquellas guaridas contemplaron el desastre de su patria; desastre que sin duda habrían evitado si hubiesen desplegado tanto vigor para defenderse como para huir.

Estas cosas ocurrían en la parte del país de los Sármatas que da frente a la Pannonia inferior. Otro ejército, recorriendo como huracán la Valeria, devastaba allí con igual furor las propiedades de los bárbaros, saqueando o incendiando cuanto encontraba a su paso. Esta inmensa desolación conmovió al fin a los Sármatas, que renunciaron a esconderse y simulon proposiciones de paz, siendo su plan aprovechar la seguridad que a todos daría aquel paso y, dividiendo sus fuerzas realizar contra nosotros triple ataque bastante brusco para que no pudiésemos parar sus golpes, ni usar nuestros dardos, ni tampoco apelar al supremo recurso de la fuga. Los Quados, que habían sufrido igualmente en nuestras excursiones, se les unieron; pero era necesario pelear de frente, y su tentativa fracasó a pesar de la audacia y rapidez de sus medidas. Inmensa carnicería se hizo en ellos, y los que pudieron escapar solamente lo consiguieron refugiándose en parajes de sus montañas que ellos solos conocían.

Este triunfo alentó a los romanos, que marcharon entonces en masas compactas contra los Quados; quienes, juzgando por lo que acababa de acontecer la suerte que les esperaba, se presentaron como suplicantes al Emperador, atreviéndose a dar este paso por la mansedumbre de que frecuentemente habían dado pruebas en iguales ocasiones.

En el día fijado para convenir las condiciones, un joven sármata de gigantesca estatura, llamado Zizais, nacido de sangre real, llegó con los suyos, a quienes hizo formar para presentar su súplica en igual forma que si se tratase de dar una batalla. Al presentarse el Emperador, arrojó las armas y se tendió boca abajo. Dijéronle que presentase su petición, y, cuando quiso hablar, el miedo ahogó su voz; pero sus visibles esfuerzos para sofocar los sollozos conmovían los corazones con más elocuencia que las palabras. Tranquilizóronle, le invitaron a que se levantase, pero continuó de rodillas, y pudiendo hablar al fin, suplicó con instancias perdón y olvido de todas las ofensas que nos habían hecho. Entonces la comitiva que, con mudo terror, esperaba qué se decidiría de su jefe, fue admitida para que expusiese también sus súplicas; y el mismo jefe, al levantarse, dio la señal, tardía para su impaciencia. Con simultáneo movimiento, todos arrojaron los escudos, las lanzas, y alzando las manos cruzadas, se esforzaron en sobrepujar a su príncipe en demostraciones de humildad. Entre los Sármatas que había traído Zizais se encontraban tres reyezuelos sin vasallos, Rumón, Zinafro y Fragiledo, habiéndoles seguido otros muchos jefes, esperando conseguir igual favor. Sintióndose todos reanimados por el buen resultado de las primeras instancias, pedían solamente rescatar por medio de las condiciones más duras el daño que habían causado sus hostilidades, y se sometían gustosos, con sus esposas y territorio, a merced del gobierno romano. Pero la clemencia y equidad hablaron más alto; mandándoseles que regresaran sin temor a sus hogares, y que nos devolviesen los cautivos. Entregaron también todos los rehenes que se les pidieron y se obligaron a cumplir la primera condición en breve plazo.

Esta clemencia produjo efecto, viéndose acudir con todos los suyos a Arahario y Usafro, ambos de sangre real, guerreros distinguidos y los primeros entre los notables de su país. Uno de ellos era jefe de una parte de los Transyugitanos y de los Quados; el otro de parte de los Sármatas, estrechamente unidos con los primeros por lazos de vecindad y salvaje conformidad de costumbres. Al verles tan numerosos, temió el Emperador que, so pretexto de tratar, intentasen apelar a las armas; por lo que consideró prudente separarles, y mantener a cierta distancia los que tenían que hablar por los Sármatas, hasta que terminase la negociación con Arahario y los Quados.

Éstos se presentaron inclinados profundamente, según la costumbre de su país, no pudiendo alegar excusa alguna por las atrocidades que habían cometido. Sometiéronse, pues, para evitar terribles represalias, a entregar los rehenes que les pidieron, cuando hasta entonces no se había podido conseguir de ellos ni la garantía más pequeña para un tratado. Terminado este arreglo, admitióse a su vez a Usafro para que solicitase separadamente su perdón. Pero Arahario reclamó, sosteniendo obstinadamente que el pacto ajustado con él alcanzaba implícitamente a aquel príncipe, aliado suyo, aunque inferior en categoría, y vasallo. Examinóse la cuestión y quedó decidido que los Sármatas, en todo tiempo clientes de los romanos, no estaban sujetos a ninguna otra dependencia, y que todos habían de entregar separadamente rehenes como garantía de su conducta venidera, aceptando ellos con agradecimiento.

Entonces acudió extraordinario número de pueblos y de reyes, quienes enterados de que Arahario había conseguido perdón, venían también a suplicar apartásemos la espada suspendida sobre sus cabezas. Concedióseles igual favor y ofrecieron en rehenes los hijos de las familias principales, que trajeron desde el fondo de su país. También devolvieron todos sus prisioneros, y mostraban tanto pesar al separarse de ellos como de sus compatriotas.

Hecho esto, se tomó en consideración el caso especial del pueblo sármata, que pareció más digno de compasión que de rencor. Increíble beneficio fue para ellos nuestra intervención en sus asuntos, y esta circunstancia parece comprobar la opinión de que la autoridad del príncipe encadena los acontecimientos y dispone de la suerte. Una raza indígena, fuerte y poderosa, había dominado en otro tiempo en aquel país; pero estalló contra ella una conspiración de sus esclavos, y como entre los bárbaros la fuerza es el derecho, los amos tuvieron que sucumbir ante sus adversarios, igualmente enérgicos y más numerosos. El miedo perturbó su consejo y huyeron al lejano país de los Victohalos, prefiriendo, al elegir entre dos males, el yugo de sus defensores al de sus propios esclavos. Cuando dispensaron los romanos su gracia a éstos, los Sármatas se quejaron de la sujeción que la desgracia les había hecho aceptar, y reclamaron nuestra protección directa. Conmovido el Emperador por sus quejas, les dirigió delante de todo el ejército benévolas palabras, excitándoles a obedecerle a él solo y a los generales romanos; y para sancionar su rehabilitación como pueblo por un acto solemne, les dio por rey a Zizais; quien en lo sucesivo se mostró digno de su elevación y de la insigne confianza depositada en él. Así terminó aquella serie de gloriosas transacciones; pero ninguno de los pretendientes recibió permiso para retirarse antes del regreso convenido de todos nuestros compatriotas prisioneros.

En seguida marcharon a Bregetium, en cuyo territorio sostenían los Quados un resto de hostilidad, que se quería ahogar en sangre o en lágrimas. Al ver nuestro ejército, que ya había llegado al centro del país y cuyo pie hollaba su suelo natal, Vitodoro, hijo del rey Viduario y Agilimundo, vasallo suyo, acompañados por los jefes o jueces de muchas tribus, acudieron a prosternarse delante de nuestros soldados, y juraron sobre su espada desnuda, única divinidad que reconoce aquel pueblo, sernos fieles.

No bastaban los brillantes resultados obtenidos: la utilidad y la moral exigían que se marchase inmediatamente contra los Limigantos, los esclavos sublevados de los Sármatas, y que se hiciese justicia a las quejas que se tenían de ellos. En efecto; dejando dormir su antigua cuestión, en el momento en que sus anteriores amos invadían nuestro territorio, se habían apresurado a hacer lo mismo por su parte: no existiendo entre ellos otro punto en que estuviesen conformes más que el de la violación de nuestras fronteras. Sin embargo, el castigo que se proponían aplicarles sólo era

proporcionado a la magnitud de las ofensas; porque sólo se trataba de desterrarles, llevándoles a bastante distancia para que no pudiesen hacernos daño. Advertidos por el propio convencimiento de sus crímenes, comprendían que, después de larga impunidad, iba a caer con todo su peso la guerra sobre ellos, y se prepararon a conjurar el peligro, empleando, según las circunstancias, astucia, fuerza o ruegos. Pero al ver el ejército, quedaron como heridos por el rayo; y creyendo llegado su último momento, pidieron la vida, ofreciendo un tributo anual en dinero y hombres útiles, y últimamente su completa sumisión. Pero estaban decididos a negarse a la emigración, y en su actitud y semblante podía leerse su completa confianza en las defensas naturales del suelo que habían conquistado con la expulsión de sus amos. En efecto; de un lado tienen por frontera los Limigantos al rápido Parthisco que, corriendo oblicuamente para arrojarse en el Danubio, forma del país una especie de cuña prolongada y terminada en punta, protegida contra los romanos por el río principal y oponiendo su afluente robusta barrera a las incursiones de los bárbaros. El suelo de esta península, frecuentemente empapado por los desbordamientos de los dos ríos, es húmedo, pantanoso, y se necesita completo conocimiento del terreno para guiarse con seguridad entre los bosques de sauces que lo cubren. Una isla destacada del continente por las violentas aguas del Danubio forma como un anejo poco más arriba de la confluencia.

Llamados por Constancio los Limigantos, pasaron con arrogancia a nuestra orilla; no siendo aquéllo, como veremos más adelante, acto de deferencia, sino que deseaban mostrar que no les imponía el aspecto de nuestro ejército; retándonos con su actitud, como si desearan decirnos que habían querido negarse más de cerca. Presintiendo Constancio lo que podía acontecer, dividió el ejército en muchos cuerpos, y mientras avanzaban los bárbaros con audaz aspecto, les hizo envolver antes de que lo notasen. Colocado él mismo con escasa comitiva sobre un cerro, rodeado por su guardia, trató de persuadirles con palabras suaves a que se mostrasen menos obstinados; los bárbaros deliberaban y parecía que fluctuaban entre dos opiniones; pero de pronto, ocultando la violencia con la astucia, y creyendo que fingida humildad sería medio ventajoso para venir a las manos, arrojaron hacia adelante los escudos, avanzando insensiblemente en seguida para recogerlos, esperando por este medio ganar terreno sobre nosotros sin que se conociese. Entretanto pasaba el tiempo, y el día, declinando ya, aconsejaba poner término a aquella indecisión. Levantáronse, pues, las enseñas, y nuestros soldados cayeron sobre los bárbaros con el furor de un incendio. Por su parte los Limigantos estrechan sus filas, y se precipitan en compacta masa sobre el cerro en que, como ya se ha dicho, se encontraba el Emperador, amenazándole con el gesto y la voz. La indignación del ejército estalló ante aquella excesiva audacia; y en un momento se formó en el orden de batalla triangular, llamado, en el lenguaje de los soldados, cabeza de puerco, cae sobre el enemigo y lo derriba. Nuestros peones hacen a la derecha terrible carnicería en sus gentes de a pie, mientras que a la izquierda nuestras turmas deshacen su caballería. La cohorte pretoriana destinada a la guardia del príncipe había sostenido al principio valientemente el ataque; no teniendo en seguida otra cosa que hacer sino herir por la espalda a los fugitivos. Los bárbaros demostraban hasta al morir terrible encarnizamiento, diciendo claramente sus gritos de rabia que no era para ellos lo más penoso morir, sino ver la alegría de sus vencedores. Además de los muertos, el campo de batalla estaba sembrado de desgraciados que, teniendo los jarretes cortados, no podían huir, o que habían perdido algún miembro, o que, libres del hierro, estaban sofocados bajo montones de cadáveres. Todos sufrían en silencio; ni uno solo de los afligidos con aquellas torturas pedía perdón, ni rendía las armas, ni siquiera imploraba el beneficio de muerte más rápida. Apretando todavía el hierro en la moribunda mano, creían menos deshonoroso morir que declararse vencidos. La suerte, murmuraban, y no el valor, había decidido de todo. La matanza de tantos enemigos apenas ocupó media hora, y solamente por la victoria se comprendió que había habido combate.

Inmediatamente después de este terrible castigo de la gente armada, sacaron de las cabañas, sin distinción de sexo ni edad, las familias de los que habían sucumbido. Ya no mostraban la anterior soberbia, sino que descendían a las sumisiones más humillantes. En un momento, solamente se vieron montones de cadáveres y bandas de cautivos. Entonces despertaron en los

soldados el ardor por combatir y la avidez de pillaje, y quieren exterminar a cuantos han escapado del campo de batalla, o habían permanecido escondidos dentro de las chozas. Sedientos de la sangre de los bárbaros, corren a las habitaciones, derriban sus endeble techos y pasan a cuchillo a cuantos encuentran. Nadie halla abrigo en su casa, por buena construcción que tuviese; y para terminar, recurren al fuego, ante el que es imposible todo refugio. Entonces los bárbaros no tuvieron otra alternativa que morir abrasados o perecer bajo el hierro del enemigo al huir de aquel suplicio. Sin embargo, escapando algunos a la espada y a las llamas, se lanzaron al río inmediato, confiando en su destreza en la natación para llegar a la otra orilla; pero la mayor parte se ahogaron y las flechas hirieron a otros muchos. Las aguas del caudaloso río se tiñeron en seguida con la sangre de aquel pueblo, para cuya destrucción parecía que se habían conjurado dos elementos con el hierro de los vencedores.

Pero no se limitaron a esto, sino que, para quitar a los bárbaros hasta la esperanza de salvar la vida después del incendio de sus moradas y de arrebatárles sus familias, reunieron cuantas barcas poseían para ir en busca de los que estaban separados de nosotros por el río. Guiado cautelosamente un grupo de vélites, se colocó en ellas, penetrando por este medio en el refugio de los Sármatas. Creyeron éstos al pronto, al ver sus barcas movidas por remeros de su país, que se trataba de compatriotas; pero el hierro de las lanzas, que brillaba a lo lejos, les reveló la proximidad de lo que más temían, huyendo entonces a los pantanos, a donde les siguieron los romanos, que mataron considerable número, y que en aquella ocasión supieron pelear y vencer en un suelo donde parecía que no se podía fijar el pie. Completamente destruidos o dispersos los Amicenses (así se llamaba aquella tribu), marcharon en seguida contra los Picenses, nombrados así por la comarca de que eran vecinos. No ignoraban éstos el desastre de sus compatriotas, pero la noticia había contribuido a aumentar su seguridad. Esta gente estaba dispersa por vasta comarca donde era difícil marchar a buscarla, ignorando nosotros los caminos; y para dominarla, se acudió al auxilio de los Taifales y de los Sármatas libres; ordenándose la operación según las respectivas posiciones, atacando al enemigo los romanos por la Mesia y ocupando los aliados las comarcas que tenían enfrente.

Aunque consternados los Limigantos por la terrible derrota de sus compatriotas, vacilaban todavía entre acudir a las armas o a las súplicas; si bien, después de lo que había pasado, debían saber ya a qué atenerse. En fin, en un consejo de ancianos prevaleció la resolución de rendirse, y a la gloria de las anteriores victorias se añadió la sumisión de enemigos que debían la libertad a su valor. Los pocos que quedaban, no queriendo entregarse a sus antiguos amos, que consideraban inferiores a ellos, acudieron como suplicantes a doblar la cerviz antes hombres que reconocían como superiores. Casi todos, confiando en nuestra fe, dejaron el inexpugnable asilo de sus montañas, y marcharon al campamento romano, desde donde se les dispersó en vasta comarca lejana, llevando consigo sus ancianos, sus esposas, hijos y lo poco que poseían, y que tan repentina marcha les permitía llevar. Aquellos mismos hombres que parecía no habían de abandonar su país sino con vida, en el tiempo que llamaban libertad a lo que solamente era desenfrenada demencia, se resignaban de esta manera a obedecer y aceptaban un establecimiento pacífico, seguros en adelante contra los males de la guerra y de la emigración. En esta condición vivieron algún tiempo en paz, aparentando estar satisfechos; pero sobreponiéndose muy pronto su ferocidad natural, les llevó, con nuevos crímenes, a merecer completa destrucción.

El Emperador coronó esta serie de triunfos dando a la Iliria doble prenda de seguridad. La idea era suya y tuvo la fortuna de realizarla: consistiendo en la vuelta a la posesión de su país de un pueblo de desterrados, cuyo carácter versátil podía sin duda inspirar algunos temores, pero del que podía esperar más circunspección en lo venidero. Y para dar mayor realce a este beneficio, le dio un rey, no desconocido, sino el que eligió el mismo pueblo, un príncipe de estirpe real, tan notable por sus prendas exteriores como por las cualidades de su espíritu. Esta conducta, tan sabia como afortunada, reveló el carácter de Constancio a los ojos del ejército, que unánimemente le otorgó otra vez el título de Sarmático, por el nombre de los pueblos que acababa de subyugar. El príncipe, en el momento de partir, mandó reunir las cohortes, las centurias y manípulos; y subiendo en seguida al

tribunal rodeado de los principales jefes del ejército, les dirigió estas palabras, muy adecuadas para producir favorable impresión:

«Varones esforzados, firmísimos sostenedores del poder de Roma; bien sé que los recuerdos gloriosos son el mayor goce para los corazones valientes, y por eso quiero, ya que el favor de lo alto nos ha concedido la victoria, enumerar con vosotros, sin lesión de la modestia, lo que cada cual ha hecho antes de la batalla y durante la pelea. En efecto; ¿qué puede haber más legítimo y menos sospechoso ante los ojos de la posteridad que este leal testimonio que se dan a sí mismos, después del triunfo, el soldado de su valor y el jefe de su acertada dirección? El enemigo desenfrenado desolaba la Iliria, y en su soberbia jactancia, insultándonos en nuestra ausencia, impuesta por las necesidades de Italia y de la Galia, extendió muy pronto los estragos hasta más allá de nuestras fronteras. Empleando troncos ahuecados cruzaba los ríos o los atravesaba por vados. Mal armado, sin fuerza verdadera e incapaz de luchar con un ejército regular, en todo tiempo se había hecho temer por la audacia, de sus inesperados latrocinios y su extraordinaria destreza para escapar. Demasiado alejados del teatro del daño, hemos tenido que confiar por mucho tiempo a nuestros generales el encargo de reprimir estos excesos; pero, con la impunidad, aumentaron hasta convertirse en una especie de devastación organizada de nuestras provincias. En esta situación ya, después de fortificar los caminos de la Rhecía, atendido de un modo eficaz a la seguridad de la Galia, tranquilos en cuanto a nuestra retaguardia, hemos venido, con el auxilio del Sempiterno Numen, a restablecer el orden en las Pannonias. Como sabéis, todo estaba dispuesto desde antes de terminar la primavera para atacar de frente las dificultades de esta campaña. En primer lugar hemos tenido que proteger contra una nube de dardos la construcción de los puentes que necesitábamos. Vencido en seguida este obstáculo, hollamos el suelo enemigo. Una parte de los Sármatas se obstina en pelear, costándonos poco trabajo su derrota. Los Quados, que pretenden socorrerlos, caen con igual furor sobre nuestras valientes legiones, y quedan igualmente destrozados. En fin, pérdidas enormes experimentadas, ora huyendo de nuestros golpes, ora empeñándose en resistirnos, les dieron la medida del valor romano, comprendiendo que no tenían más camino de salvación que la súplica. Han depuesto las armas, presentado a las ligaduras de la esclavitud las manos que habían empuñado el hierro, y han venido a arrojarse a los pies de vuestro Emperador, implorando la clemencia de aquel cuya fortuna habían experimentado en las batallas. Libres de estos enemigos, con igual gloria hemos derrotado a los Limigantos, cayendo bajo nuestros golpes considerable número de sus guerreros y buscando los demás refugio contra la muerte en sus pantanos. Completo nuestro triunfo, había llegado la vez a la clemencia. Los Limigantos se han visto obligados a emigrar bastante lejos para no poder emprender en adelante nada contra nosotros, y con esta condición. Hemos perdonado al mayor número. Zizais, nuestro fiel y agradecido aliado, va a reinar sobre los Sármatas libres, que tendrán un rey dado por nosotros, siendo esto mejor que quitarles uno, y aumentando el brillo de su advenimiento la circunstancia de ser el elegido por los pueblos, el jefe que ellos mismos querían. Esta campaña ha producido cuatro resultados afortunados para vosotros, para mí y para la república: se ha hecho justicia a los bandidos más peligrosos de todos: esto para el Estado: tenéis que repartiros multitud de cautivos; y para valientes, ya es bastante la recompensa conseguida con sus sudores y hazañas. Pero aun me quedan en mi tesoro abundantes medios para recompensaros. En cuanto a mí, he conseguido con mis desvelos y esfuerzos asegurar a todos mis súbditos la integridad de mi patrimonio, que es lo que ambiciona, lo que constantemente desea un buen príncipe. En fin, he recibido personalmente mi parte de despojos en esta gloriosa reiteración del título de Sarmático, que por unanimidad, me atrevo a decirlo, me habéis otorgado con justicia.»

Extraordinarias aclamaciones recibió el final de la arenga; y los soldados, cuyo entusiasmo se inflamaba con la promesa de ulteriores recompensas, volvieron a sus tiendas tomando, según la fórmula consagrada, al cielo por testigo, de que Constancio era invencible. De regreso al cuartel imperial, el príncipe descansó dos días y volvió a Sirmium con todo el aparato de la pompa triunfal. El ejército regresó en seguida a sus cantones.

Por este mismo tiempo llegaron a Ctesifonte, donde encontraron de regreso al monarca los tres legados enviados al rey de Persia, Próspero, Spectato y Eustato, quienes le entregaron la carta y los regalos que llevaban, y, fieles a su mandato, propusieron tomar lo existente como base del tratado, no aflojando ni un punto en lo que exigían los intereses y dignidad del Imperio, e insistiendo principalmente en que no se hiciese cambio alguno en el estado de las cosas relativamente a la Armenia y Mesopotamia. Después de largos esfuerzos para vencer la obstinación del rey, y viendo que se obstinaba más y más sobre la previa cesión de estas provincia, regresaron sin haber decidido nada. A esta misión siguió, en iguales condiciones, la del conde Luciliano y de Procopio, que entonces no era más que notario y que más adelante se vio arrastrado, por la fuerza de las circunstancias, a la sublevación.

LIBRO XVIII

Beneficios de la presencia de Juliano en las Galias.—Cuida de que en todas partes se administre bien la justicia.—Repara las murallas de los fuertes reconquistados al enemigo en las orillas del Rhin, tala parte del territorio de los alemanes y obliga a cinco reyes suyos a pedir la paz y devolver los prisioneros.—Barbación, jefe de la infantería, es decapitado con su esposa por orden de Constancio.—Sapor, rey de Persia, se dispone a atacar con todas sus fuerzas a los romanos.—Ursicino, llamado al Oriente, recibe contraorden en Tracia y regresa a Mesopotamia.—Encarga a Ammiano que observe la marcha de los Persas.—Reunido Sapor con el rey de los Chionitas y de los Albaneses, penetra en Mesopotamia.—Los Romanos incendian ellos mismos las mieses, llaman a las ciudades la población de los campos y cubren de fortificaciones y castillos la orilla citerior del Eufrates.—Los Persas sorprenden un cuerpo de Ilirios compuestos por setecientos jinetes. En un encuentro con un cuerpo de Persas muy superior, Ursicino escapa por un lado y Ammiano por otro.—Descripción de Amida. Fuerza de la guarnición de esta ciudad en legiones y en caballería.—Ríndense a Sapor dos fuertes romanos.

(Año 359 de J. C.)

En el espacio de un año habían ocurrido estas cosas en diferentes puntos del orbe. Los esplendores del consulado acababan de ennoblecer los nombres de Eusebio y de su hermano Hypacio. La Galia comenzaba a tranquilizarse, y Juliano, libre por el momento de los cuidados de la guerra, atendía especialmente a todo lo que podía contribuir al bienestar de las provincias, siendo su constante ocupación vigilar por el equitativo reparta del impuesto, evitar todo abuso de autoridad, separar de los negocios a la clase de gente que especula con las desgracias públicas y no consentir a los magistrados que se apartasen de la estricta justicia. Lo que más ayudaba a la reforma en esta parte de la administración era que el príncipe ocupaba personalmente su silla de juez, aunque el proceso tuviese poca importancia por la gravedad del caso o el rango de las personas; no teniendo jamás la justicia administrador más íntegro. Un ejemplo, entre otros, bastará para determinar su carácter en este punto. Numerio, antiguo gobernador de la Narbonense, tenía que responder ante él del cargo de dilapidación y, contra la costumbre en las causas criminales, eran públicos los debates, Numerio se encerró en la negativa y faltaban pruebas contra él. Su adversario Delfidio, hombre apasionado, viendo desarmada la acusación, no pudo menos de exclamar: «Pero, ilustre César, si basta negar, ¿dónde habrá en adelante culpados?» A lo que contestó Juliano sin inmutarse: «Si basta acusar, ¿dónde habrá inocentes?» Y como este ejemplo podrán citarse muchos.

Meditaba Juliano una expedición contra numerosos caseríos alemanes, cuyas disposiciones le hacían temer nueva y furiosa agresión, que no podía evitar sino adelantándose a imponer el castigo: siendo necesaria la premura y buscar el medio de ocultar la marcha al enemigo, con objeto de sorprenderlo y caer sobre él a la primera ocasión favorable. El medio que adoptó fue el siguiente, y el éxito demostró lo acertado del plan. En primer lugar ocultó su resolución, y, so pretexto de una legación a Hortario, uno de los reyes que estaban en paz con nosotros y vecino del territorio donde se agitaban, le envió a Heriobaudo, tribuno sin mando, de valor y fidelidad intachables. Este jefe, que hablaba bien el alemán, podía desde allí acercarse fácilmente a la frontera y vigilar los movimientos del enemigo. Heriobaudo aceptó valerosamente la comisión. En cuanto llegó la estación propicia para la campaña, Juliano reunió las tropas y se puso a su frente. Gran deseo tenía, antes de que estuviesen muy empeñadas las hostilidades, de apoderarse y poner en estado de defensa muchas ciudades fuertes cuya destrucción databa de antiguo, y también en reedificar sus almacenes de subsistencias, que habían sido incendiados, y en los que se proponía guardar las ordinarias remesas de granos de la Bretaña. Los almacenes, rápidamente construidos, quedaron en seguida repletos de víveres; ocupó siete ciudades, a saber, el campo de Hércules, Quadriburgium, Tricesimo Novesium, Borma, Autunnacum y Bingio, donde se le reunió oportunamente Florencio,

prefecto del pretorio, que le traía refuerzos y víveres para larga campaña.

Faltaba reedificar las murallas de las siete ciudades, obra esencial y que urgía dejar terminada antes de que pudiesen entorpecerla. En esta ocasión pudo apreciarse el ascendiente que había conquistado el César, por temor, sobre los bárbaros y por amor, sobre los soldados. Los reyes alemanes, fieles al pacto ajustado el año anterior, enviaron en carros parte de los materiales necesarios para las construcciones, y se vio a los soldados auxiliares, tan recalcitrantes para este servicio, prestarse gozosos al deseo del general, hasta el punto de llevar alegremente a hombros vigas de cincuenta y más pies, y ayudar con todas sus fuerzas a los trabajos de la construcción.

Tocaba a su término la obra, cuando volvió Hariobaudo a dar cuenta de su misión, siendo su llegada la señal de marcha, poniéndose en movimiento todo el ejército hacia Moguntiacum, donde se promovió agrio altercado, sosteniendo Florencio y Lupicino, que había sucedido a Severo, que era necesario lanzar allí un puente para cruzar el río, y negándose Juliano con inquebrantable persistencia, porque si se sentaba el pie en territorio de los reyes con quienes estábamos en paz, las costumbres devastadoras de los soldados acarrearían inevitablemente la ruptura de los tratados.

Entretanto, aquella parte del pueblo alemán contra la que se dirigía la expedición, viendo acercarse el peligro, intimó con amenazas al rey Suomario, uno de los comprendidos en los tratados anteriores, que nos impidiesen pasar el Rhin; porque en efecto, sus posesiones tocaban a la otra orilla. Declarando éste que con sus fuerzas solas no podría conseguir el objeto, marchó de pronto a aquel punto imponente masa de bárbaros, decidida a emplear todos los esfuerzos para evitar el paso del ejército; comprendiéndose entonces que el César había tenido doblemente razón en su negativa, y que para lanzar el puente era necesario buscar el punto más favorable, allí donde no hubiese exposición de devastar tierras de su amigo, ni sacrificar multitud de vidas en desesperada lucha con aquella multitud.

Los bárbaros de la otra orilla seguían atentamente todos nuestros movimientos. En cuanto veían desplegar las tiendas, hacían alto y pasaban la noche con las armas en la mano, esperando alarmados alguna tentativa nuestra para pasar el río. Llegando al fin al punto elegido, el ejército descansó después de haberse fortificado. El César llamó a Lupicino a consejo, y dio a los tribunos de su mayor confianza la orden de tener dispuestos trescientos hombres armados a la ligera y provistos de estacas, sin explicar en qué quería emplearlos, ni qué servicio iban a prestar. A media noche hizo montar el destacamento en cuatro barcas, no habiendo podido procurarse más, mandándoles bajar el río con el mayor silencio, sin emplear siquiera los remos, por temor de que su ruido llamase la atención de los bárbaros y emplear todos los esfuerzos posibles para ganar la otra orilla, mientras el enemigo tenía fija la atención en nuestras hogueras.

Cuando se preparaba esta sorpresa, el rey Hortario que, sin pensar en enemistarse con nosotros conservaba relaciones de buena vecindad con sus compatriotas, había invitado a los reyes alemanes, enemigos nuestros, con sus parientes y vasallos a un festín que, según la costumbre de estos pueblos, se prolongó hasta la tercera vigilia de la noche. La casualidad hizo que, al retirarse, se encontrasen con los nuestros, no siendo muerto ni hecho prisionero ninguno de los convidados, gracias a la velocidad de sus caballos, que lanzaron al azar; pero de los esclavos y criados que les seguían a pie escaparon muy pocos, y estos lo debieron a la obscuridad.

Habían pasado el río, y lo mismo que las expediciones anteriores, los Romanos consideraban terminados sus trabajos, puesto que habían alcanzado al enemigo; pero la sorpresa aterró a los reyes alemanes y a toda su multitud, cuya única idea consistía en impedir la construcción de un puente. Entonces tuvo lugar una dispersión general, y a la indomable furia siguió en cada cual vivo apresuramiento por buscar a lo lejos seguridad para sí propio, para su familia y bienes. Entonces se construyó el puente sin obstáculos, y la población alemana, contra lo que esperaba, vio a nuestras legiones cruzar sin causar daño alguno las posesiones del rey Hortario; pero en cuanto hollaron tierra enemiga, todo lo llevaron a sangre y fuego.

Después de degollar multitud de habitantes y de incendiar sus débiles moradas, el ejército, que ya no encontraba más que moribundos o gentes que pedían perdón, llegó al fin al punto llamado

Capellatium o Palas, donde se encontraban los mojones que señalaban los límites de los territorios alemanes y de los burgondios. Allí acamparon los Romanos para recibir en actitud menos hostil la sumisión de dos hermanos, los reyes Macriano y Hariobaudo, que habían oído venir el huracán y se apresuraban a conjurarlo: ejemplo que siguió inmediatamente el rey Vadomario, cuyas posesiones lindaban con Rauracos, y que hizo valer en favor suyo una carta muy afectuosa de Constancio; por lo que se le recibió con las consideraciones debidas a un príncipe adoptado desde muy antiguo por el Emperador como cliente del pueblo romano. Macriano, lo mismo que su hermano, se veían por primera vez en medio de nuestras águilas y estandartes; y asombrado por el aspecto de nuestros soldados y la brillante variedad de las armas, se apresuró a pedir gracia para los suyos. Vadomario, que era vecino nuestro y desde muy antiguo estaba en relaciones con nosotros, no se cansaba de admirar nuestro aparato militar, pero como quien no lo contemplaba por primera vez. Después de larga deliberación, al fin se acordó conceder la paz a Macriano. En cuanto a Vadomario, como tenía el encargo, además del cuidado de sus propios intereses, de solicitar a nombre de los reyes Urio, Ursicino y Velstrapo, había dificultades para la contestación. Los bárbaros no se ligan por convenio, y un tratado concluido por intermediario no habría tenido fuerza para ellos desde el momento en que no los contuviese la presencia del ejército. Pero en cuanto quemaron sus mieses y sus casas, y mataron o cogieron parte de sus gentes, se apresuraron a negociar por legados directos y suplicaron con el mismo tono que si hubiesen causado los estragos, que habían sufrido: humildad que les valió paz en iguales condiciones que a los otros, imponiéndoles la inmediata entrega de todos los prisioneros que habían hecho en sus excursiones.

Mientras, con el auxilio divino, se restablecían nuestros negocios en las Galias, en la corte de Constancio iba a surgir otra tempestad política, sirviendo un incidente baladé de preludio a escenas de luto y lágrimas. En la casa de Barbación, general de la infantería, se había presentado un enjambre de abejas. Inquieto por el presagio, consultó con los adivinos, respondiéndole éstos que se encontraba en vísperas de algún acontecimiento grave. Fundábase el pronóstico en la costumbre de espantar las abejas del punto donde han depositado el producto de su trabajo, ya ahumándolas o ya haciendo mucho ruido con címbalos. La esposa de Barbación, llamada Assyria, era tan indiscreta como imprudente, y, encontrándose ausente en una expedición su marido, muy preocupada por el vaticinio, ocurriósele, en su inquietud mujeril, dirigirle una carta lacrimosa en la que le pedía, como próximo sucesor de Constancio (cuya muerte consideraba Assyria muy cercana) que no la pospusiese a la emperatriz Eusebia, a pesar de su extraordinaria belleza. Habíase servido Assyria de una esclava muy hábil en escritura y cifras, recibida con la herencia de Silvano. Remitióse la carta con todo el secreto posible; pero, al regreso de la expedición, la esclava que la había escrito al dictado de su señora, se fugó una noche, recogiénola apresuradamente Arbación, a quién entregó una copia. No perdió éste tan preciosa ocasión para desplegar su destreza, y con la copia en la mano se presentó al Emperador. Como de costumbre, se procedió rápidamente. Barbación no pudo negar que había recibido la carta, y como su esposa quedó convicta de haberla escrito, ambos fueron decapitados. Pero no puso fin su muerte a los procedimientos, sino que sufrieron el tormento multitud de desgraciados, inocentes o culpables, encontrándose entre los primeros Valentino, que acababa de pasar de oficial de los protectores a tribuno: so pretexto de complicidad se le sujetó varias veces al tormento, que soportó hasta el fin, sin contestar otra cosa que su completa ignorancia de todo lo que había ocurrido. Más adelante, por vía de indemnización, le otorgaron el título de duque de Iliria.

Barbación era duro, arrogante; generalmente se le detestaba por la hipocresía con que había hecho traición a Galo cuando servía a sus órdenes como jefe de los protectores. Habiendo obtenido por aquel servicio grado militar más elevado, aumentó su orgullo, dirigiendo entonces todas sus maniobras contra Juliano, no cesando de insinuar, con grave escándalo de las personas honradas, los conceptos peores en los oídos siempre abiertos de Constancio. Sin duda ignoraba el prudente consejo que en otro tiempo dio Aristóteles a Calisthenes, pariente y discípulo suyo, al enviarle al lado de Alejandro, de hablar lo menos posible, y de medir mucho sus palabras ante aquel hombre

que podía dar con una señal la vida o la muerte. Y no debe admirar que la inteligencia humana, facultad de esencia divina, distinga las cosas provechosas de las perjudiciales, cuando los animales, desprovistos de razón, saben, por interés de su propia seguridad, obligarse espontáneamente al silencio, como lo demuestra este hecho de historia natural tan conocido. El calor obliga algunas veces a los patos silvestres a emigrar de Oriente a Occidente: cuando sus bandadas están cerca de atravesar la cordillera del Tauro, donde abundan las águilas, para que no escape ningún grito que revele su llegada a las guaridas de tan temibles enemigos, cogen piedras en el pico, que dejan caer en cuanto, con rápido vuelo, han cruzado aquellas alturas, continuando en seguida su viaje con seguridad completa.

Mientras se ocupaban en Sirmium en informes judiciales, la bocina daba la señal de los combates en Oriente. Reforzado el rey de Persia por las terribles naciones cuyo auxilio había conseguido, deseando extender sus dominios, reunía de todas partes hombres, armas y víveres. Evocáronse los manes, interrogóse a los adivinos, y, cuando todo estuvo dispuesto, el rey esperó la primavera para poner por obra sus proyectos de invasión.

Profundo temor produjeron en los ánimos, vagos rumores al principio, y después detalles más ciertos. Sin embargo, los familiares del palacio, dirigidos por los eunucos, no cesaban día y noche de golpear sobre el mismo yunque, como suele decirse; y, para el crédulo y pusilánime Emperador, Ursicino había venido a ser en cierto modo la cabeza de Medusa. Vencedor de Silvano y designado en seguida para defender el Oriente, como si él solo fuese capaz de ello, soñaba una posición más elevada todavía. Esto repetían continuamente delante del Emperador, y bajo todas las formas; no teniendo otro objeto esta infame maniobra que el de granjearse el favor de Eusebio, prepósito de palacio, de quien podía decirse sin exageración que su señor era quien gozaba de su favor. Eusebio tenía otro motivo de animosidad contra el jefe de la caballería. Este era el único que jamás había recurrido a él, y además, Ursicino se obstinaba en no salir de una casa que tenía en Antioquía, cuya posesión deseaba ardientemente Eusebio. Como la serpiente henchida de veneno, cuyos pequeñuelos apenas comienzan a arrastrarse y ya los enseña a morder, Eusebio educaba a los jóvenes eunucos de la cámara a que aprovechasen, para derribar poco a poco a un hombre honrado, las facilidades de su servicio íntimo, y del encanto de su voz, que continuaba siendo dulce e infantil a los oídos del príncipe, prestándose todos dócilmente a estas lecciones.

Ante tales hechos, podría creerse digna de rehabilitación la memoria de Domiciano, quien, en medio de la justa reprobación inherente a su reinado, tan diferente del de su padre y de su hermano, conserva, sin embargo, el honor de haber dictado la ley más útil de todas; la que prohíbe bajo penas severísimas la castración de los niños en toda la extensión del imperio romano. ¿Qué sería de nosotros si hubiese pululado esta especie de monstruos, cuando siendo tan cortos en número, aun consiguen ser una calamidad?

Quisieron, sin embargo obrar con circunspección contra Ursicino, insinuando que le inspiraría temores otro llamamiento, y que entonces podría muy bien prescindir de consideraciones; siendo mejor esperar una oportunidad para abrumarle de improviso: y, mientras acechaban con impaciencia este momento, Ursicino y yo llegamos a Samosata, en otro tiempo célebre capital del reino de Comageno. Allí recibimos sucesivamente noticias de los acontecimientos de que voy a hablar.

Un tal Antonino, que de rico comerciante había llegado a ser intendente del duque de Mesopotamia, entró después en el cuerpo de los protectores, llegando a adquirir en la provincia mucha fama de talento y prudencia. Amenazado por injustas reclamaciones de la pérdida de considerable caudal, quiso pleitear; pero tenía por contrarios hombres poderosos, y los jueces, inclinándose al más fuerte, consiguieron que el litigante sufriese repetidos descalabros. Lejos de luchar contra la injusticia, tomó el partido de doblegarse y apelar a la destreza, reconociéndose deudor, y fingió abandonar al fisco la cantidad exigida, al mismo tiempo que germinaba en su cabeza siniestro proyecto de venganza. Dedicóse secretamente a enterarse de todos los resortes del Estado y de la administración. Siéndole familiares las dos lenguas, teniendo a su disposición las cuentas, muy pronto combinó el número, fuerza y distribución de los cuerpos de tropas, y el destino

ulterior de cada uno en caso de guerra. Su infatigable investigación llegó hasta escudriñar la situación y recursos del armamento, subsistencias y todo lo que compone el material de campaña. Al fin quedó enterado de la parte fuerte y de la débil de nuestro estado militar en Oriente, y reconoció también que la prolongada presencia del Emperador en Iliria, reconcentraba en aquel punto la mayor parte de las tropas y los fondos necesarios para pagarlas. Viendo entonces que se acercaba el término de la obligación que la fuerza y el miedo le habían hecho firmar, y conociendo que era inminente su ruina, porque no podía esperar gracia del gran tesorero, que quería estar bien con la parte contraria, tomó sus disposiciones para huir a Persia con su esposa, sus hijos y lo más precioso que poseía. Con objeto de engañar más fácilmente a los guardias de las fronteras, compró en Haspis, por poco precio, un terreno ribereño del Tigris. De este modo aseguraba con sus frecuentes viajes a la frontera un pretexto que evitaba preguntas, porque los demás propietarios hacían lo mismo. De esta manera, y por medio de criados seguros, que sabían nadar, pudo comunicar frecuentemente con Tamsapor, que le conocía, y mandaba en toda la orilla opuesta. A favor de una escolta de jinetes que éste le envió, Antonino pudo embarcarse con su familia, pasando a la otra ribera, reproduciendo en sentido contrario el hecho de Zopyro, que en otro tiempo entregó Babilonia a Cyro.

Así estaban las cosas por el lado de Mesopotamia, cuando la turba palaciega, hablando siempre en el mismo tono contra el honrado Ursicino, encontró al fin ocasión de perjudicarlo. Ahora también le inspiró y secundó la banda de eunucos, gentes que con nada se blandean ni se sacian, y que, privadas de todo humano afecto, se lanzan a la posesión de las riquezas y se abrazan a ellas con el apasionamiento que tendría un padre por su hijo. Concertaron entre ellos que el hombre que les convenía en el mando del Oriente era Sabiniano, viejo decrepito, pero tan rico como inepto y destituido de energía; que se llamaría a Ursicino y sucedería a Barbación en el cargo de jefe de la infantería; y, una vez en su mano aquel ambicioso innovador, tendría bastante con defenderse de las poderosas enemistades que le suscitarían.

Mientras se repartían los papeles en la corte de Constancio como para representar una comedia, o como para señalar los puestos en un festín, y se hacía llevar a cada casa influyente su parte del precio estipulado para el poder que se acaba de vender, Antonino, conducido al cuartel de invierno del rey de Persia, era recibido con los brazos abiertos y se le honraba con la tiara, distinción que confiere el derecho de sentarse a la mesa real, y además el de emitir opinión en los consejos y alternar en las deliberaciones; derecho de que usó ampliamente Antonino, navegando a velas desplegadas, atacando desde luego a la república sin circunloquios ni rodeos, y repitiendo al rey sin cesar, como en otro tiempo Maharbal reconviniendo por su indecisión a Aníbal, «que sabía vencer, pero que no sabía aprovechar la victoria». Como hombre práctico que gozaba de instrucción tan vasta como profunda, encontraba oyentes atentos y maravillados, que no aplaudían, pero que manifestaban a la manera de los Pheacas de Homero, su admiración con su silencio. Su asunto habitual era el período de los últimos cuarenta años, en que, después de una guerra constantemente afortunada, y especialmente después de aquel combate nocturno cerca de Hileia y de Singara, combate tan mortífero para los nuestros, los Persas vencedores se detuvieron de pronto, como si se hubiese interpuesto un facial, dejando intacta a Edessa y sin pisar el puente del Eufrates. Sin embargo, la ocasión era excelente con fuerzas tan poderosas, después de tan brillantes comienzos, para llevar más lejos sus ventajas, en el momento en que el poder romano, presa de los estragos de interminable guerra civil, se extenuaba en esfuerzos y sangre.

De esta manera, en medio de los banquetes en que los Persas, a imitación de los Griegos de otras épocas, celebraban consejo acerca de los asuntos políticos y de guerra, el desertor, que sabía conservar el dominio sobre sí mismo, excitaba constantemente la embriaguez del monarca, aumentaba su confianza en la fortuna, y lo impulsaba a ponerse en campaña en cuanto llegase el verano, prometiendo por su parte su celo y asistencia en caso necesario.

Por este mismo tiempo, Sabiniano, envanecido con su repentina importancia, venía a buscar a Cilicia al hombre a quien debía reemplazar, y le entregaba una carta del Emperador, que le invitaba

a presentarse inmediatamente en la corte, donde se le ofrecía puesto más elevado. Ahora bien: las cosas habían llegado en Oriente a un punto tan crítico, que en vez de separar a Ursicino de su gobierno, debieron llamarle a él apresuradamente, aunque hubiesen tenido que ir a buscarle hasta Thule; tan indispensable le hacían en aquel momento su profunda inteligencia y su conocimiento de la táctica especial de los Persas.

La nueva consternó a las provincias: reuniéronse en todas partes los órdenes del Estado y agitóse el pueblo: deliberóse por un lado; vociferóse por otro, y todos decidieron retener de buena o mala manera al defensor común. Recordaban que, quedando solo para defender el país, había sabido con un puñado de soldados, sin brío ni fuerza, y que jamás habían visto la guerra, resistirse durante diez años, sin quedar vencido en ninguna parte. Sabíase, además, para colmo de temores, que al perder a Ursicino, le reemplazaba el hombre más inepto.

Créese generalmente, y yo creo también, que las noticias corren por el aire. Sin duda los Persas se enteraron por este camino, porque deliberaban ya acerca de lo que acababa de ocurrir entre nosotros; y, después de muchos debates, adoptaron al fin en el último consejo el plan que proponía Antonino, fundado tanto en la ausencia de Ursicino, como en la nulidad de su sucesor; plan que consistía en forzar el paso del Eufrates y marchar adelante en línea recta sin exponerse a perder gente ante las plazas fuertes. Adelantándose de esta manera por la celeridad a la noticia de la marcha, su ejército ocuparía sin combatir las provincias que no habían visto enemigos desde el tiempo de Galieno y que se habían enriquecido por larga paz. Ofrecía además Antonino servir de guía, y no podía encontrarse otro mejor. Todos aprobaron el proyecto, y ya no se ocuparon más que de reunir soldados, víveres, armas y todo el material necesario, durando los preparativos el resto del invierno.

Por nuestra parte, una vez desembarazados de los obstáculos de que acabo de hablar, y que nos detuvieron algún tiempo al otro lado del Tauro, nos apresuramos a obedecer al Emperador, y caminamos apresuradamente hacia Italia. Llegados a las orillas del Hebrum, río que tiene su origen en los montes Odrisos, recibimos una carta del Emperador, que nos mandaba emprender en el acto el camino de Mesopotamia; y esto sin acompañamiento alguno, puesto que nuestra misión no era activa, teniendo otro la autoridad. Esta maniobra la habían imaginado los directores del gobierno, cuya intención era, en el caso de que los Persas fracasaran en su empresa, atribuir al nuevo general todo el honor del éxito, y conservar, en caso contrario, un motivo de acusación contra Ursicino como traidor. Después de tantas idas y venidas sin objeto, regresamos, encontrándonos frente a frente con Sabiniano, que nos recibió con desdén. Sabiniano tenía mediana estatura, y estaba tan destituido de valor como de talento; hombre que perdía la serenidad ante el alegre ruido de un festín, siendo imposible resistiese el fragor de la batalla.

Concordando los relatos de nuestros espías con las declaraciones de los desertores acerca de la actividad que desplegaban los Persas en sus preparativos, dejamos a aquel hombrecillo bostezar a su gusto y acudimos a poner a Nisiba en estado de defensa, temiendo que el enemigo, fingiendo no hacer caso de esta plaza, la sorprendiese desprevenida. Mientras apresurábamos los trabajos en el interior de las murallas, aparecieron al otro lado del Tigris columnas de humo y llamas extraordinarias en dirección de Sisara y del fuerte de las Moreras, y, propagándose hasta muy cerca del recinto, revelaban el paso del río por las fuerzas avanzadas del enemigo y el principio de las devastaciones. Salimos apresuradamente, queriendo adelantarnos y cortarles el paso, y a dos millas de las fortificaciones encontramos un hermoso niño llorando: parecía como de ocho años y llevaba collar. Díjonos que pertenecía a buena familia y que, al acercarse el enemigo, su madre lo había abandonado en la precipitación de la fuga. Compadecido el general, me mandó que colocase a aquel niño delante de mí en el caballo y que lo llevase a la ciudad. Pero los exploradores saqueaban ya las cercanías. Temí quedar encerrado, y, dejando el niño en el dintel de una puerta entreabierta, me reuní a toda brida y sin poder respirar a nuestras turmas. Poco faltó para que me cogiesen. El criado de un tribuno, llamado Abdigido, cayó en poder de un grupo, en el momento en que pasaba yo como una flecha. Su amo escapó. Preguntaron al prisionero quién era el jefe que acababa de salir de

la ciudad; respondiendo que Ursicino, y que se había dirigido al monte Izalo. En cuanto se enteraron de esto, lo mataron, dedicándose a perseguirnos sin descanso. Gracias a la rapidez de mi caballo conservé ventaja sobre ellos, y cerca de Amudis, fuertecillo deteriorado, vi a los nuestros que descansaban completamente tranquilos, dejando pastar los caballos en los alrededores. Desde lejos levanté los brazos cuanto pude, agitando un paño arrollado de mi túnica, en señal de que el enemigo estaba encima. En seguida se retiraron, y yo también, a pesar del cansancio de mi caballo. Para daño nuestro, la luna estaba en lleno y atravesábamos una llanura igual y despejada, en la que solamente se veía hierba muy corta, sin árboles ni matorrales donde refugiarnos en el caso de que nos estrechasen muy de cerca. En este apuro, se imaginó atar una antorcha encendida en el lomo de un caballo y abandonarlo, después de lanzarlo a la izquierda, mientras que nosotros nos dirigíamos por la derecha a las montañas; siendo nuestro propósito llamar la atención de los Persas hacia aquella luz que verían avanzar lentamente, y que debían creer destinada iluminar los pasos del general. A no ser por esta estratagema, infaliblemente nos rodean y cogen.

Libres del peligro, llegamos a una comarca poblada de viñedos y árboles frutales, llamada Mejacarire por la frescura de sus aguas. Habían huído todos los habitantes, y solamente se encontró un soldado oculto en un parapeto, y que fue llevado ante el general. El temor que mostraba aquel hombre y sus contradictorias respuestas nos lo hicieron sospechoso. Estrecháronle con amenazas, y al fin lo confesó todo, enterándonos de que había nacido en las Galias, entre los Parisios, y que había servido en nuestra caballería, pero que el temor de un castigo merecido le había hecho desertar a los persas; que se había casado con una mujer honrada, de la que tenía hijos; que, empleado como espía por los persas, frecuentemente les había dado útiles noticias, y que en el momento mismo de su captura, regresaba en busca de los generales Tampsapor y Nohodares, que mandaban muchedumbre de merodeadores, para enterarles de lo que había averiguado. Después de obtener de él algunas noticias acerca del enemigo, se le dio muerte.

Apurando el tiempo y siendo mayor cada vez la alarma, marchamos apresuradamente hacia Amida, ciudad tan célebre después por su desastre. Allí, al regresar nuestros exploradores, se nos entregó un pergamino misteriosamente oculto en una vaina y en el que habían trazado caracteres de escritura. El mensaje procedía de Procopio, que, como antes dije, había formado parte de la segunda legación a Persia con el conde Luciliano. Aquel pergamino, redactado de intento en términos oscuros por si caía en manos del enemigo, decía lo siguiente: «El rey viejo ha rechazado a los legados Griegos, cuya vida pende de un hilo. Ya no le basta el Helesponto: muy pronto se le verá unir por medio de puentes las dos orillas del Gránico y del Ryndacio, y lanzar al Asia, para invadirla, pueblos enteros. Por su propio carácter es demasiado irritable y violento, y el sucesor del emperador Adriano de otra tiempo está allí para enardecerle e irritarle cada vez más.» El sentido de estas palabras era que el rey de Persia iba a atravesar el Anzabo y el Tigris, y que, impulsado por Antonino, aspiraba al dominio de todo el Oriente. Cuando, a fuerza de trabajo, se penetró el sentido, se tomó la siguiente acertada disposición.

Ocupaba a la sazón el gobierno de la Corduena, país perteneciente a los persas, un sátrapa llamado Joviniano, que mantenía con nosotros secreta inteligencia. Designado en otro tiempo en rehenes, había pasado la juventud en Siria, donde tomó afición a los estudios liberales, y deseaba ardientemente volver a nuestro lado para entregarse a su pasión. Fui enviado a él con un centurión, elegido como hombre seguro, con objeto de obtener datos ciertos relativamente a la invasión; teniendo que recorrer para llegar hasta él caminos apenas trazados entre ásperos montes y precipicios. Reconocióme en seguida, y en cuanto le dije sin testigos el objeto de mi viaje, me dio un guía discreto, muy conocedor del terreno. El guía me llevó a alguna distancia de allí, sobre un peñasco bastante alto, para que una vista penetrante pudiese reconocerlo todo hasta cincuenta millas de distancia. Dos días enteros permanecimos de observación sin ver nada. Pero al amanecer del tercero, todo el espacio circular que abrazaba la vista, y que llamamos horizonte, pareciónos que se llenaba de innumerables muchedumbres armadas. El rey aparecía al frente con su traje más brillante. A su izquierda marchaba Grumbates, rey de los Chionitas, hombre de mediana edad, lleno

ya de arrugas, pero de corazón esforzado y que había ilustrado su nombre con más de una victoria. A su derecha estaba el rey de los Albaneses, igual al anterior en rango y consideración. Después venían muchos jefes distinguidos y poderosos, y en seguida una multitud guerrera, lo más escogido de las naciones vecinas y endurecida desde antiguo en las fatigas y peligros. Refiera la Grecia como le plazca la gran revista pasada en Dorisco de Tracia y la fabulosa reunión celebrada en estrecho recinto; nosotros, más circunspectos o más tímidos, solamente consignamos lo que puede demostrarse por testimonios seguros e incontestables.

Después que los reyes aliados atravesaron Nínive, ciudad principal del Adiabeno, continuaron resueltamente la marcha, habiendo celebrado un sacrificio en medio del puente del Anzabo, y consultado las entrañas de las víctimas, que se mostraron favorables. Por nuestra parte, calculando que el resto del ejército emplearía por lo menos tres días en desfilar, volvimos rápidamente junto al sátrapa para descansar de nuestras fatigas. En seguida, con la energía que da la necesidad, regresamos a los nuestros, atravesando con más velocidad de la que creíamos el desierto que nos separaba de ellos. Entonces pudimos darles la seguridad de que los persas habían construido un puente de barcas y que caminaban en línea recta, como conocedores del terreno. Inmediatamente se expidieron jinetes llevando ordenes a Cassio, duque de Mesopotamia, y a Eufronio, gobernador de la provincia, para que replegasen los habitantes con los ganados; evacuar la ciudad de Carras, cuyas murallas se encontraban en mal estado, y en fin, que incendiasen las mieses para que el enemigo no encontrase subsistencias en ninguna parte; todo lo cual se ejecutó inmediatamente. Las mieses que comenzaban a madurar y hasta las hierbas más tiernas fueron pasto de las llamas, hasta el punto que desde el Tigris al Eufrates no se veía rastro de verdura. En aquel incendio perecieron multitud de fieras, y especialmente leones, que en aquel país son extraordinariamente feroces, pero a los que una causa puramente local muchas veces hiere de muerte o deja ciegos, como vamos a ver. Encuétranse estos animales casi siempre en los matorrales y espesuras, entre los dos ríos. Durante el invierno, que es muy benigno, no hacen daño alguno; pero en cuanto el sol lanza sus rayos de estío sobre aquellas abrasadas tierras, y ardiente vapor comienza a caldear la atmósfera, nubes de mosquitos, inevitable azote de aquellas comarcas, no dejan a los leones momento de descanso. Estos insectos se ceban en los ojos, cuya brillantez y humedad les atrae, se clavan en las membranas de los párpados y las acribillan con sus picaduras. Exasperados los leones, o se arrojan al agua y se ahogan, al querer librarse de aquella insoportable tortura, o se clavan las uñas en los ojos, se los rompen y enloquecen de furor. A no ser por esto, todo el Oriente estaría infestado de tales fieras.

Mientras, como ya hemos dicho, quemaban los campos, destacamentos de protectores, mandados por tribunos, cubrían la orilla citerior del Eufrates con parapetos y empalizadas, proveyéndola además de máquinas de guerra en todos los puntos donde permitía colocarlas el terreno al abrigo de las aguas. En medio de esta actividad, estimulada por el conocimiento del peligro en la ciudad de una guerra de exterminio, el jefe, tan acertadamente elegido para hacer frente, Sabiniano, pasaba tranquilamente el tiempo en medio de las tumbas, figurándose sin duda que, estando en paz con los muertos, nada tenía que temer de los vivos; y, por extraño y siniestro capricho, divertíase en turbar el profundo silencio de aquellos parajes haciendo tocar a su presencia los cantos guerreros de la pírrica para desquitarse de la falta de espectáculos. La idea de funesto presagio inherente a tales actos, se une también al relato que de ellos se hace; pero al menos puede impedir que el ejemplo sea contagioso.

El ejército de los persas dejó a un lado Nisiba, sin dignarse detenerse en ella. Pero extendiendo por todas partes sus estragos el fuego, para no exponerse a carecer de subsistencias, tuvo que seguir por el pie de las montañas, buscando valles donde quedase alguna vegetación, llegando muy pronto a la quinta de Babasen. Desde aquí hasta Constantina, en un espacio de cerca de cien millas, reina absoluta sequía, sin encontrarse más agua que la poca que proporcionan los pozos. Los jefes vacilaron por largo tiempo; pero confiando en la energía física de sus soldados, iban a continuar hacia adelante cuando les informaron de que repentina licuación de nieves había engrosado el Eufrates, haciéndole invadable. Este contratiempo destruía sus esperanzas. Necesario

era esperar ocasión y que la casualidad la presentase. En tan crítica circunstancia celebróse urgente consejo, invitando a Antonino para que manifestase su opinión; aconsejó éste que se inclinase a la derecha, y, por medio de largo rodeo, ganaran las fortalezas de Barzala y Laudias, ofreciéndose a servir él mismo de guía: así atravesarían una comarca fértil en toda clase de productos, que había quedado intacta por la marcha del ejército en línea recta; y el río allí, cercano a su nacimiento, y sin haber recibido afluentes, ofrecería cauce fácilmente vadeable. Recibióse con aplauso la proposición; le invitaron a mostrar el camino, que debía conocer bien, y todo el ejército, cambiando de dirección, siguió sus pasos.

Enterados en seguida de este movimiento por nuestros exploradores, nos dispusimos para trasladarnos en seguida a Samosata, pasar allí el río y, después de cortar los puentes de Zeugma y de Carpesana, procurar, con el auxilio divino, rechazar al enemigo. Pero un accidente tan funesto como ignominioso, que debería sepultarse en eterno silencio, desconcertó nuestras medidas. Teníamos por este lado un puesto avanzado de dos turmas, compuestas de setecientos caballos, que habían enviado de Iliria como refuerzo; tropa enervada y sin valor que, temiendo una sorpresa nocturna, había abandonado la custodia de la calzada al obscurecer, es decir, a la hora precisamente en que era necesario vigilar más, y ocupar hasta el sendero más insignificante. Observaron los persas esta circunstancia, y aprovechando la doble embriaguez del vino y del sueño en que estaban sumidos aquellos hombres, pasaron sin ser vistos cerca de veinte mil, mandados por Tamsapor y Nohódaros, y se emboscaron detrás de las alturas inmediatas a Amida.

Apenas había amanecido y estábamos en marcha hacia Samosata, como ya he dicho, cuando desde una altura se descubrió considerable reflejo de armas; y a los gritos de ahí está el enemigo, se dio la ordinaria señal de combate. Hízose alto, se estrecharon las filas. Nuestra retirada era muy insegura, porque estando tan cerca el enemigo, no habría dejado de perseguirnos. Atacar era correr a segura muerte, teniendo enfrente fuerzas tan superiores, sobre todo en caballería, y nos preguntábamos aún qué íbamos a hacer, cuando ya era inevitable el combate y habían caído algunos de los nuestros que se adelantaron demasiado. En el momento en que se reunían los dos bandos, Ursicino reconoció a Antonino, que estaba al frente de las fuerzas enemigas; dirigióle abrumadoras reconveniones y le trató de desertor e infame. Antonino, quitándose la tiara, signo de su dignidad, echó pie a tierra, e inclinándose hasta el suelo, con las dos manos unidas a la espalda (el saludo más humilde entre los asirios), dio a Ursicino los nombres de amo y señor, diciéndole: «Perdona, ilustre conde, una acción que reconozco culpable, y a la que únicamente ha podido impulsarme la necesidad. Me ha perdido el inicuo encarnizamiento de implacables acreedores. Tú mismo lo sabes, puesto que tu alta intervención ha sido impotente contra su avidez.» Dichas estas palabras, se retiró de espaldas, en señal de respeto, hasta que perdió de vista a su interlocutor.

En el transcurso de media hora había ocurrido todo esto, y de pronto nuestra última fila, que coronaba la colina, gritó que una nube de catafractos acudía a toda brida a cogernos por la espalda. Entonces, como de ordinario sucede en los casos desesperados, oprimidos por todas partes por masas innumerables, no supimos qué hacer ni qué evitar, y comenzó la dispersión en todos sentidos. Pero el enemigo nos tenía encerrados en un círculo, y nuestros mismos esfuerzos por huir nos arrojaba en medio de sus filas. Solamente se pensaba ya en defender la vida; pero combatiendo vigorosamente, nos vimos arrojados hasta las escarpadas riberas del Tigris, cayendo muchos al río, en el que algunos, enlazando los brazos, consiguieron no separarse de los puntos vadeables; otros perdieron pie y se sumergieron. Estos peleando esforzadamente hasta el último momento y con diferente éxito, aquéllos perdiendo la esperanza de resistir, procuraron llegar a las gargantas más inmediatas del monte Tauro; y entre estos se encontraba nuestro general, a quien vi en un momento rodeado con el tribuno Ajadatho y un solo criado, debiendo la vida a la ligereza de su caballo.

Separado de mis compañeros, miraba en derredor qué debía hacer, cuando vi a Verenniano, compañero mío en los protectores, que tenía un muslo atravesado por una flecha. A ruego suyo procuré extraérsela, cuando viéndome rodeado y rebasado ya por un grupo de persas, emprendí vertiginosa carrera hacia la ciudad, que, muy escarpada por el lado donde nos empujaba el enemigo,

solamente es accesible por un sendero abierto en la roca y estrechado más y más por moles artificiales. Allí permanecimos hasta la mañana siguiente, confundidos con los persas, que habían penetrado mezclados con nosotros, y en tal confusión, que no encontraban los cadáveres espacio para caer, y que un soldado, que tenía la cabeza partida por espantosa cuchillada, permanecía de pie como una estaca delante de mí, sostenido por todos lados. La proximidad de las paredes nos preservaba de una nube de dardos que lanzaban las máquinas desde lo alto de las murallas. Al fin nos abrieron una puerta y encontré invadida la ciudad por una multitud de hombres y mujeres. En efecto, aquel día se celebraba una gran feria que tenía lugar periódicamente en los arrabales, a la que afluía la población de las campiñas inmediatas. En el interior se alzaba confuso vocerío, lanzando lastimosos gritos los que se encontraban mortalmente heridos; quejándose otros por las pérdidas que habían experimentado, o llamando a voces a los que les eran queridos, y que, en la confusión, no podían ver.

Al principio no fue Amida más que un caserío; pero Constancio, siendo César, concibió el proyecto, cuando estaba edificando otra ciudad, la de Antoninópolis, de convertirla en refugio seguro para la población de los alrededores. Rodeóla de muros y de torres, y estableció un depósito de máquinas de muralla; haciéndola, en una palabra, temible plaza fuerte, y queriendo darle su nombre. Por el lado austral la baña el Tigris, que forma recodo en aquel punto, cercano de su nacimiento; al Oriente, domina las llanuras de la Mesopotamia; al Norte, tiene cerca el río Ninfeo, y por baluarte las cimas del Tauro, que forman las fronteras de la Armenia y de las regiones transtigritanas; y por el lado del Oeste toca a la Comagena, comarca muy fértil y bien cultivada, donde se encuentra la ciudad de Abarno, famosa por sus aguas termales. En el centro de la misma Amida, al pie de la fortaleza, brota abundante manantial de agua potable, pero que, por efecto de los fuertes calores, toma olor mefítico. Formaba la guarnición de esta ciudad la quinta legión pártica y un cuerpo de caballería formado en el país, que no era despreciable. Pero la irrupción de los persas había hecho acudir allí seis legiones, que se adelantaron al enemigo bajo sus murallas, por medio de una marcha forzada, poniendo la plaza en respetable pie de defensa. Dos legiones de éstas llevaban los nombres de Magnencio y de Decencio, y el Emperador, que desconfiaba de ellas después de la guerra civil, las había relegado al Oriente, donde no podían temerse conflictos más que con los extraños. Las otras cuatro legiones eran la décima, la trigésima y otras dos formadas con los soldados superventores y preventores, bajo el mando de Eliano, que recientemente había ascendido a conde. Recordarése el aprendizaje de esta tropa en Singara, siendo bisoña entonces, y la matanza que hizo en los persas dormidos, en una salida que dirigió el mismo jefe, que entonces no era más que simple protector. Allí se encontraba también la mayor parte de los sagitarios comites, cuerpo reclutado entre los bárbaros de condición libre, elegidos por su vigor y destreza en el manejo de las armas.

En el momento de este inesperado triunfo de su vanguardia, aprovechaba Sapor el consejo de Antonino, y al salir de Babasa, se dirigía a la derecha por Horren, Mejacarire y Charcha, como si no tuviese propósito alguno sobre Amida. En su camino encontró los dos fuertes romanos, Rema y Busa, enterándose por un desertor que la fortaleza de aquellas dos plazas había decidido a muchos particulares a depositar en ellas sus riquezas como en lugar seguro, diciendo que, además de los tesoros, se encontraba allí una mujer singularmente hermosa con una hija pequeña. Era esta mujer la esposa de Craugaso, individuo influyente y distinguido del cuerpo municipal de Nisiba.

El cebo del botín excitó a Sapor, que inmediatamente atacó a los dos fuertes, no dudando tomarlos, como así sucedió, porque consternadas las guarniciones a la vista de tantos enemigos, sólo pensaron en rendir las plazas con todos los refugiados. A la primera intimación entregaron las llaves, abrieron las puertas, y cuanto encerraban fue abandonado al vencedor. Viéronse entonces filas de temblorosas mujeres, de niños en brazos de sus madres, haciendo en tan tierna edad el aprendizaje de la desgracia. El rey preguntó por la esposa de Craugaso, le dijo que se acercase sin temor, y viéndola cubierta con un velo negro que le caía hasta los pies, le aseguró bondadosamente que se respetaría su pudor y que volvería a ver a su marido, de quien sabía estaba apasionado de su

esposa, esperando conseguir por este medio la rendición de Nisiba. Sin embargo, extendió igual protección a las vírgenes consagradas según el rito de los cristianos al servicio de los altares, permitiéndoles continuar sin temor sus prácticas religiosas. Con esta ostentación de clemencia procuraba atraerse aquellos a quienes asustaba su reputación de barbarie; esperando convencerles con estos ejemplos de que sus costumbres se habían dulcificado y de que su extraordinaria fortuna no le hacía olvidar los sentimientos humanitarios.

LIBRO XIX

Intima Sapor la rendición a los habitantes de Amida, recibéndole éstos con flechas y dardos de balista.—Renueva la intimación el rey Grumbates y cae muerto a su lado su hijo.—Sitio de Amida; doble asalto de los Persas.—Propone Ursicino un ataque nocturno a los sitiadores y se opone Sabiniano.—Declárase la peste en Amida, desapareciendo a los diez días merced a ligera lluvia.—Causas y variedades de este azote.—Nuevo asalto a la ciudad combinado con una sorpresa en el interior, por medio de un paso secreto entregado por un desertor.—Una salida de las fuerzas galas hace mucho daño a los Persas.—Construyen torres y otras obras de sitio que incendian los Romanos.—Los Persas se apoderan de la ciudad por medio de terrazas que consiguen apoyar en las murallas.—Ammiano escapa a favor de la noche y consigue llegar a Antioquía.—Los jefes romanos que mandaban en Amida son condenados a muerte o aprisionados.—Craugaso, ninivita, pasa a los Persas, arrastrado por el deseo de ver a su esposa.—El temor de escasez ocasiona sediciones en Roma.—Los Sármatas limigantos, so pretexto de pedir la paz, atacan al Emperador, siendo rechazados con grandes pérdidas.—Numerosas acusaciones y condenaciones por el delito de lesa majestad.—Latrocinios de los isauros reprimidos por el conde Lauricio.

Enorgullecido el rey Sapor por la captura y esperando nuevos triunfos, marchó reposadamente hacia Amida, a donde llegó el tercer día. Al amanecer el siguiente, cuanto abarcaba la vista brillaba con el resplandor de sus armas, llenando valles y colinas innumerable caballería cubierta de hierro. Delante de los caballos veíase al rey, que se destacaba por su elevada estatura y por el gorro de oro sembrado de pedrería con que se cubría en vez de diadema y que figuraba una cabeza de carnero; y además por la comitiva de príncipes de diferentes naciones, señal de su poder soberano. Persuadida estaba la guarnición de que, siguiendo el consejo de Antonino, no haría más que pasar por delante de la ciudad, limitándose a hacer una intimación. Pero el Numen celestial, queriendo sin duda circunscribir en un punto el azote que amenazaba al Imperio, inspiraba al monarca ilimitada confianza, creyendo que, solamente con su presencia, aterrados los sitiados, acudirían a pedirle de rodillas la vida. Por esta razón se le vio con su regia comitiva caracolear delante de las puertas de la ciudad y hasta acercarse lo bastante para que se pudiesen distinguir fácilmente sus facciones. Su brillante ropaje le hizo blanco en seguida de una nube de dardos y flechas, estando a punto de caer bajo un dardo de muralla; pero escapó con un rasgón en las ropas, gracias a una nube de polvo que no permitía apuntar, conservando la vida para destrucción de otras muchas.

No le hubiese parecido más sacrílega la violación de un templo: aquello era un atentado al soberano de tantos pueblos y reyes; y en el acto mismo habría intentado supremos esfuerzos contra la ciudad culpable, a no haber intervenido los jefes para reconvenirle dulcemente por aquel arrebato que comprometía el éxito de una grande empresa. Consiguieron calmarlo, pero decidió hacer una intimación a la ciudad a la mañana siguiente.

Encargóse de esta misión Grumbates, rey de los chionitas; y, en cuanto amaneció, avanzó resueltamente hacia las murallas este príncipe, acompañado por excelente escolta. Pero en cuanto estuvo a tiro, un dardo lanzado por experta mano hirió en un costado a su hijo, joven que sobresalía entre todos los de su edad en estatura y elegancia, atravesándole la coraza y el pecho de parte a parte. Al verle caer, todos se dispersaron; pero en seguida, obedeciendo al deber, volvieron junto al cadáver, para impedir que lo arrebatasen. Sus gritos de venganza llamaron entonces a las armas a aquella multitud de naciones, cambiándose furiosa nube de dardos, cayendo multitud de soldados de una y otra parte, y la matanza se prolongó hasta entrada la noche, cuya obscuridad apenas ocultó la retirada del cadáver, entre montones de muertos y arroyos de sangre. Tal fue en otro tiempo bajo las murallas de Troya aquella sangrienta lucha en que se disputaron dos ejércitos el exánime compañero del héroe de Tesalia. Toda la corte persa y todos los jefes confederados lloraron con el padre a aquel noble joven tan universalmente querido como digno de serlo; ordenándose una suspensión de

hostilidades para celebrar sus exequias según el rito de su nación. Revestido el cadáver con su armadura fue expuesto en un estrado espacioso y alto, rodeado de diez lechos funerarios, en cada uno de los cuales estaba depositada la efigie, cuidadosamente imitada, de un cadáver sepultado. Los hombres, agrupados por tiendas y manípulos, pasaron los siete días siguientes en festines alternados con danzas e himnos fúnebres en honor del joven héroe. Las mujeres, por su parte, prorrumpían en sollozos y gemidos, y se golpeaban el pecho exclamando que habían tronchado en flor la esperanza de la patria; imitando en las demostraciones de su dolor a las sacerdotisas de Venus cuando celebran las fiestas de Adonis, símbolo místico de la reproducción de los bienes de la tierra.

Cuando las llamas consumieron el cadáver, recogieron las cenizas en una urna de plata, que, por decisión del padre, se depositaría al regreso en el suelo natal. Celebróse en seguida consejo y se acordó ofrecer el incendio de la ciudad y su total destrucción en expiación a los manes del joven; negándose Grumbates a escuchar toda proposición de ponerse en marcha antes de haber vengado a su hijo único. Dedicáronse al descanso dos días; sin embargo, grupos numerosos salieron a talar los campos inmediatos, cuyo rico cultivo ofrecía por todas partes la floreciente imagen de la paz. Al amanecer el día tercero formóse alrededor de la ciudad un cinturón de cinco filas de escudos. Innumerable caballería llenó el espacio en cuanto alcanzaba la vista, acudiendo cada cuerpo, marchando despacio, a ocupar el puesto que le había designado la suerte. El ejército persa formó círculo completo alrededor de la ciudad, habiendo tocado a los chionistas la parte de Levante, punto en que, por casualidad que nos fue fatal, había muerto su joven príncipe. Los vertes se formaron por el lado del Mediodía y los albaneses al Norte: a Poniente se presentaban en batalla los segestanos, que eran los más temibles de aquellos guerreros; y en medio de ellos avanzaban lentamente los elefantes, que, como ya hemos dicho, son a propósito para inspirar terror, pareciendo movibles fortalezas aquellos monstruos de rugosa piel, cargados de hombres armados.

Al ver aquel levantamiento en masa de pueblos conjurados para la destrucción del mundo romano, y que detenía un momento su marcha para aplastarnos al paso, se extinguió en nosotros toda esperanza de salvación, no pensando cada cual sino en conseguir gloriosa muerte y en adelantar el momento todo lo posible. Desde el amanecer hasta la postura del sol permanecieron inmóviles las líneas enemigas, como clavadas en el suelo y guardando profundo silencio, sin que se oyera siquiera el relincho de un caballo. El regreso se verificó en el mismo orden que observaron al ocupar las posiciones, para tomar alimento y dormir un poco. Pero en cuanto amaneció, al sonido de trompas que parecían anunciar la última hora de la ciudad, comenzó de nuevo el terrible cerco. A la conocida señal de un dardo ensangrentado, lanzado al aire por Grumbates, que representaba en esta ocasión el papel de facial, según costumbre de su país y del nuestro, terrible ruido de armas estalló de pronto, y el ejército persa, todo entero, se lanzó como un torbellino contra las murallas, desencadenándose entonces con horrible violencia la tormenta guerrera, rivalizando en velocidad aquella espantosa masa de caballería, disputándose todos el primer puesto en la lucha; y los sitiados, por otra parte, oponiendo a todos sus esfuerzos obstinación tan ardiente como inflexible.

Muchas cabezas enemigas quedaron destrozadas a los golpes de las piedras que lanzaban nuestros escorpiones; muchos cadáveres quedaron en el suelo, atravesados por nuestras flechas y nuestros dardos. Multitud de heridos se replegaron rápidamente sobre aquellos que avanzaban para contenerles; pero las pérdidas por el lado de la ciudad también eran grandes y dolorosas, estando el cielo verdaderamente obscurecido por las flechas de los Persas. El juego de las máquinas de guerra que habían cogido en el saqueo de Singara, fue fatal a muchos de los nuestros. Solamente se dejaba por un momento la muralla por turno y para volver en cuanto se recobraban fuerzas. Aquí el herido que volvía al combate caía para no levantarse más, y, al caer, arrastraba consigo al compañero. Otro, vivo todavía, pero cubierto de flechas, buscaba por todas partes mano que se las arrancase de las heridas; siendo tan grande la sed de sangre por una y otra parte, que la matanza duraba a la caída de la tarde, calmando apenas al obscurecer. Unos y otros pasamos la noche con las armas en la mano. Los ecos de las colinas repetían los gritos de los dos ejércitos; ensalzaban los nuestros las virtudes de Constancio, saludándole como señor del mundo y dominador supremo; y los Persas dando a

Sapor los títulos de *Saasan* y *Pirosen*, palabras que equivalen en su lengua a las de rey de reyes y triunfador.

Antes de amanecer sonaron las trompas y, animados por igual furor, las innumerables huestes avanzaron como aves de paso. Por todos lados a la vez no se veía a lo lejos otra cosa que el brillo de las armaduras de los bárbaros. De pronto lanzaron fuertes gritos y corrieron confusamente hacia la ciudad; pero les recibió una nube de dardos lanzados desde las murallas, y, probablemente ninguno se perdió en medio de aquellas masas profundas y compactas. Por nuestra parte, rodeados, estrechados por aquella multitud de enemigos, lo repito, menos pensábamos en conservar la vida que en morir como valientes. Así se peleó hasta el obscurecer, sin que se inclinase a ningún lado la victoria y con más encarnizamiento que orden y prudencia; porque los gritos confundidos de los que mataban y morían comunicaban a todos esa febril exaltación que hace no se piense en preservarse. Al fin llegó la noche a poner tregua en la matanza, tregua que prolongó el cansancio de los dos bandos. Pero este intervalo, que debió dedicarse al descanso, se empleó en trabajo continuo, cuyo exceso, unido al insomnio, consumió las fuerzas que nos quedaban. También se debilitaba el valor al ver las sangrientas heridas y pálido rostro de los moribundos, a quienes, por falta de terreno, había de negárseles hasta la sepultura. En efecto; además de la presencia de siete legiones, llamadas con algunas otras fuerzas a la defensa de la ciudad, había afluido a ella del exterior confusa multitud de toda edad y sexo, encontrándose lo menos veinte mil hombres en su estrecho recinto. Cada cual, por lo tanto, cuidaba como podía sus propias heridas y con los recursos que encontraba. Más de un agonizante exhalaba el último suspiro al perder toda su sangre en el punto mismo donde le derribó el golpe. Otro, viviendo todavía, aunque traspasado de parte a parte, veía a los peritos negarle su asistencia, para ahorrarle inútiles sufrimientos; y aquél, soportando la extracción de las flechas que le habían herido, sufría mil muertes por una curación dudosa.

Mientras sostenía Amida aquella terrible lucha, desesperaba a Ursicino su posición subalterna; y Sabiniano, cuya autoridad era entonces superior a la suya, no se movía de entre las tumbas. No cesaba Ursicino de exhortarle a que reuniese todos los vélites e interviniese con marcha rápida siguiendo la falda de las montañas; pudiéndose esperar con tropas tan ligeras, apoderarse de las guardias avanzadas del enemigo, y romper por algún punto, en un ataque nocturno las líneas que formaban alrededor de las murallas, y si no, multiplicar las sorpresas para separar de los trabajos de sitio los esfuerzos de los sitiadores. Sabiniano calificó este proyecto de desobediencia y presentó una carta del Emperador en la que mandaba terminantemente que no se hiciese más que lo posible sin mover las tropas. Pero se guardó mucho de enterar a Ursicino de la recomendación expresa que había recibido de la corte de evitar, aunque padeciese el Estado, toda ocasión en que su enérgico predecesor pudiese adquirir gloria: y se iba a llegar hasta a sacrificar una provincia para quitar a aquel gran general el honor, aun compartido, de una acción brillante. Paralizado por estas maquinaciones, Ursicino, a quien preocupaba mucho nuestra situación, estaba reducido a comunicar con nosotros por medio de mensajeros, cosa que frecuentemente era muy difícil, atendido el rigor del bloqueo en que el enemigo tenía a la plaza, y a formar plan sobre plan, sin poder ejecutar ninguno; semejante a un león terrible que, privado de uñas y dientes, ve a sus cachorros en las redes y no se atreve a lanzarse a socorrerles.

Pero en la ciudad, cuyas calles estaban sembradas de cadáveres, cuando faltaron brazos para enterrarlos sobrevino la peste, aumentando las calamidades que ya existían, efecto inevitable de tantas emanaciones pútridas combinadas con el calor de la estación y el estado enfermizo de la población aglomerada. Diré algo acerca de las causas de este azote y de sus variedades. En opinión de los filósofos y de los médicos más hábiles, debe atribuirse la peste al exceso de frío o de calor, de sequía o de humedad. En los países húmedos y pantanosos, el mal se manifiesta por accesos de tos y padecimientos de los ojos; en los climas cálidos, por fiebre lenta y síntomas de inflamación. Pero tanto como el fuego supera en actividad a los demás elementos, así la sequía sobrepuja a todo principio deletéreo, como lo demuestra aquella mortandad espantosa que experimentó el ejército griego por efecto de los rayos de Apolo, es decir, por la acción de un sol ardiente durante aquella

lucha terrible que sostuvo durante diez años, para que un regio raptor no gozase en paz del precio de un adulterio; testigo el relato que hace Tucídides del desastre de los Atenienses, diezmados, al principio de la guerra del Peloponeso por este azote destructor que, naciendo bajo el cielo abrasador de la Etiopía, y acercándose poco a poco, concluyó por invadir el Ática. Atribuyen algunos esta funesta influencia a la corrupción del aire o del agua, viciada por los miasmas de la putrefacción animal o por otra causa análoga: estando por lo menos averiguado que una sencilla variación atmosférica basta para molestar, cuando es repentina. Ven otros la causa inmediata de la muerte en la supresión del sudor, que el aire, condensado por ciertas emanaciones terrestres, detiene al salir de los poros. Así es que, según Homero, y como la experiencia acredita, cuando se declara la peste alcanza a los animales lo mismo que al hombre, y como su conformación les acerca más al suelo, sucumben más pronto.

Desígnase la primera especie de peste con el nombre de *pandemia*, y casi constantemente se encuentra en los países donde domina la sequía, manifestándose por un ardor interno que no deja descanso a los enfermos. La segunda, conocida con el de *epidemia*, tiene apariciones periódicas; turba la vista y altera los humores. La tercera, llamada *lemodes*, reina accidentalmente, pero hiere y mata como el rayo. La peste de Amida pertenecía a esta temible especie; sin embargo, solamente arrebató corto número de personas, a quienes el excesivo calor y dificultades de la aglomeración predisponían al ataque. Al fin, en la noche siguiente al décimo día sobrevino ligera lluvia, que purificó el aire de toda influencia morbosa y nos devolvió la salud.

Entretanto nuestro vigilante enemigo construía manteletes, rodeaba las murallas de terrazas, elevaba torres cubiertas de hierro por delante y armada cada una con una balista destinada a barrer los parapetos; y todo esto mientras sus honderos y arqueros nos abrumaban sin interrupción con una nube de piedras y flechas. Como ya he dicho, en la guarnición había dos legiones recientemente sacadas de la Galia, y que habían peleado por Magnencio. Formábanlas hombres atrevidos y dispuestos, excelentes para campo abierto, pero que nada entendían de la defensa de una plaza, y hasta más a propósito para estorbar las operaciones que para secundarlas. Incapaces de manejar una maquina, de contribuir a la ejecución de ningún trabajo, no sabían otra cosa que exponerse temerariamente en salidas intempestivas, de las que regresaban siempre numéricamente debilitados después de pelear valerosamente, pero sin contribuir más a la defensa que aquel que, para extinguir un incendio, llevase, como dice el proverbio, el agua en el hueco de las manos. Sordos a los ruegos de los tribunos, al fin se les negó la apertura de las puertas, y rugían como fieras por su forzosa inacción. Sin embargo, no pasaron muchos días sin que mostrasen brillantemente, como más adelante se verá, de lo que aquellos soldados eran capaces.

En un punto de la parte meridional de las fortificaciones que domina el Tigris, se alzaba sobre una roca cortada a pico una torre colosal, desde cuya parte superior no se podía mirar sin experimentar vértigos al abismo que se abría al pie. En el piso inferior de esta torre desembocaba un paso secreto abierto en la misma base del peñasco, por el que se subía merced a escalones hábilmente labrados, hasta el nivel de la ciudad. Este camino subterráneo lo habían abierto para poder sacar ocultamente agua del río. Según creo, existen pasos como éste en todas las fortalezas próximas a alguna corriente. Como lo escarpado de esta parte de la ciudad hacía menos activa la vigilancia, setenta arqueros de la guardia del rey de Persia, elegidos entre los más resueltos y seguros de su destreza, penetraron a media noche en aquella obscura galería, guiados por un vecino de la ciudad que había pasado al enemigo. Favorecido este grupo por la lejanía de las guardias, que no podían oírles, se deslizaron uno a uno en la torre, subiendo hasta la plataforma del tercer piso, y allí permanecieron ocultos hasta el amanecer, a cuya hora enarbolaron una túnica roja, que era la señal del asalto. En seguida, al ver su ejército que se desplegaba en derredor de la ciudad, vacían a los pies sus carcajes, lanzan fuertes gritos para animar a sus compañeros y comienzan a lanzar las saetas aquí y allá con admirable precisión. Acto continuo se pone en movimiento el ejército de los persas, y sus compactas masas se lanzan sobre la ciudad con mayor furia que antes. Se vacila, no se sabe al punto donde acudir, si al enemigo que lanza la muerte sobre nuestras cabezas, o a aquella

inmensa multitud dispuesta ya a escalar nuestras murallas. Al fin se divide la defensa; élígense cinco balistas de las más transportables; colócanlas contra la torre y las saetas parten con tal fuerza, que a veces traspasan dos arqueros a la vez. Pronto quedó limpio el puesto; unos caen heridos mortalmente, los otros se precipitan espantados ante el solo silbido de las máquinas, y se rompen los miembros en la caída. Terminada esta ejecución, tranquilos los sitiados por esta parte, se apresuran a colocar de nuevo en su puesto las balistas, y todos los esfuerzos se dirigen a la defensa de las murallas. La indignación contra el traidor redoblaba la energía de los soldados, no habiendo ninguno que no corriese animosamente a las murallas y con pie más firme que en campo raso. Sus brazos imprimían hasta a los dardos más pesados fuerza y rapidez tan extraordinarias, que los *vertes* que atacaban por el lado de mediodía, no pudieron resistir y tuvieron que retirarse a su campamento, con sensibles pérdidas que lamentar.

Parecía que la fortuna nos favorecía. La jornada había sido fatal para el enemigo, y casi sin pérdidas para nosotros. Empleamos la noche en descansar de nuestras fatigas, y al amanecer vimos desde las murallas confusa multitud que se dirigía al campamento enemigo: era la población entera de Ziata, cautivada después de la sorpresa de aquella plaza. La fuerza y la magnitud de su recinto, que tenía diez estadios de circuito, habían hecho que generalmente la eligieran por punto de refugio. Otras muchas ciudades habían sido sorprendidas también y entregadas a las llamas, haciendo los persas millares de esclavos. Entre la multitud de cautivos encontrábase ancianos enfermos y mujeres de avanzadísima edad, y cuando faltaban las fuerzas a algunos de estos desgraciados, extenuados por la duración de la marcha, cortábanles los tendones o los jarretes y los dejaban en el sitio.

Conmovidos los soldados galos por aquel doloroso espectáculo, quisieron hacer una salida, amenazando a sus tribunos y a sus primipilarios con la muerte si persistían en retenerlos. El enardecimiento era general, pero el momento estaba mal elegido. Como fieras encerradas en jaulas, enfurecidas por el olor que exhala la carne sangrienta y cuya rabia se estrella impotente contra las rejas, golpeaban con las espadas las puertas, cuya clausura se había dispuesto, como antes dije. Tormento grande era para su orgullo pensar que, al sucumbir la ciudad, perecerían bajo sus ruinas, sin dejar el recuerdo de algún brillante hecho de armas; o bien que podría el enemigo levantar el sitio antes que ellos hubiesen hecho nada para sostener la fama del valor galo. Sin embargo, en sus frecuentes salidas, habían contribuido mucho a la destrucción de las obras del enemigo, habían dado muerte a considerable número de trabajadores, y, prodigando su sangre, dado al menos pruebas de su valor.

Siendo impotentes nuestros consejos, y siendo imposible contenerles por más tiempo, necesario fue consentir, con la condición de un aplazamiento, que aceptaron murmurando, para que cayesen sobre los puestos avanzados de los Persas, que solamente distaban de la plaza un tiro de flecha; y hasta se les autorizó para pasar más adelante si conseguían vencer aquel primer obstáculo; porque en este caso cabía creer que podrían hacer extraordinaria matanza. Entretanto la guarnición se defendía vigorosamente desde las murallas, trabajando o peleando de día, vigilando de noche y colocando en los parapetos máquinas para lanzar saetas o piedras. Al mismo tiempo los Persas hicieron que sus peones levantasen dos terrazas muy altas, procediendo con mucha lentitud a esta operación, que les aseguraba la captura de la ciudad. Por nuestra parte, con grandísimos esfuerzos de brazos, levantábamos andamios sobre las murallas, elevándolos al nivel de las terrazas, procurando darles la firmeza necesaria para resistir la enorme carga que habían de soportar.

Imposible contener por más tiempo la impaciencia de los galos, y aprovechando una noche oscura y sin luna, salieron armados con hachas y espadas, después de invocar el socorro del cielo para su empresa. Al principio caminaron con cautela y conteniendo la respiración; pero al acercarse al enemigo, se estrechó el grupo y aceleraron la marcha. Sorprendieron algunos centinelas y una guardia avanzada que exterminaron estando dormidos los soldados, que no podían esperar aquel atrevido ataque. Iba a penetrar la columna hasta el cuartel real, si la suerte continuaba favoreciéndola, pero al rumor de los pasos, por ligero que fuese, a los lamentos de los heridos,

despierta el campamento y por todas partes se grita «¡A las armas!» Detiéndose los nuestros sin atreverse a avanzar un paso, porque hubiese sido locura aventurarse más lejos, estando descubierta la marcha, y todo el ejército persa acudió a tomar parte en la pelea. Los galos, tan bravos de corazón como robustos de cuerpo, no dejaron de resistir, derribando con las espadas a cuantos se ponían a su alcance. Pero ya habían caído muchos de ellos y los demás estaban a punto de sucumbir bajo la nube de flechas que les lanzaban por todas partes; porque los esfuerzos de toda la multitud se reconcentraba en aquel puñado de hombres y a cada momento aumentaba el número de sus adversarios; por lo que comenzaron a retirarse sin que ni uno sólo volviese el rostro, sino haciéndolo paso a paso y marcándolos como en la marcha. De esta manera repasaron el foso del campamento, resistiendo ataque sobre ataque y ensordecidos por el espantoso sonido de las trompas.

En el acto resonaron también por el lado de la ciudad y se abrieron las puertas para recoger a los nuestros si tenían la fortuna de llegar hasta ellas. Al mismo tiempo se hacían jugar sin carga las máquinas para ahuyentar con el ruido a los soldados del cerco, que ignoraban todavía la suerte de sus compañeros; desembarazar las puertas y dejar a nuestros valientes el paso libre hasta las murallas. La estratagema tuvo buen éxito; los galos pudieron entrar al amanecer, heridos gravemente unos, y otros sin haber recibido más que ligeros golpes. Pero aquella noche les había costado cuatrocientos de los suyos, porque no habían tenido que habérselas con un Rheso, durmiendo con algunos tracios bajo los muros de Troya, sino con el mismo rey de Persia, a quien hubieran degollado dentro de su tienda en medio de sus cien mil hombres, a no haberse declarado contra ellos el destino. Después de la pérdida de Amida, el Emperador, en memoria de aquel brillante hecho de armas, hizo alzar en la plaza principal de Edessa las estatuas armadas de los jefes que mandaron el destacamento; estatuas que todavía existen perfectamente conservadas.

La luz del día reveló a los Persas la extensión de su desgracia, viendo entre los cadáveres, los de varones distinguidos y hasta sátrapas; oyéndose entonces muchos lamentos, que variaban según la importancia de las pérdidas. Los reyes estaban indignados y su enojo recaía sobre la pretendida negligencia de los puestos avanzados, que habían dejado pasar a los romanos. Concertóse por ambas partes una tregua de tres días, que nos proporcionó algún tiempo de descanso.

Al asombro que produjo aquel golpe a los Persas, sucedió violentísima exasperación; pero habiendo fracasado toda tentativa a viva fuerza, solamente pensaban en apresurar con actividad los trabajos; habiendo llegado al colmo el ardor, y estando decididos a morir gloriosamente bajo los muros de la ciudad, o a ofrecer en expiación su ruina a los manes de los que habían perecido.

Con extraordinaria rapidez terminó todo lo material, y una mañana vimos al amanecer que avanzaban hacia nuestras murallas torres revestidas con planchas de hierro. Sus plataformas estaban guarnecidas de balistas, cuyos dardos, cayendo sobre los parapetos, ahuyentaban a los sitiados. La luz nos descubrió numerosas huestes, formando un cinturón de hierro en derredor de la ciudad, y que marchaban, no desordenadamente, como en los ataques anteriores, sino en filas apretadas y sin que un solo hombre saliese de ellas, bajo la protección de sus máquinas y cubiertos con zarzos de mimbre. Pero cuando se encontraron al alcance de nuestras balistas, en vano presentaban los escudos los peones persas; ni una saeta se perdía. Entonces aflojaron las filas; hasta los catafractos vacilaron y tuvieron que replegarse, cosa que aumentó por modo extraordinario el valor de los nuestros. En cambio, en todos los puntos expuestos a los dardos de sus torres, los sitiadores conservaban ventaja merced a su posición dominante, y nos ocasionaban mucho daño. La noche puso término al combate, empleando nosotros la mayor parte de ella en buscar medio para neutralizar, si era posible, los terribles efectos de aquellos aparatos de destrucción.

Después de deliberar maduramente, decidimos adoptar un medio cuyo éxito dependía de nuestra rapidez: el de colocar cuatro escorpiones en oposición a las balistas. Es sumamente difícil la traslación de estos aparatos, y sobre todo su colocación; y mientras se procuraba hacerlo con las precauciones necesarias, apareció el día más amenazador que nunca, desarrollándose ante nuestros ojos las temibles falanges de los Persas, formadas ya en batalla y reforzadas con los grupos de

elefantes, cuyas colosales proporciones y extraños gritos tan a propósito son para poner terror hasta en los corazones más intrépidos. Todo aquel formidable aparato de elefantes armados, falanges y máquinas, nos estrechaba por todas partes, cuando enormes pedazos de piedra, lanzados sucesivamente por las férreas hondas de nuestros escorpiones, empezaron a dislocar los compartimientos, a destrozar las uniones de las torres y a precipitar desde lo alto las balistas con los hombres que las servían, quedando unos aplastados en el mismo sitio por la caída de las máquinas, y otros por los trozos de las torres, que se derrumbaban sobre ellos. Rodeados los elefantes por los fuegos que lanzaban desde las murallas por todas partes, y que ya les alcanzaban, retrocedieron a pesar de los esfuerzos de los conductores. Pero ni el incendio de las obras calmaba el combate; porque, en contra de lo que hasta entonces se había visto, el rey, a quien la costumbre dispensa de asistir personalmente a las batallas, impresionado por aquella serie de catástrofes, se lanzó como simple soldado a lo más recio de la pelea. Pero como los numerosos grupos que le escoltaban le ponían en demasiada evidencia, pronto fue blanco de multitud de dardos, que hicieron muchas víctimas en derredor suyo, obligándole a cambiar de puesto a cada instante: pero no le inmutó el número de muertos, ni la vista de la sangre y las heridas, necesitándose que acabase el día para que concediese a su ejército algún descanso.

La noche puso término al combate y pudimos dedicar algunos momentos al sueño. Pero en cuanto Sapor vio despuntar el día y con él la esperanza de apoderarse de su presa, excitado por la ira y el dolor, y desatendiendo al peligro propio, lanzó de nuevo los suyos al combate. Ya he dicho que habíamos incendiado sus obras: y ahora intentaron el ataque por medio de terrazas que había hecho levantar contra nuestras murallas, sosteniéndolo por nuestra parte con igual vigor desde los andamios, que habíamos procurado elevar a su nivel.

La pelea fue larga y mortífera, arrostrándose por ambas partes la muerte antes que ceder un paso. En una palabra: a tal punto habían llegado las cosas, que solamente una circunstancia fortuita podía decidir la suerte de uno u otro bando, cuando nuestro andamio, muy quebrantado ya, se derrumbó de pronto como por un terremoto, llenando con sus restos el espacio que mediaba entre las murallas y la terraza, tan perfectamente como si las hubiese unido un puente o una calzada. Esta desgracia abrió libre paso al enemigo e inutilizó a considerable número de los nuestros, aplastados o mutilados por la caída de los maderos. Sin embargo, acudióse por todas partes para reparar aquel imprevisto accidente, y con tal precipitación, que se estorbaban unos a otros, cosa que aumentó la audacia de los sitiadores. Acto continuo, por orden del rey, toda el ejército persa se lanzó sobre aquel punto, trabándose furiosa pelea, batiéndose cuerpo a cuerpo, corriendo la sangre por ambos lados, cayendo los hombres, llenándose el foso de cadáveres y ensanchándose el paso. Una oleada de enemigos desborda ya en la ciudad, perdiéndose la esperanza de huir o defenderse. Combatientes o no, todos son degollados sin reparar en sexo ni edad y como si fuesen viles rebaños.

Al cerrar la noche, muchos de los nuestros resistían aún, haciendo desesperados esfuerzos. Por mi parte, aprovecho la obscuridad para ocultarme con dos compañeros en punto apartado de la ciudad, y desde allí ganar una puerta que nadie pensaba en guardar. Rodeábanos la obscuridad; pero afortunadamente conocía yo los caminos y mis compañeros estaban ejercitados en la carrera. En poco tiempo nos alejamos diez millas; y después de tomar aliento, volvimos a marchar sin detenernos. Pero yo me encontraba mal preparado, por efecto de mis costumbres aristocráticas, para fatigas tan grandes, y ya me sentía desfallecer, cuando sobrevino un accidente bastante trágico en sí mismo, pero que en el estado en que me encontraba fue para mí verdadero favor del cielo. Un criado del ejército enemigo montaba en pelo un caballo muy vivo, sin freno y solamente con una correa que llevaba, según costumbre, fuertemente atada a la muñeca izquierda para que no se le escapase. Lanzado al suelo y no pudiendo deshacer el nudo, pronto quedó destrozado por el caballo, que al fin se paró, detenido por el peso del cadáver, después de haberlo arrastrado por mucho tiempo de aquí para allá. Apresuréme a aprovechar aquella montura que la casualidad me deparaba tan oportunamente, y con bastante trabajo y continuando con la misma compañía, llegué a un punto donde brotaban manantiales calientes y sulfurosos. El calor era extraordinario; nos devoraba

ardiente sed y vagábamos penosamente buscando agua potable. Al fin encontramos un pozo, pero sin cuerda, y tan profundo, que no se podía bajar a él. Inspirónos la necesidad, y rasgando todo el lienzo de nuestras ropas formamos largo cordón, a cuyo extremo atamos la cubierta que uno de nosotros llevaba sobre el casco. De este modo llegamos al agua, sacando como con una esponja para poder saciarnos todos. En seguida nos dirigimos apresuradamente hacia un punto del Eufrates, donde desde muy antiguo había una barca para el paso de hombres y ganados. De pronto vemos a lo lejos un cuerpo de caballería romana con sus enseñas, huyendo desordenadamente ante multitud de persas que parecían haber brotado no sé de dónde a su espalda. Aquel encuentro me suministró el comentario de la tradición de los terrígenas. De la instantaneidad de su aparición, debida sin duda a singular velocidad, habrá nacido la creencia de su origen maravilloso. Repentinamente se veían en diferentes puntos y todos desconocidos; y esto fue bastante, en aquella antigüedad tan aficionada a fábulas, para merecer el nombre de Spartos, como si efectivamente hubiesen brotado de la tierra. En el acto comprendimos que no teníamos más salvación que la fuga, y, deslizándonos entre los matorrales, procuramos llegar a los montes. Desde allí llegamos a Militina, en la Armenia Menor, encontrando a nuestro general en el momento en que iba a partir, regresando con él a Antioquía.

El otoño tocaba ya a su fin, y como el temible signo de Aries impedía a Sapor y a los persas penetrar más dentro en nuestras tierras, pensaban ya en regresar a las suyas con el botín y los cautivos cogidos en Amida. Para coronar dignamente las escenas de matanza y de pillaje de que aquella desgraciada ciudad había sido teatro, hicieron perecer ahorcados al conde Eliano y a los tribunos que tan valerosamente habían defendido las murallas y causado tan considerables pérdidas a los enemigos; Jacobo y Cesio, tesoreros del general de la caballería, y otros muchos protectores fueron arrastrados con las manos atadas a la espalda; y después de muchas pesquisas para descubrirlos, todos los individuos nacidos al otro lado del Tigris fueron confundidos en matanza general.

A la esposa de Craugasio la respetaron y trataron como a persona de elevada condición; pero, no obstante, aquellas muestras de consideración y de otras mayores que la hacían entrever, no dejaba de deplorar la necesidad de ir a vivir separada de su esposo como en otro mundo. Al reflexionar en su situación, lo temía todo para lo porvenir, compartiendo su corazón el dolor de la ausencia y el miedo a pasar a los brazos de otro. Por esto encargó secretamente a un criado fiel, en quien tenía completa confianza, que marchase a Nisiba para enterar a su esposo de la situación en que se encontraba, y que le instase en su nombre para que acudiese a reunirse con ella, donde a los dos les esperaba tranquila vida. Aquel hombre conocía todos los caminos de la Mesopotamia; debía atravesar el monte Izalo y pasar entre las dos fortalezas de Marida y Lorna. Partió el mensajero con las instrucciones, y a poco llegó a Nisiba, siguiendo senderos extraviados y caminos de travesía. Allí se fingió ignorante de la suerte de su ama, cuya muerte, decía, era muy probable. Habíasele presentado ocasión de evadirse, y la había aprovechado. Considerándolo sin importancia, comunicó sin dificultad con Craugasio, y recibió de éste la seguridad de que nada deseaba tanto como reunirse con su esposa, en cuanto pudiera hacerlo sin peligro. El esclavo regresó entonces furtivamente para llevar a su señora la deseada respuesta; y en cuanto la conoció ésta, suplicó al rey tomase, antes de abandonar el territorio romano, las disposiciones necesarias para asegurar, si era posible, la evasión de su esposo.

Aquel hombre que había aparecido inopinadamente y desaparecido de repente sin causa conocida, excitó en alto grado las sospechas del duque Cassiano y de los principales magistrados de la ciudad, quienes prorrumpieron en amenazas contra Craugasio, asegurando públicamente que no podía ser extraño a aquel regreso y a aquella desaparición. Temiendo éste que se le acusase de traición, y especialmente que algún desertor viniese a revelar que su esposa, no solamente vivía, sino que era objeto de grandes atenciones, fingió desear en matrimonio una joven de elevada familia. So pretexto de algunos preparativos para el banquete nupcial, marchó a su casa de campo, situada a ocho millas de Nisiba, y desde allí corrió a rienda suelta al encuentro de un grupo de merodeadores persas que sabía se habían dirigido hacia aquel lado. Recibido alegremente por éstos

en cuanto se dio a conocer, entregáronlo cinco días después en manos de Tamsapor, que lo presentó al rey, siéndole devueltos sus bienes, su familia y su esposa, a la que perdió algunos meses después. Craugasio forma pareja con Antonino: gran talento, disponiendo de inmensa experiencia y grandes recursos, todo lo había combinado y ejecutado él solo. Craugasio no fue tan hábil; sin embargo, su nombre no ha sido menos famoso. Estas cosas ocurrieron poco después del saqueo de Amida.

Sapor, aunque afectaba tranquilidad y orgullo de vencedor, experimentaba dentro de su pecho profunda agitación al considerar con qué dolorosos sacrificios había comprado aquel éxito: porque en las diferentes peripecias del sitio había perdido mucha más gente de la que nos había cogido o muerto. Como en otro tiempo delante de Nisiba y Singara, en los setenta y tres días que había durado el sitio, su innumerable ejército había disminuido en treinta mil combatientes. El recuento lo hizo después Disceno, tribuno de los notarios, que fácilmente pudo comprobar el cálculo; porque en los cadáveres romanos es tan rápida la transformación y descomposición de las carnes, que ni uno solo puede reconocerse a los cuatro días; mientras que los de los Persas parece que, adquieren la dureza de la madera, sin experimentar sensible descomposición. Esto procede de sus costumbres más sobrias y de la constitución seca que deben a la abrasadora atmósfera de su país.

Mientras se desencadenaban estas tempestades en el extremo Oriente, amenazaban a la ciudad eterna los horrores del hambre; y el populacho, para quien este mal es el peor de todos, acusaba insolentemente a Tértulo, a la sazón prefecto de Roma. Nada más falto de razón, porque no dependía de él que las naves de transporte entrasen oportunamente en el puerto de Augusto, cuando el estado del mar y la persistencia de los vientos contrarios, que les había obligado a recalar en los puertos inmediatos, hacían muy peligrosa la tentativa. Ya habían estallado muchos motines, cuando la sedición tomó un día, por la inminencia del mal, mayor carácter de ferocidad. Creyóse perdido el prefecto en medio de aquella furibunda agitación; pero conociendo la influencia de lo imprevisto sobre la multitud, tuvo serenidad bastante para presentarle sus dos tiernos hijos: «Aquí tenéis, dijo con lágrimas en los ojos, a vuestros conciudadanos sujetos a las mismas calamidades que vosotros; la fortuna no nos favorece. ¿Creéis que su muerte puede conjurar el mal? Os los entrego; tomadlos.» Esta conmovedora escena produjo efecto en el pueblo que, por naturaleza, fácilmente se enternece. Volvió, pues, al orden, y se mostró tranquilo y resignado. Pocos días después, el Numen celestial favoreció a esta Roma, cuya cuna protegió, prometiendo su duración eterna. Mientras Tertulo sacrificaba en Ostia, en el templo de Cástor y Polux, tranquilizóse el mar, y con suave viento de Mediodía entró en el puerto la flota a velas desplegadas, devolviendo la abundancia a los graneros de la ciudad.

A pesar de tantos motivos de inquietud, Constancio invernaba tranquilamente en Sirmium, cuando una noticia sumamente alarmante turbó su reposo. Los sármatas limigantos, usurpadores, como ya dijimos, de los dominios hereditarios de sus amos, y que un año antes la política romana los había relegado muy lejos para ponerles en condiciones de no perjudicar, acababan de dar nuevas pruebas de su inquieto carácter. Poco a poco se habían alejado de las regiones que les señalaron por morada, y ya aparecían en nuestras fronteras, entregándose a sus costumbres de rapiña con audacia, que era urgente reprimir.

Comprendió el Emperador que todo retraso aumentaría su insolencia, y reunió apresuradamente las mejores tropas que tenía, poniéndose en campaña en los primeros días de la primavera. Dos motivos poderosos tenía para confiar: de un lado la avidez de los soldados, exaltada por los ricos despojos conseguidos en la guerra anterior, le garantizaba sus esfuerzos en la que iba a comenzar; y de otro, el ejército, gracias a los cuidados de Anatolio, prefecto de Iliria, se encontraba provisto de antemano de todo lo necesario sin que hubiera que recurrir a ningún procedimiento vejatorio. Cosa demostrada es que ninguna administración, antes de la suya, había derramado tantos beneficios en nuestras provincias del Norte. Corrigiendo los abusos con tanta firmeza como prudencia, había emprendido con valor que le honra la iniciativa de una reducción de impuestos. Aligeró la enorme carga de los transportes públicos, que dejó tantas casas desiertas, así como los impuestos sobre las personas y los bienes, con lo que hacía desaparecer muchos gérmenes de

irritación y queja. En una palabra, todo aquel país sería hoy feliz y estaría tranquilo, si más adelante no hubiese reaparecido con los nombres más odiados, el régimen de exacciones, agravado como a porfía por los agentes del fisco y por los contribuyentes, que a la vez eran repartidores: éstos, queriendo con la exageración de sus ofrecimientos hacerse buen lado con los poderes; aquéllos, no viendo más que en la ruina medio para asegurar el fruto de sus rapiñas; sucediendo muy pronto a la prosperidad las expropiaciones y los suicidios.

Urgiendo poner coto a los males de la invasión, partió el Emperador al frente de fuerte ejército, dirigiéndose a aquella parte de la Pannonia recientemente erigida en provincia distinta bajo Diocleciano, y que, en honor de su hija, recibió el nombre de Valeria. Allí plantó su tienda, en las orillas del Ister, y se dedicó a observar los movimientos de los bárbaros. Lisonjeábanse éstos con adelantar su marcha en Pannonia, y penetrando en el país en el rigor del invierno, so pretexto de la alianza, talarlo con un golpe de mano, mientras que el hielo del río, resistiendo a las primeras influencias de la primavera, permitiría con mucha dificultad a nuestras tropas mantener la campaña.

Constancio comenzó por enviar a los limigantos dos tribunos, acompañado cada cual por un intérprete para preguntarles bondadosamente la razón de aquellas correrías y aquella violación del territorio con menosprecio de los tratados y de la paz pedida y jurada. El mensaje les impuso, alegando al principio varios pretextos y concluyendo por pedir perdón, implorando, con el olvido del nuevo atentado, permiso para pasar el río y llegar hasta el Emperador para exponerle sus desdichas. Dispuestos estaban, si lo encontraban misericordioso, a marchar a establecerse en algún distrito lejano de la circunscripción del Imperio, dedicados en adelante al culto de la paz como al de una divinidad benéfica, y aceptando el título y condición de súbditos.

Referidas estas proposiciones a Constancio por los tribunos a su regreso, le regocijaron profundamente, porque, sin combatir, se veía libre de una de sus preocupaciones más graves. El sentimiento de la avaricia, fomentado por su cohorte de aduladores, quedaba también satisfecho con este arreglo. Concluía con la guerra exterior, decían; por todas partes iba a quedar asegurada la paz; ganábase considerable aumento de población y fecundo semillero de reclutamiento, y, en fin, se obtenía alivio para las provincias, dispuestas siempre, por una transacción frecuentemente perjudicial a la república, a rescatar con oro el impuesto de sangre. Constancio acampó cerca de Acimincum, y allí hizo levantar una terraza en forma de tribunal. Cierta número de barcas, montadas por hombres armados a la ligera, permanecieron en observación todo lo cerca posible de la orilla, con objeto de coger por la espalda a los bárbaros a la menor demostración hostil. Esto lo había aconsejado el agrimensor Inocencio, que recibió el mando de aquella fuerza. Los limigantos no dejaron de observar aquellas disposiciones, pero no por esto abandonaron la actitud de suplicantes con que ocultaban otros propósitos.

Meditaba el Emperador una alocución muy suave y se preparaba a tratarles como a hombres morigerados, cuando de pronto, uno de ellos lanzó furiosamente su calzado contra el tribunal, exclamando: «¡Marha, Marha!», que es su grito de guerra. A esta señal toda la multitud alzó las enseñas y se precipitó contra el príncipe, rugiendo como fieras. Constancio, que dominaba desde su posición, vio extenderse por la llanura aquel formidable torbellino, y volverse contra él todas aquellas espadas, todos aquellos dardos; consideró que no podía perder un momento, y, aprovechando la premura para ocultar su rango, lanzóse sobre un caballo y huyó a la carrera. El débil grupo que lo defendía quedó destrozado, derribado y pisoteado por las masas, a que quiso resistir; quedando en el acto hechos pedazos el asiento imperial y el áureo cojín que lo cubría.

Corrió en seguida la noticia de que el Emperador había estado a punto de perecer y que todavía estaba amenazada su vida; y el ardor del soldado, sabiendo que no estaba aún fuera de peligro, se exalta con la idea de salvar a su príncipe. Dando furiosos gritos, cayó sobre el enemigo, que peleó desesperadamente. Impacientes por vengar en aquellos traidores la ofensa inferida a su Emperador, los romanos no perdonaron a ninguno, quedando aplastados bajo los pies, muertos o moribundos, los que no habían recibido heridas; porque fueron necesarios montones de cadáveres para aplacar su enojo. Todos los limigantos quedaron muertos sobre el campo o dispersados a lo

lejos; y de éstos, todos los que esperaron salvación por sus ruegos, fueron acribillados de golpes. No se tocó retirada hasta su completo exterminio, y entonces se pudieron ver nuestras pérdidas, que eran poco considerables, porque solamente teníamos que lamentar la de aquéllos que sostuvieron el primer choque, o que cayeron víctimas de su precipitación al exponerse casi desnudos. El golpe más sensible para nosotros fue la muerte de Cela, tribuno de los escutarios, que desde los comienzos de la pelea se lanzó en medio de los sármatas.

Con aquella terrible represión se vengaba Constancio de un enemigo pérfido, y aseguraba la integridad de las fronteras. En seguida regresó a Sirmium, desde donde marchó a Constantinopla, después de dictar apresuradamente las disposiciones que exigía el crítico estado de los negocios. Colocado allí, casi en el dintel del Oriente, encontrábase en disposición de remediar el desastre de Amida y rehacer su ejército para oponer al fin, fuerzas iguales a las del rey de Persia; porque si el influjo celestial no intervenía en favor nuestro por alguna ocupación grave, indudablemente el rey iba a llevar la guerra a Mesopotamia y más allá.

En medio de estas alarmas, un azote que desde muy antiguo residía entre nosotros, es decir, la fatal tendencia a suponer el crimen de lesa majestad por la menor apariencia, reemplazó con sus agitaciones las de la guerra extranjera. El autor principal, o por mejor decir, la clave de todas las acusaciones, fue el famosísimo notario Paulo, cuya atroz industria explotaba en provecho propio los brazos del verdugo y los instrumentos de suplicio, como el empresario de un circo especula con la muerte de sus gladiadores, a tanto por cabeza. Buscando a toda costa víctimas, nunca vacilaba en emplear el fraude y envolver a un inocente en las redes de la acusación capital, por poco que estuviese en juego su avidez.

Una circunstancia de las más ínfimas y triviales dio ocasión para extraordinario número de acusaciones. Encuéntrase en el interior de la Tebaida la ciudad de Abydos, donde se pronuncian los oráculos del dios Besa, objeto de antiquísimo culto local. Al oráculo se le consulta directamente o por medio de mandatario. Escribense las preguntas en cédulas de papel o pergamino, según las fórmulas consagradas, y algunas veces quedan en el templo después de obtenidas las respuestas. Recogidas con pésima intención algunas cédulas de aquéllas, las presentaron al Emperador, cuyo débil espíritu, incapaz de la menor aplicación a las cosas graves, mostraba singular lucidez en los asuntos de este género, apreciando en el acto todos los detalles. La comunicación aquella le irritó profundamente, siendo en el acto enviado Paulo al Oriente, provisto de plenos poderes para tomar informes y dirigir el proceso a su antojo. Su habilidad estaba probada, y se le unió a Modesto, conde de Oriente, a quien cuadraba perfectamente el encargo. Era entonces prefecto del pretorio Ermógenes Pontico, cuya benignidad infundiría sospecha, y prescindieron de él.

Inmediatamente marchó a su destino Paulo, que no respiraba más que odio y destrucción, y desde aquel momento se soltó la brida a la calumnia. Nobles y plebeyos, traídos en masa de casi todos los puntos del Imperio, sucumbían en el camino bajo el peso de las cadenas, o perecían en las prisiones. Eligieron para teatro de estas ejecuciones la ciudad de Scytliópolis, en Palestina, en primer lugar a causa de su aislamiento, y, además, porque ocupaba punto intermedio en condiciones de recibir los acusados de Antioquía y Alejandría.

Simplicio compareció uno de los primeros: era hijo de Filipo, que fue prefecto y cónsul, y, según decían, consistía su crimen en haber consultado al oráculo para saber si llegaría al imperio. Una orden expresa del príncipe mandaba aplicarle el tormento, porque en estos casos ni el aturdimiento siquiera encontraba perdón a sus ojos. Pero gracias a especial protección de la suerte, Simplicio salvó sus miembros, y solamente fue deportado. En seguida compareció Parnasio, hombre de costumbres modestas, que había sido prefecto de Egipto. Puesto en el borde de una sentencia capital, quedó al fin castigado con el destierro. Acusábasele de haber referido a muchas personas que la víspera de dejar, para buscar empleo, la casa que habitaba en Patras en la Acaya, su ciudad natal, se había visto en sueños escoltado por muchas personas con vestiduras trágicas. Después de éstos se juzgó a aquel Andrónico, que más adelante adquirió tanta fama como sabio y poeta. Pero su justificación, presentada con la serenidad de conciencia tranquila, no dejó subsistir

cargo alguno contra él, y se le absolvió. Siguióles Demetrio Chytras, llamado el filósofo, varón de avanzada edad, pero muy fuerte de ánimo y de cuerpo. Acusábasele de haber ofrecido frecuentes sacrificios y convino en ello; pero, según decía, era para tener propicias a las divinidades, por seguir una costumbre de la infancia, y de ninguna manera por ambición o por tentar al cielo. No sabía que nadie hubiese consultado al oráculo con otro fin. Después de haberle tenido bastante tiempo en el potro sin que flaquease su energía, sin que pudiese notarse la más pequeña variación en sus respuestas, le concedieron la vida y permiso para retirarse a Alejandría, de donde era natural.

Suerte propicia salvó a otros pocos, amparando la manifestación de su inocencia. Pero las prevenciones se multiplicaron hasta lo infinito, y pronto envolvieron en sus inextricables redes innumerables víctimas que perecieron desgarrados sus miembros en los tormentos o sufrieron la sentencia capital con pérdida de cuanto poseían, siendo Paulo el eje de todas aquellas iniquidades. Su espíritu, fecundo en medios de dañar, era arsenal de toda clase de calumnias, pudiéndose decir que de una señal suya dependía la suerte de los acusados. Había llevado uno al cuello un amuleto como preservativo de la fiebre cuartana o de otra enfermedad cualquiera, o bien se le había visto pasar de noche junto a una tumba; esto era bastante para que fuese denunciado y condenado a muerte, como confeccionador de venenos o como violador de sepulcros, que turbaba el reposo de los manes para componer maleficios, siguiendo la ejecución inmediatamente a la sentencia. Teníase por averiguado que considerable número de personas habían interrogado al oráculo de Claro, los árboles de Dodona y la trípole de Delfos, para saber cuándo moriría el Emperador; y en el acto, la turba adúladora del palacio tomaba pie de esto para las exageraciones más monstruosas, repitiendo por todas partes en alta voz que el Emperador estaba por encima de la ley común, que su destino era inmutable y que toda oposición se estrellaría ante su grandeza.

Que en esto hubiese motivo para serias investigaciones, nadie que piense rectamente podrá dudarlo. No negaremos que a la existencia del príncipe legítimo vaya unida la idea de protección y seguridad de las personas honradas y hasta la garantía de todos, ni tampoco que todas las voluntades no deban concurrir para formar en torno de su persona barrera infranqueable. Para reforzar más y más esta barrera, las leyes Cornelianas no reconocían excepción alguna en la aplicación del tormento en los delitos de lesa majestad. Pero aprovecharse de esta dura necesidad y exagerar sus rigores, solamente es propio de la tiranía, y no del poder moderado. Mejor es seguir el ejemplo de Cicerón, quien pudiendo, como él mismo dice, castigar o perdonar, según su voluntad, prefería perdonar a castigar. De esta manera procede la justicia serena e imparcial.

Por este tiempo nació en Dafnea, ameno y espléndido arrabal de Alejandría, un monstruo tan repugnante de ver como de describir. Era éste un niño con barbas, que tenía dos bocas, dos dientes, cuatro ojos y dos orejas apenas perceptibles; ser informe que pronosticaba la desorganización de la república. Es asaz frecuente la aparición de estos fenómenos, presagios de convulsiones políticas; pero de ordinario pasa sin que se tome en cuenta, porque ya no la siguen, como en los antiguos tiempos, ceremonias de expiación.

Hemos hablado en un libro anterior de una expedición de los Isaurios y de su fracasada tentativa contra Seleucia. Por esta época comenzaba a removerse este pueblo, después de larga inacción, como serpiente a quien la primavera hace salir de su agujero. Desde la cima de sus escarpadas montañas, sus numerosos grupos caían sobre las comarcas vecinas, asolándolas con sus devastaciones y rapiñas: en seguida, aprovechando su conocimiento de las montañas, burlaban a nuestras guardias, refugiándose rápidamente en sus inaccesibles guaridas. Envióse a Lauricio, revestido con la dignidad de conde, con el encargo de reducir a aquel país por la persuasión o la fuerza; y este hombre civil, hábil para gobernar, supo imponerse sin necesidad de crueldades, restableciendo tan perfectamente el orden en la provincia, que no volvió a ocurrir, bajo su mando, ningún acontecimiento digno de mención.

LIBRO XX

Enviase a Bretaña a Lupicino con su ejército para reprimir las incursiones de los escoceses y de los pictos.—Ursicino, que llega a general de la infantería, es calumniado y depuesto.—Eclipse de sol.—Fenómeno de los parelios.—Eclipses de sol y luna y diferentes fases de este astro.—Invernando Juliano en Lutecia, le proclaman Emperador, en contra de su voluntad, las legiones galas, que Constancio quería quitarle para emplearlas contra los persas.—Su arenga al ejército.—Sapor pone sitio y se apodera de Singara. Traslada a Persia todos los habitantes con un destacamento de caballería auxiliar y dos legiones que formaban la guarnición de la ciudad, que queda arrasada.—Sapor se apodera de la ciudad de Bezabda, defendida por tres legiones. En seguida la repara y abastece de víveres. Fracasa ante la fortaleza de Virta.—Juliano entera a Constancio por medio de una carta de lo ocurrido en Lutecia.—Constancio manda a Juliano que se contente con el título de César.—Unánime oposición de las legiones galas.—Juliano pasa el Rhin y cae de improviso sobre los francos, llamados acuarios, mata o se apodera de considerable número y concede la paz a los demás.—Constancio sitia con todas sus fuerzas a Betzabda y se retira sin éxito.—Del arco iris.

(Año 360 de J. C.)

Mientras ocurrían estas cosas en Oriente y en Iliria, bajo el décimo consulado de Constancio y tercero de Juliano, los negocios tomaban mal sesgo en Bretaña. Los escoceses y los pictos habían roto su convenio con nosotros, y estos pueblos feroces, extendiendo sus incursiones y estragos por toda la frontera, infundían terror en nuestras provincias, dominadas aún por la impresión de sus recientes desastres. El César, que invernaba todavía entre los parisios, se encontraba agitado por diferentes inquietudes, temiendo dejar sin jefe la Galia, a merced de los alemanes, que todavía pensaban en guerra y venganza, si iba personalmente, siguiendo el ejemplo del emperador Constante, a socorrer nuestras posesiones del otro lado del mar. Adoptó, pues, el partido de enviar a Lupicino, revestido entonces de la categoría de general, para que pacificase el país por la fuerza o por medio de negociaciones. Lupicino era buen soldado y entendido capitán, pero de los que levantan las cejas como cuernos, hablan alto y con acento perentorio; no pudiéndose decir si dominaba en él la dureza de corazón o el deseo de lucro. Partió en lo más recio del invierno con el cuerpo de los vélites, compuesto de hérulos y batavos, dos legiones de la Mesia, y pasó a Bononia. Allí se procuró suficiente número de naves para embarcar a toda su gente, y aprovechando viento favorable, después de tomar tierra en Rutopia (Hastings o Sanwich), punto de desembarque enfrente del primero, llegó a Lundinio (Londres), donde tomó rápidas disposiciones para la expedición.

Después de la caída de Amida, Ursicino había vuelto al lado del príncipe en calidad de jefe de la infantería, en cuyo cargo sucedió a Barbación, según hemos dicho. Pero no le dejaron tranquilo sus enemigos, que comenzaron por ataques ocultos, y en seguida propalaron calumnias sobre calumnias. Crédulo de ordinario y demasiado indolente para examinar, el Emperador escuchaba gravemente aquellos rumores. Había encargado a Arbación y a Florencio, maestre de los Oficios, hacer una investigación acerca de los acontecimientos de Amida; pero éstos, temerosos de desagradar a Eusebio, que entonces era jefe del palacio, poniendo de manifiesto que la cobarde inercia de Sabiniano era la única causa del desastre, ocultaron los hechos más acusadores, fijándose solamente en las circunstancias más insignificantes y hasta en las menos relacionadas con el objeto de su misión.

Esta iniquidad exasperó a Ursicino: «El Emperador, dijo, no quiere creerme, pero yo sostengo que la gravedad del asunto es tan grande, que solamente él puede conocer el negocio, único medio de llegar al descubrimiento de la verdad. Le predigo además que, si se limita a llorar sobre el fiel relato de la catástrofe, no fiando más que en las inspiraciones de sus eunucos, su presencia, aun en primavera, al frente de todas sus fuerzas, no impedirá el desmembramiento de la Mesopotamia.»

Estas palabras, que la malevolencia recogió y envenenó singularmente, irritaron de tal manera a Constancio, que, sin llevar más lejos la investigación, y dándola por terminada, despojó de su cargo al calumniado Ursicino, y, por inaudita promoción, nombró sucesor suyo a Agilón, que no era más que tribuno de los escutarios.

Por este mismo tiempo mostrábase el cielo, en la parte oriental, obscurecido y cubierto por nieblas; y desde el momento en que aparece la luz hasta el medio día, no se cesaba de ver a través de aquella niebla como aparición de estrellas intermitentes. Para colmo de terror, las exaltadas imaginaciones atribuían la falta de luz diurna a un eclipse solar de inusitada duración. Al fin aparecía el astro solar, pero con las fases de la luna, presentando al principio, como ésta, las dos puntas de una media luna, llegando gradualmente a formar el semicírculo de un cuarto, y al fin se destacaba de la obscuridad. Ahora bien: estos fenómenos evidentemente no tienen lugar sino cuando la luna, después de las desigualdades de su carrera mensual, vuelve al punto inicial de un período más largo, que la lleva debajo del sol, ocultándolo a nuestra vista. La línea recta que entonces forman los dos con la tierra, durante uno de esos instantes indivisibles que admite la Geometría, responde a un solo e idéntico punto del zodíaco. Aunque al término de cada mes lunar los movimientos y revoluciones de los dos astros les ponen necesariamente en conjunción, no resulta, sin embargo, como habían observado los que se dedican al estudio de las causas físicas accesibles a nuestra inteligencia, que el sol se encuentre obscurecido en tales días. Necesario es, en efecto, que la luna que oscila a un lado y otro de la eclíptica, se acerque bastante para que se encuentre sobre poco más o menos frente a frente del sol, de modo que se interponga entre nuestra vista y el globo de fuego. El disco del sol no pierde, pues, ante nuestros ojos extensión y brillo, sino cuando la marcha del globo lunar, el más bajo de los cuerpos celestes, lo trae a la proximidad del círculo mayor; entonces depende la magnitud del eclipse, según la hermosa y sabia demostración de Ptolomeo, en primer lugar, de la conjunción más o menos precisa de los dos centros, y además, del intervalo que los separa, porque es preciso que los dos discos penetren más o menos en la línea diametral que pasa por los nodos. Estos nodos, que los griegos llaman *ἀναβιβάζοντας* y *καταβιβάζοντας έκλειπικούς συνδεσμούς*, son el ascendente y el descendente, colocados uno y otro sobre la eclíptica, y determinando allí los eclipses. El eclipse será tanto más débil cuanto más lejano esté del nodo el centro de la luna. Pero si coinciden el nodo y el centro, el cielo se cubre de densa obscuridad, el aire se condensa, y en vano procura la vista distinguir los objetos, aun los que están muy inmediatos.

Parece que hay dos soles cuando la nube, a consecuencia de extraordinaria altura, se encuentra herida más de cerca por sus rayos, reflejándose entonces la imagen del astro eterno como en el espejo más puro.

Pasemos ahora a los eclipses de luna. Averiguada está que solamente se verifican cuando el disco del astro, exactamente redondo y completamente iluminado, se encuentra en oposición con el del sol, del que está constantemente separada 180 grados, que equivalen a diez signos del zodíaco. Si bastasen estas condiciones, el plenilunio se eclipsaría siempre en medio de cada mes sinódico. Pero este astro, muy próximo al globo terrestre, donde todo es variable y susceptible de alteración, no pertenece propiamente a ese hermoso cielo donde todo es puro. Así es que le vemos en tanto desarrollarse parcialmente a la luz que le hiere, habiendo penetrado muy poco en el cono de sombra que proyecta la tierra, y, en tanto, envolverse por completo en torbellinos tenebrosos cuando los rayos solares, interceptados por la opacidad de la masa terrestre, se deslizan en el espacio alrededor de la circunferencia del globo colocado sobre nosotros, sin poder iluminar la superficie; porque las opiniones, divergentes en otros puntos, concuerdan en reconocer que la luna no tiene luz propia, por cuya razón, cuando se encuentra en conjunción con el sol, es decir, cuando responde al mismo punto que él en uno de los signos del zodíaco, pierde su brillo, como antes se ha dicho, o mejor aún, no conserva el reflejo.

Créese que nace la luna cuando su eje deja de ser perpendicular al centro del sol; en realidad no se hace visible al ojo humano, y solamente por el borde extremo de su disco, hasta que

completamente desprendida de la circunferencia del astro, entra en el segundo signo. Continúa su marcha, e iluminada ya parcialmente, aparece en forma de media luna; llámasele entonces *μηνοειδής* (luna cornuda). Alejándose más aún y llegando el cuarto signo, se presenta de perfil al sol, que ilumina la mitad de su superficie: los griegos llaman a esta fase *διχόμενος* (media luna). Cuando llega al quinto signo, que marca su mayor distancia, haciéndose convexa su figura en todos lados, toma el nombre de *ἀμφικύρτος*. Pero solamente cuando ocupa el séptimo signo, en el que se encuentra en oposición directa con el sol, brilla en toda su plenitud. Avanza más, sin salir de este signo y comienza a decrecer, y este es el principio del *ἀπόκρουσις* (declinación). Entonces recorre las mismas fases en sentido inverso. Todos los sistemas de astronomía concuerdan en cuanto a que nunca hay eclipse de luna sino en medio del mes lunar.

Para comprender lo que hemos dicho, que el sol pasa en tanto por encima, en tanto por debajo de nosotros, necesario es saber que los cuerpos celestes, considerados relativamente al universo, no salen ni se ocultan, sino que aparentan ocultarse a nuestros ojos en esta tierra que permanece suspendida por una fuerza interna y que solamente es un punto en la inmensidad. Esto es también lo que causa la ilusión del cambio de sitio de las estrellas, cuyo orden es en realidad fijo e inmutable. Pero volvamos a nuestro asunto.

Todos nuestros puestos avanzados estaban advertidos por los desertores de lo inminente que era la invasión de los persas, y Constancio acudía en socorro del Oriente. Pero la envidia devoraba su corazón ante el brillante testimonio que proclamaba la fama acerca de los trabajos y heroicas virtudes de Juliano: los alemanes vencidos, las ciudades de la Galia arrancadas de manos de los bárbaros, y estos mismos sometidos y hechos tributarios, eran otras tantas heridas que lastimaban su celosa vanidad. Temía que el invierno le reservase otras más crueles todavía, y, según se dice, por consejo del prefecto Florencio, envió a la Galia a Decencio, tribuno de los notarios, con encargo de tomar del ejército de Juliano todas las tropas auxiliares, compuestas de hérulos, batavos, petulantes y celtas; reunir trescientos hombres escogidos de las otras fuerzas y enviarlos todos al Oriente con bastante premura, para que en la primavera pudiesen pelear con los persas.

Lupicino estaba nominalmente designado para mandar estas tropas, porque todavía se ignoraba en la corte la expedición de Bretaña. Además, Sintula, que entonces era tribuno de las caballerizas del César, recibió orden de tomar lo más escogido de los escutarios y de los gentiles y ponerse al frente de este otro desmembramiento del ejército de las Galias.

Juliano se sometió sin murmurar, decidido a obedecer en todo a la autoridad superior. Pero no pudo menos de protestar contra toda violencia que se infiriese a los soldados nacidos al otro lado del Rhin, que al venir a ofrecerle sus brazos, habían estipulado que nunca se les haría servir al otro lado de los Alpes. Los bárbaros, según decía, ponían siempre esta cláusula en todos sus compromisos voluntarios; y atacarla era comprometer para lo venidero este medio de reclutamiento. Pero en vano habló; el tribuno, sin atender a estas observaciones, ejecutó estrictamente sus órdenes. Tomó de los auxiliares y de las legiones los hombres más vigorosos y ágiles y partió con aquella gente escogida regocijado por haber adquirido por este medio nuevos títulos al favor de la corte.

Faltaba enviar el resto de las tropas pedidas, y el César experimentaba grandísimas ansiedades, porque tenía que habérselas con los soldados más rudos y las órdenes del Emperador eran terminantes. En su apuro, aumentado por la ausencia del general de la caballería, llamó al prefecto, que había marchado a Viena so pretexto de ocuparse de las provisiones, pero en realidad para apartarse de las dificultades. Efectivamente, Florencio pasaba por haber insistido mucho ante Constancio en informes anteriores acerca del espíritu militar de los cuerpos empleados en la defensa de las Galias, sobre el espanto que inspiraban a los bárbaros y haber influido con esto en el llamamiento de aquellas tropas. A la invitación de Juliano para que acudiese a ilustrarle con sus consejos, opuso obstinada negativa. La carta del César decía terminantemente (cosa que estaba muy lejos de tranquilizar a Juliano) que el puesto del prefecto estaba al lado del general en los momentos difíciles: añadiendo Juliano que si persistía en dejarle solo, iba a renunciar el título de César, prefiriendo la muerte a la terrible responsabilidad que pesaría sobre él. Pero todas las razones se

estrellaron ante la tenacidad del prefecto.

Entregado a sus incertidumbres por la ausencia de uno de sus consejeros y la pusilanimidad del otro, después de alguna vacilación, consideró que no tenía otro partido que tomar sino apresurar oficialmente la partida, y mandó ponerse en marcha a las tropas, que habían salido ya de sus cuarteles; pero en el momento en que se publicaba la orden, arrojaron un pasquín al pie de las enseñas de los petulantes, conteniendo, entre otras excitaciones, la siguiente: «Nos relegan a las extremidades del mundo como a proscriptos o malhechores; y nuestras familias que, al precio de tanta sangre, hemos arrancado a la servidumbre, caerán de nuevo bajo el yugo de los alemanes.» Llevóse este pasquín al cuartel general y lo leyó Juliano, quien, reconociendo justicia en la queja, permitió a las esposas e hijos de los soldados que los siguiesen a Oriente, y puso a su disposición los transportes públicos; y, dudándose acerca del camino que deberían seguir, el notario Ducencio propuso que atravesasen la comarca de los parisios, donde se encontraba todavía el César, prevaleciendo esta opinión. Al entrar las tropas en los arrabales, el príncipe salió a recibirlas, según su costumbre, dirigiendo la palabra a los conocidos, celebrando individualmente sus buenos servicios y exhortándoles a felicitarle por ingresar bajo el mando del Emperador: «Allí, les decía, la generosidad es ilimitada, lo mismo que el poder; allí les esperaban al fin recompensas dignas de ellos.» Para honrar más a los soldados, reunió a los jefes en un festín de despedida y les invitó a que le expusieran con libertad completa sus peticiones. Pero la misma benevolencia del recibimiento aumentaba la amargura de su disgusto; y regresaron a sus cuarteles sin saber qué deplorar más, si la separación de tal jefe o la expatriación. Hacia la media noche se caldearon los ánimos, la actitud del disgusto se trocó en desesperación, y en seguida en revuelta. Corren a las armas, acuden tumultuosamente al palacio y bloquean todas las salidas. En seguida brota espantoso vocerío proclamando Augusto a Juliano, e insistiendo obstinadamente para que se presente. Como era de noche, tuvieron forzosamente que esperar; pero al amanecer, obligado al fin el príncipe a presentarse, unánimes aclamaciones le saludaron de nuevo, llamándole Augusto.

Juliano, sin embargo, permaneció inflexible; exhortando a todos y a cada uno, en tanto con acento de indignación, en tanto extendiendo hacia ellos manos suplicantes, para que no empañasen con un acto reprobable tantas victorias: con aquella temeraria manifestación iban a desgarrar la república; y aprovechando en seguida un momento de calma, añadió con acento más conciliador: «Os ruego que no os dejéis arrebatar por el disgusto: lo que todos deseáis, puede conseguirse sin revolución, sin guerra civil. Puesto que el suelo de la patria tiene tanto atractivo para vosotros; puesto que tanto teméis al viaje, regresad a vuestros cantones: ninguno de vosotros atravesará si no quiere los Alpes. Yo me encargo de justificaros, y la alta sabiduría y prudencia de Augusto comprenderán mis razones.» Ante estas palabras, brotan de nuevo y con mayor vehemencia las exclamaciones y comienzan a mezclarse con ellas las quejas y las injurias, teniendo al fin el César que acceder a sus exigencias. Levantado sobre un escudo pedestre, fue proclamado unánimemente Augusto. En seguida quisieron que se ciñese la corona, y como manifestó que nunca había poseído joya de esta forma, pidieron el collar a su esposa y su adorno de cabeza; pero Juliano se opuso a ello, diciendo que las galas femeninas inaugurarían mal un reinado. En seguida pensaron en un penacho de caballo, para que, a falta de corona, una insignia cualquiera anunciase en él la autoridad suprema; pero Juliano lo rechazó también, objetando lo impropio del adorno. Entonces un tal Mauro, elevado después a la dignidad de conde, que más adelante se portó muy mal en las gargantas de Sucos, y que, a la sazón no era más que simple hastato en los petulantes, se quitó el collar que lo distinguía como draconario y lo puso audazmente en la cabeza de Juliano, quien, estrechado ya hasta el extremo, comprendió que comprometía la vida insistiendo en la negativa, y prometió a cada soldado cinco monedas de oro y una libra de plata.

Pero esta transacción no podía tranquilizar a Juliano, que veía claramente las consecuencias. Quitóse la diadema y se encerró en su cámara, absteniéndose de despachar hasta los asuntos más urgentes; y mientras, en su turbación busca los rincones más oscuros de su morada, un decurión de palacio, puesto que daba cierta importancia, empezó a recorrer precipitadamente los alojamientos de

los petulantes y de los celtas, diciendo a voces que acababa de cometerse un atentado: el que ellos habían proclamado la víspera Emperador, había sido herido por un asesino en la obscuridad. Agitáronse inmediatamente los soldados, cuya turbulencia se conmueve pronto con razón o sin ella; y en seguida blanden las lanzas, desenvainan las espadas y corren en tropel, como acontece en las sublevaciones, para ocupar a viva fuerza las salidas del palacio. Apodérase el miedo de los centinelas, de los tribunos de la guardia y del conde, llamado excubitor, que tenía el mando supremo. Conociendo de antiguo el ánimo levantisco de los soldados, los jefes suponen que es golpe preparado, y cada cual huye para salvar la vida. Pero ante la profunda tranquilidad que reina en el palacio, se calma la agitación, y ninguno sabe responder cuando se le pregunta la causa de aquella irrupción tan brusca y extraña, diciendo al fin que han temido por la seguridad del príncipe. Sin embargo, no abandonaron el palacio hasta que le vieron con traje imperial en la sala del consejo, donde fue absolutamente necesario introducirle.

Al tener noticia de estos acontecimientos, las tropas que habían salido al mando de Síntula se detuvieron en la marcha y regresaron tranquilamente a París. Juliano convocó entonces a todas las fuerzas en el campo de Marte para la mañana siguiente; y desplegando ahora más solemnidad que de ordinario, subió a su tribunal, adornado con águilas y estandartes y rodeado por todas partes de cohortes armadas. Allí guardó silencio durante breve rato; pero no viendo en torno suyo más que semblantes alegres, con voz que resonaba como el clarín, para que pudiesen oírle desde lejos, pronunció estas palabras, sencillas y enérgicas:

«Guerreros esforzados, que tan fiel y noblemente habéis combatido por mí y por la patria; que tantas veces habéis derramado conmigo vuestra sangre para conservar nuestras provincias; las circunstancias son demasiado apremiantes para soportar largos discursos. Vuestra decidida voluntad me ha elevado del rango de César a la cumbre del poder. Habéis realizado una revolución completa, y solamente queda que consolidarla con prudentes medidas. Honrado apenas adolescente con la púrpura, y, como sabéis muy bien, solamente por forma, desde que el celeste numen me colocó bajo vuestra tutela, jamás me he separado de la regla del deber. Me habéis visto tomar parte en todos vuestros trabajos, cuando después del saqueo de tantas ciudades, del asesinato de tantos millares de conciudadanos nuestros, la obra de destrucción propagada por la audacia de los bárbaros iba a extenderse a lo poco que había perdonado su furor. No os recordaré, pues, cuántas veces, en medio del invierno, con cielo glacial, cuando ordinariamente se pone tregua a los combates por tierra y por mar, hemos atacado y rechazado victoriosamente a los alemanes, no domados hasta entonces. Pero no es posible olvidar ni pasar en silencio aquella hermosa batalla de Argentoratum, aurora de la libertad de las Galias. Allí, corriendo yo mismo bajo una nube de dardos, os vi unas veces resistir como peñascos, con valor probado en tantos combates, y otras precipitaros como torrentes, desbordar, rebasar las masas enemigas que caían a vuestros pies o cedían ante el empuje: brillante victoria conquistada con poca sangre de los nuestros, cuya muerte hubo de ser más gloriosa que llorada. Habiendo merecido vosotros tanto de la patria, no necesito deciros lo que os resta que hacer para que la fama llegue hasta la más remota posteridad: defender con igual energía contra toda agresión al que vosotros mismos habéis elevado a la autoridad suprema. Por mi parte, para conservar el orden, mantener intacta la regla de la equidad en los ascensos y cerrar la puerta a las secretas invasiones de la intriga, decreto, bajo la sanción de esta gloriosa asamblea, que para toda promoción en el orden civil o militar, no se tendrá en cuenta otro título que el mérito personal, y que las recomendaciones se considerarán como deshonorosas para el que las emplee.»

Los simples soldados, que desde mucho tiempo se veían excluidos de los grados y de las recompensas, recibieron esta declaración con el ruido aprobador de las picas chocando con los escudos. Pero los petulantes y los celtas, con objeto de que la derogación siguiese a la ley todo lo más cerca posible, se apresuraron a pedir a Juliano, por medio de los actuarios, comisiones a su elección, peticiones que fueron rechazadas sin que mostrasen ellos queja ni disgusto.

Los familiares de Juliano le oyeron decir que la noche que precedió a su proclamación, se le apareció en sueños una figura en la forma que se representa al genio del Imperio, y le dijo con

severo acento: «Mucho tiempo hace ¡oh Juliano! que permanezco invisible en el dintel de tu palacio para encumbrarte a los honores. Más de una negativa he soportado. Si ahora me cierras también la puerta a pesar de la unanimidad de votos que te llama, me marcharé triste y desalentado. Pero recuerda que desde este día dejaré de habitar contigo.»

Mientras ocurrían estas cosas en las Galias, el terrible rey de los persas se mostraba más impaciente que nunca para conquistar la Mesopotamia; porque Antonino había redoblado las excitaciones desde la llegada de Crangasio. Aprovechando el alejamiento en que se encontraba entonces Constancio con su ejército, pasó pomposamente el Tigris al frente de fuerzas imponentes y se presentó delante de Singara para sitiirla. Esta plaza estaba bien guarnecida, y, en opinión de los gobernantes, abundantemente provista de todos los medios materiales de defensa. En cuanto la guarnición vio a lo lejos al enemigo, cerró las puertas, ocupó resueltamente las murallas y las torres, las guarneció de máquinas de guerra y de saetas, y, terminados todos los preparativos, permaneció con las armas en la mano, preparada para rechazar aquella multitud de asaltantes en cuanto intentase acercarse a las murallas.

Por mediación de los principales jefes, el rey trató primeramente de pactar con los sitiados, y no pudiendo conseguir nada, dedicó un día completo al descanso. Pero al salir el sol, desplegaron el estandarte rojo y atacaron a la ciudad, provistos unos de escalas, preparando otros las máquinas, y la mayor parte llevando delante manteletes formados con zarzos de mimbres, procurando abrirse camino hasta las murallas con objeto de atacarlas por el pie; y por su parte los sitiados, firmes en sus parapetos, abrumaban con piedras y dardos de toda clase a aquellos asaltantes que se muestran más encarnizados.

Durante muchos días seguidos repiten de igual manera el asalto con dudoso éxito, y muchos muertos de una y otra parte: y al fin, el último día por la tarde, cuando más empeñada estaba la pelea, los persas acercaron un ariete de formidable fuerza, cubierto con cueros húmedos para que resistiera a los dardos y al fuego y combatieron con repetidos golpes una torre redonda. Este era el mismo medio que emplearon para abrir brecha en el sitio anterior. Entonces se reconcentraron todos los esfuerzos en este punto, peleando allí con extraordinario furor. Por todas partes llueven antorchas y saetas incendiarias, además de una nube de flechas y piedras que caen sobre el aparato destructor, que no por esto cesa en su obra, a despecho del valor de los sitiados. Su acerada punta penetra en el muro de la torre y cuando más se la disputan el hierro y el fuego, se derrumba ésta de pronto, abriendo paso a la ciudad. En el acto lanzan los persas un grito de triunfo, y penetran por aquella brecha que el miedo desguarnea de defensores, invadiendo sin obstáculo las calles. Al principio fueron degollados al azar algunos habitantes, y los demás, por orden de Sapor, cogidos vivos y enviados al interior de Persia.

La guarnición, formada por dos legiones, la primera Flaviana y la primera Parthica, de un cuerpo numeroso de indígenas y un grupo de caballería, que tuvo que refugiarse en la plaza a la aparición de los persas, fue llevada con las manos atadas a la espalda, sin que por nuestra parte se tratase de libertarla; porque la mayor parte de nuestras fuerzas se encontraban entonces reunidas en un campamento que cubría a Nisiba, y la distancia no permitía intentar nada. Observárase además que Singara fue tomada muchas veces en los tiempos antiguos sin que se pudiese socorrerla, siendo causa de esto la escasez de agua en las comarcas inmediatas. Y a pesar de las ventajas de esta fortaleza como punto de observación, puede decirse que su posesión ha sido más bien desventajosa para nosotros, por la pérdida de gente que su caída ha ocasionado muchas veces.

Tomada la ciudad, el rey prescindió prudentemente de Nisiba, recordando los frecuentes fracasos que había experimentado ante sus murallas, y tomó a la derecha un camino extraviado; queriendo, por fuerza o seducción, asegurarse de la posesión de Bezabda, ciudad a la que sus antiguos fundadores dieron también el nombre de Fenica. Esta plaza es también muy fuerte, estando asentada sobre una colina no muy alta en la orilla del Tigris, y cuya parte inferior, que es la más débil, está defendida por doble recinto de murallas. Tres legiones formaban la guarnición: la segunda Flaviana, la segunda Armeniana y la segunda Parthica, con un cuerpo numeroso de

arqueros zabdicensos; porque en territorio de éstos, sometido entonces al Imperio, está fundada la ciudad municipal de Bezabda.

La primera demostración la hizo el rey al frente de un brillante cuerpo de catafractos, acercándose con bastante temeridad al foso. Recibido de cerca por una nube de flechas y de otros dardos, no fue herido, sin embargo, gracias a la fuerte armadura que le defendía como el caparazón a la tortuga. Dominando su cólera, envió a los sitiados una legación llevando el caduceo, según costumbre, para aconsejarles pronta rendición si querían salvar vida y bienes, y para invitarles a que, abriendo todas las puertas, vinieran a prosternarse, ante el señor de las naciones. Aunque los legados avanzaron hasta la proximidad de las murallas, los sitiados no quisieron rechazarles, porque cada uno llevaba al lado uno de los prisioneros de Singara más conocidos de los habitantes de la ciudad; y el temor de herir a estos desgraciados hizo que no se lanzase ni una flecha. Pero los pacíficos ofrecimientos quedaron sin respuesta.

Otro día completo pasó en la inacción; pero antes de la aurora del siguiente, todo el ejército persa atravesó a la vez el foso, y avanzó, lanzando furiosas amenazas, hasta el pie de las murallas. El combate se trabó con furor, defendiéndose enérgicamente los sitiados. Considerable número de parthos quedaron heridos al traer escalas, o detrás de los manteletes, que les obligaban a marchar a ciegas. Pero los nuestros sufrieron mucho también, porque sus apretados grupos presentaban seguro blanco a las saetas de los sitiadores. La noche sola puso fin a la matanza, que fue igual por ambas partes; y al siguiente día, al sonido de las bocinas, trabóse de nuevo la lucha más furiosa, con igual encarnizamiento por ambas partes y la misma efusión de sangre.

En el tercer día, de común acuerdo, se convino una tregua, porque el terror era recíproco, en las murallas y en el campamento de los persas. En este momento el obispo de la ley cristiana hace seña desde la muralla de que quiere salir, y, conseguido un salvoconducto, se hace llevar a la tienda del Rey. Invitado a hablar libremente, pide, en términos muy conciliadores, que se retiren los Persas. Demasiadas vidas se han sacrificado por una y otra parte; nuevas desgracias pueden temerse y quizá inminentes; pero nada consigue con su insistencia. Ciego de furor el monarca, no tiene en cuenta ningún consejo suyo, y jura no retirarse antes de la completa destrucción de la ciudad. Un rumor, que por mi parte creo sin fundamento, a pesar de que algunos lo han repetido, acusa al obispo de haber revelado a Sapor los lados de la plaza que ofrecían por el interior menos defensa y más probabilidades de éxito al ataque. Dio fuerza a este rumor el hecho de que, desde aquel momento, y con aire de triunfo, los enemigos dirigieron todo el esfuerzo de sus máquinas contra los puntos débiles, con la inteligencia y discernimiento de quien sabe perfectamente lo que hace.

Sin contar los obstáculos que presentaba, en vista de las dificultades del camino, el acceso a las murallas y el infinito trabajo que evitaba a los Persas emplear el ariete bajo una nube de flechas y de piedras lanzadas a mano, las balistas y los escorpiones no cesaban de abrumarlos con saetas enormes y pedazos de roca. También les lanzaban cestas llenas de pez ardiendo y de betún, cuyo inflamado líquido, corriendo a lo largo de sus máquinas de guerra, las unían al suelo cual si hubieran echado raíces, mientras millares de antorchas y mechas lanzadas desde las murallas, acababan de consumirlas.

Pero a pesar, de tantos esfuerzos y de las graves pérdidas que experimentaban, persuadidos los sitiadores de que la rabia de su rey no se calmaría a otro precio, se obstinaron en la resolución de apoderarse antes del invierno de una plaza tan bien defendida por el arte y la naturaleza. Nada les contenía: ni la vista de la sangre, ni lo atroz de las heridas; peleaban como desesperados, y de buena voluntad arrostraban la muerte. Pero paralizados por la caída de pedazos de roca y por lluvia de materias inflamables, los arietes no podían moverse ya, cuando una de aquellas formidables máquinas, construida con más firmeza que las otras y a la que un revestimiento de cuero fresco ponía al abrigo de los dardos y las llamas, después de increíbles esfuerzos consiguió adelantar y colocarse al pie de la muralla. Su poderoso empuje logró muy pronto entreabrir las paredes de una torre, que acabó por derrumbarse con terrible estrépito, precipitando, arrastrando y sepultando entre sus ruinas a todos sus defensores. Su caída abría fácil brecha para el asalto, y el enemigo acudió a

ella en tropel. En el acto brotaron en la ciudad invadida terribles alaridos, trabándose en las calles furioso combate, peleando cuerpo a cuerpo y degollándose sin compasión. Estrechados por todas partes los nuestros, resisten algún tiempo con la energía de la desesperación, teniendo al fin que ceder ante el número; pero no por esto deja de herir la espada del vencedor sin descanso ni distinción. El niño arrancado del pecho, muere con su madre, víctimas los dos de ira que nada respeta. En medio de esta escena de horror, el enemigo no descuida el saqueo; cárgase con inmensos despojos y regresa a sus tiendas en triunfo, llevando delante millares de cautivos.

Insolente regocijo mostró Sapor al apoderarse de Phenica, plaza que deseaba desde muy antiguo, porque su posición ofrece inapreciables ventajas. Así fue que no quiso dejarla hasta reparar sólidamente aquellas partes de muralla que habían padecido durante el sitio. Aprovechó completamente la ciudad, y eligió los más distinguidos de su ejército por su nacimiento y virtudes militares para encargarles la defensa; porque temía (y los sucesos demostraron que no sin razón), que los romanos, no pudiendo resignarse a la pérdida de una fortificación tan importante, emplearían todos sus esfuerzos para recobrarla.

Desde allí continuó la marcha, con la confiada presunción de someterlo todo a su paso; y sin detenerse, se apoderó de algunos caseríos, llegando a poner sitio a Virta, fortaleza muy antigua, puesto que, según la tradición, la fundó Alejandro de Macedonia. Situada esta plaza en la extrema frontera de la Mesopotamia, y defendida por fortificaciones en ángulos salientes y entrantes, estaba además provista de todo lo necesario para hacerla inexpugnable. Sapor empleó con la guarnición seductoras promesas y terribles amenazas, tratando de tomarla por medio de terraplenes y de máquinas; pero al fin se vio obligado a retirarse hasta sin haber hecho tanto daño como recibió.

Estas cosas habían tenido lugar entre el Tigris y el Eufrates, en el período de un año. Constancio, que permanecía en Constantinopla, se había enterado de todo por frecuentes mensajeros, preveía inminente invasión de los persas y se dedicaba a oponerles todos los medios de defensa con que contaba. Reunía armas, alistaba soldados, reclutaba legiones de jóvenes, útiles y experimentados ya en las guerras de Oriente, procurando también asegurarse el concurso voluntario o interesada de los escitas, con objeto de quedar seguro de la Tracia cuando, a la primavera, la dejase para marchar al teatro de la guerra.

Entretanto Juliano, que continuaba invernando entre los parisios, meditaba con ansiedad acerca del paso que acababa de dar. Conocía el poco afecto que le profesaba Constancio, y nunca creyó que este príncipe aceptase el nuevo orden de cosas. Al fin adoptó la idea de enviarle una legación encargada de enterarle de los detalles del acontecimiento, añadiendo una apología escrita, en la que él mismo exponía sus intenciones y lo que aconsejaba para lo venidero. No dudaba Juliano de que Constancio estuviese enterado ya de todo, tanto por los relatos de los cubicularios, que acababan de dejar las Galias después de haberle hecho las entregas ordinarias sobre los tributos, como por el de Decencio, que les había precedido. Su carta era la del hombre que acepta francamente su nueva posición, pero sin emplear el tono arrogante de un inferior que bruscamente abandona la obediencia. Su sentido era como sigue:

«Siempre me he mostrado, en cuanto he podido, y pruebas existen de ello, tanto en la intención como en las obras, escrupuloso observador de la fe jurada. Creado César, y puesto en seguida en medio del fragor de las armas, jamás he mirado más allá del poder delegado. Me has visto, como servidor fiel, darte asidua cuenta de esta serie de victorias con que la fortuna ha coronado mis votos; y todo sin atribuir a mis esfuerzos la menor parte. Y, sin embargo, multitud de testigos podrían dar fe de que en todas estas campañas en que hemos derrotado y ahuyentado a los germanos, siendo el primero en los peligros y trabajos, he sido siempre el último en buscar el descanso.

»Añadiré ahora que lo que tal vez llamarás traición, no es otra cosa que una resolución del soldado, resolución tomada desde hace mucho tiempo. Indignábase de obedecer a un subalterno, de consumir inútilmente su vida en los rudos trabajos de una guerra, que renace incesantemente, sin poder esperar de una generosidad secundaria la justa recompensa de tantas fatigas y tan brillantes

triumfos. En medio de la sorda irritación que le domina, en vez de ascensos, en vez de gratificación anual, reciben estos hombres, acostumbrados a los hielos, la inesperada orden de partir casi desnudos, separándose de sus esposas e hijos, y desprovistos de todo lo necesario, para ir a pelear en los últimos confines del Oriente. Esto produjo el estallido de la sublevación, y durante la noche rodearon el palacio, repitiendo mil veces el grito de Juliano Augusto. Me estremecí; me oculté buscando refugio contra el peligro en los parajes más oscuros; pero su impaciencia no me dio tregua. Al fin me decidí a presentarme, escudándome con mi inocencia, y esperando que algunas palabras suaves, aunque enérgicas, pondrían término al tumulto. Pero entonces no conoció límites su furor, acudiendo muchos y amenazándome de muerte, mientras me esforzaba yo en recordarles su deber. Estrechado hasta el último extremo, y reflexionando que, si me mataban, otro aceptaría quizá voluntariamente el imperio en lugar mío, consentí como único medio de calmar a los soldados enfurecidos.

»Esto es exactamente lo ocurrido, que te ruego consideres con ánimo tranquilo. No creerás que te engaño en ningún punto, si cierras los oídos a las insinuaciones de malevolencia interesada en el desacuerdo de los príncipes. Rechaza la adulación, madre de todos los vicios, y no escuches más que la justicia, que es la virtud más hermosa, aceptando sin desconfianza las equitativas condiciones que acabo de proponerte: un momento de reflexión te convencerá de que tu sanción a lo que acaba de suceder aprovechará por igual al Estado y a nosotros, que estamos unidos ya por la sangre y asociados al poder por la fortuna. Perdónese, pues, todo. Lo principal para mí en este arreglo que reclama la razón, es que la tuya quede satisfecha, y mi apresuramiento será mayor para ejecutar tus mandatos.

»En pocas palabras diré cómo entiendo nuestras recíprocas obligaciones. Te proveeré de caballos de tiro españoles y de los reclutamientos que se hagan, tanto de los jóvenes letos de este lado del Rhin, como de voluntarios de la otra orilla, a propósito unos y otros para formar los cuerpos de escutarios y gentiles. A esto me comprometo por toda la vida, y con placer y regocijo cumpliré mi compromiso. Tú, por el cariño que me profesas, me designarás para prefectos del pretorio hombres íntegros y hábiles. En cuanto a los demás magistrados civiles y militares, conviene que me dejes la elección, como también la de mis guardias; porque sería verdaderamente absurdo que un príncipe, pudiendo obrar de otra manera, confiase su persona a alguno cuyas disposiciones y moralidad desconociera.

»Creo poder afirmar que ni la persuasión ni la fuerza conseguirán de los galos que envíen sus hijos a parajes lejanos. Esta región ha padecido cruelmente durante mucho tiempo; y arrebatarla sus jóvenes útiles, equivaldría a darla el último golpe, por el recuerdo de lo que ha sufrido y por la anticipación de lo que le estaría reservado aún. ¿Sería prudente, por otra parte, desguarnecer aquí completamente nuestra línea de defensa con el único objeto de reforzarnos contra los parthos? Esta provincia está muy lejos de encontrarse al abrigo de ulteriores invasiones; y hablando claramente, ésta es la que, asolada desde tanto tiempo, necesita de grandes y enérgicos socorros.

»Escribo así por nuestro común interés: considera estas breves palabras como consejo y súplica. Sin elevarme hasta el tono que mi presente dignidad autorizaría, solamente te recordaré que en muchas circunstancias la buena inteligencia entre los príncipes y recíprocas concesiones han restablecido los negocios más desesperados. Así lo acredita la historia; aquellos antepasados nuestros que pusieron en práctica este principio, consiguieron por tal medio hacer dichoso su reinado y honrada y querida su memoria.»

A esta carta oficial unió otra secreta en la que dirigía a Constancio amargas reconvenciones; pero se desconoce el texto de este escrito, y quien lo conociera sería culpable de indiscreción al publicarlo.

Juliano confió el encargo a dos hombres graves, Pentadio, maestro de oficios, y Eutherio, prefecto del palacio; quienes, después de entregar la carta, debían darle detallada cuenta de cuanto vieses y aconsejarse de las circunstancias.

Las palabras del prefecto Florencio, después de su deserción, agriaron más y más las primeras

relaciones. Según decía, «tenía prevista la perturbación que había de excitar la orden de marcha de las tropas; y el interés del servicio de subsistencias, que expuso ante Juliano como causa que reclamaba la presencia del prefecto en Viena, solamente fue pretexto para huir del resentimiento que se había atraído por la independencia de su lenguaje.» Cuando Florencio vio a Juliano Emperador, se consideró casi perdido, y no pensó más que en aprovechar la distancia para sustraerse por completo al peligro de que creía amenazada su cabeza; llegando hasta dejar a la espalda su familia, y marchando a cortas jornadas a reunirse con Constancio. Allí, para no ser sospechoso de complicidad en los últimos acontecimientos, procuró dar a la conducta de Juliano el aspecto de sublevación espontánea. Pero la manera de obrar de Juliano con Florencio ausente, sólo deja entrever sentimientos de clemencia, pues fueron respetados sus bienes lo mismo que su familia, a la que hasta se autorizó para que usase los transportes públicos con objeto de facilitar su regreso a Oriente.

Los emisarios que llevaban las cartas de Juliano hicieron el viaje con toda la celeridad posible; pero los altos funcionarios del Estado, siempre que estuvieron en relación con ellos, les suscitaban indirectamente obstáculos, siéndoles sumamente difícil atravesar la Italia y la Iliria. Sin embargo, consiguieron cruzar el Bósforo y alcanzaron al fin a Constancio en Cesarea, en Capadocia. Esta es una hermosa ciudad de paso, construida al pie del monte Argeo, y que en otro tiempo se llamaba Mazaca. Allí los recibió el Emperador, permitiéndoles entregar las cartas; pero al leerlas, experimentó violentísimo arrebató, miró a los emisarios de una manera que les hizo temer por su vida, y les mandó salir sin añadir ni una palabra y sin querer oír más.

El golpe estaba dado. Dominaba a Constancio profunda vacilación, no sabiendo si marchar contra los Persas o emplear contra Juliano las fuerzas en que podía confiar más. Mucho tiempo dudó, decidiéndose al fin por el partido más acertado, dirigiendo sus pasos al Oriente. Sin embargo, despidió inmediatamente a los emisarios, y envió a la Galia a su cuestor Leonas, con una carta en que mostraba a Juliano su terminante desagrado por la innovación política de que había osado tomar la iniciativa, y le aconsejaba en interés suyo y en el de sus partidarios, que prescindiese de aquel exceso de ambición y se contentara con el rango de César. Para comprobar el efecto de estas amenazas y exhibirse como autoridad que se encuentra fuerte, nombró a Nebridio, cuestor entonces de Juliano, su prefecto del pretorio, en reemplazo de Florencio; dio al notario Félix el cargo de maestro de oficios e hizo otras promociones en el Gobierno de las Galias. En cuanto a Gumohario, que sucedía en el generalato de caballería a Lupicino, su nombramiento había sido anterior a la noticia de la revolución.

Juliano recibió en París a Leonas como a hombre cuyo talento honraba y cuyo carácter le era agradable. Pero hasta el día siguiente, en presencia de las tropas y del pueblo reunido, no quiso que le entregase la carta de que era portador; recibéndola sobre elevado tribunal, para que se le viese desde lejos, la abrió y leyó en alta voz. Cuando llegó al párrafo en que Constancio desaprobaba todo lo que había ocurrido y declaraba que el rango de César debía bastar a Juliano, con horrible estallido se oyeron estas palabras: «Juliano es Augusto por el voto de la provincia y del ejército, por la investidura de la autoridad pública, que se alza en este momento, pero que quiere para lo venidero garantía contra las invasiones de los bárbaros.»

Testigo Leonas de esta manifestación, regresó en seguida con una carta de Juliano que contenía su fiel narración. De todos los nombramientos que había hecho Constancio, el nuevo Emperador no confirmó más que el de Nebridio, en calidad de prefecto del pretorio; porque en una carta anterior había designado la elección de este último como agradable para él. Del cargo de maestro de los oficios había dispuesto en favor de Anatolio, maestro de peticiones. También reformó los demás nombramientos, según las conveniencias de su poder y seguridad.

En medio de estas disposiciones, Lupicino le inspiraba temores, a pesar del alejamiento en que le tenía su misión en Bretaña. Sabía que era emprendedor, vanidoso, y si llegaban las noticias hasta él, siendo capaz de promover nuevas turbulencias, trabajaría por su propia cuenta. Para mayor seguridad, envióse un notario a Bononia, con objeto de no dejar a nadie pasar el estrecho. Esta

precaución hizo que Lupicino, que no supo nada, hasta su regreso, no tuviera ocasión de removerse.

El ánimo de Juliano se había elevado más y más con el sentimiento de su mayor grandeza y de la confianza que le mostraba el ejército. Temiendo dejar enfriar aquel ardor e incurrir él mismo en la nota de indolencia y apatía, envió una legación a Constancio, y con fuerzas proporcionadas a la empresa que meditaba, marchó a las fronteras de la segunda Germania, y desde allí a la ciudad de Tricensima. Pasando en seguida el Rhin, cayó sobre el país de los francos actuarios, raza turbulenta que en aquel momento insultaba con sus incursiones las fronteras de la Galia. Empezó el ataque en medio de la engañosa seguridad que inspiraba aquellas gentes el detestable estado de sus caminos, en los que desde tiempo inmemorial no se habían aventurado las armas romanas, y fácilmente dio cuenta de ellos. Cogióles o les mató mucha gente y los que quedaron se humillaron y recibieron del vencedor, que por este medio quiso asegurar la tranquilidad de las cercanías, la paz, con las condiciones que quiso imponer. En seguida, con igual rapidez atravesó Juliano el Rhin, revistó todas las plazas fuertes de la frontera, reparándolas, y adelantó hasta Rauraco; y, después de tomar otra vez posesión de ella y atendido a la seguridad ulterior de todo aquel país, donde los bárbaros se habían creído definitivamente instalados, se dirigió por Besanzón a Viena, donde se proponía invernar.

Así marchaban las cosas en las Galias, en donde todo demostraba hábil y firme dirección. Por este mismo tiempo, Constancio llamaba a su presencia a Arsaces, rey de Armenia; y después de dispensarle honrosa recepción, empleaba toda clase de ratiocinios y persuasiones para decidirle a permanecer inviolablemente unido a los romanos; porque sabía cuántas supercherías, intrigas y amenazas había empleado el rey de Persia para alejar de nosotros a este príncipe y traerlo a su partido. Arsaces juró y repitió muchas veces el juramento de morir antes que cambiar respecto a nosotros, retirándose colmado de regalos, lo mismo que su comitiva; guardando perfectamente su fe, uniéndole muchos lazos de gratitud con Constancio, siendo el principal el matrimonio que éste le había hecho contraer con Olimpia, hija de Ablabio, antiguo prefecto del pretorio, desposada anteriormente con su hermano, el emperador Constante.

Después de partir Arsaces, empezó Constancio la marcha por Melitina, ciudad de la Armenia Menor, Lacotena y Samosata, llegando a Edessa y pasando el Eufrates. Allí se detuvo bastante tiempo esperando los refuerzos de tropas y convoyes de víveres que llegaban por todos lados, y no salió hasta después del equinoccio de Otoño, para marchar a Amida. Cuando vio de cerca sus parapetos y edificios incendiados, se le estrechó el corazón y se le llenaron de lágrimas los ojos al considerar los males que había experimentado aquella desgraciada ciudad. Úrsulo, guarda del tesoro, que se encontraba allí en aquel momento, exclamó, en la amargura, de su dolor: «He ahí cómo defienden las ciudades aquellos por quienes el Estado se extenua para que no carezcan de nada.» El recuerdo de estas palabras bastó para promover más adelante en Calcedonia una sublevación militar contra su vida.

Desde Amida marchó el ejército, formado en cuña, sobre Bezabda, y allí acampó parapetándose con un foso y empalizada. El Emperador montó a caballo para dar vuelta a la ciudad fuera del alcance de las flechas, y durante el reconocimiento supo por boca de muchos que habían sido reparados y reforzados los puntos de las fortificaciones quebrantados por el tiempo y la incuria de las autoridades anteriores. No queriendo comenzar las hostilidades hasta después de agotar todos los medios de conciliación, envió a los sitiados hábiles negociadores para ofrecerles la alternativa de regresar a su país, conservando pacífica posesión de todo el botín que habían conquistado, o aceptar la dominación romana, con la segura esperanza de que se les colmaría de dignidades y regalos. La respuesta de los jefes estuvo conforme con el carácter indomable de su nación; todos pertenecían a nobles familias, y ni los peligros ni los trabajos les inspiraban temor. No quedaba, pues, otro camino que prepararlo todo para el sitio.

Entonces estrechó sus filas el ejército, y poniéndose en movimiento al sonido de las trompetas, embistió vigorosamente a la plaza por todas partes a la vez. Divídense las legiones en muchos cuerpos, que forman la tortuga reuniendo todos los escudos, intentando con aquel abrigo

atacar el pie de las murallas. Pero cantidad prodigiosa de toda clase de armas arrojadas rompió en seguida aquella especie de techo que les cubría, siendo necesario tocar retirada. Dedicóse un día entero al descanso; y al siguiente, los nuestros comienzan de nuevo el asalto, procurando cubrirse con medios más eficaces. Toda la extensión de las murallas estaba cubierta de cilicios de pelo de cabra que ocultaban a los sitiados; pero no vacilaban en salir de detrás de aquel parapeto cuando era necesario mover los brazos y abrumarnos con lluvia de piedras y de dardos. Dejaban acercarse nuestros manteletes confiadamente hasta el pie de las murallas; pero en cuanto tocaban a ellas, caían de lo alto toneles llenos de tierra, piedras de molino y pedazos de columnas, rompiendo aquellas endebles defensas, obligando a dispersarse apresuradamente los que se guarecían bajo de ellas.

Hacia diez días que duraba el sitio, y la confianza que continuaban demostrando los nuestros empezaba a alarmar a los sitiados, cuando se ocurrió echar mano de un ariete monstruoso que en otro tiempo proporcionó a los Persas la toma de Antioquía, y que después dejaron cerca de Carras. La vista de aquella máquina, la maravilla de su construcción, helaron al pronto el valor de los sitiados, que por un momento creyeron que no les quedaba otro camino que el de la rendición; pero se rehicieron e ingeniaron para neutralizar el efecto de aquel terrible aparato de guerra. Mientras se esforzaban los sitiadores por todos los medios para ajustar las piezas de aquel antiguo ariete, que habían desmontado por comodidad del transporte y encaminaban todos sus esfuerzos a proteger la aproximación, las balistas y hondas de la ciudad no cesaban de lanzar piedras, que, por derecha o izquierda alcanzaban a los obreros, costando considerable número de vidas. Sin embargo, nuestros terraplenes avanzaban rápidamente y de día en día se impulsaban las operaciones con más vigor; pero resultaban para nosotros más mortíferas por el mismo ardor que demostraban los soldados para merecer la recompensa. Peleando ante los ojos de su Emperador, algunos llegaban hasta a despojarse del casco para que se les pudiese reconocer con más seguridad, convirtiéndose por este medio en blancos para las flechas de los Persas. No se dormía de noche ni de día, manteniendo en constante alarma a todos los centinelas de ambas partes.

Los Persas veían elevarse más y más nuestros terraplenes y adelantar el ariete grande, siguiéndole otros más pequeños. Extraordinariamente asustados, procuraron prender fuego, arrojando antorchas y saetas incendiarias, pero sin producir efecto alguno, porque las máquinas estaban cubiertas en parte con cueros frescos o telas mojadas y barnizado el resto con alumbre, que las hacía incombustibles. Inauditas dificultades experimentaban los romanos para moverlas y protegerlas, pero la esperanza de apoderarse de la plaza les hacía arrostrar los peligros más grandes. Por su parte los sitiados, en el momento en que el ariete grande iba al fin a jugar contra una torre, tuvieron la singular destreza de coger y atar con largas cuerdas la cabeza de hierro del batiente, que en realidad figura la de un carnero, de manera que impidieron el movimiento de retroceso, y por lo tanto paralizaron el efecto: al mismo tiempo lo inundaron con una lluvia de pez hirviendo. Las demás máquinas preparadas permanecieron también por bastante tiempo inmóviles, recibiendo las armas arrojadas de toda clase que les lanzaban desde las murallas.

Pero los terraplenes alcanzaban ya a lo alto de los parapetos, y los sitiados veían segura su pérdida si no daban algún golpe decisivo; por lo que adoptaron la resolución desesperada de hacer una salida, y, en medio del combate, incendiar con antorchas y calderos de fuego los arietes. Pero después de violenta pelea se vieron rechazados en desorden a la plaza, sin haber podido realizar su propósito. Inmediatamente los romanos, desde lo alto de los terraplenes lanzaron nubes de flechas y piedras al mismo tiempo que de saetas incendiarias contra las torres, cuyo efecto impidió la vigilancia de los guardianes.

Mucho había disminuido por ambas partes el número de combatientes; pero los Persas habrían llegado a su última hora, de no haber conseguido reponerse por medio de una salida mejor combinada. Imponente fuerza se presentó de pronto fuera de las murallas; y ahora los incendiarios, que iban colocados en el centro de los combatientes, consiguieron lanzar sobre nuestras máquinas multitud de haces encendidos formados con sarmientos y otros combustibles. Instantáneamente quedó envuelto todo en torbellinos de humo; y al verlo suena la bocina y las legiones que estaban

sobre las armas precipitan el paso. Su ardor crecía a medida que avanzaban, pero apenas habían llegado a las manos, cuando nuestras máquinas estaban abrasadas. Solamente pudo salvarse el ariete grande, porque habiendo conseguido algunos soldados con vigoroso esfuerzo cortar las cuerdas que le sujetaban todavía contra la muralla, le sacaron medio consumido de en medio de las llamas.

La noche puso fin al combate, pero sin dar mucho descanso a los soldados. Despertados por los jefes, después de algunos momentos de comida y sueño, recibieron orden de retirar lejos de las murallas todas las máquinas, y se tomaron disposiciones para un ataque desde lo alto de los terraplenes que dominaban ya las fortificaciones. Colocaron balistas para barrer con más comodidad las murallas de sus defensores, creyendo que su sólo aspecto bastaría para que ni uno de ellos se atreviese a presentarse. Tomadas estas disposiciones, al acercarse el crepúsculo, triple línea de combatientes, llevando escalas muchos de ellos, avanzó, sacudiendo la cimera de los cascos en señal de desafío, para intentar el asalto de las murallas. El ruido de las trompetas se mezcla al estrépito de las armas, y se traba el combate con igual audacia por ambas partes. Los romanos, cuyo frente de ataque era más extenso, viendo ocultarse a los Persas, intimidados por el aspecto de las balistas, comenzaron a combatir la torre con el ariete, y, a pesar de una nube de saetas, continuaban avanzando, provistos de palancas, martillos y escalas. Comparativamente, los Persas sufrían mucho más, abrumados como estaban por las continuas y regulares descargas de las balistas, cuyos golpes caían sobre ellos desde lo alto de los terraplenes. Creyendo llegado el último momento, se dispusieron para un esfuerzo supremo. Una parte de sus fuerzas quedó para la defensa de las murallas, mientras que un cuerpo escogido, abriendo silenciosamente una puerta, salió rápidamente espada en mano, siguiéndole otro que llevaba antorchas ocultas; y mientras los soldados armados ocupaban a los romanos, que en tanto retrocedían, en tanto volvían al ataque, los otros se deslizaban encorvados y arrastrándose por el suelo hasta el pie de un terraplén, en cuya construcción habían empleado ramaje, haces de juncos y malezas, e introdujeron tizones encendidos en los huecos. En un momento prendieron fuego a todas aquellas materias inflamables, no teniendo tiempo los nuestros más que para retirar, en medio de grandes peligros, las máquinas intactas. La proximidad de la noche puso término a la pelea, y por una y otra parte se retiraron para descansar.

Muy apurado se encontraba el Emperador. Por graves razones consideraba indispensable la toma de Fenica, de la que podía hacerse inexpugnable baluarte contra las empresas del enemigo; pero la estación estaba demasiado avanzada para pensar en apoderarse de ella a viva fuerza. En vista de esto, decidió no tomar enérgicamente la ofensiva, limitándose al bloqueo, para apoderarse de los Persas por hambre. Pero el resultado engañó sus esperanzas. Continuaban combatiendo, pero con menos vigor, cuando la atmósfera, cargada de humedad, se cubrió con velo de tinieblas. Continuas lluvias empaparon el suelo, naturalmente blando en aquella comarca, haciéndole completamente impracticable, aumentando el terror de los ánimos repetidos truenos y deslumbradores relámpagos.

Tampoco cesaba de aparecer el arco iris, acerca del cual diré breves palabras. Calentada la tierra, deja brotar de su seno húmedas exhalaciones; y estos vapores, condensados primeramente en nubes, se resuelven en seguida en fino rocío que coloran los rayos del sol, cuando se encuentran en oposición a su brillante globo. Esto es lo que produce el arco iris; resultando la curvatura que vemos de la forma misma de la bóveda del mundo sobre que se despliega, y que, según la física, es la de una semiesfera. La vista distingue en el arco iris cinco bandas: la primera amarillo-clara, la segunda más intensa, la tercera roja, la cuarta purpúrea y la quinta azul tirando a verde. Esta hermosa serie de colores la explican de la siguiente manera. El matiz graduado de las dos primeras bandas depende de que su amarillo se confunde más o menos con el tinte del aire inmediato, por lo que resulta más pálido en la primera y más vivo en la segunda. La tercera brilla con tan hermoso rojo porque, sometida a la acción del sol, absorbe muy de cerca sus rayos. El color púrpura de la cuarta procede de los rayos que se debilitan al atravesar el velo de rocío, y solamente dan un reflejo obscuro, con efecto parecido sobre poco más o menos al color del fuego. Este último color pierde al extenderse y se trasforma en azul o verde.

Creen otros que se debe la aparición del arco iris a la interposición de alguna nube más densa y elevada de lo que ordinariamente se encuentran, y no pudiendo atravesarla los rayos del sol, los devuelve con intensidad aumentada por la refracción. Según este sistema, el arco iris recibe del mismo sol los reflejos de color análogo al blanco, y de la nube los que tienen aspecto verdoso; cosa análoga a la que sucede con las olas, cuyo color es azul en alta mar y que blanquean a la vista cuando se rompen en la playa.

El arco iris es precursor de las variaciones en el aspecto del cielo, que, de tranquilo y puro, pasa a ser obscuro y tempestuoso como en el ejemplo presente, o, de nebuloso, vuelve al estado de serenidad. De aquí la alegoría tan frecuente en los poetas, que hacen bajar del cielo a Iris, siempre que va a ocurrir algún cambio en el estado de las cosas. También existen otras muchas teorías acerca de este asunto. Pero vuelvo a mi relato.

El amenazador estado de la atmósfera inspiraba vivas inquietudes a Constancio. El mal tiempo aumentaba de día en día y era temible una sorpresa por el estado de los caminos, que hacía muy difíciles los movimientos. Además, exasperados los soldados, podían sublevarse de un momento a otro; y el Emperador experimentaba el despecho de aquel que viera abierta delante de sí opulenta morada y se le prohibiese poner el pie en ella. Abandonó, pues su empresa, y regresó a la desgraciada Siria para invernar en Antioquía; llevando el corazón contristado porque aquel año había experimentado deplorables reveses, cuyas consecuencias se sentirían por mucho tiempo. En efecto; parecía que pesaba sobre Constancio una fatalidad siempre que combatía personalmente con los Persas, por cuya razón prefería oponerles sus generales, quienes frecuentemente fueron más afortunados que él.

LIBRO XXI

Juliano Augusto celebra en Viena las fiestas quinquenales.—Cómo augura que se acercaba el fin de Constancio.—Diferentes medios para conocer el porvenir.—Juliano Augusto se hace pasar por cristiano para hacerse agradable al pueblo de Viena, y asiste públicamente a orar en una iglesia.—Vadomario, rey de los alemanes, rompe el Tratado y envía merodeadores a saquear nuestras fronteras.—Mata algunos hombres con el conde Libinon que los mandaba.—Juliano intercepta una carta de Vadomario a Constancio y hace prender al rey en un festín.—Destroza o hace prisioneros a una parte de los alemanes y concede la paz a los restantes.—Juliano arenga a los soldados y los decide a hacer la guerra a Constancio.—Constancio se casa con Faustina.—Refuerza su ejército y se atrae con regalos a los reyes de Armenia y de Iberia.—Sin salir de Antioquía, contiene al África por medio del notario Gaudencio.—Pasa el Eufrates y marcha a Edesa con el ejército.—Juliano, después de ordenar los asuntos de las Galias, se dirige al Danubio y hace que se adelante parte de sus tropas por Italia y la Recia.—Los cónsules Tauro y Florencio, prefectos del pretorio los dos, huyen al acercarse Juliano, uno a Iliria y el otro a Italia.—Luciliano, general de la caballería, quiere resistir, pero le sorprenden y aprisionan.—La ciudad y guarnición de Sirmio, capital de la Iliria Oriental, se rinde a Juliano, que ocupa el paso de Sucos, y escribe al Senado contra Constancio.—Dos legiones que habían pasado en Sirmio al partido de Juliano y a las que enviaba a las Galias, ocupan Aquilea, de acuerdo con los habitantes, y le cierran las puertas.—Aquilea sostiene un sitio en interés de Constancio.—A la noticia de la muerte del Emperador, se rinde la plaza a Juliano.—Sapor se retira ante auspicios desfavorables.—Constancio, en el momento de partir contra Juliano, arenga las tropas en Hierápolis.—Presagios de la muerte de Constancio.—Muere en Mesopotamia, en Cilicia.—Cualidades y defectos de este príncipe.

Mientras que aquella obstinada resistencia mantenía a Constancio detenido al otro lado del Eufrates, Juliano empleaba en Viena los días y las noches en formar planes para el porvenir, procurando, en los estrechos límites de sus recursos, tomar la actitud conveniente a su nueva fortuna. Sus reflexiones no le ofrecían, sin embargo, más que incertidumbre, porque no sabía si debería agotar primeramente todos los medios de conciliación o tomar la iniciativa en las hostilidades e influir en su adversario por el terror. La alternativa le parecía muy peligrosa. La amistad de Constancio había sido cruenta muchas veces y siempre había quedado vencedor en las guerras civiles. Juliano recordaba incesantemente el ejemplo de su hermano Galo, que se había perdido por la inercia y excesiva confianza en traidoras promesas. Sin embargo, más de un acto de vigor indicaba en el nuevo Augusto la resolución de erguirse valerosamente ante un rival capaz, como demostraba el pasado con elocuencia, de ocultar la traición bajo falsa apariencia de cariño. Por esta razón, haciendo caso omiso de la carta que le entregó Leonas de parte de Constancio, no confirmó de los nombramientos que había hecho más que el de Nebridio, y además, realizando un acto de Emperador, presidió la celebración de las fiestas quinquenales. En esta ceremonia se presentó adornado con magnífica diadema de pedrería, cuando en los primeros días de su advenimiento se le había visto ceñir la frente con una corona tan modesta que hubiese convenido al más sencillo *xystarco* (gimnasiarco) que revistiese la púrpura. Entonces dispuso la traslación de los restos de su esposa Helena a Roma, con orden de colocarlos en la suburbana vía Nomentana, donde estaba sepultada Constantina, hermana de Helena y esposa de Galo.

Otro motivo le animaba también para adelantarse al ataque de Constancio: era perito en el arte de la adivinación, y de una serie de sueños y presagios deducía la seguridad de la próxima muerte del Emperador. Ahora bien, como la malevolencia no ha dejado de hacer odiosas insinuaciones acerca de las prácticas adivinatorias de Juliano, príncipe tan esclarecido y tan curioso, por todo lo que puede ensanchar el dominio de la inteligencia, bueno será exponer brevemente cómo se concilia

con una razón superior este género de estudios, mucho menos frívolo de lo que generalmente se cree.

No es imposible que, por un esfuerzo de estudio, el espíritu que preside a los elementos, principio de actividad de todo lo que existe, y que ve lo venidero porque es eterno, quede en relación con la inteligencia humana y le participe algo de la facultad de presciencia que le pertenece. Invocadas con ciertas formas rituales las esencias intermediarias entre nosotros y la Divinidad, pueden predecir por boca mortal lo mismo que por medio de una fuente. Dícese que Themis preside a estos oráculos, llamada así porque revela al presente los inmutables decretos de los destinos, a los que llaman los griegos *τεθειμένα*, y por esta razón los antiguos teólogos asignaban a esta diosa un lugar en el lecho y sobre el trono de Júpiter, principio creador.

El ánimo más inepto no podría admitir la idea de que los augurios y vaticinios dependan del capricho de las aves, que no conocen lo venidero. Pero Dios, que ha dado a las aves el vuelo y el canto, ha querido que a estos atributos de su ser, al movimiento pausado o rápido de sus alas, se uniese la significación de las cosas futuras. Complácese la Providencia en hacer estas advertencias, sea como recompensa, o bien sencillamente como efecto de su cuidado por los intereses humanos.

Las entrañas de las víctimas, en sus infinitas variedades de conformación y aspecto, son también para la vista experimentada anuncio de lo que ha de acontecer. Fue inventor de esta ciencia Tages, que, según la tradición, brotó de la tierra en un campo de Etruria.

La exaltación da también espíritu profético, teniendo lugar entonces una manifestación divina por medio del lenguaje humano. En física, siendo el sol el alma del mundo, del que las nuestras no son más que destellos, cuando el foco envía su calor en cierta medida a sus emanaciones, les comunica el conocimiento de lo porvenir. De aquí el ardor interno de las sibilas; los torrentes de fuego de que se sienten penetradas. También existen otros muchos accidentes que son otros tantos pronósticos: los sonidos, las visiones que hieren repentinamente los ojos y los oídos, los truenos, los relámpagos y el rastro de las estrellas.

Implícita fe se debería a los sueños, si no fuese muchas veces defectuosa su interpretación. Según Aristóteles, los sueños son verídicos e irrecusables, cuando se duerme profundamente, fija la pupila y sin desviación del rayo visual. Pero el vulgo ignorante exclamará: «Si se puede leer en lo porvenir, ¿cómo se ignora que se perecerá en una batalla, o que nos espera otra cualquier desgracia?» Una palabra basta para responder. Si un gramático comete una falta de lenguaje; si un músico desafina; si un médico se equivoca en el remedio, ¿acaso lo atribuiremos a la gramática, a la música o a la medicina? Puede citarse, además, esta frase de Cicerón, en la que, como en todo, brilla su elevado ingenio: «Recibirnos de los dioses señales de lo que ha de suceder. Si nos engañamos, falta es de la inteligencia humana y no de los dioses.» Pero las digresiones deben ser cortas para no degenerar en fastidiosas. Volvamos al asunto.

Encontrándose en París, no siendo Juliano más que César, dedicábase un día en el campo de Marte a un ejercicio militar. El escudo sobre que golpeaba se rompió, no quedándole en la mano más que la empuñadura, que sujetó con firmeza. Mostrábase alarmados los presentes, considerando el caso como presagio funesto, y Juliano les dijo: «Tranquilizaos; no he soltado.» Más adelante, estando en Viena, acababa una noche de dormirse, después de frugal cena, cuando creyó ver en medio de las tinieblas brillante fantasma, que le dirigió y repitió muchas veces estos cuatro versos griegos:

Cuando Júpiter esté próximo a salir de Acuario, y Saturno, aparezca en el grado veinticinco de Virgo, Constancio, Emperador de Asia, terminará sus días con muerte triste y dolorosa.

Estas palabras le inspiraron confianza a prueba de todo lo que le reservase el porvenir. Sin embargo, decidió no aventurar nada, sino antes bien tomar con calma y reflexión las medidas que exigían las circunstancias, dedicándose especialmente a aumentar por grados sus fuerzas y a poner su estado militar a la altura de su nuevo rango. Hacía mucho tiempo que había renunciado al cristianismo, y, como todos los adoradores de los antiguos dioses, se entregaba a las prácticas de los augures y arúspices, cosa que solamente sabían corto número de confidentes íntimos, porque de este

secreto dependía su popularidad. Por esta razón fingía seguir profesando el culto cristiano, y para disimular mejor su cambio, llegó hasta presentarse en una iglesia en el día de la festividad llamada Epifanía, que los cristianos celebran en el mes de Enero, y tomó parte ostensible en las oraciones públicas.

En los primeros días de la primavera recibió una noticia muy triste; enterándole de que los alemanes de la comarca de Vadomario, de los que, después del tratado, no creía tener que temer ningún insulto, devastaban las fronteras de la Rhecía, y enviaban merodeadores a saquear por todos lados. Si cerraba los ojos ante estas depredaciones, despertaría de nuevo la guerra; y, para evitarlo, envió hacia aquella parte al conde Libinón con los petulantes y los celtas, que invernaban en derredor suyo, encargándole de restablecer el orden. Libinón se acercaba a la ciudad de Sanctión, cuando le vieron desde lejos los bárbaros, que deseando caer de improviso sobre él, se habían emboscado en un valle. Libinón arengó a sus soldados, que ardían en deseos de pelear no obstante la desigualdad de fuerzas, y atacó imprudentemente a los germanos, cayendo el primero al comenzar el combate. Aumentando su muerte la confianza de los bárbaros, encendió en los nuestros el deseo de vengarle; pero después de encarnizado combate, se vieron abrumados por el número y puestos en derrota, dejando algunos muertos y heridos.

Como antes se dijo, Constancio había tratado con Vadomario y su hermano Gondomado; éste había muerto ya. Ahora bien: Constancio, que contaba con la buena fe de Vadomario, y con la cooperación eficaz y discreta de su parte a sus secretos proyectos, le había invitado por medio de carta (si ha de creerse en rumores) a que realizase en la frontera algunas hostilidades en señal de ruptura. Este era un medio de inquietar a Juliano y obligarle a detenerse para defender las Galias. Es muy verosímil que Vadomario no se movía en aquel momento sino a consecuencia del impulso recibido. Este príncipe bárbaro había desplegado en su juventud astucia y falsedad increíbles; y el mismo carácter mostró después igualmente pronunciado, cuando le nombraron duque de Fenicia. Descubierta en esta ocasión, se contuvo; pero un secretario suyo que llevaba una carta para Constancio, cayó en manos de las avanzadas de Juliano. Registráronle y le encontraron la carta, que, entre otras cosas, decía: «Tu César se insubordina», aunque Valdomario no dejaba jamás, cuando escribía a Juliano, de calificarle de señor, Augusto y dios.

Esto era peligroso y oscuro: Juliano comprendió el apuro en que podría ponerle esta intriga, y, por su propia seguridad, lo mismo que por la de la provincia, no pensó más que en apoderarse de la persona de Vadomario, para lo que empleó el siguiente medió: envióle a su secretario Filagrio, que después fue conde de Oriente, y cuya habilidad conocía bien, con diferentes instrucciones y le entregó además una carta cerrada, que no debía abrir sino en el caso de que Vadomario viniese a la orilla izquierda del Rhin. Cuando Filagrio llegó al punto designado, y mientras se entregaba a los asuntos de su misión, Vadomario cruzó el Rhin como en plena paz, aparentando ignorar los atentados que acababa de cometer. Visitó en aquel punto al jefe romano, habló con él como de ordinario, y para alejar mejor toda sospecha, se invitó espontáneamente a una comida a que debía asistir Filagrio. Al entrar éste, reconoció a Vadomario; y so pretexto de asunto urgente, regresó a su alojamiento, abrió la carta de Juliano, que le prescribía lo que había de hacer, y volvió en seguida a ocupar su puesto en medio de los convidados. Terminada la comida, Filagrio cogió fuertemente a Vadomario, y, alegando la orden superior que había recibido, mandó, al jefe militar que llevase el prisionero al campamento, y lo guardase con cuidado. La comitiva del rey, a la que no se refería la orden, pudo retirarse. En seguida llevaron a Vadomario al campamento del príncipe, creyéndose perdido al ver descubierta el secreto de su correspondencia por la detención de su emisario. Sin embargo, Juliano ni siquiera le dirigió reconvenciones y se contentó con relegarle a España; porque no había tenido otra intención que la de impedir que, durante su ausencia, aquel hombre peligroso perturbase de nuevo la tranquilidad de las Galias.

Tranquilo en cuanto a sus proyectos ulteriores por aquella captura, cuyo éxito había excedido a sus esperanzas, Juliano se preparó para castigar sin más retraso a los bárbaros por el desastre que habían sufrido el conde Libinón y sus escasas fuerzas. Con objeto de ocultarles su marcha, cuyo

ruido solamente habría bastado para alejarles mucho, pasó el Rhin en el silencio de la noche, con las tropas auxiliares más ligeras y rodeó al enemigo, que no sospechaba nada: y cuándo despertando al ruido de las armas, buscaban sus flechas y espadas, el príncipe cayó sobre ellos, mató considerable número, perdonó a los que ofrecieron como suplicantes la devolución del botín y concedió la paz a los demás, con la seguridad de que no la turbarían ya en adelante.

Exaltado todavía su ánimo con el triunfo, previó sagazmente el alcance del paso que había dado, comprendiendo que en tales casos es necesario marchar directamente al objeto y que le era conveniente proclamar él mismo su independencia. Queriendo, sin embargo, asegurarse bien de las disposiciones del soldado, después de un sacrificio secreto a Belona, mandó reunir el ejército a son de bocina; subió en seguida a un estrado de piedra, y habló ahora más seguro de sí mismo y dando a su voz mayor sonoridad que de ordinario, en los términos siguientes:

«Nobles compañeros: ante tan graves acontecimientos, cada cual forma sin duda conjeturas y espera con impaciencia que hable yo de la situación y de las medidas que aconseja la prudencia. La misión del soldado antes es escuchar que discurrir. Pero también el carácter de vuestro jefe, que os es bien conocido, os garantiza que nada os propondrá que no os sea conveniente y digno de vuestra aprobación. Escuchad, pues, atentamente la sencilla exposición que voy a hacer de mis propósitos y planes. Colocado muy joven entre vosotros por la voluntad divina, he sabido rechazar las incesantes irrupciones de los alemanes y francos, y comprimir su deseo de pillaje. Con el auxilio de vuestros brazos he podido abrir el Rhin en todo su curso a las armas romanas. Ni sus espantosos gritos, ni el temido choque de los bárbaros me han hecho retroceder un paso, porque sentía a mi espalda el apoyo de vuestro valor. Esto es lo que la Galia, testigo de vuestra heroica energía, la Galia, renacida de sus cenizas después de larga serie de desastres, dirá en sus acciones de gracias, hasta la última posteridad. Elevado por vuestros votos y por la fuerza de las cosas a la dignidad de Augusto, me atrevo, con el auxilio de Dios y el vuestro, a dar un paso más hacia la fortuna. Diré en favor mío que este ejército tan brillante por su valor, y no menos notable por su espíritu de justicia, siempre me ha concedido, con el mérito de la moderación y desinterés en la administración civil, el de la prudencia y tranquilidad en nuestros frecuentes combates con las naciones bárbaras. Ahora bien: solamente con la estrecha unión de voluntades podremos hacer frente a las pruebas que nos esperan. Seguid, pues, mientras las circunstancias lo permiten, un consejo que creo muy saludable: el de aprovechar el actual desarme de la Iliria para ocupar su extensión por el lado de las Dacias. Una vez establecidos en esta comarca, proveeremos a extender nuestros triunfos. Prometedme, bajo la fe del juramento, como se hace cuando el jefe inspira confianza, vuestro concurso fiel y perseverante. Sabéis que, por mi parte, no tenéis que temer temeridad ni debilidad, y que tenéis un jefe dispuesto a creer en cada uno de vosotros intenciones y motivos que solamente tienen el bien público por móvil y objeto. Pero os ruego que refrenéis el arrebatado de vuestro ardor guerrero; que no padezca nada el interés particular. Recordad que habéis conseguido menos gloria de la multitud de enemigos derrotados ante el esfuerzo de vuestras armas, que del hermoso ejemplo que habéis dado tratando generosamente a la provincia que habéis salvado con vuestro valor.»

El discurso del Emperador produjo en los soldados el efecto de un oráculo. Apasionada emoción se apoderó de todos los corazones, y el entusiasmo por el nuevo reinado se mostró por una explosión de aclamaciones mezcladas con el ruido de los escudos. Por todas partes se oía repetir las frases de gran general, jefe incomparable, y el título, merecido ante sus ojos, de afortunado dominador de las naciones. Aproximándose todos a la garganta la punta de la espada desnuda, juraron, según la fórmula consagrada, y con las execraciones más terribles, ofrecer si era necesario toda su sangre en sacrificio por el Emperador. Los jefes del ejército y las personas agregadas al servicio de la persona del príncipe hicieron lo mismo. Solamente se negó el prefecto Nebridio con lealtad más valerosa que prudente, a obligarse bajo juramento contra el Emperador Constancio, que, según decía, le había colmado de beneficios. Esta protesta exasperó a los soldados, que le habrían destrozado si Juliano, a cuyas rodillas se abrazó, no le hubiese cubierto con el palio de su toga. De regreso a palacio, Juliano encontró a Nebridio arrodillado, tendiéndole las manos, y suplicándole le

librase del terror: «¿Qué haría yo por mis amigos, le dijo Juliano, si permitiese que tu mano tocara la mía? Nada tienes que temer; marcha a donde quieras.» Nebridio se retiró entonces a su casa de Toscana, sano y salvo. Después de este preliminar indispensable y que se ajustaba a la magnitud de la empresa, conociendo Juliano el valor de la iniciativa en tiempos de revolución, dio la señal de marcha, y se dirigió hacia la Pannonia, decidido a tentar fortuna.

(Año 361 de J. C.)

Para la inteligencia de los acontecimientos conviene retroceder y exponer brevemente los hechos militares y civiles de Constancio en Antioquía durante los sucesos de las Galias. A su regreso de Mesopotamia, acudieron a visitarle los primeros de los tribunos y otros personajes distinguidos. Encontrábase entre ellos un tribuno llamado Amfiloquio, plafagonio de origen, que había servido mucho tiempo bajo el emperador Constante, y de quien se suponía, con mucha verosimilitud, que había sembrado la discordia entre los dos hermanos. Este hombre, de aspecto arrogante, esperaba su turno; pero le reconocieron y no fue admitido. Muchos cortesanos hicieron bastante ruido acerca de lo que llamaban indulgencia excesiva; porque, en su concepto, un rebelde tan obstinado no merecía que le dejaran ver la luz. Pero Constancio, con mansedumbre extraordinaria en él, les dijo: «Dejad vivir a ese hombre. No le creo inocente, pero no está convicto. Y si en efecto es culpable, encontrará su castigo en mi mirada y en la voz de su conciencia.» Todo se redujo a esto. Al día siguiente aquel mismo hombre asistía a los juegos del circo, y, según su costumbre, se colocó en frente del Emperador. En el momento en que comenzaba el espectáculo, la balaustrada en que se apoyaba, con algunos otros espectadores, se rompió, y todos cayeron. Algunos solamente recibieron ligeras heridas; pero Amfiloquio, que se había roto las vértebras, fue hallado muerto en el sitio, regocijándose Constancio por su profecía.

Esta fue la época de su matrimonio con Faustina. Hacía mucho tiempo que había perdido a Eusebia, hermana de los consulares Eusebio e Hypacio. Esta princesa, extraordinariamente hermosa y adornada con las cualidades morales más relevantes, se había mostrado accesible a los sentimientos humanitarios en la cumbre de las grandezas. Ya hemos dicho que a su constante protección debió Juliano la vida, y después su elevación al rango de César. Constancio pensó al mismo tiempo en indemnizar a Florencio, a quien había echado de las Galias el temor a las consecuencias de la revolución. Anatolio, prefecto del pretorio en Iliria, acababa de morir, y enviaron a Florencio para reemplazarle; revistiendo las insignias de su elevada dignidad al mismo tiempo que Tauro, nombrado para el mismo cargo en Italia.

Hacíanse a la vez los preparativos para la guerra extranjera y la civil. Reforzábase la caballería con nuevas turmas; y para reclutar las legiones, se decretaban levas en las provincias. Pusieron a tasa los órdenes del Estado y los oficios para suministrar, bien en dinero, bien en especie, ropas, armas, máquinas, así como también para aprovisionar de víveres de toda clase al ejército y proveerlo de bestias de carga. El rey de Persia se había retirado a despecho, ante la imposibilidad de continuar la campaña en invierno, y se esperaban de su parte enérgicos esfuerzos en cuanto mejorase la temperatura. Enviáronse, pues, legados con ricos regalos a los reyes y sátrapas de las comarcas transtigritanas para conseguir su ayuda, o al menos franca y sincera neutralidad. Esforzaronse en ganar a fuerza de regalos, especialmente con el envío de ricos trajes, a los reyes Arsaces y Meribanes, uno de Armenia y el otro de Iberia, cuya defección en aquellas circunstancias hubiese sido fatal para el Imperio. Por este tiempo murió Hermógenes, dándose su prefectura a Hipólito, plafagonio de nacimiento, bastante vulgar en sus modales y lenguaje, pero que tenía sencillez de costumbres a la antigua y carácter tan inofensivo y dulce, que habiéndole mandado un día Constancio en persona que sometiese un hombre a la tortura, rogó al príncipe le admitiese la renuncia y encargase a otro aquel oficio, que lo desempeñaría mejor.

Amenazado por dos lados, no sabía Constancio qué partido tomar: si salir al encuentro de Juliano, o esperar y hacer frente a los Persas, que se les creía a punto de pasar el Eufrates. Después de largas deliberaciones con sus principales capitanes, adoptó el partido de concluir primeramente,

o al menos tratar con el enemigo que le estrechaba más de cerca; en seguida, una vez asegurado a la espalda, atravesar la Iliria y la Italia, para acorralar a Juliano como a pieza de caza (así hablaba para dar valor a los suyos) y ahogar en su origen los gérmenes de su ambición. No queriendo tampoco cesar en su propia vigilancia acerca de otros asuntos, ni presentar el flanco por ningún lado, hacía propalar por todas partes que había abandonado el Oriente, y que avanzaba a muchas fuerzas. A fin de prevenir especialmente una tentativa sobre el África, cuya posesión es tan importante para nuestros príncipes, envió por mar al notario Gaudencio, el mismo que estuvo en las Galias con el encargo de espiar la conducta de Juliano. Por dos motivos creía segura la obediencia de este agente: el de queja que había dado a uno de los dos partidos, y el natural deseo de complacer a aquel que parecía tener tantas probabilidades de triunfar, porque todos estaban convencidos de que Constancio vencería. En cuanto llegó Gaudencio se puso a la obra; envió por cartas instrucciones tanto al conde Creción como a los demás, e hizo que le proporcionasen las dos Mauritania excelente caballería ligera, con la que protegió eficazmente todo el litoral frente a la Aquitania e Italia. Constancio había elegido bien; porque mientras Gaudencio administró el país, ni un soldado enemigo se acercó, aunque toda la costa de Sicilia, desde Pachyno hasta Lilibea, estaba cubierta de tropas que no hubiesen dejado de pasar el mar, al ver probabilidades de desembarco.

En el momento en que terminaba Constancio sus disposiciones, que con razón consideraba prudentes, y disponía otras cosas menos importantes, se enteró por cartas de sus generales de que las fuerzas reunidas de los Persas, con su soberbio monarca a la cabeza, estaban en marcha hacia el Tigris, pero que no podía preverse el punto preciso donde verificarían el paso. Alarmado por esta noticia y queriendo estar dispuesto para adelantarse a su adversario, dejó apresuradamente los cuarteles de invierno, reunió en torno suyo sus tropas más escogidas en caballería e infantería, pasó el Eufrates por un puente de barcas, y marchó por Capesana a Edessa, ciudad muy fuerte y abundantemente abastecida. Allí se detuvo para asegurarse, por sus exploradores y por los desertores, de la verdadera dirección del enemigo.

Entretanto Juliano, que se disponía a dejar a Rauraso, después de tomar las disposiciones de que antes hablamos, envió a Salustio como prefecto a las Galias, y dio a Germaniano el puesto que había dejado vacante Nebridio. Nombró también a Nevita general de la caballería en reemplazo de Gumoario, que le era sospechoso por haber, según decían, trabajado sordamente para entregar a su señor cuando mandaba los escutarios bajo Vetranión. Jovio, de quien se habla en la historia de Magnencio, fue investido con la cuestura, y Mamertino con el cargo de tesorero. Confió el mando de los guardias a Degalaifo, e hizo otros muchos nombramientos de oficiales según su mérito personal, apreciado por él mismo.

El camino que se había trazado Juliano atravesaba la selva Marciana y seguía las dos orillas del Danubio. Muy lejos estaba de tener seguridad en el país, y podía temer que, al verle tan mal acompañado, intentasen cortarle el paso, peligro que evitó con diestra maniobra. Dividió todas sus fuerzas en dos cuerpos; el uno, al mando de Jovio y Jovino, se dirigió rápidamente por el conocido camino de Italia, y el otro se dirigió por el corazón de la Rhecía, teniendo por jefe a Nevito, general de la caballería. Esta distribución hizo creer en una masa de fuerzas considerable, y mantuvo en respeto a la vez a las dos comarcas. La misma táctica empleó Alejandro el Grande y otros generales después de él. Ya habían salido de los pasos peligrosos, y Juliano recomendaba todavía la celeridad de la marcha, como cuando se espera un ataque, y que todas las noches se conservasen guardias en pie para evitar sorpresas.

Así continuó la marcha con la confianza que inspira continua serie de triunfos, pero empleando todas las precauciones estratégicas que adoptaba en sus expediciones contra los bárbaros. Cuando llegó a un punto donde decían que el río era navegable, aprovechó el casual encuentro de muchas barcas pequeñas para bajar la corriente, ocultando así su marcha todo lo posible. Esto podía hacerlo tanto mejor, cuanto que con sus costumbres de frugalidad y abstinencia, le servían hasta los alimentos más groseros: cosa que le dispensaba de toda comunicación con las ciudades y fortalezas ribereñas. Juliano gustaba de aplicarse aquellas palabras de Cyro el antiguo a

su huésped cuando le preguntó qué quería comer: «Nada más que pan, le contestó, porque aquí cerca tengo un arroyo.»

Pero las mil lenguas que se atribuyen a la fama no tardaron en propalar por toda la Iliria, con la ordinaria exageración, que Juliano, vencedor de los pueblos y de los reyes, avanzaba orgulloso con tantos triunfos al frente de un ejército formidable. Al oírlo Tauro, prefecto del pretorio, huyó como ante una invasión extranjera, y, sirviéndose de las postas, atravesó rápidamente los Alpes Julianos, arrastrando con su ejemplo a su colega Florencio. El conde Luciliano mandaba en Sirmio las fuerzas de las dos provincias; y al primer aviso de la aproximación de Juliano, sacó cuantas tropas pudo de sus respectivas estaciones y se preparó para resistir. Pero la barca de Juliano, rápida como una saeta, o como la antorcha lanzada por máquina de guerra, llegó a Bononia, a diez millas de Sirmio, y, de un salto, se encontró el príncipe en tierra. La luna estaba en su declinación, y, por lo tanto, las noches eran oscuras. Juliano envió en seguida a Dagalaifo y algunos hombres armados a la ligera con orden de traerle a Luciliano de grado o por fuerza. El conde estaba en el lecho: despertado por el ruido de las armas y viéndose rodeado de desconocidos, comprendió lo que ocurría, y, temblando ante el nombre de Juliano, obedeció, aunque muy a pesar suyo. Obligado a humillarse ante la fuerza, el altivo general de la caballería fue colocado en el primer caballo que se encontró, y llevado ante Juliano como prisionero de baja ralea. Parecía que el terror le había privado de los sentidos; pero cuando vio que le daban la púrpura a besar, se rehízo, y con acento más tranquilo dijo: «El país no está por ti y te arriesgas muchísimo al venir con tan poca gente.» Juliano le contestó con amarga sonrisa: «Guarda tus advertencias para Constancio. No pensaba consultarte, sino librarte del miedo. No interpretes de otra manera mi clemencia.»

Suprimido este enemigo, no descansó Juliano por el éxito, sino que, redoblando en actividad y energía a medida que las circunstancias eran más graves, marchó directamente a la ciudad, que creía dispuesta a entregársele; y cuando se acercaba, vio salir de los grandes arrabales habitantes y soldados que acudían a recibirle con antorchas y flores, saludándole con los nombres de señor y Augusto, y le llevaron al palacio entre aclamaciones. Esta recepción le colmó de regocijo por el pronóstico que deducía. Ya veía las demás ciudades rivalizando en seguir el ejemplo que daba la metrópoli (porque Sirmio tenía este rango por la importancia de su población), y acogida por todas partes su presencia como la aparición de su astro benéfico. Al día siguiente dio al pueblo, que mostró profunda alegría, el espectáculo de una carrera de carros, y al siguiente llegó sin detención y por la vía pública a los pasos de Sucos, que ocupó fuertemente sin combate, confiando la defensa a Nevita, con cuya fidelidad podía contar. Conveniente será dar idea de estos parajes. Sucos es un desfiladero formado por la unión de dos montes, el Rhodofo y el Hemus, de los que uno se apoya en las orillas del Danubio y el otro en las del río Axius. Estas montañas elevan entre la Tracia y la Iliria fuerte barrera, dejando a un lado el país de los Dacios y a Sárdica (Sofía), y al otro las nobles ciudades de Tracia y Filipópolis. Parece que la Naturaleza ha dispuesto esta región según el interés futuro de la dominación romana. En otro tiempo no era más que una garganta oscura, entre dos colinas; pero modificándose el paso de la grandeza del Imperio, la garganta se hizo ancha vía practicable a los carruajes. Cerrando este paso, muchas veces se han contenido los esfuerzos de los capitanes más grandes y de los ejércitos más numerosos. Por la vertiente del lado de la Iliria, el monte baja por plano apenas inclinado, siendo casi insensible la pendiente. Por la que mira a la Tracia, está, por el contrario, casi cortado a pico, presentando solamente aquí y allá corto número de senderos escarpados, por los que apenas se puede subir, aunque no haya otros obstáculos que los que opone la Naturaleza. A uno y otro lado de la cadena se extienden al Norte y al Mediodía llanuras que se pierden de vista, que llegan por una parte a los Alpes Julianos, y por la otra se dilatan, sin presentar la más pequeña desigualdad, hasta el estrecho y la Propóntida.

Después de disponerlo todo Juliano en aquel punto según exigía la gravedad de las circunstancias, dejó allí al general de la caballería y regresó a Nysa, ciudad muy importante, con objeto de ocuparse tranquilamente de las medidas más adecuadas para alcanzar éxito en su empresa. Llamó al historiador Aurelio Tictor, a quien había visto en Sirmio, y le nombró consular de la

Pannonia segunda. Además, concedióse a aquel varón, extraordinariamente virtuoso, a quien más adelante se le vio llegar a prefecto de Roma, el honor de una estatua de bronce.

Poco después se manifestó ya más abiertamente Juliano. Renunciando a toda esperanza de acuerdo con Constancio, envió al Senado una Memoria muy acre contra este príncipe, llena de terribles acusaciones. Tertulo, prefecto a la sazón, la leyó a la asamblea, cuya afección por el otro Emperador estalló ahora con noble independencia, exclamando todos a una voz: «Respeto a aquel de quien has recibido tu autoridad.» No se trataba mejor a la administración de Constantino en aquel escrito; tachándose a este príncipe de innovador, violador de las antiguas leyes y costumbres, acusándosele especialmente por haber sido el primero en prostituir los ornamentos y los haces consulares confiriéndolos a los bárbaros. Juliano no fue hábil en este paso y se mostró inconsecuente en su conducta ulterior, incurriendo en la misma censura que él dirigió, porque Nevito, a quien hizo colega de Mamertino en el consulado, no podía sin duda alguna sostener la comparación, ni por el nacimiento, ni por el talento, ni por los servicios, con aquellos a quienes Constantino honró con la magistratura suprema; sino que era hombre rudo, agreste y cruel, que es mucho peor en el ejercicio del poder.

Cuando se encontraba en esta polémica, y en el momento en que eran más profundas sus preocupaciones, recibió la noticia tan alarmante como imprevista de una inesperada rebelión, muy a propósito para detenerle en sus atrevidos proyectos, si no la ahogaba en el acto. Su origen fue el siguiente: había enviado a las Galias, so pretexto de urgencia, pero en realidad porque desconfiaba de ellas, dos legiones de Constancio y una cohorte de arqueros, hallada en Sirmio. Estas fuerzas, descontentas de su destino y muy temerosas de encontrarse enfrente a los terribles germanos, cedieron a los consejos de rebelión de un tribuno mesopotámico, llamado Nigrino. El asunto lo trataron secretamente y lo llevaron con extraordinaria cautela; pero cuando llegaron a Aquilea, plaza muy fuerte por su posición y defensas, el cuerpo expedicionario en plena rebelión penetró en ella, secundándole la población, afecta a Constancio. En seguida cerraron las puertas, armaron las torres y lo dispusieron todo para la defensa, proclamando con audaz golpe de mano, que todavía existía un partido de Constancio, e invitando a toda Italia a unirse a ellos.

Juliano recibió la noticia en Nysa; y, no teniendo ningún enemigo a la espalda, y sabiendo además que esta ciudad no había sido tomada nunca ni jamás sería entregada, empleó toda clase de insinuaciones y de agasajos para atraérsela, antes que se hiciese contagioso el ejemplo de Aquilea. Jovino, jefe de la caballería, que acababa de cruzar los Alpes y apenas había puesto el pie en Nórica, recibió orden de retroceder e impedir a toda costa que se propagase el incendio. Autorizósele además para retener y agregarse como refuerzo todo destacamento aislado que pasase por la ciudad, dirigiéndose al grueso del ejército. En este momento se enteró Juliano de la muerte de Constancio: y cruzando entonces apresuradamente la Tracia, entró en Constantinopla. Allí recibía frecuentes noticias de lo que ocurría en Aquilea, y calculando por los partes de Jovino que la resistencia sería larga, pero sin graves consecuencias, llamó a este general, a quien quería emplear en asuntos más graves en otra parte, y encargó la continuación del sitio a Immón, ayudándole otros capitanes.

Rodeada Aquilea por dos lados, los jefes de los sitiadores convinieron en ensayar ante todo el efecto de las promesas y amenazas. Mucho se discutió por ambas partes; pero la obstinación de los sitiados rompió las conferencias, no dejando otro recurso que el de las armas. Preparáronse, pues, los dos partidos para el combate, comiendo algo y descansando. Al amanecer el día siguiente, la bocina dio la señal de pelea y se trabó la lucha en medio de fuertes gritos, con más furor que prudencia. Impulsando al fin los sitiadores los manteletes y zarzos de mimbre, comenzaron a avanzar con más precaución, llevando unos toda clase de herramientas de hierro para atacar la muralla por el pie, y arrastrando otros escalas tan altas como aquéllas. Pero en el momento en que la primera línea tocaba ya los muros, abrumada por las piedras y acribillada por las saetas, retrocedió sobre la segunda, arrastrándola en su movimiento y cediendo ante el temor de sufrir otro tanto. Enorgullecidos por este primer triunfo, no tuvo límites la confianza de los sitiados, que guarnecieron con máquinas de guerra todos los puntos donde podían producir efecto, y se

entregaron con infatigable energía a todos los cuidados de la defensa. Por su parte los sitiadores, quebrantados por el fracaso, pero ocultando por honra el temor, renunciaron al asalto, que tan mal les había resultado, y recurrieron a los procedimientos propios de los asedios. El suelo no permitía el empleo de los arietes, ni colocar máquinas de armas arrojadas, ni tampoco abrir mina. Pero mediante un esfuerzo de invención, comparable a lo más extraordinario que ofrece la historia en este género, aprovecharon la corriente del río Natisón, que baña las murallas de la ciudad. Tres naves fuertemente unidas con amarras sirvieron de plataforma para levantar otras tantas torres más altas que los muros, a cuyo alcance tuvieron que llevarlas. Los soldados que coronaban estas torres se esforzaban en ahuyentar de las murallas a sus defensores, mientras que por aberturas practicadas más abajo en las paredes de las torres, salían vélites armados a la ligera, que en un momento lanzaron y cruzaron puentes volantes adecuados para este uso. Éstos, mientras cruzaban nubes de piedras y saetas por encima de sus cabezas, trabajaban en abrir brecha en las murallas para penetrar en el interior de la ciudad. Pero tan ingeniosa combinación tampoco tuvo buen resultado. Atacadas las torres al aproximarse con antorchas embarradas de pez encendida, sarmientos, ramaje y otras materias inflamables, se incendiaron en seguida y, perdiendo el equilibrio por el peso de sus defensores, que precipitadamente se arrojaron a un lado, cayeron al río con los que se habían librado de las armas del enemigo. Quedando descubiertos los vélites que habían pasado bajo las murallas, fueron aplastados con piedras grandes, exceptuando los pocos que consiguieron, a fuerza de agilidad, salvarse a través de los restos.

Al obscurecer, la señal de retirada puso fin al combate, quedando los dos bandos bajo impresiones muy diferentes. La tristeza de los sitiadores, que deploraban la muerte de sus compañeros, fortificaba en los habitantes la esperanza de vencer, que también habían experimentado grandes pérdidas. Pero no por esto dejaban de prepararse para comenzar de nuevo, y, después de una noche dedicada a reparar las fuerzas por medio del sueño y del alimento, al despuntar el día, las bocinas dieron otra vez la señal de combate. Entre los sitiadores, unos, para pelear más desahogadamente, levantaban los escudos sobre la cabeza, y otros llevaban, como en el primer ataque, escalas al hombro; y todos se lanzaron con igual brío, presentando el pecho a los golpes del enemigo. Esforzándose algunos en romper los herrajes de las puertas, sucumbieron bajo lluvia de fuego o aplastados por piedras enormes que hacían rodar desde lo alto de las murallas; otros, que valerosamente habían franqueado el foso, veíanse rechazados por las brúscas salidas que hacían los sitiados, aunque no se retiraban hasta encontrarse cubiertos de heridas. Protegían la retirada de los sitiados contra todo ataque unos parapetos de césped, elevados delante de las murallas, y puede decirse que se mostraron superiores a sus adversarios en perseverancia y por el partido que supieron sacar de las defensas de la plaza. Impacientes por la duración del sitio, no cesaban los soldados de rondar en derredor de la ciudad, buscando algún punto accesible al asalto o que pudiese ser atacado con las máquinas; pero al fin el convencimiento de encontrar siempre dificultades insuperables produjo calma en los esfuerzos, abandonando las guardias para merodear en los campos inmediatos, donde encontraban de todo en abundancia, y dando parte del botín a sus compañeros. El ejército se hartaba de vino y de comida, y la repetición de excesos concluyó por quitarle el vigor.

Invernaba a la sazón Juliano en Constantinopla, y advertido de estos desórdenes por las comunicaciones de Immón y de sus compañeros, se apresuró a remediarlos, haciendo partir en el acto a Agilón, general de la infantería, para que llevase a Aquilea la noticia de la muerte de Constancio, creyendo que la comunicación, hecha por persona tan autorizada, bastaría para que en el acto abriesen las puertas.

Entretanto no estaban suspendidas las operaciones del sitio, y habiendo fracasado todos los medios, trataron de reducir la ciudad por medio de la sed, cortando los acueductos. Mas no por esto fue menos tenaz la resistencia. El ejército, a fuerza de brazos, consiguió separar el curso del río; pero no adelantó nada, porque los habitantes se resignaron a beber el agua de las cisternas, y distribuida ésta en cortas porciones.

Entretanto llegó Agilón a Aquilea, y, cumpliendo las órdenes recibidas, se presentó resueltamente al pie de las murallas con débil escolta, Hizo allí verídica relación de todo lo ocurrido: Constancio ha muerto y Juliano está en pacífica posesión del poder soberano. Pero en vano lo aseguraba; al principio únicamente le contestaron con injurias e improperios, y sólo cuando consiguió un salvoconducto para confirmar sus aserciones en las murallas mismas, pudo obtener al fin que le creyesen; abriendo ahora alegremente sus puertas la plaza al jefe que le traía la paz, y tratando de justificarse achacando toda la culpa a Nigrino y a algunos otros, cuyo suplicio pidieron en castigo de la sublevación, y de los males que habían acarreado a la ciudad. Bajo la dirección de Mamertino, prefecto del pretorio, se abrió inmediatamente una información, por consecuencia de la cual Nigrino fue quemado vivo, como principal instigador de la rebelión. Después perecieron bajo el hacha los senadores Rómulo y Sabostio, convictos de haberla fomentado, y se perdonó a todos los demás, que el temor antes que la inclinación había hecho cómplices de aquella guerra civil; distinción que de antemano había hecho la clemencia del Emperador.

Antes de que se conociesen estos resultados, era muy grande la ansiedad de Juliano en Nysa. Veíase amenazado por dos partes. En primer lugar, la guarnición de Aquilea, cerrando con un destacamento los pasos de los Alpes Julianos, podía cortarle las comunicaciones con las provincias e interceptar los socorros que esperaba. También le inspiraba temores el Oriente, porque se decía que el conde Marciano, habiendo formado un cuerpo con los destacamentos diseminados en la Tracia, marchaba hacia el paso de Sucos. No dejaba Juliano de atender a todas las necesidades del momento. Reconcentrabá en Iliria su ejército, formado de tropas experimentadas y dispuestas a seguir a su belicoso jefe en medio de los mayores peligros; no olvidando tampoco los intereses particulares en medio de aquella apurada situación, sino que continuaba fallando los procesos, con preferencia aquellos que se referían a los magistrados municipales, a quienes favorecía hasta el punto de imponer algunas veces estos cargos onerosos con desprecio de los derechos de exención más fundados.

Juliano vio en Nysa a Symmaco y Máximo, varones eminentes, enviados por el Senado en legación a Constancio, recibiendoles muy bien a pesar de esto, y hasta nombró a Máximo prefecto de Roma, en reemplazo de Tertulo; obrando así por el deseo de complacer a Vulcasio Rufino, tío de Máximo. Sin embargo, debe notarse que bajo su administración reinó la abundancia en la ciudad, y que no se alzó ni una queja acerca de la carestía de los víveres. Últimamente, para dar garantía a los fieles y asegurar a los inciertos, nombró a Mamertino, que era prefecto de Iliria, cónsul con Nevita, a pesar de que censuró duramente a Constancio por haber conferido las dignidades a bárbaros.

Mientras continuaba Juliano entre la esperanza y el temor su atrevida empresa, las contradictorias noticias que recibía Constancio en Edessa de sus espías le hacían vacilar, resintiéndose de ello sus medidas; formando en tanto partidas para recorrer los campos, en tanto pensando en dar otro asalto a Bezabda; porque, en efecto, era muy prudente, antes de llevar sus armas al Norte, asegurar la defensa de la Mesopotamia. Pero al otro lado del Tigris estaba el rey de Persia, no esperando para atravesarlo más que respuesta favorable de los auspicios, y que, si no le cerraban el paso, pronto llegaría hasta el Eufrates. Por otra parte, conociendo por experiencia la solidez de las murallas y el vigor de la guarnición, vacilaba en comprometer a sus soldados en los trabajos de un sitio cuando iba a necesitarlos para hacer frente a la guerra civil.

Necesario era, sin embargo, ocupar a las tropas, y que no le acusasen de inercia; y por esta razón mandó avanzar a los dos generales, el de la caballería y el de la infantería con fuerzas considerables, pero llevando orden de evitar todo choque con los Persas; debiendo limitarse a guarnecer toda la orilla citerior del Tigris y a reconocer el punto por donde penetraría el impetuoso monarca. Además, les había recomendado especialmente, tanto de palabra como por escrito, que se replegasen en cuanto alguna fuerza enemiga intentase el paso. Por su parte, mientras sus generales guardaban la frontera y procuraban descubrir los engañosos movimientos del enemigo, estaba preparado, con el grueso del ejército, a tomar personalmente la ofensiva y a cubrir todas las plazas amenazadas. Los exploradores y los desertores, que de tiempo en tiempo llegaban, se contradecían

en sus informes, consistiendo esto en que, entre los Persas, el secreto de sus planes solamente lo conocen los personajes principales, confidentes impenetrables que guardan religiosamente silencio. Entre tanto, Arbación y Argilón rogaban incesantemente al Emperador que acudiese a apoyarlos, asegurando de común acuerdo que se necesitaban todas las fuerzas para sostener el choque de tan terrible adversario.

En medio de estos cuidados llegaron, una tras otra, noticias de que Juliano, con rápida marcha, había atravesado Italia y la Iliria; que ocupaba el paso de Sucus; que de todas partes recibía refuerzos, y, finalmente, que iba a caer con muchas fuerzas sobre la Tracia. Estas noticias eran desoladoras; pero Constancio confiaba, sin embargo, atendiendo a su constante fortuna contra los enemigos del interior. Mas no por esto era menos difícil la decisión que había que tomar. Resolvió al fin marchar primeramente a donde era mayor el peligro, y enviar delante el ejército por convoyes sucesivos, en los carruajes del Estado. El consejo opinó unánimemente lo mismo, comenzando en seguida el transporte por aquel medio tan ligero. Pero al día siguiente supo Constancio que Sapor, viendo contrarios los auspicios, había retrocedido con el ejército. Libre de este temor, reunió todas sus fuerzas, exceptuando el cuerpo destinado a la custodia de la Mesopotamia, y regresó él mismo a Hierápolis. Imposible adivinar el giro que iban a tomar las cosas; y en esta incertidumbre, aprovechando la ocasión de tener el ejército reconcentrado en derredor suyo, quiso robustecer con una arenga el celo de aquella multitud para el mantenimiento de su autoridad. A son de trompetas fueron convocadas centurias, manípulos y cohortes, que llenaron hasta muy lejos el campo, y subiendo él a un tribunal, rodeado por guardia más numerosa que de ordinario, dio a su semblante aspecto de confianza y serenidad y habló de esta manera:

«Cuando tanto me he esforzado en mostrarme intachable en mis actos y palabras; cuando tanto he atendido a llevar el timón según el movimiento de las olas, me veo obligado, amigos míos, a confesar en este momento que me he engañado; o mejor dicho, que la extraordinaria bondad de mi corazón me ha engañado acerca del verdadero interés común. Para comprender el objeto de esta reunión, prestadme todos oído atento, porque es necesario.

»En la época en que Magnencio promovió revueltas que vuestro valor reprimió, elevé a Galo, sobrino de mi padre, a la dignidad de César, y le encargué la defensa del Oriente. La justicia fue virtud desconocida para él, y una serie de actos detestables atrajo sobre su cabeza el rigor de las leyes. ¡Y ojalá, para tranquilidad del Imperio, que se hubiese limitado a aquel intento el espíritu de rebelión! Su recuerdo es sin duda aflictivo, pero podría creérsele prenda de seguridad. Sin embargo, acaba de estallar una traición, y me atrevo a decir que mucho más deplorable; traición que el cielo os va a conceder que castiguéis. En el momento mismo en que rechazabais victoriosamente las hordas salvajes que vagaban en derredor de la Iliria, Juliano, en cuyas manos había puesto yo la custodia de las Galias, enorgullecido por algunos éxitos fáciles conseguidos sobre los germanos, casi desnudos, e impulsado por ciego furor, ha reunido un puñado de esos hombres a quienes la sed de sangre y esperanza de saqueo lleva a las empresas más desesperadas; y con desprecio de la justicia, aspira con ellos al derrumbamiento del Estado. Pero la justicia es madre y nodriza de este Imperio, y ella destruirá esos orgullosos proyectos con sus culpables autores. De esto tengo como prenda mi propia experiencia y los ejemplos del pasado.

»¿Que podemos hacer sino afrontar la tempestad, y extirpar radicalmente esa rabia homicida antes de que pueda desarrollarse? El desenlace no puede ser dudoso: el dios que castiga la ingratitud volverá contra esos impíos el hierro que empuñan, y que sin provocación alguna dirigen contra el que los colmó de beneficios. Sí; confío íntimamente en el poder protector de las buenas causas: en cuanto nos encontremos cara a cara, el terror les paralizará, y ni uno solo de ellos resistirá el brillo de vuestra mirada, ni la vibración de vuestro grito de combate.»

Estas palabras exaltaban las pasiones de los soldados, que blandieron las lanzas en señal de cólera, y, confirmando su afecto, pidieron que les llevasen en seguida contra el rebelde; actitud que trocó en alegría los temores del Emperador, que en el acto disolvió la reunión y mandó a Arbación que se pusiese en marcha con los lanceros, los maciarios y las tropas armadas a la ligera.

Constancio suponía a este jefe afortunado por sus anteriores triunfos en las guerras civiles. Gurnoario debería hacer frente con los letos al cuerpo enemigo que ocupaba el paso de Sucos, eligiéndole Constancio porque este jefe odiaba a Juliano, que le había afrentado en la Galia.

Pero en este crítico momento, todo revelaba visiblemente que palidecía la fortuna de Constancio y que se acercaba su hora fatal. Espantosas visiones le turbaban el sueño: una vez se le apareció al dormirse la sombra de su padre llevando en brazos un hermoso niño. Constancio tomó al niño sobre las rodillas, pero éste, arrancándole su globo que tenía en la mano, lo arrojó a lo lejos. Evidentemente este sueño anunciaba una revolución, a pesar de que se había conseguido encontrarle explicación favorable. También ocurrió al Emperador quejarse, en una expansión íntima, de que le había faltado de pronto cierta manifestación indefinida de la presencia de un ser sobrenatural a que estaba acostumbrado; cosa que interpretaba como ausencia de su fortuna y anuncio de su próximo fin. Efectivamente, en metafísica está admitida la opinión de que a cada cual, desde el día en que nace, se le asocia una inteligencia superior, de esencia divina, que rige nuestras acciones, salvas las inmutables leyes del destino; pero cuya presencia solamente es sensible para aquellos cuyas virtudes hacen superiores a los demás hombres. Esta doctrina se apoya en oráculos y en importantes autoridades escritas, especialmente en estos dos versos del poeta Menandro:

Al lado de todo mortal se encuentra, desde el día en que nace, un genio familiar que le guía en la vida.

Esta es la alegoría que encierran los inmortales versos de Homero. Bajo el nombre de dioses del Olimpo, el poeta pone en relación con sus héroes estos genios familiares, como interlocutores, como auxiliares o como salvadores. A misteriosa intervención de este género se atribuye unánimemente la preeminencia de Pitágoras, de Sócrates, de Numa Pompilio, del primer Escipión, y, según una tradición no tan universalmente extendida, la de Mario, de Octaviano, que fue el primero en llevar el nombre de Augusto, de Hermes Termáximo, Apolonio Tyaneo y de Plotino. Este último filósofo no temió analizar tan abstrusa teoría y sondear sus profundidades, explicando el principio de esta conexión de una esencia divina con el alma humana, de la que se encarga y a la que protege en cierto modo en su carrera hasta el término prefijado; elevándola hasta las concepciones más altas, cuando lo merece por su pureza y por su unión con un cuerpo exento de toda mancha.

Impaciente, como en todo lo que deseaba, por llegar a las manos con los rebeldes, marchó Constancio a Antioquía, desde donde, una vez terminados los preparativos, se apresuró a marchar de nuevo. A muchos de su comitiva parecía excesiva aquella precipitación; pero se limitaban a murmurar en voz baja, no atreviéndose ninguno a presentar objeciones, ni a mostrar dudas. Ya estaba avanzado el otoño cuando partió. A tres millas de Antioquía, cerca de una ciudad llamada Hipocéfalo, encontró en pleno día el cadáver de un hombre asesinado; el cuerpo estaba hacia la derecha, inclinado a Occidente, y a la izquierda la cabeza, separada del tronco. Este presagio aterró al príncipe, pero se obstinó más y más en correr al encuentro de su suerte.

En Tarso tuvo un ligero ataque de fiebre, y esperando disiparlo con el movimiento, siguió por un camino muy difícil hasta Mopsucrena, ciudad situada al pie del Tauro, y la última estación que se encuentra antes de salir de Cilicia. Al siguiente día le detuvo la agravación de la enfermedad, a pesar de todos sus esfuerzos para ponerse de nuevo en marcha; circulando por sus venas tal ardor, que quemaba su cuerpo al tocarle. Faltando los socorros del arte, vio con dolor que era inevitable su muerte. Dícese que, conservando aún el conocimiento, designó a Juliano por sucesor. En el acto ahogó su voz el estertor, y, después de larga agonía, expiró el tres de las nonas de Octubre, a los cuarenta años y pocos meses de reinado y de edad.

Después de tributar, entre llanto y gemidos, los últimos honores a su cadáver, deliberaron los principales de la corte acerca del partido que convenía tomar. Dícese que se realizaron algunos trabajos ocultos para elegir Emperador, bajo la inspiración de Eusebio, alarmado por la cuenta que tenía que dar. Pero, estando tan cerca Juliano, no podía prevalecer ninguna insinuación de este género. Enviáronle, pues, a los condes Theolaifo y Aligildo para anunciarle la muerte de su pariente

y para rogarle que marchase sin demora al Oriente, que le tendía los brazos. Corría además el rumor de que Constancio había dejado un testamento en el que, como ya hemos dicho, instituía por heredero a Juliano, y designaba a algunos de los que quería más como tutelares delegados o fideicomisos. Su esposa, a la que dejó encinta, dio más adelante a luz una princesa, a la que se dio el nombre de su padre, y que cuando llegó a la edad nubil, casó con Graciano.

Para dar exacta idea del carácter de Constancio, debe empezarse por sus buenas cualidades. Encerrado siempre en la etiqueta imperial, su ánimo, orgulloso y altivo, consideraba la popularidad como baladí. Solamente con mucha circunspección otorgó las altas dignidades, y, exceptuando muy pocos casos, no consintió aumento alguno de las ventajas unidas a los cargos públicos. Supo contener la arrogancia militar. Bajo su reinado no ascendió nadie al título de ilustrísimo, aunque sabemos que algunas veces concedió el de perfectísimo. El rector de provincia no estaba obligado entonces a salir al encuentro del maestre general de la caballería, y éste no tenía derecho a intervenir en nada de la administración civil: pero, militar o civil, toda autoridad se inclinaba con el respeto de los antiguos tiempos ante la superioridad del prefecto del pretorio. Cuidó del soldado hasta el último extremo. Rígido apreciador del mérito, no confirió cargo en palacio hasta después de haber pesado, por decirlo así, con la balanza en la mano, todos los títulos, y nadie subió de pronto, sino por grados. De antemano se sabía a quién correspondía, después de diez años de servicios, el título de tesorero, de maestre de oficios o de cualquier otro empleo. Rara vez ocurrió que se confiriese al militar el manejo de los negocios civiles; pero nadie, sin largo aprendizaje del oficio de soldado, consiguió el honor de mandarlos. Fue muy amante de las letras; pero su genio no se inclinaba a la elocuencia, ni fueron afortunados sus ensayos poéticos. Su régimen de vida fue frugal y sobrio; debiendo a su moderación en las comidas no estar enfermo sino rara vez, aunque nunca lo estuvo sin peligro de muerte. La experiencia, de acuerdo con la ciencia médica, demuestra que así sucede de ordinario con las personas que se abstienen de excesos. En caso necesario sabía prescindir del sueño, y se mostró constantemente casto, hasta el punto que ni siquiera fue sospechoso de relaciones contra la naturaleza; vicio que, como es sabido, la malignidad atribuye a todo evento a los grandes, por la sola razón de que lo pueden todo. Jinete excelente, manejaba el dardo, y sobre todo el arco, con maravillosa destreza, siendo igualmente hábil en los ejercicios a pie. Nada diré aquí de lo que tanto se ha repetido acerca de su costumbre de no escupir, ni de sonarse, ni de volver la cabeza en público, ni tampoco de su abstinencia de toda clase de frutas.

Acabo de enumerar todas las buenas cualidades que se le conocieron; pasemos ahora a las malas. Por poco seguro que estuviese acerca de una acusación de aspirar al trono, por frívolo y hasta absurdo que fuese el pretexto, no descansaba ya, y, siguiendo el hilo sin fin ni término, no retrocedía ante ningún medio, legítimo o no, para llegar al objeto; y este príncipe, al que bajo cualquier otro aspecto se le podría considerar entre los moderados, sobrepujaba entonces en crueldad a los Calígulas, Domicianos y Cómodos. La manera de deshacerse de sus parientes al principio de su reinado anunciaba un émulo de aquellos monstruos, Agravaba la situación de los acusados con la dureza de las formas y la envenenada persistencia de las acriminaciones. Por la sospecha más ligera se aplicaba la tortura con rigor desconocido antes de él, y con implacable vigilancia; y, en las ejecuciones, hasta la misma muerte se aplicaba con toda la lentitud que permite la naturaleza. Bajo este punto de vista fue menos accesible a la compasión que el mismo Galieno; porque éste, que en realidad tuvo que defender constantemente su vida contra las conspiraciones verdaderamente reales de Aureolo, Postumio, Ingenuo, Valente, llamado el Tesalónico, y tantos otros, indultó, sin embargo, algunas veces de la pena capital a los culpados. Bajo Constancio, por el contrario, el exceso de los tormentos arrancó algunas veces falsa confesión. En estas ocasiones era enemigo de toda justicia, cuando tanto le gustaba aparecer justo y clemente. Como esas chispas que escapan de las selvas en tiempos de sequía y llevan inevitablemente a las chozas inmediatas el incendio y la muerte, el germen más ligero servía en sus manos para inmensa proscrición. ¡Qué contraste con Marco Aurelio, que en estos casos cerraba siempre los ojos! Cassio acababa de proclamar en Siria sus pretensiones al trono: interceptóse en Iliria, donde se encontraba el

Emperador, su correspondencia con sus cómplices; y Marco Aurelio la hizo arrojar al fuego con objeto de que, ignorando quiénes conspiraban, no se viese tentado a tratarles como a enemigos. Con razón se ha dicho que mejor hubiese sido para Constancio renunciar el poder que mantenerse en él a costa de tanta sangre. Cicerón dice en una carta a Cornelio Népote: «La felicidad es el éxito en el bien: o, en otros términos, la fortuna favoreciendo honestos propósitos. No se es feliz con malos propósitos. No llamo felicidad en César el triunfo de ideas impías y subversivas. Entre Manlio y Camilo, la felicidad está de parte del desterrado Camilo, aunque Manlio consiguiese lo que tanto deseaba, el trono.» Heráclito de Éfeso expone la misma idea: «Un capricho de la suerte, dice, da la ventaja por un momento al más débil, al más cobarde, sobre el corazón más heroico. Pero saber dominarse cuando se dispone del poder, contener el resentimiento, el odio y hasta los repentinos movimientos de la ira, esta es la verdadera gloria y el triunfo más noble.»

Tan humillado y abatido como se vio en las guerras extranjeras, así se aparece de orgulloso en el triunfo contra las revueltas intestinas, aplicando implacable mano a estas llagas del Estado. Por esta razón se atrevió, con flagrante ultraje a las costumbres y al buen sentido, consagrar con arcos de triunfo, en la Galia y en la Pannonia, la sangrienta reducción de las provincias romanas, y grabar en piedra estas hazañas..., y mientras duren estos monumentos, transmitir a la posteridad la conmemoración de un desastre nacional. Conocido es el ascendiente que adquirirían sobre su ánimo la atiplada voz de las mujeres y de los eunucos, y cuánta debilidad mostraba por todo el que sabía adularle y limitarse a decir sí o no a su beneplácito.

Debe mencionarse entre los males de este reinado la insaciable rapacidad de los agentes del fisco, que acumulaban más odio sobre la cabeza del príncipe que dinero en las arcas del Estado. Constancio no prestó nunca oídos a las quejas de las provincias extenuadas, sin conseguir jamás sus lamentos el menor alivio en el peso y multiplicidad de las cargas, o alcanzando solamente vanas y transitorias concesiones.

En Constancio se encontraba desnaturalizada la sencilla unidad del Cristianismo con mezcla de supersticiones de vieja. Intervino en las discusiones del dogma, antes para sutilizar en las cuestiones que para procurar la concordia de los ánimos, multiplicando, por consiguiente, las disidencias. Personalmente tomó parte activa en la verbosa agudeza de las controversias. Por los caminos pasaban grupos de sacerdotes marchando a discutir en lo que llaman ellos sínodos, para hacer triunfar esta o aquella interpretación: y estas idas y venidas concluyeron por agotar el servicio de transportes públicos.

Diremos algo de su aspecto exterior: su tez era morena, tenía noble mirada, penetrante golpe de vista y finos cabellos. Afeitábase cuidadosamente todo el rostro, para que resaltase el color. Su busto era más largo que el resto del cuerpo. Tenía las piernas cortas y arqueadas, cosa muy ventajosa para el salto y la carrera.

Embalsamado y encerrado en un féretro el cadáver, Joviano, que entonces era protector, recibió orden de llevarlo con grande aparato a Constantinopla, donde estaba sepultada su familia. Sentado en el mismo carro que llevaba los restos de su señor, durante el camino ofrecieron a este oficial, según costumbre observada con los príncipes, las muestras de las subsistencias militares, y prestaron homenaje con combates de fieras, en medio del concurso de las poblaciones. Estas cosas eran como presagios de su futura grandeza; grandeza, ilusoria y efímera, como los honores tributados al conductor de un carro fúnebre.

LIBRO XXII

Detenido en la Dacia Juliano por temor a Constancio, consulta secretamente los augures y arúspices.—A la noticia de la muerte del Emperador, atraviesa con rapidez la Tracia, entra pacíficamente en Constantinopla y se ve dueño del Imperio romano sin combatir.—Condenación más o menos justificada de los partidarios de Constancio.—Juliano arroja del palacio a los eunucos, barberos y cocineros.—Vicios de los eunucos del palacio y corrupción de la disciplina militar.—Juliano rinde públicamente el culto a los dioses, que hasta entonces había tributado en secreto, y trabaja para promover conflictos entre los obispos cristianos.—Medio que emplea para librarse de las importunas reclamaciones de algunos egipcios y para despedir a su país a los peticionarios.—Administra personalmente justicia en Constantinopla, y mientras se dedica a la administración de la Tracia, recibe diferentes legaciones extranjeras.—Ojeada sobre esta comarca, el Ponto Euxino y las poblaciones del litoral.—Juliano, después de haber agrandado y embellecido a Constantinopla, visita Antioquía.—En el camino concede a los habitantes de Nicomedia un subsidio para reedificar su arruinada ciudad.—En Ancira cuida de la administración de justicia.—Pasa el invierno en Antioquía y desempeña cargo de juez sin perseguir a nadie por motivos de religión.—Los politeístas de esta ciudad arrastran en las calles y despedazan a Jorge, obispo de Alejandría, y a otras dos personas, quedando impune el atentado.—Meditando Juliano una expedición contra los Persas, consulta los oráculos acerca del resultado de la guerra y ofrece un sacrificio de innumerables víctimas.—Su respeto a los arúspices y augures.—Atribuye sin fundamento a los cristianos el incendio del templo de Apolo en Dafnea, y manda cerrar la iglesia catedral de Antioquía.—Sacrificio a Júpiter en el monte Casio.—Rencor de Juliano contra los habitantes de Antioquía.—Este es el origen del Misopogon.—Estadística del Egipto.—Del Nilo, de los cocodrilos, del ibis y de las pirámides.—De las cinco provincias del Egipto y de su ciudad más notable.

(Año 361 de J. C.)

Durante esta rápida serie de acontecimientos en diferentes puntos de la tierra, Juliano, en medio de las preocupaciones que le asediaban en la Iliria, no dejaba de registrar las entrañas de las víctimas y consultar el vuelo de las aves, para saber lo que le deparaba la suerte. Pero de la adivinación no conseguía más que ambigüedad e incertidumbre. Al fin el orador Aprúnculo, galo de nacimiento, y que más adelante fue gobernador de la Galia Narbonense, le predijo cuál sería el desenlace, por el examen, según dijo, de un hígado de doble tegumento. Pero Juliano sospechaba alguna superchería para complacerle y continuaba inquieto, cuando tuvo él mismo un presagio mucho más significativo y que era clara manifestación de la muerte de Constancio. En el momento mismo en que el Emperador fallecía en Cilicia, Juliano montaba a caballo, rodeado de numerosa comitiva. El soldado que acababa de ayudarle a montar cayó, y Juliano exclamó: «El autor de mi elevación ha caído.» Mas no por esto dejó de insistir, por muchas razones, en no pasar la frontera de la Dacia, considerando que no era prudente aventurarse por conjeturas que la realidad podía desmentir.

Cuando mayor era su incertidumbre, llegaron Theolaifo y Aligildo, encargados de anunciarle que Constancio no existía ya, y que su última voluntad había sido que le sucediese Juliano. Esta noticia, que ponía término a su ansiedad y le libertaba de los cuidados y agitaciones de una guerra inminente, regocijó su corazón, inspirándole ilimitada confianza en la ciencia adivinatoria. Recordando entonces cuánto le había servido la celeridad de sus empresas, en seguida dio orden de marchar, franqueó rápidamente la vertiente del paso de Sucos que mira a la Tracia, y llegó a Filipópolis, la antigua Eumolpiada. Cuantos soldados se encontraban reunidos en derredor suyo corrían alegremente detrás de él, comprendiendo perfectamente todos que, en vez de desesperada lucha por el Imperio, solamente se trataba de una toma de posesión pacífica y no disputada. La

fama, que ensalza siempre todo lo nuevo, prestaba a Juliano su prestigio; pareciendo su marcha la de Triptolemo, que la fabulosa antigüedad nos presenta cruzando los aires en un carro tirado por dos dragones alados. Ejércitos, flotas, murallas, todo cede ante él, encontrándose ya en Perintho, la ciudad de Hércules. En cuanto llegó la noticia a Constantinopla, toda la población de uno y otro sexo salió de las murallas con el apresuramiento que se mostraría por ver a un hombre bajado del cielo. Entró en la ciudad el tres de los idus de Diciembre, saludándole en respetuoso homenaje el Senado y recibiendo unánimes aclamaciones del pueblo. Escoltábale prodigioso concurso de tropas y ciudadanos con el orden de marcha militar, mientras que sólo en él se fijaban las miradas y admiración de la multitud. Y en efecto; aquel príncipe tan joven (31 años), de tan escasa estatura, con tan gigantescas hazañas, con sus sangrientas lecciones dadas a tantos reyes y tantos pueblos, su repentina aparición de ciudad en ciudad, donde su presencia se adelantaba a toda previsión, atraían el afecto por todas partes, reclutando sin cesar nuevas fuerzas; su dominación, extendiéndose como el incendio y quedando al fin ocupado el trono como por intervención divina, sin que costase al país ni una lágrima; todo esto parecía la ilusión de un sueño.

El primer acto del nuevo reinado fue abrir una serie de informaciones judiciales, cuya dirección se encargó a Salustio Segundo, recientemente nombrado prefecto del pretorio, y que gozaba de la completa confianza de Juliano. Diole el príncipe por asesores a Mamertino, Arbeción, Agilón y Nevita, agregándoles Jovino, a quien acababa de crear general de la caballería, a su paso por Tilda. Reunida la comisión en Calcedonia, hizo asistir a sus actos a los príncipes y tribunos de las legiones Joviana y Herculiana, juzgando con excesivo rigor, si se exceptúan algunos grandes criminales castigados con justicia. En primer lugar desterró a Bretaña a Paladio, que había sido maestro de los oficios, sospechoso solamente de haber perjudicado con sus relatos, durante su cargo, a Galo cerca de Constancio. Tauro, que fue prefecto del pretorio, marchó relegado a Vercellum por un hecho que cualquier juez imparcial habría mirado con indulgencia; porque no es crimen, en tiempos de revolución, buscar refugio al lado de un soberano legítimo. Así es que nadie puede leer sin indignación el preámbulo de la sentencia que le condenaba: «Bajo el consulado de Tauro y de Florencio, Tauro por la voz del pregonero, etc.» Igual suerte estaba reservada a Pentadio, acusado de haber redactado, por expreso mandato de Constancio, el acta del último interrogatorio de Galo. Pero hábil defensa le libró del castigo. Con igual arbitrariedad enviaron a la isla de Boas, en Dalmacia, a Florencio, maestro de los oficios e hijo de Nigrino. El otro Florencio, prefecto del pretorio, consiguió ocultarse con su esposa y no volvió a presentarse hasta después de la muerte de Juliano. A este Florencio le condenaron a muerte por contumacia. Dictóse pena de destierro contra Evagro, tesorero del dominio privado; contra Saturnino, que había sido intendente del palacio, y contra el notario Girino. Me atrevo a decir que hasta la misma justicia ha llorado la muerte de Úrsulo, tesorero de los ahorros, y ha tachado de ingratitud al Emperador; porque en la época en que Juliano fue enviado como César al Occidente, se encontraba tan escaso de recursos, que no podía dar nada a los soldados, siendo esto intriga de la corte para que no pudiese manejar bien al ejército, y este mismo Úrsulo escribió al tesorero de las Galias que entregase al César cuanto dinero pidiese. Comprendió Juliano que aquella muerte había de provocar contra él maldiciones y odios, y procuró más adelante paliar un acto inexcusable, pretextando que se había realizado sin su consentimiento y que había sido efecto de los rencores del ejército por sus palabras ante las ruinas de Amida. También se consideró como contrasentido y acto de debilidad la elección de Arbeción, que presidía de hecho las investigaciones, apareciendo sus colegas de nombre solamente. Y en efecto; era imposible que aquel ambicioso hipócrita no hiciese sospechoso a Juliano, ni que pudiera considerarle de otra manera que como enemigo, por el activo papel que había desempeñado en las guerras civiles.

Después de estos actos, que desaprobaban hasta los amigos de Juliano, citaremos algunos ejemplos de justa severidad. Aquel Apodemio, intendente en otro tiempo, a quien vimos encarnizarse con tanta rabia en la pérdida de Galo y de Silvano; aquel notario Paulo, denominado Catena, cuyo sólo nombre hacía temblar, encontraron en la hoguera el suplicio que merecían sus

crímenes. También se dictó sentencia de muerte contra el altivo y cruel Eusebio, camarero mayor de Constancio, puesto a que había llegado desde la condición más humilde, consiguiendo casi hacer obedecer a su mismo amo, por lo que mostraba intolerable arrogancia. Adrastia, cuya vista está fija siempre en las faltas de los hombres, le había hecho más de una advertencia; pero no hizo caso, y, como de elevada roca, se vio precipitado de su grandeza.

El nuevo Emperador fijó en seguida su atención en los palatinos, expulsándoles sin distinción. No era esto lo que podía esperarse de un filósofo amigo de la verdad. La depuración habría sido laudable, si hubiese respetado a los pocos cuya conducta era notoriamente pura e íntegra. Verdad es que el palacio se había convertido en un semillero de vicios, cuyos gérmenes se habían propagado al exterior. El desorden no habría sido tan grave sin el contagio del ejemplo. Algunos comensales de aquella morada, enriquecidos con los despojos de los templos, se habían acostumbrado a despojar, y acechaban, por decirlo así, toda ocasión de lucro. Pasando sin transición de la extrema pobreza al supremo grado de la opulencia, saqueaban y disipaban, prodigando sin freno y sin medida. El contagio se apoderó poco a poco de las costumbres públicas: de aquí el desprecio tan común de la fe jurada y de la estimación ajena; la avidez de ganancia, que ansía satisfacerse aun a costa de cualquier mancha, y los caudales prodigiosamente devorados, sepultados en el lujo y los festines. La mesa tuvo sus triunfadores, como en otro tiempo la victoria. A esta época pertenece el inmoderado uso de los tejidos de seda; los premios concedidos a la perfección de una tela, a los refinamientos de la ciencia culinaria, y el fausto en el mobiliario y las inmensas dimensiones de las moradas. Si el campo de Cincinato hubiese igualado en extensión al suelo de una de aquellas casas, no habría conseguido, después de la dictadura, el honor de su noble pobreza.

Debemos añadir a este cuadro de disolución, el quebrantamiento de la disciplina militar, los cantos lascivos repetidos en vez de himnos de guerra; la piedra, que en otro tiempo servía de almohada al soldado, cambiada por el plumón del cojín más blando; su copa de beber pesaba más que su espada; ya no quería vasos de tierra, y necesitaba palacios de mármol. ¡Y leemos en la historia que fue severamente reprendido un soldado espartano por haber puesto el pie bajo techado en tiempo de guerra! Feroz y rapaz con sus conciudadanos, el romano se había trocado en blando y cobarde ante el enemigo. Corrompido por la ociosidad, pervertido por los donativos, era en cambio perito en el conocimiento del oro y la pedrería. Y, sin embargo, no distaba mucho el tiempo en que un simple soldado de Maximiano César, habiendo encontrado en el saqueo del campamento de los persas un saquito de piel lleno de perlas, fue bastante inocente para arrojar el contenido, contentándose con la envoltura, por lo mucho que le gustó la piel.

Quiso un día el Emperador que le cortasen el cabello, y vio entrar un personaje suntuosamente vestido. Extrañándolo, dijo Juliano: «He pedido un barbero, y no un rentista.» Preguntó, sin embargo, a aquel hombre cuánto ganaba con su empleo: «Veinte raciones de mesa por día, contestó; otras tantas de forraje, un buen sueldo anual y bastantes accesorios muy lucrativos.» Enojóse el Emperador y despidió a toda aquella chusma, así como también a los cocineros y a cuantos se encontraban en iguales condiciones, y de los que no sabía qué hacer, diciéndoles que se buscasen la vida en otra parte.

Tuvo Juliano en su infancia inclinación al culto de los dioses, que fue aumentando con la edad. Mientras necesitó guardar consideraciones, no se entregó a él sino rodeándose de profundo misterio: pero una vez libre de trabas, y pudiendo al fin obrar según su voluntad, reveló claramente el secreto de su conciencia. Por medio de edictos claros y terminantes mandó abrir de nuevo los templos y ofrecer otra vez víctimas en los abandonados altares. Para asegurar el efecto de estas disposiciones, convocó en su palacio a todos los obispos divididos entre sí por la doctrina y a los representantes de las diferentes sectas que profesaba el pueblo, haciéndoles ver, aunque suavemente, que era necesario terminasen las disputas y que cada cual profesase sin temor el culto que eligiese. Si se mostraba tan tolerante en este punto, era porque esperaba que la libertad multiplicaría los cismas, y que de esta manera no tendría en contra suya la unanimidad, sabiendo por experiencia que, divididos en el dogma los cristianos, son peores que fieras unos contra otros.

Frecuentemente les decía: «Escuchadme; los alemanes y los francos me han consultado muchas veces.» Esto era parodiar la frase de Marco Aurelio, y Juliano no veía que las circunstancias habían cambiado. Marco Aurelio atravesaba la Palestina dirigiéndose a Egipto; y exasperado por la horrible suciedad de los judíos y su turbulento carácter, exclamó con disgusto; «¡Oh marcomanos! ¡Oh quados! ¡Oh sármatas! Al fin he encontrado otros más ineptos que vosotros!»

Por aquel mismo tiempo, una nube de egipcios, seducidos por vagas esperanzas, vino a caer sobre Constantinopla. Raza disputadora, pleitista, que no paga sino por fuerza, infatigable en sus repeticiones, siempre exageradas, y que para conseguir descargo, perdón o aplazamiento, tiene siempre dispuesta queja o concusión. Asediaban en masa las audiencias del príncipe y prefectos del pretorio, hablando todos a la vez como grajos y aturdiéndoles con peticiones, fundadas o no, cuyo origen remontaba por lo menos a setenta años; siendo imposible ocuparse de otros asuntos. Por medio de un edicto los citó Juliano a Calcedonia, prometiéndoles que iría el mismo para decidir acerca de sus pretensiones; y en cuanto marcharon, se prohibió terminantemente a los barcos de regreso que admitiesen como pasajeros a los egipcios, prohibición que se cumplió a la letra; disipándose inmediatamente todo aquel ardor de peticiones en cuanto quedó demostrada su inutilidad, y cada cual regresó a su casa. De esto se tomó ocasión para dictar un ley que parece dada por la equidad misma, en la que se declara bien adquirido todo dinero dado con el propósito de conseguir una ventaja, prohibiéndose la reclamación.

(Año 362 de J. C.)

En las calendas de Enero se abrieron los registros consulares con los nombres de Mamertino y Nevita. El príncipe se digno mezclarse a pie con las personas distinguidas que asistían a la ceremonia, cosa que aprobaron unos y tacharon otros de degradante afectación. En seguida dio Mamertino juegos en el circo, y habiendo sido introducidos los esclavos que, según costumbre, habían de recibir la libertad, el mismo Juliano pronunció la fórmula de manumisión. Pero habiéndole advertido que aquel día pertenecía a otro el derecho de manumitir, se condenó a sí mismo por aquella equivocación a una multa de diez libras de oro.

Frecuentemente acudía al Senado para dirimir las cuestiones litigiosas. Un día en que escuchaba atentamente la discusión, vinieron a decirle que acababa de llegar del Asia el filósofo Máximo. Inmediatamente se levantó y, prescindiendo de su dignidad, corrió a recibirle hasta más allá del vestíbulo, lo abrazó y lo introdujo con ciertas muestras de respeto en la sala de sesiones; demostración intempestiva y que probaba su afán por falsa gloria. Indudablemente había olvidado aquel pensamiento de Cicerón sobre tales acciones, cuando dice: «Estos mismos filósofos no dejan de poner su nombre en los tratados del desprecio de la gloria; queriendo que se les alabe y glorifique por sus mismos esfuerzos, para inspirar este desprecio.»

Pocos días después, dos intendentes comprendidos en la expulsión de los empleados palatinos, acudieron secretamente a Juliano para proponerle la revelación del retiro de Florencio, con tal de que consintiera en reponerles en sus empleos. Con desprecio rechazó el ofrecimiento, les trató de viles delatores, y añadió que sería indigno de un Emperador emplear tales medios para apoderarse de un hombre que solamente se ocultaba por temor a la muerte, y a quien la esperanza de conseguir perdón alentaría quizás a no ocultarse por más tiempo.

Tenía entonces Juliano a su lado a Pretextato, varón de excelente carácter y senador como los de la antigua Roma. La casualidad se lo presentó en Constantinopla, a donde le llevaron sus asuntos particulares, y el príncipe le nombró espontáneamente procónsul de la Acaya.

No perdía de vista Juliano los intereses militares, no obstante su atención a las reformas en la administración civil. Solamente confiaba el mando a jefes experimentados por largos servicios; reedificaba por toda la Tracia las fortificaciones arruinadas y velaba con extraordinaria solicitud para que los destacamentos distribuidos por la orilla derecha del Ister, de los que sabía velaban bien y atentamente acerca de las empresas de los bárbaros, no careciesen de armas, ropas, sueldo ni víveres. Cuando se multiplicaba para atender a tantos cuidados, y comunicaba la actividad a todos

los mecanismos del Estado, le aconsejaron una expedición contra los godos fronterizos, que nos habían dado tantas pruebas de su mala fe y de su perfidia. Pero deseaba, según decía, adversarios de otro temple, porque en cuanto a éstos, bastaba dejar hacer a los mercaderes galatas que los vendían a tanto por cabeza, sin atender a la condición de los individuos.

La fama, sin embargo, proclamaba en el extranjero su valor, su templanza y sus conocimientos militares; su nombre, despertando la idea de todas las virtudes, se extendía poco a poco por todo el mundo; comunicándose cierto sentimiento de respetuoso temor desde los pueblos más inmediatos a las naciones más apartadas. De todas partes y una tras otra, llegaban legaciones. De la Armenia y las comarcas del otro lado del Tigris, vino una para negociar paz con él. Desde los extremos de la India, hasta de Dib y Serendib, partieron diputaciones cargadas de regalos. Las regiones australes de la Mauritania solicitaron el favor de que se las considerase como dependencias del Imperio. En fin, al Norte y al Oriente, los pueblos ribereños del Bósforo y del mar que recibe las aguas del Phaso, ofrecieron como suplicantes un tributo anual para obtener permiso de continuar habitando en el suelo donde habían nacido.

El relato de dichos acontecimientos, a que va unido el nombre de este gran príncipe, nos ha llevado a hacer mención de la Tracia y del Ponto Euxino, por lo que no será inconveniente dar acerca de estas regiones algunas noticias que me son propias, o que he recogido en mis lecturas.

La elevada cima del monte Athos, en Macedonia, abierta en otro tiempo para dejar paso a la flota de Jerjes, y el escarpado promontorio de Cafarea, en la isla Eubea, adonde vino a chocar la armada de los griegos, gracias al artificio de Nauplius, padre de Palamedes, a pesar de la distancia que los separa, marcan los límites recíprocos del mar Egeo y del de Tesalia. A partir de este último punto, el Egeo va ensanchándose, sobre todo por la derecha, donde las Esporadas por una parte y por otra las Cícladas, llamadas así porque forman casi un círculo en derredor de Delos, cuna de dos divinidades, le dan aspectos de vasto archipiélago. Sus olas bañan por la izquierda Imbros y Tenedos, Lemnos y Thasos, y, cuando las levanta el viento, se agitan furiosas contra las rocas de Lesbos. Rechazadas por este obstáculo, se lanzan sobre la costa de Troada, hacia el templo de Apolo Smithiano y el heroico hijo de Troya. Más al Norte, el Egeo forma el golfo de Melana, desde cuya entrada se descubre, por un lado a Abdera, patria de Protágoras y de Demócrito, y por el otro la sangrienta guarida del cruel Diomedes de Tracia, y el estrecho valle donde la corriente del Hebro se replega sobre sí misma y sube hacia su origen; después Maronea y Aenos, playa a que abordó Eneas bajo auspicios funestos, y de la que se apresuró a huir, guiado por los dioses, hacia las orillas de la antigua Ausonia.

En seguida se estrecha el Egeo, y, obedeciendo a un impulso natural, corre a reunirse con el Ponto, del que se agrega una parte, figurando la letra griega Φ . Abriéndose desde aquí el Helesponto, y dejando a un lado el Rhodopo, baña sucesivamente Cynossemo, donde se cree sepultada Hécula, Coelos, Sestos y Callipolis, y en la orilla opuesta las tumbas de Aquiles y Ajax, Dardania y Abydos, donde Jerjes echó un puente para atravesarlo. Más adelante están Lampsaco, regalo del rey de los persas a Temístocles, y Paros, fundada por Parios, hijo de Jason. Ensanchándose ahora por ambos lados en semicírculo, aparta muy lejos sus orillas, y, tomando el nombre de Propóntida, baña al Oriente Cizico y Dindimo, santuario reservado a la madre de los dioses; después Apamia, Cio y Astaco, cuyo nombre cambió un rey andando los tiempos por el de Nicomedia. Por el lado de Poniente, toca a Querronesa, $\text{\AE}gos$ -Potamos, donde predijo Anaxágoras que lloverían piedras, Lysimaquia y la ciudad que fundó Hércules en memoria de su compañero Perintho. En fin, como para hacer completa la semejanza con la Φ , en medio de su circunferencia se prolongan las islas Preconosa y Besbica.

En cuanto sus aguas doblan la punta de esta isla, este mar se estrecha otra vez entre la Europa y la Bitinia, y baña a la derecha Calcedonia, Crisópolis y otros parajes menos conocidos. Por la izquierda forma los puertos de Athyras, Selymbria y Constantinopla, la antigua Bizancio, colonia ateniense, y el promontorio de Ceras, coronado por alto faro; lo que ha hecho dar el nombre de Ceratas al frío viento que ordinariamente sopla de estas costas.

Aquí se detiene la corriente y queda completa la comunicación de los dos mares. Retíranse ahora de nuevo las dos riberas, abrazando un manto de agua sin límites a que alcance la vista, y cuyo circuito forma navegación de veintitrés mil estadios, según Eratóstenes, Hecateo, Ptolomeo y otros autores que pretenden ser exactos en la determinación de las distancias. Según todos los geógrafos, la forma de este mar es la de un arco escita con la cuerda. A Levante lo limita la Palus Meotida, y a poniente el Imperio romano. Sus costas septentrionales las habitan pueblos que tienen diferentes costumbres y lenguaje. Su ribera del mediodía describe ligera curvatura entrante. Su inmenso litoral está sembrado de ciudades griegas, casi todas fundadas por los milesianos, colonia de Atenas, establecidos desde muy antiguo en el Asia Menor por Nileo, hijo de Codro, que, según dicen, se sacrificó por su patria en la guerra contra los Dorios. Figuran los dos extremos del arco los dos Bósforos, el Thracio y el Cimmeriano. El nombre de Bósforo viene de que la hija de Inaco, transformada en vaca, según los poetas, atravesó a nado los dos mares interiores para pasar a la Jonia.

A la derecha de la curvatura, al salir del Bósforo, se encuentra la costa de Bitynia, llamada por los antiguos Mygdonia. Este reino comprende las provincias de Thynia, Mariandena, las Bebryces, que en otro tiempo libertó Pólux de la tiranía de Amycus, y la lejana comarca donde el divino Fineo temblaba al batir de alas de las harpías. En esta sinuosa playa, frecuentemente interrumpida por profundos senos, se encuentran las embocaduras del Sangaro, el Psylles, Bizes y Rhebas. Por el opuesto lado vense surgir del seno de las aguas las Simplegadas, doble roca escarpada por todos sus lados, de las que se dice que en otro tiempo, las dos partes chocaban con horrible estrépito, retrocedían y renovaban el combate sin cesar. Por rápido que fuese el vuelo de un pájaro, no habría podido escapar de entre aquellas dos moles en el momento en que se precipitaban una sobre otra. La primera nave de Argos, cuando bogaba para la conquista del vellocino de oro, pudo, sin embargo, pasar entre ellas sin que la alcanzase el choque, y desde este día cesó el antagonismo; las dos partes se reunieron tan íntimamente, que hoy nadie creería en su antigua separación si no existiesen, para acreditarla, todas las tradiciones de la poesía antigua.

Después de la Bithynia vienen las provincias del Ponto y de Plafagonia, en las que descuellan Heraclea y Sinope, Polemonion y Amisos, ciudades importantes, creadas todas por el activo genio de los griegos; y Cerasonta, cuyos dulces frutos trajo Lúculo a nuestras Comarcas. En el seno de altas islas se alzan las importantes ciudades de Trapezunta (Trebisonda) y Pityunta. Más lejos se encuentra la caverna de Aquerusa, que los habitantes del país llaman Μυκοπόντιος (que absorbe el agua del mar); el puerto de Acón y varios ríos, el Aquerón, el Arcadio, el Iris y el Tíbris, y más adelante el Parthenio, precipitándose todos con rápido curso en el mar. Cerca de aquí se encuentra el Thermodón, que baja del monte Armonio y corre entre los bosques de Therniscira, donde en otro tiempo buscaron refugio las amazonas, por los motivos que voy a referir.

Estas guerreras de la antigüedad, después de haber arruinado con sus continuas y sangrientas incursiones todos los Estados vecinos, aspiraban todavía a descargar mayores golpes. Confiando en sus fuerzas, y arrastradas por ardor de conquista, llegaron, pasando sobre los restos de multitud de pueblos, a buscar en los atenienses los adversarios más temibles. La lucha fue obstinada; pero al fin cedió su ejército, por la derrota de la caballería que guarnecía las alas, y todas las amazonas sucumbieron. A la noticia de esta derrota, las que, menos aptas para pelear, habían quedado en sus hogares, viéndose reducidas al último extremo y temiendo la venganza de vecinos irritados por los males que les habían hecho sufrir, se retiraron a las orillas más tranquilas del Thermodón. Allí se multiplicó su posteridad, volvió reforzada a su antigua patria y fue de nuevo terror de todas las naciones extranjeras.

Cerca de allí se alza en suave pendiente hacia el septentrión el monte Carambis, separado por dos mil quinientos estadios de mar del promontorio de Criumetopón, en Taurida. A partir del río Halys, todo el litoral se extiende en línea tan recta como la cuerda estirada entre los dos extremos del arco. En sus confines se encuentran los Dahas, el pueblo más belicoso de la tierra, y los Chalybos, que fueron los primeros en arrancar el hierro de las minas. Ocupan las inmensas

comarcas que se encuentran en seguida, los Byzaros, los Tybarenos, los Mosinecos, los Macronos y los Fíliros, pueblos sin comunicación con nosotros hasta hoy. A corta distancia se encuentran las tumbas de tres héroes, Sthenelo, Idmón y Tiphys; el primero compañero de Hércules, herido mortalmente peleando con las Amazonas; el segundo augur de los argonautas, y el tercero su hábil piloto. Al otro lado de esta comarca se hallan el antro de Aulión y el río Calicoro, llamado así porque Baco, después de haber realizado en tres años la conquista de las Indias, celebró su regreso en sus umbrosas y floridas orillas, con coros, danzas y orgías, misterios que algunos llaman Tritéricas. En seguida se llega a las famosas moradas de los camaritanos y al Faso, cuyas murmuradoras aguas bañan los pueblos de Cólquida, raza salida antiguamente del Egipto. En el número de estas ciudades debe citarse a Faso, que torna su nombre del río, y a Dioscura, importante aún en nuestros días, cuya fundación se atribuye a Amfito y Cercio, aurigas de Cástor y Pólux. Encuéntrase muy cerca los Aqueenos, que, según algunos autores, después de una guerra anterior a la de que Helena fue objeto, rechazados por una tempestad a las orillas del Ponto, encontrando enemigos por todas partes y no pudiendo establecerse en ninguna, concluyeron por ocupar las cumbres de las montañas, cubiertas por nieves eternas. La dureza del clima hizo contraer a aquellos emigrados la costumbre de vivir de la rapiña, haciéndoles muy pronto feroces bandidos. En cuanto a sus vecinos los Cercetos, no se sabe nada digno de mención.

Detrás de éstos se encuentran los Cimerianos, habitantes del Bósforo. Allí existen muchas ciudades milesianas y su metrópoli Panticapea, regada por el Hypanis, engrosado por numerosos afluentes. Al otro lado, pero a largas distancias, tribus de Amazonas habitan las dos orillas del Tanais (Don) y se extienden hasta el mar Caspio. Este río nace en las montañas del Cáucaso, y va a perderse en la Palus Meotida, formando en su sinuoso curso el límite recíproco de Europa y Asia. Cerca de aquí corre el río Rha, en cuyas orillas se encuentra una raíz que tiene el mismo nombre, y que se emplea frecuentemente en medicina.

Al otro lado del Tanais se extienden indefinidamente la comarca de los Sármatas, regada por numerosos ríos, tales como el Maracco, el Rhombito, el Theofano y el Tatordano. Aunque separada de esta región por enorme distancia, otra nación torna también el nombre de Sármatas: ésta habita las orillas del mar donde vierte sus aguas el Corax.

En seguida aparece el vasto contorno de la Palus Meotida, que saca de sus abundantes venas y vierte en el Ponto, por el estrecho de Datará, considerable masa de agua. A la derecha del lago están las islas de Fanagora y Hermonassa, civilizadas por los trabajos de los griegos. Más lejos, y en sus orillas más apartadas, habitan multitud de tribus, con diferentes costumbres y lenguaje: los Jaxamatos, los Meotas, los Jasygos, los Roxolanos, los Gelones y los Agathyrros, entre los que abundan los diamantes. Todavía se encuentran pueblos más allá, pero penetrando mucho en las tierras.

A la derecha de la Palus Meotida se encuentra el Quersoneso, lleno de colonias griegas; así es que los habitantes son amables y pacíficos; se dedican a la agricultura y viven de sus productos. Corta distancia los separa de la Taurida, dividida entre las diferentes tribus de los Arincos, los Sincos y los Napeos, todos igualmente temibles por la inveterada barbarie de sus costumbres; barbarie que llega a tal punto, que el mar que los baña ha recibido el nombre de inhospitalario. Pero los griegos, por antífrasis, le han llamado Ponto Euxino; de la misma manera que llaman εὐήθειν al loco, εὐφρόνην la noche, y εὐμενίδας a las Furias. Estos pueblos sacrifican víctimas humanas. Inmolan los extranjeros a Diana, a la que llaman Oreiloche, y cuelgan los cráneos de sus víctimas en las paredes de los templos, como gloriosos trofeos.

Leuca, isla habitada y consagrada a Aquiles, es una dependencia de la Taurida. Los viajeros que lleva allí la casualidad visitan sus templos y contemplan las ofrendas llevadas en honor de los héroes; pero al obscurecer vuelven a sus naves, porque, según se dice, se arriesga la vida pasando allí la noche. En el interior hay lagos poblados de aves blancas del género de los alciones. Más adelante hablaremos de su origen y de los combates que tienen en el Helesponto. También posee ciudades la Taurida, entre las que sobresalen Eupatoria, Dandacia y Theodosia, siendo las otras

menos importantes, sin haberse manchado nunca con sacrificios humanos.

Aquí termina la parte superior del arco. Recorramos ordenadamente los parajes del resto de su curvatura, ligera por este lado, y opuesta al signo de la Osa, hasta la orilla izquierda del Bósforo de Tracia. Diremos que, a diferencia del arco que usan las otras naciones, que tiene forma de vara larga, los dos lados del de los escitas y parthos, reunidos en el centro por un puño recto y redondo, describe cada uno una curva tan pronunciada como la de la luna menguante.

A partir de la unión, en el punto donde terminan los montes Rifeos, habitan los Arimfos, pueblo conocido por su justicia y amenidad. Los ríos Cronio y Bísula riegan esta comarca. Cerca de aquí están los Messagetas, los Alanos, los Sergetas y otros pueblos oscuros, de los que no conocemos bien los nombres ni las costumbres. A cierta distancia se encuentra el golfo de Carcinita, un río del mismo nombre, y después un bosque consagrado a Hecato. En seguida aparece la corriente del Boristhenes, que, naciendo en el monte de los Nervianos, siendo poderoso en su nacimiento y aumentado con la afluencia de otros ríos, se precipita en el recipiente del Euxino. En sus frondosas orillas se alzan las ciudades de Boristhenes y de Cefalonesa, y altares consagrados a Alejandro el Grande y a César Augusto. Más lejos se encuentra la península habitada por la innoble raza de los Sindos, aquellos infieles siervos que, mientras sus amos llevaban la guerra al Asia, se apoderaron de sus mujeres y de sus bienes. La estrecha playa que se encuentra en seguida ha recibido de los indígenas el nombre de Carrera de Aquiles, el héroe de Tesalia, que hizo un estadio para entregarse a este ejercicio. En las inmediaciones está Tyros, colonia de Fenicios, bañada por el río Tyros.

El centro de la convexidad del arco, que un buen andarín puede recorrer en quince días, está habitado por los Alanos de Europa y los Costobocos, y detrás de éstos se encuentran las innumerables tribus escíticas, extendidas en ilimitados espacios. Corto número de estos pueblos se alimenta con trigo, vagando los demás indefinidamente por vastas y áridas soledades, que nunca roturó el arado ni recibieron semillas. Allí viven entre hielos y a la manera de las bestias. Carros cubiertos con cortezas les sirven para transportar por todos lados, según su capricho, habitación, muebles y familia. La playa, cuando se llega al último punto de la curvatura, está llena de multitud de puertos. Allí se eleva la isla Peuca, morada de los Trogloditas, de los Pencos y de algunas otras tribus pequeñas. También se encuentra allí Histros, ciudad muy poderosa en otro tiempo; Apolonia, Anquialos y Odissos, sin hablar de otras muchas diseminadas por la costa de la Tracia. El Danubio, que nace en los montes Rauracos, en los confines de la Rhecía, aumentado en su inmenso curso con las aguas de más de treinta ríos navegables, viene aquí a derramar su caudal por siete bocas en el mar de la Scitia. Estas bocas tienen nombres griegos; la primera el de Peuca, de la isla del mismo nombre; llámase la segunda Naracustoma, la tercera Calonstoma, la cuarta Pseudostorna, siguiendo Boreonstoma y Sthenostoma, mucho menos importantes que las otras cuatro; la séptima ocupa vasta superficie, pero, a decir verdad, no es más que una charca.

En toda la superficie del Ponto Euxino reina atmósfera nebulosa; sus aguas son más dulces que las de los otros mares y ocultan multitud de bajos. Depende el primer efecto de la evaporación de tan extenso manto de agua; el segundo de la cantidad relativamente considerable de agua fluvial que penetra en él, que modera la sal; y el tercero por la cantidad de limo continuamente acarreado por los afluentes. Es cosa averiguada que los peces acuden a bandadas para depositar allí su freza, que se desarrolla mejor, y corre menos peligro en aquellas aguas más dulces y en cavidades más profundas, donde no tienen que temer la voracidad de los monstruos marinos; porque estas especies no aparecen jamás en aquellos parajes, como no sean algunos delfines pequeños, que no hacen daño alguno. La parte de este mar más expuesta al río se hiela hasta tal profundidad, que, a lo que se cree, no pueden los ríos encontrar salida; y entonces su superficie resbaladiza y peligrosa impide que hombre o bestia de carga se atreva a poner en ella el pie. Este fenómeno es común a todo mar interior en el que penetra agua dulce en tanta cantidad. Pero terminemos esta digresión, que nos ha llevado más lejos de lo que esperábamos.

Al fin llegó a poner colmo a las alegrías del momento una noticia impacientemente esperada y

que por mucho tiempo había defraudado nuestra esperanza. Cartas de Agilón y de Jovio, que no tardó en ser nombrado cuestor, anunciaron que la guarnición de Aquilea, cansada por la duración del sitio, al tener seguridad de la muerte de Constancio, había abierto al fin las puertas, entregado a los autores de la revuelta, y que, quemados éstos, se había concedido el perdón a los demás.

Después de tantas contrariedades, una serie de éxitos felices colocaban a Juliano por encima de la condición humana. Parecía que la fortuna solamente le reservaba favores. El mundo romano, completamente sometido obedecía a él solo. Y lo que pone el sello a su gloria durante el tiempo de su reinado, es que en el interior no hubo ni una sola agitación, y en el exterior, ni un bárbaro se atrevió a pasar la frontera; y el espíritu popular, que denigra siempre el poder caído, aumentaba más y más su entusiasmo por el poder nuevo.

Después de tomar con madura deliberación todas las medidas que reclamaban las circunstancias, arengando frecuentemente a los soldados y, por medio de liberalidades, asegurado sus buenas disposiciones para cualquier evento, partió Juliano para Antioquía, acompañado por el cariño de todos, y dejando a Constantinopla colmada de beneficios. Había nacido en esta ciudad y mostraba por ella esa predilección que ordinariamente se tiene al lugar del nacimiento. Cruzó el estrecho, dejando a un lado Calcedonia y Lybissa, donde se encuentra la tumba de Aníbal, y entró en Nicomedia, ciudad magnífica en otro tiempo, de tal manera embellecida por el esplendor de sus antecesores, que se podía, al aspecto de sus edificios públicos y privados, si ofender a la ciudad eterna, creerse en un barrio suyo. Juliano lloró ante aquellas murallas, que no eran más que montones de ruinas, mientras que lentamente y en silencio se encaminaba al palacio. Mucho peor fue cuando se le presentó el Senado y la población de la ciudad. Tanta miseria después de tanto esplendor, colmó la aflicción. Reconoció a muchas personas con quienes había mantenido relaciones cuando tenía por maestro a su lejano pariente el obispo Eusebio; dio a la ciudad considerable subsidio para ayudarles a reparar su desastre, y marchó en seguida por Nicea a las fronteras de la Galo-Grecia. Desde allí, describiendo un rodeo por el estrecho, fue a visitar en Pesinunta el antiguo templo de Cibeles, de donde, durante la segunda guerra púnica, Escipión Nasica, bajo la fe de los versos sibilinos, hizo trasladar la estatua a Roma. En el reinado del emperador Cómodo hemos relatado detalladamente la llegada de esta estatua a Italia, y algunas circunstancias relacionadas con ella. Los historiadores presentan diferentes etimologías del nombre de la ciudad: pretenden algunos que se deriva del verbo griego τόπεσεῖν, caer, porque su estatua de la diosa había caído del cielo: según otros, el nombre se lo dio Ilo, hijo de Tros, rey de Dardania: por su parte afirma Theopompo, que no la fundó Ilo, sino Midas, el poderoso monarca de Frigia.

Después de venerar Juliano a la diosa y de ofrecer sacrificios en sus altares, retrocedió a Ancira. Iba a dejar esta ciudad y a continuar su viaje, cuando se vio asediado por importuna multitud de reclamantes. Éste había sido despojado de sus bienes, aquél clasificado sin razón en tal curia, y algunos exageraban la pasión hasta el punto de lanzar a todo evento contra el adversario la acusación de lesa majestad. Más impasible que los Cassios y los Licurgos, Juliano, en medio de aquellos clamores, pesaba imparcialmente cada circunstancia, y, sin equivocarse jamás, administraba justicia a cada uno. Pero se mostraba extraordinariamente severo con los calumniadores, a los que detestaba, porque había aprendido a costa suya, cuando no era más que simple particular, hasta dónde puede llegar su odio. Un ejemplo entre muchos demostrará cuán poca impresión le causaban las acusaciones de este género.

Uno que odiaba mortalmente a otro, hablaba mucho contra su adversario, de un atentado que, según decía, había cometido contra la majestad del príncipe, y continuamente instaba al Emperador, que siempre fingía no comprenderle. Juliano le preguntó al fin qué era el acusado, contestando el otro que de la clase media y muy rico. El príncipe sonrió. «¿Qué prueba, dijo, tienes contra él?» «Ha hecho teñir de púrpura un manto de seda», exclamó el acusador. Juliano se contentó con decirle que cuando un hombre que nada valía acusaba de aquel delito a otro de igual estofa, no merecían que se ocupase de ellos; y que en adelante callase y viviera tranquilo. Pero no teniéndose por vencido el querellante, insistió más y más. Irritado ya Juliano, se volvió al tesorero de los donativos,

que estaba presente, y le dijo: «Haz que den a este peligroso hablador un calzado de púrpura para el hombre a quien odia, y que, según dice, se ha mandado hacer un traje de ese color; así verá lo que gana, si no es muy fuerte, con cargarse con tales adornos.»

Esto debían imitarlo siempre los que gobiernan. Pero no puede ocultarse que, en otras ocasiones, mostró repugnante parcialidad. En este reinado, difícilmente podía el reclamado por los magistrados municipales para formar parte de su corporación, escapar a sus pretensiones acerca de su persona, aunque gozase de todos, los derechos de exención posibles por sus servicios militares y hasta por su calidad de extranjero: llegando esto a tal punto, que se resignaban a comprar el descanso por medio de transacciones clandestinas, a precio de dinero.

Al llegar a la estación de Pylas, que marca el límite entre la Capadocia y la Cilicia, encontró Juliano al corrector de la provincia, llamado Celso, a quien había conocido cuando estudiaba en Atenas. Abrazóle y le hizo montar en su carroza, llevándole con él a Tarso. Desde allí marchó sin detenerse a Antioquía, maravilla del Asia, que ardía en deseos de visitar. Los habitantes le recibieron en las inmediaciones de la ciudad con una especie de culto, asombrándose él mismo ante aquel inmenso concierto de voces que le saludaban como astro nuevo que aparecía en Oriente. Era precisamente la época en que se celebraba la antigua fiesta de Adonis, aquel joven amante de Venus, muerto por un jabalí, imagen poética de la cosecha segada en su madurez; y se consideró como funesto presagio que se oyesen lamentaciones de duelo en la primera entrada del jefe del Estado en una residencia imperial.

Aunque la ocasión fue muy trivial, Juliano dio prueba de mansedumbre que le honró mucho. Un hombre llamado Thalasio, que había pertenecido a los investigadores, le era odioso como cómplice de los lazos tendidos para perder a su hermano Galo, y había mandado le advirtiesen no se presentara entre los honoratos que acudieron a saludarle. Thalasio tenía un pleito; los que litigaban contra él, aprovechando aquella mala voluntad, idearon al día siguiente de la entrada amotinar el populacho y acudir a gritar ante el Emperador: «Thalasio, ese enemigo de tu majestad, quiere apoderarse de nuestros despojos.» Confiaban haber encontrado ocasión de perderle; pero Juliano comprendió la intención: «En efecto, dijo, el hombre de quien habláis ha merecido justamente mi indignación. Suspended vuestra queja, porque conviene que obtenga yo satisfacción de él antes que vosotros.» Dicho esto, envió orden al prefecto que ocupaba el tribunal para que aplazase el asunto hasta que Thalasio volviese a su gracia, cosa que no tardó en suceder.

Conforme había proyectado, pasó el invierno en Antioquía; pero en vez de dejarse arrastrar por las seducciones de todo género que abundan en Siria, ocupábase, como por descanso, en entender en los procesos, cosa que no exige menos trabajo de espíritu que la dirección de una guerra. Aplicando su maravillosa inteligencia, entregábase arduosamente a reconocer a cada uno su derecho, a reprimir el fraude con toda la severidad compatible con la prudencia, y a proteger la razón contra la injusticia. Verdad es que algunas veces mostró indiscreta curiosidad en cuanto a las respectivas creencias de las partes, pero no hubo ejemplo de que esta preocupación influyese en las sentencias. Nunca se le censuró haberse desviado lo más mínimo por este motivo ni por ningún otro, de la equidad más estricta. En todo proceso, la conciencia del juez no debe atender más que a lo justo o injusto, y no se está más atento en el mar para evitar un escollo, que lo estaba él para no olvidar esta regla. Por tal razón, conociendo muchas veces que perdía la serenidad, permitía a los prefectos y a los asesores le advirtiesen sus arrebatos de vivacidad, mostrándose siempre afligido por tales arranques y agradecido a las observaciones. Un día que los abogados ensalzaban la rectitud de una sentencia suya, respondió con bastante sequedad: «Más agradecería el elogio, y más dispuesto me encontraría para gloriarme, si pudiera decirme: En el caso contrario me habrían reprendido.» Un ejemplo bastante gracioso dará a conocer la poca rudeza de sus formas jurídicas. Viendo un día una litigante que la parte contraria, empleado de palacio perteneciente al número de los eliminados, llegaba al tribunal ceñido con el cinturón, comenzó a quejarse de aquella reposición de la que auguraba mal para su pleito: «No dejes de exponer tus quejas, le dijo Juliano. Tu contrario no gana con eso más que recogerse mejor la toga para librarse del barro, y nada tendrá que sufrir tu

reclamación.»

El poeta Arato ha descrito la justicia huyendo al cielo de la perversidad de los hombres. Además de los ejemplos citados (que no son los únicos), hubiera podido decirse, como el mismo Juliano se jactaba de ello, que su reinado había vuelto a traer esta diosa a la tierra. Y la frase habría sido completamente exacta, si el príncipe no hubiese colocado muchas veces su decisión propia en el lugar de la ley, y cometido por esto errores que enturbian su gloria. Y no es que algunas veces no corrigiese atinadamente el texto, esclarecido sus obscuridades y determinado con mayor precisión el sentido positivo o negativo de tal o cual texto; pero existe también de él algún rasgo de intolerancia arbitraria que quisiera sepultar en eterno olvido. Prohibió la enseñanza a los retóricos y gramáticos que profesaban el cristianismo.

Por esta misma época, aquel notario Gaudencio, a quien el difunto Emperador encargó poner el África en pie de defensa, fue llevado con su ex vicario Juliano, cargado de cadenas a Constantinopla y condenado a muerte. Aplicóse también la pena capital a Artemio, que fue duque de Egipto, al que dirigían abrumadoras acusaciones los alejandrinos; pereciendo asimismo, por mano del verdugo, el hijo de Marcelo, ex general de la caballería; y se envió al destierro a los tribunos de los escutarios Romano y Vicencio, de las primera y segunda escuela, convictos los dos de planes ambiciosos muy superiores a su condición.

No se tardó mucho en Alejandría en conocer la muerte de Artemio; no temiendo nada tanto los habitantes como su regreso y mantenimiento en el cargo, porque había amenazado mucho, y probablemente habría ejercido terribles venganzas. En seguida descargó su odio contra Jorge, obispo de la ciudad, que efectivamente había mostrado contra ellos la malicia de la víbora. Nacido, si ha de creerse al rumor público, en el taller de un batanero de Epifanía, en Cilicia, había adelantado mucho, con desprecio de todos los derechos, y desgraciadamente para su diócesis y para él mismo, había conseguido hacerse ordenar obispo de Alejandría. Conocida es, por la voz misma de los oráculos, la proverbial turbulencia del populacho de esta ciudad, y su propensión a insurreccionarse sin causa; y la conducta de Jorge fue muy a propósito para atizar el fuego de sus ánimos. Olvidando su misión de paz y de equidad para rebajarse al papel de delator, estaba siempre dispuesto a designar los alejandrinos al suspicaz Constancio, como hostiles a su gobierno. Acusábanle de haber sugerido malignamente que la renta de los edificios públicos pertenecía al tesoro, porque el emperador Alejandro los había construido a expensas públicas; pero unas palabras inconsideradas fueron la causa inmediata de su pérdida. Regresaba de la corte, y pasando, como de ordinario, su suntuosa carroza ante el magnífico templo de Serapis, exclamó mirando al edificio: «¿Hasta cuando dejarán en pie ese sepulcro?» Estas palabras produjeron el efecto del rayo en los que las escucharon, creyendo destinado aquel templo, como tantos otros, a la destrucción; y desde aquel momento no hubo tentativa que no dirigiesen contra el obispo. En medio de esta disposición de los ánimos, llegó de pronto la deseada noticia de la muerte de Artemio: arrebatado embriagador se apoderó entonces del populacho, que se apoderó de Jorge, lo derribó, lo pisoteó y descuartizó.

Al mismo tiempo Draconcio, prepósito de la moneda, y un tal Diodoro, que tenía el título de conde, arrastrádoles a los dos con cuerdas atadas a los pies, sufrieron igual tratamiento; el primero por haber derribado un altar nuevo, alzado en la casa de la moneda; el segundo, porque presidiendo la construcción de una iglesia, por autoridad propia había tonsurado a muchos niños, creyendo ver en su larga cabellera homenaje votivo a los dioses. No contento con esta barbarie, el populacho cargó en camellos los mutilados cadáveres, los trasladó a la playa, y, después de quemarlos, arrojó las cenizas al mar; con objeto, según decían, de que nadie los recogiese y les alzase templos. Insultante alusión a aquellas víctimas de la constancia religiosa que, antes de abjurar su culto, sufrieron heroicamente los últimos suplicios, y que hoy se designan con el nombre de mártires.

Hubiesen podido los cristianos interponerse y proteger a aquellos desgraciados contra tan horrible muerte; pero los dos bandos aborrecían de igual manera a Jorge. Cuando llegó al Emperador la noticia de aquel atentado, se indignó y quiso al pronto castigar duramente a los autores. Pero calmaron su irritación y se limitó a protestar severamente por medio de un edicto

contra aquellos actos, y amenazar con el último suplicio al que, en lo sucesivo, violase la justicia y las leyes.

Hacía mucho tiempo que meditaba Juliano una expedición contra los Persas. Su resolución era firmísima, inspirada por el legítimo deseo de vengar ruidosamente el pasado. Sesenta años hacía que aquella orgullosa nación llevaba al Oriente la devastación y la matanza, habiendo llegado sus triunfos hasta el completo exterminio de ejércitos enteros. Dos causas excitaban el ardor de Juliano: en primer lugar su aversión al descanso, soñando siempre con el clamor de las trompetas y el estrépito de las batallas; y además, gloriosos recuerdos ponían continuamente delante de su vista las luchas de su juventud contra indómitas naciones; aquellos jefes, aquellos reyes humillándose ante él hasta las súplicas más humildes, cuando podía creérseles alguna vez abatidos, pero nunca suplicantes; y también deseaba ardientemente unir el epíteto de Parthico a sus otros trofeos.

No le faltaban, sin embargo, detractores. La malevolencia y la pusilanimidad se asustaban ante sus inmensos preparativos: al oírles, aquella ostentación de fuerzas era intempestiva y peligrosa. ¿No podía realizarse la transmisión del Imperio sin una perturbación universal? No teniendo otro medio para oponerse, los descontentos no cesaban de repetir, para que sus palabras llegasen al Emperador, que si no moderaba aquella peligrosa ambición, se le vería como al trigo con demasiada savia, perecer por el exceso de su propio vigor. Pero la oposición era de todo punto inútil. Juliano no se mostraba más conmovido por las murmuraciones que Hércules por los esfuerzos de los pigmeos, o del sacerdote rodiano Thiodamas: y continuando con igual ardor en su empresa, medía con penetrante vista toda su extensión, esforzándose en acumular apropiados medios de ejecución.

Por otra parte, los altares estaban literalmente inundados con la sangre de las víctimas. Algunas veces sacrificaba hasta cien bueyes a la vez, innumerables variedades de ganado menor, así como también millares de aves blancas que hacía buscar por tierra y por mar. Así fue que diariamente se veía, por efecto de una licencia que hubiese sido mejor reprimir, dar los soldados en los templos repugnantes ejemplos de voracidad y embriaguez; y en seguida, embrutecidos por los excesos, recorrer las calles sobre los hombros de los transeúntes, obligándoles a que les llevasen a sus cuarteles. En estas orgías distinguíanse especialmente los petulantes y los celtas, que entonces se lo creían todo permitido. El gasto de las ceremonias religiosas adquiría proporciones inusitadas y sin límites. El último recién llegado, tuviese o no conocimientos en la materia, podía hacer oficios de adivino, y sin carácter, sin misión, ingerirse a pronunciar oráculos y a investigar en las entrañas de las víctimas el porvenir que algunas veces se manifiesta en ellas. La adivinación examina el vuelo, el canto de las aves, y emplea todos los medios para interrogar la suerte. En medio de esta tendencia de los ánimos, favorecida por los ocios de la paz, la curiosidad de Juliano quiso abrirse un camino más, desembarazando el obstruido orificio de la profética fuente de Castalia. Dícese que el emperador Adriano mandó cegar con gruesas piedras la salida de aquella fuente, porque allí había recibido en otro tiempo el anuncio de su exaltación futura y no quería que ningún otro pudiese recibir aviso semejante. Juliano dispuso la exhumación de los muertos enterrados en el circuito de la fuente y lo purificó, observando el ceremonial que en iguales circunstancias emplearon los atenienses en la isla de Delfos.

En este mismo año, el once de las calendas de Noviembre, fueron presa de las llamas el vasto templo de Apolo que construyó en Dafnea el violento y cruel monarca Antíoco Epifanio, y la estatua del dios, igual en magnitud a la de Júpiter Olímpico. Este desastre irritó extraordinariamente al Emperador, que dispuso severa investigación y mandó cerrar la iglesia catedral de Antioquía, sospechando que los cristianos habían sido autores del atentado, impulsados por el despecho al ver rodear al templo con magnífico peristilo. Atribuíase, sin embargo, aunque vagamente, el siniestro a causa accidental. El filósofo Asclepiades, cuyo nombre se cita en la historia de Magnencio, en un viaje que hizo para ver a Juliano, habiendo visitado el templo, colocó, según se dice, al pie de la colosal estatua una figurita de plata representando la madre de los dioses, rodeándola, según costumbre, de cirios encendidos, y no se había, retirado hasta la media noche, hora en que no había

allí nadie para prestar auxilio. Ahora bien; las pavesas de los cirios habían llegado a las paredes, cuya vejez las hacía muy a propósito para arder; y todo el edificio, no obstante su prodigiosa elevación, quedó en un instante reducido a cenizas. Aquel mismo año hubo tan espantosa sequía, que se extinguieron hasta los manantiales más abundantes; pero no tardó en restablecerse su corriente natural. El cuatro de las nonas de Diciembre, por la tarde, otro terremoto destruyó lo que quedaba de Nicomedia, experimentando igual suerte considerable parte de Nicea.

Juliano, cuyo corazón estaba entristecido con tantas calamidades, no aflojó en su actividad en completar sus armamentos para la deseada época en que debía comenzar la campaña. Pero en medio de estas graves y útiles preocupaciones, tenía una que la razón no puede aprobar, y que hasta carecía de pretexto plausible; la de abaratar arbitrariamente, y por vano deseo de popularidad, el precio de los comestibles. Esta operación es muy delicada, y si no se toca con prudencia, de ordinario acarrea la escasez y el hambre. En vano le demostraban hasta la evidencia los magistrados municipales la inoportunidad de la medida; no atendió a la objeción, y mostró en este punto igual obstinación que su hermano Galo, aunque sin sus sangrientas violencias. El disgusto de Juliano por aquella oposición, que calificó de malévola, dio origen al violento volumen que intituló el *Antioqueno* o *Misopogón*; que es una serie de invectivas, en las que no todo es verdad, y que le atrajo algunas sátiras mordaces. No lo ignoraba el Emperador, y a pesar que creyó deber callar, su rencor aumentó con la reconcentración. Divertíanse los burlones llamándole Cercops, y describiéndole de esta manera: bajito, con barba de chivo; hombros estrechos y que anda a zancadas como el Otus o el Ephialitis que celebra Homero. Llamábanle también victimario, con preferencia a sacrificador; alusión maligna a sus matanzas de víctimas. Tampoco se perdonaba su manía de mezclarse ostensiblemente a las funciones sacerdotales y de mostrarse por todas partes llevando en las manos los objetos sagrados, en medio de procesiones de devotos. Todos estos sarcasmos le irritaban profundamente, conteniéndose para no revelar nada y persistiendo en sus prácticas religiosas.

Un día quiso sacrificar a Júpiter sobre el Casio, montaña muy alta, cubierta de bosque, redonda en su base y que recibe al canto del gallo los primeros rayos del sol. Marchó allá en el día señalado y se dedicaba a las ceremonias del sacrificio, cuando vio a un hombre arrodillado a sus pies, implorando perdón con suplicante voz. Preguntó Juliano quién era, y le contestaron que Theodoto, antiguo presidente del consejo de Hierápolis, quien, acompañando a Constancio a su cámara al frente de los nobles de la ciudad, había cometido la hipócrita bajeza de suplicarle, con lágrimas en los ojos, como si lo viese ya vencedor, que le enviase la cabeza del ingrato rebelde Juliano, con objeto de repetir el espectáculo que se dio con la de Magnencio. Juliano se limitó a contestar al suplicante: «En tiempo oportuno se me repitieron por todas partes tus palabras. Pero regresa tranquilamente a tu casa y cuenta con la clemencia de tu Emperador. Por prudencia quiere disminuir el número de sus enemigos, y por inclinación prefiere hacerse amigos.» Y continuó celebrando el sacrificio, a cuya terminación recibió del corrector de Egipto una carta en la que le decía que, después de muchas investigaciones infructuosas, al fin se había encontrado al dios Apis; lo que, según las creencias del país, presagiaba abundante cosecha de todos los productos de la tierra.

Diremos algo acerca de esto. De todas las consagraciones de animales practicadas en la antigüedad, eran las más solemnes las de Mnevis y Apis: el primero dedicado al sol, y cuya tradición no dice nada notable; el segundo a la luna. El buey Apis nace señalado con varios signos, pero muy especialmente con el de una media luna en el costado derecho. Cuando llega al término de su existencia, el dios desaparece por inmersión en una fuente; porque no está permitido dejarle vivir más tiempo del señalado por la autoridad mística de los libros sagrados, ni de ofrecerle más de una vez por año la vaca, su compañera, que también está marcada con signos especiales. Búscasele entonces sucesor, con todo el ceremonial del duelo público, y en cuanto se encuentra uno dotado de las cualidades requeridas, le llevan a la gran ciudad de Memfis, célebre por la divina presencia de Esculapio. Allí cien sacerdotes introducen al animal en su santuario, y desde este momento es sagrado, interpretándose cada movimiento suyo como manifestación de lo venidero. La historia dice

que se separó cuando Germánico César le ofreció comida en la mano; señal de la desgracia que iba a ocurrir a este príncipe.

Parece que debo añadir algunos detalles a las noticias más extensas que di acerca del Egipto, en los reinados de Adriano y de Severo, noticias que di bajo la fe de mi propia vista. Es el Egipto la nación más antigua, si se exceptúa la de los Escitas, que le disputa la antigüedad. Al Mediodía tiene por límite la Sirte Mayor, los promontorios de Phycus y de Borión, y el país que habitan los Garamantos y otros pueblos; al Oriente, las ciudades etiópicas de Elefantina y Meroen, las cataratas, el mar Rojo y los árabes scenitas, a quienes llamamos sarracenos. Por el Norte toca al inmenso continente del Asia por la frontera de la provincia siria; y su límite a Poniente es el mar Issiaco, que algunos autores llaman también mar Parthenio.

Fijémonos un poco en el Nilo, el río más bienhechor de todos, al que Homero llama Egipto; después hablaremos de otras maravillas de esta comarca. Creo que la posteridad no conocerá mejor que se conoce hoy el origen del abundante caudal del Nilo. Los poetas se contradicen en sus ficciones como los sabios en sus conjeturas acerca de este misterioso fenómeno. De unos y de otros tomaré las explicaciones que me parecen más probables. Pretenden algunos físicos que las masas de nieve condensadas por los inviernos septentrionales, se ablandan después por la influencia de temperatura más suave y se evaporan bajo la forma de nubes que, arrojadas hacia el Mediodía por los vientos etesios, se resuelven en agua en clima más cálido, siendo la causa de las primeras crecidas del Nilo. Afirman otros que sus periódicas inundaciones no tienen otro origen que las abundantes lluvias que caen en la Etiopía, durante los grandes calores del verano. Ambas explicaciones deben ser erróneas; porque se asegura que no llueve nunca en Etiopía, o que solamente llueve a largos intervalos. Existe otra opinión más acreditada, la de que el aumento del río se debe a los vientos prodromos y etesios, que rechazan sus olas durante cuarenta y cinco días, en los que la corriente, violentamente contenida y luchando contra el obstáculo, eleva sus aguas a esa altura prodigiosa y hace que se extiendan como un mar bajo el que desaparecen los campos. Por su parte el rey Juba sostiene, bajo la fe de los libros púnicos, que el Nilo nace en una montaña de Mauritania inmediata al Océano, y la prueba está, según dice, en que los similares de las plantas, peces y cuadrúpedos que viven en el río o en sus orillas, se encuentran en las aguas o en el suelo de aquella comarca.

Cuando el río ha recorrido la Etiopía recibiendo diferentes nombres de las diversas regiones que atraviesa, llega, con caudal muy considerable ya, a lo que llaman las cataratas. Éstas las forman una línea de peñascos cortados a pico que cierra su curso, y desde cuya altura se precipita con tal estrépito, que los Atos, pueblos que en otro tiempo habitaban en sus inmediaciones, tuvieron que emigrar en busca de comarca menos ruidosa, porque se les embotaba el oído. En seguida es más tranquila su corriente, y, después de atravesar todo el Egipto, penetra en el mar sin recibir ningún afluente, por siete bocas distintas, de las que cada una tiene la anchura y presta la utilidad de un río. Ramificase además en muchos brazos o canales de diferente importancia, de los que siete, que son navegables, han sido designados respectivamente por los antiguos con los nombres de Heracleótico, Sebenítico, Bolbítico, Phatnítico, Mendesiano, Tanítico y Palusiaco. Estos brazos forman por encima de las cataratas diferentes islas, siendo algunas tan extensas, que el río emplea tres días en completar su circuito. Las más notables son Monroe y Delta, llamada así por la figura triangular que le es común con la letra griega de este nombre.

Desde la entrada del sol en el signo de Cáncer, hasta que sale del de Libra, el nivel del Nilo se eleva durante cinco días. En seguida decrece, y sus aguas, bajando poco a poco, dejan libres los campos a la circulación de carros, cuando antes solamente podían recorrerse en barca. La inundación puede ser perjudicial por abundancia o escasez. Cuando es excesiva, la permanencia demasiado prolongada de las aguas empapa el suelo y retrasa los trabajos de la agricultura; cuando es escasa, la cosecha resulta estéril. El labrador no desea jamás que el desbordamiento exceda de diez y seis codos de altura; y es cosa rara, si la inundación viene en justa medida, que la semilla arrojada a la tierra no dé el setenta por uno. Este es el único río cuya corriente no imprime al aire

agitación alguna.

Pululan en Egipto los animales terrestres y acuáticos; y los hay que viven indiferentemente en tierra o agua, llamándoles por esta razón anfibios. En los terrenos secos hay cabras y búfalos, variedades de monos presentando reunión de extraños caracteres y deformidades, y otros monstruos cuya nomenclatura no tendría nada de interesante.

Entre las especies acuáticas abunda el cocodrilo, encontrándosele en todas las comarcas. Este es un cuadrúpedo peligroso que vive en uno y otro elemento. Carece de lengua y solamente es movable su mandíbula inferior. Sus dientes, alineados como los de un peine, muerden con furor todo lo que pueden coger. Es ovíparo, y sus huevos parecidos a los del ganso. Tiene pies armados con uñas, y si no careciesen de pulgar, su presión bastaría para hacer zozobrar una nave. A veces tiene diez codos de largo este animal. De noche duerme debajo del agua, y de día sale a tierra a buscar el alimento. Tal es la dureza de su piel, que le forma coraza en el dorso, pudiendo apenas atravesarla una saeta lanzada por balista. La ferocidad del cocodrilo se dulcifica como por una manera de tregua, y queda en suspenso durante los siete días de las ceremonias que consagran los sacerdotes de Menfis a celebrar el nacimiento del buey Apis. Tiene muchos enemigos, y frecuentemente muere con el vientre abierto por cierto pez crustáceo que tiene la figura del delfín, y que le ataca por este lado débil. También parecen cocodrilos de la siguiente manera: Un pajarillo, llamado troquila, tiene el instinto, cuando encuentra alguno descansando, de picotear revoloteando en derredor de sus mandíbulas, cosa que le produce tal cosquilleo, que tiene que abrirlas, y entonces el pájaro se le introduce hasta la garganta. En el momento en que abre la boca, el ichneumon, especie de hidra, penetra por la abertura que le ha ofrecido el pájaro hasta las entrañas del cocodrilo, las tortura y las destruye, y se abre paso de esta manera horadándole el vientre. Atrevido con los que huyen, el cocodrilo carece de valor cuando se le afronta. Ve mejor en tierra que en el agua, y, según dicen, pasa los cuatro meses de invierno sin tomar alimento.

También vive en este país el hipopótamo, el ser más inteligente entre los que carecen de razón. Este anfibio tiene forma de caballo, pero la pata hendida y la cola corta. Dos rasgos bastarán para que se comprenda su sagacidad. Generalmente establece su guarida en un matorral espeso, y allí permanece escondido, pero constantemente en acecho, hasta que considera propicio el momento para ir a pastar en algún campo de trigo. Cuando se encuentra repleto, cuida de señalar varios rastros andando hacia atrás, para confundir las pistas y desorientar a los cazadores que le persiguen. Otro ejemplo: El hipopótamo come con voracidad; y cuando abultado su vientre por el exceso de comida le entorpece los movimientos, se abre las venas de los muslos y de las piernas, frotándolas contra jaras recientemente cortadas, con objeto de aligerarse con la sangría; en seguida se cubre las heridas con barro hasta que quedan cicatrizadas. Este raro y monstruoso cuadrúpedo apareció por primera vez en un anfiteatro romano, bajo la edilidad de Scauro, padre de aquel que defendió Cicerón, y a propósito del cual intimó a los habitantes de Sarda que mostrasen a aquella noble familia el mismo respeto que todo el género humano. En los siglos siguientes viéronse en Roma muchos hipopótamos; pero hoy no se encuentran ya en Egipto, porque, según dicen los habitantes, viéndose perseguidos estos animales, han emigrado al país de los Blemyas.

Entre las aves de Egipto, cuyas variedades son innumerables, descuella el ibis, ave sagrada, de agradable forma, y cuyas costumbres son muy provechosas, porque alimenta a sus polluelos con huevos de serpientes, disminuyendo de esta manera la reproducción de estos reptiles de venenosa mordedura. Los ibis vuelan también en bandadas al encuentro de los ponzoñosos dragones alados que envían al Egipto las charcas de la Arabia, los combaten en el aire y los devoran, sin permitir a sus perniciosas falanges que crucen la frontera. Preténdese que el ibis da a luz sus polluelos por el pico.

También produce el Egipto infinidad de serpientes de las especies más dañosas, basiliscos, antisbenas, scyталas, aconcios, dipsadas, víboras y otras. La más notable por su tamaño y belleza de colores es el áspid, que nunca abandona el Nilo, a menos que no se vea obligada a ello.

Bajo otros muchos aspectos merece el Egipto la atención del observador: no podemos dejar de

mencionar la colosal estructura de sus templos y pirámides, enumeradas entre las siete maravillas del mundo. Herodoto nos dice cuánto tiempo emplearon en su construcción y cuántos obstáculos tuvieron que vencer. Anchas en la base, agudas en la cúspide, se elevan a una altura que jamás alcanzó obra alguna del hombre. Esta figura se llama en geometría pirámide, porque tiene parecido con la llama, τοῦ πυρός, y va estrechándose en cono. Por consecuencia física de esta disminución de bajo a alto, las pirámides no dan sombra.

También se encuentran en muchos puntos de aquella comarca galerías subterráneas con muchas revueltas, laboriosamente construidas, según se dice, por los depositarios de los ritos antiguos, que, temiendo un diluvio, quisieron conservar la tradición de las ceremonias, y con este objeto hicieron esculpir en las paredes de las bóvedas innumerables figuras de pájaros y animales, a lo que llaman escritura jeroglífica.

Allí se encuentra la ciudad de Syena, en la que, durante el solsticio de estío, caen a plomo los rayos del sol; lo que hace que todo objeto colocado en línea vertical se encuentra iluminado a la vez por todos lados y no proyecta sombra. De manera que si se mira un palo clavado verticalmente en tierra, un árbol, un hombre de pie, no se ve sombra alguna en el suelo, en el extremo inferior de la línea que el objeto describe en el espacio. Dícese también que en Meroe, ciudad etiópica inmediata al ecuador, durante noventa días se proyecta la sombra en sentido inverso que entre nosotros, lo que ha hecho se dé a aquellos habitantes el nombre de Antiscios. Pero de tal manera abundan las maravillas en aquella comarca, que su enumeración sola excede a los límites de este trabajo; por lo que dejaremos el cuidado de relatarlas a otros más inteligentes, limitándonos a dar a conocer brevemente sus provincias.

Dícese que antiguamente formaban el reino de Egipto sólo tres provincias: Egipto, Tebaida y Libia: en las edades siguientes aumentó este número con otras dos, Augustamnica y Pentápolis, que no son más que desmembramientos, una del verdadero Egipto y la otra de la Libia árida.

Cuenta la Tebaida, entre sus ciudades más célebres, Hermópolis, Coptos y Antinoi, construida por Adriano en honor de su querido Antino: y todos han oído hablar de Tebas hecatónfila.

Citase entre las ciudades de la Augustamnica la célebre Pelusa, que, según se dice, fundó Pelea, padre de Aquiles, que habiendo dado muerte a su hermano Foco, y viéndose perseguido por las furias, fue a purificarse por mandato de los dioses en el lago que baña

las murallas de esta ciudad. También son notables Cassio, donde se encuentra la tumba del gran Pompeyo, Ostracina y Rhinocolura.

En la Pentápolis de Libia se hallan Cyrene, ciudad antigua, desierta hoy, construida por el espartano Batto. Vienen en seguida Ptolemais, Arsinoe o Teuchira, Darnis y Berenice, llamada también Hespérida. La Libia árida tiene pocas ciudades municipales; encontrándose en este número Paretonión, Cherecla y Neápolis.

En cuanto al Egipto, propiamente dicho, que desde su reunión al Imperio está gobernado por un prefecto, exceptuando algunas poblaciones inferiores, no se ven más que nobles ciudades como Athribis, Oxyrynca, Thumis y Memfis.

Pero entre todas estas ciudades, la preeminencia pertenece a Alejandría; honor que debe a la munificencia de su fundador y a la habilidad de su arquitecto Dinocrates. Dícese que, careciendo de cal en el momento en que construía los cimientos, el arquitecto trazó el perímetro con harina; presagio de la abundancia de que había de gozar un día la nueva ciudad. Reina en ella temperatura que siempre es igual, respirándose aire suave y saludable. También consta por continua serie de observaciones, que no pasa un solo día sin que los habitantes vean el cielo sereno.

En otro tiempo esta costa era pérvida para los navegantes por sus numerosos bajos y escollos. Cleopatra imaginó construir cerca del puerto una torre muy alta, que ha tornado el nombre de Pharos, del suelo de la isla sobre que se alza, y que por la noche sirve de fanal; de manera que las naves que vienen del mar Prathenio, o del de Libia, no corren peligro de perderse en las arenas de aquel vasto litoral, en el que no hay colina alguna que pueda guiarlas en su dirección. También fue esta reina quien, en un caso de necesidad urgente, cuyas circunstancias son muy conocidas, manda

construir el magnífico dique de siete estadios con increíble celeridad. La isla de Pharos, en la que Homero ha colocado poéticamente a Proteo con su rebaño marino, y que solamente dista mil pasos de las playas de Alejandría, pagaba en otro tiempo tributo a los Rodios. Un día llegaron éstos para cobrarlo, exagerando mucho la cantidad debida. La astuta princesa, so pretexto de festejar a los agentes Rodios, los ocupó en los barrios de Alejandría, y dio órdenes para construir la calzada en aquel espacio de tiempo, sin abandonar un punto los trabajos. En siete días quedó terminada la obra, a razón de un estadio por día, y la isla se encontró unida a tierra firme. En seguida entró Cleopatra por aquel camino, y dijo: «que estaban equivocados los Rodios, porque el tributo se debía por una isla y no por un continente.»

Adornan a Alejandría templos magníficos, entre los que descuella el de Sérapis, del que no podría dar idea ninguna descripción. Los pórticos, columnatas y obras maestras de arte acumuladas en este templo forman un conjunto que, exceptuando el Capitolio, orgullo eterno de la venerable Roma, nada hay en el mundo que se le pueda comparar. Encontrábase allí en otro tiempo riquísima biblioteca, formada, según documentos antiguos, por setecientos mil volúmenes, que la liberal solicitud de los Ptolomeos había reunido. Pero en la guerra de Alejandría, en el momento del saqueo de la ciudad por el dictador César, quedó reducida a cenizas.

A doce millas de Alejandría se encuentra Cenopa, cuyo nombre, según antigua tradición, es el del piloto de Menelao, enterrado en aquel paraje. Abundan en esta ciudad buenas posadas; y el aire es tan puro y templado, que el extranjero, no oyendo más que el dulce murmullo del céfiro, se cree trasladado a otro mundo diferente del de los hombres.

Alejandría, a diferencia de otras ciudades, no ha progresado, sino que de un solo golpe llegó al apogeo de su desarrollo. Pero desde su origen la desgarraron disensiones intestinas, que, después de muchos años, bajo el reinado de Aureliano, tomaron el carácter de guerra civil y de exterminio. Este príncipe derribó sus murallas, y la ciudad perdió la parte más importante de su territorio, llamado Bruchión, cuna de muchos varones insignes, como el célebre gramático Aristarco; Herodiano, tan ingenioso en sus investigaciones sobre las bellas artes; Ammonio Saccas, que fue maestro de Plotino, y otros muchos que fueron ilustres en las letras, entre los que debemos mencionar a Didimo Calcentero, autor de muchos libros muy eruditos, pero a quien las personas delicadas censuran haber desempeñado con Cicerón, en seis libros de crítica, muchas veces desatentada, el papel de un gozquecillo ladrando desde lejos a un león. A estos nombres podían añadirse otros muchos. Lejos de haberse extinguido en Alejandría el gusto científico, florece todavía en considerable número de profesores distinguidos. La Geometría continúa allí haciendo útiles descubrimientos; la música tiene aficionados, e intérpretes la armonía. Todavía se encuentran astrónomos, aunque son bastante más raros. Cultívase generalmente la ciencia de los números, así como también el arte de adivinar lo porvenir.

En cuanto a la medicina, cuyos socorros hace frecuentemente indispensables nuestra intemperancia, ha realizado notoriamente tales adelantos, que basta a un médico decir que ha estudiado en Alejandría para que no se le pida otra prueba de su saber. Pero ya hemos hablado demasiado de esto. Quien quiera profundizar en la ardua noción de la esencia divina, investigar la causa de nuestras sensaciones, reconocerá que los fundamentos de estas elevadas teorías fueron importados de Egipto. Los egipcios fueron los primeros hombres que remontaron al manantial de toda idea religiosa, cuyos misteriosos orígenes conservan en sus libros sagrados. Entre ellos imaginó Pitágoras su doctrina y los elementos de aquella institución fundada en la autoridad de una comunicación divina, lo que confirmaba con la exhibición de su fémur de oro en Olimpia, y después con sus conversaciones con el águila. De allí trajo Anaxágoras aquella facultad de intuición que le hizo prever que lloverían piedras y predecir un terremoto con sólo tocar el barro del fondo de un pozo. A la sabiduría de los sacerdotes de Egipto deben hacerse remontar también las admirables leyes de Solón, y, por consiguiente, mucha parte de los rudimentos de la jurisprudencia romana. También había visitado el Egipto Platón, y allí adquirió aquella inmensa sabiduría que le iguala al mismo Júpiter.

Generalmente los egipcios tienen la tez oscura y hasta curtida. Su semblante es sombrío y su cuerpo delgado y seco. Por cualquier cosa se inflaman, y son litigantes y porfiados. El egipcio que ha pagado el impuesto, se avergonzaría si no mostrase las señales del látigo empleado contra él como medio de obligarle. La tortura ha sido siempre impotente para arrancar su nombre a un ladrón de este país.

Sabido es, y nuestros anales lo acreditan, que en otro tiempo el Egipto era un reino cuyos soberanos tenían alianza con nosotros; y que Octaviano Augusto tomó posesión de él a nombre de provincia romana, después de haber vencido a Antonio y Cleopatra en el combate naval de Accio. La Libia árida la recibimos por testamento de su rey Apión; y Cirena, así como las demás ciudades de la Pentápolis, son donativo del último Ptolomeo. Pero ya es tiempo de terminar esta digresión, excesivamente larga, y de volver a nuestro asunto.

LIBRO XXIII

Vana tentativa de Juliano para reedificar el templo de Jerusalén.—Intima a Arsaces, rey de Armenia, a que se prepare para hacer la guerra con él a los Persas, y pasa el Eufrates con un cuerpo de escitas auxiliares.—Durante la marcha del ejército por la Mesopotamia, los jefes de muchas tribus de sarracenos le ofrecen auxilio y le regalan una corona de oro.—La flota romana, formada por mil y cien naves, cubre las aguas del Eufrates.—Descripción de las máquinas de sitio y de muralla: la balista, el onagro o escorpión, el ariete, el helépolo y el maleolo.—Juliano pasa el Aboras por un puente de barcas, cerca de Circesio.—Su arenga al ejército.—Enumeración de las diez y ocho provincias principales del reino de Persia y de sus ciudades. Costumbres de los habitantes.

(Año 363 de J. C.)

Pasando en silencio cosas de poca monta, llegamos al cuarto consulado de Juliano, que tomó por colega a Salustio, prefecto de las Galias. Pareció extraño que eligiese un hombre de condición privada, siendo, efectivamente, el único ejemplo que podía citarse desde el consulado de Diocleciano y Aristóbulo. Continuaba Juliano apresurando sus armamentos, adelantándose su impaciencia a los obstáculos; y aquel genio que todo lo abarcaba, concebía al mismo tiempo la idea de una obra monumental capaz de perpetuar el recuerdo de su reinado; puesto que quería modificar sobre planos extraordinariamente suntuosos aquel magnífico templo de Jerusalén, que después de una serie de mortíferos combates librados por Vespasiano, tomó al fin Tito a viva fuerza. Encargó de este trabajo a Alipio de Antioquía, que había administrado la Bretaña como lugarteniente de los prefectos. Perfectamente secundado Alipio por el corrector de la provincia, impulsaba vigorosamente los trabajos; cuando repentinamente formidable erupción de globos de fuego, que brotaron uno tras otro de los mismos cimientos del edificio, hizo el paraje inaccesible a los trabajadores, después de haber perecido muchos de ellos; y renovándose el prodigio siempre que volvían al trabajo, fue necesario renunciar a la empresa.

Por este tiempo recibió Juliano una legación de la ciudad eterna, para la que habían elegido varones de elevado nacimiento y recomendable mérito, a todos los cuales confirió la investidura de alguna dignidad importante: hizo a Aproniano prefecto de Roma, a Octaviano procónsul del Asia, a Venusto encargó el vicariato de España, y a Aradio Rufino dio la sucesión del cargo de su tío Juliano, conde de Oriente. A estos nombramientos acompañaron dos circunstancias de funesto presagio, confirmadas después por los acontecimientos. Félix, prefecto de los donativos, murió repentinamente de una hemorragia, siguiéndole a poco el conde Juliano, lo cual daba lugar a siniestras observaciones cuando se leía esta inscripción en las efigies del príncipe: *Felix, Julianus Augustusque*. A este pronóstico había precedido otro igualmente funesto. El día de las calendas de Enero, en el momento en que el príncipe subía las gradas del templo, el decano de los sacerdotes cayó sin haber recibido choque ostensible, quedando muerto repentinamente. Los que presenciaron el acontecimiento, por ignorancia o adulación, aplicaban el presagio al mayor en edad de los dos cónsules, es decir, a Salustio. Pero el resultado demostró que no se refería al más avanzado en años, sino al más elevado en dignidad, la fatal advertencia. Este funesto presagio lo confirmaban otras circunstancias, aunque menos características. En el mismo momento en que se declaró la apertura de la campaña, llegó la noticia de un terremoto que se había sentido en Constantinopla; y los peritos en adivinación deducían triste augurio para el jefe del ejército que iba a entrar en país enemigo. Tratóse de persuadir a Juliano de que había elegido mal el momento, y que si se puede prescindir de los presagios, es solamente en el caso en que, ante la amenaza de una invasión extranjera, es ley suprema la salvación común, y no admite aplazamientos. Al mismo tiempo le anunciaban cartas de Roma que los libros sibilinos, consultados por orden suya, prohibían terminantemente cruzar la frontera aquel año.

Sin embargo, de todas partes recibía legaciones ofreciéndole socorros; acogíalas agradablemente Juliano; pero confiando completamente en sus propios recursos, a todos contestaba que Roma acudía en auxilio de sus amigos y aliados cuando necesitaban su intervención; pero que no cuadraba bien a su dignidad emplear su ayuda para vengar sus injurias. A pesar de esto, había exhortado a Arsaces, rey de Armenia, para que preparase un cuerpo de tropas considerable, con objeto de operar de la manera y en la dirección que después se le diría. Dispuestas ya las cosas, en los primeros días de la primavera envió la orden de marcha a todos los cuerpos, y deseando adelantarse a la noticia de su partida, mandó que cruzasen inmediatamente el Eufrates. El movimiento fue general en todos los cuarteles, y una vez atravesado el río y ocupadas las posiciones designadas, se esperó la llegada del jefe.

En el momento de salir de Antioquía, nombró Juliano para el gobierno de Siria a un tal Alejandro de Heliópolis, varón turbulento y malo. Decía el Emperador que aquel hombre no era digno de tal puesto, pero que los habitantes de Antioquía lo tenían merecido por su insolencia y avidez. En el momento de la marcha le rodeó la multitud, deseándole buen viaje y glorioso regreso, y suplicándole que se ablandase para ellos, mostrándose en lo venidero más benévolo con su ciudad. Pero Juliano, resentido todavía por sus sarcasmos, les contestó agriamente que les veía por última vez; habiendo tomado medidas, según decía, para tener en Tarso su cuartel de invierno después de la campaña, regresando por el camino más corto. Memorio, presidente de Cilicia, había recibido ya sus órdenes para las disposiciones necesarias. Las palabras del emperador se realizaron puntualmente, porque a Tarso llevaron su cadáver, sepultándole sin pompa en un arrabal, en cumplimiento de su última voluntad.

Acercábase la primavera, y el Emperador partió el día de las nonas de Marzo, no empleando más tiempo del necesario para llegar a Hierópolis. En el momento en que pasaba bajo las puertas de esta gran ciudad, derrumbóse a su izquierda un pórtico, aplastando con sus escombros cincuenta soldados que estaban debajo, e hiriendo a mayor número. Allí reunió su ejército y se dirigió a la Mesopotamia con tal celeridad (cosa que entraba en sus planes), que antes de que circulase la noticia de su marcha estaba ocupada ya la Asiria. Reforzado con un cuerpo de Escitas, pasó el Eufrates por un puente de barcas y llegó a Batnea, ciudad municipal de la Osdronea, donde funesto accidente aumentó los siniestros presentimientos. Acostumbran en este país a hacer montones de paja extraordinariamente altos. Los forrajeros del ejército se lanzaron en considerable número y sin precaución alguna a socavar uno de aquellos pajares por la base, y, cayendo toda la masa, ahogó con su peso a cincuenta de ellos.

Dominado por pensamientos sombríos, dejó Juliano a Batnea, marchando apresuradamente a Carras, ciudad antigua y famosa por el desastre de los dos Crassos y su ejército. Encuéntranse allí dos caminos para marchar a Persia: a la izquierda por Adiabena y el Tigris, a la derecha por Asiria y el Eufrates. Juliano se detuvo algunos días en aquella ciudad para tomar algunas disposiciones y para ofrecer, según el rito local, un sacrificio a la luna, objeto de culto particular en el cantón. Dícese que allí, delante de los altares y sin que hubiese testigos, entregó la clámide de púrpura a su pariente Procopio, y le recomendó empuñar atrevidamente las riendas del Imperio, en el caso de que cayese él bajo los golpes de los Persas. Siniestros ensueños perturbaban las noches de Juliano en aquella ciudad; y los intérpretes, a quienes dio cuenta de sus visiones, convinieron con él en observar lo que ocurriese al día siguiente, que era el catorce de las calendas de Abril. Ahora bien: como después se supo, aquella misma noche, siendo prefecto Aproniano, quedó reducido a cenizas el templo de Apolo Palatino en Roma; y sin los socorros que por todas partes acudieron, también habrían sido presa de las llamas los libros sibilinos.

Mientras se ocupaba Juliano en Carras de los movimientos de las tropas y de la dirección de los convoyes, llegaron mensajeros, extenuados por la carrera, para notificarle que turmas de caballería enemiga habían penetrado por un punto de la frontera y recogido botín. Aquel audaz golpe de mano le irritó extraordinariamente, poniendo en el acto en práctica un proyecto que tenía de antemano. Entregó a Procopio treinta mil hombres escogidos y le unió el conde Sebastián,

anteriormente duque de Egipto, mandándoles que maniobrasen en la orilla izquierda del Tigris, y que estuviesen muy prevenidos contra las sorpresas de que los historiadores de nuestras guerras con los parthos refieren tantos ejemplos. Recomendóles además, que si les era posible se reuniesen con Arsaces para talar, de acuerdo con él, el distrito de Chilicomo, el más fértil de toda la Media, y en seguida regresar por la Corduena y la Moxoena, para ayudarle en sus operaciones ulteriores en la Asiria. Tomadas estas disposiciones, simuló un avance sobre el Tigris, habiendo enviado con este propósito provisiones hacia aquel punto; en seguida describió repentinamente un recodo hacia la derecha y mandó parar por la noche, que pasaron vigilando. En cuanto amaneció el día siguiente, pidió un caballo, llamándose Babilonio el que le trajeron; y aquel animal, atacado repentinamente de cólico, cayó agitándose, arrastrando en el polvo su gualdrapa bordada de pedrería. Juliano exclamó entonces, regocijado con el presagio: «Babilonia ha caído despojada de todos sus ornamentos»: aplaudiendo todos los que lo oyeron. Detúvose un poco tiempo en aquel paraje para ofrecer un sacrificio, con objeto de asegurar los efectos del presagio; y en seguida marchó a Davana, fortaleza situada en el nacimiento del Belias, que desagua en el Eufrates. Descansó allí el ejército, comió y se trasladó en seguida a Calinico, plaza fuerte y centro de considerable comercio. El cinco de las calendas celebró allí, según el ceremonial acostumbrado, los misterios de la Madre de los dioses, porque este día señalaba en Roma la celebración anual de esta antigua fiesta y de la inmersión tradicional en las aguas del Almón del carro que llevó la estatua de la diosa. Cumplido este deber, pudo descansar el príncipe una noche entera, no viendo en sueños más que triunfos y regocijos. A la mañana siguiente volvió a partir, siguiendo con su escolta las orillas del río, cuya corriente en aquel punto comienza a aumentar con multitud de tributarios.

Este día descansó bajo la tienda, y allí recibió el homenaje de varios jefes de tribus sarracenas, excelentes auxiliares para los golpes de mano, que le ofrecieron de rodillas una corona de oro, y le adoraron como a soberano del mundo entero. Mientras estaba hablando con ellos, llegó la flota mandada por el tribuno Constancio y el conde Luciliano, flota que, rival de la de Jerjes, cubría el Eufrates con sus numerosas naves. Formábanla mil barcos de carga, de formas diferentes, abundantemente provistos de víveres, armas y máquinas de guerra; cincuenta naves de combate y otras destinadas a servir de base a los puentes.

Para instrucción de los lectores, me veo naturalmente obligado a describir la forma y efectos de las máquinas de guerra de que acabo de hablar. Comenzaré por la balista. Una armadura fuerte, fija entre dos montantes, una plancha de cierta longitud, cuya línea central, perfectamente lisa, se prolonga por una palanca cuadrada, formando una especie de timón. En la base de esta palanca, surcada en toda su longitud por estrecha ranura, se encuentra sujeto un cable formado con numerosas cuerdas de nervios, y que se estira por dos fuertes tornillos de madera, de los que cada cual tiene gruesa cabeza saliente, cruzada con un molinete. Al lado de uno de estos tornillos se coloca el que apunta, vigilando la maniobra, y coloca rápidamente en la ranura una flecha de madera, armada con un hierro puntiagudo de grandes dimensiones. Colocados a derecha e izquierda de la balista, hombres vigorosos hacen girar en el acto y vivamente el doble molinete, cuyo juego pone en enorme tensión el cable, que atrae la flecha hacia atrás, hasta que la parte superior de la punta de hierro toca, retrocediendo, las ataduras del cable sujeto al extremo de la palanca. En el momento preciso, la acción de los molinetes suelta el disparador, y el cable, bruscamente libre, lanza por la ranura la flecha, que algunas veces brilla por la rapidez del movimiento, y casi siempre hiere de muerte antes de ser vista.

El escorpión, llamado hoy onagro, se construye del siguiente modo. Alísanse dos tablas de roble o de haya verde, dándoles ligera curvatura y uniéndolas en seguida de manera que se toquen por los extremos, horadados de antemano por dos o tres agujeros por los que pasan fuertes cuerdas destinadas a dar solidez a los maderos que atraviesan por los dos extremos y oprimen poderosamente. Entre estas cuerdas inmóviles se alza oblicuamente una palanca de madera, que, por medio de otras cuerdas, sube o baja a voluntad, como lanza de carro, estando la base de la palanca sujeta con fuerte perno: la parte superior de la palanca, guarnecida con un gancho de hierro del que

pende sólidamente una honda, cuya cuchara es de hierro o solamente de cuerdas y que puede recorrer una semicircunferencia. Cuando la palanca baja sobre la parte anterior del aparato, hiere un fuerte cojinete relleno de paja menuda, sólidamente sujeto y colocado a su vez sobre un macizo de musgo o de ladrillos; porque si se colocase el aparato sobre pared de piedras, las dislocaría, no por el peso, sino por la violencia de las sacudidas. Cuando va a funcionar el escorpión, se carga la honda con una piedra grande; cuatro hombres, colocados en los extremos de la máquina comprimen, por medio de molinetes y cuerdas, enormes resortes, atrayendo la palanca hacia atrás hasta colocarla en posición casi horizontal, manteniéndolo todo en esta disposición una clavija. De pie, detrás del escorpión, el que apunta toma su punto de mira, y en seguida, de un martillazo bien aplicado, hace saltar la clavija; la palanca escapa con violencia que amortigua el cojinete, pero la honda ha lanzado la piedra, que lo destroza todo en el camino. Esta máquina se llama también *tormentum*, de *torquere*, retorcer, porque el efecto que produce está en razón de la torsión que forma la fuerza de las cuerdas; y escorpión, porque la palanca termina en forma de dardo. En fin, en nuestros días se le ha dado el nombre de onagro, es decir, asno salvaje, porque este animal, cuando se ve perseguido, con las patas posteriores lanza piedras con bastante fuerza para hundir el pecho o romper el cráneo a los cazadores.

Pasemos al ariete. Elígese un pino grande o un olmo, y se le guarnece por un extremo con un hierro muy duro, labrado en forma de cabeza de carnero, por lo que se da a esta máquina el nombre de este animal. Suspéndese horizontalmente el ariete con cadenas a una polea muy fuerte colocada por encima, sostenida a su vez por largas tornapuntas. Cúbrese todo el aparato con tablas revestidas con láminas de hierro. Las cadenas son bastante largas para dar mucho balance al ariete suspendido en equilibrio. Número de hombres proporcional a la longitud del ariete le imprimen el movimiento de vaivén. Esta multitud de brazos, con incesante maniobra, después de haber impulsado la máquina hacia atrás, la empujan vivamente hacia adelante. Cuando el movimiento adquiere bastante amplitud para que el ariete alcance a la muralla, la hiere con repetidos golpes, cuya violencia aumenta incesantemente, a imitación del carnero que se levanta para dar mayor fuerza a la cabezada. Por medio de estos golpes redoblados, semejantes a los del rayo, disloca las piedras y entreabre las murallas. Ante su acción, cuando alcanza toda su energía, no hay muralla que resista, defensa que no desaparezca ni fortaleza que no se derrumbe.

Habiéndose hecho demasiado común el uso del ariete, se le ha reemplazado con otra máquina, que los autores mencionan con frecuencia, y a la que damos el nombre griego de *Helepolo*. Al constante empleo de esta máquina, tanto en el sitio de Rodas como en el de otras plazas, debió su nombre de Poliorcetes, Demetrio, hijo de Antígono. Se construye del modo siguiente: Sobre una tortuga muy grande, formada por vigas gruesas y largas, unidas con fuertes garfios de hierro, se extienden pieles de bueyes, cubiertas con tejidos de mimbres, recientemente cortados, y de una capa de barro, para preservarlo de las saetas y del fuego. Erízase el frente de la máquina con enormes espolones de hierro de triple punta, imitando la forma que los escultores y pintores dan al rayo, disposición que hace extraordinariamente destructor el choque. Colocada esta máquina sobre ruedas, muévenla desde el interior cierto número de soldados, que la lanzan, por medio de muchos cables y poleas, contra los puntos más débiles de las murallas, en las que no tarda en abrir brecha, a menos que no consiga la guarnición, desde lo alto de los muros, neutralizar su efecto.

La saeta llamada maleolo, consiste en lo siguiente: Es una flecha de mimbre, guarnecida en derredor con láminas de hierro, abultadas en el centro, y que dejan abiertos los intersticios, teniendo, por consiguiente, la forma exterior de un huso. Llénase la concavidad de materias inflamables, a las que se prende fuego, y esta saeta, lanzada por un arco de cuerda floja, porque la vibración vigorosa la apagaría, quema tenazmente todo cuerpo a que se adhiere. El agua misma no hace más que aumentar la llama, no pudiéndose extinguir, sino echando tierra encima. Estos aparatos son poco conocidos, y por eso los he descrito. Volvamos a nuestro relato.

Recibidos los auxilios que ofrecieron complacientemente los sarracenos, el Emperador aceleró la marcha y entró en Circesio, plaza muy fuerte y admirablemente situada en la confluencia

del Aboras y el Eufrates, que la rodea casi por completo. Anteriormente tenía poca importancia y ofrecía escasa seguridad; pero Diocleciano la rodeó de altas murallas reforzadas con torres, porque entraba en sus planes que la línea de nuestras fortalezas penetrase en territorio enemigo, con objeto de contener mejor a los Persas, cuyas incursiones habían assolado en otro tiempo toda la Siria. Un día, por ejemplo, cuando la seguridad era completa, un actor que se encontraba en escena con su esposa en el teatro de Antioquía, y cuya declamación encantaba, al público, detúvose de pronto, y exclamó, como si estas palabras formasen parte del papel: «Estoy soñando, o he ahí los Persas.» Vuélvense, y en el momento mismo cae sobre el teatro una nube de flechas. Huyen apresuradamente todos, y el enemigo, después de incendiar la ciudad, de degollar a crecido número de habitantes, que se encontraban en las calles, como acontece en plena paz, de llevar a las inmediaciones la devastación y el incendio, se retiró impunemente cargado de botín. Pero antes los Persas quemaron vivo a Mareado, que, sin saberlo, les había llevado a la matanza de sus compatriotas. Este suceso ocurrió bajo el reinado de Galieno.

Juliano se detuvo algunos días en Circesio para construir sobre el Aboras un puente de barcas para el paso del ejército y equipaje. Allí recibió una triste carta de Salustio, prefecto de las Galias, exhortándole a que suspendiese su expedición contra los parthos; diciéndole que los dioses se mostraban desfavorables, e insistir antes de calmar su enojo, era correr a su perdición. Tan prudente consejo no causó impresión alguna en Juliano, que continuó su marcha con igual resolución: tan cierto es que ni la virtud ni la prudencia pueden alterar un decreto del destino. Realizado el paso, el Emperador mandó romper el puente para quitar al ejército toda idea de retirada. Allí tuvo otro encuentro de mal agüero, el cadáver expuesto de un aparitor, muerto por mano del verdugo. Aquel infeliz había sido ejecutado por orden del prefecto Salustio, que se encontraba en el ejército, por haber faltado, en virtud de circunstancias imprevistas, la entrega de víveres que se había comprometido a presentar en día fijo. Al día siguiente del suplicio, llegó el convoy que había ofrecido.

Desde allí marchamos a Zaitha, palabra que significa olivo. Desde muy lejos vimos la magnífica tumba del emperador Gordiano, cuya vida, desde su infancia, brillantes hazañas militares y trágico fin, hemos referido en otro lugar. Con su acostumbrada piedad tributó Juliano los honores debidos a la memoria del ilustre difunto, y se encaminó hacia Dura. Al acercarse a esta ciudad desierta, vio venir hacia él un grupo de soldados, y se detuvo, ignorando de qué se trataba. Los soldados le presentaron el cadáver de un león enorme que, lanzándose contra el ejército, había caído acribillado de heridas. De este hecho dedujeron lisonjero presagio y se continuó alegremente la marcha. Sin embargo, aquel caso podía interpretarse de dos modos, y la suerte decidió en contra de las conjeturas. Un soberano iba a sucumbir; ¿pero cual? Frecuentemente los oráculos son equívocos, y solamente los explican los acontecimientos. Testigo de esto es la respuesta del oráculo de Delfos a Creso: «Que al pasar el Halys, causaría la ruina de un Imperio.» Testigo es también el mar designado con tanta obscuridad a los atenienses como único camino de salvación en la guerra contra los Persas; y en fin, este otro oráculo más reciente, pero no menos ambiguo *Aiote Æcida, romanos vincere posse*. Los arúspices etruscos que acompañaban al ejército, consumados peritos en la ciencia adivinatoria, viendo que no se les había dado crédito en sus anuncios contra esta guerra, exhibieron ahora los libros depositarios de su doctrina, como prueba del sentido prohibitivo de este presagio, que, según decían, era contrario al príncipe que atacaba, por justa que fuese su causa. Pero su ciencia la consideraban con desprecio los filósofos, cuyas opiniones tenían entonces la suprema autoridad, a pesar de estar sujetos a error y ser inclinados a obstinarse en los puntos que entienden menos. En este caso alegaban en favor de su opinión, que anteriormente, cuando realizó el César Maximiano su expedición contra Narses, rey de los Persas, le presentaron un león y un jabalí muertos en iguales circunstancias, y que no por ello dejó de regresar victorioso. No creían que, según el presagio, amenazase desgracia alguna al que atacaba, a pesar de que Narses había tomado la iniciativa de las hostilidades contra la Armenia, que obedecía entonces a los romanos.

Al día siguiente, que era el siete de los idus de Abril, cerca ya de ponerse el sol, una nubecilla

que aparecía sobre el horizonte se condensó de pronto, extendiéndose hasta el punto de producir obscuridad completa. Los relámpagos y truenos se sucedían con espantosa rapidez; y un soldado, llamado Joviano, quedó muerto con dos caballos que llevaba a beber en el río. Consultados los intérpretes, declararon que era nuevo aviso para renunciar a la empresa; que el rayo era consiliario (consideraban signos consiliarios aquellos de que se podía deducir consecuencia positiva o negativa), y era muy especialmente digno de atención, porque el individuo herido llevaba un gran nombre y porque los caballos eran animales de combate. Añadían que los mismos libros decretaban que no pudiese mirarse ni pisarse el paraje sobre que había caído el rayo. Los filósofos sostenían por su parte que aquella combustión espontánea era efecto completamente natural; reduciéndose a una emanación del fuego celeste precipitándose sobre la tierra; y que, lo único que podía deducirse, si se le quería atribuir alguna significación acerca de las cosas futuras, era que muy pronto alcanzaría el Emperador aumento de gloria por su empresa, atendiendo a la tendencia de la llama a elevarse a pesar de todos los obstáculos.

Después de presenciar la terminación del puente y visto pasar las tropas, lo que más apremiaba a Juliano era arengar a aquel ejército, cuya intrépida actitud anunciaba su completa confianza en el jefe. Al toque de la bocina reuniéronse centurias, cohortes y manípulos, y subiendo él a un terraplén, rodeado por los jefes principales, con sereno rostro que correspondía a la confianza de la multitud, les habló de esta manera:

«Esforzados guerreros: al contemplar con orgullo vuestros vigorosos cuerpos, vuestra apostura gallarda y resuelta, no puedo menos de dirigiros algunas palabras de satisfacción. Han querido persuadirnos de que, hasta ahora, ningún ejército romano había penetrado jamás en Persia; pero hechos numerosos desmienten esas malévolas suposiciones. Sin hablar de Lúculo, sin hablar de Pompeyo, cuyas armas victoriosas de la Albania forzaron el país de los Massagetas, a los que llamamos alanos, y visitado el mar Caspio, Ventidio, lugarteniente de Antonio, derramó más adelante torrentes de sangre enemiga en todas estas comarcas. Pero dejemos la antigüedad: voy a poner ante vuestra vista hechos comprobados. Trajano, Vero y Severo consiguieron en estas regiones victorias y trofeos. Regreso igualmente brillante estaba reservado al joven Gordiano, cuyo mausoleo vemos desde aquí. Éste combatió y derrotó al rey de Persia cerca de Resaina, pero la impía traición de Filippo, prefecto del pretorio, secundado por algunos malvados, puso fin a su vida en el mismo paraje en que hoy se alza su tumba. Pero no vagaron mucho tiempo sus manes sin venganza. Como si la misma justicia interviniese para castigarles, todos los conjurados expiaron su delito en medio de las torturas. Los grandes varones que acabo de citar no tuvieron otro móvil para sus hazañas que la gloria: nosotros vamos a vengar el saqueo de nuestras ciudades, el degüello de nuestros ejércitos, la destrucción de nuestras fortalezas y el desastre de nuestras provincias. La patria entristecida nos grita que cicatricemos sus heridas, reparemos su honor y aseguremos la paz de nuestras provincias, llevando la gloria de nuestro nombre hasta la posteridad más remota. Si así place a la voluntad eterna, me veréis a vuestro frente o en vuestras filas, a caballo o a pie, compartiendo vuestros peligros, y, según espero, vuestra victoria. Si la caprichosa suerte de la guerra quiere que sucumba, moriré contento por haberme sacrificado por la patria a ejemplo de los Curcios, de Mucio y de la ilustre generación de los Decios. Borremos del número de las naciones una raza enemiga, cuyas espadas humean todavía con la sangre de nuestros conciudadanos. Nuestros antepasados emplearon también muchos años en deshacerse de adversarios demasiado peligrosos. ¡Cuánto tiempo y cuántos esfuerzos para hundir a Cartago! Y todavía temió su vencedor que renaciese de sus ruinas. Escipión no destruyó a Numancia sino después de haber pasado por todas las vicisitudes de largo sitio. Roma destruyó a Fidenas para no tener rival, y también aplastó a los veyos y faliscos, hasta el punto de ser necesario acudir a nuestros anales para creer que existieron tantas ciudades importantes con estos nombres. Estas son las lecciones que nos ofrece el pasado. Solamente me queda que haceros una advertencia. El ardor en el saqueo fue muchas veces causa de la pérdida del soldado romano: mostraos superiores a una pasión tan indigna de vosotros: que ninguno se separe de su cohorte, para que todos estén prontos a pelear en su puesto si ocurre

llegar a las manos. Tened presente que los retrasados arriesgan verse con los jarretes cortados y perecer sin socorro posible; porque nuestros enemigos son astutos, y solamente temo de ellos las sorpresas. El triunfo en esta expedición dará la paz al Imperio; y yo os prometo que entonces, deponiendo la prerrogativa y renunciando a la irresponsabilidad del poder, tendré muy en cuenta tanto lo bueno como lo malo que se haya hecho. Ánimo, pues; esperemos lo mejor, y compartamos todos los trabajos y los peligros, convencidos de que la victoria acompaña siempre a la justicia.»

Para la inteligencia del relato, necesario es hacer aquí una descripción, siquiera brevísima, de la Persia, asunto que ha ocupado especialmente a los geógrafos, pero en el que quizá muy pocos de ellos han encontrado la verdad. Si soy algo prolijo, llévame el deseo de que se forme cabal idea. Aquellos que al tratar materias desconocidas afectan excesiva brevedad, antes cuidan de lo que deben omitir que de lo que necesitan explicar.

Al principio tuvo el reino de Persia escaso territorio; cambiando frecuentemente de nombre, por causas que ya hemos referido. Cuando Alejandro el Grande murió en Babilonia, los Persas recibieron el nombre de parthos de Arsaces, hombre obscuro que, de jefe de bandidos, llegó a ser, por una serie de hazañas, glorioso fundador de una dinastía. Su valor triunfó del sucesor de Alejandro, Seleuco Nicator, llamado así por la multitud de sus victorias. Arsaces expulsó las fuerzas macedónicas, y en seguida, en pacífica posesión, supo gobernar con dulzura súbditos obedientes. En fin, después de haber subyugado los pueblos vecinos, unos por la fuerza, aquéllos por el temor que inspiraban sus armas y otros solamente con la influencia de su equidad, murió en edad madura, dejando la Persia llena de ciudades, de fortalezas y de castillos, y temida por todos los que antes la hacían temblar. Arsaces fue el primer monarca que obtuvo los honores de la apoteosis, decretándola unánimemente los grandes y el pueblo. Consagración conforme con los ritos del país le colocó en el cielo, según la creencia nacional, en el rango de los astros: de aquí el título de hermanos del Sol y de la Luna que ostentan los soberbios soberanos de aquella comarca. Con prestigio parecido al que el nombre querido y deseado de Augusto da a nuestros emperadores, el de Arsaces ha venido a ser para los reyes parthos, tan oscuros y despreciados hasta entonces, aureola de prosperidad y gloria; y no solamente los contemporáneos lo divinizaron, sino que el culto de este nombre pasó a las edades siguientes, hasta el punto que, en nuestros mismos días, si se trata de elegir rey, un Arsácides obtiene el derecho de preferencia, y hasta en las mismas contiendas civiles, muy frecuentes en este pueblo, considerárase como sacrilegio poner mano en hombre de esta raza, aunque fuese simple particular.

Sabido es que las inmensas conquistas de este pueblo han extendido su dominación hasta la Propóntida y la Tracia; y también se conocen los fracasos que experimentaron algunas veces sus monarcas en sus orgullosos proyectos de invasión. Pasando Cyro el Bósforo con un ejército cuyo número de soldados parece fabuloso, fue exterminado por Thomyris, reina de los escitas, que vengó cruelmente en él la muerte de sus hijos. Darío, y después Jerjes, que sujetaron hasta a los elementos para lanzarse sobre la Grecia, perdieron allí flotas y ejércitos, pudiendo apenas salvar la propia vida; y omitiré las conquistas de Alejandro y aquel testamento en el que disponía de la Persia entera en favor de un solo heredero. Muchos siglos después, Roma, bajo el gobierno de los cónsules, y cuando obedecía a los Césares, tuvo con este pueblo luchas ardientes y obstinadas, en las que la fortuna quedó algunas veces indecisa; y después, pronunciándose unas veces por nuestras armas, y otras por las contrarias.

Ahora describiré aquellos parajes con la brevedad que permite el asunto. Esta comarca, tan vasta en todos sentidos, abraza por completo el mar Pérsico, surcado por millares de naves y poblado de numerosas islas. Dícese que este mar es muy estrecho en su entrada, supuesto que desde el promontorio de Harmozonta, en Carmania, se ve fácilmente el de Macés en la parte opuesta. Más allá del estrecho ensánchase notablemente y se abre a la navegación hasta la ciudad de Teredón, donde desemboca el Eufrates, sucesivamente aminorado por la división de sus aguas. El circuito del golfo tiene veinte mil estadios; y en diferentes puntos de este litoral, lleno de ciudades e innumerables caseríos, hay continuo movimiento de naves. En la misma salida del estrecho se

encuentra al Oriente el golfo de Armenia; al Mediodía el de Canticho, y a Poniente, algo más lejano, otro llamado Chaliten. Más allá se extiende el Océano Indico, que recibe los primeros rayos del sol, y en cuya superficie reina constantemente calor abrasador. Los *stilos* de los geógrafos han trazado la siguiente división de la Persia. Al Norte se extiende hasta las puertas Caspianas, y confina con las regiones que habitan los cadusianos, diferentes pueblos escitas, y los arimaspos, salvajes de torva mirada y crueles costumbres. Sus fronteras a Poniente son la Armenia, el monte Nifatos, la Albania, el Mar Rojo y los árabes scenitas, llamados desde hace poco sarracenos. Al Mediodía la limita la Mesopotamia, y al Oriente se extiende hasta el río Ganges, que la separa de las Indias y penetra en el Océano austral.

Solamente citaremos las provincias principales de este reino, las que están colocadas bajo la autoridad de los vitaxas, es decir, jefes de la caballería, y de los sátrapas del rey; porque enumerar los distritos secundarios sería tan fatigoso como inútil. Estas provincias son la Asiria, la Susiana, la Media, la Persia propiamente dicha, la Parthia, la Carmania mayor, la Hircania, la Margiana, la Bactriana, la Sogdiana, la Sacea, la Scitia, a este lado del monte Emodén; la Sérica, la Aria, la Paropanisada, la Drangiana, la Aracocia y la Gedrosia.

Limítrofe del Imperio es la Asiria, siendo también la más importante de todas estas provincias por su extensión, población, riqueza, abundancia y variedad de sus productos. Sus diferentes partes, llamadas distintamente en otro tiempo, se confunden hoy bajo una denominación única. El suelo de esta región, además de producir abundantemente los granos y frutos de otras regiones, tiene además betún, cerca de un lago llamado Soznigito, en el que desaparece el Tigris, para reaparecer después de un trayecto subterráneo bastante extenso. También se encuentra allí la nafta, especie de resina viscosa y parecida al betún. Si un pajarillo, por pequeño que sea, se para sobre esta materia, húndese, y perece sin poder levantar vuelo; y si se inflama esta substancia, no se la puede apagar más que con tierra.

En esta región existe un pozo del que brotan miasmas mortales para todo el que se acerca. Por fortuna la acción se reconcentra en el radio de la boca que los exhalan, sin lo cual, las comarcas inmediatas serían inhabitables. Dícese que antiguamente había otro igual cerca de Hierápolis, en Frigia, muriendo cuantos se acercaban, exceptuando los eunucos, fenómeno cuya explicación queda para los físicos. Cerca del templo de Júpiter Asbameo, en Capadocia, y también de la ciudad de Thyana, donde nació el célebre filósofo Apolonio, vese una fuente que ofrece una particularidad igualmente notable, cual es la de absorber constantemente el sobrante de un lago, sin que el agua rebase jamás el nivel de sus bordes.

En otro tiempo estaba comprendida también la Adiabena en la designación de la Asiria. El nombre actual, que ya es antiguo, lo recibió porque, encerrado entre dos ríos navegables y profundos, el Onas y el Tigris, no puede llegarse a este país por camino seco. Διαβαίνειν significa en griego atravesar; esta es, al menos, la etimología que dan los autores antiguos. Haré observar además que en aquella región existen otros dos ríos, el Diabas y el Adiabas, que atravesamos por puentes de barcas, y que es muy probable que la Adiabena deba su nombre, como el Egipto, según Homero, la India y el Eufratensis, en otro tiempo Commagena, deben los suyos a los grandes ríos que los riegan; de la misma manera que el Ebro y el célebre Betis dieron nombre a la Iberia, hoy España, y a la Bética.

La Adiabena cuenta entre sus ciudades Ninus, soberana en otro tiempo de toda la Persia, y cuyo nombre recuerda al poderoso monarca esposo de Semíramis; Ecbatana, Arbela y Gaugamela, donde Darío, después de diferentes alternativas, quedó al fin vencido por Alejandro.

Tomada en general la Asiria, cuenta numerosas ciudades, entre las que se distinguen Apamia, denominada Mesena, Tereón, Apolonia y Vologesia. Pero las tres más espléndidas y las únicas históricamente célebres, son Babilonia, cuyos muros construyó con betún Semíramis (el antiquísimo rey Belus construyó anteriormente la fortaleza) Ctesifonte, cuyos cimientos echó en otro tiempo Vardanes y cuya población aumentó; el rey Pacoro rodeóla de altas murallas, le dio un nombre griego y concluyó por hacerla una ciudad modelo. Viene en seguida Seleucia, orgullosa

fundación de Seleuco Nicator. Ya hemos referido que, después de apoderarse de esta ciudad los lugartenientes del César Vero, arrancaron de su santuario la estatua de Apolo Corneo, la trasladaron a Roma y la colocaron, por gestión de los pontífices, en el templo de Apolo Palatino. Dícese también que después de aquel despojo, y en medio del incendio de la ciudad, registrando los soldados un templo, encontraron una abertura estrecha que ensancharon, creyendo haber puesto mano en el tesoro, y que de aquel escondrijo, donde lo había sabido encerrar la ciencia de los antiguos caldeos, salió el incurable germen de aquella horrible peste que, bajo los reinados de Vero y de Marco Aurelio, pasó de la Persia a las orillas del Rhin, y de aquí a toda la Galia, llevando el contagio y la muerte.

Cerca de aquí se encuentra la Caldea, cuna de la filosofía antigua, y, si ha de creerse a los habitantes, verdadero foco de la ciencia de la adivinación. Además de los grandes ríos que hemos mencionado, riegan este país el Marses, el río Real y el Eufrates, que es el más caudaloso de todos. Este último se divide en tres brazos, todos navegables, y que forman varias islas, que fertilizan sus aguas más copiosamente que toda irrigación artificial, haciéndolas muy adecuadas para el cultivo de los cereales y árboles frutales.

La Susiana linda con la Caldea: cuenta pocas ciudades grandes, pero sobresalen Susa, que frecuentemente fue residencia real, Arsiana, Sele y Aracha: las demás tienen poca fama e importancia. Muchos ríos cruzan por esta provincia, siendo los principales el Oroates, el Harax y el Meseo, que surcan el desierto de arena que separa el mar Rojo del mar Caspio.

A la izquierda de esta provincia se extiende la Media, vecina del mar Hircanio, dominadora del Asia, antes del reinado de Cyro el antiguo, y antes del engrandecimiento de Persia. Esta nación abatió a los Asirios; y, apropiándose por derecho de guerra la mayor parte de su territorio, cambió su nombre por el de Aeropatena. El ánimo guerrero subsiste en aquella población, la más temible del reino después de la de los parthos, a la que solamente cede. Ocupa inmenso territorio de figura cuadrangular y cortado por elevadas montañas, que llevan los nombres de Zarra, Oronta y Yason. También se alza allí la Corona, cuya vertiente occidental presenta un suelo regado por multitud de manantiales y arroyos y maravillosamente fértil en granos y vinos. También son allí excelentes los pastos y alimentan vigorosa raza de caballos, llamada niseena, en los que los habitantes del país voltigean en los combates con singular destreza; particularidad que mencionan todos los historiadores y que yo mismo he podido comprobar. La Aeroptana iguala a la Media por el número de sus ciudades y pueblos, tan suntuosamente construidos como aquéllas, y por su considerable población. En una palabra, esta es por excelencia la provincia destinada para morada del rey.

En esta comarca se encuentran también los fértiles campos de los magos: y ya que hemos pronunciado este nombre, fijémonos por un momento en esta corporación y el orden de estudios a que se entrega. Magia, en lengua mística *machagistía*, significa, según la elevada autoridad de Platón, culto de la divinidad en su forma más depurada. Esta ciencia debe mucho a Zoroastro de Bactriana, que se inició profundamente en los misterios de los caldeos; recibiendo nuevo perfeccionamiento del sabio rey Hystapes, padre de Darío. Penetrando en las regiones más apartadas de la India, aquel valeroso príncipe llegó hasta selvas solitarias, santuario silencioso de la doctrina trascendental de los bracmanes; y cuando hubo conseguido en sus comunicaciones con aquellos sabios todos los conocimientos que pudo obtener acerca de las leyes primordiales de nuestro mundo, sobre los movimientos celestes y la teología bramínica, la más pura de todas, de regreso en Persia, se dedicó a inculcar estas ideas a los magos, que las han transmitido a su posteridad con la teoría de la presciencia que les es propia.

Tal es el origen de la tradición hereditaria en una estirpe que, desde tiempo inmemorial se dedica de padres a hijos al culto religioso. Si ha de creerse a los magos, conservan en un foco, que jamás se apaga, una emanación del fuego celestial, y en otro tiempo los reyes asiáticos nunca se ponían en marcha sin que les precediese parte de este fuego sagrado, como garantía de éxito en sus empresas. Primeramente esta familia era poco numerosa y ejercía por privilegio las funciones del sacerdocio cerca del rey de los Persas. Hubiérase considerado sacrilegio acercarse a los altares o

tocar a la víctima antes de que el mago hubiese terminado las libaciones preliminares y recitado las preces rituales. Poco a poco fue aumentando la familia hasta llegar a merecer el nombre de pueblo; y, agrupándose, ha formado centros de habitación sin recinto de murallas, viviendo bajo el régimen de leyes propias y protegida solamente por el respeto que va unido a la idea religiosa. Refiere la historia que ocupó el trono de Persia, después de la muerte de Cambises, una serie de siete reyes magos, y que esta dinastía sucumbió bajo el partido de Darío, que debió el trono a un relincho de su caballo.

En este pueblo se confecciona el aceite médico. La flecha impregnada con él quema todo objeto a que se adhiere, con tal de que la disparen blandamente con arco de cuerda floja; porque el rápido vuelo anula el efecto de la composición. Si se emplea agua para extinguir este fuego, aumenta su intensidad, no pudiéndosele dominar sino ahogándolo con tierra. Este aceite lo confeccionan del siguiente modo: Cógense hojas de cierta hierba y las dejan macerar en aceite común, y cuando quedan disueltas, espesan el residuo con una substancia que parece aceite espeso; producto natural del suelo, como hemos dicho, y que en el país llaman nafta.

Encuéntanse dispersas en la Media considerable número de ciudades, entre las que debernos mencionar Zombis, Patigrán y Gazaca; pero las más ricas y fuertes son Heraclea, Arsacia, Europos, Ciropolis y Ecbatana; situadas todas al pie del monte Jasón, en la comarca de los siromedas. Multitud de ríos cruzan también este territorio, siendo los más considerables el Coaspo, el Gindo, el Amardo, el Carindo, el Cambises y el Cyro. El amor de sus súbditos al rey Cyro hizo que, en el momento de llevar la guerra al territorio de los escitas, diesen su nombre a este río, grande como él, majestuoso y que vence con igual altivez los obstáculos que encuentra para abrirse paso hasta el mar Caspio, al que lleva el tributo de sus aguas.

Por el lado meridiano de este territorio hasta las orillas del mar se extiende la Persia propiamente dicha, tierra fecunda, cubierta de palmeras y abundantemente regada. El golfo, de que ya hemos hablado, recibe considerable número de ríos, tales como el Vatrachito, el Rogomanis, el Brisoano y el Bragadas. Sus ciudades más importantes se encuentran en el interior, no existiendo ninguna notable en las costas, sin que se sepa por qué razón. Entre las primeras se distinguen Persépolis, Ardea, Obroatis y Tragónica. También hay tres islas allí, Tabiana, Fara y Alejandría.

Al aquilón ocupan los parthos una comarca cubierta casi siempre de nieves y hielos, cruzada por un río importante, el Coatres. Sus ciudades más importantes son Genonia, Mesia, Carax, Apamia, Artacana y Hecatompila. Desde esta última hasta las puertas Caspianas se extienden mil cuarenta estadios de costa. La población de toda esta comarca es belicosa, considerando como dicha suprema morir combatiendo, por tener como innoble y cobarde la muerte natural.

A la parte oriental tienen los parthos la Arabia feliz, llamada así porque abunda en granos y ganados, palmeras y perfumes de toda clase. Bañada a la derecha y en su mayor extensión por el mar Rojo, a la izquierda por el mar Pérsico, gozan sus habitantes del beneficio de doble navegación. Posee multitud de puertos y ensenadas, que ofrecen seguridad a las naves, abundantes mercados y muchas residencias reales imponentes y magníficas. También abunda en aguas termales de reconocida virtud, y en ríos y rías notables. Finalmente, tan saludable es allí el clima, que parece no faltar nada a este pueblo para ser feliz: por todas partes campos fértiles, hermosos valles, ciudades innumerables, tanto marítimas como interiores, entre las que sobresalen Geapolis, Nascón, Baraba, Mefra, Tafra y Dioscuriada. Posee además en los dos mares muchas islas cuya enumeración omito, aunque debe citarse Turgana, donde, según dicen, descuella un magnífico templo de Serapis.

Pasados los confines de estas gentes, comienza la Carmania mayor, cuyas elevadas mesetas se extienden hasta el mar de las Indias: tierra abundante en granos, frutas y ganados; pero no tan grande ni tan famosa como la Arabia, aunque tan bien regada como ella y con vegetación igualmente rica. Sus ríos más notables son el Sagareo, el Saganis y el Hidriaco. Tiene pocas ciudades, pero hermosas y muy pobladas, sobresaliendo Carmana, capital de la comarca, Portospana, Alejandría y Hermópolis.

Caminando más al Norte, encuéntrase Hircania, bañada por el mar de su nombre: su suelo es

estéril y perece la semilla que se le arroja, por cuya razón no se practica la agricultura en estas regiones, alimentándose los habitantes de la caza, que abunda allí. Véanse millares de tigres y variedad infinita de otras fieras. Ya he referido en otro lugar qué medios adoptan para cazarlas. A pesar de todo, no se desconoce completamente el arado en este país, puesto que se cultivan algunas partes menos estériles; viéndose árboles frutales en algunos terrenos que les son favorables; pero los habitantes obtienen principalmente su subsistencia del comercio marítimo. Tienen dos ríos de histórico nombre, el Oxus y el Maxero. Ocurre algunas veces que los tigres, impulsados por el hambre, los pasan a nado y repentinamente causan estragos en la otra orilla. La Hircania tiene cinco ciudades relativamente importantes: dos marítimas, Socunda y Saramanna; y tres en el interior, Azmorna, Solen e Hircana, que es la principal.

Dícese que más al septentrión se encuentran los Abios, nación religiosa que desprecia las cosas de la vida mortal, y a la que Júpiter, según canta Homero en sus poéticas ficciones, se complace en contemplar desde la cumbre del Yda.

Después de la Hircania viene inmediatamente la Margiana, casi rodeada por completo de altas montañas, y, por tanto, sin comunicación con el mar. La falta de agua la convierte casi en un desierto, aunque se encuentran algunas ciudades, siendo las más conocidas Jasonia, Antioquía y Nisea.

Próxima a estos confines está la Bactriana, potente y belicosa en otro tiempo, y cuya permanente hostilidad contra los Persas no se extinguió hasta que hubo conquistado todos los pueblos vecinos suyos y les impuso su nombre. En los tiempos antiguos, los reyes bactrianos se hicieron temer hasta del mismo Arsaces. No es esta comarca más marítima que la Margiana; pero su suelo es fértil, y el ganado que mantiene en sus llanuras y montañas es corpulento y robusto; como lo acreditan los camellos que Mitridates sacó, y que los romanos vieron por primera vez en el sitio de Cizyco. Obedecen a los bactrianos muchos pueblos, siendo el más importante el de los tocaros. Súrcanla, lo mismo que a Italia, multitud de ríos, entre los que sobresalen el Artemis, que se reúne con el Zariaspes; el Ocus, que se confunde con el Orcomanes, y todos, reunidos con sus tributarios, van a aumentar la masa formidable de las aguas del Oxus. También se encuentran varias ciudades, bañadas cada una de ellas por un río menos importante; tales son Chatra, Chane, Alicodra, Astacia, Menapila y Bactra, capital del país, y que le da su nombre.

Al pie de los montes Bactrianos comienza la comarca que lleva el nombre de Sogeliana, cruzada por el Araxates, y el Dymas, navegables los dos. Estos ríos, al salir de las regiones altas, se precipitan primeramente por valles, después pasan lentamente por las llanuras y concluyen por formar inmenso lago, que recibe el nombre de Oxia. Las ciudades más importantes del país son Alejandría, Cyreschata y Drepsa, que es la metrópoli.

Los Saceos, vecinos de los Sogdios, forman una nación feroz diseminada en suelo inculto, donde solamente pueden vivir los ganados, y por lo tanto desprovista de ciudades. Los montes Ascanimios y Comedus constituyen sus puntos culminantes. Más adelante, cuando se ha pasado de la falda de los montes y del caserío llamado *Lithinos pyrgos* (torre de piedra), comienza un largo camino de comunicación abierto para el comercio con los Seras.

En el punto donde termina la cadena del Imaüs y del Tapurius, habitan las tribus escitas limítrofes de los sármatas del Asia y de los alanos. Aunque comprendidos dentro de los límites del reino de Persia, permanecen aisladas y como secuestradas, llevando vida errante en medio de vastas soledades. Otros pueblos existen dispersos también en estas regiones, pero me falta tiempo para describirlos; diremos, sin embargo, que en medio de estas razas tan agrestes, que son casi intratables, se encuentran pueblos amables y religiosos, como los Jaxartes y los Galactofagos, a los que hizo Homero célebres, diciendo: «Los Galactofagos y los Abianos son los más justos de los mortales.»

Entre los numerosos ríos que riegan estas comarcas, ora sean tributarios de otros ríos o bien desagüen en el mar, los más notables son el Remnus, el Jaxartes y el Talicus. Solamente se conocen tres ciudades: Aspabota, Chauriana y Saga.

Al Oriente, y más allá de las dos Scitias, un recinto circular de altas montañas encierra la Sérica, comarca inmensa, admirablemente fértil, que toca a la Scitia por Occidente, por Oriente y Norte a helados desiertos, extendiéndose al Mediodía por la India hasta el Ganges. Llámense estas montañas Anniva, Nazavicium, Asmira, Esnodón y Opurocarra. Por la rápida pendiente de sus mesetas corren dos ríos, el Echaridas y el Bautis, atravesando después con mayor calma inmensa extensión de terrenos. El aspecto del suelo es muy variado; nivelado en unos puntos, ligeramente deprimido en otros; así es que todo abunda allí, granos, frutos y ganados. Pueblos diferentes ocupan esta fecunda tierra: los Alitrófagos, Annibos, Sizygos y Chardos, dando frente al aquilón y a los hielos del Norte. Los Rabannos, Asmiros y Essedones, que son los más ilustres de estos pueblos, miran a Levante. Al Occidente se encuentran los Athagores y los Aspacaros, y al centro los Betos, que habitan las altas montañas.

Escasas en número son las ciudades, pero grandes, ricas y populosas; siendo las más famosas y espléndidas Asmira, Essedón, Asparata y Sera. De todas aquellas razas humanas, los Seros son los más pacíficos, no conociendo la guerra ni el uso de las armas; prefiriendo a todos el reposo, por lo cual son los vecinos mejores. La comarca es forestal, pero sin grandes bosques. Recógese allí en los árboles, humedeciendo repetidas veces las hojas una especie de borra, extraordinariamente suave y fina, que hilan y convierten en seda, tejido reservado en otro tiempo a las clases elevadas, y que hoy usan ya todos. Tan pocas necesidades tienen los Seros, tanto estiman la tranquilidad, que evitan todo contacto con los otros pueblos. Cuando pasan el río mercaderes extranjeros en demanda de hilo, de seda u otro producto del país, no se cambia ni una palabra, estimándose el precio solamente con los ojos. Tan sencillos son en sus gustos los habitantes, que al entregar sus productos; no exigen en cambio nada de fuera.

Al Norte de los Seros viven los Arianos, pueblo expuesto inmediatamente al viento boreal. Cruza su país el Arias, río navegable, que forma un lago con el mismo nombre. La Aria tiene muchas ciudades, siendo las más célebres Bitaxa, Sarmatina, Sotera, Nisiba y Alejandría, distando está última del mar Caspio mil quinientos estadios.

De esta comarca es vecina la Paraponisata, cuyo territorio toca a la India por Oriente y por Occidente al Cáucaso. Ocupa una vertiente de la cordillera, naciendo en Bactriana el Ortogordomaro, que es su río más importante. Tiene algunas ciudades, siendo las más conocidas Agazaca, Naulibus y Ortopana. Siguiendo desde aquí la costa por mar hasta el punto de la frontera mediana inmediata a las puertas Caspianas, se recorre una distancia de dos mil doscientos estadios.

Contigua es a esta última comarca la Drangiana, situada al pie de los montes. El río Arabium, llamado así del país donde nace, riega su territorio. Los Drangianos celebran orgullosamente la opulencia y fama de sus ciudades Pofthasia y Ariaspa.

Por el opuesto lado está la Aracosia, que toca a la India por levante. Recórrela un río que nace allí, y que si bien muy inferior al Indo, del que toma su nombre esta última, es, sin embargo, bastante abundante para formar el lago Aracotosacreno. La Aracosia encierra algunas ciudades dignas de mención, tales como Alejandría, Arbaca y Choaspa.

En fin, al extremo meridional de la Persia se encuentra la Gedrosia, limítrofe también de la India, a la que fecunda con sus aguas el río Artabius, entre otros menos importantes. Allí terminan los montes Barbitanos, en donde nacen muchos afluentes del Indo. También tiene ciudades la Gedrosia, sin hablar de las islas que dependen de ella: el primer lugar lo ocupan Sedratyra y Gynecón.

Para no extenderme más, me limitaré a decir, en último lugar, que el litoral de la Persia presenta al Norte los montes Caspianos, hasta las célebres puertas una extensión de nueve mil estadios, y de catorce mil al mediodía, desde las bocas del Nilo hasta la frontera de Carmania.

Esta multitud de distintas naciones ofrece tan diferentes costumbres como divisiones de territorio, pero poseen rasgos de carácter comunes que se describen en pocas palabras. Los Persas tienen todos el cuerpo flaco, la tez curtida o aceitunada, mirada hosca y cejas juntas y arqueadas. No

carece de gracia su larga barba, pero tienen los cabellos crespos y erizados. Siempre se les ve con la espada ceñida, hasta en la mesa y en los días festivos; costumbre propia también en otro tiempo de los griegos; siendo los atenienses los primeros que tuvieron la gloria de renunciarla, por la imponente autoridad de Tucídides. Los Persas se entregan desenfrenadamente a los placeres sensuales, y nunca poseen bastantes concubinas: pero su amor se atiende al otro sexo. Cada cual se casa con tantas mujeres como puede mantener, pero por efecto de la pluralidad, las quiere a todas muy poco. Evitan cuidadosamente en la comida todo lo que es lujo y delicadeza, y muy especialmente el exceso en la bebida. No tienen hora fija para comer, como no sea en la mesa de los príncipes: el único regulador es el apetito, bastando para satisfacerlo lo primero que hallan a mano, y ninguno come más de lo necesario. En país enemigo, es verdaderamente increíble su circunspección en este punto. Atraviesan los vergeles, los viñedos, sin tocar al fruto y hasta sin desearlo; tanto temen al veneno y a los sortilegios. Rara vez va un Persa a orinar o se separa para satisfacer otra necesidad natural, cuando le ven; tan lejos llevan las delicadezas del pudor.

Por el descuido de su apostura, por la dejadez de sus miembros, creeríaseles afeminados, cuando son temibles guerreros; aunque a decir verdad, es más su astucia que su valentía y más temibles de lejos que de cerca. Son muy fanfarrones; tienen la palabra enfática, ampulosa, dura y amenazadora, tanto en buena, como en adversa fortuna. Astutos, altivos, crueles, arrogándose el derecho de vida y muerte sobre sus esclavos y sobre los plebeyos oscuros, no vacilarían en hacer desollar vivo a un hombre, en parte, o de la cabeza a los pies. Los que les sirven en la mesa no se atreven a desplegar los labios ni a respirar; todas las bocas están amordazadas. Entre ellos la ley está rodeada de terror, siendo especialmente atroz la que castiga la ingratitud y la desertión. Tienen las abominables leyes que hacen a toda una familia responsable por uno de sus miembros. Pero no elevan a las funciones judiciales más que hombres probos e instruidos, que no necesitan inspiración y se burlan implacablemente de nuestros tribunales, en los que el ignorante magistrado no puede prescindir de tener a su espalda un asesor inteligente y legista. En cuanto a cubrir con la piel del juez prevaricador el asiento del que le sucede, si no es cosa inventada, cesó hace ya mucho tiempo. Las lecciones que han recibido de nosotros en achaques de disciplina y de táctica, y la adopción de nuestras maniobras y ejercicios militares, les ha hecho temibles hasta en batallas campales. Confían especialmente en la caballería, en la que sirven todos los nobles y varones distinguidos. En cuanto a los peones, a los que arman a la manera de nuestros mirmilones, vienen a ser los criados del ejército. Tales gentes, sujetas a perpetua esclavitud, sirven sin sueldo ni retribución ninguna. Esta nación, por su valor y progresos en el arte de la guerra, hubiese llevado más lejos todavía sus victorias, a no ser por las disensiones civiles que la agitan constantemente.

En el traje de los Persas abundan generalmente los colores vivos; y este traje les cubre el cuerpo hasta los pies, aunque dejando paso al aire en el pecho y los costados. Usan collares y brazaletes de oro enriquecidos con pedrería, y especialmente perlas, costumbre adquirida después de la derrota de Creso y de la conquista de la Lidia.

Sólo me resta decir algo acerca de esta piedra (*lapidis ujus*), tan común en aquel país. La perla se encuentra en el interior de una concha marina, blanca y fuerte, en las costas de la India y de la Persia; debiéndose su formación al rocío que se introduce en la concha en determinadas épocas del año. La concha se abre a la luz de la luna como para frezar y recibe el rocío que la fecunda. Entonces engendra dos o tres perlitas. Encuéntrase también a veces, en la apertura de las conchas, una perla solitaria más gruesa, y que, por consecuencia, se la llama unión. Prueba que las perlas son de substancia etérea, y no producto marino, el hecho de que del rocío de la mañana nacen lípidas y perfectamente redondas; y que el rocío de la tarde las produce de forma irregular, rojizas o manchadas. El volumen depende también de la cantidad de rocío que recibe la concha. La tempestad perturba la fecundación, deteriora el germen y le hace abortar. La pesca es difícil y peligrosa, y lo que aumenta más y más su valor es el instinto de este animal para huir del paraje donde se le busca, para establecerse en derredor de rocas escarpadas o en cavernas que solamente visitan los perros marinos. Sabido es que también se encuentran perlas, aunque no tan hermosas, en

algunos puntos lejanos del Océano Británico.

LIBRO XXIV

Juliano entra con su ejército en Asiria y prende fuego al fuerte de Anatho, cerca del Eufrates, que se le rindió.—Deja a un lado algunas otras plazas y quema las abandonadas: Pirisabora, que se rinde, es incendiada.—Promete cien denarios de recompensa a cada soldado, recibiendo todos con desdén tan pobre donativo.—Con noble y enérgico lenguaje les trae a la razón.—Los romanos sitian la ciudad de Moagamalca y la destruyen.—Toman e incendian otra plaza bien defendida por su posición y fortificaciones.—Después de un combate en que destrozó Juliano dos mil quinientos Persas sin perder más que sesenta de los suyos, arenga a sus soldados y les distribuye numerosas coronas.—Renuncia a sitiar a Ctesifonte: manda imprudentemente incendiar su flota y cesa de seguir la orilla del río.—Viendo que no puede construir puente ni contar con la reunión del resto de sus fuerzas, se decide a retirarse por la Corduena.

Tranquilo acerca de las buenas disposiciones del ejército, penetrado de singular ardor, y que, según costumbre, juraba por Dios que su querido príncipe era invencible, creyó Juliano llegado el momento de acometer las grandes empresas. Después de una noche dedicada al descanso, hizo dar la señal de marcha al amanecer, y entró con el día en Asiria, habiéndolo dispuesto todo de antemano para vencer las dificultades de la marcha. Veíasele, encendida la mirada, correr a caballo de fila en fila, dando a todos ejemplo de ardimiento y valor. Carecía del conocimiento del terreno, y, como el enemigo podía aprovecharse de ello para tenderle asechanzas, desde el principio, como general aleccionado por la experiencia, hizo que se adoptase el orden de marcha por cuadros. Ante todo había enviado por el frente y flancos mil quinientos exploradores, para reconocer el terreno y evitar toda sorpresa; y permaneciendo él mismo en el centro con la infantería, que formaba la fuerza principal del ejército, mandó a Nevita que costease el Eufrates a su derecha con algunas legiones. Por la izquierda, la caballería, a las órdenes de Arintheo y Hormisdas, marchaba en masas compactas por terreno llano. Degalaifo y Víctor mandaban la retaguardia, cerrando la marcha Secundino, duque de Osdrúena. En fin, para aumentar el ejército a los ojos del enemigo y herir su imaginación con la idea de fuerzas superiores, cuidó de separar las huestes y las filas de modo que la columna ocupaba cerca de diez millas de terreno entre el frente de marcha y las últimas filas; maniobra muy frecuente y hábilmente empleada por Pirro, rey de Epiro, el más hábil de los generales en el arte de sacar partido del terreno, en extender o estrechar su orden de batalla, y multiplicar a la vista o disminuir sus fuerzas según la necesidad. Llenaron los espacios entre los cuerpos los bagajes, los criados y todo cuanto un ejército arrastra consigo, y que, dejado atrás, puede ser arrebatado por un golpe de mano. La flota, a pesar de los recodos del río, tuvo que marchar a la par y mantenerse constantemente a nivel nuestro.

Después de dos días de marcha llegamos a la ciudad de Duras, en las orillas del río, hallándola, desierta. En las inmediaciones encontramos numerosos rebaños de ciervos, de los que derribamos a flechazos y también a golpes de remo los bastantes para alimentar al ejército. El resto, gracias a su velocidad de natación, cruzó el río y se refugió en sus soledades, sin que pudiésemos impedirlo.

En seguida hicimos cuatro jornadas cortas; y en la tarde de la tercera el conde Luciliano recibió orden de tomar mil hombres armados a la ligera y llevarlos en las barcas para apoderarse del fuerte de Anatlio, situado, como casi todos los del país, en una isla del Eufrates. Las barcas se pusieron alrededor del fuerte, ocultas por la obscuridad de la noche; pero a las primeras luces del día, un habitante que salía a tomar agua comenzó a gritar al ver a los nuestros, y dio la alarma a la guarnición. Juliano, que estaba observando desde una altura, pasó entonces el brazo del río con dos naves de refuerzo, siguiéndole otras muchas que llevaban máquinas de sitio. Pero cuando llegó bajo las murallas, considerando que un ataque a viva fuerza ofrecía muchos peligros, quiso ensayar primeramente con los sitiados el efecto de las promesas y amenazas. Pidieron éstos entenderse con

Hormisdas, que consiguió impresionarles, garantizando la blandura con que se les trataría; viniendo todos a someterse, precedidos por un buey coronado, que en este pueblo es emblema de intenciones pacíficas. Evacuado el fuerte, en el acto quedó reducido a cenizas; y su comandante Puseo obtuvo por recompensa el tribunado, y más adelante el ducado de Egipto. Al resto de los habitantes les trataron humanitariamente, trasladándoles con sus bienes a Calcis, en Siria. En el número se encontraba un soldado romano que formó parte de la expedición de Galerio, y que había quedado enfermo. Siguiendo la costumbre del país, había tomado muchas mujeres, convirtiéndose en tronco de numerosa familia. Cuando le abandonaron, decía, apenas tenía edad para que le apuntase la barba y le encontrarnos con el aspecto de viejo decrepito. La rendición de la plaza, a la que se creía había contribuido, le colmaba de alegría, tomando por testigos a diferentes personas de haber predicho siempre que moriría teniendo cerca de cien años y que se le sepultaría en tierra romana. Poco tiempo después llegaron exploradores sarracenos a presentar prisioneros al Emperador, que mostró profundo regocijo, y, para alentarles a continuar, les hizo muchos regalos.

Un accidente muy desagradable ocurrió al siguiente día. Impetuoso viento que se alzaba en torbellinos derribó todas nuestras tiendas, rasgando muchas de ellas. Con tanta violencia soplaba, que los soldados no podían tenerse en pie, cayendo muchos al suelo. Aquel mismo día nos ocurrió casi un desastre. Desbordando repentinamente el río, sumergió muchas barcas nuestras cargadas de grano. Diques de piedras construidos para contener las aguas y distribuirlas después por canales de riego habían sido arrastrados, sin que nunca se haya podido saber si aquello aconteció por mano de los hombres o solamente por la fuerza de la corriente.

Habíamos tomado e incendiado la única fortaleza enemiga que habíamos visto delante de nosotros, y trasladado a otro paraje a sus defensores cautivos. La confianza del ejército había aumentado, proclamando en alta voz su entusiasmo por un príncipe que consideraba elegido por la bondad divina. Pero no había disminuido la prudencia de éste; sentíase en país desconocido y sabía que trataba con el enemigo más insaciable y fecundo en estratagemas. En tanto se le veía en el frente, en tanto a retaguardia, o, seguido por una escolta de caballería ligera, registrando los bosquecillos, reconociendo los valles por temor a las emboscadas, y ora reconviniendo con severidad, ora reprendiendo con la natural dulzura de su carácter la imprudencia del soldado que se separaba demasiado del grueso del ejército. Permitted, sin embargo, incendiar con las casas las ricas mieses que cubrían los campos, pero solamente cuando cada uno hubo hecho suficiente provisión de todas cosas. El enemigo, que no esperaba tales rigores, sufrió cruelmente. El soldado consumía con regocijo aquellos víveres, considerando que de igual manera aseguraría su subsistencia en lo venidero, y que, viviendo en la abundancia, conservaría las provisiones de que estaba cargada la flota. Uno hubo que, en su embriaguez, llevó la imprudencia hasta pasar a la otra orilla. Cogiéronle y le condenaron a muerte a nuestra vista.

Después de estas cosas, llegamos a la fortaleza de Thilutha, que se alza en medio del río sobre una roca extraordinariamente alta, a la que el arte no habría podido proteger tanto como la naturaleza. Cuando con buenas palabras, según se acostumbra, propusieron a la guarnición de aquella inexpugnable fortaleza la rendición, contestó que no había llegado el momento; pero que si conseguíamos enseñorearnos del reino, seguiría la suerte común, y reconocería entonces la dominación romana. Dicho esto, dejaron pasar al pie mismo de las murallas nuestra flota, sin dirigirle ni el más pequeño insulto. Igual negativa nos esperaba en la fortaleza de Achaicala, defendida de la misma manera por su posición insular e inaccesible, dejándola nosotros a un lado. Al siguiente día, y a doscientos estadios de allí, encontramos un fuerte abandonado a causa de la debilidad de sus murallas, y lo entregamos a las llamas. En los dos días inmediatos avanzamos doscientos estadios antes de llegar a Paraxmalcha, donde cruzamos un río para ocupar, siete millas más allá, la ciudad de Diacira, abandonada por sus habitantes, que dejaron en nuestro poder abundantes depósitos de trigo y sal blanca. En el punto más alto de la ciudad descollaba un templo. Fueron degolladas algunas mujeres que quedaron en las casas e incendiada la población. En seguida pasamos un manantial del que brotaba betún, y entramos en Ozogardana, evacuada a causa del

terror que infundía nuestra proximidad. Todavía mostraban allí el tribunal del Emperador Trajano. También fue incendiada esta ciudad, después de lo cual descansamos dos días: pero al terminar la segunda noche, estuvo Hormisdas a punto de caer en manos del Surena (que entre los Persas es la dignidad más elevada después del rey), que le había preparado una emboscada de acuerdo con Maleco Posodaces, filarca de los sarracenos asanitas, bandido famoso por sus sangrientas depredaciones en las fronteras. Ignórase cómo había sido advertido de un reconocimiento que debía hacer nuestro aliado. Pero el golpe fracasó porque Hormisdas no pudo encontrar vado para cruzar el río, cuyo lecho es en aquel punto muy angosto y muy profundo.

Al amanecer nos encontramos delante los Persas, viéndose a lo lejos brillar los cascos y avanzar rápidamente aquellos temibles jinetes forrados de hierro. Los romanos, con intrépido arrebató y cubiertos con los escudos, volaron a su encuentro. La ira redoblaba su valor; nada les detiene, ni la amenaza de aquellos arcos tendidos, ni el brillo que producían los reflejos de las armaduras; y tan de cerca se ve estrechado el enemigo, que no puede disparar ni una flecha. Animados con el primer éxito, los nuestros llegan hasta el pueblo de Macepracta, donde todavía subsisten los restos de una muralla que, a lo que se cree, servía en otro tiempo de defensa a la Asiria contra las empresas de sus vecinos. Allí se divide el río en dos brazos, uno de los cuales forma los anchos canales que fertilizan extensísimos campos, llevando aguas a las ciudades de la Babilonia. El otro brazo, llamado Naliamalcha, es decir, río real, baña las murallas de Otosífonte. En el punto de unión se eleva una alta torre en forma de faro. En el segundo brazo se colocaron sólidos puentes para el paso de la infantería; y nuestros jinetes, completamente armados, cortaron de soslayo la corriente, eligiendo los puntos menos peligrosos. Repentinamente recibió a nuestras fuerzas en la otra orilla una lluvia de saetas; pero nuestros auxiliares, avezados a la carrera, se lanzaron como otras tantas aves de rapiña sobre los que las habían lanzado, y no dejaron ni uno.

Después de este combate llegamos ante Pirisabora, ciudad grande, populosa y rodeada de agua como una isla. El Emperador dio vuelta alrededor de ella a caballo, tomando ostensiblemente todas las medidas preliminares para un sitio, creyendo que bastaría esta demostración para que los habitantes abandonasen la idea de resistir; pero habiéndose, celebrado algunas conferencias, sin que produjesen efecto ruegos ni amenazas, decidió pasar a las obras. Formaróñse, pues, en derredor de la ciudad tres líneas de ataque, y durante un día entero se cambiaron saetas. Fuerte y resuelta la guarnición, se apresuró, para guarecerse de nuestras saetas, a cubrir toda la extensión de las murallas con espesa cortina de pelo de cabra. Los Persas resistían bien detrás de sus escudos formados de mimbres tejidos cubiertos con cuero crudo; pareciendo aquellos soldados estatuas de hierro, porque les envolvía de pies a cabeza una armadura de láminas de este metal ingeniosamente superpuestas, y que obedecían a todos los movimientos del cuerpo, constituyendo impenetrable defensa.

Muchas veces mostraron deseo de hablar a su compatriota Hormisdas, nacido de sangre real; pero en cuanto se acercaba le abrumaban con injurias y reconvenciones, recibéndole con los nombres de tráfuga y traidor. Esta guerra de palabras ocupó considerable parte del día; pero en cuanto cerró la noche, mandó acercar algunas máquinas y se procedió a cegar el foso. La primera claridad del día reveló a los habitantes, asustados, los progresos que habían hecho nuestros trabajos; y además, habiendo quebrantado vigoroso golpe de ariete el baluarte de un ángulo de la muralla, abandonaron el doble recinto exterior de la ciudad y se retiraron a la fortaleza, construida sobre la meseta de un montecillo escarpado y redondeado en forma de escudo argólico, exceptuando la parte del septentrión, por donde faltaba la redondez, cubriendo aquel punto rocas que se alzaban desde el lecho del Eufrates. La defensa la formaban altas murallas construidas con ladrillo cocido cimentado con betún, construcción que aventaja a todas en solidez.

Irritado el soldado al encontrar vacía la ciudad, volvió su furor contra la fortaleza, desde la que lanzaban los habitantes nube de saetas. A los golpes de nuestras catapultas y balistas, oponían el efecto igualmente destructor de sus arcos, extremadamente encorvados, que tienden con suma lentitud, pero cuya cuerda, al escapar de los dedos que la retienen, lanza con violencia un dardo

herrado, cuyo choque en pleno cuerpo es siempre mortal. Las piedras, lanzadas a mano por una y otra parte, volaban también sin interrupción, y así se peleó desde el amanecer hasta muy entrada la noche, sin que resultase ventaja por uno ni otro bando. Al siguiente día comenzó de nuevo el combate, sosteniéndose con graves pérdidas recíprocas y sin mayor resultado, cuando la impaciencia del Emperador quiso apresurar la terminación. Poniéndose al frente de un grupo, mandó unir escudo con escudo, para defenderse mejor de las flechas, y avanzó de pronto contra una puerta de la fortaleza, defendida por fuerte cubierta de hierro. Aunque le lanzaron nubes de piedras, de pelotas de honda y otras armas arrojadas, él mismo, con inminente peligro de su vida, instó reiteradamente a los suyos para que se abran paso derribando el obstáculo, y no se retiró sino en el momento en que iba a ser inevitablemente aplastado. Regresó sin perder ni un soldado, trayendo algunos ligeramente heridos, habiendo resultado él ileso, pero avergonzado, porque había leído que Escipión Emiliano con el historiador Polibio de Megalopolis en Arcadia y treinta soldados solamente, forzó de la misma manera una puerta de Cartago. Sin menospreciar una hazaña que consta en nuestros anales, creemos que la de Juliano puede comparársele. En aquel caso Escipión estaba protegido por la bóveda de piedra de un pórtico que formaba saliente sobre su cabeza, y penetró en la ciudad mientras los que guardaban la puertas reconcentraban sus esfuerzos en la destrucción de aquella defensa. Juliano, por el contrario, peleó al descubierto, y solamente se retiró a pesar suyo, cuando el cielo estaba obscurecido por los pedazos de piedra e innumerables saetas que caían por todos lados en derredor suyo.

Este atrevido golpe fue concebido y ejecutado repentinamente; y como estrechaba el tiempo a Juliano, viendo que adelantaba con lentitud la confección de manteletes y terraplenes, mandó construir inmediatamente la máquina llamada Helépolis, a la que, como ya dijimos, debió Demetrio su nombre de Poliocrates. Viendo entonces los progresos del monstruoso edificio, que muy pronto amenazaría a sus torres más altas, y considerando además la decisión de que se mostraban animados los sitiadores, recurrieron al fin los habitantes a las súplicas. Vióseles desparramarse por las torres y murallas, y desde allí, tendiendo a los romanos las suplicantes manos, implorar su compasión. Y en seguida, observando que se detenía el trabajo, que los obreros quedaban parados, señal de suspensión de hostilidades, pidieron hablar con Hormisdas, como les fue concedido. Marmesides, jefe de la fortaleza, se hizo entonces bajar por medio de una cuerda, siendo conducido ante el Emperador; y después de haber pedido y conseguido la vida para él y los suyos, regresó con estos, aceptando las condiciones convenidas todos los que se encontraban encerrados en la fortaleza, siendo concluido el tratado con las acostumbradas consagraciones religiosas. Entonces abrieron las puertas y todos salieron proclamando en alta voz la grandeza de ánimo y la clemencia del César. Solamente había dos mil quinientas personas de uno y otro sexo: el resto de la población, previendo el sitio, había abandonado de antemano en barquillas la ciudad. En la fortaleza encontraron considerables provisiones de armas y alimentos, de las que tornaron lo que creyeron necesario, entregando el resto a las llamas, así como la ciudad.

Al siguiente día, estando comiendo el Emperador en un momento de descanso, recibió una noticia desagradable. El surena que mandaba la vanguardia de los Persas había sorprendido tres turmas nuestras, y aunque les mató muy poca gente, entre los que había un tribuno, se había apoderado de un estandarte. Juliano se encolerizó extremadamente, y supliendo al número con la rapidez, se trasladó al punto del combate solamente con su escolta; cayó sobre el bando enemigo, que, aterrado, se dispersó vergonzosamente. En seguida depuso a los dos tribunos supervivientes, como cobardes e indignos y diezmó sus turmas, degradando, antes de hacerles morir, a los designados por la suerte; todo esto con sujeción a las antiguas leyes.

Después del incendio de Pirisabora, Juliano dio desde su tribunal gracias al ejército por su valor, exhortándole a que continuase dando iguales pruebas y prometiendo gratificación de cien monedas de plata por cabeza. Oyendo en seguida el murmullo que excitaba la pobreza de la oferta, alzó la voz, y con indignado acento, dijo:

«Delante tenéis a los Persas y su opulencia; ¿queréis enriqueceros? Tened valor para

arrebatarnos sus despojos. Pero creedme: la república, que antes disponía de tantos tesoros, hoy se encuentra muy pobre, y tienen la culpa aquellos cuya bajeza aconseja a los príncipes que compren bárbaros a peso de oro, y además la paz y la libertad. El tesoro está agotado; las ciudades puestas a rescate y arruinadas las provincias. Soy de noble estirpe, pero no tengo caudal, y solamente he heredado un corazón sin miedo a nada. Haciendo consistir todos los bienes en las cualidades del alma, yo, que soy vuestro Emperador, no me avergüenzo de mi pobreza. También fue Fabricio tan pobre de caudal como rico de gloria: ¿dejó por esto de dirigir bien la guerra más importante? ¿Queréis ser ricos? Pues bien, sed valientes. Confiad con corazón más sumiso en Dios, y, si me atrevo a decirlo, en mí también; a no ser que prefiráis caer en la innoble anarquía de las pasadas sediciones, en cuyo caso, podéis continuar. Yo sabré morir como Emperador, al cabo de una carrera noblemente recorrida ya, y hacer sin pena el sacrificio de una vida que un acceso de fiebre puede terminar, o bien renunciaré el poder. A la manera que he vivido, puedo encontrarme desahogado en condición privada. Os dejo detrás de mí, lo digo con satisfacción y orgullo, jefes experimentados y hábiles en todos los achaques del arte de la guerra.»

Esta modesta oración del Emperador, tan bien proporcionada entre lo áspero y suave, calmó repentinamente la irritación, renaciendo la esperanza, y con ella la confianza: todos prometieron a una voz mostrarse dóciles y disciplinados, reconociendo con admiración el ascendiente que sabía ejercer el príncipe; y, según acostumbra el soldado en casos tales, suave rozamiento de armas confirmó la sinceridad de la declaración. En seguida entraron en las tiendas para tomar alegremente el alimento que permitían las circunstancias y para entregarse al descanso de la noche. Hasta en los términos del juramento sabía Juliano interesar sus simpatías: y en vez de jurar por los que les eran queridos, decía, por ejemplo: «¡Ojalá pueda vencer a los Persas!» o bien: «¡Ojalá pueda regenerar el Imperio romano!» También tuvo Trajano esta costumbre de jurar, quien, para asegurar algo, decía frecuentemente: «¡Así vea yo a la Dacia reducida a provincia romana!» o bien: «¡Ojalá pueda pasar el Histro y el Eufrates!» o algo parecido.

Avanzando catorce millas llegamos en seguida al punto del río donde se encuentran las esclusas que llevan la fecundidad a toda la campiña inmediata. Los Persas las habían levantado, sabiendo que tomaríamos aquel camino, ocasionando por este medio inmensa inundación. Obligado a detenerse un día ante aquel obstáculo y a dar descanso a las tropas, el Emperador marchó adelante, y con el auxilio de muchos odres henchidos, de barcas de cuero y de estacas de tronco de palmeras, consiguió, a fuerza de trabajo, construir multitud de puentecillos por los que pasó el ejército.

En esta comarca abundan los viñedos, como también árboles frutales de muchas clases, y muy especialmente los árboles de palmas, que forman verdaderos bosques hasta Mesenem y el mar Mayor. No se da un paso sin encontrar una palmera fecunda o estéril; obteniendo de la savia de las primeras miel y vino en abundancia. Dícese que las palmeras se unen, y que entre ellas es muy sensible la diferencia de sexo. Llégase hasta pretender que las hembras pueden ser fecundadas artificialmente; que estos árboles son susceptibles de amor recíproco, hasta el punto que no hay fuerza de viento que alcance a impedir en una pareja la inclinación de una a otra; que, falta de la fecundación del macho, la hembra aborta, no dando más que frutos imperfectos que no maduran: que para conocer de qué macho está enamorada una hembra, basta ungir su tronco con el licor que aquél destila. La emanación, por secreta ley de la naturaleza, se comunica al otro árbol, que manifiesta en seguida el deseo de unirse a él.

El ejército se sació de los frutos que encontraba a mano, y hasta hubo que precaverse de los excesos de la gula allí donde se temía la escasez. En seguida dejamos a la espalda muchas islas; y después de recibir una nube de flechas de parte de los arqueros persas, que se habían emboscado para sorprendernos, y a los que ahuyentamos, llegamos a un punto donde se divide en multitud de canales el brazo principal del Eufrates.

Había en esta comarca una ciudad habitada por judíos, que la habían abandonado a causa de la endeblez de sus murallas, y que los soldados, irritados, entregaron a las llamas. Desde allí continuó

Juliano la marcha con la confianza de quien cree tener a los dioses en su favor, y llegó a Maogamalca, ciudad importante y rodeada de fuertes muros. Levantó sus tiendas con todas las precauciones posibles para ponerlas al abrigo de los ataques de la caballería persa, tan temible en la llanura; y, tomando en seguida consigo algunos vélites, hizo a pie un reconocimiento completo de la plaza; pero cayendo en una emboscada, donde corrió inminente peligro su vida. Saliendo por una puerta oculta diez soldados persas, se deslizaron de rodillas por un talud, cayendo de improviso sobre los nuestros. Dos de ellos, que reconocieron a Juliano por las insignias de su dignidad, corrieron hacia él con la espada empuñada; pero él recibió valerosamente sus golpes en el escudo, atravesó a uno y el otro cayó acribillado por los que rodeaban al príncipe. Los ocho restantes, algunos de ellos heridos, emprendieron la fuga. Juliano trajo los despojos de los dos muertos como trofeos al campamento, donde le recibieron con entusiasmo. Torcuato arrebató un collar de oro a su enemigo vencido; Valerio, con un auxiliar alado, triunfó de un galo que se jactaba de su prodigiosa fuerza, adquiriendo por aquello el nombre de Corvino. No les disputamos nosotros estos títulos de gloria: pero que la hermosa hazaña de Juliano quede consignada para recuerdo de la posteridad.

Al siguiente día se construyó un puente, y el ejército pasó un brazo del río para buscar campamento más, favorable, haciendo Juliano que lo rodeasen con doble empalizada, porque sabía cuánto tenía que temer en medio de llanuras descubiertas. Decidido estaba a apoderarse de la ciudad, porque se hubiese expuesto mucho penetrando más adelante dejando tan considerable número de enemigos a la espalda. Mientras se ocupaban seriamente de los trabajos preparatorios, el surena trató de apoderarse de los caballos que pastaban en un bosque de palmeras, pero la cohorte de guardia le rechazó con pérdidas.

La población de las dos ciudades, no obstante su posición insular, se había alarmado, y trataba de refugiarse en Ctesifonte. El espesor de los bosques protegió la retirada de los unos; pero los otros no encontraron salvación más que embarcándose en troncos huecos y penetrando en el interior del país. Los soldados, que recorrían el río en barcas y esquifes recogiendo prisioneros, mataron parte de los fugitivos, que se defendieron. Por disposición muy bien entendida de nuestras fuerzas, mientras la infantería se entregaba a los trabajos de sitio, la caballería reconocía en grupos hasta muy lejos el campo para recoger víveres. De esta manera el ejército, respetando la parte de terreno que ocupaba, vivía, sin embargo, a expensas del enemigo.

Formadas nuestras fuerzas en tres líneas, atacaban ya vigorosamente el doble recinto de la ciudad, confiando el Emperador en conseguir su propósito. Pero si era indispensable apoderarse de la plaza, no era cosa fácil alcanzarlo. La fortaleza estaba construida sobre una roca a pico, recortada en aristas de acceso muy difícil y peligroso: además, el arte había construido hasta el nivel de aquella altura natural torres formidables que estaban llenas de combatientes, y obras muy fuertes en las inmediaciones de la parte baja de la ciudad, edificada en un declive que terminaba en el río. Añádase a estos obstáculos naturales una guarnición numerosa y escogida, inaccesible a la seducción, y cuyo patriotismo la llevaba a vencer o a sepultarse bajo las ruinas. Por otra parte, nuestras tropas mostraban ardimiento bastante indócil, que apenas podía contenerse; y en su impaciencia por atacar al enemigo cuerpo a cuerpo, se indignaban contra el toque de retirada que las hacía abandonar el asalto.

La habilidad del general triunfó de aquel ardor de los ánimos por medio de sabia repartición de fuerzas, designando a cada cual su tarea, que se apresuró a cumplir. Trabajábase aquí en construir altos terraplenes; allí se cegaban fosos, y más lejos se abrían largas galerías subterráneas; los artífices colocaban las máquinas, cuyo silbido se oiría muy pronto. Nevita y Dagalaifo tenían la vigilancia especial de los trabajos de mina y terraplenes; reservándose el Emperador la dirección de los asaltos y la protección de los trabajos contra las salidas y fuegos que lanzasen desde las murallas.

Estaban ya al final de tantos esfuerzos y terminados los aprestos de destrucción; los soldados pedían a gritos el asalto, cuando el duque Víctor, que había hecho un reconocimiento hasta Ctesifonte, regresó trayendo la noticia de que no había encontrado al enemigo en ninguna parte. La

embriaguez de regocijo que produjo en nuestras tropas aumentó su confianza y ardor guerrero, y esperaron con impaciencia la señal.

La marcial bocina resonó por ambas partes. Los romanos se esforzaron al principio en distraer la atención del enemigo por medio de gritos amenazadores y multiplicados ataques fingidos; sus escudos unidos formaban sobre sus cabezas una bóveda de figura indecisa, en tanto unida, en tanto fraccionada, según la necesidad de la maniobra. Defendidos los Persas por las láminas de hierro que les cubren y que están colocadas como las plumas en el cuerpo de las aves, confiando en sus probadas armaduras, en las que rebotan las saetas, resisten perfectamente en sus parapetos, dispuestos siempre a burlar o a rechazar a viva fuerza las tentativas de los sitiadores. Pero cuando ven a los nuestros, protegidos por manteletes de mimbres, atacar seriamente las murallas, flechas, hondas, pedazos de roca, todo lo emplean para rechazarlos. No cesan de jugar las balistas, lanzando con silbidos continuas nubes de saetas; y los escorpiones, por todas partes por donde puedan apuntarlos, nos abruman con lluvia de piedras. El asalto se repite muchas veces; pero a medio día el calor es demasiado intenso para pelear y mover las máquinas: teniendo que ceder los dos bandos al cansancio y el sudor.

Al siguiente día comienza de nuevo la pelea en igual forma, y termina como la víspera, sin ventaja decidida. El príncipe, presente en todas partes, apresuraba la toma de la ciudad que, deteniéndole al pie de sus murallas, le impedía descargar más lejos los golpes más formidables. Pero en estos momentos supremos el incidente más pequeño suele tener inesperadas consecuencias. Al terminar un asalto, en el momento en que, como de ordinario, peleaban con menos ardor, un golpe dado negligentemente por un ariete que acababan de colocar, derribó la torre de ladrillos más alta, arrastrando en su ruina considerable lienzo de la muralla inmediata. Entonces recrudece la lucha con las alternativas de brioso arrebato en el ataque y de extraordinaria energía en la defensa. Ningún esfuerzo detenía al soldado romano, inflamado de ardor y de cólera; ningún apuro asustaba a los sitiados, que peleaban por su salvación. Solamente la noche puso tregua e hizo pensar en el descanso.

Todo esto había ocurrido en plena luz: Al terminar la noche, vinieron a decir al Emperador, a quien tantos cuidados tenían despierto, que los legionarios encargados de abrir la mina habían llevado la galería hasta el pie de las murallas, y que solamente esperaban órdenes para penetrar en el interior. Ya iba a amanecer; sonó la bocina y empuñaron las armas. Intencionalmente se dirigió el ataque sobre dos puntos opuestos, con objeto de que, en el tumulto de una defensa, dividida, la atención de los sitiados, distraída del ruido más inmediato del trabajo de los mineros, no acudiese a oponer fuerzas a su salida. Ejecutóse la orden, ocupóse la guarnición y se practicó la abertura. Exuperio, soldado de la legión Victorina, salió el primero; después el tribuno Magno; en seguida el notario Joviano, siguiéndoles atrevida tropa. Degollaron primeramente a los habitantes de la casa en que había desembocado la mina; y en seguida, avanzando con precaución, cayeron sobre los centinelas, que cantaban a gritos, según costumbre de su nación, las alabanzas de su justo y afortunado soberano. Los que tienen por cierta la tradición del dios Marte ayudando personalmente a Lusino en el ataque contra los lucanos, y admiten sin escrúpulo la posibilidad de tal derogación de la majestad divina, obtuvieron aquel día confirmación de su creencia. Un guerrero de colosal estatura, que llamó la atención en lo más recio del asalto, llevando él solo una escala, no se encontró a la mañana siguiente, a pesar de las investigaciones que se hicieron en una revista general del ejército. Ahora bien, un soldado, con el convencimiento de haberse distinguido tanto, no habría dejado de presentarse. Pero por uno que quedó ignorado, pusiéronse de manifiesto los nombres de cuantos merecían premio; concediéndoseles la corona obsidional, y, según antigua costumbre, se pronunció su elogio ante el ejército.

Invadida por dos partes, pronto quedó ocupada la desgraciada ciudad; inmolando la furia del vencedor en los primeros momentos, sin distinción de sexo ni edad, a cuantos encontró. Estrechados algunos entre el hierro y el fuego, para escapar del inminente peligro se precipitaban desde lo alto de las murallas, y; mutilados por la caída, sufrían mil veces la muerte, esperando el golpe que les

arrancaba la vida. No se cogió vivo más que a Nabdates, jefe de los guardias del rey, con ochenta de éstos. Presentáronle al Emperador, quien, movido por la clemencia, dispuso se le perdonase. En seguida se distribuyó equitativamente el botín según el mérito, y, en cuanto al Emperador, que se contentaba con poco, solamente se reservó tres monedas de oro y un niño mudo, dotado de ademanes graciosísimos y elocuentes, declarando que estaba suficientemente recompensado por su victoria. Entre sus cautivas las había, naturalmente, muy hermosas, porque Persia tiene fama por la belleza de sus mujeres: pero Juliano no quiso ni verlas siquiera; teniendo este rasgo común con Alejandro y Escipión el Africano, que, esforzados en los trabajos y peligros, temían sucumbir a la voluptuosidad.

Durante el sitio, un arquitecto nuestro, cuyo nombre no recuerdo, encontrándose al lado de la armadura de un escorpión, quedó con el pecho roto por la piedra que el apuntador colocó mal en la honda, siendo lanzada en sentido inverso a su dirección. Encontráronle tendido en el suelo y de tal manera destrozado, que no conservaba su cuerpo la forma humana.

Enteróse al Emperador de que parte de los enemigos permanecían escondidos cerca de las murallas de la ciudad destruida, en un subterráneo de los que abundan en la comarca, disponiéndose a caer sobre nuestra retaguardia. En seguida envió fuerzas escogidas de infantería para desemboscarlos. No quisieron los soldados penetrar en aquella caverna, y no pudiendo hacer salir a los que la ocupaban, cerraron la entrada con un montón de paja y sarmientos y le prendieron fuego. El humo, tanto más denso cuanto más estrecha era la abertura que encontraba para penetrar en el interior, ahogó a muchos Persas; y las llamas que les alcanzaban, obligó a los demás a entregarse por sí mismos a la muerte; y después de exterminarlos por el hierro o el fuego, los nuestros regresaron al campamento. De esta manera el valor de los romanos triunfó de aquella fuerte y populosa ciudad, no dejando más que cenizas y escombros.

Después de esta gloriosa expedición tuvo el ejército que atravesar sucesivamente muchos ríos sobre puentes, encontrándose delante de dos fortificaciones cuidadosamente construidas. Víctor, que nos precedía, quedó detenido allí algún tiempo sin poder cruzar el río; teniendo delante al hijo del rey, que había salido de Ctesifonte con fuerzas considerables. Pero viendo este príncipe acercarse el resto de nuestras tropas, se retiró en seguida.

Continuando el ejército la marcha, atravesaba una serie de matorrales y terrenos labrados, que presentaban variado cultivo. Encontrábase allí un palacio de construcción romana, que debió su conservación al placer que su vista nos produjo. También encontramos un parque de inmenso circuito, cerrado con fuerte empalizada, encerrando los animales destinados a las cacerías reales. Había allí leones de largas melenas, jabalíes armados con temibles colmillos, osos como solamente se encuentran en Persia, cuya ferocidad no puede imaginarse, y otros ejemplares de los monstruos de las selvas, elegidos en las diferentes especies. Nuestros soldados derribaron las puertas del recinto y mataron a todos aquellos animales con las picas y las flechas.

El Emperador acampó y se fortificó apresuradamente en aquellos parajes tan hermosos y bien cultivados, y, hallando a mano agua y forraje, mandó descansar al ejército dos días. A corta distancia se encuentra la ciudad de Cocha, que nosotros llamamos Seleucia, destruida por el emperador Vero. Adelantándose Juliano con los exploradores, visitó su desierto recinto. Un manantial que nunca se seca forma en aquel punto un lago que desagua en el Tigris. Allí vio muchos cadáveres suspendidos en horcas: eran de los parientes del Emperador que, como ya dijimos, se habían rendido en Pisisabora. En aquel paraje mismo tuvo lugar el suplicio de Nabdates, prisionero con ochenta de los suyos, en la toma de Maogamalca, pereciendo en la hoguera. Había alcanzado perdón a pesar de haber defendido tenazmente la ciudad, después de prometer reservadamente que nos la entregaría, pero el inesperado perdón le había hecho insolente hasta el punto de prescindir de toda circunspección en su lenguaje contra Hermidas.

Poco después de nuestra partida experimentamos un contratiempo. Una vanguardia, formada, por tres cohortes, encontró una fuerza enemiga, que había salido de Ctesifonte, y, mientras sostenían el combate, otro grupo cruzó el río, arrebató las bestias de carga que la seguían, y mató algunos

forrajeros que cogieron aislados. Enfurecido Juliano, se dirigió a Ctesifonte, deteniendo su marcha un castillo, construido sobre una altura y provisto de buenas defensas. A caballo y débilmente acompañado, reconoció aquella fortaleza; pero, habiendo avanzado imprudentemente hasta colocarse al alcance de las saetas, le conocieron. Inmediatamente cayó en derredor suyo una lluvia de flechas, hiriendo a su escudero, que estaba a su lado; y a él mismo le habría alcanzado una saeta de muralla, de no haberse apresurado todos a cubrirle con los escudos, preservándole de aquel inminente peligro.

Este insulto le irritó por modo extraordinario, decidiéndole a sitiar la fortaleza; pero la guarnición preparaba vigorosa defensa, confiando en su posición casi inaccesible y en la próxima llegada del rey, de quien se decía estaba en marcha con fuerzas imponentes. A poco quedaron terminados los manteletes y demás preparativos del sitio: pero los sitiados, que a la luz de la luna veían nuestros trabajos desde las murallas, hicieron de pronto, a la segunda vigilia, una salida en masa y destrozaron una cohorte que sorprendieron. El tribuno que la mandaba cayó peleando. En el mismo momento renovaron la maniobra que ya había dado resultado a los Persas: parte de ellos pasó el río, cayeron sobre los nuestros, mataron algunos y cogieron prisioneros. El convencimiento de que se tenía encima una fuerza superior hizo que, por nuestra parte, fuese débil la resistencia. Dominóse el pánico, pero los Persas a su vez se alarmaron al escuchar la bocina que llamaba en socorro al resto del ejército, y se retiraron sin experimentar pérdidas.

Indignado el Emperador, desmontó a los jinetes que tan débilmente habían sostenido el empuje de los sitiados, imponiéndoles servicio más rudo; volviendo en seguida el enojo contra la fortaleza, que había puesto en peligro su vida, y empleando toda su habilidad y atención en apoderarse de ella. Siempre en primera fila y testigo de todas las hazañas, alababa el valor y daba ejemplo. En fin, después de diversas alternativas, abrumada por las saetas de los sitiadores, fue tomada la fortaleza, merced a un esfuerzo mejor combinado, y reducida a cenizas en el acto. Conseguido este resultado, concedió al ejército algunos días de descanso, necesarios por los trabajos que había realizado y los que le quedaban que realizar, y dispuso abundante distribución de víveres. Pero ante todo, consideró prudente rodearse de profundo foso y fuerte empalizada; porque además de las salidas que podían temerse por la proximidad de Ctesifonte, podían surgir repentinamente otros muchos peligros imprevistos.

Después de esto llegamos al Naharmalcha o río de los reyes, que es un brazo artificial del río y que encontramos seco. Trajano, y después Severo, habían abierto este canal, siguiendo vasto plan y reuniendo por este medio el Eufrates y el Tigris, habían establecido comunicación directa entre los dos ríos para las naves más grandes. Comprendiendo los Persas el partido que un enemigo podía sacar de aquella obra, hacía mucho tiempo que la habían cegado. Por interés nuestro creímos conveniente abrir de nuevo aquella vía, que recibió, en cuanto estuvo despejada, un volumen de agua bastante considerable para sostener la flota en un trayecto de treinta estadios, hasta su salida al Tigris. Al mismo tiempo pasó el ejército por puentes y se dirigió a Cocha. En la opuesta orilla, rica y verde campiña cubierta de viñedos y vergeles, nos ofrecía el descanso que necesitábamos. Allí se alzaba, en medio de un bosque de cipreses, bellísima casa de recreo, cuyas paredes interiores, cubiertas con representaciones de las cacerías reales, presentaban por todas partes al monarca derribando bajo sus golpes algunos monstruos de las selvas. De esta clase son generalmente las pinturas del país, porque el arte solamente se dedica a reproducir escenas de sangre y carnicería.

Hasta entonces todo le había resultado bien a Juliano. Su valor se embravecía contra los obstáculos, y esta continuación de triunfos le inspiraban confianza próxima a la temeridad. Por orden suya, las naves más fuertes de las que llevaban las máquinas de guerra y los víveres quedaron descargadas, recibiendo cada una ochenta soldados. En seguida dividió en tres partes la flota; conservó dos bajo su mando, y confió a Víctor el de la tercera, compuesta de cinco naves, con encargo de cruzar rápidamente el río a las primeras sombras de la noche y ocupar la opuesta orilla.

Esta disposición puso en extraordinaria alarma a sus capitanes, quienes de común acuerdo le suplicaron la abandonase; pero fue inquebrantable. Las naves obedecieron; desplegaron sus

enseñas, y muy pronto desaparecieron de la vista. En el momento de abordar, las recibió una lluvia de fuego y materias combustibles, y hubiesen quedado reducidas a ceniza con los hombres que las tripulaban, a no ser por la enérgica decisión de Juliano, que, diciendo que aquellos fuegos eran la señal convenida del desembarco, excitó al resto de la flota a forzar los remos. Ejecutado este movimiento con rapidez, salvó a las cinco naves, que se acercaron a tierra sin graves daños; y el resto de las tropas, después de empeñada pelea, a pesar de las piedras y saetas de toda clase que les arrojaban desde lo alto, pudo al fin subir las laderas del río y mantenerse en ellas. Mucho se ha celebrado a Sertorio por haber atravesado a nado el Ródano, yendo completamente armado y revestido con la coraza: mucho puede decirse también de los nuestros que, por honor en esta ocasión y por seguir sus enseñas, se lanzaron sin otro apoyo que sus anchos y cóncavos escudos sobre el agua profunda y turbulenta del río, y, aunque novicios en esta maniobra, rivalizaron en cierto modo en rapidez con las naves.

Los Persas opusieron las apretadas filas de sus catafractos, cuya armadura de hierro flexible deslumbra a sus adversarios, y que montan caballos enjaezados con grueso cuero. Sus turmas se apoyaban en muchas filas de peones armados con largos escudos convexos, cuyo tejido de mimbre estaba cubierto con cuero crudo. Detrás estaban los elefantes, montañas movibles amenazándonos desde lejos con un conflicto del que ya teníamos terrible experiencia.

El Emperador por su parte adoptó el orden homérico de intercalar lo que tenía menos seguro de la infantería entre el primer cuerpo de batalla y la reserva. En efecto, si hubiese colocado al frente aquella fuerza, bastaba, retrocediendo, para acarrear la derrota del resto; dispuesta detrás, nada hubiese tenido a la espalda para contenerla. Él por su parte no cesaba de correr del frente a la retaguardia con un cuerpo de auxiliares armados a la ligera.

En cuanto los dos ejércitos se encontraron frente a frente, los romanos agitaron sus penachos, resonaron los escudos y avanzaron pausadamente, marcando el paso como en cadencia de *anapesto*. Comenzó la batalla por algunos dardos lanzados fuera de las filas, y ya del hollado suelo se alzaban torbellinos de polvo. Al sonido de la bocina se une la excitación de los gritos lanzados, según costumbre, por ambas partes. Trábanse a golpes de picas y de espadas: los nuestros estrechan de cerca al enemigo, y por lo mismo sufren menos de sus flechas. Juliano se multiplicaba, llevando socorros a donde flaqueaban y reanimando el valor que veía debilitarse. En fin, la primera línea de los Persas comenzó a retroceder poco a poco, y en seguida precipitó su retirada hacia Ctesifonte, no pudiendo resistir más el calor de sus armaduras. Los nuestros, aunque igualmente fatigados, habiendo peleado desde la mañana a la tarde bajo sol abrasador, llevaron, sin embargo, a los Persas hasta el pie de las murallas de la ciudad, donde penetraron con sus jefes, el surena, Pigrano y Narses. Los nuestros hubiesen entrado también revueltos con los fugitivos, si el duque Víctor, que había recibido una flecha en un hombro, no les hubiese gritado y mandado detener, temiendo que si traspasaban las murallas cerrasen las puertas a su espalda, quedando allí abrumados por el número.

Que la antigua poesía ensalce las hazañas de Héctor y los trofeos de Aquiles; que la historia consigne siempre el heroísmo de que dieron pruebas aquellos rayos de la guerra Sofanes y Aminia, Calimaco y Cinegiro, en el famoso conflicto de Grecia y Asia; también habrá que confesar que entre nuestros soldados tuvieron émulos en esta batalla.

Había terminado el combate, y los soldados, hollando los muertos y cubiertos de gloriosa sangre, se reunieron en torno de la tienda imperial para pagar a su jefe el tributo de admiración y gracias. Ignorábase qué celebrar más en él, si al general o al soldado. Dos mil quinientos Persas, poco más o menos, habían perecido, y nosotros no teníamos que deplorar más que a setenta de los nuestros. Juliano llamó por sus nombres a los que con más intrepidez habían peleado a su vista y distribuyó coronas según los méritos.

En aquel comienzo veía el anuncio de una serie de triunfos, y quiso hacer amplio sacrificio a Marte vengador. Pero de diez toros que llevaron, nueve (y este fue el primer pronóstico desagradable) cayeron muertos antes de llegar al altar: y el décimo, que rompió las cuerdas, costando mucho trabajo sujetarle, cuando le inmolaron, no presentó más que señales de funesto

augurio. Al ver esto encolerizóse Juliano y juró por Júpiter que no sacrificaría más a Marte. Este juramento no fue retractado, porque no tardó la muerte del Emperador.

Celebrado consejo con los principales capitanes acerca del sitio de Ctesifonte, los que conocían la plaza opinaron que sería una imprudencia y una falta, en vista de su posición inexpugnable, y la seguridad en que estaban de que muy pronto tendrían que habérselas con Sapor y un ejército formidable. Esta opinión era razonable, aprobándola el buen juicio del príncipe, que se limitó a enviar a Arintheo, con fuerza de infantería ligera, a arrebatarse las mieses y ganados de las ricas campiñas inmediatas y perseguir al mismo tiempo a los enemigos dispersos por los bosques u ocultos en parajes que ellos solos conocían. Esta expedición dio por resultado considerable botín.

El ardor de Juliano le impulsaba hacia adelante, a pesar de las opiniones contrarias. Reconvenía a sus capitanes que, por pusilanimidad, según decía, o por amor al descanso, se atrevían a aconsejarle dejar inacabada la conquista de Persia: De pronto tomó la resolución de avanzar al interior, y dejó el río a la izquierda, bajo la fe de guías muy poco seguros, dando la fatal orden de incendiar la flota. Solamente conservó diez de las naves más pequeñas, destinadas a lanzar puentes, disponiendo que le siguiesen en carretas. Creyó haber obrado acertadamente arrancando esta presa al enemigo, y pudiendo disponer por este medio de veinte mil hombres próximamente, ocupados desde el comienzo de la campaña en la maniobra o remolque de las naves.

Enterado más adelante por los murmullos, reconoció al fin lo que de suyo era evidente, esto es, que en el caso de un descalabro, la retirada hacia el río se hacía imposible por aquellas áridas llanuras y aquellas montañas que se perdían de vista. Sujetando los desertores a la tortura, confesaron entre los tormentos que habían dado informes falsos; y entonces se mandó que se corriese a apagar las llamas. Pero la conflagración había sido tan rápida, que solamente quedaban intactas doce naves, que habían podido conservarse separadas de las otras. Nos encontramos, pues, privados imprudentemente de la flota; pero a los ojos de Juliano quedaba compensado este inconveniente con la facultad de reconcentrar el ejército y obrar en adelante sin dividir las fuerzas. Avanzábase, pues, por masas compactas hacia el interior, y por todas partes se encontraba todavía abundantes provisiones.

Para privarnos de este recurso y perdernos por hambre, el enemigo puso fuego a los pastos y a las mieses, sazonadas ya. Este incendio nos detuvo, y, para esperar que terminase, tuvimos que recurrir a un campamento provisional. Entretanto los Persas nos molestaban sin cesar, en tanto con escaramuzas, dispersándose en cuanto se les hacía frente, en tanto oponiéndose en masas, con objeto de hacernos creer que el rey se les había reunido y que este refuerzo les daba valor y audacia desacostumbrados. Entonces capitanes y soldados deploraron la pérdida de las naves, que les privaba del recurso de arrojar puentes y de adelantarse a los movimientos del enemigo, cuya proximidad solamente se conocía por el lejano brillo de las armaduras. A este inconveniente se unía otro igualmente grave: no se oía hablar de los socorros ofrecidos por Arsaces, ni de la próxima llegada de los dos cuerpos avanzados.

Para dar valor a los soldados, Juliano mandó presentarles algunos prisioneros endebles y descarnados, como son casi todos los Persas y, dirigiéndose a los nuestros, dijo: «Aquí tenéis a los que los hijos de Marte consideran hombres: extenuados y deformes, cobardes a quienes tantas veces hemos visto arrojar las armas y volver la espalda sin pelear.» En seguida mandó retirar los prisioneros y reunió consejo, en el que se trabaron largos debates, mientras los soldados gritaban, sin miramiento alguno, que era necesario retroceder por donde se había venido. El príncipe rechazó enérgicamente esta opinión, uniéndose a la suya muchos votos para demostrar la imposibilidad de atravesar de nuevo aquellas inmensas llanuras donde todo estaba destruido, mieses y pastos, y donde solamente quedaban diseminadas algunas aldeas hambrientas respetadas por el incendio general. Además, todos los caminos estaban impracticables por consecuencia de la licuación de las nieves, y por todas partes la crecida de los torrentes les había hecho salir de madre. Complicaba más la situación la circunstancia de encontrarnos en la época en que el calor engendra en aquel país millones de moscas y mosquitos, cuyo vuelo llena el espacio día y noche y obscurece la luz del sol

y de las estrellas.

No ofreciendo la prudencia humana solución alguna, eleváronse altares, inmoláronse víctimas y se consultó a los dioses para saber si se debía regresar directamente por la Asiria, o dar vuelta a las montañas a cortas jornadas, para caer bruscamente sobre el Chiliocomo, que linda con la Corduena, y talarlo. El examen de las entrañas dejó indecisa la cuestión, y al fin se adoptó la idea de ocupar la Corduena a falta de cosa mejor. El diez y seis de las calendas de Julio, el ejército estaba en marcha desde la aurora, cuando se vio aparecer en el horizonte como una humareda o torbellino de polvo. Creyóse que eran piaras de asnos salvajes, cuya raza abunda en aquella comarca, y que acostumbran reunirse para defenderse de los ataques de los leones: otros opinaron que eran hordas de sarracenos, que atraía a nuestras enseñas el rumor que se había propagado del próximo asedio de Ctesifonte; pero también se propalaba la opinión de que era el ejército persa que venía a nuestro encuentro. En esta incertidumbre, y temiendo una sorpresa, se reunieron las fuerzas, y el ejército, formando el círculo, acampó tranquilamente a orillas de un arroyo, en un valle cubierto de hierba, bajo la protección de muchas líneas de escudos. Aquella cortina nebulosa estuvo a la vista hasta la tarde, sin que fuese posible averiguar lo que ocultaba.

LIBRO XXV

Los Persas atacan al ejército romano en marcha y son vigorosamente rechazados.—Faltan a los romanos pan y forrajes.—Asústase el Emperador por los prodigios.—Estrechado por los Persas, Juliano no reviste la coraza y se lanza imprudentemente en la pelea.—Hiérole una lanza.—Llevado a su tienda, exhorta a los presentes y muere después de haber bebido agua fría.—Cualidades y defectos de Juliano.—Su retrato.—Elección tumultuosa de Joviano, primicerio de los guardias.—Apresúranse los romanos a abandonar la Persia, y, en su precipitada retirada, son inquietados por los Persas y Sarracenos, a los que rechazan causándoles grandes pérdidas.—Tratado ignominioso, pero necesario con Sapor.—Impulsado Joviano por la escasez y murmuraciones del ejército, compra la paz con la entrega de cinco provincias y las ciudades de Nisiba y Singara.—Los romanos repasan el Tigris, y después de resistir largo tiempo y heroicamente los horrores del hambre, entran en Mesopotamia.—Joviano arregla como puede los asuntos de la Birla y las Galias.—El noble persa Fineses recibe de Joviano la inexpugnable plaza de Nisiba.—Expulsados los habitantes, se retiran a Amida.—Entregan también a los Persas, en conformidad con el tratado, cinco provincias, con la ciudad de Singara y diez y seis fuertes.—Temiendo Joviano sublevaciones, recorre apresuradamente la Siria, la Cilicia, la Capadocia y la Galacia.—Toma en Ancira el consulado con su hijo Verroniano, que todavía era niño.—Repentina muerte le arrebató poco después en Dadastena.

Ni una estrella brillaba en el cielo aquella noche, que, como acontece en circunstancias graves, pasamos en pie. Al amanecer, el reflejo de armas y armaduras nos anunció la presencia del ejército real. Al verle, ardían nuestros soldados en deseos de venir a las manos con él; pero el Emperador prohibió cruzar el arroyo que corría entre nosotros y el enemigo. Sin embargo, al otro lado de esta barrera se trabó empeñada pelea entre nuestros exploradores y los de los Persas, pereciendo en ella Machameo, jefe de un cuerpo nuestro. Su hermano Mauro, que después fue duque de Fenicia, se lanzó ante su cuerpo, mató al que le había herido, y, derribando cuanto se encontraba a su paso, tuvo bastante fuerza, aunque herido por una flecha en el hombro, para sacar de en medio de los combatientes a aquel hermano querido, cubierto ya con la palidez de la muerte.

Sucumbiendo al fin bajo el calor y la fatiga del combate, las turmas enemigas quedaron derrotadas: y en un movimiento de retirada que hicimos entonces, los Sarracenos, que se habían dispersado ante nuestra infantería, intentaron, mezclándose con los Persas, arrebatarnos nuestros bagajes; pero a la vista del Emperador, se replegaron sobre la caballería que había de sostenerles. Después de este combate llegamos a un pueblo llamado Hucumbra, donde encontramos víveres de toda especie en mayor cantidad que deseábamos; y después de pasar dos días reponiéndonos, quemarnos todo lo que no pudimos llevar.

A la mañana siguiente continuaba el ejército con más tranquilidad su marcha, cuando los Persas cayeron de improviso sobre nuestra retaguardia, y fácilmente la hubiesen derrotado, a no ser porque, desembocando muy oportunamente de un valle fuerza de caballería nuestra, rechazó la acometida, poniendo a muchos fuera de combate. En esta escaramuza pereció un noble sátrapa, llamado Adaces, encargado anteriormente de una misión cerca del emperador Constancio y recibido por este príncipe con mucho agasajo. El que le mató presentó su despojo a Juliano, que le recompensó honrosamente. En este mismo día las legiones presentaron acusación contra el cuerpo de caballería unido a la tercera, por haberse separado insensiblemente en el momento en que se lanzaban contra el enemigo, lo que debilitó el efecto del ataque. Justamente indignado el Emperador, quitó a aquel cuerpo las enseñas, mandó romper las lanzas de los jinetes y les condenó a marchar con los bagajes y prisioneros. Su jefe, único que se portó bien, recibió el mando de otra turma, en el puesto de un tribuno convicto de haber vuelto vergonzosamente la espalda. A cuatro tribunos de los auxiliares, culpables de igual cobardía, se les degradó; perdonándoles Juliano pena

más severa, en consideración a las circunstancias en que se encontraban.

Cuando avanzó el ejército setenta estadios más, se encontraba al final de sus recursos, y todos los pastos y mieses estaban ardiendo. Apresuróse cada cual a disputar la presa a las llamas y a llevarse lo que podía cargar. Al dejar estos parajes, llegamos a una comarca llamada Maranga, donde desde el amanecer tuvimos a la vista los Persas, que venían hacia nosotros en número formidable, bajo el mando del Marena o jefe supremo de la caballería, acompañado por dos hijos del rey y muchos magnates. Todo aquel ejército era una mole de hierro. Desde la cabeza a los pies estaban cubiertos los soldados por láminas de este metal, ingeniosamente ajustadas para permitir la libertad de movimientos y el juego de las articulaciones. Añadid a estas armaduras cascos que simulaban por delante caras humanas y que no tenían aberturas más que para ver y respirar; únicos puntos vulnerables en aquellos cuerpos completamente cubiertos. Sus lanceros permanecían inmóviles y como unidos entre sí por anillos de bronce. Cerca de ellos, los arqueros tendían con una mano el arco nacional y aseguraban la dirección de la flecha, que en todo tiempo formó la fuerza de sus ejércitos, y con la otra, atrayendo fuertemente la cuerda al nivel de la tetilla derecha, disparaban ruidosamente aquellos dardos silbantes que llevaban a lo lejos la muerte. Detrás de éstos venían los elefantes con la trompa levantada, enseñando sus horribles bocas abiertas. Su presencia solamente helaba los corazones y los caballos se espantaban de sus gritos y del olor que exhalan. Desde la derrota de Nisiba, donde los elefantes se volvieron contra sus propias falanges, aplastándolas en su fuga, para evitar se reprodujese aquel desastre, todos los conductores llevaban, atados a la muñeca derecha, largos cuchillos con mango, dispuestos, si el animal se enfurecía hasta el punto de no poder dominarlo, a clavarlo con toda su fuerza en la articulación de la última vértebra, siguiendo el ejemplo de Asdrúbal, hermano de Aníbal, que demostró no necesitarse más para dar muerte a estos monstruos.

Juliano contempló un momento aquel formidable aparato; y en seguida, con intrépido corazón, corrió, rodeado de los magnates y seguido por su escolta, a ordenar su ejército en batalla. Para compensar la desproporción del número, adoptó la disposición en media luna, alargando en parte las alas; y, temiendo que los arqueros persas introdujesen el desorden en sus filas si les dejaba la iniciativa del ataque, avanzó con rapidez que neutralizó el efecto de sus armas. Dada la señal, los peones romanos cayeron en apretadas filas sobre las compactas masas de los Persas y rompieron sus primeras líneas. Activóse la pelea, oyéndose sin interrupción el choque de los escudos, mezclado con el siniestro silbido de las flechas y los gritos de los combatientes. Cúbrese el suelo de sangre y cadáveres, principalmente por el lado de los Persas, que de cerca pelean débilmente, defendiéndose mal cuerpo a cuerpo; porque su táctica es mantenerse a distancia, ceder terreno a la menor desventaja, y lanzar en la fuga nubes de flechas que matan a los que los persiguen. Los Persas fueron, pues, vigorosamente rechazados, y los nuestros regresaron a sus tiendas al toque de retirada, fatigados por haber peleado todo el día bajo un sol ardiente, pero animados por el éxito y preparados para los mayores esfuerzos.

Hemos dicho que en este combate experimentaron los Persas grandes pérdidas: las nuestras fueron muy cortas, aunque tuvimos que deplorar en la primera línea al intrépido Vetranión, que mandaba la legión Zianiana.

En seguida hubo tres días de descanso, que se aprovecharon para curar las heridas; pero había cesado la distribución de víveres y experimentábamos ya los apuros de la escasez. Hombres y bestias estaban reducidos a la inanición por el incendio de los pastos y de las mieses. La mayor parte de las provisiones destinadas al uso particular de los tribunos y de los condes, que se hacían llevar en bestias de carga, fueron distribuidas a los pobres soldados, que carecían de tales reservas. En cuanto al Emperador, que no tenía comida real, y que bajo el débil abrigo de su tienda cenaba un plato de polenta que habría rechazado un criado del ejército, olvidaba sus propias necesidades y dejaba para los más pobres lo que se conseguía recoger para su mesa.

Una noche en que, después de algunas horas de sueño inquieto e interrumpido, a ejemplo de Julio César, había dado treguas al descanso para escribir en la tienda, y se ocupaba en meditar sobre

algún punto filosófico, vio, según dijo después a sus amigos, el genio del Imperio, pero muy diferente de como era cuando apareció a Julio César en la época de su advenimiento en las Galias. Su aspecto era triste; un velo cubría su cabeza y su cuerno de la abundancia, y no hizo más que cruzar silenciosamente la tienda. El Emperador quedó turbado por un momento; pero su ánimo, inaccesible al temor, se entregó en seguida a los decretos del destino. Aunque todavía era de noche, abandonó el lecho para conjurar con un sacrificio las desgracias que parecían amenazarle, cuando un rastro de luz, parecido a la caída de una antorcha encendida, surcó el aire y desapareció en seguida. Esto estremeció a Juliano, pensando que era la estrella de Marte que se mostraba bajo aquel aspecto siniestro.

No era sin embargo otra cosa que el meteoro llamado en griego διαίσσοινα (que pasa pronto), que en realidad no cae ni toca jamás a la tierra: porque es locura e impiedad creer posible la caída de un cuerpo celeste. Diferentes causas producen este fenómeno; bastará exponer algunas. En tanto es alguna chispa escapada al fuego del éter y que se extingue cuando le falta fuerza para avanzar más; en tanto es el efecto de la radiación de la luz sobre la densidad de la nube, o de su adherencia casual a sus costados: esta luz toma la forma de una estrella, cuya carrera dura tanto cuanto la alimenta la materia ígnea, y que, perdida muy pronto en el espacio, se disuelve y absorbe en la misma substancia cuyo frotamiento la hizo inflamarse.

Antes de amanecer llamó Juliano a los arúspices etruscos y les consultó acerca de la significación de aquel fenómeno, contestándole éstos que debía aplazarse todo proyecto. Apoyábanse en la autoridad del libro de Tarquicio, en el capítulo *De rebus divinis*, que recomienda, en caso de aparición de un meteoro en el cielo, abstenerse de librar combate o de realizar cualquier acto de guerra. Y como Juliano, escéptico en muchas ocasiones, no hacía caso alguno de sus opiniones, le suplicaron que al menos suspendiese la marcha por algunas horas. Pero tampoco accedió el Emperador a esto, haciéndose de pronto refractario al arte de la adivinación; así fue que se levantó el campo al amanecer.

Desde este momento los Persas, a quienes sus precedentes descalabros habían enseñado a temer a la infantería romana formada en batalla, no hicieron más que observar nuestra marcha, acechando desde las alturas el momento de sorprendernos. Esta maniobra inquietó a los soldados, impidiéndoles atrincherarse en todo el día, y no haciéndose otra cosa que reforzar los flancos, y marchar por cuadros; orden que, según los accidentes del terreno, solía dejar huecos entre ellos. De pronto anuncian a Juliano, que, sin haber tenido tiempo de armarse, practicaba un reconocimiento por la vanguardia, que atacaban a la retaguardia. En el apresuramiento coge el primer escudo a mano, olvidando ceñirse la coraza, y acude al punto del combate. Pero en el camino sabe que la vanguardia, de la que acababa de separarse, está igualmente comprometida: acude en seguida, despreciando su propio peligro, para ordenar las cosas, cuando una nube de catafractos Persas cae sobre el flanco del ejército, rebasa nuestra ala derecha, que cede y se encarniza a lanzazos y flechazos sobre los nuestros, quebrantados ya por los gritos y el olor de los elefantes.

Sin embargo, la presencia del príncipe, que se esfuerza en hacer frente al peligro en todas partes, provoca el ardimiento en nuestra infantería ligera, que, cogiendo a los Persas por la espalda, destroza a los hombres y corta los jarretes a los elefantes. Los gritos y ademanes de Juliano, que señala a los suyos aquella ventaja, les animan a continuarla; él mismo da ejemplo con un ardor que le hace olvidar que pelea desarmado. Acuden sus guardias, que también habían cedido al principio, le gritan que desconfíe de aquella masa de fugitivos como de un edificio que se derrumba, cuando una pica de jinete, lanzada por mano desconocida, rozándole ligeramente un brazo, se le clava en el costado penetrando en el hígado. Juliano no puede arrancarse el dardo, cuyo hierro de doble filo le corta los dedos, y cae del caballo. Rodéanle, le levantan, le trasladan al campamento y se le aplican en el acto los socorros del arte.

En cuanto calmó algo el dolor, vuelto Juliano en sí, pidió un caballo y sus armas: su ánimo valeroso lucha todavía con la muerte. Quiere volver al combate y devolver a los suyos la confianza, o al menos demostrar, con un acto de abnegación personal, su profundo interés por el soldado. Con

igual valor, pero con preocupación muy diferente, el famoso Epaminondas, herido mortalmente en Mantinea, preguntaba con inquietud por la suerte de su escudo. La muerte le pareció dulce desde que le presentaron aquella arma, porque solamente la idea de haberla perdido perturbaba aquel ánimo, al que no podía conmover la proximidad de la muerte. Pero las fuerzas de Juliano no correspondían a su ardor; corría abundantemente su sangre, y tuvo que permanecer allí: hasta la misma esperanza de vivir se extinguió en él, cuando, a petición suya, le dijeron que el punto en que había caído se llamaba Frigia: porque, según una predicción, Frigia se llamaba el punto donde le esperaba la muerte.

Imposible describir el dolor y deseo de venganza que se apoderó de los soldados a la vista de su príncipe que llevaban al campamento. Corrían al enemigo, clavando las picas en sus escudos como decididos a morir. Ciegos por el polvo, extenuados por el calor, sin jefe para guiarles, todos se lanzaban como por instinto ante el hierro de los Persas; quienes, por su parte, multiplicaban el disparo de flechas hasta formar una nube entre ellos y los romanos. Delante de sus líneas avanzaban lentamente los monstruosos elefantes con la cabeza empenachada, aterrando con su solo aspecto a los caballos y hasta a los hombres. Solamente se oía a lo lejos el confuso ruido de combatientes que chocaban entre sí, de moribundos que gemían, de caballos que relinchaban; este espantoso rumor no cesó hasta que estuvieron cansados de matar, y llegó la noche tendiendo su velo entre los dos bandos. En este combate perecieron cincuenta sátrapas o grandes dignatarios y multitud de soldados, quedando entre los muertos los famosos generales el Merena y Nohodares. Que la antigüedad celebre con grandilocuencia los veinte combates de Marcelo, añada las numerosas coronas militares de Sicinio Dentato y prodigue, en fin, su admiración a aquel Sergio que, según se dice, recibió en diferentes combates veintitrés heridas; gloria manchada y hollada para siempre por Catilina, último heredero de este nombre. Pero nuestra ventaja estaba contrabalanceada por sensibles pérdidas. Después de la retirada del Emperador, cayó muerto en el ala derecha, que retrocedía, Anatolio, maestro de los oficios. Al lado del prefecto Salustio pereció su consejero Soforo, y él mismo se libró de la muerte por el auxilio de su aparitor, que le sacó del combate. Parte de los nuestros, reducidos al último extremo, consiguieron refugiarse en un fuertecillo inmediato, y pudieron reunirse al ejército tres días después.

Mientras ocurrían estas cosas, Juliano, acostado en su tienda, hablaba de esta manera a los que, entristecidos, le rodeaban: «Ha llegado el momento, amigos míos; la naturaleza exige el tributo, aunque demasiado pronto tal vez; pero como deudor leal, me apresuro a pagar, sin experimentar, como podría creerse, abatimiento ni tristeza. La filosofía me ha enseñado a reconocer la superioridad del alma sobre el cuerpo; y, cambiando mi condición por otra mejor, antes debo regocijarme que entristecerme. Morir joven es favor que algunas veces conceden los dioses en recompensa de elevadas virtudes. Tampoco olvido la misión que me fue confiada, misión de lucha y de enérgica perseverancia, en la que jamás flaqueará mi valor; porque sé por experiencia que el mal solamente abruma al débil. El fuerte sabe triunfar. Mi conciencia recuerda con igual serenidad, la humillación y el destierro, la grandeza y el poder. He recibido el principado como herencia a que me llamaba el cielo, y creo no haber abusado de él. Moderado en el interior, jamás mi gobierno declaró o aceptó la guerra sin maduras reflexiones. Pero los resultados no corresponden siempre a los planes mejor concebidos, perteneciendo su ordenación a las potencias del cielo solamente. Convencido de que el bienestar de los que obedecen es el único fin legítimo del poder, he procurado, como sabéis, dulcificar su ejercicio, y he rechazado lejos de mí esa licencia corruptora de las costumbres del príncipe y atentatorias a la fortuna pública. Siempre que ha reclamado mi concurso la salud del Estado, dispuesto me ha encontrado su imperioso llamamiento. He arrojado los peligros más evidentes, y hollado el temor, como aquel para quien el peligro es una costumbre. Confieso, sin avergonzarme, que hace mucho tiempo se me había anunciado que terminaría mi vida por el hierro; y doy gracias a la suprema divinidad de que no me coja la muerte por traición, o por largos padecimientos de enfermedad, o por mano del verdugo, sino bajo la forma de gloriosa liberación después de noble carrera. Con razón se dice que se muestra igual debilidad de ánimo

provocando la muerte antes de tiempo, como evitándola cuando llegá, el momento. Me falta fuerza para continuar. De intento callo acerca de la elección de mi sucesor: temo que mi designación no recayese en el más digno; a que, no siendo ratificada mi preferencia, llegase a ser perjudicial a quien la mereciera. Pero como verdadero hijo de la patria deseo ardientemente que el ejército encuentre un buen jefe después de mí.»

Dicho esto, con igual serenidad dividió por testamento su fortuna privada entre sus amigos más íntimos, y en seguida preguntó por Anatolio, maestre de los oficios. Habiéndole contestado el prefecto Salustio que era feliz, comprendió que no existía y deploró con amargura aquella muerte, cuando contemplaba la suya con tanta indiferencia. Todos los presentes lloraban; pero Juliano les dijo que no debía llorarse al que marchaba al cielo a tomar puesto entre los astros; y esta reprensión, hecha con acento de amo, les impuso silencio. Entonces tuvo grave conversación con los filósofos Máximo y Prisco acerca de la sublimidad del alma; pero abrióse de nuevo su herida, y haciéndosele difícil la respiración por efecto de la hinchazón de las arterias, pidió agua fresca, que bebió: hecho esto, expiró sin agonía, cerca de la media noche, a los treinta y un años de edad. Había nacido en Constantinopla: huérfano desde la infancia, había perdido a su padre en medio de aquella proscripción general que atrajo la muerte de Constantino sobre todos aquellos que tenían derecho a la sucesión: y mucho tiempo antes había perdido a su madre Basilina, nacida de antigua e ilustre familia.

Merece Juliano que se le cuente entre los varones más grandes por sus elevadas cualidades y hazañas que realizó. Los moralistas admiten cuatro virtudes principales: la castidad, la prudencia, la justicia y el valor; y cuatro accesorias, en cierta manera exteriores al alma: el talento militar, la autoridad, la fortuna y la liberalidad. Juliano dedicó su vida a adquirirlas todas.

En primer lugar era casto hasta el punto de que, desde el momento en que perdió a su esposa, prescindió por completo de mujer. Incesantemente recordaba las palabras que Platón pone en boca de Sófocles el trágico. Preguntado en su ancianidad si existía todavía en él la pasión por las mujeres, el poeta respondió que no, añadiendo que se felicitaba por haber sacudido el yugo de la tiranía más violenta e inexorable. Para confirmarse más en esta regla de conducta, complacíase Juliano en repetir este pasaje del poeta lírico Bacchilides, al que leía con sumo agrado: «La castidad en las personas elevadas es un barniz tan agradable como aquel con que el pintor embellece los rasgos de sus figuras.» Hasta en el vigor de la edad supo precaverse tan bien de toda tentación de este género, que los criados más inmediatos a su persona, jamás sospecharon, como muchas veces sucede, que sucumbiese alguna vez.

Favorecía mucho esta continencia la restricción que se imponía en la alimentación y el sueño, y que observaba en su palacio lo mismo que en el campamento. Asombraba ver a lo que se reducía la comida del Emperador, tanto en calidad como en cantidad. Con fundamento podía temerse que se le vería tomar de nuevo el manto de filósofo. No era cosa rara que en campaña comiese de pie como los soldados, no siendo su comida menos sencilla ni frugal. En cuanto corto sueño había reparado las fuerzas de su cuerpo endurecido en la fatiga, levantábase e iba a vigilar personalmente guardias y centinelas, regresando en seguida para entregarse a profundas y sabias meditaciones. Y si las antorchas nocturnas, testigos de sus vigilias, hubiesen podido hablar, sabríase hasta qué punto se diferenciaba de otros príncipes el que ni siquiera obedecía a las exigencias de la naturaleza.

Algunos rasgos bastarán para dar idea de la extensión de su inteligencia, Poseía en alto grado el arte de gobernar y hacer la guerra. Gustaba de mostrarse afable, no guardando más reserva que la necesaria para ser respetado. Joven por la edad, era ya viejo por las virtudes. Era apasionado por las ciencias y juez irrecusable en casi todas. Censor rígido de las costumbres, aunque dulce por carácter, despreciador de las riquezas y de todo lo perecedero, su máxima favorita era que el sabio debe ocuparse del alma sin cuidarse del cuerpo.

Brilló por sus elevadas cualidades en la administración de justicia, y, según las circunstancias y las personas, supo hacerla aparecer terrible sin crueldad. Algunos ejemplos bastaron para reprimir los desórdenes. Más bien enseñaba la espada que hería. Conocida es la moderación con que castigó

a sus enemigos personales que habían conspirado abiertamente contra él, y cómo mitigó con su natural bondad los castigos que merecían.

Numerosas campañas y multitud de combates atestiguan su valor en la guerra, así como su aptitud para soportar los rigores del frío y del calor. El soldado vale por el cuerpo y el general por la cabeza. Pero a Juliano se le vio pelear cuerpo a cuerpo, derribar con sus golpes adversarios formidables, y formar a los suyos que retrocedían, muralla con su pecho. En el dominado suelo de Germania, bajo el sol abrasador de la Persia, su presencia entre los primeros daba brío a su ejército. De sus conocimientos militares existen notorias y multiplicadas pruebas: ciudades y fortalezas tomadas en las condiciones más difíciles y peligrosas, disposición de batallas tan sabia como variada, atinada elección de campamentos como seguridad y salubridad, inteligente disposición de avanzadas y líneas de defensa. Tanta influencia tenía sobre los soldados, que, si bien intimidados por su rigor en achaques de disciplina, le querían como a un compañero. Le hemos visto, no siendo más que César, hacerles afrontar, sin sueldo, la ferocidad de los bárbaros, y, con la sola amenaza de su renuncia, reducir al orden una multitud descontenta y armada. Y por decirlo todo de una vez, bastóle una sencilla exhortación a los soldados de las Galias, acostumbrados a las nieblas y al cielo de las orillas del Rhin, para llevarles por tantas comarcas lejanas hasta el suelo abrasador de la Asiria y las fronteras de los Medos.

Por mucho tiempo fue dichoso, como lo demuestran las inmensas dificultades que venció, guiándole la misma fortuna, por decirlo así, favorable entonces a sus empresas: y como lo demuestra también, después que abandonó el Occidente, aquella inmovilidad en que, como por efecto de un sortilegio, permanecieron hasta su muerte las naciones bárbaras.

Multitud de hechos acreditan su liberalidad. En achaque de impuestos, ningún príncipe fue tan generoso. Moderó las ofrendas de coronas de oro; perdonó los atrasos acumulados; fue imparcial en las cuestiones entre el fisco y el contribuyente; restituyó a las ciudades la percepción de las rentas municipales y también sus propiedades rústicas, exceptuando las enajenaciones realizadas en los reinados anteriores. En fin, jamás se le vio cuidadoso por acumular en su tesoro dinero que creía mejor colocado en los bolsillos particulares, diciendo algunas veces: «Alejandro el Grande contestaba cuando querían saber dónde estaba su tesoro: En casa de mis amigos.»

Después de haber hablado de sus buenas cualidades, pasemos a sus defectos, a pesar de que ya hemos dicho algo de ellos. No estaba exento de ligereza, pero en cambio permitía que le reconviniesen cuando no tenía razón. Hablaba demasiado y no conocía el valor del silencio. Abusaba de la adivinación, yendo tan lejos como el emperador Adriano en esta materia. En su culto había más superstición que religión verdadera. Era tan grande el consumo de bueyes que ocasionaban sus sacrificios, que se decía llegarían a faltar si regresaba de su expedición a Persia, pudiéndosele aplicar el chiste que se hizo acerca de Marco Aurelio, siendo César: «A Marco César los bueyes blancos: “Concluimos si vuelves vencedor”.» Era excesivamente aficionado a la lisonja; por la menor ventaja se exaltaba su vanidad, y no resistía entablar conversación con cualquiera por simple deseo de popularidad.

A pesar de estos defectos, podría repetirse con él que su reinado iba a traer de nuevo la justicia a la tierra, alejada, según la ficción de Arato, por los vicios de los hombres; y el elogio sería completamente verdadero, si algunas arbitrariedades no contradijesen la estricta equidad, regla ordinaria de su conducta. Por punto general sus leyes están exentas del estrecho despotismo que viola la libertad natural. Pero en este elogio hay que hacer excepciones, siendo una de ellas la tiránica prohibición de enseñar, impuesta a los retóricos y gramáticos que profesaban el cristianismo, a menos que abjurasen su culto. También constituye intolerable abuso de poder la obligación de pertenecer al orden municipal, impuesta a muchas personas que gozaban del beneficio de exención por su cualidad de extranjeros, por privilegio o por nacimiento.

En cuanto a su exterior, tenía mediana estatura, el cabello liso como si acabase de peinarlo, la barba espesa, áspera y puntiaguda. Sus ojos eran hermosos, y el fuego con que brillaban revelaba un espíritu que se sentía encerrado en paraje estrecho. Tenía bien dibujadas las cejas, la nariz recta, la

boca algo grande, prominente el labio inferior, el cuello grueso e inclinado, anchos los hombros y desarrollado el pecho. Todo su cuerpo, de la cabeza a los pies, presentaba proporciones exactas, por cuya razón era vigoroso y ágil en la carrera.

Sus detractores le acusan de haber atraído sobre su país los apuros de la guerra; pero en realidad no se le debe atribuir el origen de la guerra con los Persas, sino a Constancio, que, por avidez, como antes demostramos, creyó demasiado en las mentiras de Metrodoro. Este príncipe es, pues, el responsable de la destrucción de nuestros ejércitos, de los que cuerpos enteros rindieron las armas, del saqueo de nuestras ciudades, de la demolición de nuestras fortalezas, de la extenuación de nuestras provincias, y, en fin, de la realización muy probable de aquella amenaza del enemigo de llevar la guerra hasta Bitinia y las playas de la Propóntida. La Galia la encontró Juliano con una guerra, antigua ya, encarnizándose cada día más: nuestras provincias eran presa de los germanos; los Alpes, muy pronto atravesados, iban a abrir la Italia a sus estragos; por todas partes desolación y ruina, heridas sangrientas y en perspectiva, males más terribles aún. En socorro del Occidente se envía a un joven adornado con vano título. Llega, y todo queda reparado, y los reyes enemigos le obedecen como esclavos. La idea de levantar de igual manera al Oriente le llevó a hacer la guerra a los Persas, y sin duda hubiese alcanzado un nombre y trofeos si el favor del cielo hubiese acompañado a su valor y excelentes planes. Y cuando se ve a tantos náufragos volver a arriesgarse en el mar, a tantos vencidos tentar de nuevo la fortuna en los combates y exponerse de buena voluntad a pruebas que ya les han sido fatales, no es posible censurar a un príncipe victorioso siempre por acudir una vez más en busca de la victoria.

No había tiempo para llantos y lamentos. El cadáver recibió solamente, por razón de las circunstancias, los cuidados que reclamaba su traslación al punto donde había de ser enterrado, elegido por el mismo príncipe difunto. Y al siguiente día, cinco de las calendas de Julio, mientras los Persas rodeaban al ejército por todos lados, los jefes, después de convocar a los tribunos de las legiones y de la caballería, se reunieron para deliberar acerca de la elección de emperador. En el primer momento verificóse violenta excisión. Arintheo, Víctor y otros capitanes del antiguo ejército de Constancio, querían que se eligiese en sus filas; mientras que Nevita, Degalaifo, con los demás capitanes galos, insistían en que la elección recayese en uno de ellos. Prolongábase el debate, porque ninguno de los dos bandos quería ceder, cuando se pusieron de acuerdo para dar todos los votos a Salustio, quien se excusó con su edad y achaques; y como persistía inquebrantable en su negativa, un capitán distinguido dijo: «¿Qué habría hecho cada uno de vosotros si el Emperador, como muchas veces ha ocurrido, le hubiese encargado en su ausencia la dirección de la guerra? ¿No pensaría, prescindiendo de toda consideración extraña, en sacar a nuestros soldados de la crítica posición en que se encuentran? Esto es lo que hay que conseguir: y si logramos volver a la Mesopotamia, entonces los votos reunidos de los dos ejércitos elegirán al Emperador legítimo.»

Durante estos cortos momentos de natural vacilación, ocurrió que algunos impacientes, mientras se deliberaba, eligieron tumultuosamente a Joviano, jefe de los guardias, cuyos únicos títulos eran los servicios de su padre, siendo muy mediana la recomendación. Joviano era hijo del conde Versoniano, que hacía poca tiempo había dejado la carrera militar para entregarse a tranquila vida. Revestido ya Joviano con los ornamentos imperiales, había salido de su tienda y recorría las filas del ejército, dispuesto a ponerse en marcha. Las líneas se extendían en el espacio de cuatro millas; y por esta razón los soldados, colocados delante de las enseñas, oyendo saludar a Joviano Augusto, repitieron el grito con todas sus fuerzas, porque, engañados con la semejanza de los nombres, que solamente se diferencian en una letra, creyeron que se les devolvía a Juliano y que era él a quien se le recibía con el acostumbrado entusiasmo. Pero al ver avanzar la larga figura inclinada de Joviano, comprendióse la triste verdad y hubo una explosión de lágrimas y sollozos. Una elección hecha en tales circunstancias, no podía juzgarse con mucha escrupulosidad; porque esto valdría tanto como censurar a marineros que, habiendo perdido un hábil piloto zumbando la tempestad, entregasen el timón a aquel de entre ellos que aceptase la responsabilidad de la salvación común. Apenas había hecho esta elección el capricho de la fortuna, cuando el signífero de los

Jovianos, que por mucho tiempo había mandado Verroniano, huyó al campamento de los Persas. Este hombre había tenido altercados con Joviano, entonces igual suyo, que estaba muy ofendido por sus inconvenientes palabras contra su padre, y tuvo miedo al resentimiento de un enemigo que había llegado al rango supremo. Admitido a la presencia de Sapor, que se encontraba a corta distancia, le dijo que aquel a quien tanto temía no existía ya, y que un tumulto de criados del ejército había elegido a Joviano, simple protector, hombre sin alcances ni energía, un fantasma de Emperador. Al enterarse Sapor de la noticia, que colmaba su deseo más ardiente, se apresuró a reforzar con respetable cuerpo de caballería de sus fuerzas de reserva las tropas que habían combatido contra nosotros, y mandó atacar con viveza a nuestra retaguardia.

Tal era el estado de las cosas por ambas partes. Consultóse en interés de Joviano las entrañas de las víctimas, siendo la respuesta que se perdería infaliblemente si, como había dicho, esperaba al enemigo detrás de una empalizada, pero que conseguiría ventaja en campo raso. Comenzaron, pues, a ponerse en marcha. En seguida atacaron los Persas con los elefantes, que iban al frente. Al pronto los gritos y el aspecto de estos animales espantan nuestros caballos y hasta los jinetes. Sin embargo, los Jovianos y Herculianos mataron algunos y resistieron a los catafractos. Al ver el peligro de sus compañeros, acudieron los Jovios y Victorios, que mataron dos elefantes e hicieron terrible carnicería en los Persas. Por nuestra parte perdimos en el ala izquierda tres varones de gran valía, Juliano, Macrobio y Máximo, tribunos de las mejores legiones del ejército. A éstos se les tributaron los últimos honores lo mejor que permitieron las circunstancias. Como se acercaba la noche, apresuramos el paso para llegar a un fuerte llamado Sumera; y en el camino reconocimos el cadáver de Anatolio, enterrándole apresuradamente. Allí se nos reunieron sesenta soldados y algunos guardias que, como dijimos antes, se habían refugiado en el fuerte Vaccatum.

A la mañana siguiente acampamos en un valle en forma de embudo, que no tenía más que una salida, formando en derredor las montañas como una muralla natural, a la que añadimos un refuerzo de estacas aguzadas como puntas de espadas. Viéndonos tan bien atrincherados, el enemigo, que ocupaba los desfiladeros, se contentó con enviarnos desde allí nubes de saetas de todas clases, al mismo tiempo que nos colmaba de improperios, llamándonos traidores y asesinos del príncipe más digno de estimación; porque algunos desertores les habían repetido el vago rumor que había corrido de que el arma que hirió a Juliano la lanzó mano romana. Dos turmas enemigas se atrevieron a forzar la puerta pretoriana y a penetrar hasta la tienda de Joviano; pero las rechazaron vigorosamente, matando o hiriendo a muchos.

Al salir de este campamento ocupamos a la noche siguiente a Charcha, donde, gracias a la destrucción de las fortificaciones de que en otro tiempo estaba guarnecida la orilla del río para cerrar la Asiria a los sarracenos, no tuvimos que soportar ningún insulto. El día de las calendas de Julio, después de recorrer treinta estadios, nos acercábamos a una ciudad llamada Dura, cuando los conductores de nuestros bagajes, que naturalmente se encontraban a retaguardia, y a quienes el cansancio de las bestias obligaba a caminar a pie, se vieron repentinamente envueltos por una nube de sarracenos, que habrían dado cuenta de ellos, si algunas turmas ligeras de los nuestros no hubiesen acudido rápidamente a libertarlos. Los sarracenos se habían vuelto contra nosotros desde la retirada de subsidios y tributos a que antes estaban acostumbrados. Cuando se quejaron a Juliano, no obtuvieron más que esta respuesta. «Un príncipe guerrero y vigilante no tiene en la mano oro, sino hierro.»

Con interminables escaramuzas nos retuvieron los Persas en aquella comarca cuatro días, obligándonos continuamente a regresos ofensivos en cuanto nos veían en marcha, y replegándose en cuanto presentábamos batalla. En las circunstancias desesperadas fácilmente se aceptan las ilusiones. Había corrido el rumor de que estábamos cerca de nuestras fronteras, y el ejército pedía a gritos repasar el Tigris. El Emperador lo negó terminantemente, apoyado en la opinión de todos los jefes; y mostrando a los soldados el río hinchado con la crecida de la canícula, les exhortó para que no se arriesgasen en aquella peligrosa tentativa. Considerable número, decía, no sabían nadar, y además, el enemigo ocupaba con muchas fuerzas las dos orillas. Pero en vano multiplicaba las

observaciones; no por esto cedían en su obstinación, mostrándose la impaciencia del ejército con gritos furiosos y amenazando llegar a los últimos extremos. Concluyóse por ceder, y se mandó a los galos y germanos del Norte que entrasen los primeros en el río, calculando que, si les arrastraba, la corriente, su desastre serviría de lección a la tenacidad de los otros, y que sería presagio favorable al paso si llegaban sanos y salvos a la otra orilla. Eligióse, pues, a los más hábiles en este género de ejercicio, aquellos para quienes era costumbre desde la infancia atravesar los inmensos ríos de su país natal, formando esto parte de su educación. A favor de la obscuridad de la noche se lanzaron todos, a una señal dada, en medio de las aguas, y llegaron a la otra orilla más pronto de lo que se esperaba. Desde allí, arrastrándose sobre el vientre hacia algunas guardias enemigas que se habían dormido en vez de vigilar, hicieron estragos en ellas, apresurándose en seguida a alzar las manos agitando paños enrollados de sus vestidos en señal de su audaz empresa. Viose desde lejos la señal, y el ejército ardió en deseos de reunírseles; pero fue necesario esperar, porque los arquitectos habían ofrecido establecer un puente con odres y cueros de bueyes, y la construcción experimentaba retrasos.

En medio de tantos esfuerzos vanos, el rey Sapor, que, de lejos o de cerca, constantemente se encontraba bien informado por sus exploradores o los desertores, no ignoraba ninguna hazaña de nuestros soldados, la espantosa matanza de sus tropas ni la destrucción de sus elefantes, destrucción tal, que no recordaba haber experimentado otra parecida. Comenzaba a convencerse de que el ejército romano no había hecho más que aguerrirse con tantos combates y fatigas; que desde la muerte de su glorioso jefe no pensaba en la salvación, sino en la venganza y en concluir con las dificultades que le rodeaban con una victoria decisiva o con una catástrofe sublime. También hacía una reflexión alarmante: numerosas fuerzas estaban diseminadas en nuestras provincias, bastando una señal para reunir las. Por experiencia sabía el efecto que producían en Persia tamaños desastres en el espíritu de las poblaciones. Teníamos además en Mesopotamia una reserva casi tan importante como nuestro ejército principal: pero le impresionaba especialmente aquel paso del río, impunemente realizado a pesar de la crecida de las aguas, por quinientos nadadores que, después de degollar las guardias encargadas de impedirlo, invitaban desde la otra orilla a sus compañeros a que imitasen su audaz empresa.

Por nuestra parte, perdimos lamentablemente dos días luchando contra la violencia de las aguas para establecer el puente, consumiendo los escasos víveres que nos quedaban. Exasperado por el hambre, el soldado solamente pedía morir por el hierro, para escapar a este innoble suplicio.

Pero el numen eterno del Dios celestial estaba por nosotros. Los Persas, tomando contra toda esperanza la iniciativa de las proposiciones pacíficas, nos enviaron por negociador al Surena y a otro magnate del reino. Ellos también perdían valor al considerar la superioridad de las armas romanas, que se señalaban diariamente con alguna ventaja notable. Pero sus condiciones eran duras y sus palabras capciosas: «Su clementísimo rey, decían, permitiría por humanidad al resto del ejército retirarse, si el César, de acuerdo con sus capitanes, aceptaba sus condiciones.» Por nuestra parte enviarnos al prefecto Salustio y a Arintheo: y en estas interminables conferencias transcurrieron cuatro días de inacción y de tormentos. No se hubiese necesitado más, si el príncipe hubiese sabido aprovecharlos antes de enviar los negociadores, para salir del territorio enemigo y llegar a los puntos fortificados de la Corduena, país nuestro, lleno de recursos, y que solamente distaba cien millas.

El rey reclamaba obstinadamente todo lo que Maximiano le había tomado. El precio de nuestro rescate, según decía el documento, debía ser la restitución de las cinco provincias transtigritanas, a saber: Arzanena, Moxoena, Zebdicena, Rehimena y Corduena, con quince plazas fuertes: además, Nisiba, Singara y el fuerte de los Morales, uno de los baluartes más importantes de nuestra frontera. Cien veces más valía combatir que aceptar una sola de estas condiciones. Pero el tímido príncipe se encontraba rodeado de aduladores, y, para asustar, se pronunciaba ante todo el nombre de Procopio. Decían que era indispensable regresar rápidamente; de no hacerlo, este general, que conservaba un ejército intacto, podía, a la noticia de la muerte de Juliano, promover

una revolución sin encontrar resistencia. Tan perniciosas insinuaciones obraban incesantemente en el ánimo de Joviano, que concluyó por dejarse convencer y aceptarlo todo sin discutir. Consiguió, sin embargo, pero con mucho trabajo, que Nisiba y Singara no pasasen sino evacuadas por sus habitantes bajo la obediencia de la Persia, y que cuando se entregasen las otras plazas, los súbditos romanos tuviesen libertad para trasladarse a algunas de las nuestras. Por una cláusula adicional, condición tan desleal como funesta, se estipuló que en lo sucesivo no podríamos auxiliar contra Persia a Arsaces, nuestro antiguo y fiel aliado. Por este medio quería el enemigo castigar personalmente a este príncipe por el estrago de la provincia de Chilicoma, llevado a cabo por orden de Juliano, y además procurarse facilidades para invadir más adelante la Armenia. El tratado tuvo realmente por consecuencia el cautiverio de Arsaces, y, con ocasión de esto, disensiones intestinas que aprovecharon los Persas para apoderarse de Artaxata y de casi toda la frontera de la Armenia por el lado de los Medos.

En cuanto quedó convenido este innoble tratado, entregáronse rehenes como garantía de su ejecución: siéndolo por nuestra parte Remora, Víctor y Belovedio, tribunos de los primeros cuerpos del ejército; y por los persas Bineses, uno de sus sátrapas más distinguidos, y otros tres varones notables. Ajustóse la paz por treinta años, y se sancionó con las acostumbradas ceremonias religiosas. Empezamos para regresar camino diferente, con objeto de evitar los malos pasos y las asperezas que se encuentran siguiendo las sinuosidades del río; pero los horrores de la sed se unieron entonces a los del hambre.

Esta paz, de la que habían sido pretexto los sentimientos humanitarios, fue funesta para muchos de los nuestros. Unos, extenuados por el hambre y no pudiendo continuar la marcha, quedaban a la espalda y no se les veía más. Otros se lanzaban al río y se ahogaban al querer atravesarlo. Algunos, bastante afortunados para llegar a la otra orilla, caían aisladamente en manos de los sarracenos y hasta de las mismas partidas persas, desalojadas anteriormente por el brusco paso de los germanos, y eran degollados como corderos o llevados lejos para venderlos. Pero cuando la bocina dio oficialmente la señal del paso, tuvo lugar un apresuramiento, una confusión imposible de describir, para asegurarse medios de salvación, cada cual por cuenta propia: unos sobre zarzos reunidos al azar, o cogiéndose a las bestias de carga que nadaban aquí y allá; otros sosteniéndose en odres; algunos nadando al sesgo para vencer la violencia de la corriente. El Emperador pasó primeramente con corto acompañamiento en las barquillas que pudieron salvarse del incendio de la flota, y en seguida, haciendo que repasaran, llevaron al resto. De esta manera, gracias al favor divino, todos los que no habían sido víctimas de la impaciencia, pudieron llegar bien o mal a la otra orilla.

Cuando todavía nos abrumaba el temor de otras angustias, supimos por exploradores que los Persas echaban un puente en un punto lejano, con la intención, sin duda, de interceptar a los enfermos y aspeados, que se retrasarían confiando en el tratado, y también algunas bestias de carga cansadas. Pero en cuanto vieron descubierto aquel traidor propósito, lo abandonaron. Esta alarma nos hizo forzar la marcha y llegamos cerca de Hatra, ciudad antigua, rodeada de inmensa soledad, desierta desde mucho tiempo. Los belicosos emperadores Trajano y Severo intentaron muchas veces su destrucción y estuvieron a punto, como se dijo en la vida de uno y otro, de perecer con todo su ejército. Como allí teníamos delante setenta millas de llanura árida, donde solamente se encuentra agua amargosa y fétida, y por toda alimentación plantas de abrotano, ajeno, dracontea y otras hierbas igualmente despreciables, llenamos de agua dulce cuantos utensilios nos quedaban, y nos procurarnos víveres, muy poco sanos, a la verdad, matando nuestros camellos y demás bestias de carga.

Después de seis días de marcha, faltó hasta la hierba, último recurso en los casos extremos. Entonces nos alcanzó cerca de la fortaleza de Ur, Cassiano, duque de Mesopotamia, y el tribuno Mauricio, trayéndonos un convoy de víveres, sacados por Procopio y Sebastián de los almacenes mejor conservados de los cuerpos de reserva que mandaban. El otro Procopio, notario, y Memórides, tribuno militar, partieron en seguida para notificar a la Iliria y las Galias la muerte de

Juliano y el advenimiento de Joviano al poder supremo; entregándoles el príncipe, para que se los ofreciesen a su suegro Luciliano, retirado del servicio y entregado al descanso en Sirmium, los nombramientos de jefe de la infantería y caballería. Debían ir a buscarle a su retiro y excitarle para que marchase a Milán a fin de asegurar el orden y para, organizar la represión si, lo que más temía Joviano, estallaba alguna rebelión. En carta particular aconsejaba a Luciliano que se rodease de hombres hábiles y seguros, cuyo concurso pudiera aprovecharse según los casos.

Acertada elección le hizo fijarse en Malarico, que se encontraba a la sazón en Italia ocupado exclusivamente en asuntos particulares, para reemplazar a Jovino en el mando militar de las Galias, y le envió las insignias. En esta preferencia llevaba doble intención: por un lado apartaba un hombre de mucho mérito y, por tanto, peligroso; y por otro, satisfacía con exceso los deseos que su ambición hubiese podido formar, y le interesaba decididamente en el mantenimiento del régimen, débil todavía, al que era deudor de su encumbramiento. Los dos emisarios llevaban instrucciones para ponerse de acuerdo, con objeto de presentar bajo el mejor aspecto los últimos actos, y especialmente el convenio que ponía afortunadamente fin a la guerra con los Persas; de caminar día y noche para mayor rapidez, y en cuanto hubiesen entregado las cartas del príncipe a las autoridades militares y provinciales, y sondeado prudentemente la opinión respecto al nuevo reinado, regresar prontamente a dar cuenta, con objeto de que, según el estado en que se encontrasen las cosas en los puntos lejanos, el Gobierno pudiese tomar sus medidas con mayor seguridad y conocimiento de causa.

Pero la fama, tan veloz mensajera de las malas nuevas, se adelantó por todas partes a los enviados, hiriendo con terrible dolor a los habitantes de Nisiba la noticia de que su ciudad iba a ser entregada a Sapor. Con terror pensaban en los rencores que debían haber aglomerado en el ánimo de este rey las numerosas vejaciones que había experimentado delante de sus murallas y los mares de sangre que le habían costado. Indudable es, en efecto, que, sin la inexpugnable fortaleza de las defensas de esta ciudad y su excelente emplazamiento, la dominación de los Persas se habría extendido por todo el territorio del Imperio. En medio de sus vivas alarmas, conservaban, sin embargo, los desgraciados un destello de esperanza; creyendo que el Emperador espontáneamente o vencido por los ruegos retrocedería ante el fatal abandono del baluarte más firme del Oriente.

Mientras que por todas partes se propagaba el relato de nuestras desgracias, diferentemente referidas, agotamos muy pronto el pobre recurso del convoy de víveres que habíamos recibido; y, de faltarnos la carne de las bestias de carga que habíamos matado, hubiésemos quedado reducidos a devorarnos unos a otros. De esto resultó el abandono de la mayor parte del bagaje y hasta de las armas: y al fin llegó a ser tan extraordinaria la escasez, que el modio de cebada, cuando por casualidad se veía en el campamento, costaba por lo menos diez monedas de oro.

Desde Ur llegamos a Thilsafata, donde, según exigían las circunstancias, Sebastián y Procopio vinieron a nuestro encuentro con los tribunos y los jefes principales de las fuerzas que se les habían confiado para guardar la Mesopotamia, recibidos con agasajo. Desde allí apresurarnos la marcha y al fin vimos la deseada Nisiba. Pero Joviano se contentó con acampar alrededor de la ciudad y se negó terminantemente a las reiteradas instancias del pueblo para que se aposentase en el palacio, según acostumbraban los emperadores; porque se habría avergonzado de consagrar con su presencia dentro de sus murallas la cesión de una ciudad inexpugnable a un irreconciliable enemigo.

En la noche de este día, Joviano, el primer notario, el mismo que se introdujo por una mina en Maiozamalca, fue arrebatado de la mesa donde cenaba, llevado sigilosamente y arrojado en un pozo seco, que llenaron de piedras. Después de la muerte de Juliano, le habían designado algunos votos como digno del Imperio. Habiendo sido nombrado el otro Joviano, éste se mostró poco prudente, habló de la elección y dio comidas a los jefes militares.

Al siguiente día, Bineses, que, como ya hemos dicho, era uno de los jefes principales del ejército persa, se presentó, como obediente servidor del rey, a reclamar la inmediata ejecución del tratado. Con autorización de Joviano entró en la ciudad y enarboló en la fortaleza el estandarte de su nación, señal funesta de la expulsión de los ciudadanos. Intimidados aquellos desgraciados para que

buscasen otra patria, protestaban con las manos juntas de aquella orden fatal; comprometiéndose, decían, sin que el Estado les suministrase tropas ni víveres, a defender por sí mismos la plaza, como lo habían hecho muchas veces con éxito: porque peleando por el suelo natal, tendrían de su parte la justicia. En estos ruegos, se unían al pueblo las clases elevadas; pero sus palabras se perdían en el viento. El Emperador, a quien en realidad preocupaba otro temor, alegaba el de ser perjuro; por lo que Salino, varón distinguido entre todos los magistrados municipales por su nacimiento y fortuna, observó que Constancio, en medio de una guerra terrible y en muchas ocasiones desgraciada contra los Persas, obligado a huir y refugiarse con corto número de los suyos tras de las inseguras fortificaciones de Hibita, y al fin a vivir del pan que le daba una campesina vieja, murió sin haber cedido ni una pulgada del territorio del Imperio, mientras que Joviano, por preludeo de su reinado, abandonaba la llave de sus provincias, una ciudad que desde tiempo inmemorial había sido la salvaguardia del Oriente. Joviano, obstinándose en la religión del juramento, no se conmovió. Pero en el instante en que, cediendo a las instancias que le habían hecho, aceptaba el acostumbrado homenaje de una corona, después de haberla rehusado mucho tiempo, un abogado llamado Silvano, pronunció estas palabras: «¡Ojalá te coronen lo mismo ¡oh Príncipe! las demás ciudades que te quedan!» Estas palabras le molestaron mucho y dio orden, en medio de las maldiciones lanzadas contra su reinado, para que evacuasen la ciudad en tres días.

La fuerza armada apoyó esta orden, amenazando con la muerte a los que se retrasasen. Entonces resonaron lamentos en toda la ciudad: aquí una matrona de elevado rango lanzada de sus penates, se arrancaba los cabellos al abandonar la casa en que nació y se educó; allí una madre, una viuda se despedía para siempre de las cenizas de su esposo y de sus hijos. Veíase multitud de desgraciados besando o inundando de lágrimas las puertas o los umbrales de sus casas: todos los caminos estaban llenos; cada ciudadano cogía apresuradamente lo que creía poder llevar y abandonaba el resto, precioso o no, por falta de medios de transporte.

A ti ¡oh fortuna del pueblo romano! hay que acusar. Cuando una tempestad quebranta el Imperio, tú le arrebatas una dirección hábil y firme, para confiar las riendas a manos débiles e inexpertas en el ejercicio del poder. Ni alabanza ni censura merece el príncipe sometido a tal prueba y al que nada de su vida anterior llamaba a sostenerla. Pero lo que no perdonará jamás ningún hombre honrado a quien no experimentaba más que una inquietud, la de ver surgir un rival; una preocupación, la de que algún ambicioso removiese la Italia o las Galias; un deseo, en fin, el de su regreso, es la hipocresía de respeto a la fe jurada con que quiso cubrir la deshonrosa entrega de Nisiba, de aquella ciudad que desde el tiempo de Mitrídates, servía al Oriente de barrera contra la invasión de los Persas. Creo que, desde el origen de Roma, no se encontrará en nuestros anales el ejemplo de una cesión cualquiera de territorio, hecha al enemigo por un Emperador o un cónsul. Entonces, recobrar una provincia no llevaba consigo los honores del triunfo; necesitándose para merecerlo, haber ensanchado los límites. Esta gloria se negó a Escipión, que había devuelto la España a la dominación romana; a Fulvio, que recobró Capua después de tan prolongada guerra; a Opimio, vencedor en aquella encarnizada lucha que trajo Fregelas a nuestro poder. En nuestra historia hay ejemplos de que tratados deshonrosos, arrancados por la necesidad y solemnemente jurados, han sido rotos e inmediatamente continuadas las hostilidades; testigos de ello nuestras legiones pasando en otro tiempo bajo el yugo samnita en las Horcas Caudinas; el indigno convenio de Albino en Numidia y aquella paz rota por Mancino, que entregó su autor a los numantinos.

Después de la entrega de Nísiba, consumada con la expulsión de sus habitantes, quedó encargado el tribuno Constancio de entregar a los Persas las otras plazas y pedazos del territorio. En seguida se comisionó a Procopio para que acompañase los restos de Juliano al suburbio Tarsense, y depositarlos allí, según la voluntad de aquel príncipe. Así lo hizo Procopio, pero inmediatamente después de la inhumación, desapareció, sabiendo ocultar su retiro a todas las investigaciones, hasta el momento en que, mucho tiempo después, reapareció de pronto revestido con la púrpura en Constantinopla.

Terminadas estas cosas, marchamos apresuradamente a Antioquía, donde durante muchos días

mostróse la cólera divina por una serie de señales, que los expertos en la ciencia adivinatoria interpretaron como siniestras. La esfera de bronce que tenía la estatua de Maximiano César, colocada en el vestíbulo del palacio, desapareció repentinamente de su mano. Los maderos de la sala del consejo crujieron con espantoso ruido. Aparecieron cometas en pleno día. Acerca de éstos varían las opiniones de los físicos. Según unos, deben su existencia y nombre a reuniones fortuitas de estrellas, cuyo centelleo produce esa cabellera luminosa de que los vemos provistos; según otros, son secas emanaciones del suelo que se inflaman cuando se elevan por encima de la atmósfera. Dice otra opinión que los forman los rayos del sol interceptados por densa nube, y cuya luz, al filtrarse por este cuerpo opaco, llega a nosotros con el aspecto de un conjunto de estrellas. Otros atribuyen el fenómeno a una elevación insólita de nubes, que, más inmediatas a los fuegos celestes, reflejan su luz. En fin, siguiendo otra opinión, son estrellas como las demás, si bien se ignora el tiempo marcado para que aparezcan y desaparezcan. Otras teorías tienen los astrónomos acerca de los cometas, que no podemos exponer por continuar nuestra narración.

Joviano, devorado por la inquietud, apenas llegado a Antioquía, pensaba ya en salir. A pesar de todas las observaciones, partió en lo más riguroso del invierno, y, no cuidando de hombres ni caballos, pasó a Tarso, famosa metrópoli de la Cilicia, de cuyo origen hablé antes. Igual prisa tenía por alejarse de allí; sin embargo, quiso ocuparse algo del embellecimiento de la tumba de Juliano, que estaba fuera de las murallas, en el camino que lleva a las gargantas del monte Tauro. En buena justicia, no era el Cydno, por riente y limpio que sea, el río a que corresponde el honor de correr cerca de aquellas cenizas: puesto más digno y propio para perpetuar la memoria de tal nombre, se le debía en las orillas del Tiber, que baña la ciudad eterna y los monumentos de los héroes y de los dioses.

Desde Tarso, marchando a largas jornadas, llegó a Tyana, en Capadocia, donde encontró al notario Procopio y al tribuno Memórido, que le dieron cuenta de su misión. Siguiendo el orden de los hechos, Luciliano había marchado primeramente a Milán, con los tribunos Seniauco y Valentiniano; y, enterado de que Malarico rehusaba el mando que se le había ofrecido, había marchado apresuradamente a Remos (Reims). Allí el celo le hizo olvidar la prudencia; y, obrando como en tiempos de completa seguridad, entabló intempestiva discusión de cuentas con el intendente. Éste, que tenía que ocultar infidelidades y fraudes, había huido a un puesto militar, donde propagaba el rumor de que Juliano no había muerto y que un hombre preparaba una sublevación contra él. Esta fábula produjo entre los soldados violenta excitación, de la que fueron víctimas Luciliano y Seniauco, Valentiniano, futuro Emperador, temiendo por su vida, no había sabido al principio dónde refugiarse; pero gracias a su huésped Primitivo, pudo desaparecer. En compensación de estas malas noticias, añadieron que una comisión de jefes de escuelas, según se les llama en el orden militar, iba a llegar de parte de Jovino, para anunciarle que el ejército de las Galias reconocía su autoridad.

Valentiniano había regresado con los dos comisarios, y Joviano le dio el mando de los escutarios de la segunda escuela. También hizo ingresar en los guardias del palacio a Viteliano, que servía en los hérulos, y más adelante le hizo conde, recibiendo una misión en que desempeñó mal. En seguida se apresuró Joviano a enviar a Armitheo a las Galias, con una carta para Jovino, confirmándole en su puesto y exhortándole a permanecer fiel. Encargábale que castigase al autor de la sedición, y que enviase presos a la corte a todos los que habían figurado en primera fila. Después de estas disposiciones, consideradas necesarias, marchó a Aspuna, municipio pequeño de la Galacia, para recibir a la comisión del ejército de las Galias. Allí dio audiencia en Consejo a los comisionados, recibió con agrado las nuevas que traían y les envió a sus puestos cargados de regalos.

(Año 364 de J. C.)

Cuando el Emperador pasó a Ancira, con la ostentación que permitían las circunstancias, tomó el consulado con su hijo Verroniano, que casi estaba en la cuna. Los gritos que lanzó este niño para

que no le colocasen en la silla curul, según se acostumbra, parecían presagiar el acontecimiento que no tardó en sobrevenir.

Acercábase a grandes pasos Joviano al término de su vida. La noche de su llegada a la ciudad de Dadastana, que señala el límite entre la Galacia y la Bitinia, se le encontró muerto, dando esto origen a multitud de conjeturas. Suponíase que había perecido por asfixia a consecuencia de haber enlucido recientemente con cal las paredes de su habitación, o bien por las emanaciones del carbón que habían encendido en cantidad excesiva, o quizá por efecto de una indigestión, resultado de intemperancia en la mesa. Tenía entonces treinta y tres años. Este fin se parece al de Escipión Emiliano, no dando lugar uno ni otro a ninguna investigación.

Joviano era digno en la apostura, tenía semblante alegre y los ojos azules. Su estatura y corpulencia eran tales, que costó trabajo encontrar adornos imperiales para él. A ejemplo de Constancio, que prefería como modelo a Juliano, veíasele dejar para la tarde los asuntos graves, y holgar en público con sus cortesanos. Adepto a la religión cristiana, en ocasiones se mostró liberal con ella, pero esto más por sentimiento que por convicción ilustrada. Por el corto número de jueces que nombró, puede formarse idea de la atención que prestaba a su elección. Era aficionado a las mujeres y a la mesa, debilidades que hubiese podido corregir la circunspección imperial. Dícese que su padre Verroniano recibió en sueños una advertencia acerca de la alta fortuna reservada a su hijo, y que lo había comunicado a dos hijos suyos, añadiendo que él mismo había de revestir la toga consular; pero si se realizó una predicción, no sucedió lo mismo con la otra, porque el anciano solamente se enteró del advenimiento de Joviano, impidiéndole la muerte ver a su hijo en el trono. Sin embargo, su nombre recibió el honor que se le prometió en sueños, en la persona de su nieto, que, como ya hemos dicho, fue declarado cónsul con su padre Joviano.

LIBRO XXVI

Valentiniano, tribuno de la segunda escuela de los escutarios, es designado, aunque ausente, emperador en Nicea, por unánime consentimiento de los órdenes civil y militar.—Observaciones sobre el bisiesto.—Valentiniano acude de Ancira a Nicea, donde por unanimidad queda confirmada su elección.—Reviste la púrpura, ciñe la diadema, y, con el título de Augusto, dirige una arenga al ejército.—Aproniano, prefecto de Roma.—Valentiniano, en Nicomedia, eleva a su hermano Valente a la dignidad de tribuno de las caballerizas, y poco después, con el consentimiento del ejército, le asocia al Imperio, en el Hebdomo en Constantinopla.—Reparto de las provincias y del ejército entre los dos Emperadores, que se adjudican el consulado, uno en Milán y el otro en Constantinopla.—Estragos de los alemanes en las Galias.—Sublevación de Procopio en Oriente.—Patria de Procopio, su origen, carácter y dignidades.—Permanece escondido durante el reinado de Joviano.—Improvísase él mismo emperador en Constantinopla.—Apodérase de toda la Tracia sin combatir.—Seduca con sus promesas a muchos destacamentos de infantería y caballería que atravesaban la provincia.—Con hábiles palabras se atrae a los jovianos y victorios que enviaba Valente contra él.—Procopio hace levantar los sitios de Calcedonia y de Nicea y se apodera de la Bitinia.—Lo mismo hace con Cicico, después de forzar el paso del Helesponto.—Deserción de sus partidarios en Bitinia, Licia y Frigia.—Entréganlo vivo a Valente, que manda cortarle la cabeza.—Suplicios de Marcelo, pariente de Procopio, y de considerable número de sus adeptos.

Con sumo cuidado he llevado mi narración hasta el punto en que comienza la época actual. Al llegar a este período, en el que la generación presente ha sido testigo de los hechos, tal vez sería prudente no continuar, porque la verdad es peligrosa muchas veces, y además, porque muchos creen que se les ofende si el historiador omite una palabra que el príncipe pronunció en la mesa, si no dice terminantemente por qué se reunieron los soldados en tal día, o si su discreción omite una choza en la descripción, prolija ya, de alguna comarca y no menciona individualmente a todos los que asistieron a la toma de posesión de algún pretor. Estas minuciosidades son indignas de la gravedad del historiador, que atiende a las cosas generales y desprecia los detalles secundarios: además, locura igual sería empeñarse en consignarlos todos, como querer contar los corpúsculos que llenan el espacio y que llamamos átomos. Temores de este género, como observa Cicerón en su carta a Cornelio Nepote, son los que hicieron que muchos autores de la antigüedad publicasen durante su vida lo que habían escrito de historia contemporánea. Pero a riesgo de sufrir la crítica vulgar, continuaré narrando lo que resta.

Breve intervalo marcado únicamente con desgracias separaba la muerte de dos príncipes. El cadáver del segundo, después de las preparaciones necesarias, se envió a Constantinopla, donde debía descansar con las cenizas de sus antecesores. El ejército tomó en seguida el camino de Nicea, capital de la Bitinia. En un consejo celebrado allí entre las autoridades civiles y militares, reunidas por la gravedad de las circunstancias, y donde habían de fracasar algunas ambiciones, iba a deliberarse solemnemente acerca de la elección del más digno de ocupar el trono.

El nombre de Equicio, tribuno de la primera escuela de los escutarios, pronunciado con timidez por algunos, fue rechazado por los varones de más autoridad de la asamblea, a quienes desagradaba por su aspereza y malas formas. También hubo votos en favor de Enero, pariente de Joviano, que desempeñaba entonces las funciones de intendente en Iliria; pero se consideró como obstáculo la distancia a que se encontraba, y de pronto, como por inspiración del Numen, fue elegido Valentiniano, sin que ni una sola voz protestase contra elección tan digna y conveniente. Valentiniano era jefe de la segunda escuela de escutarios, y Joviano le había dejado en Ancira, con orden de reunírsele en breve. Habiendo saludado la aprobación general como un bien público aquella elección, se le envió una comisión para que apresurase su regreso. Hubo, sin embargo, un interregno de diez días, que realizó la predicción que hizo en Roma el arúspice Marco por la

inspección de las entrañas de las víctimas.

Entretanto Equicio, secundado por León, a la sazón intendente militar bajo Dagalaifo, jefe de la caballería, y después maestro de oficios, de cruel memoria, estaba atento a toda manifestación contraria, dedicándose especialmente a impedir que el inconstante favor del soldado se inclinase a cualquier pretendiente más cercano. Pannonios los dos, y, por consiguiente, factores naturales del príncipe designado, Equicio y León no cesaron de trabajar en este sentido el espíritu del ejército.

Valentiniano se apresuró a obedecer al mensaje, pero advertido, según se dice, por presagios y sueños, no quiso salir ni dejarse ver al día siguiente de su llegada, que era el intercalar del mes de Febrero del año bisiesto, sabiendo que los romanos consideraban nefasto este día. Explicaré lo que se entiende por bisiesto.

Astrónomos antiguos, de los que son los más notables Metón, Eucemón Hiparco y Arquímedes, han definido el año como el regreso del sol al mismo punto, después que ha recorrido, obedeciendo a una de las grandes leyes de la naturaleza, todos los signos del círculo, que los griegos llaman zodiaco, en trescientos sesenta y cinco días y otras tantas noches: de manera que, partiendo supongamos, del segundo grado de Aries, cuando ha vuelto exactamente a él, la revolución es completa. Pero en realidad el periodo solar, que se debe terminar a medio día, no se completa sino con seis horas más de este número de días. El año siguiente comienza, pues, a la sexta hora del día y no termina hasta la primera de la noche. El tercero se contará desde la primera vigilia a la sexta hora de la noche, y el cuarto desde media noche a la primera hora del día. Ahora bien: este cómputo, que a causa de las variaciones del punto de partida, solamente en la serie de cuatro años se encuentra en tanto a medio día, en tanto a media noche, tiende a perturbar la división científica del tiempo, y ha de hacer después, en un momento dado, que lleguen, por ejemplo, los meses de otoño en la estación de primavera. Para remediar este inconveniente han formado con el sobrante de seis horas, multiplicado por cuatro números de los años, un día adicional al último. Los resultados de esta innovación, maduramente reflexionada y aprobada por todos los varones esclarecidos, ha sido establecer entre todos los años perfecta e invariable correspondencia de época, y hacer desaparecer toda incertidumbre acerca de su regreso, así como toda falta de coincidencia entre los meses y estaciones. Esta afortunada innovación data solamente entre nosotros desde el ensanche que ha tomado el Imperio por la conquista. El calendario romano fue por mucho tiempo caos y confusión: solamente los pontífices tenían derecho a intercalar, ejerciendo arbitrariamente el privilegio, en tanto por interés del fisco, en tanto por ganar tal pleito, prolongando o restringiendo a su gusto la duración del tiempo; de lo que nacían multitud de fraudes, cuya enumeración es inútil. Octaviano Augusto les retiró esta facultad abusiva y reformó el anuario romano según las correcciones griegas. Asígnese, pues, al año una composición fija de doce meses y seis horas, período de tiempo que corresponde al que emplea el sol en su eterna marcha al recorrer los doce signos. Tal es el origen del bisiesto, cuyo uso, con el auxilio de los dioses, ha consagrado Roma, que debe vivir en todos los siglos. Volvamos a nuestro asunto.

Al declinar este día, considerado poco propicio para incoar asuntos importantes, Salustio propuso el medio, que se apresuraron todos a adoptar, de consignar en sus casas a la mañana siguiente a todas las personas influyentes o sospechosas de alimentar pensamientos ambiciosos. Al fin pasó la noche; noche de angustia para todo el que había alentado alguna esperanza, y apareció el día. Todo el ejército estaba reunido en una llanura espaciosa, en cuyo centro se elevaba una tribuna semejante a la que en otro tiempo se veía en los comicios. Invitado Valentiniano a subir a ella, fue proclamado, como más digno, jefe del Imperio, en medio de inmensos aplausos, en los que podía entrar por algo el atractivo de la novedad. Saludado Augusto por aquellas lisonjeras aclamaciones, reviste las ropas imperiales, ciñe la corona y se dispone para pronunciar un discurso, que tenía preparado. Extendía ya el brazo para hablar, cuando se alza violento murmullo de todas las centurias, manípulos y cohortes, reclamando la unión de otro emperador. Creyóse al pronto que la intriga de algún candidato presente protestaba por medio de voces aisladas y pagadas, pero no era así; porque verdaderamente aquello era el grito unánime de la multitud, a la que reciente desgracia

acababa de poner de manifiesto la fragilidad de las fortunas más elevadas. De sordo ruido, la agitación se trocaba en tumulto, y a cada momento podía manifestarse por excesos la temeridad del soldado. Valentiniano, que debía temer más que otro alguno aquel comienzo de efervescencia, con ademán digno y firme contuvo a los turbulentos, y habló de esta manera, sin que nadie se atreviese a interrumpirle:

«Siempre será para mí verdadero motivo de regocijo ¡oh, valerosos defensores de las provincias! pensar que tal asamblea se ha dignado espontáneamente ofrecerme el gobierno del mundo romano, cuando tan lejos estaba de desear esta investidura tan gloriosa, o de esperarla. El derecho que indudablemente os asistía antes de que el Imperio tuviese jefe, lo habéis ejercitado útilmente en toda su plenitud. Acabáis de elevar a honor tan insigne a un hombre en la madurez de la edad, y cuya vida entera conocéis como pura y no exenta de gloria. ¿Qué espero ahora de vosotros? Benévola atención a las ideas que voy a exponeros en interés de todos. No vacilo ni repugno conocer que la asociación de un colega a mi autoridad la exigen los múltiples cuidados que tal posición trae consigo. Soy el primero en temer, por interés propio, la pesadez de la carga presente y las exigencias que guarda el porvenir, Pero la participación de la autoridad exige anticipadamente la concordia, con la cual nunca es uno débil; y fácilmente conseguiremos esta condición, si, como tengo derecho a pedir, vuestra paciencia se entrega a mi libre albedrío. La fortuna, propicia a las buenas intenciones, me ayudará, así lo creo, para hacer una elección tal como exige la prudencia. Este es un axioma tan aplicable indudablemente al poder, rodeado como está de dificultades y peligros, como puede serlo a la vida privada: en achaque de unión, conveniente es que el examen preceda al contrato, y no el contrato al examen. Me comprometo a seguir esta regla, y tocaremos sus buenos resultados. Marchad, pues, tan disciplinados como valientes, a descansar en vuestros cuarteles de invierno, y emplead en restablecer vuestras fuerzas los ocios que os promete todavía la estación. No tendréis que esperar la gratificación augusta.»

Esta oración, dicha con autoridad, aquietó los ánimos, mostrándose más sumisos los que poco antes gritaban con mayor violencia. Respetuosamente fue acompañado el Emperador al palacio, llevando las enseñas desplegadas y formando cortejo las diferentes órdenes, porque ya comenzaban a temer.

Mientras ocurrían estas cosas en Oriente, Aproniano, que a la sazón era prefecto de la ciudad eterna, desplegaba en sus funciones las cualidades de un juez probo y severo. Su mayor cuidado, en medio de las atenciones de toda clase que gravan la administración de esta ciudad, era apoderarse, convencer y juzgar a los magos (clase de delincuentes que ya era más rara), arrancarles la delación de sus cómplices y condenarlos a muerte con objeto de aterrar con el ejemplo a los que se hubiesen podido sustraer a sus investigaciones. Nombrado por Juliano, durante la permanencia de este príncipe en Siria, Aproniano perdió un ojo al marchar a su puesto, cosa que atribuyó a las malas artes de la magia: de aquí su natural rencor, y las constantes persecuciones que dirigió contra este género de delito. Consideróse, sin embargo, que iba demasiado lejos, cuando se le vio tratar algunas veces estos negocios capitales en pleno circo, en medio de la multitud que se aglomera en él durante las fiestas. La última ejecución que ordenó por este motivo fue la del auriga Hilarino, convicto de haber entregado a su hijo, apenas adolescente, a un mago para que le iniciase en la ciencia oculta y prohibida por las leyes, queriendo asegurar por este medio triunfos cuyo secreto no poseyese ningún competidor. Mal vigilado por el verdugo, el culpable se escapó y corrió a refugiarse en un templo cristiano; pero fue arrancado del santuario y decapitado.

Este rigor en la represión consiguió al menos que los delincuentes fuesen cautos y no se atreviesen ya, o al menos se atreviesen rara vez, a arrostrar la vindicta pública. Pero el régimen de impunidad que reapareció con la administración siguiente, volvió a producir el desorden; llegando la licencia hasta el punto de que un senador que quería para un esclavo suyo la misma enseñanza ilícita que Hilarino había hecho dar a su hijo, trató, según se dice, con todas las formas, exceptuando el compromiso escrito, con un maestro de esta ciencia nefanda, y, convicto del delito, rescató la pena con el pago de crecida multa. Hoy el mismo senador, lejos de avergonzarse de la

doble infamia y de esforzarse en hacerla olvidar, huella soberbiamente a caballo el pavimento de la ciudad, con la apostura de aquel que cree que solamente él puede llevar la cabeza levantada; afecta exhibirse, llevando detrás una nube de criados, parodiando de esta manera a aquel ilustre Duilio, que obtuvo el privilegio, en recompensa de sus victorias navales, de que le precediese un flautista, cuando regresaba por la noche a su casa después de haber cenado fuera de ella. Además, bajo el mando de Aproniano, vióse reinar en Roma abundancia de todas las cosas necesarias a la vida, sin que se produjese ni el más leve rumor acerca de la escasez de un artículo cualquiera.

Proclamado Valentiniano, como acabamos de decir, Emperador en Bitinia, dio para el siguiente día la orden de marcha: pero antes convocó a los grandes dignatarios del Estado, y, con fingida deferencia, les consultó como si su voto hubiese de dictar su elección acerca de la designación del colega que debía dársele. En esta ocasión dijo con noble atrevimiento Degalaifo, jefe de la caballería: «Óptimo Emperador, si amas a los tuyos, tienes un hermano, y ya tienes colega. Si te guía el patriotismo, busca al más digno.» Mucho hirió esto al Emperador, pero disimulando la impresión, marchó apresuradamente a Nicomedia, a donde llegó en las calendas de Marzo, y confirió a su hermano Valente el cargo de escudero mayor y el tribunado. En seguida se dirigió a Constantinopla, meditando muchas cosas; y allí, suponiendo que ya le abrumaban la multitud de negocios, para concluir, el cinco de las calendas de Abril, confirió en el suburbio, con general consentimiento, puesto que no se manifestó oposición alguna, el título de Augusto a su hermano Valente; y, después de revestir las insignias imperiales y ceñirse la corona, llevó en su propia carroza a aquel ostensible colega en el poder, que en realidad, como habrá de verse, no fue más que instrumento pasivo de su voluntad.

Habíase realizado todo esto sin obstáculos, cuando acometió a los dos Emperadores a la vez un acceso de fiebre, si bien el peligro duró poco. Más inclinados los dos al rigor que a la mansedumbre, encargaron a Ursacio, maestro de oficios, dálmata implacable, para que, de acuerdo con Juvencio Sisciano, informase severamente acerca de las causas de la enfermedad que habían padecido. Ha circulado el rumor de que la investigación se dirigía especialmente en odio a la memoria de Juliano, contra los amigos de este emperador, y que se les imputaba haber empleado maleficios; pero como ni siquiera se pudo encontrar apariencia de indicio contra ellos, se desvanecieron las prevenciones.

En este año se oyó por todo el mundo romano resonar las bocinas de guerra y los bárbaros insultaron todas nuestras fronteras. Los alemanes talaban a la vez la Galia y la Rhecía; los quados con los sármatas las dos Pannonias; los píctos, los sajones, los scotos y los atacotos entraban a sangre y fuego por la Gran Bretaña; los austorianos y los moros multiplicaban sus correrías por África, y bandos de godos en la Tracia llevaban aquí y allá el pillaje y la devastación. El rey de Persia, por su parte, amenazaba incesantemente a la Armenia, tratando de someterla a viva fuerza a su dominio, pretendiendo, con menosprecio de la justicia, que solamente había pactado con Joviano, y que, muerto éste, había desaparecido todo obstáculo para que recobrase aquella propiedad de sus mayores.

(Año 365 de J. C.)

Después de haber pasado el invierno con tranquilidad completa, los dos Emperadores, el uno con la prerrogativa real, el otro colega de honor, atravesaron juntos la Tracia, marchando a Nissa. La víspera de su separación, en un pueblo llamado Mediana, a tres millas de las murallas de la ciudad, se repartieron los grandes dignatarios; tocando a Valentiniano, que disponía de todo a su gusto, Jovino, que hacía mucho tiempo estaba investido por Juliano del gobierno de las Galias, y Dagalaifo, a quien Joviano había nombrado general: Víctor, a quien este último había elevado a la misma categoría, y Arnitheo tuvieron que seguir a Valente al Oriente. Lupicino quedó como jefe de la caballería, dignidad que debía a Joviano. Equicio recibió el mando militar en Iliria, no en calidad de jefe, sino solamente con el título de conde. Sereniano, que desde mucho tiempo había dejado el servicio militar, volvió a él porque era pannonio, y colocado con Valente, fue puesto al frente de la

escuela de los domésticos. Hecho esto, convinieron también el reparto de tropas.

En seguida entraron los dos hermanos en Sirmio, donde la misma voluntad designó sus respectivas residencias. Valentiniano se adjudicó Milán, capital del Imperio de Occidente; y Valente partió para Constantinopla. Salustio estaba ya en posesión de la prefectura de Oriente; Mamertino obtuvo la autoridad civil en las provincias de Italia, de África y de Iliria; y Germaniano, la administración de la Galia con el mismo título. A su llegada a sus capitales, los dos príncipes revistieron por primera vez las insignias consulares. Este año fue desastroso para el Imperio. Los alemanes se extendieron fuera de sus fronteras con extraordinario furor, dando lugar a ello lo siguiente. Habían enviado una legación a la corte; acostúbrase con este motivo hacer a los legados regalos cuya importancia estaba determinada. Ofreciéronselos de ningún valor, y ellos los rechazaron con indignación. En vista de esto, Ursacio, maestro de los oficios, cuyo carácter era duro e impetuoso, trató rudamente a los legados; y cuando estos regresaron a su país, sublevaron sin gran trabajo por medio de un relato exagerado el enojo de los bárbaros, que se creyeron despreciados.

Por esta misma época, o poco después, estalló en Oriente la sublevación de Procopio; recibiendo la noticia Valentiniano en el momento en que entraba en París, el día de las calendas de Noviembre.

Acababa de dar orden a Dagalaifo para que marchase al encuentro de los alemanes que, después de haberlo talado todo sin resistencia cerca de la frontera, comenzaban a extender los estragos al interior. El anuncio de esta conmoción del Oriente le impidió tomar disposiciones más enérgicas todavía, produciéndole extraordinaria turbación. Ignoraba si Valente estaba vivo o muerto; porque Equicio, de quien había recibido la noticia, no había hecho más que transmitir literalmente una comunicación del tribuno Antonino, que mandaba un cuerpo de tropas en el fondo de la Dacia, y que solamente conocía de un modo vago y por oídas el hecho principal. Valentiniano se apresuró a elevar a Equicio a la dignidad de general, y temiendo que el rebelde, que ya se había apoderado de la Tracia, pensase penetrar en el territorio pannonio, preparóse él mismo para retroceder a la Iliria. Reciente recuerdo justificaba su temor; la increíble rapidez con que Juliano recorrió en otro tiempo la misma distancia, adelantándose y desconcertando todos los cálculos con su inesperada presencia; y esto ante un adversario victorioso hasta entonces en las guerras civiles. Pero no faltaban consejos a Valentiniano para que moderase su apresuramiento en retroceder; mostrándole la Galia amenazada de exterminio, y la necesidad de un brazo firme para salvar sus provincias, comprometidas ya. Legaciones de las ciudades importantes vinieron a unir sus instancias a estas objeciones, para que no las abandonase en aquel peligro inminente, cuando para contener a los germanos bastaba su presencia y el terror de su nombre.

Después de considerar largo tiempo el asunto bajo todos sus aspectos, concluyó por adoptar esta opinión, considerando que Procopio no era más que su adversario personal y el de su hermano, mientras que los alemanes eran los enemigos del Imperio; por lo que decidió no salir de la Galia, marchando por tanto a Remos. Pero como tampoco estaba tranquilo acerca de alguna tentativa sobre el África, encargó su defensa al notario Neotherio, que después fue cónsul, y a Masaución, simple protector, a la verdad, pero que en tiempo de su padre el conde Creción había estudiado mucho la provincia. Unióles además el escutario Gaudencio, con cuya fidelidad sabía que podía contar. En esta época se desencadenaban a la vez sobre todo el Imperio violentas tempestades que referiré sucesivamente, comenzando por los asuntos de Oriente; después hablaré de la guerra con los bárbaros. Como los hechos que tuvieron lugar en las dos partes del mundo romano se realizaron casi en el mismo mes, una narración que saltase de los unos a los otros, obedeciendo a riguroso orden cronológico, carecería a la vez de unidad y claridad.

Procopio pertenecía a noble familia; nacido y educado en su parentesco con Juliano le dio importancia desde su origen. Intachable conducta y puras costumbres, no obstante sus hábitos de taciturnidad y reserva le hicieron pasar con distinción por los honores de notario y de tribuno y llegar muy pronto a los primeros puestos del ejército. A la muerte de Constancio, su ambición tomó naturalmente mayor vuelo con el nuevo orden de cosas. Obtuvo el título de conde, y desde entonces

pudo preverse que removería algún día el Estado si se le presentaba ocasión para ello. Cuando Juliano entró en Persia, puso a Procopio con Sebastián, revestido con autoridad legal, al frente de la importante reserva que dejaba en Mesopotamia; y si ha de darse crédito a un rumor vago, cuyo origen nunca pudo conocerse con seguridad, le dejó como instrucciones que permaneciese preparado para cualquier eventualidad, y que tomase sin vacilar el título de Emperador, en el caso de que sucumbiese él en la empresa. Procopio desempeñaba con inteligencia y lealtad su misión, cuando se enteró de la herida, de la muerte de Juliano y del advenimiento de Joviano a la autoridad suprema. También tuvo noticia de que corría el rumor (rumor destituido de fundamento) del deseo que Juliano había mostrado al morir, de que Procopio tomase las riendas del gobierno. Desde este momento se mantuvo oculto, temiendo se deshiciesen de él sin formar proceso, aumentando sus precauciones al enterarse del fin trágico del notario Joviano, por sospechas de que aspiraba al Imperio, solamente porque, en la última elección, le consideraron digno los votos de algunos soldados. Pesquisas dirigidas contra su persona le hicieron cambiar su asilo por otro más oscuro y fuera de alcance. Joviano le buscó de nuevo, y cansado al fin de verse acosado como una fiera y de vivir como ella, porque aquel hombre tan elevado antes en la escala social, había tenido que separarse de todo comercio con sus semejantes y privarse, en su espantosa soledad, de las primeras necesidades de la vida, tomó la resolución extrema de ganar por caminos extraviados el territorio de la Calcedonia, y, considerando la casa de un amigo como el asilo más seguro, se escondió en esta ciudad, en la de Strategio, quien, de soldado de una de las milicias del palacio, se había elevado al rango de senador. Desde Calcedonia hizo secretamente Procopio algunos viajes a Constantinopla, según confesó más adelante Strategio en las investigaciones dirigidas contra los cómplices de la sublevación.

Desconocido a fuerza de enflaquecimiento y suciedad, el proscrito aprovechaba aquella especie de disfraz para recoger, como lo hubiese hecho un espía inteligente, las murmuraciones y las quejas, frecuentemente amargas, acerca de la insaciable avaricia de Valente; pasión que excitaba más y más Petronio, cuñado del príncipe, hombre tan repugante por sus costumbres como por su aspecto, que, de simple prepósito de la legión Martense, había sido elevado a la dignidad de patricio, Petronio, ávido de despojos, se lanzaba sobre todos con igual furor, envolviendo en sus redes a inocentes y culpados, sometiendo a la tortura con razón o sin ella, después a la multa del cuádruplo, por reclamaciones que solían remontar hasta el reinado de Aureliano; siendo para él un tormento que la víctima saliese indemne de sus manos. Con estas extorsiones aumentaba su caudal, siendo al mismo tiempo aliciente para su rapacidad, que cada día era más dura, brutal e incapaz de justicia y reflexión. Petronio fue más aborrecido que aquel Cleandro, prefecto en tiempo de Cómmodo, expoliador desenfrenado de tanto patrimonio; más tirano que aquel otro prefecto Plauciano, bajo el reinado de Severo, cuya furiosa demencia habría producido una sublevación general, si no hubiese perecido a filo de espada.

Estos fueron los males que, gracias a Petronio, hicieron quedar vacías, bajo Valente, tantas casas ricas y pobres moradas. El invierno se anunciaba más amenazador todavía. Todos los corazones estaban ulcerados, y tanto el pueblo como el ejército pedían con gemidos al cielo un cambio de régimen. Procopio, que todo lo observaba oculto, calculó que, a poco que le ayudase la fortuna, podría apoderarse del poder; y se mantenía escondido como la fiera dispuesta a lanzarse sobre su presa. La suerte se encargó de presentarle la ocasión que con tanta impaciencia esperaba.

Valente había partido para la Siria, pasado el invierno, y entraba ya en Bitinia, cuando supo, por las comunicaciones de sus generales, que los godos, robustecidos por larga tregua, y más temibles que nunca, se habían reunido para atacar las fronteras de la Tracia. La noticia no alteró en nada sus planes, limitándose a disponer que suficiente fuerza de caballería e infantería marchase a los puntos amenazados. Procopio, por su parte, se apresuró a aprovechar el alejamiento del príncipe. Impulsado hasta el extremo por la desgracia, y prefiriendo la muerte más cruel a los tormentos que padecía, quiso arriesgarlo todo de una vez. Soldados jóvenes de las legiones Divitense y Tongriense se dirigían en aquel momento por Constantinopla hacía el teatro de la guerra y habían de descansar

dos días en la capital. Procopio concibió el temerario proyecto de tentar su fidelidad. Conocía personalmente a muchos de ellos, pero era muy peligroso entrar en tratos con todos, por lo que solamente se dirigió a aquellos con quienes podía contar. Seducidos éstos por la promesa de brillantes recompensas, se comprometieron bajo juramento a obedecerle en todo, y prometieron el concurso de sus compañeros, sobre quienes servicios más importantes y el número de sus campañas les daban decisiva influencia.

En el día convenido, Procopio, entregado a la agitación de sus pensamientos, marchó a los baños de Anastasia, llamados así del nombre de la hermana de Constantino, y que entonces servían de cuartel a las dos legiones. Sus agentes le habían informado de que allí celebrarían una reunión nocturna. Dijo la contraseña, le recibieron, y aquella multitud de soldados que se vendían, le trataron con honor, pero teniéndole en cierto modo cautivo. Como en otros tiempos los pretorianos adjudicaban en subasta el Imperio a Didio Juliano, todos rodeaban a este otro postor de una dominación efímera, impacientes por conocer su precio.

Pálido como si saliese del Erebo, Procopio, que no había podido procurarse manto imperial, permanecía de pie, revestido únicamente con la túnica bordada de oro de un dignatario de palacio, túnica que le descendía desde la cintura a la manera de la de los niños que van a la escuela. Llevaba calzado de púrpura, una lanza en la mano derecha y con la izquierda agitaba un trozo de la misma tela, pareciendo un simulacro teatral o extraño personaje de comedia. Después de esta ridícula parodia del ceremonial de proclamación, y la promesa bajamente obsequiosa que hizo a los autores de su elevación, de colmarlos de riquezas y dignidades en cuanto se encontrase en posesión del poder, se presentó repentinamente en público, en medio de aquella multitud armada, que marchaba con las enseñas levantadas. En derredor suyo resonaba el lúgubre ruido de los escudos chocando unos con otros, porque los soldados los levantaban sobre la cimera de los cascos, para resguardarse de las piedras y tejas que suponían habían de lanzarles desde las casas.

Avanzaba la comitiva sin que el pueblo diese señales de oposición ni de simpatía, aunque experimentando esa especie de interés que excita siempre en el vulgo lo nuevo, tanto más cuanto que se había sublevado contra Petronio la animadversión general, por los medios violentos que empleaba para enriquecerse, despertando olvidadas reclamaciones contra todas las clases en virtud de créditos prescritos y títulos caducados que tenía el arte de hacer revivir. Sin embargo, cuando Procopio, subiendo a un tribunal, quiso pronunciar una arenga, la multitud le recibió con sombrío estupor y silencio de mal agüero; creyendo él mismo en aquel momento, como había creído anteriormente, que no había conseguido más que apresurar el término de su vida. Todos sus miembros se estremecieron, trabósele la lengua y permaneció silencioso durante algunos momentos. Al fin, con voz sorda y entrecortada, trató de exponer sus pretensiones de parentesco imperial. Saludado entonces Emperador, primeramente por los débiles gritos de bocas compradas, y después por las tumultuosas aclamaciones del populacho, marchó bruscamente al Senado, cuyos miembros principales estaban ausentes; y no encontrándose allí más que una minoría sin resistencia, creyó apoderarse fácilmente del palacio.

Para asombrarse de que tentativa tan temeraria, apoyada en medios tan débiles e irrisorios, pudiese crear a la república perturbación tan deplorable, sería necesario no recordar algunos ejemplos. Adrisco Adramiteno, salido de la ínfima clase del pueblo, consiguió, sin hacer otra cosa que usurpar el nombre de Filipo, suscitar contra Roma la tercera guerra macedónica. Cuando Macrino reinaba en Antioquía surgió de pronto Heliogábalo, Emperador en Emesa. No hubo atentado más inesperado que el de Maximino, a la muerte de Alejandro Severo y de su madre Mammea. Y últimamente, en África se vio a Gordiano el Viejo, aclamado Emperador a viva fuerza, por repentino terror, terminar su vida con una cuerda.

Los mercaderes menos importantes, los empleados del palacio en funciones o sin ellas, los retirados del servicio militar, se decidían, unos a su pesar, otros por afición al nuevo orden de cosas. Todos los demás, considerando que en cualquiera otra parte había más seguridad, abandonaron secretamente la ciudad y huyeron al ejército del Emperador. Sofronio, a la sazón simple notario y

más adelante prefecto de Constantinopla, precedió a los demás en la emigración. Alcanzando a Valente cuando iba a salir de Cesárea para trasladarse a Capadocia, y esperar en su residencia de Antioquía a que el calor disminuyese en Cilicia, le relató detalladamente los acontecimientos de Constantinopla y supo presentar las cosas de manera que persuadiese al príncipe, al pronto irresoluto y como estupefacto, para que marchase todo lo más pronto posible a la Galacia, a fin de devolver a los ánimos, con su presencia, la seguridad que flaqueaba.

Mientras Valente caminaba a largas jornadas, Procopio trabajaba día y noche en interés de su causa. Tenía afiliados que decían venir, unos del Asia, otros de las Galias, insinuando hábilmente y con la mayor serenidad que Valentiniano había muerto y que todo se preparaba en favor de la nueva autoridad. Convencido Procopio de que es necesario arriesgarse, y que en revolución la seguridad consiste en marchar de prisa, quiso desde el primer momento descargar grandes golpes. Nebridio, a quien el partido de Petronio acababa de hacer prefecto del pretorio en reemplazo de Salustio, y Cesáreo, prefecto de Constantinopla, fueron encarcelados. Dióse la administración de la ciudad a Fronemo y el cargo de maestro de los oficios se confió a Eufrasio, los dos galos y hombres de mérito y de talento. Gomoario y Agilón, llamados de nuevo al servicio, recibieron la dirección de los asuntos militares; elección desacertada, como se vio después. Inquietaba mucho a Procopio la proximidad del conde Julio, que mandaba por Valente en Tracia, y que a la primera noticia de la revuelta, podía salir de sus cuarteles y aplastarle. Una carta que obligaron a escribir a Nebridio desde su prisión, fingiendo que lo hacía por orden de Valente, atrajo a Julio, so pretexto de urgentes medidas que había que tomar contra los bárbaros, hasta Constantinopla, donde se le encarceló cuidadosamente. Por medio de esta estratagema se adquirió para la revuelta, sin combatir, la belicosa Tracia con todos sus recursos. Los comienzos eran favorables a Procopio. A fuerza de intrigas y con el apoyo de su yerno Agilón, consiguió Arasio ser prefecto del pretorio; realizándose otros muchos cambios en los cargos del palacio y en la administración de las provincias. A veces se aceptaban a disgusto los nombramientos, pero con mayor frecuencia los solicitaban ardientemente y hasta los compraban. Como siempre, véase surgir de la hez del pueblo, de esas gentes que se lanzan ciegamente por los caminos que les parece abrirles la revolución, y otras a quienes la fortuna había elevado a los primeros puestos de la escala social, precipitarse, sin embargo, con regocijo, ante el destierro o la muerte.

Estas primeras medidas daban cierta fuerza a la rebelión: faltaba rodearla de vigor militar, sin el cual fracasan las revoluciones y hasta las medidas más legales. Con facilidad extraordinaria se consiguió este elemento de triunfo. Habíanse dirigido apresuradamente hacia Constantinopla numerosos destacamentos de infantería y caballería para tomar parte en las operaciones militares en Tracia; y a su llegada a la ciudad, se les tentaba con toda clase de ofrecimientos y agasajos. Su reunión formaba ya el núcleo de un ejército. Fascinados por las seducciones de Procopio, todos se comprometieron, con duros juramentos, a servirle hasta la muerte. Había imaginado un medio excelente para influir en sus ánimos, el cual consistía en recorrer sus filas llevando en los brazos la hija, muy pequeña a la sazón, del Emperador Constancio, cuyo nombre resonaba todavía con cariño en el ejército. De esta manera quería asociar la fuerza de los recuerdos a los derechos personales que pretendía tener por su parentesco con Juliano. La Emperatriz Faustina había puesto a su disposición, con mucha oportunidad, para esta maniobra, algunas prendas del traje imperial. Procopio tenía además un proyecto que exigía decisión y prudencia: el de apoderarse de Iliria. Pero los agentes que eligió, por incapacidad o aturdimiento, creyeron conseguirlo todo distribuyendo audazmente algunas monedas de oro con la efigie del nuevo Emperador y otras combinaciones de igual alcance; logrando con estos medios caer en seguida en manos de Equicio, comandante militar del país, que los hizo perecer en diferentes suplicios. Para evitar nuevas tentativas parecidas, Equicio mandó guardar severamente los tres desfiladeros que establecen la comunicación entre el Imperio de Oriente y las provincias del Norte; esto es, el paso por la Dacia ribereña del Danubio, el célebre de Succos, y el que se conoce con el nombre de Acontisma, en Macedonia. Esta precaución hizo perder al usurpador hasta la esperanza de apoderarse nunca de la Iliria, privándole de los

importantes recursos que hubiese podido obtener.

Asustado Valente por la noticia de la rebelión, había retrocedido bruscamente por la Galo-Grecia, pero avanzaba con precaución y miedo, una vez informado detalladamente de lo que había ocurrido en Constantinopla. Su juicio se encontraba perturbado, y el desaliento se apoderó de su ánimo hasta el punto de pensar en desprenderse de la carga de la púrpura, demasiado pesada para él; cobarde designio que habría llevado a cabo, a no ser por las instancias de sus amigos. Sobreponiéndose al desaliento, dispuso que las dos legiones de los Jovianos y Victorinos marchasen contra los rebeldes. Al acercarse, Procopio, que acababa de entrar en Nicea, retrocedió con los Divitenses y el grueso de los desertores de quienes había podido rodearse. En el momento en que llegaban a las manos, avanzó solo en medio de las saetas que lanzaban por ambas partes, y con el aspecto de aquel que quiere retar a otro a singular combate. También le inspiró ahora su fortuna. En las filas opuestas se encontraba un tal Vitaliano, a quien no se sabe si conocía Procopio: lo cierto es que, saludándole amistosamente con la mano, le dirigió en latín estas palabras, con profundo asombro de todos: «¡He aquí, dijo, la antigua fidelidad del soldado romano, la religión del juramento, inviolable en otro tiempo! Tantos hombres valientes van a desenvainar ciegamente la espada en favor de desconocidos, pareciéndoles bien que un miserable pannonio, opresor imbécil, goce en paz de un poder a cuya posesión jamás pudo atreverse su pensamiento; mientras que nosotros estamos reducidos a gemir por nuestros males y los vuestros; como si no os mandase el deber apoyar más bien a la familia de vuestros soberanos, que combate noblemente, no como aquellos, para apoderarse de vuestros despojos, sino para recobrar sus legítimos derechos.»

Estas cortas palabras le ganaron todos los ánimos, y hasta los más decididos inclinaron las águilas y las enseñas, pasándose a las filas del usurpador. Todos le aclamaron Emperador, con el formidable grito que los bárbaros llaman *barritus* (el grito de los elefantes), y los dos ejércitos reunidos le llevaron al campamento, tomando a Júpiter por testigo, según costumbre militar, de que Procopio era invencible.

Otro éxito más importante habían de alcanzar los rebeldes. Un tribuno, llamado Rutimalco, que había tomado partido por Procopio, y recibido el gobierno del palacio, marchó por mar a Drepana, hoy Helenópolis, llevando un plan, hábilmente concertado, y ocupó de pronto Nicea, aprovechando sus inteligencias con la guarnición. Valente envió en seguida para recobrar la ciudad a Vadomario, antes rey de los alemanes, con tropas acostumbradas a las operaciones de sitio. Por su parte, marchó por Nicomedia a Calcedonia, cuyo sitio quería impulsar vigorosamente también. Desde lo alto de las murallas le abrumaban con injurias los habitantes, llamándole por irrisión *sabaiarius*, es decir, fabricante de ese licor que se extrae de la cebada o del trigo candeal, que es en Iliria la bebida del pobre. Apremiado al fin por la falta de víveres y la obstinación de los sitiados, Valente iba a retirarse. De pronto, brusca salida de la guarnición, a las órdenes del audaz Ramitalco, destroza parte de los sitiadores, y procura sorprender por la espalda al Emperador, que se encontraba todavía en el suburbio. La empresa hubiese alcanzado completo éxito si el Emperador, advertido del peligro a tiempo, no hubiese atravesado apresuradamente el lago Sunón, poniendo las sinuosidades del río Galo entre su persona y sus perseguidores. Este golpe de mano hizo a Procopio dueño de toda la Bitinia.

Regresando precipitadamente a Ancira, allí supo Valente la aproximación de Lupicino con fuerzas considerables. Entonces recobró la esperanza, y se apresuró a enviar contra el enemigo a Arinteo, el mejor de sus generales. Cerca de Dadastena, donde ya hemos dicho que murió Joviano, encontró este general a Hiperequino, acompañado de numeroso cuerpo de auxiliares; la amistad de Procopio había elevado a este Hiperequino, de oficial subalterno al mando que ostentaba. Arinteo despreció tan ruin adversario; y con el ascendiente que le daba su elevada estatura y la fama de sus hazañas, mandó a sus enemigos que se apoderasen y atasen a su capitán. Obedecieron, y aquel irrisorio jefe fue aprisionado por sus mismos soldados.

Entretanto, un empleado de las larguezas de Valente, llamado Venusto, enviado hacía algún tiempo a Oriente para pagar el sueldo a las tropas, al tener noticia de aquellos peligrosos

acontecimientos, se había apresurado a refugiarse en Císico con los fondos de que estaba encargado. En esta plaza encontró a Sereniano, conde de los domésticos, que se había encerrado en ella para guardar el tesoro, con las tropas que había podido reunir apresuradamente. Sabido es que esta ciudad, famosa por sus antiguos monumentos, posee un recinto de murallas inexpugnables. Sin embargo, Procopio había reunido fuerzas considerables para sitiarla, con objeto de hacerse dueño del Helesponto lo mismo que de la Bitinia. Pero una nube de flechas, de piedras de honda y otras armas aplastaban a los sitiadores desde lo alto de las murallas, paralizando sus esfuerzos. Además, los habitantes, para cerrar el puerto a las naves enemigas, habían tendido a la entrada fuerte cadena de hierro, sujeta por los dos extremos. Después de una serie de combates encarnizados, jefes y soldados sitiadores comenzaban a cansarse, cuando un tribuno, llamado Aliso, tan hábil como resuelto, se ingenió para vencer el obstáculo de la manera que voy a decir.

Amarraron juntas tres naves, y sobre sus planas cubiertas se colocaron soldados, unos de pie, otros inclinados y los últimos en cuclillas, levantando todos los escudos sobre las cabezas, de manera que formasen unidos la especie de tortuga llamada bóveda, género de defensa que se emplea ventajosamente en los asaltos, porque las armas arrojadas se deslizan por encima como la lluvia en los tejados. Protegido de esta manera contra las saetas, Aliso, que gozaba de extraordinario vigor corporal, consiguió, haciendo levantar la cadena por medio de fuertes palancas de madera, romperla a hachazos, abriendo de este modo libre paso a la ciudad, que quedaba ya sin defensa. El heroísmo de esta hazaña valió a su autor, hasta después de la muerte del jefe de la rebelión, y en medio de los rigores de que eran objeto sus cómplices, la vida salva y la conservación de su categoría. Vivió mucho tiempo después, encontrando la muerte en un combate con una banda de ladrones isaurios.

Procopio, a quien este triunfo aseguraba la posesión de la ciudad, se apresuró a entrar en ella y perdonó a cuantos habían tomado parte en la defensa, exceptuando solamente a Sereniano, a quien mandó cargar de cadenas y custodiar estrechamente en Nicea. En seguida confirió al joven Hormisdas, hijo del regio proscrito Hormisdas, la dignidad de procónsul, con los antiguos atributos civiles y militares de este cargo. Hormidas mostró en él la moderación que formaba la base de su carácter. Perseguido más adelante en los desfiladeros de la Frigia por los soldados que Valente había enviado para cogerle, tan perfectamente tomó sus disposiciones, que una nave que tenía preparada a todo evento pudo, en medio de una lluvia de flechas, recibirle juntamente con su esposa, que le seguía, y a la que casi tuvo que arrancar de las manos de sus comunes perseguidores. Aquella mujer, de noble y opulenta familia, con su prudente y enérgica conducta, salvó después a su marido de inminente peligro.

Con esta victoria creyóse Procopio elevado sobre la humanidad, olvidando que al que es dichoso por la mañana, la fortuna, con una vuelta de su rueda, lo hace por la tarde el más desgraciado de los hombres. La casa de Arbación que, por antigua conformidad de sentimientos, había respetado hasta entonces como la suya, por su orden la despojaron un día de todas las preciosidades que encerraba; y esto porque el propietario se había excusado, con las enfermedades de su vejez, de presentarse a él después de recibir orden para ello. Todo retraso parecía peligroso al usurpador, y, sin embargo, en vez de obrar él mismo con rapidez en las provincias que, encorvadas bajo yugo demasiado pesado, suspiraban por nuevo régimen, se entretuvo puerilmente en negociar en tanto con una ciudad, en tanto con otra y asegurarse la cooperación de gentes hábiles en desenterrar tesoros. Necesitaba, sin duda, dinero para la terrible guerra que debía esperar; pero se entorpeció en estas contemporizaciones como la espada que se enmohece. De esta misma manera Pacencio Níger, llamado por los votos del pueblo romano como última esperanza, perdió un tiempo precioso en Siria y dejó que se le adelantase Severo. Vencido en Issus, como lo fue en otro tiempo Darío, no tuvo otro recurso que la fuga, y pereció, por mano de obscuro soldado, en un arrabal de Antioquía.

(Año 366 de J. C.)

Estas cosas habían ocurrido en lo más recio del invierno, bajo el consulado de Valentiniano y

Valente. La magistratura suprema pasó entonces a Graciano, simple particular todavía en esta época, y a Dagalaifo. Al comenzar la primavera, Valente, llevando por lugarteniente a Lupicino, a la cabeza de numerosas fuerzas, marchó a Tesinonta, ciudad frigia en otro tiempo, y hoy gálata; y después de dejar guarnición suficiente para mantener el orden en sus barrios, se dirigió con rapidez a la Licia, con el propósito de atacar a Gomoario, que permanecía allí inactivo. Este proyecto tenía muchos contradictores, quienes para apartarle de él insistían enérgicamente en la presencia en las filas enemigas de la hija de Constancio y de su madre Faustina. Procopio las hacía recorrer en litera el frente de su ejército, con objeto de inflamar el valor del soldado con la presencia de aquel retoño de sus antiguos señores, cuya sangre, repetía a cada momento, corría también por sus venas. Este mismo medio pusieron en práctica antiguamente los macedonios que, en una guerra con sus vecinos de la Iliria, hicieron colocar detrás de sus filas la cuna de su rey niño, con objeto de que se inflamase más y más su ardor por vencer ante el temor de que cayese el regio niño en manos de sus enemigos.

En cambio de estas astucias, el Emperador supo atraerse un partidario capaz de hacer inclinar la balanza en favor suyo. Desde que terminó su consulado, Arbación vivía retirado de los negocios. Valente le invitó a que viniese a su corte, seguro de que solamente la presencia de este veterano de Constantino haría volver al deber a muchos rebeldes, como así sucedió en efecto. Muchos retrocedieron cuando se oyó a aquel decano del ejército, el primero de los generales en edad y dignidad y tan venerable por sus canas, tratar de bandido a Procopio, y, dirigiéndose a los soldados que habían faltado, llamarles hijos, compañeros de sus viejos servicios, y suplicarles que se entregasen a él como a un padre, antes que obedecer a un miserable justamente desacreditado, cuyo castigo no podía tardar mucho tiempo. La impresión que produjo alcanzó hasta Gomoario, quien, pudiendo eludir el ataque y retirarse sin pérdidas, prefirió marchar voluntariamente al campamento de Valente y, gracias a la proximidad, suponerse sorprendido por fuerza superior.

Reanimado con estos éxitos, Valente trasladó su campamento a Frigia, donde los enemigos habían reunido sus fuerzas cerca de Nicolía. Pero en el momento de llegar a las manos, Agilón, que los mandaba, abandonó repentinamente las enseñas. Muchos de los suyos imitaron su desertión cuando ya se excitaban al combate, pasando a las filas contrarias con las enseñas bajas y los escudos al revés, como proclamando ellos mismos la desertión.

Desesperando Procopio de su fortuna ante tan inesperado caso, huyó a pie, buscando refugio en los bosques y montañas inmediatas, siguiéndole únicamente los tribunos Florencio y Barchalba. Este último había militado con distinción en todas las guerras desde el reinado de Constancio, y había entrado en la rebelión antes por necesidad que de buen grado. Los tres vagaron durante toda la noche, iluminados constantemente por la luna, cuya claridad aumentaba su temor. Procopio, como de ordinario sucede en las circunstancias desesperadas, no encontraba en sí mismo ningún recurso; y viendo sus dos compañeros que no existía esperanza alguna de salvación, arrojáronse de pronto sobre él, le maniataron, y, en cuanto amaneció, le llevaron al campamento del Emperador, ante quien permaneció mudo e inmóvil. Inmediatamente le cortaron la cabeza, sepultándose con él aquella naciente guerra civil. Su suerte tiene analogía con la de Perpenna, que ocupó por un momento el poder, después de haber degollado en un festín a Sertorio; pero que, descubierto a poco en un huerto donde se había refugiado, fue llevado a Pompeyo y ejecutado por orden suya.

Florencio y Barchalba, que le habían entregado, fueron condenados también a muerte, víctimas del mismo movimiento de indignación contra la revuelta: rigor irreflexivo, porque si hubiesen sido traidores a un príncipe legítimo, sin duda alguna habrían merecido su suerte; pero habían hecho traición a un rebelde, a un perturbador de la tranquilidad pública, y tenían derecho, por el contrario, a señalada recompensa.

Procopio tenía al morir cuarenta años y diez meses. Su exterior era bastante agradable; su estatura más que mediana, aunque algo encorvado, y miraba siempre al suelo al andar. Por su melancolía y carácter reconcentrado tenía algún parecido con Crasso, de quien Lucilo y Cicerón aseguran no rió más que una vez en su vida; lo que en él se conciliaba, cosa rara por cierto, con un

carácter completamente inofensivo.

Al tener noticia de la muerte de Procopio, su pariente, el protector Marcelo, se introdujo de noche en el palacio donde custodiaban a Sereniano, le sorprendió y le mató, muerte que salvó a muchos. Carácter áspero y devorado por el deseo de hacer daño, si Sereniano hubiese visto triunfar a su partido, hubiese ejercido mucha influencia sobre un príncipe cuyo carácter se le parecía y que era casi compatriota suyo; habría impulsado su inclinación a la crueldad, cuyo secreto había sorprendido, y habrían corrido raudales de sangre.

En cuanto Marcelo se deshizo de Sereniano, marchó para apoderarse de Calcedonia, y, sostenido por un puñado de partidarios a quienes la práctica del vicio o la desesperación impulsaba al crimen, vino a ser él también fantasma de Emperador. Doble desengaño le había llevado a aquella resolución fatal. Los reyes godos, a quienes el pretendido parentesco de Procopio con la familia de Constantino disponía en favor suyo, le habían enviado un socorro de 3.000 hombres, que Marcelo esperaba atraer a su propia causa mediante ligero sacrificio de dinero: además, contaba con la tentativa sobre Iliria, cuyo resultado se ignoraba todavía.

Cuando los acontecimientos se encontraban en este estado, instruido Equicio por informes seguros de que todos los esfuerzos de la guerra iban a reconcentrarse en Asia, había atravesado el paso de Succos, queriendo a toda costa recobrar a Filipópolis, la antigua Eumolpiada, ocupada a la sazón por los rebeldes. Capital importancia tenía para él en todo caso la posesión de esta plaza, y en el supuesto de que hubiese tenido que cruzar la región del Hemus para socorrer a Valente (porque todavía ignoraba lo ocurrido en Nacolia), hubiese sido expuesto dejarla a la espalda en poder del enemigo. Pero informado casi inmediatamente de la algarada de Marcelo, envió un destacamento de hombres inteligentes y valerosas para apoderarse de él como de esclavo refractario y le hizo encerrar en una prisión, de la que no salió sino para sufrir el tormento y la muerte con sus cómplices. Sin embargo, hay que celebrar en Marcelo el haber libertado al mundo de Sereniano, monstruo tan cruel como Falaris, y ministro complaciente de la barbarie de dos años que solamente pedían pretextos para entregarse a ella.

La muerte del jefe de la sublevación puso fin a los estragos de la guerra; pero en los castigos impuestos a sangre fría, se traspasó frecuentemente la medida de la equidad, siendo inflexibles especialmente con la guarnición de Filipópolis, que no se rindió con la ciudad hasta la exhibición de la cabeza de Procopio, que llevaban a las Galias y que les mostraron al pasar. Sin embargo, el rigor no dejó de flaquear en ocasiones ante peticiones influyentes; por ejemplo: Araxio, que por sus intrigas se había hecho dar la prefectura en el momento mismo en que estallaba la sublevación, consiguió, por mediación de su yerno, que se le relegase a una isla de la que no tardó en evadirse. Eufrasio y Tronemo, enviados a Valentiniano en Occidente, para que decidiese acerca de ellos, por el mismo delito, el uno fue absuelto y el otro deportado a Querronesa; tratándose de esta manera a Tronemo por la única razón de que agradaba a Juliano, cuya memoria era odiosa a los dos hermanos, tan lejos de valer lo que él y de parecersele.

Pero muy pronto sobrevinieron calamidades mucho más terribles que las de las batallas. Al abrigo de la paz, vióse abrir sangrienta serie de informaciones judiciales y al verdugo llevando la tortura y la muerte a todas las clases, sin distinción de edad ni posición. Universal concierto de execraciones saludó aquella victoria, más cruel mil veces que la misma muerte. Al menos, cuando la bocina resuena, la igualdad de probabilidades hace considerar la muerte con menos horror, y triunfa el valor o la muerte viene de repente y sin ignominia; al cesar de vivir se concluye de padecer, y a esto queda reducido todo. Pero ante jueces inicuos, cubiertos con máscara de respeto a la justicia, Catones serviles, Cassios hipócritas, que se mueven a una señal del amo, absolviendo o matando según su capricho, la muerte es un mal espantoso, cuya proximidad muy bien puede hacer temblar. Los que en aquel tiempo ambicionaban el bien ajeno encontraban fácil acogida en la corte. Presentándose con una acusación, tenía la seguridad de ser recibido como familiar, como íntimo, y, por manifiesta que fuese la injusticia, de enriquecerse con los despojos del inocente. El Emperador, que era maligno por carácter, recibía y alentaba estas denuncias, gozando

extraordinariamente con la multitud de suplicios. Nunca había leído este hermoso pensamiento de Cicerón: «La desgracia mayor es creer que todo nos está permitido.» Tantos ciegos rigores, en una causa justa, deshonran la victoria. Millares de víctimas fueron clavadas en el caballete o azotadas por el verdugo; y muchos inocentes, que hubiesen preferido mil veces perecer en el campo de batalla, sufrieron el destrozo de sus costados, el despojo de sus bienes, como reos de lesa majestad, o expiraron con el cuerpo en pedazos, en tormentos más espantosos que la muerte.

En fin, cuando la sed de sangre quedó satisfecha, llegó el turno a las confiscaciones, destierros y otras penas, que se pretende calificar de suaves, pero que son verdaderas calamidades y que cayeron sobre los más encumbrados. Más de un personaje de noble familia, tan rico en virtudes como en patrimonio, fue privado de sus bienes y marchó al destierro a mendigar el socorro de precaria caridad, y todo por aumentar el caudal de éste o el otro favorito; no teniendo otro límite estos males que la saciedad del príncipe y de los palacios, hartos de despojos después de haberse hartado de sangre.

En las calendas de Agosto, bajo el consulado de Valentiniano y de su hermano, y antes del fin de la rebelión, cuyos diferentes aspectos y catástrofe acabo de referir, el mundo entero se conmovió con un terremoto sin ejemplo en las fábulas ni en la historia. Poco después de salir el sol, y precedido por tremendos truenos que se sucedían sin interrupción, terrible sacudida quebrantó todo el continente hasta su base. La masa entera de las aguas del mar se retiró, dejando en seco sus profundas cavidades, y toda la población del abismo palpitante sobre el lodo. Por primera vez desde que existe el mundo, el sol iluminó con sus rayos las altas montañas e inmensos valles cuya existencia no se hacía más que suponerla. Los tripulantes de las naves, encalladas o soportadas apenas por lo que quedaba de agua, pudieron coger con la mano los peces y las conchas. Pero de pronto cambió la escena: las olas rechazadas volvieron más furiosas, invadiendo islas y tierra firme, y nivelando con el suelo las casas de las ciudades y de los campos; pareciendo que los elementos se habían conjurado para mostrar sucesivamente las convulsiones más extrañas de la Naturaleza. Multitud de individuos perecieron sumergidos por este imprevisto y prodigioso regreso de la marea. El reflujo, después de la violenta irrupción de las olas, dejó ver muchas naves perdidas en la playa y millares de cadáveres yaciendo en todas posiciones. En Alejandría grandes embarcaciones fueron llevadas hasta encima de los techos de las casas, y yo mismo he visto cerca de la ciudad de Methona, en Laconia, el casco apolillado de una nave lanzada por las olas a cerca de dos millas de la playa.

LIBRO XXVII

Victoria de los alemanes, quedando entre los muertos los condes Charietton y Severiano.—Joviano, jefe de la caballería en las Galias, derrota separadamente a dos cuerpos de bárbaros y detroza otro, matando o hiriendo diez mil hombres.—Simaco y Lampadio y Juvencio, sucesivamente prefectos de Roma.—Damaro y Ursino, bajo la administración del último, se disputan el episcopado.—Descripción de las siete provincias de la Tracia y mención de las diferentes ciudades que se encuentran en ella.—Guerra de tres años hecha por Valente a los godos, que contra él habían enviado socorros a Procopio. Paz que la termina.—Con el consentimiento del ejército, Valentiniano confiere a su hijo Graciano el título de Augusto, y, habiéndole revestido la púrpura, le dirige una exhortación y lo recomienda a los soldados.—Irascibilidad, carácter rudo y crueldades de Valentiniano.—Los pictos, atacotos y escoceses causan estragos en la Bretaña, después de matar a los romanos un duque y un conde. El conde Teodoro los derrota y les arrebató el botín.—Estragos ejercidos por tribus moras en África.—Valente reprime el bandolerismo de los isaurios.—Prefectura de Pretextato.—Valentiniano pasa el Rhin, y, después de un combate mortífero para los dos bandos, derrota a los alemanes que se habían situado en una montaña elevada y los dispersa.—Carácter de Probo, su elevado nacimiento, riquezas y dignidades.—Guerra entre los persas y los romanos por la posesión de la Armenia y de la Iberia.

Durante esta rápida serie de acontecimientos en Oriente, los alemanes se habían repuesto en parte de los rudos golpes con que Juliano quebrantó su poder, y el despecho por lo que habían sufrido les llevaba a maltratar de nuevo las fronteras de la Galia, que por largo tiempo habían respetado. En las calendas de Enero, aprovechando el extremado rigor del invierno en aquellas heladas comarcas, hicieron irrupción muchas bandas a la vez, y, divididas en tres grupos, se extendieron, saqueando el país. Charietton, que mandaba con el título de conde en las dos Germanias, avanzó contra el primer cuerpo con las mejores tropas que tenía. Había llamado en socorro suyo a Severiano, conde también como él, que se encontraba en Calibona con los divitenses y tongrianos. Cuando tuvieron reunidas todas sus fuerzas, lanzaron con prontitud y decisión un puente sobre un río medianamente ancho; y en cuanto vieron al enemigo, trabóse la pelea con nubes de saetas y flechas, que los bárbaros devolvieron con creces a los romanos. Pero cuando se llegó a combatir con la espada, nuestra línea de batalla, quebrantada por el impetuoso choque de los bárbaros, perdió el vigor y la energía, y al ver a Severiano caer del caballo herido por una saeta, emprendió de pronto la fuga. En vano reconvenía Charietton a los fugitivos, y, oponiéndoles su cuerpo por barrera, quiso que lavasen la mancha peleando a pie firme; él mismo recibió mortal herida. Después de su muerte, los bárbaros se apoderaron de la enseña de los hérulos y de los batavos, y, colocándola en evidencia, bailaron en derredor con gritos de insulto y de triunfo. Este trofeo no se recobró hasta más adelante y después de muchos combates.

(Año 367 de J. C.)

A pesar de la consternación que produjo este desastre, inmediatamente se envió a Dagalaifo a París para que procurase repararlo; pero no hizo más que contemporizar, alegando que las fuerzas de los bárbaros estaban demasiado divididas para permitirle descargar un golpe decisivo. Llamáronle muy pronto para recibir con Graciano la investidura del consulado, y Jovino, jefe de la caballería, tomó el mando en lugar suyo. Poseía éste un cuerpo de ejército completo y en buen estado: atendió cuidadosamente a resguardar sus flancos, y, sorprendiendo en Scarponna al cuerpo más numeroso de los bárbaros, antes de que pudiesen acudir a las armas, les exterminó hasta el último. Este triunfo, conseguido sin pérdida alguna, exaltó extraordinariamente el ánimo de los soldados, aprovechándolo aquel hábil general para aplastar el segundo cuerpo. Avanzando con iguales precauciones, enteróse de que otro grupo de bárbaros, después de talarlo todo en las

inmediaciones, descansaba en las orillas del río. Jovino continuó silenciosamente la marcha, oculto por un valle forestal, hasta que al fin vio claramente a los enemigos ocupados, unos en bañarse, otros en peinar su rubia cabellera al uso de su país, y la mayor parte bebiendo. El momento era favorable: manda tocar la bocina y cae sobre aquellos bandidos, que tenían dispersas las armas. Los germanos no pudieron formarse ni reunirse, y solamente opusieron a sus vencedores gritos y vanas amenazas. Toda aquella multitud cayó bajo nuestras lanzas y espadas, exceptuando algunos, muy pocos, que consiguieron escapar vivos, debiendo la salvación a la rapidez con que huyeron por senderos estrechos y extraviados.

Con este gran resultado, en el que tanta parte tenía la fortuna como el valor, creció todavía más la confianza de las tropas. Jovino se dirigió sin dilación, explorando siempre el terreno con prudencia, contra el tercer ejército, que encontró reunido cerca de Catelaunos y preparado para pelear. Acampó en terreno favorable, se atrincheró y dedicó una noche al descanso de las tropas. Al salir el sol, dispuso hábilmente sus fuerzas en vasta llanura, de manera que presentasen, aunque menores en número, pero no en valor, un frente de batalla igual al de los bárbaros. En el momento en que se reunían al son de trompetas, los germanos se detuvieron, intimidados un instante a la vista de nuestras enseñas; pero en seguida se repusieron y el combate se prolongó hasta la noche. El valor de nuestros soldados brilló con su ordinaria superioridad, y casi sin pérdidas hubiesen recogido inmediatamente el fruto de sus esfuerzos, si Balcobaudes, tribuno de la armadura, más valiente en palabras que en obras, no se hubiese retirado vergonzosamente al acercarse la noche. Esta cobardía hubiese hecho inevitable la derrota, si las demás cohortes siguieran su ejemplo, no quedando de nosotros ni uno vivo para llevar la noticia. Pero los soldados se mantuvieron firmes, y tan seguros golpes descargaron, que mataron al enemigo seis mil hombres, hiriéndole cuatro mil; mientras que nosotros solamente perdimos dos mil hombres, de ellos doscientos heridos.

La noche, que puso fin al combate, reparó nuestras extenuadas fuerzas; y al amanecer, el valiente general, que había formado ya en cuadro su ejército, vio que el enemigo había aprovechado la obscuridad para huir. Al atravesar aquella inmensa llanura despejada, en que no podía temerse sorpresa alguna, hollaban montones de heridos con los miembros rígidos, que habían sucumbido prontamente por la pérdida de sangre y el rigor del frío. Después de caminar de esta manera algún tiempo sin encontrar a nadie, retrocedía Jovino, cuando supo que un destacamento de hastatos, que había enviado por otro camino a saquear las tiendas de los alemanes, se había apoderado de su rey, que llevaba solamente débil escolta y lo había ahorcado. En su justo enojo quiso al pronto castigar duramente al tribuno que realizó aquel acto de autoridad; y su condenación era segura, de no probarse que el arrebató del soldado no le dio tiempo para intervenir.

Después de esta gloriosa expedición, emprendió Jovino el camino de París, saliendo regocijado el Emperador a su encuentro, y poco después le designó cónsul. Había llegado al colmo la satisfacción de Valentiniano, porque acababa de recibir de Valente, como homenaje, la cabeza de Procopio. Otros combates menos importantes se libraron todavía en diferentes puntos de la Galia; pero la poca monta de sus resultados no merece que nos ocupemos de ellos, porque no es propio de la historia descender a detalles de tan escaso interés.

Por esta época, o poco antes, la Toscana annonaria presenció un prodigio que burló la ciencia de los más hábiles en adivinación. En Pistora, un día a la tercera hora, ante numeroso concurso de personas, un asno subió al tribunal y comenzó a rebuznar con notable continuidad, dejando estupefactos a cuantos lo vieron u oyeron referir el caso. En vano se formaron al pronto conjeturas acerca del sentido del pronóstico, que, sin embargo, no tardaron en explicar los acontecimientos. Terencio, natural de aquella ciudad y panadero de profesión, habiendo acusado de peculado al ex prefecto Orfito, obtuvo como recompensa la administración de la provincia a título de corrector. Mostróse tan insolente como inquieto, y pereció bajo la prefectura de Claudio por mano del verdugo, convicto, según se dice, de haber prevaricado en el asunto de los transportes por agua.

Mucho antes había tenido Aproniano por sucesor a Símmaco, que puede citarse como uno de los hombres más instruidos y modestos. En la ciudad eterna nunca estuvieron más aseguradas las

subsistencias y, por consiguiente, la tranquilidad, que bajo su prefectura. Símmaco tiene la gloria de haber dejado un puente tan magnífico como sólido a sus conciudadanos, cuya ingratitud fue notoria, puesto que pocos años después quemaron la soberbia casa que poseía al otro lado del Tíber; solamente porque no sé qué individuo de la clase más baja del pueblo, a la aventura y sin prueba alguna, le atribuyó estas palabras: «Antes que vender mi vino al precio que me ofrecen, prefiero guardarlo para apagar cal.»

En seguida ocupó la plaza de Símmaco, Lampadio, que había sido prefecto del pretorio, que se ofendía si no admiraban en él hasta la manera de escupir, pretendiendo hacerlo de un modo tan pulcro que nadie podía imitarle; por otra parte, era hombre íntegro y hábil administrador. Este fue quien, al dar con brillantez los juegos de su investidura como pretor, viéndose agobiado por la gritería del populacho, que reclamaba en provecho de tal o cual favorito larguezas muchas veces innmerecidas, hizo presentarse algunos pobres de los que se colocan en las puertas del Vaticano, y les distribuyó, con su propia mano gruesas cantidades, para demostrar a la vez su liberalidad y su desprecio a los juicios populares. De su notoria vanidad no citaré más que un rasgo asaz inocente, como aviso a los ediles futuros. En todas partes donde la magnificencia de nuestros príncipes ha dotado a la ciudad de un edificio, escribía él su nombre como fundador del monumento y no sencillamente como restaurador. Dícese que Trajano tenía igual manía, lo que valió a este emperador el mote de *herba parietaria*.

Frecuentes tumultos turbaron la prefectura de Lampadio. Una vez (y éste fue el más grave) el populacho, armado con antorchas y blandones, arrojó muchos de ellos sobre su casa, situada cerca de las termas de Constantino, y la hubiesen reducido a cenizas a no ser por la pronta intervención de sus criados, que, ayudados por los vecinos, dispersaron desde los techos a los incendiarios arrojándoles tejas. Asustado el prefecto por las proporciones que había tomado el tumulto, se retiró desde el primer momento al puente Mulvio (que según dicen construyó el viejo Scauro), desde donde dictaba las medidas necesarias para disolver el motín, cuya causa era muy grave. Quería Lampadio construir nuevos edificios, o reparar antiguos, y en vez de imputar los gastos, como se hace en tales casos, al producto de los impuestos, cuando necesitaba hierro, plomo, cobre u otra cosa semejante, enviaba agentes suyos, so color de compra, para que se apoderasen de estos materiales, que no pagaba jamás. Estas exacciones, repetidas hasta lo infinito, habían concluido por sublevar a los pobres que eran víctimas de ellas y hubiesen maltratado al prefecto, de no ponerse prontamente en salvo.

Su sucesor Juvencio, antiguo intendente del palacio y pannoniano de nacimiento, era tan íntegro como mesurado. Su administración suave y circunspecta hizo reinar la abundancia, aunque la ensangrentó terrible discordia, cuya causa fue la siguiente: Dámaso y Ursino se disputaban con ahínco la sede episcopal, y el fanatismo de sus sectarios, tan exaltado como el de los bandos políticos, llegó algunas veces hasta apelar a la violencia y hasta el derramamiento de sangre. No era más posible al prefecto dulcificarlos que reprimirlos, y se vio relegado a un arrabal por sus furores. Dámaso consiguió triunfar en la lucha, y está averiguado que a la mañana siguiente se encontraron ciento treinta cadáveres en la basílica Sicinia (Santa María la Mayor), donde celebran los cristianos sus asambleas. Con sumo trabajo, y mucho tiempo después, se consiguió calmar aquella terrible efervescencia.

Verdaderamente, cuando considero el esplendor de esta dignidad en la capital, no me sorprenden tales excesos de animosidad en los competidores. El que la obtiene está seguro de enriquecerse con los generosos donativos de las matronas, de pasear en el vehículo más cómodo, de deslumbrar todos los ojos con el esplendor de su traje y de eclipsar en sus festines hasta la profusión de las mesas reales. ¡Cuántos se verían mejor inspirados si en vez de emplear como pretexto la grandeza de la ciudad para justificar su lujo, imitasen a algunos compañeros de las provincias, a quienes su frugal comida, su humilde exterior, sus ojos bajos, puras y austeras costumbres, recomiendan con justos títulos a Dios y a los verdaderos fieles! Pero dejemos esto y volvamos a nuestro asunto.

Mientras ocurrían estas cosas en Italia y las Galias, convertíase la Tracia en teatro de nuevos combates. Valente, por consejo de su hermano; que le dirigía en todo, acababa de declarar la guerra a los godos; resolución que tenía legítima causa en el socorro que este pueblo había proporcionado a Procopio durante la guerra civil. Diremos algo acerca de la situación y orígenes de esta comarca.

Fácil sería el trabajo si estuviesen conformes las noticias de los autores antiguos. Pero los libros se contradicen y no ayudan a descubrir la verdad que prometen; por lo que no hablaré más que de lo que he visto. La Tracia, como dice Homero, es un país de vastas llanuras y altas montañas: el poeta inmortal la hizo patria del aquilón y céfiro, siendo esto una ficción, o en su tiempo se comprendía bajo el nombre de Tracia una extensión de país mucho más considerable, habitado por pueblos salvajes. El territorio de los scordiscos formaba indudablemente parte de ella, y en nuestros días pertenece a una provincia muy lejana. Nuestros anales nos dicen cuál era la brutal ferocidad de aquella raza, que sacrificaba sus prisioneros a Marte y a Belona, y bebía con delicia sangre en cráneos humanos. En las guerras que sostuvo con ellos, experimentó Roma frecuentes reveses, y últimamente pereció allí un ejército entero con su jefe.

En sus dimensiones actuales la Tracia tiene la figura de media luna o, si se quiere, la de magnífico anfiteatro. A su extremo oriental se encuentran los escarpados montes que forman el desfiladero de Succos, que separan la Tracia de la Dacia. Al Norte las recortadas cumbres del Hemus y el río Ister, que, por el lado romano, baña el pie de muchas ciudades y fortificaciones y castillos. A la derecha y al Mediodía se alzan las majestuosas crestas del Rhodopes. A Levante la limitan el estrecho, cuyas aguas, viniendo del Ponto Euxino, corren a confundirse con las olas del mar Egeo, formando angosta separación entre los dos continentes. La Tracia toca también a la Macedonia por un punto de su límite oriental, y la comunicación entre ambas comarcas se verifica por una garganta estrecha y abrupta, llamada Acontisma. Encuéntrase cerca de aquí el valle de Aretusa, la estación del mismo nombre donde se enseña la tumba del célebre poeta trágico Eurípides; la Stagira, patria de Aristóteles, boca de oro, como le llama Cicerón. Habitaban en otro tiempo esta comarca pueblos bárbaros, diferentes en costumbres y lenguaje, siendo los más temibles los Odrysos, tan sedientos de sangre humana, que cuando no tenían enemigos que combatir, en medio de sus comidas, ebrios de vino y repletos de alimentos, volvían el hierro contra sus propios miembros.

Cuando el poder romano tomó incremento bajo el gobierno de los cónsules, a fuerza de perseverancia consiguió Marco Didio vencer a esta nación, hasta entonces indomable, que vivía sin culto ni leyes. Druso supo en seguida contenerla en sus límites naturales. Minucio la destrozó en una gran batalla en las orillas del Hebrum, que tiene su origen en las montañas de los Odrysos; y lo que quedaba de ellos pereció en otro combate con el procónsul Appio Claudio, apoderándose entonces la flota romana de las ciudades del Bósforo y de la Propóntida. Después de estos generales apareció Lúculo, que en una sola expedición abatió la ruda nación de los Bessos, y redujo, a pesar de su enérgica resistencia, a los montañeses del Hemus. Su valor hizo pasar toda la Tracia bajo el yugo de nuestros mayores, y por esta conquista, largo tiempo disputada, añadió seis provincias nuevas al territorio de la república.

La primera de estas provincias, que confina por el Norte con la Iliria, es la Tracia propiamente dicha, que tiene como gloria las grandes ciudades de Filipópolis y Borea. La provincia del Hemus comprende Andrinópolis, llamada en otro tiempo Uscudama, y Anquialón. Viene en seguida la Mysia, donde se encuentra Marcianópolis, llamada así del nombre de la hermana de Trajano, Dorostora, Nicópolis y Odysus. Más lejos está la Scitia, cuyas ciudades más populosas son Dionisópolis, Torní y Calatis. En fin, la provincia llamada Europa es la última de la Tracia por el lado del Asia. Cuenta ésta entre sus municipios otras dos ciudades notables, Apris y Perintho, que más adelante se llamó Heraclea, siendo limítrofe de esta última la provincia de Rhodopa, cuyas ciudades son Maximianópolis, Maronea y Ænos, construida por Eneas y abandonada en seguida para ir, bajo mejores auspicios, y después de vagar durante mucho tiempo por los mares, a fundar un establecimiento eterno en Italia.

Cosa reconocida es que los montañeses de esta comarca tienen sobre nosotros la ventaja de una constitución más sana y más robusta y vida más larga. Dícese que la razón de esto es que comen manjares fríos, y que su cuerpo, refrescado continuamente por el rocío, aspira aire más puro, participa más inmediatamente de la influencia vital de los rayos del sol y que los vicios no han penetrado todavía entre ellos. Dichas estas cosas, continuemos nuestro relato.

Después de la derrota de Procopio en Frigia, cuando quedó restablecido en todas partes el orden, Víctor, jefe de la caballería, fue enviado cerca de los godos para averiguar qué motivo había podido determinar a esta nación amiga, unida con los romanos por sincero tratado, a secundar con sus armas una empresa dirigida contra sus legítimos príncipes. Los godos presentaron para justificarse una carta de Procopio, en la que demostraba su derecho al imperio como pariente de Constantino; y añadieron que si se habían engañado, su error era perdonable.

Víctor transmitió la excusa a Valente, quien, considerándola completamente frívola, levantó sus enseñas contra los godos, que en seguida se enteraron de su marcha, y vino, al comenzar la primavera, a acampar con todas sus fuerzas cerca de la fortaleza de Dafnea. Arrojó sobre el Danubio un puente de barcas, sin encontrar resistencia, y como pudo recorrer la comarca en todos sentidos, no encontrando a nadie a quien combatir, ni siquiera expulsar delante, perdió todo freno su confianza. Efectivamente, el miedo se había apoderado de los godos al ver la imponente ostentación de fuerzas del ejército imperial, retirándose en masa a las abruptas montañas de los Serros, en las que nadie podía penetrar sin ser muy perito en aquellos parajes. Sin embargo, no queriendo dejar pasar toda la estación sin resultados, Valente hizo recorrer todo el país por destacamentos que dirigió Arintheo, jefe de la infantería, pudiendo apoderarse de parte de las familias de los enemigos antes de que se refugiases en las alturas. Este fue el único fruto de aquella campaña, de la que regresó el príncipe sin haber experimentado pérdidas, pero también sin haber producido mucho efecto.

Al año siguiente el Emperador iba a entrar con ardimiento por el territorio enemigo, cuando le detuvo el desbordamiento del Danubio. Todo el estío estuvo acampado cerca del pueblo de Carpis; pero continuando la inundación, regresó a pasar el invierno en Marcianópolis.

Valente perseveró, y al siguiente año, un puente lanzado en Noviduno le abrió el territorio de los bárbaros, donde, después de largas marchas, alcanzó a la belicosa tribu de los gruthungos, y llevó delante de él a Athariarico, uno de los jefes más poderosos, que se creyó bastante fuerte para hacer frente al ejército. En seguida regresó el Emperador a Marcianópolis, posición muy cómoda para invernar.

Dos causas debían producir la terminación de la guerra después de este período de tres años. En primer lugar, la prolongada presencia del príncipe en su proximidad era continuo objeto de temor para los godos. En segundo lugar, la interrupción del comercio privaba a los bárbaros de las cosas más necesarias para la vida; viéndose, por tanto, reducidos a implorar la paz por medio de una legación. El Emperador, poco instruido, pero que poseía juicio muy seguro antes de que el veneno de la adulación hiciese su gobierno tan funesto para los asuntos públicos, decidió, después de haber oído a su consejo, que podía aceptarse la paz. Víctor, y después Arintheo, jefes de la infantería y caballería, recibieron el encargo de tratar; y habiendo confirmado sus cartas que los godos estaban dispuestos a aceptar las condiciones, solamente faltaba designar paraje conveniente para las negociaciones. Pero Athanarico alegó una prohibición de su padre y su propio juramento de no poner jamás el pie en territorio romano. El Emperador, por su parte, se habría rebajado yendo a él, resolviéndose la dificultad por medio de un subterfugio. Dispúsose el encuentro en medio del río en naves que llevarían, por un lado al Emperador y su comitiva, y por otro al jefe bárbaro para ratificar el convenio ajustado. Valente se hizo entregar rehenes y regresó en seguida a Constantinopla, a donde llegó más adelante el mismo Athanarico, arrojado de su patria por un bando. Allí murió y se le sepultó con magnificencia según el rito romano.

En medio de estos acontecimientos cayó gravemente enfermo Valentiniano, corriendo peligro su vida. Galos de la guardia del príncipe celebraron por entonces una reunión en la que se trató de

elevant al trono a Rústico Juliano, guarda de los archivos. Este hombre gustaba por instinto de la sangre como las fieras, habiéndolo demostrado plenamente cuando gobernó el Asia con el título de procónsul, si bien se mostró más humano en la prefectura de Roma, que desempeñaba cuando murió: pero dependía esto de la necesidad y el temor, porque no dudaba que debía aquellas elevadas funciones al poder precario de un tirano y a la falta de súbditos más dignos. Otro partido ponía sus miras en Severo, jefe de la infantería, como merecedor de la autoridad suprema. Este era duro y temido; pero en último caso era varón de otro carácter y preferible bajo todos conceptos al primero.

El Emperador recobró, sin embargo, la salud en medio de estas vanas intrigas; y apenas restablecido, meditaba ya la elevación al poder de su hijo Graciano, que frisaba entonces en la edad viril. Preparóse todo anticipadamente para la ceremonia y disponer el ánimo del ejército; en seguida llamó a Graciano, y subiendo con él a un tribunal alzado en el campo de Marte, rodeado de los principales personajes de la corte, cogió por la mano al príncipe, y, presentándolo a la asamblea, lo recomendó con la alocución siguiente:

«El fausto testimonio de vuestra benevolencia; la púrpura de que me habéis considerado digno entre tantos varones ilustres, me permite llevar a cabo, bajo vuestros auspicios y con el apoyo de vuestros consejos, un deber de naturaleza a la vez que de buena política, y que bendecirá Dios, protector de este Imperio. Recibid, pues, favorablemente, valientes amigos, la comunicación que voy a haceros; y estad convencidos de que, a pesar de la voz de la sangre que me habla, nada quiero decidir sin vosotros, sin vuestra aprobación, que es la única que puede dar fuerza y vigor a mi resolución, y con la que todo me será fácil en lo sucesivo. Ved aquí a mi hijo Graciano, a quien el tiempo ha hecho hombre y cuya educación común con la de vuestros hijos, os debe hacer tan querido como a mí mismo. Quiero, si el cielo ayuda mi cariño de padre, dar, al asociarle a la dignidad augusta, una prenda más a la seguridad pública. No ha hecho como nosotros, desde la cuna, el duro aprendizaje de las armas, ni soportado las duras pruebas de la adversidad. Como veis, todavía no se encuentra en estado de soportar las rudas fatigas de la guerra y el polvo de un campo de batalla. Pero puedo decir que lleva consigo el germen del valor y virtudes de sus antepasados. Le he estudiado mucho, y aunque sus costumbres y gustos no están formados aún, vese ya, y su educación lo garantiza, suficientemente, que sabrá juzgar del mérito de las cosas y de los hombres. Con él serán apreciados los buenos. Al lado constantemente de las águilas y de las enseñas, hasta les precederá para correr a la gloria, soportando los ardores del sol y el penetrante frío de la nieve y el hielo, sabrá, si es necesario, haceros muralla con su cuerpo y dar su vida por los suyos. En fin, para abarcar con una palabra toda la extensión de sus obligaciones, la república le será tan querida como la casa de sus abuelos.»

Apenas terminada la oración, resonaron halagüeños murmullos, mostrando extraordinario regocijo todas las filas del ejército, como si cada soldado tuviese empeño en demostrar la parte que tomaba en aquel solemne acto. Graciano fue proclamado Emperador al sonido de todas las trompetas reunidas, mezclándose el de las armas. Valentiniano auguró favorablemente, y, después de haber abrazado a su hijo y revestídole los ornamentos del rango supremo, se dirigió también al joven, radiante bajo su nuevo traje, quien escuchó atentamente a su padre:

«Ya te encuentras, Graciano querido, por mi voto y el de mis compañeros de armas, revestido con la púrpura imperial. Imposible es obtenerla bajo mejores auspicios. Acostúmbrate como colega de tu padre y de tu tío a llevar tu parte de la carga de los asuntos públicos; a hollar, si es necesario, el helado lecho del Rin y del Danubio; a no poner a nadie entre ti y tu ejército; a derramar, aunque no inconsideradamente, tu sangre por tus súbditos; en fin, a no considerar como extraño para ti nada de lo que concierne a tu pueblo. Nada más te digo hoy; pero en caso necesario, no te faltarán mis consejos. En cuanto a vosotros, valientes defensores del Imperio, os encargo a vuestro joven Emperador, rogándoos le consideréis con fidelidad y amor.»

A estas palabras, imponentes por la solemnidad del acto, Eupraxio, nacido en la Mauritania cesariense, y a la sazón guarda de los archivos, exclamó antes que todos: «La familia de Graciano tiene derecho a este honor.» Y en el acto se le hizo cuestor. Muchos rasgos de su conducta en este

cargo pueden citarse como ejemplos dignos de imitar. Mostróse fiel servidor, pero no servil; inflexible y sin pasión como la ley, que no distingue a nadie, y tanto más incapaz de transacción, cuanto que tenía por amo al príncipe más irascible e inclinado a la arbitrariedad. Mucho se alabó entonces a los dos Emperadores, especialmente al más joven, porque el brillo de sus ojos, la gracia de su semblante y de toda su persona, la bondad de su carácter, hubiesen formado conjunto para sostener la comparación con los príncipes más completos, si, demasiado débil todavía para las pruebas que le esperaban, aquel noble corazón hubiese sabido defenderse mejor contra la influencia de los malos consejos.

Al conferir el título de Augusto, y no el de César, a su hermano y a su hijo, Valentiniano puso el amor de familia por encima de la costumbre establecida. El único ejemplo antiguo de caso semejante es el que dio Marco Aurelio asociando a su poder, bajo el concepto de igualdad completa, a su hermano adoptivo Vero.

(Año 368 de J. C.)

Apenas habían transcurrido algunos días desde la solemne manifestación de la concordancia de miras del poder y del ejército, cuando Mamertino, prefecto del pretorio, a su regreso de Roma, a donde había ido a corregir algunos abusos, fue acusado de concusión por Aviciano, ex vicario de África. Reemplazó a Mamertino, Vulcacio Rufino, a quien debe citarse como varón perfecto en todos puntos y tipo de honrada longevidad, exceptuando que no dejaba escapar ocasión alguna de ganancia cuando podía aprovecharla sin escándalo. Rufino logró el llamamiento de Orfito, ex prefecto de Roma, y la restitución de los bienes al desterrado.

Al comenzar su reinado, Valentiniano se había esforzado para dominar los movimientos de furor a que se encontraba sujeto, queriendo burlar la opinión acerca de la notoria irascibilidad de su carácter. Pero no por esto dejaba de fermentar en él esta pasión, haciendo más víctimas su explosión por lo mismo que había estado más comprimida. Los filósofos llaman a la cólera una úlcera del alma, difícil de curar, si no incurable, cuya causa es una debilidad moral. Apóyanse en un argumento especioso, a saber: que los enfermos son más irascibles que las personas sanas, las mujeres más que los hombres, los ancianos más que los jóvenes, y los desgraciados más que los favorecidos por la fortuna.

Entre los actos de crueldad que ejecutó Valentiniano contra los individuos de rango inferior, debe citarse el suplicio de Dioclés, ex tesorero de largueza en Iliria, que pereció en la hoguera por leve falta, y la pena de muerte impuesta también a Diodoro, ex intendente de Italia, y a tres aparitores del vicario, únicamente porque el conde se había quejado de que Diodoro le había intentado un proceso civil, y los aparitores, por orden del tribunal, en el momento de una marcha, se habían atrevido a manifestarle que tenía que responder ante la justicia. Los cristianos de Milán honran estas víctimas, y el paraje de su sepultura se llama todavía hoy Los Inocentes. En otra ocasión ordenó el Emperador la muerte de los decuriones de tres ciudades, por haber, por mandato legal de un juez, apresurado la ejecución de un tal Majencio, que era de Pannonia. «Príncipe, le dijo entonces Eupaxio, escucha antes los consejos de la moderación. Esos mismos hombres a quienes haces perecer como criminales, la religión cristiana los considera mártires, es decir, almas agradables a Dios.» El prefecto Florencio imitó esta valerosa libertad, atreviéndose a decir un día, al enterarse de que por una bagatela el Emperador había dado la misma orden contra tres decuriones de cierto número de ciudades: «¿Y si alguna de esas ciudades no cuenta tres magistrados, habrá que aplazar la ejecución hasta que esté completo el número?» Valentiniano mostraba a veces un refinamiento de tiranía cuya mención solamente subleva. Cuando un litigante se dirigía a él para recusar la jurisdicción de un enemigo poderoso y pedir otro juez, nunca dejaba, cualesquiera que fuesen los motivos de la recusación, de enviar al peticionario ante el mismo magistrado cuya parcialidad le era justamente sospechosa. Pero lo más horrible es esto: si un deudor del estado quedaba insolvente, «es necesario matarle», decía.

A tales extremos lleva el orgullo a aquellos soberanos que niegan el derecho de observación a

sus amigos, y cuyos enemigos, helados por el miedo, no se atreven a desplegar los labios. No hay enormidad de que no se pueda ser culpable cuando se considera el capricho como el derecho de hacerlo todo.

Valentiniano marchaba apresuradamente desde Ambiano a Tréberis, cuando recibió aflictivas noticias de Bretaña. Los bárbaros se habían puesto de acuerdo para dominar por hambre al país, que se encontraba ya en el último extremo. Habían dado muerte al conde Nectarido, que mandaba en las costas, y hecho caer en una emboscada al duque Fulofaudes. Muy alarmado Valentiniano encargó primeramente a Severo, conde de los domésticos, que marchase a remediar el mal en lo posible; en seguida le llamó, reemplazándole con Jovino, que, apenas llegado, le envió a Provertuides para pedir al Emperador un ejército, porque la situación de las cosas exigía este empleo de fuerzas. Más y más inquieto acerca de la posesión de esta isla, el Emperador eligió en último caso para mandar en ella a Teodosio, conocido ya por brillantes éxitos, confiándole lo más escogido de las legiones y las cohortes. Parecía, pues, que esta expedición comenzaba bajo los mejores auspicios.

Cuando me ocupé de los hechos del reinado de Constantino, expliqué lo mejor que pude el flujo y reflujo y describí la posición de la Bretaña: creo, por consiguiente, inútil volver a hacerlo, porque, como Ulises entre los Feacios, tengo miedo al tedio de las repeticiones. Pero es cosa esencial hacer notar que los pictos formaban en esta época dos grupos, los dicalidones y los vesturiones, que, de acuerdo con los belicosos pueblos de los atacotos y escoceses, causaban por todos lados estragos. En los puntos de la isla más inmediatos a la Galia, los francos y sus vecinos los sajones hacían desembarcos y correrías por el interior, saqueando, incendiando, degollando cuanto caía bajo sus manos.

Estas eran las calamidades que llamaban a los extremos del mundo a este hábil capitán, para que, con el auxilio de la fortuna, los remediase. Teodosio marchó a la playa de Bononia, separada de la opuesta por estrecho brazo de mar, cuyas alternadas mareas en tanto agitaban la superficie, en tanto la dejan tranquila como una llanura y sin peligro alguno para el navegante. Embarcóse y saltó a tierra en Rutopia, excelente fondeadero de la otra orilla. Desde allí, seguido por los bátavos, los hérulos, jovianos y victorinos, tropas acostumbradas a vencer, llegó a la antigua ciudad de Lundinio (Londres), llamada después Augusta. Llegado a este punto, dividió sus fuerzas en muchos grupos, y cayendo sobre las partidas enemigas, cargadas de botín, las deshace y les quita los hombres y ganados de que se habían apoderado. Se restituyó lo suyo a los infelices despojados, exceptuando una parte pequeña como recompensa por los trabajos de los soldados. En seguida entró triunfante en la ciudad, antes abrumada por la desgracia; pero que se animaba de repente ante la esperanza que se le devolvía.

Tal comienzo infundió confianza a Teodosio, sin que por esto disminuyese su circunspección. Comparando diferentes planes, parecióle lo más seguro, considerando la multiplicidad de pueblos con quienes tenía que luchar y la dispersión de sus fuerzas, proceder por sorpresas, y deshacer en detalle enemigos cuyo valor salvaje no dejaba otras esperanzas de éxito. Las confesiones de los prisioneros y las manifestaciones de los desertores le confirmaron en esta opinión. En sus edictos prometió entonces la impunidad a los desertores que volviesen a las enseñas, y llamó a los soldados autorizados para permanecer ausentes, reuniéndose casi todos al primer aviso, lo cual era también indicio favorable. Pero viéndose abrumado por multitud de atenciones, pidió enviasen a Bretaña como prefectos a un hombre llamado Civilis, muy entendido y recto, y a Dulcicio, que había dado pruebas de conocimientos militares.

Tal era la situación de las cosas en Bretaña. Desde el advenimiento de Valentiniano, los bárbaros asolaban el África, prodigando muerte y saqueo en sus insolentes incursiones. Los males de este país, aumentados por la relajación de la disciplina, se encontraban agravados más y más por la avidez que se apoderaba de todos los ánimos, y de la que daba ejemplo a todos el conde Romano, aunque sabía hacer que recayese en otros la odiosidad de las exacciones. Odiado por su crueldad, lo era más todavía por el cálculo infame con que se adelantaba a los estragos de la guerra, y atribuía en seguida al enemigo el despojo de las provincias que él mismo había realizado: depredaciones

protegidas por la connivencia de su pariente Remigio, maestre de los oficios, que tenía habilidad para presentar a Valentiniano bajo aspecto muy diferente la deplorable situación de África, y que, con sus falsos relatos, pudo burlar por mucho tiempo la agudeza de que se preciaba el príncipe.

Tengo el propósito de reservar para un relato especial y detallado las circunstancias del asesinato del presidente Ruricio y otros miembros de la embajada, así como también otras escenas de sangre que tuvieron lugar en aquel país. Pero ha llegado el tiempo de la verdad, y he de decir claramente lo que pienso. Una de las faltas de Valentiniano es haber dado, con grave perjuicio del Estado, el primer impulso a la arrogancia del ejército. Prodigó demasiado por esta parte los honores y las riquezas, y, lo que no es menos censurable en moral como en política, inflexible con los simples soldados, cerraba los ojos a los vicios de los jefes, que muy pronto perdieron todo freno, llegando a considerarse como dueños de todas las fortunas. Los legisladores de otros tiempos, por el contrario, estaban prevenidos contra la ambición y la preponderancia militares, hasta el punto de exagerar la aplicación de la pena capital, llevando a la práctica el principio inexorable de que, cuando ha faltado una muchedumbre, debe caer el castigo hasta sobre el inocente a quien la ciega suerte ofrece en sacrificio a la vindicta pública.

Por esta época bandas de isaurios se habían lanzado sobre las ciudades y ricos campos inmediatos, asolando la Pamfilia y la Cilicia, sin encontrar resistencia en ninguna parte. El espectáculo de este saqueo impune y de las devastaciones que dejaba en pos, conmovió al vicario del Asia, llamado Musonio, maestro de retórica en Atenas. Pero la administración estaba desordenada y desorganizadas las tropas, corrompidas por la molición. Musonio decidió reunir en torno suyo algunos elementos de aquella milicia semiarmada, conocida con el nombre de *Diomitas*, y atacar a la primera banda que encontrase. Pero al intentar el paso de una estrecha garganta de aquellas montañas, no pudo evitar una emboscada, donde pereció con toda su gente. Este triunfo, que dio a los isaurios confianza para diseminarse, sacó al fin a nuestras tropas de la inacción. Diose muerte a algunos de aquellos bandidos, y rechazados los demás hasta sus tenebrosas guaridas, también allí fueron alcanzados, hasta el punto que, no encontrando ya descanso ni medios de subsistencia, por consejo de los habitantes de Germanicópolis, a los que siempre consideraron como jefes, aquellos bárbaros se decidieron a pedir la paz. Exigiéronles rehenes, que entregaron, y desde entonces permanecieron mucho tiempo sin cometer actos hostiles.

Encontrábase a la sazón Roma bajo la excelente administración de Pretextato, cuya vida entera es continuada serie de actos de integridad y rectitud. Este magistrado consiguió hacerse amar, al mismo tiempo que supo hacerse temer: habilidad muy rara seguramente, porque, en los subordinados, no se concilian fácilmente el cariño con el temor. Su autoridad y sabios consejos pusieron término a un cisma violento que dividía a los cristianos. Ursino fue expulsado, reinando entonces completa tranquilidad en la ciudad, con profunda satisfacción de los habitantes, pudiendo el prefecto aumentar su propia gloria por medio de algunas reformas útiles. Hizo desaparecer todas aquellas usurpaciones sobre la vía pública, llamadas *Mæniana*, prohibidas por las leyes antiguas; libró a los templos de las construcciones parásitas, con las que muchas veces el interés particular profana y deforma sus inmediaciones, y restableció por completo la uniformidad de pesos y medidas, único medio de impedir la exacción y los fraudes en el comercio. En fin, su conducta como juez le mereció el hermoso elogio que hizo Cicerón de Bruto: «El favor, al que nada concedía, iba unido, sin embargo, a todos sus actos.»

Por este mismo tiempo, durante una ausencia de Valentiniano, que creía bien guardado el secreto, un príncipe alemán llamado Rando, que había tomado mejor sus medidas, aprovechó que Moguntiacun estaba desguarnecida de tropas para introducirse en ella por sorpresa. Casualmente aquel día era una de las grandes solemnidades del cristianismo; y el jefe bárbaro pudo, sin pelear, llevarse innumerables prisioneros de toda condición y sexo y apoderarse de rico botín. Pero muy pronto nos compensamos de este descalabro. Habíanse empleado todos los medios para desembarazarnos de Viticabio, hijo de Vadomario, príncipe endeble y enfermizo, pero cuyo ardiente valor suscitaba contra nosotros continuamente a sus compatriotas. Después de muchas tentativas

vanas contra su vida o su libertad, concluyó por sucumbir, por instigación nuestra, bajo los golpes de un criado suyo. Su muerte hizo que, por algún tiempo, fuesen menos vivas las hostilidades; pero temiendo el asesino que se descubriese su crimen, se apresuró a buscar la impunidad en territorio romano.

Iba a comenzar contra los alemanes una campaña más seria que las anteriores, preparada cuidadosamente con grande reunión de tropas; esfuerzo que exigía la seguridad del Imperio, gravemente comprometida por aquella turbulenta vecindad de enemigos cuyas agresiones eran incesantes. Nuestros soldados se mostraban muy decididos, cansados como estaban de vivir continuamente inquietos ante aquella nación, en tanto humilde hasta la baja, en tanto llevando hasta la exageración la insolencia de sus depredaciones.

En consecuencia de esto, el conde Sebastián recibió orden de concurrir a la expedición con las fuerzas que mandaba en Italia y en Iliria. Y en cuanto terminó el invierno, Valentiniano y Graciano, al frente de numerosas tropas, perfectamente armadas y abastecidas, pasaron el Rhin sin encontrar resistencia. Avanzaron, formando el cuadro, con los dos Emperadores en el centro, y los generales Jovino y Severo en las alas, para evitar todo ataque de flanco, y, precedido por guías seguros para no errar el camino, el ejército penetró en vastas soledades. A cada paso aumentaba la excitación del soldado, viéndosele estremecer de enojo, como si hubiese encontrado al enemigo. Así transcurrieron muchos días, y no encontrando a quien combatir, incendiaban las casas y los cultivos, no perdonando más que los víveres, que debían recoger y conservar por la incertidumbre de la situación.

Hecho esto, el Emperador continuó la marcha, aunque más despacio, hasta que llegó al punto llamado Solicinium. Allí se detuvo como ante una barrera, habiéndole advertido sus exploradores que el enemigo estaba a la vista a cierta distancia. Habían comprendido los bárbaros que su única esperanza de salvación consistía en tomar la ofensiva; y de común acuerdo se situaron en la parte culminante de un grupo de altas montañas compuestas de muchos picos escarpados e inaccesibles, a excepción de las vertientes del Norte, donde el declive era suave y fácil. Los soldados clavaron las enseñas y gritaron a las armas; pero ante la orden del Emperador permanecieron inmóviles, esperando que, levantado el estandarte, les diese la señal. Esta prueba de disciplina era ya prenda de triunfo. Sin embargo, la impaciencia del soldado por una parte y los horribles gritos de los alemanes por otra, soportaban mal o, mejor aún, no soportaban en manera alguna las dilaciones. Sebastián tuvo que ocupar apresuradamente la ladera septentrional de la montaña, con cuya maniobra se apoderaría de los fugitivos en el caso de que los alemanes quedasen derrotados. Graciano, demasiado joven todavía para las fatigas y peligros de una batalla, tenía su puesto natural en la retaguardia, cerca de las enseñas de los jovianos. Tomadas estas disposiciones, Valentiniano, como general experimentado, con la cabeza descubierta, pasó revista a las centurias y manípulos. En seguida, sin comunicar a los jefes su propósito, despidió la escolta, no conservando a su lado más que algunos hombres decididos y hábiles, marchando con ellos a reconocer personalmente la base de la montaña, porque confiaba (dudando poco de sí mismo) en encontrar algún sendero que hubiese escapado al examen de los exploradores. Extravióse en un terreno pantanoso y estuvo a punto de perecer en una emboscada que le esperaba a la vuelta de un peñasco; pero lanzando, como último recurso, su caballo por áspera y resbaladiza pendiente, consiguió ponerse al abrigo de sus legiones. Tan difícilmente escapó, que su cubiculario, que llevaba su casco adornado de oro y pedrería, desapareció con él, sin que jamás pudiera averiguarse su paradero.

En cuanto descansó algo el ejército, desplegóse el estandarte dando la señal ordinaria, acompañada con el sonido de las trompetas. En el acto dos guerreros jóvenes y distinguidos, Salvio y Lupicino, escutario el uno y el otro del cuerpo de los gentiles, se adelantan con rápido paso a la marcha de los suyos, invitándoles con voz terrible a seguirles; llegando en seguida a las asperezas del monte, blandiendo las lanzas y esforzándose, a despecho del enemigo, para salvar el obstáculo. Llega el grueso del ejército, y con sobrehumanos esfuerzos consigue, siguiendo sus huellas entre matorrales y peñascos, ganar al fin las alturas. Entonces se cruzan los hierros y comienza la lucha

entre la táctica y la ferocidad brutal. Aturdidos por el sonido de las trompetas y los relinchos de los caballos, los bárbaros se turban, viendo extenderse nuestro frente de batalla y encerrarlos entre sus dos alas. Serénanse, sin embargo, y continúan peleando a pie firme. Por un momento la matanza es igual y la victoria queda indecisa; pero el ardor romano vence al fin, apodérase el miedo del enemigo y la confusión que se introduce en sus filas le entrega sin defensa a los golpes. Quieren huir, pero extenuados por la fatiga, los nuestros les alcanzan a casi todos y no tienen más trabajo que el de matar. Quedan montones de cadáveres sobre el campo de batalla; y de los que escaparon con vida, unos van a dar con las tropas de Sebastián, que les esperaban, sin mostrarse, al pie de la montaña y fueron destrozados: los demás corrieron a la desbandada a refugiarse en el interior de los bosques. Nosotros experimentamos también en este combate pérdidas muy sensibles. Entre los muertos quedó Valeriano, jefe de los domésticos, así como también el escutario Natuspardo, soldado cuyo valor solamente era comparable al de Sicinio y de Sergio. Después de esta victoria, pagada a buen precio, volvió el ejército a invernar en sus cantones y los dos Emperadores a Tréveris.

Por este tiempo murió, ejerciendo sus funciones, Vulcacio Rufino, llamándose de Roma, para la prefectura del pretorio, a Probo, a quien recomendaban su ilustre alcurnia e inmensas riquezas. Tenía posesiones en casi todos los puntos del imperio; bien o mal adquiridas, cosa que no intento juzgar. Puede decirse, en el lenguaje de los poetas, que la Fortuna le llevó sobre sus rápidas alas. Había dos hombres en él, uno amigo leal y sincero, otro enemigo peligroso y vengativo. A pesar del aplomo y confianza que debían darle sus inmensas generosidades y la costumbre del poder, Probo bajaba el tono en cuanto lo alzaban con él, no siendo gran personaje más que con los humildes: calzaba el coturno trágico cuando se encontraba seguro; humilde sandalia cuando tenía miedo. Así como el pez no vive fuera de su elemento, Probo no respiraba desde el instante en que no ocupaba puesto. Además, siempre le impulsaba al poder, de bueno o mal grado, el interés de alguna familia importante, que no concordando la regla del deber con la intemperancia de los deseos, quería asegurarse la impunidad, procurándose elevada protección. Porque debemos consignar que, si personalmente era incapaz de exigir nada ilícito a un cliente o a un subordinado, no dejaba, sin embargo, cuando pesaba alguna sospecha sobre alguno de los suyos, de tomar su defensa con razón o sin ella, aunque fuese en contra de la justicia. Esta conducta la censura enérgicamente Cicerón, cuando dice: «¿Qué diferencia hay entre aconsejar el mal o aprobarlo? No era esa mi voluntad. ¿Qué importa, si me parece bien después de realizado?» Su carácter era desconfiado, reconcentrado, amarga su sonrisa. Mostrábase cariñoso cuando deseaba hacer daño; pero es cosa rara que esta hipocresía no se trasluzca cuando se tiene mayor seguridad de engañar. Su enemistad era inflexible, implacable, y nunca quedó desarmada ante la confesión de haber sido involuntaria la ofensa, pareciendo que se tapaba los oídos, no con cera, sino con plomo. Con ánimo inquieto y cuerpo enfermizo consumió su vida, ocupando siempre los puestos más elevados y encontrándose en él colmo de las prosperidades. Tal era el estado de las cosas en Occidente en esta época.

Entretanto el rey de los Persas, aquel viejo Sapor, no perdía su afición a las invasiones con que había señalado su reinado desde el principio. Después de la muerte de Juliano y del vergonzoso tratado que la había seguido, subsistió por algún tiempo aparente armonía entre nosotros y aquel príncipe; pero no tardó en hollar aquel pacto, como si hubiese dejado de ser obligatorio desde que no existía Joviano; viéndosele ya extender la mano sobre la Armenia y procurar reunirla a sus dominios. Estando en contra suya el espíritu público, empleaba alternativamente el artificio y la violencia, unas veces procurando seducir a los sátrapas y magnates del país, y otras ejerciendo hostilidades sobre uno u otro punto. Consiguiendo al fin, con inaudita combinación de astucias y perjuros, engañar al mismo rey Arsaces y atraerle a un festín, hizo que le llevaran en seguida a un paraje apartado, donde le sacaron los ojos. Hecho esto, le cargaron de cadenas de plata (honor que solamente se concede a los grandes, y que, según las ideas de aquel país, es dulcificación de pena); y en seguida relegado a un fuerte llamado Agabana, donde al fin le mataron en medio de mil tormentos. No se limitó el pérfido monarca a esta violación de la fe jurada; expulsó a Sauromaces,

que por autoridad romana empuñaba el cetro de Hiberia, y puso al frente de aquella comarca a Aspacuras, un desconocido a quien ciñó la diadema, en manifestación de su desprecio al poder de Roma. En fin, para colmo de insolencia, confirió la autoridad sobre la Armenia entera a dos tráfugas, el eunuco Cylax y Artabano (el uno había sido prefecto y el otro, según se dice, jefe de la fuerza armada), mandándoles a los dos que no omitiesen nada para apoderarse y destruir a Artogaresa, ciudad muy fuerte y bien guarnecida, donde se encontraban el tesoro de Arsaces, su viuda y su hijo.

En consecuencia de esto la sitiaron; pero la elevada posición de la plaza, edificada en las montañas, y lo riguroso del clima, imposibilitaban las operaciones en invierno. Cylax, en su calidad de eunuco, sabía entenderse con las mujeres, y quiso ensayar esta influencia, marchando juntos Artaban y él, provistos de un salvoconducto, hasta el pie de las murallas y consiguiendo la entrada. En primer lugar intentaron asustar a la reina y a la guarnición, insistiendo acerca del violento carácter de Sapor y la necesidad de calmarlo por medio de pronta sumisión. Pero después de algunas discusiones, aquellos negociadores, tan celosos por la rendición de la plaza, movidos por las elocuentes lágrimas de la reina por la suerte de su esposo, entreviendo tal vez por este lado mayores recompensas, cambiaron repentinamente de plan y trabaron secreta inteligencia con los sitiados. Convínose que la guarnición haría una salida nocturna a una hora determinada para destrozar el campamento, y que previamente regresarían ellos para asegurar el éxito de la sorpresa. Después de obligarse bajo juramento, dejaron a Artogaresa, regresaron diciendo al ejército que los sitiados pedían dos días para deliberar acerca de lo que debían hacer y le adormecieron con la fe en esta declaración. En efecto; a la hora de la noche en que el sueño es más profundo, abrieron de pronto las puertas de la ciudad; fuerzas escogidas se deslizaron en silencio, y con la espada en la mano, en el campamento, realizando tremenda matanza, sin encontrar resistencia por parte de los Persas. Esta inesperada deserción y el desastre que produjo vinieron a ser grave motivo de enojo entre nosotros y Sapor. Creciendo más y más el resentimiento de este último cuando se enteró de la evasión de Para, hijo de Arsaces, que había abandonado furtivamente la ciudad por consejo de su madre, y la acogida que había dispensado Valente al fugitivo, asignándole para residencia la ciudad de Neocesarea en el Ponto, con una pensión generosa.

Estas muestras de afecto alentaron a Cylax y Artaban a enviar una legación a Valente, pidiéndole por rey a Para y socorros. Atendiendo a las circunstancias, fueron negados los socorros; pero el duque Terencio recibió encargo de llevar a Para a la Armenia para que ejerciese la autoridad sin revestir las insignias de rey; condición que le impusieron para eludir la censura de violación del tratado.

Todas estas cosas exasperaron extraordinariamente a Sapor, que reunió numerosas fuerzas, y desde aquel momento taló abiertamente la Armenia. Al acercarse tembloroso Para y no esperando auxilio alguno, huyó con Cylax y Artaban, igualmente asustados, y se refugió en la cumbre de las montañas que separan el imperio del territorio de Lazica. Durante cinco meses permanecieron allí ocultos, burlaron las persecuciones del rey de Persia, comprendiendo éste al fin que perdía el tiempo buscándoles en invierno. Quemó los árboles frutales, colocó guarniciones en todos los fuertes del país que había conquistado con las armas o se había hecho entregar por astucias, y volvió con todas sus fuerzas para caer sobre Artogaresa, de la que se apoderó e incendió después de algunos combates que acabaron de aniquilar la guarnición. Entonces cayeron en su poder la esposa de Arsaces y sus tesoros. Este acontecimiento determinó el envío de un ejército a las órdenes de Arintheo, con objeto de socorrer a la Armenia en el caso de que los Persas comenzasen de nuevo las hostilidades contra ella.

Entretanto Sapor, cuya astucia era incomparable, y que, cuando tenía interés en ello, sabía tomar formas insinuantes, trabajaba para atraerse a Para por medio de emisarios. Con el cebo de su alianza, que le mostraba en perspectiva, reconveníale con hipócrita benevolencia acerca del excesivo ascendiente que dejaba tomar a Cylax y Artaban, de quienes, según decía Sapor, era esclavo con sombra de rey. El crédulo príncipe cayó ciegamente en el lazo que encubrían aquellas

indicaciones, hizo matar a los dos ministros, y envió sus cabezas a Sapor, en señal de sumisión.

Pronto se divulgó por todos lados esta sangrienta ejecución, y habría perecido toda la Armenia si, intimidados los Persas por la aproximación de Arintheo, no hubiesen abandonado su empresa, contentándose con enviar una legación al Emperador pidiéndole, según los términos del tratado ajustado con Joviano, que no interviniese en aquellos asuntos. La reclamación fue rechazada, y Terencio marchó con doce legiones a reemplazar a Sauromaces en el trono de Hiberia. El príncipe expulsado llegaba al río Cyrus cuando su primo Aspacuras vino a suplicarle que le permitiese reinar juntamente con él y en buena armonía, como consanguíneos, apoyando su petición en la imposibilidad en que se encontraba, por tener a su hijo Ultra en rehenes en poder de los Persas, de abandonar su derecho y unirse con los romanos.

Enterado el Emperador, creyó conveniente no emponzoñar la cuestión oponiéndose, y accedió a la división de la Hiberia, fijándose como frontera recíproca el Cyrus, que atraviesa el país. Sauromaces reinó sobre los Lazis y el territorio limítrofe de la Armenia; y Aspacuras sobre el que confina con la Albania y la Persia.

Sapor reclamó contra aquellos convecinos, que calificaba de indignos; sobre la intervención de los romanos en Armenia, con desprecio de los tratados; sobre la nulidad de sus tentativas para conseguir una enmienda, y últimamente, sobre la repartición, sin consentimiento suyo, del reino de Hiberia. Considerando roto el tratado, pidió auxilio a las naciones vecinas, y se preparaba para entrar en campaña a la primavera, jurando destruir todo lo que, sin él, habían hecho los romanos.

LIBRO XXVIII

Considerable número de senadores y mujeres patricias son acusados y condenados a muerte por magia, envenenamiento y adulterio.—El emperador Valentiniano guarnece con fortificaciones y castillos toda la orilla del Rhin por el lado de las Galias.—Los alemanes matan algunos soldados romanos empleados en una obra de éstas.—Los bandidos de Marathocypra, en Siria, exterminados por orden de Valente y arrasado su pueblo.—Teodoro restaura las ciudades saqueadas por los bárbaros en Bretaña, repara las fortificaciones de esta isla y reconstituye la provincia, a la que da el nombre de Valentia.—Olibrio y Ampelio son prefectos de Roma sucesivamente.—Vicios del Senado y del pueblo romano.—Los sajones en la Galia.—Los romanos aprovechan una tregua para sorprenderles y exterminarles.—Valentiniano compromete a los borgoñones, con la falsa promesa de obrar de acuerdo, a lanzarse sobre el territorio alemán. Conocen el engaño y regresan a su país, después de matar a los prisioneros.—Desastres causados por los austurianos en la provincia de Trípoli y en las ciudades de Leptis y Cæa, quedando impunes a consecuencia de los fraudulentos manejos del conde Romano, que engaña al Emperador.

Mientras que, como ya hemos dicho, la perfidia del rey de Persia lo removía todo en Oriente, resucitando la guerra con sus intrigas, comenzaban de nuevo las matanzas del tiempo de Nepociano, más de diez y seis años después de su trágica muerte, a ensangrentar la ciudad eterna. Una chispa bastó para producir aquel incendio; y tal vez fuera mejor sepultarlo en eterno olvido para impedir que volviesen tales atrocidades; porque el contagio del ejemplo es más temible que el mismo mal. Pero a pesar de que veo más de un peligro en detenerme mucho en estas escenas de horror, me tranquiliza por otra parte la quietud de la época actual: considerándome autorizado para entresacar de la masa de los hechos, los que merecen quedar consignados en la historia; si bien mostraré a lo que se exponía u. autor en los tiempos antiguos al trazar pinturas de este género. En el primer período de su gran guerra con los griegos, los Persas habían reunido todas sus fuerzas para acabar con la ciudad de Mileto. Reducidos a la desesperación los habitantes, y no teniendo más perspectiva que la muerte entre suplicios, reunieron en montón sus muebles, les prendieron fuego, después de haber degollado a todas las personas queridas, y todos a porfía se precipitaron en la hoguera de la patria agonizante. El poeta Phrynycus compuso sobre este asunto una tragedia que fue representada en el teatro de Atenas y escuchada al principio con agrado. Pero haciéndose cada vez más triste la acción, creyóse que la exposición de tales dolores traspasaba lo conveniente en la escena; y en vez de un homenaje a la memoria de aquella hermosa ciudad, solamente se vio insultante sátira al abandono en que la dejó la metrópoli; porque Mileto era una colonia de Atenas, que había fundado en la Jonia Nileo, hijo de Codro, que se sacrificó por su patria en la guerra dórica. Pero volvamos al asunto.

Maximiano, a quien habían otorgado la viceprefectura de Roma, nació de obscura familia en Sopianas, en la Valeria. Su padre era allí escribano del oficio presidial, siendo su origen de la nación de los carpos, a quienes Diocleciano arrebató el suelo patrio para trasladarlos a la Pannonia. Maximino, después de recibir mediana educación y haber ensayado sin éxito la abogacía, fue sucesivamente administrador de la Córcega y de Cerdeña, y últimamente corrector de Toscana. Desde este punto pasó al de prefecto de subsistencias en Roma, y durante una interinidad desempeñó a la vez la prefectura de la ciudad y la de la provincia. Tres motivos contribuyeron a contenerle al principio. En primer lugar recordaba a su padre, hombre muy versado en la ciencia de los augures y de los arúspices, que en otro tiempo le predijo que llegaría a puesto muy elevado, pero que moriría por mano del verdugo. En segundo lugar, había contraído estrechas relaciones con un mago sardo, que sabía evocar los manes de los ajusticiados, conjurar las larvas y obtener la revelación de lo venidero: y el temor de alguna indiscreción de aquel hombre, del que se le acusó más adelante de haberse deshecho a traición, le obligó, mientras vivió, a mostrarse humano y

tratable. En fin, tenía algo de la serpiente, y, como ésta, sabía arrastrarse hasta el momento de enroscarse a su víctima.

Pero llegó la ocasión de descubrirse como era. Habíase presentado ante Olybrio, prefecto entonces de Roma, una acusación de envenenamiento, por Chilón, ex vicario de África, y su esposa Máxima contra el organero Serico Absolio, maestro de luchadores y el arúspice Campensis, siguiendo inmediatamente el encarcelamiento de los acusados. Pero la enfermedad que padecía el pretor hacía que se demorase el asunto, y los impacientes querellantes consiguieron, por reclamación, que se encargase el conocimiento al prefecto de subsistencias. Maximino iba a poder hacer daño al fin, y, como las bestias del circo cuando se les abre la jaula, su furor, contenido hasta entonces, tomó vuelo de pronto.

Desde el principio se complicó el asunto. En las revelaciones arrancadas por la tortura quedaron comprometidos algunos nombres ilustres, como habiendo empleado a sus clientes en hechos criminales; pero, en general, solamente se trataba de gentes de ínfima clase, delincuentes o delatores habituales. El infernal juez aprovechó este pretexto para ensanchar su misión. Inmediatamente presentó al príncipe un malévolo informe sobre aquel asunto, exponiendo que el desbordamiento de crímenes en Roma reclamaba aumento de rigor en las investigaciones y en las penas, por interés de la moral y de la vindicta pública. Valentiniano, cuyo carácter era más impetuoso que amante de la justicia, se enfureció a la lectura del informe, y se apresuró a decretar, por asimilación completamente arbitraria al crimen de lesa majestad, que por excepción y en caso necesario se aplicaría la tortura a toda clase de personas que tenían en cuanto a ella privilegio de excepción, según el derecho antiguo y las decisiones imperiales. Al mismo tiempo, para engrandecer a Maximino y duplicar en él la potencia del mal, le dieron interinamente la prefectura, y, lo que es más, le unieron para aquellos informes, que habían de ser fatales para tantos, al notario León, que más adelante fue maestre de oficios; un bandido pannonio, despojador de sepulcros, que llevaba retratada la crueldad en su felino rostro. La llegada de aquel digno auxiliar, y los halagüeños términos en que se notificaba a Maximino el aumento de autoridad, exaltaron más y más su maléfico carácter. En la embriaguez de su alegría, saltaba más bien que andaba, queriendo sin duda ensayar la facultad que algunos atribuyen a los brachmanes cuando dan vueltas alrededor de los altares.

Habíase dado la señal de los asesinatos judiciales, y profundo terror helaba todos los ánimos. Entre las condenaciones, cuyo número y variedad son infinitos, las hubo crueles y atroces: la del abogado Marino en primer lugar, contra el que se dictó pena de muerte, casi sin debate, por haber usado prácticas ilícitas con objeto de obtener por esposa a una mujer llamada Hispanila. Ocurrir puede que testigos oculares o anotadores escrupulosos me acusen aquí de omisión o confusión de hechos y de fechas. No blasono en cuanto a esto de rigurosa exactitud, y no veo interés alguno en consignar ordenadamente los sufrimientos y los desconocidos nombres de todas las víctimas. Además, carecería de documentos hasta el que registrase los archivos públicos: tan lejos se llevaron el furor de los verdugos, la perturbación de los principios de justicia y de las formas legales. Lo que más podía temerse, en efecto, no era ser sometido a juicio, sino no ser juzgado. Cortóse la cabeza al senador Cettugo por simple sospecha de adulterio. Por no sé qué leve falta fue desterrado Alypio, joven de noble familia. Otros menos distinguidos cayeron en montón bajo la mano del verdugo; y cada cual creía ver en la suerte de aquéllos la que le estaba reservada, soñando solamente con cadenas, calabozos y suplicios.

Por este mismo tiempo tuvo lugar el proceso del honrado Hymecio; siendo lo siguiente lo que he podido averiguar acerca de este asunto, en el que no se economizaron las formas jurídicas. Durante su proconsulado en África había sobrevenido una escasez de subsistencias en Cartago: Hymecio había hecho abrir a los habitantes los graneros reservados para el abastecimiento de Roma, aprovechando la buena recolección siguiente para restituir al depósito igual cantidad de granos a la que dio salida. Como el trigo había sido entregado al consumo local, a razón de un escudo de oro cada diez modios y recobrado a la tasa de un escudo de oro cada treinta, la operación

produjo una ganancia que hizo entregar al tesoro. Sin embargo, Valentiniano sospechó que Hymecio había defraudado algo de aquel beneficio, y se dictó confiscación de parte de sus bienes. Funesta coincidencia agravó más su posición. Al mismo tiempo que él, Amancio, el arúspice más reputado en su época, era llevado ante el tribunal por delación anónima, como habiendo sido llamado al África por Hymecio, para hacer un sacrificio con propósitos criminales. Un registro de sus papeles hizo encontrar un escrito de mano de Hymecio, rogándole que emplease la forma religiosa de las súplicas para suavizar con él a los dos Emperadores; escrito que terminaba con amargas recriminaciones acerca de la avaricia y dureza de Valentiniano. Los jueces lo pusieron en conocimiento del príncipe, exagerando la importancia del descubrimiento, y en seguida recibieron orden de activar vigorosamente el proceso. En consecuencia de esto, Fontino, consejero de Hymecio, convicto por confesión propia de haber prestado su ministerio para la redacción del documento, por este hecho solo fue azotado y relegado a Bretaña. Los cargos contra Amancio parecieron motivar una sentencia capital, y pereció. Desde este momento, el viceprefecto Maximino dejó de conocer en el negocio, pasando al prefecto Ampelio, y el acusado principal, trasladado a Ocrícula, tuvo que responder ante la jurisdicción superior. Considerábasele como hombre perdido; pero debió su salvación al derecho que hizo valer para que le juzgase el Emperador mismo. Valentiniano le envió ante el Senado, que examinó fríamente el asunto, dictando contra él sencillo destierro a Boas, en Dalmacia. Esta dulcificación de sentencia en favor de un hombre cuya muerte había jurado, produjo al príncipe un acceso de furor.

Al ver estas cosas, cada cual pudo comprender la suerte que le esperaba, siendo general la alarma. El mal estaba oculto todavía; pero protegido por el silencio público, iba a extenderse y amenazaba una calamidad universal. El Senado decretó que una comisión compuesta de Pretextato, ex prefecto de Roma, Venusto, ex vicario, y Minervio, ex consular, fuese a suplicar al Emperador que restableciese la justa proporción entre los delitos y las penas y que revocase la ilegal e inaudita facultad de aplicar la tortura a los senadores. Cuando se le expusieron estas quejas en pleno consejo, el primer impulso de Valentiniano fue decir que eran calumnias y que nunca había autorizado tales medidas; en lo que le contradijo respetuosamente el cuestor Eupraxio, cuya valerosa libertad hizo retroceder al príncipe en aquella enormidad sin ejemplo.

Entretanto seguía un proceso Maximino al joven Loliano, un niño todavía, hijo del ex prefecto Lampadio, cuyo delito consistía en haber copiado, sin discernimiento alguno, un compendio de fórmulas mágicas. Nadie dudaba que a Loliano se aplicaría solamente el destierro; pero cometió la falta, por consejo de su padre, de apelar al Emperador, y le trasladaron a la corte. Esto fue arrojarse al fuego, como suele decirse, huyendo del humo; porque fue entregado al juicio del consular Falangio, y murió a mano del verdugo.

Tarracio Basso, que más adelante fue prefecto de Roma, su hermano Camenio, Marciano y Eusafio, los cuatro varones clarísimos, quedaron envueltos en la misma acusación, la de haber favorecido al auriga Anquenio por medio de sortilegios. Pero la falta de pruebas y, si hemos de creer la voz pública, la influencia de Victorino, amigo íntimo de Maximino, consiguieron la absolución.

En esta calamidad no fueron perdonadas las mujeres, pereciendo muchas de elevada alcurnia bajo la acusación de adulterio y de incesto. Las más distinguidas fueron Claritas y Flaviana, siendo llevada al suplicio la primera despojada de sus ropas, en completa desnudez; pero el verdugo, culpable de esta indignidad, fue más adelante quemado vivo.

Por orden de Maximino solamente fueron ejecutados los senadores Pafio y Cornelio, que confesaron haber intervenido en maleficios. Igual suerte tuvo el procurador de la moneda. Sérico y Asbolio, anteriormente citados, perecieron bajo los golpes de bolas de plomo atadas a correas; habiéndoles asegurado Maximino, para conseguir revelaciones, que no emplearía con ellos el hierro ni el fuego; pero entregó a las llamas al arúspice Campense, a quien nada había prometido.

Creo oportuno referir aquí lo que produjo la precipitada ejecución de Aginacio, de quien la opinión se ha empeñado en hacer un noble, sin que nunca se hayan publicado las pruebas de su origen. Desde muy temprano se había revelado la desenfrenada ambición de Maximino. No era

todavía más que prefecto de las subsistencias, y su audacia, completamente segura de elevada protección, llegaba hasta desafiar la autoridad de Probo, a quien su posición de prefecto del pretorio confería la alta inspección sobre las provincias. Había ofendido a Aginacio que, siendo él vicario de Roma, prefiriese Olybrio a Maximino para la dirección de las investigaciones; y con esta ocasión dijo secretamente a Probo por carta, que para reprimir a un subalterno insolente, bastaba querer hacerlo. Probo, sin embargo, temió comprometerse con aquel malvado a quien sostenía el favor del príncipe; y dícese que envió ocultamente, por medio de un mensajero, aquella carta a Maximino. La rabia de éste fue extraordinaria; y desde entonces, pareciéndose a la serpiente que conoce la mano que la ha herido, desplegó su astucia contra Aginacio. Presentábase una ocasión excelente para perderle, y la aprovechó. Después de la muerte de Victorino, Aginacio, a quien había favorecido mucho en su testamento, no dejaba de atacar su memoria, pretendiendo que había traficado con las sentencias de Maximino, siendo bastante inconsiderado para amenazar con un proceso a su viuda Anepsia. Ésta, para asegurarse la protección de Maximino, le hizo creer que su marido, en un codicilo, le había legado tres mil libras de plata. Despierta la codicia de Maximino, que también tenía este vicio, reclama en seguida la mitad de la herencia. Pero esto era muy poco para satisfacerle, por lo que imaginó un medio, tan honrado a su parecer como seguro, para apropiarse la mayor parte de aquel rico patrimonio: el de pedir en matrimonio para su hijo una hija que Anepsia había tenido de su primer marido; quedando en seguida convenido el asunto por consentimiento de la madre.

Este espectáculo daba a la ciudad eterna aquel hombre cuyo nombre solamente hacía temblar, y que por tales medios procedía a la destrucción de todas las fortunas. Como juez, nunca se atenía Maximino a los procedimientos legales. De cierta ventana apartada del pretorio pendía a todas horas una cuerdecilla que servía para recoger de todas las manos las delaciones, y, por desprovistas de pruebas que estuviesen, siempre servían para perder a alguno. Un día imaginó despedir ostensiblemente a sus aparitores Muciano y Bárbaro, dos bribones consumados, quienes, vociferando la dureza e injusticia de su amo, decían y repetían por todas partes que los acusados solamente podrían salvar la cabeza comprometiendo a muchos nombres esclarecidos. Multiplicar las delaciones era, según ellos, el medio de que los acusados tuviesen probabilidades de absolución.

Continuaba el régimen del terror, y ya no se contaban las detenciones. Todos los nobles mostraban en el aspecto exterior su profunda ansiedad, o se inclinaban hasta el suelo ante su opresor. Y sería verdaderamente duro tachar por esto de bajeza a las personas que incesantemente oían gritar a sus oídos a aquel bandido feroz, que no había más inocentes que los que él permitiese. Numa Pompilio y Catón habrían temblado. En aquel tiempo no había ojos secos, aunque no tuviesen que llorar más que las propias penas. Aquel ánimo feroz tenía, sin embargo, un lado bueno, ocurriendo algunas veces dejarse conmover por los ruegos. Según Cicerón, puede ser también censurable esta propensión a enternecerse, puesto que ha dicho: «Cólera implacable, esdureza; si se deja enternecer, es debilidad; pero es mejor ser débil que inflexible.»

Había llegado un sucesor a Maximino, llamado a la corte, donde ya le había precedido León, y donde le esperaba el nombramiento de prefecto del pretorio. Nada ganaban con esto sus víctimas, porque mataba desde lejos, como la serpiente basilisco. Por este tiempo, o poco antes, vióse florecer las escobas que servían para barrer la sala del Senado, siendo esto presagio del encumbramiento de gentes ínfimas a los honores.

Convendría terminar esta digresión; pero creo deber continuarla un poco, para completar el relato de esta serie de iniquidades, con los actos del mismo género que, hasta después de la marcha de Maximino, y bajo su influencia, señalaron la gestión de sus ministros, que obraban como aparitores suyos. Ursicino, su inmediato sucesor, se inclinaba a la dulzura. Escrupuloso observador de las formas legales, había querido enviar al Emperador el asunto de Esaia y de otros muchos, acusados de adulterio con Rufina, y que, por su parte, intentaban contra Marcelo, ex intendente y marido de esta última, una acusación de lesa majestad. La circunspección de Ursicino fue calificada de pusilanimidad, y se le privó del cargo como falto de energía para desempeñarlo. Colocóse en su

lugar a Simplicio Emonense, que de profesor de gramática había pasado a ser consejero de Maximino. La elevación no cambió en nada sus maneras; no era orgulloso ni insolente; pero su mirada oblicua causaba temible impresión, y la moderación afectada de su lenguaje ocultaba homicidas intenciones. Comenzó por hacer morir a Rufina y a todos los que alcanzaba la acusación de adulterio con ella, o bien la de complicidad, acerca de cuya culpabilidad se había abstenido Ursicino. En seguida procedió del mismo modo sumario contra multitud de acusados, sin distinguir inocentes de culpables: teniendo como sangriento punto de honra exceder a su jefe Maximino en la destrucción de las familias patricias. Émulo, en una palabra, de Busilis y de Anteo, era, exceptuando el toro, un Falaris de Agrigento.

De tal manera aterraba la repetición de estos casos, que una matrona llamada Hesychia, por librarse de las consecuencias de una acusación, se asfixió comprimiendo la respiración sobre un lecho de plumas, en casa de un aparitor donde se encontraba detenida provisionalmente. El hecho siguiente no es menos repugnante.

En el tiempo en que Maximino desempeñaba todavía la prefectura, la opinión designaba ya a dos hombres de posición muy distinguida, Eumenio y Abieno, como habiendo tenido ilícito comercio con Fausiana, mujer de elevada condición. Sin embargo, protegidos los dos por Victorino, vivían en completa seguridad. Pero muerto Victorino, comenzaron a temer al ver llegar a Simplicio, que públicamente decía ser continuador de su antecesor. En primer lugar buscaron donde ocultarse, y después sitio más recóndito, al enterarse de que habían condenado a Fausiana y que se habían dictado citaciones contra ellos. Abieno estuvo oculto algún tiempo en casa de Anepsia; pero a consecuencia de uno de esos incidentes que empeoran las situaciones más apuradas, un esclavo de Anepsia, llamado Apaudulo, irritado por un castigo corporal impuesto a su esposa, marchó una noche a revelarlo todo a Simplicio. En seguida acudieron aparitores a sacar a aquellos desgraciados de su retiro, y, Abieno, con la agravante acusación de nuevo adulterio con Anepsia, fue condenado a muerte. Ésta, que esperaba salvar la vida haciendo aplazar el suplicio, declaró que había sucumbido merced a sortilegios y en casa de Aginacio. En seguida dio cuenta de esto Simplicio al Emperador. Encontrábase a su lado Maximino, cuyo odio al desgraciado Aginacio había aumentado al ascender en posición; y al poderoso favorito no fue difícil conseguir del príncipe una respuesta, que era una orden de muerte.

Pero como Simplicio había sido consejero de Maximino y amigo íntimo suyo, el temor de que la opinión pública hiciese remontar hasta su patrono la responsabilidad de una sentencia pronunciada por su protegido contra persona patricia, impidió por algún tiempo a Maximino desprenderse del rescripto imperial; porque quería encargar la ejecución solamente a manos seguras y que no se detuviesen ante nada. Rara vez deja un perverso de encontrar otro que se le parezca; y así fue que encontró un tal Doriforiano, galo de nación, atrevido hasta la demencia, que lo tomó todo a su cargo por comisión especial. Maximino confió el rescripto a este intermediario, tan ignorante como cruel, y le ordenó marchar directamente al asunto a pesar de cualquier oposición dilatoria, atendiendo a que Aginacio era capaz, si se le daba tiempo, de escapársele de entre las manos. Doriforiano marchó apresuradamente a Roma para ejecutar su mandato, y comenzó a meditar cómo quitaría la vida a un senador eminente, sin recurrir a ninguna autoridad. Aginacio había sido detenido en su casa de campo y en ella le guardaban; y Doriforiano decide bruscamente que el acusado principal y Anepsia comparecerán a su presencia de noche, cuando el ánimo se turba con más facilidad bajo la impresión del terror, como lo demuestra el Ajax de Homero, que desea la muerte a la luz del día y sin el aumento de horror que añaden las tinieblas. Preocupado únicamente de cumplir su encargo, el juez, o mejor dicho, aquel detestable bandido, en cuanto compareció Aginacio, mandó entrar un grupo de verdugos; y la tortura, en medio del lúgubre ruido de las cadenas, desgarró a los esclavos del acusado, extenuados ya por larga prisión, solamente para obtener de su boca la condenación de su señor. Vencida por el dolor de los tormentos, una esclava pronuncia algunas palabras ambiguas, y esto fue bastante para llevar, sin más investigaciones, a Aginacio al suplicio, a pesar de sus repetidos gritos: «Apelo al juicio de los Emperadores.» Anepsia

tuvo la misma suerte. De esta manera envolvía en luto a la ciudad eterna Maximino, presente o ausente, por sí mismo o por sus emisarios.

Pero muy pronto quedaron vengados los manes de sus víctimas. Como en ocasión oportuna diremos, aquel mismo Maximino pagó con su cabeza, bajo el reinado de Graciano, su insolente conducta. Simplicio fue asesinado en Iliria; y en cuanto a Doriforiano, condenado a muerte y encerrado en la cárcel Juliana, a ruegos de la madre del Emperador, fue sacado y devuelto a su casa; pero el príncipe no tardó en hacerle perecer en espantoso suplicio.

(Año 369 de J. C.)

Valentiniano, que meditaba planes tan vastos como útiles, fortificó con una trinchera todo el curso del Rin, desde la frontera de la Recia hasta el Océano Germánico; reforzó las fortificaciones y castillos por el lado de la Galia, y añadió, en los puntos convenientes, una serie de torres unidas entre sí, construyendo también en algunos parajes de la otra orilla puestos avanzados que tocaban al territorio de los bárbaros. Creyendo que los bárbaros podrían apoderarse algún día de uno de estos fuertes, construido en las orillas del Nicer, quiso separar el curso del río; y en seguida llamó a los artífices más expertos en obras hidráulicas, empleando en tan ruda tarea parte de los soldados del ejército. En vano intentaron durante muchos días construir una presa por medio de estacas muy juntas y rellenando los intersticios con madera de encina: la fuerza de la corriente separaba los materiales y destruía la obra. Sin embargo, la tenaz voluntad del Emperador, secundada por la abnegación y obediencia pasiva de los soldados, que frecuentemente trabajaban con agua hasta la barba, concluyó por triunfar de los obstáculos. Algunos hombres perecieron; pero el fuerte se encuentra en pie y preserva de toda inquietud por la parte del río.

Satisfecho del éxito, Valentiniano no distribuyó el ejército en cantones de invierno, y volvió a ocuparse de los asuntos interiores del gobierno. Convencido, sin embargo, de que para que su sistema de defensa fuese completo debía comprender en su desarrollo el monte Piri, situado en territorio de los bárbaros, decidió construir allí también un fuerte. Y como la rapidez era muy esencial para el resultado, hizo que el notario Syagrio, más adelante prefecto y cónsul, ordenase al duque Arator que se apoderase de aquel punto antes de que se divulgase el proyecto. Marchó inmediatamente el duque al terreno, acompañándole Syagrio; pero en el momento en que comenzaba la explanación con los soldados que había llevado, llegó Hermógenes para reemplazarle. Al mismo tiempo se presentaron algunos alemanes importantes, padres de los rehenes que habíamos recibido como prendas seguras de la duración de la paz. Estos invocaron de rodillas ante los nuestros el respeto de los tratados, gloria inmortal del nombre romano, rogando no se dejasen arrastrar tan imprudentemente a la violación de la fe jurada; pero fueron vanos sus ruegos; y viendo que no se les escuchaba, y desesperando de conseguir respuesta favorable, se retiraron, llorando de antemano la muerte de sus hijos. Apenas habían desaparecido, presentóse un cuerpo de bárbaros, que indudablemente esperaban el resultado de la conferencia; lanzóse de un oculto repliegue de la montaña, cayó sobre nuestros soldados, que se habían despojado de las armas para trabajar con más holgura, y los exterminó hasta el último, comprendiendo a los jefes, quedando solamente Syagrio para llevar la noticia. Enfurecido el Emperador al verle volver solo a la corte, le destituyó de su cargo y le despidió a su casa, sin duda para castigarle por haber sobrevivido al desastre común.

Por este tiempo pululaban bandidos en la Galia, causando espantosos males. Acudían a los caminos más frecuentados, atacando atrevidamente a los que podían dejar rico despojo. Entre sus numerosas víctimas citaremos a Constanciano, tribuno de las caballerizas, a quien hicieron caer en una emboscada, en la que fue asesinado. Este era pariente del Emperador y primo de Cerealis y de Justina.

Muy lejos de las Galias, y como si las furias hubiesen organizado iguales cosas en todas partes, los habitantes de Maratocrupeno, cerca de Apamea, los ladrones más activos y temibles, tanto por su número como por la habilidad con que dirigían sus empresas, asolaban la Siria con sus depredaciones. Con traje de mercaderes o de jefes del ejército, penetraban uno a uno sin ruido en las

casas de la ciudad y del campo y hasta en los palacios; no habiendo medio de defensa contra sus expediciones, que nunca tenían objeto fijo ni determinado con anticipación, sino que caminaban al azar y caían a lo lejos como enjambre llevado por el viento. Esto mismo es lo que hace tan peligrosas las expediciones de los sajones. Estas bandas talaban sin piedad y degollaban sin compasión, mostrándose tan sedientas de sangre como de botín. No me detendré en referir sus numerosas estratagemas, bastando un ejemplo para juzgar de ellas.

Una banda de aquellos malvados, disfrazados de agentes del fisco, con un fingido magistrado al frente, haciéndose anunciar por la lúgubre voz del pregonero, entró una noche en la magnífica morada de un ciudadano notable, y se lanzó, espada en mano, sobre el propietario, como si estuviese proscrito y sentenciado a muerte. Sorprendidos y aterrados los criados, ni siquiera pensaron en ponerse en defensa, y los bandidos, aprovechando el estupor, matan algunos de ellos, y desaparecen al amanecer, llevándose lo más precioso que había en la casa. Repletos de despojos, habían llegado robar sin perdonar nada, y solamente por espíritu de rapiña, cuando, por orden del Emperador, les envolvieron tropas y les destruyeron hasta el último, no perdonando ni a los niños en lactancia, por temor de que algún día siguiesen los ejemplos de sus padres, y arrasaron sus casas, todas construidas suntuosamente a expensas de los desgraciados a quienes habían despojado. Y dicho esto, volvamos a nuestro objeto.

El ínclito Teodosio, después de permanecer algún tiempo en Augusta, llamada por los antiguos Lundinium (Londres), partió animado de nuevo vigor, al frente de un cuerpo escogido. Su presencia robustecía en todas partes nuestra vacilante fortuna en Bretaña. Sabía aprovechar siempre las ventajas del terreno, adelantarse a los bárbaros o sorprenderlos; y dando constantemente ejemplo, mostrábase intrépido soldado y hábil capitán. En todas partes derrotó o dispersó a los bárbaros, cuya insolencia, aumentada con la impunidad, amenazó momentáneamente la dominación romana; y muy pronto reedificó o reparó las plazas y los fuertes construidos en otro tiempo para asegurar la tranquilidad de la isla; pero que, por efecto de multiplicados asaltos, no se encontraban ya en estado de contribuir a ella.

Por este tiempo se tramaba contra Teodosio una conspiración cuya explosión habría sido funesta, de no haber conseguido ahogarla en su origen. Un tal Valentín, nacido en la Pannonia Valeriana, cuñado del cruel Maximino, y más adelante prefecto del pretorio, había sido desterrado a Bretaña por un crimen grave. Aquella bestia dañina, a quien era insoportable el ocio del destierro, procuraba promover una sublevación contra la autoridad de Teodosio, a quien, con razón, consideraba como el único obstáculo para sus desastrosos proyectos. Al principio obró con cierta circunspección; y en seguida, cediendo a la violencia de su ambición, trató, tanto oculta como públicamente, de seducir a los desterrados y a los soldados con promesas proporcionadas a los peligros de la tentativa. Pero en el momento en que la conspiración iba a estallar, el activo Teodosio, secretamente enterado de aquellos trabajos, decidió destruirlos de un solo golpe, mandando al duque Dulcicio que diese muerte a Valentín y a algunos de sus cómplices más íntimos; pero con aquel conocimiento militar que tan superior le hacía a todos los capitanes de su tiempo, comprendió que llevar más adelante las investigaciones sería alarmar las provincias y despertar las adormecidas turbulencias, por lo que prohibió todo procedimiento en averiguación de las ramificaciones de aquella trama.

Una vez desvanecido este peligro con la fortuna que le acompañaba en todo, Teodosio se entregó sin descanso a las reformas que exigía imperiosamente el estado del país. Reedificó ciudades, estableció campamentos fortificados y protegió las fronteras con puestos y guardias avanzadas: en una palabra, como él mismo dice, la provincia, arrancada de manos del enemigo, había vuelto a su primitivo estado, a su dominación legítima, y en adelante llevaría el nombre de Valentia, para atribuir al príncipe todo honor...

Teodosio expulsó a los areanos, cuya institución remonta a nuestros antepasados, de la que ya dijimos algo en la historia del Emperador Constante. Insensiblemente había penetrado entre ellos la corrupción; quedando convictos de haber revelado más de una vez el secreto de nuestras medidas,

cediendo al cebo de promesas y a la esperanza de participar del botín; cuando su misión y el objeto de sus lejanas expediciones, era, por el contrario, prevenir a nuestros capitanes de los movimientos de nuestros vecinos.

Después de los gloriosos resultados que hemos referido, una orden de la corte llamó a Teodosio de la provincia que con tanta habilidad había administrado; partiendo, como Camilo y Papirio Cursor, cubierto con laureles tan brillantes como sólidos, dejando al país la felicidad por despedida y acompañado hasta el puerto por universales testimonios de cariño y gratitud. Impulsado por viento favorable, pronto estuvo al lado del Emperador, que después de recibirle con regocijo y colmado de elogios, le hizo general de la caballería, en reemplazo de Valente Jovino.

Por mucho tiempo ha exigido la multitud de acontecimientos que atendamos exclusivamente a las cosas del exterior. Vuelvo al relato de los sucesos interiores de Roma, comenzando por la prefectura de Olybrio. La administración de este magistrado fue moderada y tranquila: carácter naturalmente benévolo, ponía el mayor cuidado en no ofender a nadie con sus actos o palabras. Nunca dispensó gracia a los calumniadores; cortó cuanto pudo las exacciones del fisco; fue tan hábil como recto dispensador de la justicia, y dulcificó con su amabilidad la condición de los subordinados. Un solo defecto perjudicó a tantas virtudes, defecto que a la verdad no dañaba gran cosa a los asuntos públicos, pero que mancha la reputación de un juez elevado: Olybrio era disipado en su interior, demasiado amante de los espectáculos y de los placeres de los sentidos, sin llegar a buscarlos, sin embargo, en goces monstruosos o ilícitos.

Después de éste administró la ciudad Ampelio, que era igualmente voluptuoso. Nacido en Antioquía, había sido maestro de los oficios, procónsul dos veces seguidas, y, después de largo intervalo, llamado al fin a la prefectura: hombre esclarecido, por otra parte, poseyendo todo lo que hace popular el poder, solía ser en ocasiones bastante rígido, y ojalá hubiese sido perseverante. Algo más de firmeza le hubiese valido la gloria imperecedera de haber reformado la intemperancia pública y la crapulosa inclinación del pueblo a la gula. Hizo publicar la prohibición de abrir las tabernas y vender agua caliente y carne cocida antes de la hora cuarta. Invitábase a todo aquel que se respetase, que se abstuviese de comer en la calle, costumbre innoble que, sin hablar de otras prácticas más repugnantes todavía, ha llegado, por el consentimiento de la autoridad, al último grado de cinismo. El mismo Epiménides Cretense, realizando de nuevo su famosa vuelta a la vida, no conseguiría limpiar a Roma de sus manchas: de tal manera la ha inficionado el vicio con sus incurables llagas.

Hablaré de paso, y como ya he hecho en otras ocasiones, de la corrupción de la época, llamando la atención sobre las clases superiores, descendiendo en seguida a las costumbres del pueblo. Deslumbrados algunos por el prestigio de lo que se llama grandes nombres, tienen la inmensa honra de llevar los de Reburros, Fabunianos, Pagonianos, Geriones, Dalianos, Tarracianos, Farrasianos y otros igualmente sonoros y que indican elevada alcurnia. Uno, radiante bajo la seda, lleva en pos ruidosa caterva de criados; creyéndose, al ver aquella multitud que le oprime, que es un sentenciado que llevan al suplicio, o, empleando imagen menos siniestra, un general cerrando la marcha de su ejército. Vedle, bajo la cúpula de un baño, con cincuenta criados a sus órdenes, exclamar encolerizado: «¿Dónde están mis servidores?» Pero si ve de lejos un esclavo que no conoce, alguna vieja loba de callejuela, maestra en prostitución, ¡con cuánta premura acude a ella y la colma de inmundas caricias! Semíramis en Persia, Cleopatra en Egipto, Artemisa en la Caria, Zenobia entre sus súbditos de Palmira, no eran dignas de rivalizar con esta extraordinaria hermosura. Estas son las costumbres que ostentan hombres cuyos antecesores vieron a un miembro del Senado tachado por el censor por haberse atrevido a dar un beso a su esposa delante de su hija.

Los hay que, cuando se les va a saludar con los brazos abiertos, retiran la cabeza con movimiento de toro que amenaza con los cuernos, y no entregan al abrazo de sus clientes más que las manos o las rodillas y creen hacerles demasiado felices; otros, al recibir un extraño, un hombre que tal vez les ha prestado servicios, creen honrarle bastante preguntándoles qué baños frecuenta, qué agua usa, dónde vive, y se exhiben como hombres graves y amigos de la virtud. Pero si se les

anuncia la llegada de un tiro nuevo, de un auriga que no ha corrido todavía, en seguida se ponen en movimiento y no paran hasta que han visto con sus propios ojos esta maravilla del día. El regreso de los hermanos Tyndárides, después de nuevo triunfo, no produciría en otro tiempo mayor entusiasmo.

Sus casas están llenas de ociosos habladores, dispuestos a aplaudir de todas maneras, todas las palabras de un rico. Verdaderos parásitos de comedia, que se tuercen la nuca admirando el atrevimiento de una columnata; que quedan pasmados ante las incrustaciones de una pared y ensalzan hasta las nubes al poseedor de tales maravillas, sobre poco más o menos como los compañeros del teatro celebran al anfitrión hinchado con sus proezas militares, ciudades tomadas, batallas ganadas por el esfuerzo de su brazo y prisioneros que ha hecho por centenares. Óyese en medio de un festín pedir balanzas, y es que el dueño de la casa quiere saber con precisión lo que pesa un pescado, un ave rara o un lirón servido en su mesa. ¡Qué exclamaciones entonces! Todos ponderan sin término, pero no sin fastidio, las dimensiones de la pieza: jamás se vio cosa igual. Y no es esto todo. Allí hay lo menos treinta secretarios, estilo y tablillas en mano, tomando nota exacta de la composición de los servicios y número de los manjares; pareciendo aquello el interior de una escuela, pero sin maestro.

Algunos, que tienen tanto horror al estudio como al veneno, leen con interés a Juvenal y a Mario Máximo; pero no obstante su ociosidad, no se les pida que dediquen ni un solo instante a ningún otro libro, sin que yo pueda adivinar por qué. Sin embargo, por honra suya y por la de sus familias, no harían mal en extender sus lecturas. Pudiéraseles citar el ejemplo de Sócrates, quien, condenado a muerte, ya en la prisión, rogaba a un músico que cantaba con gracia un himno de Stesichoro, que le enseñase a dar el tono a aquellos versos; y preguntándole el otro para qué, puesto que solamente le quedaba un día de vida, le contestó que para saberlo antes de morir.

Entre estos de quienes hablo hay muy pocos que sepan castigar con discernimiento; si tarda algo un esclavo en llevarles agua caliente, en el acto mandan que les apliquen trescientos azotes. Pero si el malvado ha matado a un hombre intencionalmente, no dejará el dueño de contestar a los que pidan la vida del asesino: «¿Qué queréis? Es un malvado. Pero en adelante corregiré a cualquiera de los míos que se atreva a hacer cosa igual.»

En esta clase de sociedad es cosa corriente que se ofende menos a un hombre matando a un hermano suyo, que negándose a ir a comer a su casa. No encontraréis un senador que no prefiera perder su patrimonio a la vergüenza de que falten a una invitación que maduramente haya meditado.

Si alguno de estos grandes personajes tiene que hacer una excursión fuera de sus costumbres, para visitar sus tierras, por ejemplo, o para darse el placer de la caza, aunque no tomando parte activa en ella, por supuesto, imagina que ha igualado los viajes de César y Alejandro, aunque no haya tenido más que hacerse llevar, en las pintadas barcas del lago Averno, hasta Puteolis o a Cayeta, sobre todo si el día es cálido. Si se para una mosca en la franja de seda de su dorado' abanico; si sutil rayo de sol penetra por algún intersticio de su sombrilla, deplora ya no haber nacido entre los cimmericos. Vedle salir de las estufas de Silvano o de las saludables aguas de Mammea, todo el cuerpo cuidadosamente secado con el lienzo más fino. Con la ropa que ponen a su disposición podrían vestirse diez hombres. Cada prenda acaba de salir de la prensa, pero tiene todavía que examinar su brillo en plena luz. Elige al fin, vuelve a su casa con los dedos llenos de sortijas, que al bañarse cuidó de entregar a su criado por temor de que las empañase el agua...

(Las frases que siguen no forman sentido por efecto de las lagunas y alteración de palabras.)

Algunos de éstos, aunque muy pocos, se disgustan si se les llama jugadores de dados: jugadores de *tesseras*, pase: la diferencia es casi la misma que la de ratero y ladrón. Debemos confesar, sin embargo, que hoy son muy tibias en Roma las amistades, exceptuando la honrosa comunidad en el juego, que es constante y se toma con calor. Solamente en esto encontraréis afectos intensos, parejas que os recuerden a los hermanos Quintilios. Así es que se tiene elevadísima idea de sí mismo cuando se está en el número de los iniciados en esta ciencia. Si el más ínfimo de éstos tiene que ceder en un festín ante la presencia de un procónsul, muestra majestuoso desagrado.

Catón, rechazado de la pretura contra toda verosimilitud, no se encerraría de otro modo en su dignidad herida.

Otros se dedican a explotar a los ricos. Joven, viejo, célibe o sin familia, poco importa: si tiene esposa e hijos, lo mismo da. No hay influencia que no se ponga en obra para conseguir un testamento favorable. Al fin el asediado cede; les hace legatarios de su caudal, y en seguida muere, como si no hubiese esperado otra cosa...

Éste acaba de obtener un cargo muy modesto: ¡Cómo levanta la cabeza! ¡Qué gallardía en su marcha! Ya no ve a sus conocidos más que de alto abajo: creeríase que es Marcelo, regresando vencedor después de la caída de Siracusa.

Muchos de éstos que niegan la existencia de las potestades del cielo, no se atreverían a salir de su casa, ni a sentarse a la mesa, ni a tomar un baño, sin consultar detenidamente el calendario; porque es necesario determinar previamente la exacta posición del planeta Mercurio; saber en qué grado se encuentra en aquel momento la luna en el signo de Cáncer.

Otro, cansado de un acreedor que le oprime, busca a un auriga, que se atreve a todas las desvergüenzas, y le adiestra para que intente al importuno una acusación de maleficio; y he aquí un hombre que se encuentra en el caso de prestar caución cuantiosa con grave perjuicio de sus intereses. Y no es esto todo: convertido de acreedor en deudor ficticio, se le encierra como deudor verdadero y no se libra sin pagar.

Allí hay una esposa que, golpeando en el yunque día y noche, como dice un proverbio antiguo, convence al fin a su esposo para que haga testamento. El esposo, por su parte, tiene igual premura porque teste su mujer: llámase por ambas partes a los peritos en derecho; y los dos se ponen a la obra, uno en el dormitorio, otro en el comedor; y no dejan tampoco de recurrir secretamente a la adivinación por medio del examen de las entrañas de los animales. El oráculo no contesta de la misma manera: al esposo habla de prefecturas a elegir, de defunción de mujeres nobles y ricas; a la esposa, de medidas urgentes para los funerales de un marido...

Bien dice Cicerón: «Solamente se aprecian las cosas humanas por lo que producen. Se prefiere aquel amigo de quien más se puede obtener.»

Noble que pide prestado calza el zueco; es la honradez y humildad personificadas: no hablarían de otro modo Micón y Lachetas; pero si se trata de devolver, recobra el coturno y alza la voz al tono de los Heráclidas, parecen Cresfontes y Tenunos. Basta de nobles.

Pasemos al pueblo, a ese conjunto de holgazanes y desocupados. En esa turba, en la que no tienen todos zapatos, se glorifica los eméritos nombres de Cimessores, Statario, Semicupa y Serapino; o bien los de Cicimbrico, Gluturino, Trula, Lucánico, Pordaca y Salsula. Beber y jugar, frecuentar los espectáculos y las tabernas, los antros de la embriaguez y de la prostitución: tal es la vida de estas gentes. Para ellos el circo máximo es el templo; el hogar, el punto donde se reúnen, el conjunto de sus esperanzas y deseos. En las calles, en los foros, en las encrucijadas vense grupos en que se disputa y se injurian por cualquier disidencia: y es de ver a los ancianos, a los que ya han vivido mucho, proclamar con la autoridad de la experiencia, tornando por testigos sus arrugas y canas, que la república está perdida si, en la carrera que va a celebrarse, su auriga favorito no toma desde el principio la cabeza y no enrasa bastante cerca la meta. Todo este populacho vegeta en incurable pereza. Pero que comience a titilar el día deseado, el día de los juegos ecuestres, y todos mostrarán a la vez apresuramiento, agitación y competencia en rapidez con los carros que van a correr. Muchos pasan la noche en el circo, colocados en cierta manera por partidos, esperando con febril ansiedad la gran obra de que van a ser testigos.

También diremos algo del envilecimiento del teatro. Expúlsase a los actores con gritos y silbidos, a menos que hayan tenido la precaución de pagar a la canalla su recibimiento. En este caso se alborota de otro modo: con las vociferaciones más repugnantes y salvajes, se pide la expulsión de los extranjeros, con cuyos subsidios viven. Parece que se está en Taurida ¡Qué contraste con el pueblo de otro tiempo, cuyos ingeniosos chistes y graciosas agudezas se citan todavía! También se ha inventado esa forma de aplauso que en cada representación algún interruptor de oficio lanza al

rostro de cualquier actor que entra en escena, exodiaro (mímico), cazador o auriga: que igualmente se dirige entre los espectadores a los funcionarios altos o bajos y hasta a las matronas romanas. «¡Que aprenda de ti!» aunque nadie pueda explicar qué hayan de aprender.

¡Cuántos hambrientos de éstos olfatean desde lejos el vaho de las cocinas, o guiados por las agudas notas de esas mujeres que cacarean en las calles, como pavos reales desde que amanece, van deslizándose a los comedores, y desde allí, alzándose sobre las puntas de los pies, esperan, royéndose los dedos, a que se enfríen los manjares! Otros contemplan ávidamente cocer las carnes, sin que les haga retirar su desagradable olor: creeríais ver a Demócrito rodeado de anatómicos, paseando el escalpelo por las entrañas de un animal, con objeto de legar a la posteridad remedios para nuestros males interiores. Pero ya hemos hablado bastante de las cosas de Roma; volvamos ahora a los acontecimientos ocurridos en las provincias.

(Año 370 de J. C.)

Bajo el tercer consulado de los Augustos, saliendo de sus bosques los sajones, vencieron el obstáculo del Océano, y, caminando en línea recta a la frontera, degollaron a muchos súbditos romanos. El conde Nanneno, capitán muy experimentado que mandaba en aquella costa, resistió el primer empuje de la invasión; pero como estos bárbaros pelean como desesperados, perdió en la lucha muchas fuerzas. Herido él mismo, y sintiéndose muy débil ya para resistir solo la campaña, informó de la situación al Emperador, quien, a petición suya, envió para que le socorriese a Severo, general de la infantería. La llegada de este general con fuerzas suficientes infundió espanto al enemigo y confusión en sus filas, faltándole el valor antes de llegar a las manos, al ver solamente las águilas y enseñas romanas, y pidiendo perdón y paz. Mucho vacilaron antes de aceptar la proposición, pero al fin se reconoció que nos era muy ventajosa. Ajustóse una tregua; y los sajones, después de entregarnos, según los términos del tratado, notable parte de su juventud útil, pudieron regresar ostensiblemente sin obstáculo al punto de donde habían salido.

Pero mientras realizaban sin inquietud su movimiento de retirada, adelantóseles un destacamento de infantería, y marchó a situarse en un valle estrecho donde podía exterminarles fácilmente. Esta operación no produjo los resultados que se esperaban: al ruido de los bárbaros que se acercaban, parte de la emboscada se presentó demasiado pronto, y, asustados por los furiosos alaridos que lanzaron al verles, huyeron sin poder ordenarse, si bien consiguieron rehacerse y resistir a pie firme. Pero era necesario sostener el choque de fuerzas superiores; y los nuestros hubieran sucumbido hasta el último, si sus gritos de angustia no hubiesen llevado hacia aquel punto una turma de catafractos que estaba situada, según el plan de ataque, en la bifurcación de un camino, para coger de flanco al enemigo. El combate se hizo furioso; pero los romanos habían recobrado valor, y los bárbaros, rodeados por todas partes, fueron degollados, sin que ni uno de ellos pudiese volver al suelo de la patria. En estricta justicia, aquel acto era de perfidia y deslealtad; pero no se debe acusar seriamente de crimen a la política romana por haber aprovechado ocasión tan excelente para destruir aquellas hordas de bandidos.

Después de este importante resultado, continuaba entregado Valentiniano a profunda agitación de ánimo, formando incesantemente proyectos para humillar el orgullo de los alemanes y de su rey Macriano, cuyas constantes incursiones mantenían la alarma en el Imperio. A pesar de los reveses que había experimentado esta feroz nación en el origen de su poder, de tal manera había aumentado su población, que parecía haber gozado de muchos siglos de paz. Después de una serie de planes concebidos y desechados, el Emperador se fijó al fin en la idea de enemistarlos con la belicosa raza de los burgundios, cuya valerosa e inagotable juventud era el terror de todos sus vecinos. Por medio de agentes discretos y seguros establecióse correspondencia con los reyes del país, excitándoles a que se concertasen para un ataque continuado. Valentiniano prometía por su parte pasar el Rhin con un ejército romano y coger por la espalda a los alemanes en medio de la turbación que necesariamente habría de producirles aquel ataque inesperado.

Dos razones tenía el Emperador para que se adoptasen sus planes. En primer lugar, los

burgundios no han olvidado su origen romano, y además tenían cuestiones con los alemanes acerca de las fronteras y la propiedad de unas salinas. Armaron, pues, sus mejores tropas, y antes de que se reconcentrasen los nuestros, avanzaron hasta la orilla del Rhin, donde ocasionaron espanto con su imprevista llegada. Allí se detuvieron un momento. El Emperador, ocupado completamente en su línea de defensa, no había llegado aún y nada indicaba siquiera que hubiese empezado a cumplir su promesa. Los burgundios le enviaron una legación pidiéndole que al menos defendiese su retirada en el caso de ataque de los alemanes; y emplearon para contestarles rodeos y aplazamientos equivalentes a una negativa, comprendiéndolo así los legados, que se retiraron disgustados: y sus reyes, furiosos al verse engañados, regresaron a su país, después de hacer degollar a todos sus cautivos.

En estos pueblos se da al rey el nombre genérico de *Hendinos*; y la costumbre nacional exige que se le deponga si no es afortunado en la guerra o si falta la cosecha. Los egipcios hacen también responsables a sus gobiernos en las mismas circunstancias. Entre los burgundios, el gran sacerdote se llama *Sinistus*. Éste es vitalicio y no está sujeto a las vicisitudes impuestas al rey.

Esta agresión había causado a los alemanes impresión de terror, que supo aprovechar hábilmente Teodosio, general de la caballería. Atacóles por el lado de la Recia, les mató mucha gente e hizo prisioneros, que, por orden del Emperador, fueron en seguida enviados a Italia, y constituidos en colonia tributaria en las fértiles campiñas que riega el Po.

Ahora vamos a pasar, por decirlo así, a otro mundo y a describir los dolores de la provincia de Trípoli, en África, sufrimientos que la misma justicia lloró, demostrando qué centella produjo el incendio. Los austurianos, tribu bárbara de las cercanías, que solamente vivían de asesinatos y rapiñas, y terrible por la rapidez de sus movimientos, después de permanecer tranquilos durante algún tiempo, volvieron a sus costumbres de saqueo y violencia. La razón que seriamente daban de sus agresiones era que uno de ellos, llamado Stachaon, recorría libremente nuestro territorio a favor de la paz. Cometió muchas infracciones de orden público y de las leyes, siendo una mucho más grave y teniéndose pruebas de ella. Convicto de manejos para entregar la provincia a sus compatriotas, fue condenado a las llamas.

So pretexto de obtener venganzas de la injusticia de que uno de ellos había sido víctima, los bárbaros se extendieron fuera de sus límites como bestias feroces, reinando todavía Joviano. La invasión respetó la ciudad de Leptis, temible por su población y sus defensas, pero sus ricas inmediaciones fueron saqueadas durante tres días. Los austurianos degollaron a los campesinos que quedaron en sus casas sobrecogidos de terror, o que se refugiaron en las cavernas, quemaron lo que no pudieron transportar, y regresaron cargados de botín, llevando prisionero a Silva, uno de los magistrados principales de la ciudad, a quien habían sorprendido en su quinta con su familia.

Bajo la impresión del desastre, y antes de que el orgullo del éxito llevase a los bárbaros a nuevas hostilidades, los lepitanos se apresuraron a pedir socorro al conde Romano, recientemente nombrado para el gobierno del África. Éste acudió, en efecto, llevando consigo tropas; pero cuando se trató de llegar al teatro de los estragos, se negó a entrar en campaña, si antes no se ponía a su disposición inmensa cantidad de víveres y cuatro mil camellos. Los desgraciados lepitanos quedaron al pronto aturcidos, y en seguida alegaron la imposibilidad en que estaban, encontrándose arruinados por el fuego y el hierro, de cumplir la exorbitante condición que se les imponía para remediar tan grandes males. En vista de esto, el conde permaneció cuarenta días entre ellos en pretendida inacción forzosa, y en seguida se marchó sin hacer nada.

Viendo desvanecerse de esta manera la esperanza que habían tenido por este lado, los tripolitanos temieron mayores desgracias. Era la época de la reunión anual de su Consejo provincial, y designaron dos diputados, Severo y Flacciano, con el encargo de ofrecer a Valentiniano estatuitas de la Victoria en oro, y exponer claramente en su presencia el estado de la provincia. Informado de esta resolución el conde, envió en seguida un mensajero a Remigio, maestre de oficios, pariente suyo y cómplice de sus rapiñas, diciéndole que obrase de modo que se atribuyese al mismo Romano el conocimiento del asunto. Llegaron los diputados a la corte, obtuvieron audiencia, y en apoyo de

sus quejas verbales, entregaron al príncipe un relato de los hechos; y como el contenido del documento no estaba de acuerdo con los datos del maestro de oficios, que se entendía con Romano, consideráronse sospechosas las declaraciones contradictorias. Aplazóse, pues, para información más amplia la resolución del asunto, que tuvo que pasar por todas las dilaciones con que los intermediarios del poder acostumbran a adormecer la justicia.

Entretanto esperaban ansiosamente los tripolitanos que, por mandato del príncipe, se acudiese a socorrerlos. En medio de estas angustias, caen sobre ellos nuevas bandas, que talan en todas direcciones las campiñas de Leptis y Cæa, y los bárbaros no se retiran hasta que se ven cargados de botín, y después de haber dado muerte a muchos decuriones, entre ellos a Rusticiano y Nicasio, investido el uno con las atribuciones del culto y el otro con las de la edilidad. La invasión ni siquiera encontró obstáculo, porque las facultades militares que, a instancias de los diputados, se confirieron primeramente al presidente Ruricio, acababan de ser devueltas a Romano. Nuevo relato de estos males llegó al príncipe en las Galias, causándole profunda impresión, enviando en seguida a Paladio, tribuno y notario, con la doble misión de pagar el sueldo que se debía a las tropas de África y de investigar imparcialmente lo que había ocurrido en la provincia de Trípoli.

Mientras pasaba el tiempo en tomar datos y esperar respuestas, enorgullecidos los austurianos con su doble éxito, volvieron como aves de rapiña que olfatean matanza, degüellan a cuantos no huyen con bastante rapidez, arrebatan el botín que no habían podido llevar en las dos expediciones anteriores y talan los árboles y los viñedos. Un ciudadano muy rico y muy influyente, llamado Mychón, sorprendido en su casa de campo, consiguió escapar de sus manos antes de que le atasen; pero una enfermedad que padecía en las piernas le impidió huir, por lo que se arrojó en un pozo seco, de donde le sacaron los bárbaros con una costilla rota. En seguida le llevaron al pie de las murallas de la ciudad, donde la presencia de aquel desgraciado conmovió a su esposa, que pagó el rescate. Entonces le subieron a las murallas con una cuerda, muriendo dos días después. En fin, cada vez más atrevidos los bárbaros, llevaron la insolencia hasta atacar las fortificaciones de Leptis; resonando en seguida en la ciudad los lamentos desesperados de las mujeres, que, por primera vez, se veían encerradas para sufrir el asedio. Este, sin embargo, solamente duró ocho días; porque viendo los sitiadores que perdían inútilmente hombres, se retiraron humillados por aquel fracaso.

Pero no era menos crítica la situación de los habitantes. Como no tenían noticia de sus diputados, intentaron el último esfuerzo, encargando a Jovino y a Pancracio que expusieran otra vez ante los ojos del príncipe el cuadro de los sufrimientos que habían visto y compartido. Éstos encontraron en Cartago a sus predecesores Severo y Flacciano, que no pudieron responder a sus ansiosas preguntas, sino que les enviaban ante el conde y su vicario. Entretanto Severo enfermó y murió; y los dos nuevos diputados continuaron rápidamente su viaje.

Después de esto llegó Paladio a África; y enterado Romano de su misión, comprendiendo el peligro que podía resultar para él, envió en seguida agentes fieles a los jefes de cuerpo, aconsejándoles que hiciesen secretamente ricos regalos, de los fondos del sueldo, al hombre influyente y muy considerado en la corte a quien se había encargado aquella importante misión. El ardid obtuvo excelente resultado. Paladio se guardó el dinero, marchó hacia Leptis y allí, para comprobar con certeza los hechos, hizo que le acompañasen Erechthius y Aristomeno, magistrados distinguidos de la ciudad, al teatro de las devastaciones. Excelentes oradores los dos, no economizaron quejas acerca de los daños que habían experimentado ellos mismos, sus conciudadanos y los habitantes de los campos inmediatos; viendo Paladio por sus propios ojos todas las miserias de la provincia; regresando irritado por la culpable negligencia del gobernador y declarando públicamente que diría al príncipe toda la verdad. Disgustado entonces Romano, le amenazó con dirigir otro informe denunciando al Emperador las sustracciones que se habían hecho al sueldo en provecho del incorruptible agente que había elegido; y como la infamia era recíproca, aquellos dos hombres se pusieron de acuerdo.

De regreso Paladio ante el príncipe, con mentiroso relato le convenció de que los tripolitanos

se quejaban sin razón; y en vista de esto, le enviaron de nuevo al África con Jovino, único que quedaba de la segunda diputación, porque Pancracio había muerto en Tréveris, para que, de acuerdo con el vicario, informase acerca de esta nueva súplica. Valentiniano dispuso además que se cortase la lengua a Erechthio y Aristomeno, por las palabras malévolas que habían pronunciado delante de Paladio. Marchó éste como adjunto del vicario a Trípoli, a donde Romano, bien informado siempre, envió apresuradamente un comisario con su consejero Cecilio, hijo de la provincia. Por ardid o corrupción, estos dos intermediarios supieron disponer tan perfectamente a los miembros de la comisión, que todos se declararon contra Jovino, pretendiendo que no había recibido de ellos misión para decir delante del príncipe lo que había dicho: siendo el colmo de esta amarga irrisión, que el desgraciado Jovino tuvo que confesar, creyendo salvar la vida por este medio, que había mentido al Emperador.

Al regreso de Paladio, el Emperador, inclinado siempre a las medidas violentas, dictó pena capital contra Jovino como autor, Celestino y Concordio como cómplices, de falsas declaraciones. El presidente Ruricio perdió la vida a manos del verdugo como impostor, y además por haber usado de palabras inconvenientes en su informe. Ruricio sufrió la pena en Sitifis, y los otros en Utica, por orden del vicario Crescente.

Poco antes de la muerte de sus compañeros, por la energía con que apoyaba su derecho ante el conde y el vicario, sublevó Flacciano contra él a los soldados, que le colmaron de injurias y estuvieron a punto de matarle; diciéndole que si los tripolitanos habían quedado sin defensa, culpa era de ellos mismos, por haberse negado a atender a las necesidades de los expedicionarios. Aquel desgraciado fue preso; pero mientras el Emperador vacilaba acerca de lo que había de hacerse con él, pudo fugarse, probablemente sobornando a los guardias, refugiándose secretamente en Roma, donde permaneció oculto hasta su muerte.

En presencia de tal desenlace, la desgraciada provincia de Trípoli, oprimida en el exterior y objeto de traiciones en el interior, no pudo hacer otra cosa que resignarse y callar. Pero al fin llegó el día de la venganza. El ojo eterno de la Justicia se abrió ante los gritos de la sangre de los diputados. Pero, como se verá, necesitóse tiempo para que la expiación fuese completa.

Herido por la desgracia y despojado de todas las ventajas de su posición, de que tan orgulloso se mostraba, Paladio había vuelto a la obscuridad, cuando el ilustre Teodosio fue enviado al África para reprimir la sublevación de los firmos. Una investigación dispuesta por el general, en cumplimiento de sus instrucciones, en los papeles de Romano, hizo descubrir una carta de un tal Meterio, con esta dirección: «Meterio a su señor y patrono Romano», la cual, después de algunos detalles sin importancia, terminaba así: «Te saluda el desgraciado Paladio. Dice que su destitución es justo castigo por las mentiras que pronunció ante sagrados oídos por los asuntos de Trípoli.» Envióse la carta a la corte, y, por su contenido, mandó Valentiniano prender a Meterio, que la reconoció como suya. En seguida se mandó comparecer a Paladio, quien, reflexionando por el camino cuántos cargos había acumulado sobre su cabeza, se ahorcó en el primer descanso, aprovechando la ausencia de los guardias, que habían marchado a pasar la noche en la iglesia, en observancia de la gran solemnidad del cristianismo. Erechthio y Aristomeno, que, por este juicio de la fortuna, nada tenían que temer de su cruel perseguidor, salieron de los asilos donde se habían ocultado al saber que iban a perder la lengua por haberse servido demasiado de ella. Valentiniano no existía ya; y entonces revelaron al Emperador Graciano todo aquel misterio de iniquidad, siendo enviados ante el procónsul Hesperio y el vicario Flaviano, donde ahora encontraron justicia. Cecilio confesó en la tortura que él mismo había puesto en boca de los miembros del consejo de Trípoli la acusación de fraude contra los diputados; y, al fin, una investigación pública puso todos los hechos a la luz, sin que se alzase una sola voz negativa.

Un solo acto faltaba a esta horrible tragedia. El mismo Romano marchó a la corte, acompañado de Cecilio, con el propósito de acusar de parcialidad a los que habían informado en este asunto. Alentado por el recibimiento que le dispensó Merobaudo, pidió el examen de varios testigos, partidarios suyos. Pero cuando llegaron a Milán, tuvieron habilidad para declarar de

manera que aparecieron extraños a los sucesos y fueron despedidos a sus casas. En cuanto a Remigia, viviendo todavía Valentiniano, se retiró, y oportunamente diremos cuándo y cómo se estranguló.

LIBRO XXIX

Secretas pretensiones del notario Teodosio al Imperio.—Acusado en Antioquía ante Valente del crimen de lesa majestad, es condenado a muerte con sus numerosos partidarios.—Múltiples ejecuciones en Oriente por maleficios y otros crímenes verdaderos o supuestos.—Rasgos de crueldad y de salvaje barbarie de Valentiniano en Occidente.—Pasa el Rhin por un puente de barcas para sorprender al rey Macriano, pero fracasa el golpe por falta de soldados.—Teodosio, general de caballería en las Galias, marcha al África en contra del rebelde Firmo, hijo del rey moro Nabal; le derrota en muchos combates, le reduce a matarse y devuelve por este medio la tranquilidad a la comarca.—Irritados los quados por el inicuo asesinato de su rey Gabinio, se coligan con los sármatas, entran a sangre y fuego en la Valeria y la Pannonia y destruyen casi por completo dos legiones. Prefectura urbana de Claudio.

(Año 371 de J. C.)

Había terminado el invierno, y Sapor, rey de los persas, enorgullecido con sus anteriores triunfos, después de llenar los huecos de su ejército y provisto abundantemente a su equipo y subsistencia, entró en campaña al frente de sus catafractos, arqueros y otras tropas a sueldo. El conde Trajano y Vadomario, ex rey de los alemanes, llevaron contra él fuerzas respetables, pero con órdenes que les recomendaban especialmente mantenerse a la defensiva. En cumplimiento de estas órdenes, al llegar a Vagabanta, donde les hostilizaron vivamente, tuvieron que rehusar la batalla y retirarse, evitando cuidadosamente derramar sangre enemiga, para que no se les pudiese atribuir la violación del tratado. Pero obligados al fin a aceptar el combate, causaron mucho daño a los Persas, alcanzando la victoria. El resto de la estación pasó para ambas partes librando ligeras escaramuzas con suerte diferente; acordándose al fin, de común consentimiento, una tregua, y los dos reyes, sin dejar de considerarse en guerra, dejaron sus respectivos ejércitos. Sapor pasó a invernar en Ctesifonte, y Valente regresó a Antioquía, donde, mientras descansaba sin temores en cuanto al exterior, estuvo a punto, como se verá, de sucumbir bajo los ataques de los enemigos interiores.

Dirigía reclamaciones muy fundadas contra los intendentes Anatolio y Spudasio, Fortunaciano, tesorero del dominio privado. Un tal Procopio, carácter díscolo y turbulento, les sugirió la idea de deshacerse de aquel incómodo vigilante, y Fortunaciano, cuyo carácter era impetuoso y que llevaba las cosas hasta el extremo, se enteró de sus manejos. En vez de contenerse en los límites de su autoridad, entregó en seguida a la jurisdicción del prefecto del pretorio a un tal Paladio, hombre de baja estofa, considerándole como envenenador asalariado por sus enemigos, y al intérprete del horóscopo de Heliodoro; suponiendo que conseguiría de aquellos hombres, por medio de la tortura, la confesión de alguna tentativa contra su vida. Aplicóseles rigurosamente el tormento; pero en medio de las torturas, exclama de pronto Paladio, que no se trata de nimiedades; que si le dejan hablar, revelará una trama de mayor alcance; trama urdida desde mucho antes, y que, si no se acude pronto, producirá un trastorno general. Invitado a explicarse libremente, aquel hombre comienza una declaración extensísima; asegurando en primer lugar que el ex presidente Fidusto, de acuerdo con Pergamio e Ireneo, había conseguido, por medio de conjuros, conocer el nombre del sucesor de Valente. Quiso la casualidad que se encontrase cerca Fidusto: detuviéronle y le introdujeron secretamente. Careado con su acusador, ni siquiera intentó negar los hechos citados y reveló por completo una trama deplorable. Sin vacilar confesó sus conversaciones referentes al heredero inmediato del trono con Hilario y Patricio, versados en la adivinación, y habiendo servido el primero en las milicias del palacio. La suerte, interrogada por la magia, les había revelado un príncipe excelente, anunciándoles al mismo tiempo que les amenazaba una muerte trágica. Entonces se habían preguntado quién era entre los contemporáneos el hombre superior a quien pertenecía aquel nombre predestinado, y habían creído encontrar en Teodoro, que a la sazón había ascendido al segundo grado del notariado, la personificación de su idea.

En efecto; Teodoro era como lo habían juzgado. Oriundo de antigua e ilustre familia de las Galias, desde la niñez había recibido brillante educación. Amable, prudente y modesto, eminentemente dotado de atractivos personales y de claridad de entendimiento, siempre se había mostrado superior a cada nuevo empleo que se le confiaba, haciéndose estimar igualmente de sus superiores y de sus subordinados; siendo tal vez el único hombre de quien pudiera decirse que no trababa su lengua temor ninguno, porque la dirigía siempre la razón. Fidusto, torturado casi hasta la muerte, añadió a esta declaración, que había dado cuenta del vaticinio a Teodoro por medio de Eucerio, varón de ciencia y elevada posición, que recientemente había administrado el Asia como viceprefecto. Preso inmediatamente, habiendo dado cuenta al Emperador, como de costumbre, su ferocidad natural, sobrecitada por las bajas adulaciones de sus cortesanos, se inflamó repentinamente, a modo de antorcha destructora. El adulator más sobresaliente de todos era Modesto, prefecto del pretorio, a quien atormentaba día y noche el temor de que le reemplazasen. Sus rebuscadas felicitaciones, cuya exageración frisaba en ironía, acariciaban agradablemente el oído poco delicado del Emperador. Modesto calificaba su informe facundia de elocuencia ciceroniana, exagerando un día la adulación hasta el punto de decir que bastaba al Emperador quererlo para que compareciesen ante él hasta las estrellas.

Inmediatamente fue arrebatado Teodoro de Constantinopla, a donde había ido para asuntos particulares. Entretanto continuaba el proceso sin levantar mano, y diariamente se traía desde los puntos más lejanos del Imperio a los acusados más distinguidos por su posición o nacimiento. No bastaban las cárceles ni las casas particulares, convertidas en prisiones, para contener la multitud que aglomeraban en ellas; y no había nadie que no estuviese preso o temiese ver a alguno de los suyos arrojado a un calabozo. Teodoro llegó al fin, vestido de luto y medio muerto ya, encerrándole solo en un punto retirado de la ciudad; y preparados ya todos los elementos del proceso, dióse al fin la señal de aquel sangriento juicio.

Igualmente engaña el que oculta lo verdadero como el que supone lo falso: así es que no trataré de negar (cosa, por otra parte, averiguada) que la vida de Valente no hubiese estado amenazada ya, y que en aquel momento mismo no corriese graves peligros. Una vez vio a sus propios soldados volver sus armas contra él; pero le protegió la fortuna, que le reservaba para la catástrofe de Tracia. El atentado del escutario Salustio, que estuvo a punto de matarle en un bosque, donde dormía la siesta, entre Seleucia y Antioquía, fracasó como los otros contra una vida que, desde su primera hora, había marcado con su sello la fatalidad. En tiempos de Cómodo y de Severo habíase visto más de un ejemplo de tentativas semejantes y gravemente comprometida la vida del príncipe. Una vez, entre otras, al entrar Cómodo en su palco del teatro, recibió una puñalada casi mortal del ambicioso senador Quinciano. Sin el auxilio de su hijo, adolescente aún, Severo habría sido acribillado de heridas en su propia cámara imperial, impulsado a este crimen por Planciano el centurión Saturnino. Esto justifica en algún modo a Valente, por haberse defendido, en cierta medida, contra la traición que amenazaba su vida; pero no excusa aquella intratable soberbia del poder, aquel inmoderado deseo de venganza, que le hizo confundir en ciego procedimiento y afligir con la misma pena a inocentes y culpados. Hasta tal punto se llevó la precipitación, que muchas veces se deliberaba acerca de la culpabilidad, cuando el príncipe había pronunciado ya la sentencia; y alguno se enteraba de que estaba condenado, cuando ni siquiera sabía que era sospechoso. La crueldad de Valente se encontraba excitada más y más por su insaciable codicia y por la de sus cortesanos, siempre al acecho de la nueva presa que se presentaba y dispuestos a tachar de debilidad a quien por casualidad alzaba la voz en favor de los sentimientos humanitarios. Su ponzoñosa adulación no hacía más que endurecer a aquel hombre, que con una palabra daba la muerte, con el propósito de llegar, aunque fuese a costa del desquiciamiento del Estado, a la ruina de las fortunas más elevadas. Dos defectos de este Emperador daban amplio espacio a estas perniciosas influencias. En primer lugar, su cólera se irritaba por el sentimiento de vergüenza que le hacía experimentar; y además, accesible como cualquier particular a toda confianza, se hubiese sonrojado como príncipe, al descender a examinar algo. De aquí aquella multitud de inocentes

arrancados a sus hogares, pereciendo en el destierro y cuyos caudales iban a aumentar el tesoro del Estado o el particular del Emperador. Y aun se consideraba clemente el monarca al no condenarles más que a mendigar el pan y a vivir en la miseria; extremidad de tal naturaleza, que mejor es arrojarse al mar que sufrirla, si ha de creerse al antiguo y prudente poeta Theognis. Su severidad, aunque hubiese sido justa al principio, se hacía excesiva en la aplicación: habiéndose dicho, con razón, que el rigor es mucho más amargo cuando castiga aparentando perdonar.

Habiéndose reunido los comisarios bajo la presidencia del prefecto del pretorio, hízose provisión de potros, pesos de plomo y cordeles. Dominando el ruido de las cadenas, resonaba la voz de los ministros del tormento, repitiendo continuamente las palabras aprieta, cierra, comprime a otro. Vimos a muchos de aquellos desgraciados pasar del tormento al último suplicio. Pero se confunden los hechos, olvido los detalles y solamente puedo resumir rápidamente mis recuerdos.

El primero a quien se oyó fue Pergamio, quien, como antes dijimos, acusaba a Paladio de haber leído en lo porvenir con auxilio de la magia. Pergamio hablaba bien, y con gusto cedía a la intemperancia de su lengua. Viendo, después de algunas preguntas insignificantes, que vacilaban sus jueces acerca del orden que debían seguir en su interrogatorio, tomó atrevidamente la iniciativa y comenzó a citar innumerable serie de pretendidos cómplices, a quienes hacía gravísimos cargos, y que era necesario ir a buscar hasta en el Atlas. Como su declaración complicaba extraordinariamente el asunto, para terminar, le condenaron a muerte; haciéndose lo mismo con algunos otros en aquel día. Obrábase de esta manera para llegar más pronto a Teodosio, meta olímpica de toda investigación. Siniestro incidente había señalado ya aquel día. Salía, ex tesorero de Tracia, a quien fueron a buscar en su prisión para someterlo a un interrogatorio, había caído muerto en brazos de sus carceleros, en el momento en que metía el pie en el calzado. Sin duda sucumbió bajo la influencia del terror, porque, si bien se había constituido un tribunal, apareciendo jueces para conservar un simulacro de formas jurídicas, las decisiones emanaban de la voluntad del amo, y todos los corazones temblaban de miedo. Valente, avezado ya al crimen, había abandonado por completo la equidad; y si se le hubiese escapado una sola víctima, su rabia habría sido la de una fiera del circo que ve desaparecer al guardián que acaba de abrirle la jaula, en el momento en que cree coger ya aquella presa para desgarrarla.

Introdujeron en seguida a Patricio e Hilario, intimándoles respondiesen acerca de los hechos de que se les acusaba: y como vacilasen desde el principio, les destrozaron los costados con tenazas. Al fin les presentaron la misma trípode de que se habían servido para sus operaciones mágicas, y confundidos entonces, prometieron completa confesión. El primero que habló fue Hilario, diciendo:

«Cierto es, magníficos jueces, que, bajo funesta inspiración, construimos con varillas de laurel la trípode presente, para figurar la de Delfos, y que, después de haber recitado sobre ella palabras místicas y haber realizado con mucho aparato los ritos del ceremonial de consagraciones, la hemos empleado muchas veces para descubrir las cosas secretas. En esta especie de adivinación se procede de la siguiente manera: comiézase por purificar la casa con emanaciones de perfumes de Arabia; en seguida se coloca la trípode en la parte central, y sobre ella se pone un plato redondo, de metal compuesto, en cuyo borde están grabadas circularmente, a distancias iguales y en caracteres legibles, las veinticuatro letras del alfabeto. Una persona vestida y calzada de lino, ceñida la frente con una cinta, y teniendo en la mano un propicio ramo de verbena, permanece de pie, invocando con las fórmulas consagradas, al dios que preside la ciencia adivinatoria. Esta persona tiene suspendido sobre el plato un anillo de hilo de lino, lo más delgado posible y consagrado según los ritos misteriosos, el cual, balanceándose, se detiene alternativa: mente sobre algunas letras. La reunión de estas letras forman las respuestas a las preguntas que se hacen, respuestas en versos regulares de ritmo y medida, como las que da el oráculo pitónico o el de Branchis. A la pregunta «¿Quién es el sucesor inmediato al Imperio, que goce de todas las virtudes?», el anillo forma el disílabo Oso, con la adición de otra letra. En el acto exclama uno de nosotros: «El destino designa a Teodoro»; y no continuamos, seguros ya de que éste era aquel por quien se preguntaba.»

A esta detallada declaración, añadió Hilario, en descargo de Teodoro, que todo se había hecho

sin su conocimiento. Preguntaron en seguida a los presos si les había revelado el oráculo la desgracia que les amenazaba a ellos mismos. A lo que contestaron con versos muy conocidos, cuyo sentido era que pagarían la curiosidad con la vida; pero que las furias vengadoras anunciaban también muerte e incendio al príncipe y a sus informadores. Bastará citar los tres últimos:

No correrá tu sangre sin venganza. El enojo de Tisiphon prepara en las llanuras de Mimas terrible retribución a aquellos cuyos corazones arden en el deseo del mal.

Dejáronles declamar hasta el fin, y en seguida comenzaron a funcionar las uñas de hierro. Acto continuo, y para apresurar la conclusión, hicieron entrar en masa a multitud de acusados, todos del grado de los honorati, que formaban el núcleo de la conjuración. Pensando cada cual en salvar su vida, se esforzaba en dirigir el golpe sobre la de su compañero, permitiéndose al fin a Teodoro que hablase a su vez. Empezó éste por arrodillarse y pedir gracia. Intimidado para que contestase a las preguntas, confesó las confidencias de Eucerio, añadiendo que muchas veces había estado a punto de revelarlo todo al Emperador; pero que siempre le había disuadido Eucerio, asegurándole que la revolución esperada se realizaría naturalmente, por el inflexible decreto del destino y sin usurpación violenta del trono. Eucerio, cruelmente desgarrado por los verdugos, confirmó aquellas palabras; pero presentaron cartas escritas por Teodoro a Hilario, que deponían en contra del primero; demostrando claramente, a pesar de la ambigüedad de los términos, que existía completa confianza en la predicción, y que, lejos de detenerse por algún escrúpulo, estaba impaciente por la realización. Conocido esto, pasaron a interrogar a otros, compareciendo Eutropio, a la sazón procónsul de Asia, imputándosele haber tenido conocimiento de la trama, y no debiendo su salvación más que a la firmeza del filósofo Pasifilo, que, torturado hasta la muerte para arrancarle una mentira, persistió en su heroica negativa. Presentaron en seguida otro filósofo, Simónides, muy joven todavía, pero con principios muy austeros. Acusábanle de haber recibido confidencias de Fidustio: vio que la pasión, y no el deseo de verdad, inspiraba el debate; y desde aquel momento declaró que, efectivamente, se lo habían revelado todo, pero confiando en su discreción, y que había callado.

Enterado de todo el Emperador, que había seguido atentamente el proceso, confirmó el acuerdo de los jueces y condenó a muerte a todos los acusados, que fueron decapitados en presencia de inmensa multitud, la cual mostró horror ante tal espectáculo, sin poder reprimir sus gemidos. ¡Hasta tal punto se consideraba desgracia pública la de cada uno de los condenados! Solamente se exceptuó a Simónides, porque su intrépida firmeza exasperó la crueldad de su juez, que le condenó al fuego. Simónides abandonó la vida como se abandona una amante tiránica, impasible y sonriendo en medio de las llamas. Su fin se pareció al del célebre filósofo Peregrino, llamado Proteo, que, decidido a abandonar la vida, se arrojó en presencia de toda la Grecia, reunida en los juegos olímpicos, a una pira construida por él mismo.

En los días siguientes, multitud de personas de todo rango, cuyo número y nombres no recuerdo, envueltas en las redes de la acusación, fatigaron los brazos del verdugo, quedándoles muy escasa vida después de los azotes y los tormentos. Algunos fueron ejecutados mientras se discutía si irían o no al suplicio; aquello fue verdadera carnicería. Para dar aspecto menos repugnante a la matanza, idearon después reunir en montón libros y cuadernos encontrados en diferentes casas y quemarlos en presencia de los jueces, suponiendo que trataban de cosas ilícitas, cuando la casi totalidad eran obras de Derecho o de artes liberales.

Poco después el insigne filósofo Máximo, cuyas lecciones tanto habían contribuido a la vasta instrucción del Emperador Juliano, fue acusado de haber tenido conocimiento del vaticinio; conviniendo en ello y excusando con su carácter de filósofo el haber guardado silencio. También aseguró haber dicho que todos los que habían interrogado las suertes perecerían en el último suplicio. No por esto dejó de ser trasladado a Éfeso, su patria, para decapitarle allí, mostrando así que la suerte del acusado no depende tanto de la gravedad de los cargos como de la disposición del juez. Otra acusación igualmente falsa recayó sobre Diógenes, miembro de ilustre familia y personalmente distinguido por su ingenio, elocuencia y ameno trato. Había sido mucho tiempo corrector de Bitinia, y le hicieron morir para apoderarse de su rico patrimonio. La odiosa tiranía

buscó a Alipio, vicario honorario de Bretaña, el hombre más inofensivo, trocando en día de luto sus tranquilos ocios. Acusáronle de magia, por testimonio de un tal Diógenes, canalla de la peor ralea, a quien la tortura hizo hablar a gusto del acusador, es decir, del príncipe, y a quien quemaron vivo, cuando los tormentos no pudieron conseguir más de él. Alipio, despojado de sus bienes, fue desterrado, y condenado a muerte su hijo, sin razón alguna, salvándose por feliz casualidad.

Así, pues, un hombre entregado por Fortunaciano al rigor de las leyes, aquel Paladio, coágulo de todas las miserias, iba acumulando ruinas sobre ruinas, y sembrando por todas partes luto y lágrimas. Explotando a su gusto, sin distinción de fortuna y de rango, una acusación de extraordinario alcance, como hábil cazador, sabía tender mortales redes sobre muchas cabezas a la vez; acusando a unos por hechos de sortilegio y a otros como cómplices de atentado a la majestad del trono. Las esposas no tenían tiempo para llorar a los esposos. En cuanto se lanzaba alguna acusación, llegaban en seguida los agentes, que, so pretexto de poner los sellos, deslizaban entre los efectos del acusado algún oráculo, algún amuleto de vieja o receta para componer filtros, constituyendo otros tantos cuerpos de delito ante tribunales en que jamás se aplicaban las leyes, la conciencia ni la equidad para distinguir la verdad de la calumnia. Sin escuchar la defensa, sin que se formularan acusaciones concretas, pronunciábase la confiscación y la muerte, y entonces jóvenes y viejos, ágiles o tullidos, marchaban o eran llevados al suplicio. Para eludir las pesquisas por todas partes, en las provincias de Oriente, se arrojaban al fuego los libros: ¡tan grande era el terror que se había apoderado de los ánimos! En una palabra, nos encontrábamos entonces como vagando a tientas en medio de densas tinieblas y temblando todos con aquel miedo que experimentaba el convidado de Dionisio, cuando, sentado ante un banquete, más temible que el hambre misma, veía incesantemente la espada suspendida por un hilo sobre su cabeza.

Por entonces Bassiano, varón de preclaro origen y notario que se distinguía entre los primeros, fue acusado de haber empleado la magia para servir a sus ambiciosas miras. En vano demostró que no había consultado las suertes sino para conocer el sexo del hijo que su esposa llevaba en el seno; confiscáronle su rico patrimonio, y gracias a la influencia e intercesión de su familia se libró de la muerte.

En medio del estruendo de tantas nobles casas que se derrumbaban, el infernal asociado de Paladio y émulo suyo en maldad, Heliodoro el Matemático, como vulgarmente se le llamaba, iniciado ya en las misteriosas intrigas del palacio, dirigía con seguridad sus mortales dardos; no omitiendo caricias ni seducciones para que tal individuo dijera lo que sabía, o más bien lo que le sugería su imaginación. No había mesa servida con más delicadeza que la suya, y se le prodigaba el dinero para sus mercenarias voluptuosidades. Cuando se le veía pasar por las calles con torvo semblante, todos procuraban evitar su mirada. Su descaro aumentó cuando el título de prepósito de los oficios cubicularios le dio entrada en el gimnasio. En alta voz decía que las sentencias del Emperador harían derramar muchas lágrimas. En su calidad de abogado enseñaba a Valente a redondear sus frases, a emplear figuras y a intercalar en sus discursos palabras de efecto.

Demasiado largo sería referir todo el daño que causó aquel malvado; solamente citaré la insolencia con que se atrevió a poner mano en las dos columnas del patriciado. Aquella increíble audacia que, como ya he dicho, le daban las confidencias de palacio y su vanidad, que no retrocedía ante ninguna infamia, le llevaron hasta intentar a los dos respetables hermanos Eusebio e Hipacio, deudos en otro tiempo del Emperador Constancio, la acusación de aspirar al Imperio y de emplear ocultas maniobras para conseguirlo. Añadía Heliodoro, para dar verosimilitud a la acusación, que Eusebio se había mandado hacer ya el traje imperial. Escuchado con avidez, aquella denuncia excitó una especie de rabia en un déspota tan poco a propósito para mandar, puesto que se lo creía permitido todo, hasta ser injusto. Acto continuo se llama de los puntos más lejanos a cuantos designa el capricho de un acusador superior a las mismas leyes y a quienes la citación turba en su profunda seguridad. Comenzóse en seguida el proceso criminal, y cuando después de haber faltado de mil maneras a la equidad y reglas de procedimiento, los obstinados esfuerzos de la acusación solamente alcanzaron poner de manifiesto la inocencia de los ilustres acusados, no por eso dejó de

ser honrosamente tratado el calumniador por la corte. En cuanto a sus víctimas, tuvieron que sufrir al pronto el destierro y el secuestro; pero a poco se les llamó y reintegró en sus honores y bienes.

El fracaso de este desenlace no despertó el menor sentimiento de circunspección o de pudor. En el deslumbramiento de la omnipotencia, el Emperador ni siquiera sospechaba que un carácter elevado se rebaja al hacer daño, aunque sea por perjudicar a sus enemigos; y que no hay nada más odioso que la dureza de corazón, aumentando los rigores necesarios del poder. Cuando murió Heliodoro, bien de enfermedad, bien porque la venganza apresuraba su fin (¡ojalá no hubiese dado tantos motivos para creerlo!), multitud de *honorati*, vestidos de luto, entre los que se encontraban los consulares Eusebio e Hipacio, marcharon, por orden terminante, al frente del duelo. La absurda ceguera del príncipe en aquella ocasión se manifestó hasta el escándalo. Primeramente se le rogó por mucho tiempo en vano que no asistiera personalmente a la lúgubre ceremonia; permaneciendo inflexible y sordo como si se hubiese tapado los oídos con cera para pasar ante el escollo de las sirenas. Cediendo al fin a reiteradas súplicas, exigió al menos que fuesen con la cabeza descubierta, unos descalzos, otros con las manos cruzadas, acompañando hasta el lugar de la sepultura el féretro de aquel miserable. Hoy mismo nos estremecemos de ira solamente al recordar la humillación de tantos senadores y hombres ilustres marchando de aquella manera, precedidos por el bastón de marfil, los ornamentos y el registro de los fastos consulares. En aquella comitiva se encontraba el joven Hipacio, tan notable en aquella edad por sus virtudes; carácter dulce y tranquilo, que sometía su conducta a la regla de honestidad más severa. Éste sostuvo dignamente la ilustración de su familia, y sus actos en su doble prefectura serán gloriosos títulos para sus descendientes.

Citaremos, finalmente, otro rasgo para acabar de dar idea del carácter de Valente. En el momento en que llevaba la crueldad contra sus víctimas hasta deplorar que la muerte la pusiera límites, un hombre atrozmente bárbaro, el tribuno Polenciano, quedó convicto, confesándolo él mismo de haber abierto el vientre, viva, a una mujer en cinta, y de haberla arrancado el feto de las entrañas, con objeto de evocar los manes del infierno y sorprender, por medio de conjuros, el secreto de la sucesión al Imperio. Pues bien; el Emperador le trató con benevolencia; y aquel monstruo, en medio de los murmullos del Senado, se retiró absuelto y en tranquila posesión de su empleo y fortuna, que era bastante considerable, sin embargo, para despertar la codicia.

¡Oh sublimes luces de la filosofía, don celestial concedido a algunos espíritus privilegiados y que puede transformar los caracteres más ingratos! ¡Cuántos males se hubieran economizado en aquella época de tinieblas, si Valente hubiese sabido que ocupar el poder es tener a cargo la felicidad de todos, que el soberano debe restringir su autoridad, combatir sus deseos y dominar sus iras; que debe tener presente siempre en la memoria aquella frase del dictador César: «El recuerdo de la crueldad es mal compañero para la vejez.» Que la vida del hombre es algo en el mundo, y formando parte integrante de la suma de la existencia humana, nunca es excesiva la lentitud y circunspección para deliberar acerca de su extinción, ni inconsiderada tampoco la prudencia para no apresurar la consumación de un acto irrevocable, como lo atestigua este hecho tan conocido de la antigüedad: Una mujer de Smirna confesó a Dolabela, procónsul de Asia, que había envenenado a su esposo y a los hijos que había tenido de él, porque descubrió que de común acuerdo habían hecho perecer a un niño que había tenido de otro matrimonio anterior. El procónsul declinó el juicio y entendió del asunto otro tribunal. Igual vacilación mostraron los nuevos jueces. ¿Era criminal el acto o simplemente justa represalia? Llevóse por fin el juicio a la jurisdicción del areópago, elegido algunas veces, según se dice, por árbitro entre los dioses. Oída la causa, el areópago citó a la acusadora y acusada para dentro de cien años, no queriendo absolver a una envenenadora ni condenar a una madre que había vengado a su hijo. Nunca es demasiado tarde para hacer lo que, por su propia naturaleza, no tiene remedio.

Pero la justicia no había cerrado los ojos ante los atentados que acabamos de referir, ante aquella violación de personas libres, cuyos cuerpos llevarían de por vida las señales de los tormentos. Elevándose hasta el cielo el grito de la sangre derramada, lo oyó el dios de la venganza y ya se encendía la antorcha de la guerra; iba a cumplirse el oráculo; ninguno de aquellos actos había

de quedar impune.

Mientras calmadas las hostilidades por el lado de Persia, dejaban el campo libre a las atrocidades de que Antioquía era teatro, el horrible enjambre de las furias remontaba el vuelo sobre las murallas de esta ciudad y marchaba a posarse sobre el Asia. La fatalidad llevó a Oriente a un tal Festo Tridentino, de oscuro y bajo nacimiento, compañero de abogacía en otro tiempo de Maximino y a quien éste quería como hermano. Este hombre fue primeramente administrador en Siria, después secretario de mandos, adquiriendo en estos dos empleos fama de dulzura y respeto a las leyes. Más adelante llegó a ser procónsul de Asia, y hasta entonces parecía destinado a no unir a su nombre más que honrosos recuerdos. Había llegado hasta sus oídos el rumor de las persecuciones que llevaba a cabo Maximino, y censuraba abiertamente aquella conducta como odiosa y funesta; pero vio que por el derramamiento de sangre aquel monstruo había adquirido títulos para el cargo de prefecto del pretorio y, desde aquel instante, no tuvo Festo más que un deseo, el de obtener el mismo adelanto por los mismos medios: un cómico no cambia con más rapidez de papel. En el acto comenzó a mirar ávidamente a todos lados buscando ocasiones de hacer daño, teniendo por seguro que la prefectura vendría a sus manos en cuanto estuviesen teñidas de sangre inocente. Su maldad, usando la palabra menos enérgica, se mostró de diferente manera. Bastará citar algunos hechos muy conocidos y notables, especialmente por su manifiesta intención de imitar lo que acontecía al mismo tiempo en Roma. En proporciones más restringidas, causó relativamente igual daño. Condenó cruelmente a morir en el suplicio más atroz a un filósofo llamado Ceranio, que no carecía de mérito; siendo el único crimen de este hombre haber escrito a su esposa una carta que terminaba con estas palabras: Σύ δέ νόει, καί στέφε τήν πύλην (cuida de coronar la puerta); frase proverbial con que se da a entender que va a ocurrir algo importante a alguno. Hizo perecer como maga a una pobre anciana que pretendía poseer el secreto de curar, por medio del canto, la fiebre intermitente, y a la que él mismo había llamado para que cuidase a su hija. Por medio de un registro se había descubierto entre los documentos de un ciudadano notable de la población un horóscopo de Valente. Preguntósele al interesado con qué objeto tenía en su casa la constelación del nacimiento del príncipe; y aunque el desgraciado hizo mil protestas de que era de un hermano suyo que hacía mucho tiempo había perdido, y que se llamaba también Valente, como prometió demostrar, Festo mandó que le desgarrasen los verdugos y le condenó a muerte sin esperar pruebas. A un joven, a quien se vio en un baño llevar alternativamente los dedos de las dos manos a los escalones de piedra y al pecho, recitando las siete vocales griegas, creyendo encontrar en esta práctica remedio para las enfermedades de estómago, se le sujetó a procedimiento y murió de mano del verdugo, después de sufrir el tormento.

Debemos interrumpir aquí la serie de los acontecimientos de Oriente, para atender a los que tenían lugar en la Galia. Entre otras calamidades encontramos aquí a Maximino desempeñando la prefectura del pretorio, con la inmensa autoridad que lleva consigo este cargo; auxiliar terrible de las pasiones de un soberano demasiado dispuesto ya al abuso del poder. Lo poco que diremos de los hechos bastará, a poco que se medite, para dar la medida de lo que pasaremos en silencio, omitiendo el cuadro completo de los furores del despotismo extraviados por depravados consejos.

La presencia de Maximino hizo que Valentiniano diese vuelo a su ferocidad natural, impaciente ya ante todo freno y rechazando toda regla y contrapeso. Viose desde entonces a este príncipe abandonarse a su instinto como nave entregada al furor de las olas y de las tempestades. A cada momento el cambio de color, pasos precipitados o alteración de la voz, denotaban en él alguna emoción violenta. No se conoce bastante el exceso de sus arrebatos, por lo que citaremos algunos ejemplos.

En un día de caza, un criado que tenía sujeto a un perro de Laconia para lanzarlo sobre la pieza al pasar, lo soltó demasiado pronto, porque se lanzó sobre él, mordiéndole para escapar. Valentiniano hizo matar a palos al criado y mandó enterrarle inmediatamente. A un operario de la manufactura que le había llevado una coraza primorosamente trabajada y que esperaba generosa retribución, le hizo matar porque la coraza pesaba poco en opinión suya. También envió al suplicio

a un sacerdote cristiano, natural de Epiro, por haber ocultado al próconsul Octavio, sobre quien pesaba una acusación. Hizo apedrear a Constanciano, prepósito de los caballos para el ejército, a quien envió a Cerdeña para recibir los destinados al servicio militar, porque había reemplazado algunos por autoridad propia. Acusábase al auriga Atanasio, muy considerado a la sazón, de haber pronunciado frases indiscretas: el Emperador mandó que le quemasen en cuanto se permitiese tales licencias, y poco después se le entregó a este suplicio so pretexto de una imputación de sortilegio, sin tener en cuenta su habilidad, que encantaba al pueblo. Africano, célebre abogado de Roma, pedía su traslado, habiendo terminado su administración en una provincia. Teodosio apoyaba su petición; y el Emperador contestó con este terrible juego de palabras: «Quiere que se le traslade, trasládale la cabeza;» siendo ésta la sentencia de muerte de un hombre distinguido por su elocuencia, que no había cometido otro delito que pedir, como tantos otros, su ascenso. Dos jefes de los Jovianos, Claudio y Salustio, quienes, por su mérito, de simples soldados habían llegado al puesto de tribunos, fueron acusados de haber hablado bien de Procopio cuando éste ambicionaba el Imperio. La condición del delator era bastante vil para despojar de toda autoridad la delación. El tormento, aplicado varias veces, no revelaba cargo alguno contra los acusados: el Emperador mandó decir a los jefes de la caballería, que eran los jueces, que condenasen a Claudio al destierro y a Salustio a la pena capital, prometiendo que éste recibiría el indulto en el momento del suplicio. Pero Salustio fue ejecutado, y solamente después de la muerte de Valentiniano se levantó a Claudio el destierro... Empleábase la tortura con nuevo furor, sucumbiendo en ella muchos desgraciados en los que ni siquiera indicio de culpabilidad pudo descubrirse; y, contra la costumbre, fueron azotados con varas los protectores encargados de representar a los personajes.

Repugna al ánimo referir tales horrores y hasta temo que se me acuse de calumniar a un príncipe tan apreciable bajo otros conceptos. Sin embargo, no puedo pasar en silencio que alimentaba con carne humana dos osas voraces cuyas jaulas estaban colocadas cerca de su dormitorio. Llamábase la una *Mica aurea* y la otra *Inocencia*; que había dado a cada una de ellas guardas especiales encargados de mantener su feroz instinto. A Inocencia cuando hubo desgarrado y sepultado en su vientre bastantes cuerpos humanos, le fue devuelta en recompensa la libertad de los bosques...

Estos ejemplos demuestran claramente que Valentiniano era sanguinario por inclinación y por principio; pero la crítica más adversa no podría poner en duda su talento. Necesario es reconocer que habría hecho menos quizá por la seguridad del Estado ganando muchas batallas que con aquella muralla armada que opuso a las empresas de los bárbaros... El enemigo no podía moverse sin que le descubrieran desde alguno de los fuertes, siendo rechazado en el acto.

La preocupación más constante de Valentiniano en medio de los cuidados del gobierno, era, imitando lo que hizo Juliano con Vadomario, apoderarse por fuerza o por astucia de la persona del rey Macriano. El poder de este rey alemán había aumentado por nuestras prolongadas vacilaciones, encontrándose ya bastante fuerte para presentarse francamente como enemigo. Valentiniano comenzó por tomar a tiempo sus disposiciones, adquiriendo por medio de desertores los datos necesarios para el éxito de una sorpresa. En seguida, con todas las precauciones posibles para mantener secreto su proyecto y evitar todo fracaso, echó un puente de barcas sobre el Rhin. Severo, que mandaba la infantería, avanzó hasta las aguas de Mattias, donde se detuvo, asustado de su aislamiento y ante la posibilidad de verse envuelto con tan pocas tropas. Encontrábanse allí mercaderes de los que trafican en botín y esclavos con los ejércitos, y para que no revelasen la marcha, mandó matarles, apoderándose de sus despojos. La llegada del resto de las fuerzas tranquilizó a la vanguardia. Acamparon apresuradamente como pudieron, para pasar la noche, no teniendo ninguno ni una sola bestia de carga; prescindiendo todos de tienda, exceptuando el Emperador, para quien improvisaron un techo formado con tapetes. En cuanto amaneció, continuaron la marcha, saliendo Teodosio con la caballería para explorar el camino... (*laguna*). Los contratiempos partieron de los soldados, quienes, a pesar de la prohibición del Emperador, no dejaron de saquear e incendiar.

Alarmados los guardias de Macriano por los clamores y ruido de las llamas, sospecharon el proyectado ataque, hicieron subir a su rey en un carro muy rápido y desaparecieron con él en las escabrosidades de la montaña, perdiendo de esta manera Valentiniano el honor que esperaba conseguir de aquella empresa; y esto no por culpa suya o de sus generales, sino por efecto de la indisciplina, que muchas veces comprometió el triunfo de los ejércitos romanos. Para vengarse, taló el territorio enemigo en cincuenta millas de extensión, y volvió a Tréveris profundamente disgustado. Allí, estremeciéndose como el león a quien acaba de escapar el ciervo o el cabritillo de que creía apoderarse, aprovechó el espanto bajo cuya influencia se habían dispersado las fuerzas bárbaras para reemplazar a Macriano por Fraomario como rey de los Bucinobantos, tribu alemana vecina de Mogontiac. Más adelante, habiendo devastado las posesiones de este príncipe una incursión, le envió a Bretaña con el empleo de tribuno y le puso al frente de un cuerpo de compatriotas suyos, que se distinguían en nuestro ejército por su bravura. También confirió mandos a otros dos jefes de esta nación, Bitherido y Hortario. Pero más adelante sorprendió Florencio, duque de Germania, una correspondencia de Hortario con Macriano y otros jefes alemanes, y el tormento hizo confesar la traición al culpable, que fue condenado a las llamas.

... (*Laguna.*) La mezcla de los hechos contemporáneos produciría aquí inevitable confusión, por lo que me propongo continuar seguidamente el relato.

Nabal, el más poderoso de los reyezuelos de Mauritania, acababa de morir, dejando muchos hijos tanto de su esposa como de sus concubinas. Zama, uno de estos últimos, que gozaba del favor del conde Romano, fue muerto a traición por su hermano Firmo, lo que dio lugar a ruptura y guerra, a consecuencia de intrigas del conde para vengar el asesinato de su protegido. Parece ser que en la corte del Emperador se trabajaba mucho para hacer llegar al príncipe, apoyadas en comentarios en el mismo sentido, las envenenadas comunicaciones que Romano le dirigía contra Firmo, mientras que se cuidaba mucho de que ignorase todo lo que alegaba éste para su justificación. «El Emperador tiene otros cuidados más graves», decía Remigio, maestre de oficios, pariente y auxiliar de Romano: «es necesario elegir mejor momento para llamar su atención sobre documentos tan insignificantes.»

Descubrió al fin el moro las intrigas que impedían se tomase en consideración su defensa; y temiendo que, a pesar de sus buenas razones, se le tratase como rebelde, decidió provocar espontáneamente la insurrección. Habíanse suscitado un enemigo irreconciliable, que era necesario abatir antes que pudiese extender sus medios de perjudicar, para lo cual enviaron inmediatamente al África, con débil destacamento de la casa militar, al jefe de la caballería Teodosio, a quien sus eminentes cualidades hacían acreedor a esta preferencia. Su carácter era parecido al de Domicio Corbulón y de Lusio, que tanta fama alcanzaron por sus hazañas militares bajo los reinados de Nerón y de Trajano. Teodosio partió de Arles bajo favorables auspicios, pasó el mar con la flota cuyo mando había tomado, y desembarcó en Igilgitana, en la Mauritania Sitifense, antes de que se tuviese noticia de su partida. La casualidad le hizo encontrar al conde Romano, con quien conversó afectuosamente, indicando a la ligera las reconveniones que esperaba este último, y hasta le encargó la organización de un servicio de postas y de guardias avanzadas en la Mauritania Cesariense. Pero en cuanto marchó Romano, dio orden Teodosio a Gildón, hermano de Firmo y a Máximo para que prendiesen a su vicario Vicente, cómplice notorio de sus despojos y crímenes. Obstáculos de navegación habían retrasado la llegada de parte del ejército expedicionario; pero en cuanto se reunió, marchó Teodosio a Sitifis, donde intimó a los protectores que responderían de la persona de Romano y de sus criados. Graves preocupaciones le agitaron durante su permanencia en aquella ciudad, meditando acerca del medio de hacer maniobrar en aquel suelo abrasador a soldados acostumbrados a las regiones boreales; y cómo alcanzaría a un enemigo tan rápido, cuya única táctica es sorprender, sin aceptar nunca batalla campal.

Vago rumor había llegado a Firmo, antes que el anuncio seguro de la llegada de Teodosio. Asustado por la extraordinaria fama de aquel adversario, se apresuró a escribirle y a solicitar, por la mediación de emisarios, el olvido de lo pasado. Reconocía como culpable su resolución, pero no

había sido espontánea, habiéndole impulsado a la rebelión la injusticia, como prometía probar. Teodosio aceptó la defensa; ofreció tratar con Firmo en cuanto éste diese rehenes, y marchó en seguida a la estación de Pancharia, donde había citado a las legiones de África para revistarlas. Algunas palabras pronunciadas con noble y modesta firmeza bastaron para reavivar su valor. En seguida volvió Teodosio a Sítifis, donde reunió con el cuerpo expedicionario todas las fuerzas militares del país; e impaciente ya por los aplazamientos de Firmo, se puso en campaña, adoptando, entre otras acertadas medidas, una que le conciliaba ilimitado afecto. Había suprimido el suministro de víveres a sus tropas por parte de la provincia, declarando, con generosa confianza, que sus soldados no contaban para mantenerse más que con las cosechas y almacenes del enemigo: y, con profunda satisfacción de los propietarios del suelo, cumplió su palabra.

Teodosio partió en seguida para Tubusumpto, ciudad al pie del monte Ferrato, donde se negó a recibir otra diputación de Firmo, que se presentaba sin los rehenes convenidos. Habiéndose hecho dar cuenta allí, con la premura que exigía el tiempo, de la disposición del país, marchó rápidamente contra las tribus de los Tendenses y Massissenses, que estaban ligeramente armadas y mandadas por Maciszel y Dios, hermanos de Firmo. En cuanto se tuvo a la vista estos enemigos tan difíciles de alcanzar, cambiáronse nubes de saetas y en seguida trabóse furiosa pelea. En medio de los gritos de dolor que brotan de un campo de batalla, dominaban los alaridos de los bárbaros heridos o hechos prisioneros. La devastación e incendio de la comarca fueron las consecuencias de nuestra victoria; quedando destruida totalmente la granja de Petra, a la que su propietario Salmaces, hermano de Firmo, había dado casi las proporciones de una ciudad. Animado el vencedor con esta primera victoria, apoderóse con maravillosa rapidez de la ciudad de Lamfoctense, en el centro mismo de los pueblos que acababan de ser derrotados, acumulándose allí en seguida considerables provisiones; porque el jefe romano quería, antes de penetrar en el interior, disponer de almacenes a su alcance para el caso en que no encontrase ante él más que un país devastado. Durante estas operaciones, Maciszel que había conseguido levantar fuerzas en las tribus vecinas, cayó de nuevo sobre nosotros y fue rechazado con grandes pérdidas, debiendo él mismo la vida a la ligereza de su caballo.

Tan sobrecogido como debilitado Firmo por este doble descalabro, recurrió otra vez a las negociaciones como última esperanza, viniendo de su parte obispos a implorar la paz y ofrecer rehenes; prometiendo en recompensa del buen recibimiento que tuvieron, cuantos víveres se necesitasen y llevando favorable respuesta. Algo más tranquilo entonces el príncipe moro, presentóse personalmente para hablar con el general, enviando antes regalos, y montando además un caballo que podía sacarlo de apuros en caso necesario. Impresionado al acercarse por la vista de nuestros estandartes, y especialmente por el marcial aspecto de Teodosio, arrojóse del caballo, y, prosternándose casi hasta el suelo, confesó sus delitos con lágrimas en los ojos e imploró perdón y paz, Teodosio, a quien sólo movía el interés del Imperio, le levantó, le abrazó, le inspiró de esta manera confianza y obtuvo víveres. Firmo entregó como rehenes algunos parientes suyos y se retiró confiado, prometiendo devolver todos los prisioneros que habían caído en sus manos en los primeros momentos de la sublevación. Dos días después, conforme estaba convenido, entregó a la primera intimación la ciudad de Icosium, de cuyos fundadores hablamos antes, y restituyó al mismo tiempo las enseñas, la corona sacerdotal y todo el botín que había recogido.

Después de larga marcha entró Teodosio en la ciudad de Tiposa, donde dio esta altiva respuesta a los enviados de Mazices, que habiéndose coligado con Firmo, pedía suplicando perdón: «En breve iré a pedir os razón de vuestra pérfida conducta», despidiéndoles temblando bajo la impresión de aquella amenaza. Desde allí marchó a Cesarea, noble y opulenta ciudad en otro tiempo, cuyo origen hemos referido también en nuestra descripción de África, casi reducida a cenizas a la sazón, y que solamente presentaba escombros cubiertos ya de musgo. Allí estableció las legiones primera y segunda, con orden de limpiar de ruinas la ciudad y protegerla contra cualquier insulto de los bárbaros.

Al tener noticia de estos triunfos, los principales funcionarios provinciales y el tribuno Vincencio abandonaron apresuradamente las guaridas donde se habían refugiado y marcharon a

Cesarea a reunirse con el general, que les recibió afectuosamente. Antes de alejarse de esta ciudad, adquirió Teodosio el convencimiento de la hipocresía de Firmo, quien, bajo capa de sumisión y humildad, ocultaba el proyecto de caer sobre el ejército como el rayo, en el momento en que estuviese menos preparado para esta agresión. Al enterarse de esto, abandonó Teodosio Cesarea y marchó a situarse en el pueblo de Sugabaris, situado a mitad de la vertiente del monte Transcelense. Allí había arqueros de la cuarta cohorte que habían peleado en las filas del rebelde. El general demostró indulgencia, limitándose a degradarles y enviarles a Tingaria, a donde relegó también parte de la infantería constanciana con sus tribunos, uno de los cuales había colocado su collar a modo de diadema en la frente de Firmo.

Entretanto llegaron Gildon y Máximo, llevando consigo a Bellenes, uno de los principales mazicos, y al prefecto Fericio, que habían hecho causa común con el autor de las turbulencias (*laguna*)... Cumplióse la orden, y al levantarse Teodosio al amanecer, vio a los culpables guardados en medio de las filas. Dirigiéndose entonces al ejército, dijo: «Compañeros: ¿qué debe hacerse con los traidores que estáis viendo?» Y accediendo en seguida al grito general, que pedía su muerte, entregó, según la costumbre antigua, los desertores constancianos a la espada de los soldados. A los jefes de los arqueros les cortaron las manos, y los demás fueron condenados a muerte. Igual severidad había ejercido en otro tiempo Curión con los habitantes de Dardania, habiendo creído aquel enérgico jefe que éste era el medio de concluir con el espíritu de sublevación que renacía en ellos como la cabeza de la hidra de Lerna. Los detractores de Teodosio han aprovechado este acto de rigor para censurarle acerbamente, aunque aprueban el de la antigüedad. «Los dardanios, dicen, eran nuestros mortales enemigos; contra ellos fue legítima toda energía; pero soldados que habían peleado bajo nuestras enseñas, no debieron haber sufrido aquel tratamiento por su primera falta.» Contestaré a esto lo que ellos saben quizá tan bien como yo, que no se trataba tanto de castigar esta cohorte como de hacer un escarmiento. También mandó matar Teodosio a Bellenes y Fericio, teniendo igual suerte Curandio, tribuno de los arqueros, por haberse negado a combatir, apartando a sus soldados de la pelea. En aquel momento recordaba el general la frase de Cicerón: «Prefiero saludable rigor a vana ostentación de clemencia.»

Al abandonar Teodosio a Sugabaris, marchó a derribar con el ariete el fuerte de Galonata, que, por sus robustas murallas, formaba la principal guarida de los moros. Arrasó aquellas murallas y pasó a cuchillo a cuantos encontró detrás de ellas. Desde allí marchó a Tigitanum, por el monte Ancorado, y cayó sobre los mazicos, reunidos en aquel punto. Nos recibieron a flechazos; pero aunque son belicosos y enérgicos, tuvieron que ceder a la superioridad de nuestra disciplina y de nuestras armas. Pronto quedó el campo sembrado de cadáveres; los demás volvieron la espalda, siendo destrozados en la fuga. Sin embargo, algunos consiguieron escapar, y más adelante obtuvieron el perdón que la buena política exigía se les concediese. Su jefe Sugén... (*laguna*) había sucedido a Romano. Teodosio le envió a poner guarniciones en las ciudades de la Mauritania Stifense, con objeto de asegurar la provincia contra la eventualidad de una invasión. En seguida, con la confianza que le inspiraban sus anteriores triunfos, marchó contra los musones, tribu de bandidos y asesinos, a quienes el convencimiento de sus crímenes había llevado al partido de Firmo, en el momento en que parecía ofrecerle el porvenir probabilidad segura de engrandecimiento.

A corta distancia de la ciudad de Addensa enteraron a Teodosio de que se formaba contra él terrible coalición de pueblos diferentes en costumbres y lenguaje; tempestad que le suscitaban las instigaciones y brillantes promesas de Cyria, hermana de Firmo. Disponía esta princesa de inmensos tesoros, y mostraba toda la obstinación de su sexo en sus esfuerzos por sostener a su hermano. Teodosio reflexionó entonces sobre la extraordinaria desigualdad de sus fuerzas, puesto que solamente tenía tres mil quinientos hombres, y oponerlos a tan inmensa multitud era arriesgar su pérdida y la de los soldados. Deseando ardientemente pelear y avergonzándose de ceder, realizó lentamente un movimiento hacia atrás, que muy pronto cambió en franca retirada la impetuosidad de la muchedumbre que tenía delante. Alentados por esta ventaja, los bárbaros le persiguieron con

furor... (*laguna*). Al fin se vio obligado a aceptar el combate, y él y los suyos estaban a punto de sucumbir, cuando de pronto la densa nube de enemigos que le envolvía se abrió al acercarse un cuerpo de auxiliares mazicos precedidos por algunos soldados romanos, dejando pasar a nuestras encerradas fuerzas. De esta manera pudo llegar Teodosio sin pérdidas al poblado de Mazucana donde hizo otro ejemplar con algunos desertores, quemando a unos y cortando las manos a otros, como a los arqueros. Al mes de Febrero siguiente encontrábase bajo las murallas de Tipata. Por mucho tiempo ocupó aquella posición, poniendo por obra una táctica que recuerda la de Fabio el Contemporizador, eludiendo constantemente todo empeño grave con un enemigo terrible por su encarnizamiento y destreza en las armas arrojadas, y esperando el momento de atacarle con ventaja. Entretanto recorrían en su nombre hábiles emisarios el país de los bajuras, cantaurianos, avastomates, cafaves, davares y otras tribus inmediatas, empleando, para conseguir su auxilio, en tanto dinero, en tanto amenazas y también promesas de perdón, por excesos cometidos anteriormente... (*laguna*), procedimiento útilmente empleado por Pompeyo contra Mitrídates.

Firmo vio entonces inminente su pérdida; y, no confiando ya en la protección de sus numerosas fortalezas, abandonó a los mercenarios, que había reunido a fuerza de dinero, para buscar refugio, a favor de la noche, en las inaccesibles gargantas de los montes Caprarienses. Su desaparición produjo la dispersión de los suyos y la toma de su campamento por los nuestros, que lo saquearon. Cuantos opusieron resistencia fueron degollados o hechos prisioneros y talado el país en considerable extensión. El prudente vencedor, a medida que atravesaba el territorio de una tribu, cuidaba de dejar a la espalda la autoridad en manos seguras. Aquella obstinada persecución, que estaba muy lejos de haber previsto, colmó los terrores del rebelde, que huyó de nuevo con escaso acompañamiento, sacrificando a su seguridad sus preciosos bagajes. Extenuada su esposa por el cansancio de aquella vida errante... (*laguna*).

Teodosio no perdonó a ninguno de los que cayeron en sus manos. Encontrándose reanimados sus soldados por el pago del estipendio y por mejor alimentación, derrotó con facilidad a los caprarienses y a sus vecinos los abannos, llegando rápidamente a la ciudad de... (*laguna*). Allí supo por seguro aviso que el enemigo se había situado en alturas rodeadas de precipicios, posición a que no podía llegarse sin mucho conocimiento del terreno. Vióse, pues, obligado a retroceder, y los bárbaros aprovecharon aquel breve descanso para sacar considerables refuerzos de los pueblos etiópicos limítrofes. En seguida se lanzaron ciegamente sobre los nuestros, imponiendo por un momento a Teodosio el aspecto de aquellas formidables masas, con las que al principio peleó en retirada. Pero no tardó en recobrar la ofensiva, y después de haber asegurado la subsistencia de sus tropas, las llevó de nuevo al combate, blandiendo las armas con terribles ademanes. Ya se lanzaban con furor algunos manípulos, desafiando el formidable ruido de la marcha de las masas enemigas y golpeando con las rodillas los escudos para responderle; pero su jefe era demasiado circunspecto para aceptar el combate en condiciones tan desiguales. Limitóse, pues, a inclinarse a un lado en buen orden, y, por medio de una maniobra atrevida, ocupó la ciudad llamada Contense, que Firmo, por su posición apartada y difícil acceso, había elegido para depósito de prisioneros. Teodosio devolvió la libertad a todos los cautivos y castigó, con su acostumbrado rigor, a los traidores y partidarios de Firmo.

Los dioses continuaban favoreciendo los planes de Teodosio. Enterado por seguras comunicaciones de que Firmo se había refugiado entre los isafleses, penetró en su territorio, y ante su negativa de entregarle su adversario, su hermano Mazuca y los demás de su familia, declaró la guerra a la tribu. Libróse sangriento combate, demostrando los bárbaros tal furia, que para resistirles tuvo que apelar Teodosio al orden de batalla circular, quedando al fin derrotados los isafleses y sufriendo considerables pérdidas. Firmo, que se había presentado en los puntos de mayor peligro, debió su salvación a la velocidad de su caballo, educado para correr entre peñascos y precipicios. Mazuca, mortalmente herido, cayó prisionero. Querían enviarlo a Cesarea, donde había dejado sangrientos recuerdos; pero consiguió darse la muerte, desgarrando la herida con sus propias manos; enviaron sin embargo su cabeza a los habitantes de aquella ciudad, que la recibieron con alborozo.

Con justas severidades hizo pagar el vencedor a la nación su obstinada resistencia; pereciendo en la hoguera Evasio, rico ciudadano, su hijo Floro y algunos otros, convictos de haber favorecido ocultamente al agitador.

Penetrando desde allí en el interior del país, Teodosio atacó resueltamente a la tribu jubalena, cuna, según se dice, del rey Nabal, padre de Firmo. Pero encontró en su camino una barrera de altas montañas, en las que se penetraba por tortuosos desfiladeros; y aunque había arrollado al enemigo, matándole mucha gente, temiendo aventurarse en una región tan favorable a las sorpresas, se retiró sin pérdidas a la fortificación de Audiense, donde se le sometió la feroz tribu de los jesalenses, ofreciéndole socorros en hombres y víveres.

Con justificada confianza por sus anteriores éxitos, quiso al fin Teodosio intentar el último esfuerzo para apoderarse de la persona misma del autor de la guerra. Durante larga estación que hizo en el fuerte Mediano, esperando con ansiedad el resultado de diversos planes concertados para hacerse entregar a Firmo, supo de pronto que el enemigo había vuelto entre los isaflenses. Entonces, sin dejarse dominar por los primeros temores, marchó rápidamente contra ellos. Un rey, llamado Igmacen, poderoso y considerado en aquellas comarcas, se presentó audazmente ante el general, y con acento amenazador le dijo: «¿De dónde vienes? ¿Qué vas a hacer en este país?» Teodosio le contestó tranquilamente: «Soy uno de los condes de Valentiniano, soberano del universo. Me envía aquí para libértarle de un bandido; y tú me lo vas a entregar en seguida, porque así lo manda mi invencible Emperador, o perecerás con todo tu pueblo.» Al escuchar estas palabras Igmacen prorrumpió en injurias y se retiró profundamente irritado. Al amanecer el día siguiente, los dos ejércitos, provocándose recíprocamente, se pusieron en movimiento para venir a las manos. Los bárbaros presentaban en línea cerca de veinte mil hombres, teniendo en reserva fuerzas escondidas, con el propósito de envolver las nuestras. Los romanos solamente podían oponerles un puñado de hombres, pero convencidos de su fuerza y confiados por sus recientes victorias, estrecharon las filas, unieron los escudos formando tortuga y presentaron un frente inquebrantable. Durante el combate, que se prolongó desde el amanecer hasta la entrada de la noche, no se dejó de ver a Firmo sobre un caballo muy alto, agitando su gran manto de púrpura, al mismo tiempo que gritaba a nuestros soldados que le entregasen sin demora al tirano Teodosio, inventor de suplicios, y que se libertasen al fin de tantos males como les hacía sufrir. Estas palabras influyeron de distinta manera en el ánimo de los nuestros; animándose unos más y más a pelear, pero otros retrocedieron: así fue que, en cuanto obscureció, Teodosio aprovechó las sombras para retirarse hacia el fuerte Duodiense. Allí revistó sus fuerzas, e hizo perecer en diferentes suplicios a los soldados que se habían dejado llevar de las palabras de Firmo, cortando a unos las manos y quemando vivos a otros. Pasó en pie toda la noche, rechazando los ataques que intentaron los bárbaros en la obscuridad en cuanto se ocultó la luna, matando muchos y haciendo prisioneros a los más audaces. Desde allí marchó rápidamente, por el lado que menos lo esperaban, contra los pérfidos jesalenses, taló y arruinó su territorio, y en seguida regresó a Sitifis por la Mauritania Cesariense, donde hizo quemar, después de romperles los huesos en el tormento, a Castor y Martiniano, cómplices de los atentados de Romano.

En seguida renovó la guerra con los isaflenses, quienes fueron muy maltratados en el primer empeño, perdiendo considerable número. Su rey Igmacen, victorioso hasta entonces, se conmovió mucho ante el desastre; y mirando en derredor, se vio aislado y perdido si persistía en su actitud hostil. En el acto tomó su partido; huyó furtivamente de su campamento y acudió a presentarse como suplicante delante de Teodosio, a quien rogó le enviase al jefe mazico Masila para tratar con él. Teodosio consintió en ello; comenzaron las negociaciones, y Masila le hizo saber, de parte de Igmacen, que solamente había un medio para conseguir el resultado que se quería de él; el de impulsar vigorosamente las hostilidades y reducir por el temor a su nación, que estaba muy inclinada a favorecer al rebelde, pero que se encontraba bastante debilitada por sus anteriores descalabros. El consejo era a propósito para el carácter de Teodosio, que no desistía fácilmente de sus resoluciones, para que dejase de aprovecharlo: descargando tales golpes y tan repetidos a los

isaflenses, que la nación entera llegó a huir ante él como un rebaño. En este desorden habría encontrado Firmo medio de escapar y tal vez de hallar retiro desconocido en medio de las montañas, si Igmacen no le hubiese hecho prender cuando iba a huir. Entonces Firmo, a quien Masila había hecho saber que Igmacen se entendía con Teodosio, comprendió que no le quedaba otro recurso que la muerte. Y una noche en que la ansiedad no le permitía dormir, después de haberse embriagado de intento, aprovechó el momento en que sus guardias estaban profundamente dormidos, se escapó sin ruido de su lecho, y ayudándose con pies y manos, la casualidad le hizo encontrar a tientas una cuerda, de la que se sirvió para ahorcarse de un clavo que había en la pared, muriendo de esta manera sin grandes sufrimientos.

Esta muerte contrarió mucho a Igmacen, que quería llevar vivo a Firmo al campamento romano. Sin embargo, mandó cargar el cadáver en un camello, y provisto de un salvoconducto por mediación de Masila, se dirigió personalmente hacia las tiendas romanas, cerca del fuerte de Subicara. Allí colocaron el cadáver sobre un caballo y lo presentaron a Teodosio, que recibió el homenaje con profundo regocijo. Llamóse a los soldados y al pueblo para que declarasen si reconocían las facciones de Firmo, y todos contestaron afirmativamente. Después de este acontecimiento, Teodosio permaneció poco tiempo en Subicara, regresando a Sitifis como en triunfo, siendo recibido con aclamaciones por los diferentes órdenes de la población.

Mientras continuaba Teodosio su laboriosa campaña por las arenas de Mauritania y el África, ocurrió inesperada sublevación de los quados, nación que, atendida su actual debilidad, apenas puede comprenderse cuán grande fue en otro tiempo su ánimo belicoso y su poder, como lo atestiguan el atrevimiento y rapidez de sus triunfos y su audaz asedio de Aquilea con los marcomanos; como lo atestigua también el saqueo de Opitergio, y la sangrienta invasión que rompió la barrera de los Alpes Julianos, y que apenas pudo contener el genio de Marco Aurelio. Ahora tenía legítima causa su levantamiento. En cuanto se encontró en el trono Valentiniano, dominado por la grande idea, pero que llevó hasta la exageración, de dar al Imperio una frontera fortificada, extendió la línea de sus trabajos más allá del Danubio, mandando se levantasen fortificaciones hasta sobre el territorio quado, como si perteneciese a los romanos. Herido quedó el sentimiento nacional de este pueblo, pero sin manifestarse más que por murmullos contenidos o por medio de legaciones. Maximino, que solamente pensaba en hacer daño, y cuya arrogancia había aumentado con los honores de la prefectura, censuró de blandura y desobediencia a Equicio, que mandaba entonces en Iliria, porque no estaban terminados todavía los trabajos. Era necesario no pensar más que en el bien del Estado, decía, y dar al joven Marceliano el título y autoridad de duque de Valeria, para que el plan del Emperador quedase realizado inmediatamente. Este doble deseo fue satisfecho: recibió su hijo el nombramiento, marchó al paraje designado, y este digno heredero de la insolencia paternal, sin emplear ni la más leve dulzura de lenguaje con aquellos a quienes se despojaba con tan exorbitante e insólita pretensión, hizo reanudar inmediatamente los trabajos, suspendidos un momento para dar tiempo a que las reclamaciones llegasen al Emperador. Últimamente Gabino, rey de los quados, vino en persona a rogar a Marceliano con las palabras más humildes, que no llevase las cosas más lejos. Fingió éste entonces ablandarse, e invitó al rey y a su comitiva a un festín, y despreciando los derechos más sagrados, hizo asesinar a su confiado huésped, en el momento que se retiraba después de la comida.

Inmediatamente se extendió entre los quados la noticia de aquella infame celada, exasperándoles tanto como a las naciones vecinas. Común dolor reunió a aquellos pueblos, y sus devastadoras bandas, cruzando en seguida el Danubio, cayeron de improviso sobre la población agrícola de la otra orilla, ocupada entonces en la recolección; mataron a muchos habitantes y se llevaron a los demás con muchos ganados de todas clases. Poco faltó para que hubiese que deplorar una desgracia irreparable y una grande afrenta para el honor romano. La hija del emperador Constancio, desposada con Graciano y a la que llevaban a su esposo, estuvo a punto de que la arrebatasen en la posada pública de Pistrense, donde estaba comiendo. Pero por favor de la Providencia, Messala, corrector de la provincia, que estaba presente, la hizo montar en su carro, y

recorrió con ella a toda brida la distancia de veintiséis millas que les separaba de Sirmio. Este feliz encuentro salvó a la joven princesa de un cautiverio que se habría convertido en calamidad pública, en el caso de que los bárbaros no hubieran aceptado rescate.

Los sármatas y los quados, rematados bandidos y ladrones, extendieron más y más sus estragos, arrebatando en tanto hombres, mujeres y ganados, en tanto incendiando las mieses, degollando sin piedad a los habitantes sorprendidos y gozando con salvaje alegría en las ruinas y estragos que causaban. Propagándose el terror, llegó a Sirmio, donde residía entonces Probo en calidad de prefecto del pretorio, hombre que no estaba acostumbrado a emociones de este género; representándose el peligro con los colores más sombríos, sin atreverse a levantar los ojos en su turbación, y sin saber qué partido tomar, ocurriósele procurarse buenos relevos de posta y huir a favor de la noche; pero reflexionándolo mejor, no hizo nada, porque le hicieron comprender que imitándole, huiría toda la población de Sirmio y que la ciudad, privada de defensores, caería en poder del enemigo. Reponiéndose poco a poco del terror, Probo empleó toda la actividad de su espíritu en atender a las exigencias de la situación; mandó limpiar los fosos obstruidos por los escombros, reparar lienzos enteros de las murallas, que habían dejado arruinarse durante la paz, y hasta los elevó a la altura de las torres. Su afición le llevaba a las obras, y una cantidad destinada a la construcción de un teatro le proporcionó, en aquellas circunstancias, recurso suficiente para impulsar con rapidez los trabajos y terminarlos. Últimamente completó estas disposiciones con una medida muy útil, mandando venir de un cantón inmediato una cohorte de arqueros para defender la ciudad en caso necesario.

Esto era bastante para quitar a los bárbaros hasta la idea de intentar el asedio. Ignorando este género de táctica, y embarazados con el botín, prefirieron ponerse en persecución de Equicio, que, según los desertores, había huido al interior de la Valeria. Dirigieron, pues, su marcha hacia aquel lado, estremecidos de furor e impacientes por arrancar la vida a un hombre a quien creían autor de la traición de que había sido víctima su rey. Enviaron contra ellos dos legiones, la Pannoniana y la Mesiaca, tropas excelentes, que indudablemente les habrían derrotado si hubiesen obrado de acuerdo; pero durante la marcha una discusión sobre precedencia y mando sembró la discordia entre ellas y maniobraron sin concertarse. Observáronlo los sármatas, y sin esperar siquiera la señal de sus jefes, cayeron bruscamente sobre la legión Mesiaca, matándole considerable número de soldados, que ni siquiera tuvieron tiempo para armarse; enardecidos con el éxito, cayeron sobre la Pannoniana, que cedió ante el choque, habiendo sido segura su destrucción si parte de sus soldados no hubiesen buscado salvación en la fuga.

Mientras se nos presentaba tan contraria la fortuna en este punto, Teodosio el joven, duque de Mesia, que tanto se distinguió después sobre el trono, libraba por otro lado una serie de combates afortunados con los sármatas libres, designados así para distinguirlos de sus esclavos rebeldes, y los rechazaba de nuestras fronteras. Tan duros golpes descargó sobre ellos, que el mayor número de aquellos bárbaros sirvió de pasto a las aves de rapiña y a las fieras. Abatidos y desanimados los supervivientes, temieron que el activo general atravesase sus fronteras o exterminase las fuerzas que les quedaban, sorprendiéndolas en las inmensas selvas que tenían que atravesar. Todos sus esfuerzos para abrirse paso habían fracasado, y por tanto renunciaron a pelear, implorando la paz y el olvido de lo pasado. Concedióseles una tregua y la presencia de un temible cuerpo de galos, enviados para reforzar el ejército de Iliria, contribuyó sin duda a hacérsela respetar.

En medio de estas turbulencias, siendo Claudio prefecto de Roma, el Tiber, que desemboca en el mar Tirreno después de recibir las aguas de multitud de afluentes naturales o artificiales, extraordinariamente aumentado de pronto por las lluvias, se salió de madre e inundó casi toda la ciudad, que divide en dos partes. El suelo en todos los puntos llanos y deprimidos desapareció bajo las aguas, destacándose solamente de la inundación las colinas y parte elevada de los barrios, ofreciendo algún refugio. Interrumpidas las comunicaciones, multitud de personas habrían muerto de hambre, de no haber organizado un servicio de barcas para llevarles provisiones. Al fin calmó la crecida, las aguas se abrieron paso por todas partes hacia el mar y renació la confianza. La

administración de Claudio fue muy tranquila, no dejando a la malevolencia pretexto legítimo para promover disturbios, distinguiéndose por numerosas restauraciones de edificios, entre los que debe citarse el gran pórtico contiguo a los baños de Agripa, llamado de la Buena Ventura, por su proximidad al templo de este nombre (*Bonus eventus*).

LIBRO XXX

Valente invita a Para, rey de Armenia, a que acuda a Tarso, donde le retiene en horroroso cautiverio.—Para escapa con trescientos caballeros que había llevado consigo, burla a sus perseguidores y regresa a sus estados. El duque Trajano le hace asesinar en un festín.—Negociaciones entabladas por medio de delegados entre Valente y Sapor, acerca de la posesión de la Armenia.—Valentiniano tala algunos territorios alemanes. Conferencia con el rey Macriano, conviniéndose la paz.—Modesto, prefecto del pretorio, hace desistir a Valente de la idea de asistir personalmente a los tribunales. Tribunales y juriconsultos; sátira de los abogados de la época.—Valentiniano marcha a Iliria para reprimir la invasión de los quados y de los sármatas. Atraviesa el Danubio y entra a sangre y fuego por territorio de los bárbaros, sin respetar edad ni sexo.—Muere de una apoplejía, provocada por sus arrebatos de furor, al oír a los legados sármatas querer justificar en su presencia a sus compatriotas.—Su genealogía y actos en el reinado.—Su carácter; inclinación a la avidez, al odio y al miedo.—Su hijo Valentiniano II es aclamado Augusto en el campamento de Bregeción.

Mientras agitaban la Europa las turbulencias suscitadas por la perfidia de Marcelino y el indigno asesinato del rey de los quados, en Oriente se consumaba una traición del mismo género, en la persona de Para, rey de Armenia. Acerca de este repugnante asunto, tengo los siguientes detalles. Los hechos de este príncipe joven eran constantemente tergiversados ante Valente por aquellos hombres que explotaban las desgracias públicas, entre los que citaré en primer lugar al duque Terencio, que con sus ojos bajos, tímidos ademanes y expresión triste de su rostro, fue durante toda su vida uno de los más atrevidos fautores de turbulencias y discordias. Terencio negociaba con algunos armenios a quienes sus delitos habían puesto en el caso de tener que temerlo todo de su gobierno. Escribía incesantemente cartas a la corte del Emperador, insistiendo siempre en el asunto de Cylax y Artabanno, y presentando al joven príncipe como capaz de toda clase de arrebatos y a su gobierno como la tiranía misma, logrando que se invitase a Para que acudiese a Tarso, en Cilicia, so pretexto de tratar asuntos urgentes. Afectando allí tratarle como rey, se le retuvo guardado de vista, sin que pudiese penetrar hasta el Emperador, ni obtener de las silenciosas bocas de los que le rodeaban explicación alguna acerca de los motivos que hacían necesaria su presencia. Al fin se enteró por conducto secreto, que Terencio decía en sus cartas al Emperador que en interés de nuestras relaciones con la Armenia, convenía darle otro rey; que la aversión que inspiraba Para y el temor de su regreso iban a lanzar al país en brazos de los Persas, que ardían en deseos de apoderarse de él por miedo o por fuerza.

Comprendió entonces Para el peligro que corría; vio que le habían engañado y que no podía encontrar seguridad más que en rápida fuga. Aconsejándose, pues, con sus amigos, eligió entre los suyos los trescientos jinetes mejor montados, y decidido a obrar con audacia, partió resueltamente con aquel grupo, aunque ya declinaba el día. Advertido en seguida el gobernador de la provincia por el aparitor que custodiaba la puerta, corrió tras él, le alcanzó en los arrabales, y le instó ardientemente para que retrocediese; pero fueron vanas sus instancias, y hasta tuvo que retirarse para seguridad suya. Entonces enviaron una legión detrás de él, y viéndola en el momento en que iba a alcanzarle, la hizo frente con sus mejores jinetes y le envió una nube de flechas lanzadas al aire, que bastó, sin embargo, para ponerla en derrota, regresando rápidamente los soldados y el tribuno. No tenía que temer ya persecución alguna; pero después de dos días de extraordinaria fatiga, habiendo llegado a la orilla del Eufrates, estuvo a punto de quedar detenido allí, porque casi ninguno sabía nadar, mostrándose el jefe más consternado que ningún otro. Al fin, a fuerza de pensar, se le ocurrió uno de esos medios que la necesidad sugiere. Apoderáronse en las casas inmediatas de cierto número de lechos, colocando dos odres bajo cada uno de ellos: como el terreno es de viñas, abundaba este recurso. Los nobles armenios y hasta el mismo rey se arriesgaron cada

uno sobre un lecho de aquéllos, llevando de las riendas los caballos y cortando oblicuamente las aguas. De esta manera llegaron a la otra orilla, pero no sin correr graves peligros. Los demás pasaron a caballo y a nado, luchando contra la corriente y a veces cubriéndoles el agua; pero todos llegaron al opuesto lado mojados, extenuados, si bien después de corto descanso continuaron rápidamente su camino.

Mucho contrarió al Emperador la fuga de Para, cuya defección consideraba segura; por lo que se apresuró a poner en campaña al conde Daniel y a Barcimeres, tribuno de los escutarios, con mil arqueros armados a la ligera, con orden terminante de traerle al fugitivo. Aquellos dos jefes conocían perfectamente el país, y mientras que Para perdía las ventajas de su celeridad, por los circuitos que le hacía describir su ignorancia del terreno, consiguieron, atravesando un desfiladero, adelantársele y cortarle el camino: en seguida, combinando sus fuerzas, ocuparon dos senderos separados por tres millas de distancia, por uno de los cuales había de pasar el rey, y quedaron preparados para apoderarse de él. La casualidad solamente burló su plan: un viajero que regresaba a nuestro territorio, viendo los dos caminos cortados por aquella doble emboscada, tomó, para evitar las tropas, un sendero intermedio, muy cubierto de vegetación y vino a dar en medio de los armenios, que estaban descansado. Llevado ante el rey, le enteró secretamente de lo que había visto, quedando detenido a su lado sin causarle daño alguno. Sin dejar traslucir nada de la confidencia que había recibido, envió en seguida Para un jinete por el camino de la derecha, con orden de preparar alojamientos y subsistencias; y en cuanto lo vio alejarse, envió otro por la izquierda, ignorando éste el encargo que llevaba su compañero. Tomada esta precaución, no vaciló en penetrar con los suyos, guiado por el viajero, en el sendero por donde había venido éste, sendero por el que apenas podía pasar un caballo cargado, y dejó atrás a sus enemigos, que, habiendo capturado a los dos jinetes enviados delante para burlarles, creían no tener más que extender la mano para apoderarse de la presa; y mientras permanecían esperando, Para llegó sano y salvo a sus Estados, donde le recibieron con regocijo, y olvidando las ofensas, continuó observando fielmente nuestra alianza.

Objeto de ludibrio fueron Daniel y Barzimeres a su regreso, burlándose todos de su torpeza y negligencia. Al pronto quedaron aturcidos; pero, lo mismo que la serpiente, guardaron el veneno para lanzarlo sobre seguro contra el que les había burlado. Para atenuar su falta y aminorar la superior destreza que les había hecho caer en ella, hacían oír al crédulo príncipe las suposiciones más absurdas acerca de Para, pretendiendo que poseía los secretos mágicos de Circe para realizar metamorfosis y privar de sus facultades a quien quisiera; habiendo podido, para escapar, fascinarles la vista y tomar forma inanimada: añadiendo que si se le dejaba vivir, suscitaría graves apuros al gobierno de que se había burlado.

Estas insinuaciones concluyeron por despertar implacable odio en el ánimo del príncipe; proponiendo cada día un plan nuevo para hacer morir clandestinamente o por la fuerza al rey de Armenia. A la sazón mandaba Trajano las fuerzas romanas en aquel país, y le encargaron secretamente aquella misión, para cuyo cumplimiento empleó toda clase de artificios, haciendo a veces leer al príncipe cartas muy tranquilizadoras acerca de las disposiciones de Valente, yendo otras a sentarse a su mesa. Tomadas, finalmente, todas sus disposiciones, le invitó a comer con extraordinarias demostraciones de respeto. Libre Para de toda sospecha, acudió sin vacilar y ocupó el puesto de honor. El festín era suntuoso; resonaba en la sala marcial música y frecuentes libaciones comenzaban a exaltar los ánimos de los comensales, cuando se ausentó el anfitrión so pretexto de una necesidad. Entonces un bárbaro, de los llamados Supras, entró en la sala, con espada en mano y aspecto feroz, cayendo sobre el joven príncipe antes de que pudiese ganar la puerta, que habían tenido la precaución de cerrar. Para se alzó del lecho y desenvainó el puñal para defender su vida; pero fue derribado de una estocada en el pecho, cayendo como víctima en el altar, atravesado por multitud de heridas. De esta manera, y delante del mismo dios que la protege, en medio de los regocijos de un banquete, fue violada la hospitalidad, que hasta los bárbaros del Euxino respetan. La sangre de un extranjero corrió sobre la mesa de un romano, último manjar que se ofreció a la saciedad de los convidados, a quienes dispersó en el acto el horror del espectáculo. Si

el sentimiento subsiste más allá de esta vida, gemiría la sombra de aquel Fabricio que, a pesar de la desolación que causaban en Iliria las armas de Pirro, rechazó con tanta nobleza la proposición de envenenarle que le hacía Demochares, o Nicias según dicen otros, ministro de las comidas del rey, y escribió además a Pirro que desconfiase de los que le rodeaban: ¡tan sagrada era la mesa de un enemigo en aquella época de lealtad y rectitud! Entre nosotros se ha querido cohonestar con el ejemplo de Sertorio la inaudita crueldad realizada con Para: esto consiste en que se puede ser hábil cortesano e ignorar la máxima de aquel Demóstenes, gloria de Grecia: «Nunca han legitimado nada la impunidad ni el ejemplo.»

Estas cosas ocurrieron por la parte de Armenia. Sapor experimentó rudamente el rechazo, por lo mucho que había trabajado con objeto de hacerse un aliado de Para; causándole la noticia impresión tanto más viva, cuanto que llegaba inmediatamente después de un descalabro de sus armas y ante el regocijo por el éxito que mostraba el ejército romano. Temiendo siniestras consecuencias, apresuróse a enviar a Arsaces como legado cerca del Emperador. Proponía este legado, en nombre de su señor, borrar para siempre el nombre de Armenia, constante objeto de discordias entre los dos príncipes: al mismo tiempo pedía al Emperador, si le repugnaba este partido, que consintiera la reunión de la Hiberia en un solo reino, y reconociese a Arpacuras, hechura del rey de Persia, como soberano de todo el país, que, en este caso, deberían evacuar las fuerzas romanas. El Emperador contestó que jamás consentiría derogación alguna del pacto ajustado, y que defendería su integridad con todas sus fuerzas. Noble y firme lenguaje al que no supo oponer Sapor otra cosa que una carta vacía e hinchada de bravatas, y que no llegó hasta fines de invierno: declarando terminantemente que el único medio de que cesase toda disidencia era apelar a los testigos del tratado ajustado con Joviano, aunque sabía perfectamente que casi todos ellos habían muerto.

Complicábase la negociación: el Emperador, cuya mente no era fecunda en recursos, pero que sabía elegir entre los que le sugerían, creyó conveniente enviar a Persia a Víctor, jefe de la caballería, y a Urbicio, duque de Mesopotamia, con una respuesta terminante que decía: que el rey, a pesar de sus protestas de rectitud y desinterés, deseaba visiblemente la Armenia, cuya independencia estaba estipulada. Que si en la primavera las tropas que Valente había prometido a Sauromax encontraban algún obstáculo en el camino, apelaría a la fuerza, por las tergiversaciones de Sapor y sus dilaciones para ejecutar lo convenido. Hasta aquí todo era digno y legítimo; pero los legados cometieron la falta de excederse de sus instrucciones y de tomar anticipadamente posesión en Armenia de algunas partes del territorio que les ofrecieron. A su regreso llegó el Serena, segunda autoridad en Persia después del rey, que venía a proponer al Emperador el mismo territorio que los legados habían aceptado por sí mismos. Recibióse espléndidamente a este enviado, pero le despidieron sin que hubiese conseguido nada, y se prepararon en grande escala para la guerra. El Emperador estaba decidido a entrar en Persia a la primavera con tres ejércitos, y con este objeto negociaba activamente para conseguir el auxilio de los escitas.

Habiendo visto Sapor desvanecerse todas sus esperanzas, se enfureció más que nunca al saber que nos preparábamos a la guerra; y, prescindiendo de toda consideración, mandó al Surena que recobrase, aunque fuese a viva fuerza, los terrenos que se habían permitido ocupar los legados y destruir las fuerzas romanas enviadas a Sauromax. La ejecución de estas órdenes fue inmediata, sin que pudiésemos impedirle ni vengarnos, porque el Emperador tenía entonces encima toda la raza de los godos, que acababan de penetrar en la Tracia. En otro lugar hablaremos de la catástrofe que siguió a todo esto.

En medio de estas agitaciones del Oriente, la justicia divina, cuyo brazo queda algunas veces suspendido por mucho tiempo, pero al cabo hiere a los culpables, dio al fin satisfacción al África desolada y a los manes errantes de los legados de Trípoli. Aquel Remigio, cómplice, como dijimos, de las depreciaciones del conde Romano, después de reemplazarle León en el cargo de maestro de los oficios, se había retirado de los asuntos públicos y vivía en sus tierras cerca de Mogontiacum, su país natal, entregándose a la agricultura. Impulsado el prefecto Maximino por vago deseo de hacer

daño y encontrando ocasión de satisfacerlo impunemente en un hombre cuya posición era tan humilde ahora, le hacía sufrir cuantas vejaciones podía. En su vida había muchos misterios que registrar. Maximino mandó prender y someter al tormento a un tal Cesarión, empleado en otro tiempo en servicio de Remigio, y que había llegado a ser notario. Quiso así Maximino obtener de aquel hombre el secreto de los actos de su antiguo amo y principalmente enterarse de la utilidad que había conseguido de su connivencia con las infamias del conde Romano. Enteróse Remigio de estas investigaciones en su retiro, e impulsado por el temor o los remordimientos, tomó la desesperada resolución de estrangularse.

Al año siguiente, siendo cónsules Graciano y Equicio, Valentiniano, después de talar algunos territorios alemanes, se ocupaba en construir el fuerte de Robur, cerca de Basilea, cuando recibió la comunicación de Probo dándole cuenta de la desolación de la Iliria. El circunspecto Emperador no se limitó a leer atentamente aquella comunicación, sino que mandó comprobarla sobre el terreno al notario Paterniano, que confirmó la realidad con sus mensajes, Valentiniano iba a marchar al teatro de los desastres, persuadido de que con su presencia solamente acabaría con aquella audaz violación del territorio; pero se presentaba una dificultad: tocábase al fin del otoño, y cuantos se acercaban al príncipe le suplicaban con instancias que aplazase la expedición hasta los primeros días de la primavera, diciendo que hasta esta época se oponían absolutamente a la marcha los caminos, endurecidos por el hielo, la falta de forrajes y cuanto es necesario para la manutención de un ejército. Además, dejarían por vecinos a la Galia los reyes alemanes y especialmente Macriano, con todos sus rencores; y nuestras ciudades no podrían contar ya con la protección de sus murallas. Estos prudentes consejos y las consideraciones que los acompañaban acabaron por hacer impresión en Valentiniano. Siendo muy importante conciliarse a Macriano, y sabiendo que estaba dispuesto a escuchar proposiciones, envióle cariñosa invitación para que aceptase una entrevista cerca de Mogontiacum. El rey bárbaro la aceptó, pero con increíble arrogancia, como árbitro y dispensador de la paz. En el día convenido viósele aparecer en la otra orilla, rodeado de los suyos, que hacían espantoso ruido con los escudos. Por su parte, el Emperador, montando en barcas con considerable escolta militar, se acercó tranquilamente a la orilla, desplegando todo el aparato de las enseñas romanas. Cuando los bárbaros cesaron en su alboroto y tomaron actitud más tranquila, comenzó la conferencia, que terminó a poco con el recíproco juramento de observar la paz. Aquel rey, hasta entonces tan turbulento y hostil, salió de aquella entrevista aliado nuestro, y hasta el fin de su vida nos dio nobles testimonios de adhesión y lealtad. Más adelante pereció Macriano en el territorio de los francos, que talaba con furor, en una emboscada que le preparó el belicoso rey Melobando. Después de la conclusión del tratado, Valentiniano marchó a invernar en Tréveris.

Estos fueron los acontecimientos de las Galias y del Norte del Imperio. Pero en Oriente, un mal funesto minaba interiormente al Estado, mientras estaba encalmada la guerra en la frontera; mal cuya causa era el egoísmo y profunda corrupción de los que rodeaban a Valente. La corte trabajaba con ardor para impedir a aquel príncipe, naturalmente rígido y que mostraba afición a los debates judiciales, que interviniese personalmente en la administración de justicia. El orgullo de los grandes se alarmaba con aquella tendencia, comprendiendo que había terminado la indefinida licencia de que habían gozado hasta entonces en sus pasiones y desórdenes, si, como en tiempos de Juliano, encontraban protección ante los tribunales la inocencia y el derecho. Según decían, la majestad imperial no podía menos de padecer puesta en contacto con los pequeños intereses particulares. Modesto, prefecto del pretorio, hombre sin instrucción, pero que sabía pasarse sin ella, y completamente entregado al partido de los eunucos, hablaba en este sentido más alto que los demás; llegando al fin a convencerse Valente de que la judicatura no se ha establecido más que para realzar el poder. Desde entonces dejó de examinar los procesos, abriendo de esta manera la puerta a aquel desbordamiento de rapiñas que diariamente vemos extenderse: porque no hubo obstáculos a la odiosa connivencia de abogados y jueces, que, de acuerdo, se abrían camino a los honores y la fortuna, vendiendo los intereses de los pequeños a la ávida opresión de los grandes del Estado y de los jefes del ejército.

Con razón definió Platón la elocuencia de los oradores forenses: «Simulacro de una parte de la política; cuarta especie de la adulación», y Epicuro la llamó «industria perversa»; calificándola entre las artes perjudiciales. Tisias, y con él Georgias y Leoncio, la llaman obra de seducción; todo lo cual permite deducir que, para los antiguos, era sospechosa. La práctica de los abogados de Oriente la hicieron objeto de aversión para las personas honradas, hasta el punto de establecerse limitación de tiempo para el ejercicio de la palabra. Antes de continuar mi relato, diré brevemente que larga permanencia en aquellas comarcas me puso en condiciones de ver los excesos de esta clase de hombres.

Florece en la antigüedad el foro, cuando hombres de espontánea elocuencia y poseedores de hermosas doctrinas, con pecho leal y sincero, desplegaban en él las riquezas de la imaginación y de la palabra. Así fue aquel Demóstenes, como lo atestiguan los anales de Atenas, que, cuando iba a pronunciar alguna oración, acudía concurso de oyentes de todas las comarcas de Grecia; tal fue Calistrato, que perorando en la famosa causa de la posesión del territorio de Oropo, en Eubea, hizo desertar a Demóstenes de Platón y de la Academia; tales fueron Hipérides, Equino, Andocidas, Dinarco y aquel Antifón de Rhamnusa cuyas oraciones puso a precio el primero de los oradores antiguos. Entre los romanos se citan los nombres también honrosos de Rutilio, Galba, Scauro, modelos de pureza, desinterés y candor antiguos; y más adelante, en el orden de los tiempos, los nombres ilustrados por el consulado, por la censura, por el triunfo, de Antonio, Craso, Scévola, de los Filipos y otros muchos. Los que llevaban estos nombres, después de hábiles y afortunadas campañas, de victorias ganadas, de trofeos recogidos, querían servir también a la patria en los no menos gloriosos combates de la tribuna, unir en sus frentes los laureles del foro con los de las batallas, y conquistar con doble título la inmortalidad. Después de éstos apareció Cicerón, el más excelente de todos, cuya triunfante palabra arrancó tantos inocentes a los peligros judiciales. «Se puede legítimamente, decía, negarse a defender a alguno; pero es un crimen defenderlo con negligencia.»

Pero hoy los tribunales de Oriente se encuentran infestados por una especie rapaz y perniciosa, peste de las casas opulentas, que parece dotada del olfato de los perros de Esparta o de Creta para seguir la pista de un proceso o descubrir dónde se esconde un litigio.

Entre estas gentes aparecen en primer lugar esos propagadores de rencillas, que se presentan en todos los tribunales, que desgastan con los pies los umbrales de las viudas y los huérfanos, y que del germen más pequeño de disensión entre parientes y amigos, hacen surgir un manojo de odios. La edad, que enfría todas las pasiones, en éstos robustece y fortifica sus instintos. Sin embargo, su vida de rapiñas les deja pobres, porque la consumen en sorprender con argumentos capciosos la buena fe de los jueces, esos órganos de la justicia de que toman su nombre. Su franqueza es falta de pudor; su constancia, obstinación, y su talento vana y hueca facundia. Cicerón reprobó con estas palabras las celadas que tienden a la religión de los jueces, diciendo: «En una república, no hay nada que exija tanto respeto como la pureza de los sufragios de los juicios; y no comprendo que se considere delito la corrupción particular, mientras que, por el contrario, se entienda como mérito la que se ejerce por medio del arte oratorio. En mi opinión, la seducción por la oratoria es más criminal que la que se realiza por regalos. Ante el hombre prudente fracasarán siempre los dones; la elocuencia puede triunfar.»

Forman la segunda especie los profesores de esa ciencia ahogada hace mucho tiempo en un caos de leyes discordantes; gentes cuya boca parece encadenada, que en tanto se muestran silenciosos como su sombra, en tanto con gravedad estudiada en las respuestas, pronunciándolas con la entonación de un horóscopo o de un oráculo de la Sibila. A éstos todo se les paga, hasta los bostezos. Jurisconsultos profundos, a cada momento citan a Trebacio, Cascelio, Alfreno, y hasta invocarán las leyes de los Auruncos y Sicanianos, enterradas con la madre de Evandro. Que se les presente uno fingiendo que ha asesinado a su propia madre; en seguida, se comprometerán a encontrar veinte textos diferentes para absolverlo; por su puesto, si saben que el parricida tiene el bolsillo repleto.

A la tercera clase pertenecen los abogados que, para exhibirse en esta profesión turbulenta, han dedicado sus venales labios al ultraje de la verdad; frentes de bronce, desvergonzados ladradores, que se abren paso por todas partes y aprovechan las preocupaciones de los jueces para embrollar los asuntos, eternizar los procesos, turbar la paz de las familias y transformar los tribunales, santuarios del derecho cuando no se encuentra falseada su institución, y oscuras trampas cuando se depravan, antros de despojo, de los que solamente se sale después de muchos años, chupados, hasta la médula.

En la cuarta y última clase está esa especie ignorante, insolente, desvergonzada, salida demasiado pronto de la escuela, que ocupa las calles comentando las farsas de los charlatanes en vez de estudiar las causas, cansando las puertas de los ricos y siempre al acecho de las buenas cocinas. Si uno de éstos consigue algún dinero, la utilidad le despierta el gusto, y el primero que cae bajo su mano, a poco que le escuche, se ve abrumado con un proceso. Si por casualidad, cosa que no es muy común, se encarga una causa a uno de éstos, en el tribunal y en el momento mismo del debate se cuida de conocer el nombre de su cliente, y en qué funda su derecho: y entonces comienzan los indigestos circunloquios y nauseabundo flujo de palabras, pronunciadas con el lacrimoso tono de Thersites. Los abogados de esta especie, a falta de pruebas, se lanzan a personalidades; y más de una vez, la desenfrenada licencia de sus ataques contra los nombres más honrosos, les ha expuesto a suspensiones y castigos personales. Los hay tan poco instruidos, que jamás leyeron un libro, y que son capaces de tomar, en una reunión de personas doctas, el nombre de un autor antiguo por el de un pescado o plato exótico. Si llega un extranjero que solamente conoce de nombre al orador Marciano, no hay uno que no responda, yo soy Marciano. Ningún escrúpulo les detiene: consagrados a la ganancia, esclavos de la utilidad, no saben más que presentar la mano, sin pudor ni descanso. Quien cae en sus redes, queda envuelto de la cabeza a los pies. En primer lugar, para ganar tiempo vienen las enfermedades convencionales; después os presentan siete medios diferentes, pagándolos todos, para llegar a la aplicación impertinente de un texto de una ley vulgar; expedientes que sólo sirven para prolongar el asunto. Y cuando el empobrecido litigante ha visto pasar días, meses y años, esperando, preséntase al fin la olvidada y antigua instancia. Llegan entonces estos corifeos de los tribunales, escoltados por simulacros de colegas: aparecen delante de los jueces; ahora se trata seriamente de salvar una fortuna o una vida; de libertar a la inocencia o al buen derecho de la espada o la ruina. Comiéncese por arrugar la frente y tomar actitudes teatrales: solamente falta el flautista de Gracco, colocado en segundo término; y todo esto solamente para recogerse. Después de este obligado preludeo, el más seguro de sí mismo toma la palabra y pronuncia un exordio suave que promete un rival a los célebres defensores de Cluencio y Ctesifonte; pero después de haber excitado en los oyentes palpitante expectativa, el orador concluye diciendo que no han bastado tres años a los defensores para estudiar bien la causa, por lo que se necesita nuevo e igualmente largo aplazamiento. Y después de esta lucha de Anteo, todos pugnan por solicitar el precio de tan ímprobo trabajo.

A pesar de todo esto, no faltan dificultades al abogado que quiere ejercer honradamente su profesión. En primer lugar, el reparto de utilidades entre ellos es fuente de violentas discordias. La intemperancia de lenguaje que se desencadena especialmente cuando carecen de razones, les suscita muchas enemistades. Muchas veces tienen que habérselas con jueces que han adquirido más títulos en la escuela de Filistión o de Esepo, que en la de Catón o de Aristides; que han comprado caro su cargo y quieren indemnizarse sobre las fortunas particulares, que discuten como ávidos acreedores. En fin, y no es esta la contrariedad más pequeña de la profesión, los litigantes, por punto general, tienen la manía de creer que dependen de los abogados las vicisitudes de su pleito; y los hacen responsables del resultado, sin tener en cuenta la debilidad de su propio derecho, ni el error o iniquidad de los jueces. Pero volvamos a nuestro asunto.

(Año 375 de J. C.)

Valentiniano salió de Tréveris en los primeros días de la primavera, marchando rápidamente

por el camino más conocido. Tocaba ya la frontera enemiga, cuando vino a arrojarse a sus pies una legación de los sármatas, suplicándole con las palabras más humildes, que perdonase a sus compatriotas, que ni de hecho, ni de intención, habían tomado parte en la revuelta. A sus reiteradas instancias, después de reflexionar el Emperador, se limitó a contestar que decidiría sobre el terreno y con pleno conocimiento de causa acerca de la satisfacción que habrían de darle. En seguida marchó a Carnunta, ciudad de Iliria, hoy miserable y desierta, pero que, por su proximidad al territorio bárbaro, ofrecía excelente base para tomar la ofensiva, si así lo quería, o para aprovechar las circunstancias que se le presentasen.

Todos estaban atemorizados por la conocida severidad del Emperador, esperando exigiese terrible cuenta a las autoridades cuya traición o incuria había dejado indefensa a la Pannonia; pero no lo hizo así; habiéndose se dulcificado hasta el punto de no hacer investigación alguna sobre el asesinato del rey Gabinio, ni tampoco en cuanto a la participación activa o pasiva de ningún individuo en los males que el Estado acababa de experimentar. En realidad, Valentiniano no era duro habitualmente más que con los simples soldados, teniendo rara vez para los grandes una palabra severa. Exceptuaba, sin embargo, a Probo, a quien nunca pudo soportar, y con el cual empleó siempre acento amenazador y acerbo. En esta aversión no había misterio ni capricho. Probo, recientemente ascendido al puesto de prefecto del pretorio, quería ante todo conservarlo, y ojalá no hubiese empleado para ello más que medios legítimos; pero, faltando a las tradiciones de su familia, prefirió los caminos de la bajeza a los del honor. Convencido de que trataba con un príncipe ávido y sin escrúpulos, en vez de procurar, como buen consejero, volverle al camino de la equidad, él mismo tomó mal sendero. De aquí aquel régimen opresor, aquellas invenciones de fiscalización, destructoras de los caudales grandes y pequeños, sobre los que se cebaba continuamente la antigua y larga práctica de las exacciones. Por la multiplicidad de abrumadores impuestos, viose a los hombres más esclarecidos obligados a emigrar, para libertarse de las extremidades con que les amenazaban inflexibles exigencias, o marchar a las prisiones para ocuparlas indefinidamente. Alguno hubo a quien la desesperación llevó hasta a apelar a la cuerda para librarse de la existencia. La voz pública condenaba incesantemente aquella administración tan disoluta y tan dura; pero Valentiniano no oía aquellos rumores. Necesitaba dinero, cualquiera que fuese su origen, y recibía dinero: su pensamiento no avanzaba más. Supo demasiado tarde lo que costaba a la Pannonia por que sus sufrimientos hubiesen encontrado gracia en él. Al fin abrió los ojos en la siguiente ocasión: La provincia de Epiro, obligada, como las demás, a exponer por diputación ante el Emperador la gratitud del país, dio este encargo al filósofo Iphicles, hombre de carácter firmísimo, que lo recibió a disgusto. Presentado al Emperador, que le reconoció y preguntó qué quería, contestó en lengua griega; y como el príncipe insistió en enterarse si sus compatriotas daban de corazón aquel buen testimonio de su prefecto, el verídico filósofo contestó que lo daban gimiendo y obligados. Estas palabras iluminaron a Valentiniano; y para sondar directamente a su interlocutor acerca de la conducta de Probo, le preguntó en su idioma sobre esta y la otra persona notables por su nobleza, talento o eminentes funciones. Éste se había ahorcado, aquél estaba desterrado al otro lado de los mares, el otro se había clavado la espada en el pecho o había perecido bajo el plomo del azote. Encolerizóse espantosamente Valentiniano, cólera que, para mayor infamia, cuidó de atizar León, maestro de oficios, porque ambicionaba la prefectura por su propia cuenta, sin duda para caer de más alto. Y es indudable que lo que habría osado, una vez en posesión de aquella autoridad, por comparación, habría hecho elevar a las nubes la administración de Probo.

El Emperador empleó en Carnuta los meses de verano en el armamento y subsistencia de las tropas, esperando ocasión favorable para caer sobre los quados, principales autores de la desolación de aquellas comarcas. En esta ciudad fue donde condenó Probo a morir de mano del verdugo, después de someterlo al tormento, a Faustino, notario del ejército, hijo de la hermana del prefecto del pretorio Juvencio. Su delito era haber dado muerte a un borrico para emplear su cuerpo en una operación mágica, según decía la acusación; y según el acusado, para obtener un remedio contra la caída del cabello. También le acusaban de que habiéndole pedido en chanza un tal Nigrino que le

hiciese notario, le respondió en el mismo tono: «Hazme tú Emperador.» A esta broma se le dio un alcance que costó la vida a los dos y a otros muchos también.

Habiéndose hecho preceder Valentiniano por el cuerpo de infantería que mandaba Merobaudo, a quien ordenó que, de acuerdo con Sebatián, entrase a sangre y fuego por los caseríos de los bárbaros, trasladó rápidamente su campamento a Acincum. Allí construyó un puente de barcas para un caso imprevisto; pero eligió otro punto para pasar al territorio de los quados. Éstos seguían el movimiento del ejército desde lo alto de abruptas montañas, a donde la incertidumbre y el miedo les había hecho refugiarse con sus familias; siendo muy grande su estupor al ver desplegar ante ellos las enseñas imperiales. Por medio de rápida marcha, Valentiniano sorprendió y degolló, sin distinción de edad, parte de la población, incendió sus casas, y regresó a Acincum sin pérdida alguna. Pero el otoño terminaba rápidamente; era necesario pensar en los cuarteles de invierno, y elegirlos teniendo en cuenta el rigor del clima de aquellas comarcas. Solamente Sabaria parecía ofrecer condiciones a propósito; pero arruinada esta plaza por más de un sitio, no era defendible bajo el punto de vista militar. Valentiniano se alejó disgustado, y siguiendo la corriente del río, llegó a Bragitión, donde había un campamento atrincherado y fuertes en buenas condiciones.

Durante su larga permanencia en esta ciudad tuvo numerosos pronósticos de su próximo fin. Pocos días antes de su llegada, cometas, de los que ya hemos dado explicación, habían anunciado la catástrofe de alguna elevada fortuna. Anteriormente, cuando se encontraba todavía en Sirmium, un rayo había reducido a cenizas el palacio imperial, la diosa y parte de los edificios del Foro. Durante su permanencia en Sabaria, un búho que se había parado en el techo de los baños del Emperador lanzó lúgubres gritos, sin que consiguieran espantarle las piedras y flechas que le lanzaron. En el momento en que el príncipe abandonó aquella ciudad para ponerse al frente de la expedición, quiso salir por la misma puerta que había entrado, circunstancia que se consideró como presagio de pronto regreso a las Galias. Pero mientras limpiaban el suelo, que se encontraba obstruido, quedó cerrado nuevamente el paso por la caída de pesada puerta de hierro, que inútilmente trataron de retirar a fuerza de brazos; de manera que, por no perder más tiempo en esfuerzos inútiles, el príncipe tuvo que resignarse a salir por otra puerta. La noche que precedió a su último día, vio en sueños a su esposa, que había dejado a la espalda, sentada, con el cabello en desorden y con traje de luto; lo que se interpretó como anuncio de que iba a abandonarle la fortuna. A la mañana siguiente le vieron salir con semblante más sombrío que de costumbre, y como el caballo que iba a montar hizo movimientos de resistencia, encabritándose a pesar del escudero de servicio, el príncipe dio la bárbara orden de cortar a aquel hombre la mano derecha, con la cual le había dado fuerte sacudida al tiempo de montar; y el infeliz no hubiese escapado a aquella mutilación, si Cerealis, tribuno de las caballerizas, no hubiese tomado sobre sí el aplazamiento de la ejecución.

Emisarios de los quados vinieron a implorar humildemente perdón y olvido de lo pasado; ofreciendo, para evitar obstáculos, suministrar soldados y otras condiciones ventajosas para el Imperio. La razón aconsejaba recibir bien a los legados y concederles la tregua que solicitaban, porque la temperatura y el estado de las provisiones no permitían continuar la campaña. Habiéndoles presentado Equicio, fueron admitidos ante el consejo, permaneciendo callados durante algunos momentos y en actitud tímida y reconcentrada. Invitados a hablar, comenzaron por la protesta de costumbre, afirmada con juramento, de que se había infringido la paz sin noticia de los jefes de la nación, y que los atentados cometidos en nuestro territorio eran obra de gente malvada ribereña del río; añadiendo como suficiente justificación, que había exacerbado aquellos ánimos altivos la injustificable pretensión de construir un fuerte en su territorio.

Encolerizado el Emperador comenzaba una réplica vehemente, llena de violentas reconvenções sobre la ingratitud con que su nación había pagado los beneficios de los romanos; pero de pronto calmó el arrebató, y, como por obra del cielo, quedó sin pulso, sin voz, sofocado y con el rostro encendido. Muy pronto se abrió paso la sangre y frío sudor inundó sus miembros. Sus servidores íntimos se apresuraron a trasladarle, para que no contemplasen el espectáculo aquellos ojos. Acostáronle respirando apenas, pero sin que hubiese perdido el conocimiento, porque

designaba individualmente a muchas personas que le rodeaban, cuya asistencia habían pedido sus camareros para evitar toda sospecha de atentado. Era inminente una congestión y urgía una sangría; pero no se pudo encontrar al pronto un médico, estando todos ocupados en combatir una enfermedad pestilente que se había desarrollado entre las tropas. Al fin se presentó uno que abrió diferentes veces la vena, sin poder conseguir ni una gota de sangre, habiéndola agotado la inflamación interna, o, según otra opinión, el frío había crispado y obstruido ciertos vasos llamados hemorroidarios. Comprendió Valentiniano, por estos síntomas, que había llegado la hora de las últimas disposiciones: pareció que hacía esfuerzos para hablar y dar órdenes, juzgando al menos por los movimientos convulsivos de su pecho, el rechinamiento de dientes y la agitación de los brazos, que movía como en el combate con cesta. Pero venció el mal, cubrióse el cuerpo de manchas lívidas, y, después de larga agonía, expiró, habiendo cumplido cincuenta y cinco años de edad, y a los doce y tres meses de reinado.

Antes de trazar el retrato de este príncipe, conviene, como otras veces hemos hecho, dirigir rápida ojeada sobre la vida de su padre. En seguida presentaremos fielmente los diferentes rasgos de carácter del hijo, compuesto de virtudes y de vicios, desarrollándose estos últimos en él merced al rango supremo, porque el ejercicio del poder pone siempre al descubierto el fondo del alma.

El primer Graciano nació en Cimbalas, en Pannonia, de obscura familia. En su infancia le llamaron *Cordelero*, porque un día en que llevaba una cuerda a vender, cinco soldados hicieron inútiles esfuerzos para arrancársela, a pesar de que todavía no había alcanzado su completo desarrollo. Hubiese sostenido la competencia con Milán de Crotona, que sujetaba con cualquiera de las manos una manzana que ninguna fuerza humana podía arrancarle. Graciano se distinguió muy pronto por el vigor corporal y por su destreza en el ejercicio de la lucha militar. Sucesivamente fue protector y tribuno, y después obtuvo el título de conde en el ejército de África. Más adelante dejó la milicia bajo la imputación de sustracción de fondos, no siendo empleado hasta mucho después en Bretaña, provincia cuyo mando militar tuvo con el mismo título, volviendo después a su retiro con honrosa licencia. En el retiro en que vivía, alejado del ruido y de los negocios, incurrió en tiempo de Constancio en la confiscación de bienes, por haber dado hospitalidad a Magnencio, que, pasó por sus tierras durante la guerra civil.

En cuanto Valentiniano, doblemente recomendado por sus propios méritos y por los de su padre, quedó revestido con la púrpura imperial en Nicea, se apresuró a asociar a su autoridad a su hermano Valente, carácter mixto, en el que el bien y el mal se encontraban equilibrados, como veremos oportunamente, pero al que estaba unido por cordial afecto, tanto como por los vínculos de la sangre. Aleccionado por los peligros y la adversidad, Valentiniano no se durmió sobre el trono. Inmediatamente después de su advenimiento, visitó las fortalezas y las obras de defensa que guarnecían las orillas de los ríos, y en seguida marchó a las Galias, que sufrían de nuevo las incursiones de los alemanes, cuyo belicoso ardor renovaba la muerte de Juliano, único nombre que les había atemorizado después de Constante. Valentiniano supo hacerse temer igualmente por la extensión que dio a las fuerzas militares del país y por las altas fortalezas y castillos con que guarneció toda la orilla del Rhin; el enemigo no podía ya atravesar el río sin que inmediatamente se señalase por todas partes su presencia.

Examinemos, aunque sin ceñirnos a minuciosa exactitud, los numerosos combates en que se mostró consumado capitán, y las restituciones que hizo al Imperio por su valor personal o la habilidad de sus generales. En el momento en que acababa de compartir el trono con su hijo Graciano, Vithigabio, joven rey alemán, hijo de Vadamario, adolescente apenas, agitaba su pueblo e impulsaba las demás tribus a la guerra. No pudiendo Valentiniano deshacerse de él a viva fuerza, le hizo asesinar. En Solicinium, donde estuvo a punto de perecer en una emboscada de los alemanes, destruyó casi por completo su ejército, salvando muy pocos la vida por la fuga en medio de la obscuridad de la noche.

Su destreza brilló entre los sajones, que tan temibles se habían hecho por sus aventureros desembarcos. Estos piratas se habían atrevido a penetrar en el interior de las tierras,

enriqueciéndose, sin pelear, con los despojos del país. Valentiniano les destrozó a su regreso, arrancándoles el botín; pero empleando un medio inmoral, aunque útil.

Asolada en todos sentidos por bandas enemigas estaba la Bretaña y reducida a la mayor extremidad. Ex terminó hasta el último de aquellos bandidos, y la provincia recobró la libertad, el reposo y el derecho de conf en su porvenir. No fue menos afortunado contra Valentín, pannonio refugiado, que intentaba reproducir allí los trastornos. Este mal quedó ahogado en germen.

Puso fin a la agitación que desgarraba el África, cuando Firmo, abrumado por la avidez e insultante opresión de nuestros jefes militares, promovió una revuelta, arrastrando a ella toda la inquieta población de los moros.

Sin duda hubiese obtenido también completa venganza de los estragos de la Iliria, si no le hubiese sorprendido la muerte en medio de sus victorias.

Verdad es que la mayor parte de los triunfos que acabo de enumerar se consiguieron mediante la intervención de eméritos capitanes. Pero no es menos exacta que este príncipe, carácter activo y de consumada experiencia militar, fue notable personalmente. La hazaña más honrosa para él, si el resultado hubiese correspondido a sus hábiles combinaciones, hubiese sido la captura de Macrino vivo; y la mortificación de ver fracasar su empresa fue tanto más acerba, cuanto que supo que aquellos mismos burgundios, que tenía dispuestos para oponerlos a los alemanes, habían dado asilo al fugitivo.

Después de este breve resumen de los actos del príncipe, diremos algo con igual rapidez acerca de su carácter, comenzando por la parte censurable. Entrego confiadamente mi apreciación a la posteridad, cuyos juicios no son sospechosos de parcialidad ni de temor. Valentiniano procuró muchas veces cubrirse con máscara de dulzura, cuando cierta propensión de carácter le llevaba a la violencia, haciéndole olvidar frecuentemente que todo extremo es peligroso para el que gobierna. Nunca supo contener en justos límites el castigo; viéndosele multiplicar él mismo los actos de tormento y mandar que se comenzase de nuevo con tal acusado, que ya lo había soportado casi hasta la muerte. Tanto gozaba castigando, que ni una sola vez indultó de la pena capital, aunque algunas los príncipes más crueles se han dulcificado hasta este punto. La clemencia y humanidad son hermanas de la virtud, según dicen los sabios, y ni en nuestros anales ni en la historia extranjera le faltaban ejemplos que imitar. Solamente citaré dos. El poderoso monarca Artajerjes, llamado Macrochira por la longitud de su brazo, queriendo disminuir en Persia la atrocidad de los suplicios, hacía cortar a los culpables la tiara en vez de la cabeza, y limitar la frecuente amputación de las orejas, por el menor delito, a la de los cordones que sujetaban el gorro. Esta suavidad hizo adorar su gobierno, sin que por esto fuese menos respetable; y los historiadores griegos han llenado sus libros, como a porfía, de los maravillosos rasgos de su bondad. En la guerra con los samnitas, el pretor Prenestino ejecutó con demasiada lentitud las órdenes de Papirio Cursor para reunirse con él, y buscaba manera de justificar su retraso. El dictador mandó al lictor que preparase el hacha, con lo que cortó la palabra al pretor en medio de su justificación; pero el dictador se limitó a mandar derribar un árbol que había allí cerca. Esta burla, que fue todo el castigo de una falta grave, no aminoró en manera alguna la energía de un guerrero que ganó muchas batallas, y que, según la opinión general, era el único que podía oponerse a Alejandro, en el caso de que el conquistador se hubiese dirigido a Italia. Tal vez no había leído estos ejemplos Valentiniano, o no sospechaba lo que influye una autoridad dulce en la bienandanza de los súbditos. No conocía otra justicia que el empleo del hierro y el fuego; remedios extremos, y que la antigüedad, en su mansedumbre, solamente empleaba en casos gravísimos; como lo atestigua este hermoso pensamiento de Isócrates, tan fecundo en enseñanzas: «Más perdonable es a un príncipe haberse dejado vencer que ignorar lo que es justo.» Y Cicerón, inspirado sin duda, dijo al defender a Oppio: «Frecuentemente se ha honrado alguno ejerciendo grande autoridad en provecho de otro; pero nadie perdió jamás en consideración por haberse encontrado en la imposibilidad de hacer daño.»

Dominaba el corazón de Valentiniano, y esta pasión aumentó con la edad, desenfrenado deseo de reunir dinero y aumentar su caudal al precio de la sangre de sus súbditos. Citase para justificarle,

el ejemplo de Aureliano, que encontrando agotado el tesoro después del lamentable reinado de Galieno, atacó implacablemente a los grandes caudales. De la misma manera Valentiniano, después de la desastrosa expedición de Persia, careciendo de dinero para llenar los huecos del ejército y atender a sus gastos, recurrió a medidas de exacción, sanguinaria, fingiendo ignorar que no siempre está permitido aquello que es posible. No pensaba de esta manera Temístocles, que recorriendo el campo de batalla después de la gran derrota de los Persas, y viendo en el suelo un brazalete y un collar de oro, dijo a uno de los que le acompañaban, con el desprecio del lucro, que tan propio es de los ánimos levantados: «Recoge eso, tú que no eres Temístocles » La vida de los generales romanos abunda en rasgos de igual desinterés; pero los omito por no considerarlos actos de virtud, que no se es virtuoso al dejar de apropiarse el bien ajeno. Pero citaré un hecho que demuestra la honradez del pueblo de otro tiempo. En la época en que Marío y Cinna entregaban al saqueo las casas de los ricos proscriptos, la clase baja, ignorante, pero capaz de comprender los sentimientos humanitarios, respetó lo que otros habían ganado con su trabajo; y no se encontró ni un pobre, ni un mendigo que se creyese autorizado para aprovecharse de las calamidades de aquella época, poniendo mano en aquellos despojos.

Devoraba a este príncipe la envidia: y sabiendo que hay pocos vicios que no puedan tomar la apariencia de alguna virtud, decía con frecuencia que la severidad es compañera inseparable de la autoridad legítima. La grandeza se lo cree permitido todo, y necesita que todo se doblegue ante ella y se humille toda elevación. Valentiniano no podía soportar que se vistiese bien, que se supiese mucho, que se poseyese considerable caudal, que se perteneciese a elevada alcurnia, sino que quería que todo mérito se borrara y que no hubiese más superioridad que la suya. Este defecto tuvo también el emperador Adriano.

Mostraba Valentiniano profundo desprecio por la falta de valor, llamándola bajeza y sordidez de alma; diciendo que debía ser relegado al último grado de la escala social el que tenía este defecto. Sin embargo, él mismo se dejaba dominar algunas veces por quiméricos terrores y palidecía ante los fantasmas que creaba su imaginación. Remigio, maestro de oficios, conocía muy bien este defecto de su señor; así era que, cuando le veía enojado, no dejaba de deslizar en la conversación algunas palabras acerca de manifiesta agitación de los bárbaros; viendo en seguida dulcificarse el Emperador bajo la influencia del temor y rivalizar en calma y tranquilidad con Antonino Pío. No elegía nunca intencionalmente Valentiniano malos jueces; pero una vez nombrados, aunque fuese detestable su conducta, decía que había encontrado en ellos la personificación de la justicia antigua, de los Licurgos y Cassios, y no cesaba de exhortarles en sus cartas para que obrasen rigurosamente hasta con las faltas más leves: y aquellos sobre quienes recaían las sentencias, no podían esperar en la clemencia del príncipe, que, sin embargo, debía ser para ellos como puerto en medio de agitado mar; porque el fin del poder, según dicen los sabios, es el bienestar y seguridad de los súbditos.

Para ser justos, debemos hablar también de las buenas cualidades que le recomiendan al aprecio e imitación de los buenos príncipes, y que si hubiesen brillado solas, habrían hecho de él un Trajano o un Marco Aurelio. Trató con mucha consideración a las provincias, aliviando para ellas el peso de los impuestos. Débesele la fortificación de muchas plazas y admirable línea de defensa en las fronteras. Hubiese merecido el título de restaurador de la disciplina militar si, al mismo tiempo que castigaba hasta las menores faltas de los soldados, no hubiese mostrado inexcusable tolerancia con las demasías de los jefes, cerrando los oídos a las quejas en cuanto a ellos. De esto nacieron las turbulencias de Bretaña, el levantamiento de África y el desastre de Iliria.

Rígido observador de la pureza de costumbres, fue casto en su vida privada lo mismo que en la pública, poniendo freno con su ejemplo a la licencia de la corte. La reforma fue tanto más eficaz, cuanto que ni siquiera perdonaba a sus parientes, cuyos excesos en este género eran reprendidos siempre, y hasta incurrían por ellos en su desgracia. Sin embargo, exceptuó a su hermano, aunque al asociarle al poder, obedecía a la necesidad del momento.

Atendía cuidadosamente a la elección de los delegados de su autoridad. Bajo su reinado no se

vio a ningún banquero gobernador de provincia, ni se vendió ningún destino en subasta; a no ser en los comienzos, cuando los abusos más escandalosos aprovechan, para deslizarse, las preocupaciones del nuevo poder.

En la guerra unía la prudencia al genio más fecundo en recursos para el ataque o la defensa; gozando de salud endurecida en todo género de fatigas; de seguro discernimiento acerca de lo que convenía hacer o evitar y mostrando escrupulosa atención en todos los detalles.

Escribía bien y pintaba y modelaba con bastante destreza. Existen armas de nueva forma dibujadas por él. Tenía excelente memoria, discurría poco, pero su palabra era animada y casi elocuente. Amante de la pulcritud, no era enemigo de los placeres de la mesa, pero exigía cosas escogidas y rechazaba la profusión.

Honor de su gobierno es haber hecho reinar la tolerancia. Supo conservar completo equilibrio entre las diferentes sectas, no inquietar ninguna conciencia, no prescribir fórmula alguna, ni imponer a nadie el dogma a que se inclinaba. Conforme encontró los asuntos religiosos a su advenimiento, así quedaron después de él.

Tenía cuerpo musculoso y robusto; el cabello rubio, fresca la tez, ojos azules y mirada oblicua y dura. Pero su elevada estatura y proporción de toda su persona respondían a la majestad de su rango.

Realizadas las ceremonias fúnebres, fue embalsamado el cuerpo y enviado a Constantinopla, donde habían de descansar sus restos junto a los de sus antecesores. La expedición quedó suspendida, y no dejaba de reinar inquietud en cuanto a la disposición de las cohortes galas, cuya fidelidad, rara vez segura para el soberano legítimo, muchas veces venía a ser árbitra en las elecciones. Las circunstancias parecían favorables para algún movimiento, porque ignorando Graciano el grave acontecimiento que había ocurrido, no se movía de Tréveris, habiéndole dicho su padre que esperase allí su regreso. La emoción que experimentaban todos en aquellas críticas circunstancias era la de los pasajeros de la misma nave, comprendiendo que su suerte está unida a la de la embarcación. Los jefes del ejército resolvieron entonces romper el puente que la necesidad había hecho construir para pasar al territorio enemigo, y enviar a Merobaudo de parte de Valentiniano, como si todavía viviese, orden de encaminarse en seguida al campamento. La penetración de Merobaudo le hizo comprender en seguida el verdadero estado de las cosas; o tal vez le enteró el mensajero: y, como desconfiaba de las fuerzas galas, fingió haber recibido orden de llevarlas hacia el Rhin para observar a los bárbaros, que comenzaban a moverse; y, en conformidad con un aviso secreto, encargó de una misión lejana a Sebastián, varón dulce y moderado sin duda, pero que gozaba en alto grado de la estimación militar, considerándosele como muy peligroso por este motivo.

A la llegada de Merobaudo ocupáronse seriamente de las medidas que debían tornarse, decidiéndose a poco que se elevaría al trono a Valentiniano, hijo del difunto Emperador, y que solamente tenía entonces cuatro años. Encontrábase el niño con su madre Justina en una ciudad llamada Murocinta, a unas cien millas de distancia. Ratificada la elección por unánime consentimiento, encargóse en el acto a Cerealis, tío del joven Emperador, que le trajese al campamento en una litera; y seis días después de la muerte de su padre fue aclamado Augusto con las ceremonias acostumbradas. Temióse al pronto que esta elección, realizada sin su consentimiento, ofendiese a Graciano; pero el temor se desvaneció prontamente, porque la política de este príncipe, de acuerdo con su natural benevolencia, le hizo cuidar de la protección y educación de su hermano.

LIBRO XXXI

Presagios de la muerte de Valente y de la invasión del Imperio por los godos.—Regiones habitadas por los hunos, alanos y otras naciones scyticas del Asia. Sus costumbres.—Los hunos se incorporan los alanos a viva fuerza o por tratado, y caen con ellos sobre los godos, a quienes arrojan de su territorio.—Los thervingos, la tribu más importante de la nación expulsada, son trasladados a Tracia, con el consentimiento de Valente y bajo promesa de sumisión y auxilio. Otra tribu, llamada de los gruthingos, pasa también el Danubio por sorpresa.—Los thervingos, maltratados por los oficiales del Emperador, y estrechados por la miseria y el hambre, se sublevan a las órdenes de Alavivo y Fritigerno y derrotan un cuerpo de tropas mandado por Lupicino.—Motivo de la sublevación de Sueridos y Colias, jefes de los godos, que, después de haberles recibido los romanos, degüellan a los habitantes de Andrinópolis y se reúnen con Fritigerno para devastar la Tracia.—Ventajas conseguidas por Profuturo, Trajano y Ricomeres contra los godos.—Encerrados los godos por los romanos en las gargantas del Hemus, y dejados en seguida, recorren la Tracia, señalando su paso con el pillaje, el asesinato, violaciones e incendios. Barcimeres, tribuno de los escutarios, es asesinado por éstos.—Frigerido, general de Graciano, mata a Farnobio, personaje muy considerado entre los godos y con él a multitud de godos y taifales. Los demás obtienen la vida y la concesión de un territorio en las orillas del Po.—Victoria conseguida por los generales de Graciano sobre los alemanes lencienses, pereciendo Priario, rey de este pueblo. Rindense los lencienses y suministran tropas. Permítenles regresar a sus hogares.—Sebastián sorprende y destroza cerca de Boroëa a los godos, cargados de botín, consiguiendo muy pocos escapar. Graciano acude en socorro de su tío Valente contra los godos.—Valente se decide a librar batalla sin esperar la llegada de Graciano.—Todos los godos reunidos, los thervingos mandados por Fritigerio, y los gruthungos a las ordenes de Alatheo y Safrax, se encuentran con los romanos en batalla campal, ponen en fuga a la caballería y hacen extraordinaria matanza en la infantería, entregada a sus propias fuerzas y amontonada en estrecho espacio. Valente perece en esta batalla, sin que se encuentre su cadáver.—Virtudes y vicios de Valente.—Los godos vencedores sitian a Andrinópolis, donde Valente había dejado su tesoro con las insignias del Imperio, y donde se encontraban encerrados el prefecto y los miembros del consejo. Retíranse después de haber fracasado en todas sus tentativas.—Los godos unen a ellos, a fuerza de dinero, las bandas de los hunos y de los alanos e intentan en vano apoderarse de Constantinopla.—Artificio por medio del cual liberta de los godos el general Julio las provincias orientales del otro lado del Tauro.

Entretanto, por fatal cambio de fortuna, la ira conjurada de Belona y de las Furias iba a hacer estallar en Oriente terrible tempestad, claramente anunciada por espantosa serie de casos sobrenaturales y prodigiosos. Hacía mucho tiempo que amenazaba el porvenir por boca de los oráculos y adivinos. Viose a los perros saltar hacia atrás ante los aullidos de los lobos; nunca lanzaron gritos más lúgubres las aves nocturnas; obscurecido el sol desde la aurora, solamente enviaba débil y blanquecina luz; y por las calles de Antioquía incesantemente se oía repetir la insolente y siniestra exclamación, que había llegado a ser expresión común de la pasión y queja en todas las pendencias y movimientos tumultuosos del pueblo: «¡Valente a la hoguera!» A cada momento, voces imitando las proclamaciones de los pregoneros, invitaban al populacho a llevar leña para prender fuego a las termas de Valente, edificio cuya construcción había vigilado el mismo príncipe; manifestaciones todas que eran evidentes presagios de su cercano fin. Fúnebres terrores turbaban además su reposo nocturno; el ensangrentado espectro del rey de Armenia, la sombra de las víctimas sacrificadas por Teodoro, se alzaban ante su lecho, repitiendo con voz sepulcral versos cuyo sentido hace estremecer. Encontróse muerta en la calle un águila con el cuello cortado, signo precursor de funerales y de calamidades públicas. En fin, cuando se derribaron las viejas murallas del barrio de Calcedonia, para dotar de un baño nuevo a la ciudad de Constantinopla, descubrióse en

el centro mismo de la demolición una piedra cuadrada en que se leía en versos griegos esta inscripción, fatalmente significativa:

«Cuando se vea a las náyades traer aquí sus líquidos tesoros, haciendo circular por la ciudad saludable frescura; cuando un muro construido bajo funestos auspicios se eleve en derredor del palacio de las Termas, hordas belicosas, venidas del fondo de lejanos climas, atravesarán armadas el Ister, de majestuosas ondas, y llevarán la desolación a las llanuras de la Mesia y de la Scytia. Llegadas a los campos pannonios, se dirigirá su furor sobre presa más noble; pero Marte y el Destino han señalado allí el término de sus esfuerzos y su tumba.»

Remontemos al origen del mal y mencionemos las diferentes causas de que nació aquella terrible guerra, tan abundante en desolación y lágrimas. Los anales apenas mencionan a los hunos, y solamente lo hacen como de raza salvaje extendida más allá de la Palus Meotida, en las orillas del mar Glacial, y feroz hasta lo increíble. Desde que nacen los varones, los hunos les surcan las mejillas con profundas incisiones para destruir todo germen de barba. De esta manera crecen y envejecen imberbes con el repugnante y degradado aspecto de los eunucos. Pero todos tienen cuerpo corto, miembros robustos y cabeza gruesa; dando a su conformación algo de sobrenatural su prodigioso desarrollo en anchura. Antes parecen animales bípedos que seres humanos, esas extrañas figuras que el capricho del arte coloca en relieve sobre las cornisas de algún puente. A este repugnante aspecto corresponden costumbres muy parecidas a las de los brutos. Los hunos no cuecen ni sazonan lo que comen y se alimentan con raíces silvestres o la carne del primer animal que cogen, que ablandan algo llevándola durante algún tiempo sobre el caballo, entre los muslos. No tienen techo que les cobije. No usan casas ni tumbas, y entre ellos no se encontraría ni siquiera una choza. Viven en medio de bosques y montañas, endurecidos contra el hambre, la sed y el frío. Hasta en viaje no atraviesan el umbral de una habitación sin absoluta necesidad, y nunca se creerían seguros en ella. Fórmense con lienzo o con pieles de ratas de los bosques, cosidas a manera de túnica, que les sirve en todo tiempo, y una vez vestida esta prenda, no se la quitan hasta que se les cae a pedazos. Cúbrense con sombreros de ala recogida y guarnecen con piel de cabra sus velludas piernas, cubierta que les entorpece la marcha y les hace poco a propósito para combatir a pie; en cambio se les creería clavados en los caballos, que son feos, pero muy vigorosos. Montados, y algunas veces como las mujeres, atienden los hunos a todos sus negocios. Día y noche a caballo, así venden y así compran. No echan pie a tierra para beber, ni para comer, ni para dormir, cosa que hacen inclinados sobre el flaco cuello de su cabalgadura, encontrándose con la mayor comodidad. A caballo también deliberan acerca de los intereses comunes.

No reconocen autoridad de rey; pero siguen tumultuosamente al jefe que les lleva al combate. Cuando se les ataca, divídense en bandas, y caen sobre el enemigo lanzando espantosos gritos. Agrupados o dispersos, atacan o huyen con la rapidez del relámpago y, corriendo, siembran la muerte. Así es que su táctica, por su movilidad misma, es impotente contra un parapeto o campamento fortificado. Pero lo que los hace los guerreros más formidables de la tierra es que, igualmente seguros de sus golpes desde lejos, y pródigos de su vida en el combate cuerpo a cuerpo, saben, además, en el momento en que su adversario, jinete o peón, sigue con la vista los movimientos de su espada, enredarle con una correa que paraliza todos sus movimientos. Sus flechas llevan, a manera de hierro, un hueso agudo que adaptan con maravillosa destreza. Ninguno de ellos labra la tierra, ni toca un arado. Todos vagan indefinidamente, sin casa ni hogar, sin policía, extraños a toda costumbre sedentaria, pareciendo más bien que huyen con el auxilio de los carros en que están como domiciliados, donde la mujer se ocupa en confeccionar los repugnantes vestidos del marido, le recibe en sus brazos y cría a sus hijos hasta la edad de la pubertad. Ninguno de ellos concebido, nacido y educado en tantos puntos diferentes, puede contestar a la pregunta «¿De dónde eres?» Inconstantes y pérfidos en los convenios, cambian al menor vislumbre de esperanza; en general, todo lo hacen por pasión y no poseen en mayor grado que los brutos el sentimiento de lo honesto y deshonesto. Hasta su lenguaje es capcioso y enigmático. No adoran nada, no creen en nada y solamente tienen amor al dinero. Su carácter es versátil e irascible, hasta el punto que una

asociación entre ellos, en el mismo día se rompe sin provocación y se reanuda sin mediador.

A fuerza de matar y saquear de territorio en territorio únicamente por instinto de pillaje, llegó esta gente a las fronteras de los alanos, que son los antiguos masagetas. Y como el momento es oportuno, diremos también algo acerca del origen de este pueblo y su posición geográfica... (*laguna*).

Aumentado el Ister por sus afluentes, atraviesa todo el país de los sármatas, que se extiende hasta el Tanáis, límite natural de Europa y Asia. Al otro lado de este río, en medio de las interminables soledades de la Scythia, habitan los alanos, que toman su nombre de sus montañas, y, como los Persas, se han impuesto por las victorias a sus vecinos. Encuéntrase entre éstos los neuros, pueblo del interior, encerrado por altas montañas incesantemente azotadas por el aquilón, y que el frío hace inaccesibles; más lejos los budinos y gelones, que se pintan el cuerpo de azul y se tiñen hasta el cabello, señalando el grado de distinción del individuo por el número y matices más o menos oscuros de las manchas. En seguida vienen los melandenos y antropófagos, que, según se dice, se alimentan con carne humana; costumbre feroz que aleja a todos los vecinos, estableciendo un desierto en derredor de ellos. Por esta razón aquellas vastas regiones, que se extienden al noreste hasta el país de los seros, solamente son inmensas soledades. Existen también los alanos orientales, vecinos del territorio de las amazonas, cuyas innumerables y populosas tribus penetran, según dicen, hasta la comarca central del Asia, donde corre el Ganges, río que separa en dos las Indias y se pierde en el mar Austral.

Distribuidos en dos continentes, todos estos pueblos, cuyas diferentes denominaciones omito, aunque separados por espacios inmensos en los que se desarrolla su existencia nómada, han concluido por confundirse con el nombre genérico de alanos. No siembran, no tienen agricultura, no se alimentan más que de carne y, sobre todo, de leche, y con el auxilio de carros cubiertos con cortezas, cambian incesantemente de paraje a través de llanuras sin fin. En cuanto llegan a punto a propósito para los pastos, colocan los carros en círculo y devoran su salvaje comida. En cuanto el pasto queda agotado, vuelven a cargar y ponen en movimiento sus rotatorias ciudades, en donde se unen el varón y la hembra, nacen y se crían los hijos y, en una palabra, realizan estos pueblos todos los actos de la vida. En cualquier punto donde la suerte les lleve, se encuentran en su patria, haciendo caminar constantemente delante de ellos rebaños de reses mayores y menores, pero cuidando muy especialmente de la raza caballar. En aquellas comarcas se renueva incesantemente la hierba, y los campos están llenos de árboles frutales; por cuya razón estos pueblos nómadas encuentran en todas sus estaciones la subsistencia del hombre y de los animales; dependiendo esta abundancia de la humedad del suelo y de los numerosos arroyos que lo riegan. Los débiles por edad o sexo se ocupan, fuera y en derredor de los carros, de las cosas que no exigen fuerza corporal. Pero los hombres robustos, avezados desde la infancia a la equitación, consideran deshonroso servirse de los pies. La guerra no tiene accidentes en que no hayan hecho riguroso aprendizaje; por eso son excelentes soldados. Si los Persas son guerreros por naturaleza, lo deben a que originariamente circuló por sus venas la sangre scyta.

Los alanos son generalmente altos y hermosos, teniendo los cabellos casi rubios. Su mirada antes es marcial que feroz, no cediendo a los hunos en la rapidez del ataque y carácter belicoso; pero están más civilizados en su manera de vestirse y alimentarse. Las riberas del Bósforo cimeriano y de las lagunas meótidas son el ordinario teatro de sus incursiones y cacerías, que algunas veces extienden hasta la Armenia y la Media. El goce que los caracteres pacíficos y tranquilos encuentran en el reposo, lo hacen ellos consistir en los peligros y la guerra. Para los alanos el honor supremo es perder la vida en el campo de batalla. Morir de vejez o de accidente es un oprobio para el que no tienen bastantes ultrajes, y matar un hombre es heroísmo nunca bien celebrado. El trofeo más glorioso es la cabellera del enemigo, sirviendo de adorno al caballo del vencedor. Entre ellos la religión no tiene templo ni edificio, ni siquiera un santuario cubierto de paja. Una espada desnuda, clavada en el suelo, es el emblema de Marte, divinidad suprema y altar de su bárbara devoción. Su medio de adivinación es muy singular: reúnen un haz de varillas de

mimbre, que eligen muy derechas, y, separándolas después en cierto día determinado, encuentran en ellas, con el auxilio de algunas prácticas de magia, manifestación de lo venidero. No conocen la esclavitud, naciendo todos de sangre libre. Hoy mismo eligen por jefes los guerreros reconocidos como más valientes y diestros.

Invadieron, pues, los hunos los territorios de los alanos, limítrofes de los gruthongos, a quienes la costumbre ha hecho distinguir con el epíteto de tanaitas; mataron y despojaron a considerable número y se adhirieron el resto por medio de alianza. Enardecidos con este aumento de sus fuerzas, cayeron como el rayo sobre las ricas y numerosas comarcas de Ermenrico, príncipe belicoso, y que se había hecho temer de sus vecinos por sus numerosas hazañas. Cogido de improviso Ermenrico, procuró durante algún tiempo hacer frente a aquel huracán, cuyos terrores aumentaba la fama. Pero llegó a desesperarse y se libertó del enojo por medio de voluntaria muerte. Elegido príncipe Vithimiro, resistió por algún tiempo la invasión, apoyado por otros hunos que había tornado a sueldo. Pero después de experimentar muchas derrotas, se vio al fin deshecho en un combate en que perdió la vida. Alatheo y Safrax, dos jefes cuya firmeza y experiencia estaban experimentadas, se hicieron cargo de Viderico, hijo pequeño de Vithimiro, y, no pudiendo contrarrestar la fuerza con la fuerza, se retiraron con su pupilo hasta las orillas del Danasto, río cuya corriente es muy extensa y que pasa entre el Histro y el Borystenes. Athanarico, jefe de los thervingos (el mismo a quien Valente había hecho guerra para castigarle por haber enviado socorros a Procopio), herido por inesperada catástrofe, resolvió, sin embargo, resistir si se extendía la invasión. Estableció su campamento en posición favorable, sobre las orillas del Danubio, cerca de un valle que ocupaban los restos de los gruthongos, y envió a Munderico, a quien después encargó la defensa de las fronteras por el lado de la Arabia, para que con otros jefes hiciesen un reconocimiento hasta veinte millas más adelante, esperando que podría, por este medio, ganar tiempo para organizar la defensa. Pero quedó burlado en sus esperanzas; porque los hunos, esquivando el cuerpo que los observaba, se colocaron entre él y el grueso del ejército, que con su habitual sagacidad comprendieron no estaba lejos; en seguida hicieron alto para descansar, como si ignorasen que tenían delante al enemigo. Pero al salir la luna buscaron un vado en el río, encontraron uno favorable, y, adelantándose a todo rumor acerca de su marcha, caen bruscamente sobre Athanarico, le matan en la primera sorpresa parte de su gente, y le obligan a refugiarse en escarpadas montañas. Tan consternado quedó Athanarico por aquel descalabro que, temiendo algún desastre mayor, mandó construir altas murallas, que reunían las orillas del Gerasio y el Danubio y seguían el territorio de los taifalos, creyendo quedar seguro detrás de aquel parapeto, si podía terminarlo a tiempo. Pero mientras apresuraba la obra con todas sus fuerzas, llegaban rápidamente los hunos, y le habrían cogido de improviso, si el peso del botín que llevaban en pos no hubiese coartado su ordinaria velocidad.

Entretanto habíase propagado entre las demás poblaciones godas la noticia de la repentina aparición de una raza de hombres desconocida, extraña, que en tanto caía como una tempestad desde lo alto de las montañas, en tanto parecía brotar de debajo de la tierra, y que destruían cuanto encontraban a su paso. Casi todos los que reconocían la autoridad de Athanarico habían desertado, no encontrando con qué vivir, y buscaban donde establecerse lejos del alcance de aquellos invasores. Después de largas deliberaciones, muchos fugitivos pensaron en la Tracia, que les ofrecía la doble ventaja de la feracidad del suelo e inexpugnable barrera contra los desbordamientos de los pueblos de Norte, en la anchura del Danubio, y todos aceptaron inmediatamente el proyecto.

(Año 376 de J. C.)

Todas aquellas gentes, a las órdenes de Alavivo, se presentaron en la orilla izquierda del Danubio, y desde allí enviaron legados a Valente, pidiendo con humildad les admitiese en la otra orilla, prometiéndole vivir tranquilamente, y en caso necesario servirle de auxiliares. La fama había llevado ya al interior la terrible noticia de que se notaban desusados movimientos en los pueblos del Norte; que todo el terreno que se extiende desde el país de los marcomanos y de los quados hasta

las playas del Ponto Euxino, estaba inundado de pueblos bárbaros, que, empujados por otras naciones, desconocidas hasta entonces fuera de sus territorios, cubrían con su vagabunda muchedumbre toda la orilla del Danubio. Al pronto se prestó poca atención a estos rumores, por la razón de que no nos enteramos de estas guerras lejanas hasta que están concluidas o muy calmadas. Sin embargo, no dejaba de robustecerse el rumor, recibiendo a poco completa confirmación con la llegada de la legación bárbara, que venía a implorar, a nombre de los pueblos expulsados, su admisión en este lado del río. La primera impresión que produjeron, antes fue de satisfacción que de alarma. Los cortesanos desplegaron todas las formas de adulación para ensalzar la gloria del príncipe a quien traía de improviso la fortuna soldados desde los extremos del mundo. El ingreso de aquellos extranjeros en nuestro ejército iba a hacerlo invencible; y, convertido en dinero, el tributo que las provincias debían en soldados aumentaría indefinidamente los recursos del tesoro. Inmediatamente enviaron numerosos agentes encargados de procurar medios de transporte a todos aquellos temibles huéspedes; cuidando mucho de que ninguno de aquellos futuros destructores del Imperio, aunque estuviese atacado de enfermedad mortal, quedase en la otra orilla. En virtud del permiso imperial, los godos, amontonados en barcas, almadías y troncos ahuecados, fueron transportados de noche y de día a este lado del Danubio, para tomar posesión de un territorio en la Tracia. Pero tan grande fue la premura, que algunos cayeron al agua y se ahogaron al querer cruzar a nado aquel peligroso río, cuya ordinaria rapidez aumentaba creciente avenida.

Con todo este trabajo se apresuraba la ruina del mundo romano. Está averiguado que los oficiales encargados de aquella fatal misión intentaron muchas veces hacer el censo de la masa de individuos que pasaban, y que al fin tuvieron que renunciar a ello. Tanto hubiese valido (como dice un eminentísimo poeta) querer contar los granos de arena que levanta el viento en las llanuras de la Libia. ¡Despertad, viejos recuerdos de los inmensos levantamientos armados de la Persia contra la Grecia; del Helesponto franqueado; del Athos abriendo al mar un paso artificial; de las innumerables turmas pasadas en revista en la llanura de Dorisco! Hechos todos que las edades siguientes consideraron como fábulas; pero cuyo antiguo testimonio hemos confirmado con nuestros propios ojos, que han visto esta inundación de pueblos extraños extenderse por nuestras provincias, cubrir a lo lejos nuestros campos e invadir hasta la cima los montes más elevados.

Los primeros transportados fueron Alavivo y Fritigerno. El Emperador les hizo distribuir víveres durante algún tiempo y les señaló terrenos para el cultivo. Nuestras barreras se habrían abierto ante aquella multitud armada. El suelo bárbaro había vomitado, como las lavas del Etna, a sus hijos sobre nuestro territorio. Una circunstancia tan amenazadora exigía al menos que las fuerzas militares del país estuviesen a cargo de un hombre enérgico y experimentado; y, sin embargo, como si alguna divinidad enemiga hubiese dictado la elección, no contaba a su frente más que los nombres peor reputados. En primer lugar estaba Lupicino, conde de Tracia, y Máximo, jefe desdichado, los dos igualmente imprudentes. La innoble avidez de aquellos dos hombres fue el principio de todas las calamidades que vinieron después. Sin mencionar todas las malversaciones que cometieron o toleraron, tocante a la manutención de aquellos extranjeros, hasta entonces inofensivos, citaremos un hecho repugnante e inaudito, que seguramente condenarían los mismos culpados si se les hiciese jueces de su propia causa. La escasez que abrumaba a los emigrados sugirió a aquellos malvados una especulación infame. Hicieron recoger cuantos perros pudieron encontrar y los vendían a los pobres hambrientos al precio de un esclavo por pieza.

Por este mismo tiempo, Vithérico, rey de los gruthongos, llegó a las orillas del Ister, con sus tres consejeros Alatheo, Safrax y Farnobio, que le dirigían en todo, solicitando por medio de legados igual autorización de la bondad de Valente. Esta vez el interés del Estado dictó una negativa que puso a los peticionarios en la mayor perplejidad. Temiendo Athanarico igual respuesta, prefirió abstenerse, recordando la altiva obstinación que había mostrado con Valente cuando negociaba con él la paz, pretendiendo haberse obligado bajo juramento a no poner el pie en territorio romano, y obligado por este medio a que el Emperador fuese a ratificar el tratado en medio de las aguas del río. Supuso Athanarico que perseveraría aún el rencor y llevó toda su gente a Cancalando, territorio

defendido por un cinturón de frondosos bosques y altas montañas, y del que expulsó a los sármatas que lo ocupaban.

Pero los thervingos, a pesar de que habían obtenido el paso del río, no por eso dejaban de vagar por las orillas, donde les retenía la falta de víveres. Este era el efecto de las maniobras empleadas por los jefes del Emperador para favorecer las abominables transacciones de que hemos hablado. Los emigrantes no fueron engañados y ya amenazaban en voz baja con apelar a las armas contra los pérfidos procedimientos de que eran víctimas. Temiendo Lupicino una sublevación, empleó todas las fuerzas de que disponía para obligarles a internarse.

Esta ocupación de nuestras tropas no escapó a los gruthongos, que no viendo ya barcas armadas cruzar el río para impedirles el paso, aprovecharon la ocasión, lo cruzaron apresuradamente en balsas apenas sujetas y establecieron su campamento en un punto muy alejado del de Fritigerno.

Adivinando este jefe, con su natural penetración, lo que iba a suceder, obedeciendo la orden del Emperador, llevaba la marcha con calculada lentitud, con objeto de procurarse valioso refuerzo, dejando a los recién llegados tiempo para que se le incorporasen. Llegó, pues, muy tarde a Marcianópolis, y allí ocurrió tal escena que produjo completa ruptura. Lupicino había invitado a Fritigerno y Alavivo a un festín; pero un cordón de tropas colocadas en la muralla prohibía, por orden suya, a todo el mundo la entrada en la ciudad; y en vano fue que los bárbaros, protestando de su sumisión y pacíficas intenciones, imploraran la gracia de comprar víveres en ella. Insensiblemente se acaloraron los ánimos por ambas partes y llegaron a las manos. Los emigrados, ofendidos por aquella negativa, ultrajados al verse privados de alimentación, degollaron una guardia y se apoderaron de sus armas. Avisaron secretamente a Lupicino lo que acontecía, cuando, aturdido por los excesos de prolongada orgía, dormitaba al son de los instrumentos. Temiendo los resultados de aquella pelea, mandó matar a la guardia de honor que los dos jefes habían conservado en derredor suyo; ejecución cuya triste noticia se propagó en seguida fuera de las murallas y que llevó al colmo la exasperación de la multitud, que, creyendo prisioneros a sus jefes, amenazaba con tomar terrible venganza. Temiendo Fritigerno, cuyo carácter era activo y decidido, que le detuviesen en rehenes, dijo que el único medio de evitar combate más general era dejarle salir con los suyos; prometiéndose calmar con su presencia entre sus compatriotas aquella irritación que solamente reconocía como causa la sospecha de una celada, y la creencia de que los jefes habían caído en ella. Aceptóse la proposición y dejáronles reunirse con los suyos, que les recibieron con regocijo. Entonces los dos, montando en sus caballos, se alejaron a la carrera, decididos a probar la suerte de las armas. La fama, que divulgó estas escenas emponzoñándolas, inflamó el ardor guerrero de toda la nación de los thervingos. Desplegóse el estandarte de los godos; lanzó el cuerno sus lúgubres sonidos; bandas armadas recorrieron los campos y con la tala de las mieses, el pillaje y el incendio, comenzaron las calamidades que muy pronto iban a desarrollarse en mayor escala.

Lupicino reunió apresuradamente algunas tropas, y sin plan concertado marchó contra el enemigo, esperando encontrarlo a nueve millas de la ciudad. Viendo los bárbaros con quien tenían que habérselas, caen de pronto sobre nuestras fuerzas, chocando con los escudos y atravesando a los hombres con sus lanzas. Tan terrible fue el choque, que todos perecieron, tribunos y soldados. Aquel cuerpo perdió sus enseñas, pero no su general, que no recobró la serenidad más que para huir mientras peleaban, refugiándose a la carrera en la ciudad. Después de esta victoria, los enemigos, cubiertos con las armas romanas, se extendieron por todas partes, no encontrando oposición en ninguna.

Al llegar a este punto de mi narración, partiendo de caminos diversos, debo rogar a los lectores (si tengo alguno), que no exijan ni el detalle preciso de los acontecimientos, ni la cifra exacta de las pérdidas; porque esto sería pedir lo imposible. Necesario es atenerse a noticias aproximadas, exentas solamente de toda alteración voluntaria de la verdad, y revestidas de la sinceridad, que es el primer deber del historiador. Nunca afligieron a la república tan enormes calamidades, dicen los que no han leído nuestros anales antiguos; error que nace del vivo

sentimiento de nuestros males presentes: una ojeada dirigida sobre la historia de los tiempos antiguos, o del siglo que corre, demostraría suficientemente que han tenido demasiados ejemplos acontecimientos parecidos e igualmente graves. La Italia se ha visto invadida repentinamente por cimbrios y teutones, habitantes de lejanas comarcas; pero después de los infinitos males que causaron a la república, la derrota de sus ejércitos y la casi destrucción de su raza por hábiles generales, les demostró a sus expensas lo que puede el valor aumentado por la disciplina. Bajo el reinado de Marco Aurelio, incoherente mezcla de naciones conjuradas... (*laguna*)... Pero después de corto período de calamidades y sufrimientos, volvieron el orden y la tranquilidad, gracias a la rígida sencillez de costumbres de nuestros mayores, exentos de molicie, lujo de mesa y avidez de lucro; gracias a aquel ardiente amor patrio que reinaba entonces en todas las clases, y hacía que todos considerasen como la suerte más apetecible, una muerte gloriosa peleando por la república.

Hordas de escitas atravesaron en otro tiempo en dos mil naves el Bósforo y la Propóntida. Pero aquella multitud armada, después de propagar la destrucción por aquellos mares y sus orillas, regresó disminuida en más de la mitad de su número. Los dos Decios, padre e hijo, encontraron la muerte peleando con los bárbaros. Todas las ciudades de Pamfilia han sufrido los horrores del asedio; muchas islas han sido taladas y el incendio recorrió la Macedonia entera. Millares de enemigos bloquearon a Tesalónica y Ciryco; Anquialos fue tomada y la misma suerte tuvo Nicópolis, construida por Trajano, en recuerdo de sus victorias contra los dacios. Filipópolis, después de las alternativas de larga y sangrienta defensa, fue destruida, quedando sepultados bajo sus ruinas cien mil hombres, si hemos de creer la historia. El Epiro, la Tesalia, toda la Grecia, en fin, ha experimentado la invasión extranjera. Pero llegando Claudio a ser Emperador después de ilustre general, comenzó, y después de su gloriosa muerte, el terrible Aureliano continuó la liberación de aquellas provincias. Siglos pasaron después sin que se oyese hablar de los bárbaros como no fuese a propósito de sus depredaciones sobre los territorios inmediatos, reprimidas siempre con severidad. Pero continuemos nuestro relato.

Dos personajes importantes entre los godos, y que desde muy antiguo habían sido acogidos con sus gentes, Suérides y Colias, aunque perfectamente enterados de los acontecimientos, observaban completa neutralidad en los cantones que les habían asignado cerca de Andrinópolis, atendiendo principalmente al interés de su propia conservación. De pronto reciben una carta del Emperador mandándoles pasar el Helesponto, y entonces piden, con las formas más templadas, medios de transporte, víveres de campaña y dos días de plazo; pero el primer magistrado de la ciudad, que les odiaba personalmente por los daños que le habían causado en sus propiedades, consideró exorbitante su pretensión. Armó al populacho y a los obreros de las fábricas, e intimó a los godos que cumpliesen inmediatamente la orden imperial a su costa y riesgo. Aturdidos éstos al pronto por aquella exigencia y por la agresión, tan temeraria como injustificada, de los habitantes, permanecieron algún tiempo inmóviles; pero excitados al fin por las injurias e imprecaciones de la multitud, y por algunas flechas que les lanzaron, se pusieron en franca rebelión, mataron a algunos de los más audaces y persiguieron a flechazos a los demás en su fuga. En seguida despojaron a los muertos, y, provistos con sus armas, marcharon a ponerse a las órdenes de Fritigerno, que, como sabían, no se encontraba lejos; viniendo toda aquella multitud reunida a poner sitio a la ciudad, cuyas puertas encontró cerradas. Esta operación era difícil para los bárbaros, pero se obstinaron en ella durante algún tiempo, lanzándose en tropel a repetidos asaltos, en los que los más valientes perecían inútilmente, quedando sus masas disminuidas por las flechas y las hondas de los sitiados.

Comprendiendo al fin Fritigerno la inutilidad de aquellos esfuerzos y de aquella sangre para reemplazar lo que les faltaba en cuanto al arte de los sitios, hizo prevalecer la idea de renunciar a apoderarse de la plaza, dejando ante sus murallas bastantes fuerzas para bloquearla. Nada tenían que hacer, decía, con murallas; pero los campos les ofrecían, en ausencia de defensores, presa tan rica como fácil, que era necesario apresurarse en coger. El consejo lo adoptaron con tanto mayor apresuramiento, cuanto que sabían que el jefe era muy a propósito para realizarlo bien. Y en seguida se extendieron los godos por toda la Tracia, aunque con precaución y haciendo que sus cautivos y

auxiliares voluntarios les indicasen los caseríos más ricos, especialmente los que abundaban en víveres. Aumentaba su natural audacia la presencia de numerosos refuerzos de sus compatriotas que diariamente llegaban, comprados unos anteriormente por los romanos a mercaderes de esclavos, entregados otros después del paso de sus hambrientos padres en cambio de un pan o de vino corrompido. También se les reunieron muchos contratistas y obreros de las minas, arruinados en su explotación por condiciones demasiado duras. Los godos recibían con agasajo a aquellos desertores, obteniendo de ellos, por su conocimiento del terreno, excelentes servicios en el descubrimiento de los aprovisionamientos ocultos y secretos refugios de la población; y con su auxilio no escapó a las pesquisas más que lo que era inaccesible. Por todas partes entraron a sangre y fuego, sin perdonar sexo ni edad; arrancaban, para degollarlos, a los niños del pecho de sus madres, entregando a éstas a la brutalidad del vencedor. Los hijos eran arrastrados sobre los cadáveres de sus padres; y los ancianos y mujeres nobles marchaban con las manos atadas a la espalda, dejando el suelo natal después de haber visto la destrucción de todo lo que amaban.

(Año 377 de J. C.)

Las aflictivas noticias que llegaban de la Tracia causaron a Valente profunda perplejidad. Encargó a Víctor, jefe de la caballería, que entrase en arreglos como pudiese con los Persas en lo relativo a la Armenia; y él mismo se preparaba a marchar de Antioquía a Constantinopla, haciendo partir delante a Profuturo y Trajano, pretenciosos los dos con sus talentos militares. Estos capitanes, viendo las condiciones del terreno donde encontraron al enemigo, debieron limitarse a una guerra de escaramuzas, procurando destruirle poco a poco. Pero en vez de recurrir a esta prudente táctica, desplegaron torpemente las legiones sacadas de Armenia, buenas tropas sin duda, pero muy inferiores en número ante aquella multitud embriagada por sus anteriores triunfos, y que cubría con su inmensidad hasta las cimas de las montañas. Sin embargo, nuestros soldados, que no sabían aun lo que puede la ferocidad cuando se la apura hasta el extremo, acosaron resueltamente a los godos bajo las estribaciones del Hemus y se situaron a la entrada de los desfiladeros, con el doble objeto de reducir por hambre al enemigo, que se encontraba encerrado allí sin salida, y dar tiempo para que llegasen las legiones pannonias y transalpinas, que, por orden de Graciano, traía Frigerido en socorro de las provincias invadidas. También enviaba Graciano de la Galia a la Tracia a Ricomeres, conde de los domésticos, al frente de algunas cohortes; habiendo desertado la mayor parte de sus tropas, según se decía, por secreta instigación de Merobauda. considerando que, desguarnecida de tropas la Galia, no podría guardar el Rhin. Pero Frigérido padeció en el camino, o pretextó, según la maledicencia, un ataque de gota, con objeto de mantenerse alejado de los terribles combates que iban a librarse; de manera que se confió naturalmente el mando de los dos cuerpos a Ricomeres, quien se reunió con Profuturo y Trajano en Salices. Cerca de allí, multitud de bárbaros se habían fortificado detrás de sus carros, puestos en círculo, y se entregaban al descanso, después de haber gozado impunemente del abundante producto de sus depredaciones, en el seno de aquella ciudad improvisada.

Entretanto los jefes romanos, esperando circunstancias más favorables, observaban atentamente la posición del enemigo, dispuestos a aprovechar la primera ocasión que se presentase para un buen combate. Calculaban que los godos, siguiendo sus nómadas costumbres, no tardarían en buscar otro campamento, y que aquel sería el momento de caer sobre su retaguardia, destrozarla y recobrar parte del botín. Pero descubriose su propósito, o lo revelaron los desertores que lo conocían, y los godos, no solamente no se movieron, sino que, alarmados ya por el ejército que tenían delante y temiendo que recibiera refuerzos, se apresuraron a ordenar, a su manera, a las partidas que recorrían los campos que se les reuniesen. Como bandadas de pájaros volvieron todos en un momento al *carraje*, nombre que dan al círculo que forman con los carros, reanimando con su presencia el ardor de sus compatriotas. Desde entonces no podía prolongarse la inacción de los dos ejércitos; y en efecto, en aquella multitud, aumentada con los llamados urgentemente y amontonada en estrecho espacio, se manifestó de pronto terrible fermentación, antes excitada que contenida por

los jefes, amenazando con próxima explosión. Pero el sol iba a ocultarse muy pronto y la proximidad de la noche obligaba a los godos a permanecer en el campamento; resignándose a disgusto y empleando el tiempo en comer sin dormir. Los romanos por su parte, que no ignoraban lo que ocurría entre los bárbaros, y que les temían tanto a ellos y a sus atrevidos jefes como a fieras irritadas, permanecieron en pie toda la noche. La inferioridad del número les mostraba como muy dudoso el desenlace, pero contemplaban con intrepidez las consecuencias, confiando en la justicia de su causa.

En cuanto amaneció dieron la señal las trompetas de ambos lados: y en seguida los bárbaros, después de hacer el juramento acostumbrado, se apresuraron a escalar las alturas, queriendo adquirir irresistible empuje merced a la pendiente. Cuando nuestros soldados vieron esta maniobra, cada cual se reunió a su manípulo, manteniéndose firmes, sin poner un pie ni hacia adelante ni hacia atrás de las filas. Al principio avanzaron con precaución los dos ejércitos uno contra otro, y en seguida quedaron inmóviles, midiéndose por ambas partes con terrible mirada. Los romanos lanzaron entonces al unísono el grito marcial llamado *berritus*, que comienza por débil murmullo y termina con ruido de trueno, y cuyas vibraciones tanta influencia tienen en el corazón del soldado. Los bárbaros, para responder, entonaron, con discordante confusión de voces, un canto nacional en alabanza de sus antepasados. En medio de aquel estrépito se trababan ya combates parciales. Pronto se cruzaron las lanzas y las flechas; acercáronse las dos líneas, y, pie contra pie, se opusieron por ambos lados una muralla de escudos. Los bárbaros, a quienes su agilidad multiplica y cuyas filas se renuevan sin cesar, empezaron aclarando a los nuestros por la caída continua de pesadas mazas endurecidas al fuego; atacando en seguida con la espada a los que quedaban, en pie, consiguieron romper nuestra ala izquierda. Por fortuna, un valiente cuerpo de auxiliares que se encontraba cerca, acudió a sostenerla, librándola de completa destrucción. Siguióse horrible carnicería; los valientes encontraban la muerte en lo recio del combate, bajo lluvia de flechas o al filo de la espada; los cobardes que huían eran alcanzados y muertos por la caballería; y en seguida llegaban los que cortaban los jarretes a los que el miedo impedía mantenerse de pie. El suelo había desaparecido bajo montones de cadáveres y de moribundos, de los que algunos conservaban vana esperanza de vida; derribados éstos por las pelotas de plomo que lanzaban las hondas, traspasados aquéllos por el hierro de las flechas, y presentando algunos el espantoso espectáculo de una cabeza partida hasta el cuello, cayendo sobre los hombros.

Sin embargo, la victoria permanecía indecisa. Sin descanso se daba y recibía la muerte, no cesando el encarnizamiento más que por la falta de fuerzas. Solamente la noche puso fin a la matanza, y lo que quedaba de los partidos se retiró en desorden, regresando tristemente a los campamentos. A los más distinguidos de entre los muertos se les dio regular sepultura, y los demás sirvieron de pasto a las aves de rapiña, muy acostumbradas entonces a tales festines, como lo atestiguan las blancas osamentas que todavía hoy cubren nuestros campos. En aquella terrible batalla en que un puñado de romanos peleó con millares de enemigos, es indudable que experimentamos grandes pérdidas y que compramos muy cara la ventaja de quedar dueños del terreno.

Después de este desastroso combate, los nuestros se retiraron bajo las murallas de Marcianópolis, y los godos que, sin ser perseguidos, se habían refugiado detrás de sus carros, permanecieron allí siete días enteros sin salir ni dar señales de vida. Los romanos aprovecharon su estupor para empujar al resto de sus innumerables bandas a las gargantas del Hemtis, cuyas salidas cerramos con altos terraplenes. Esperábase que aquellas compactas masas, encerradas entre el Ister y una comarca desierta, y no pudiendo romper por ninguna parte, perecería allí de hambre; habiendo sido transportado a las plazas fuertes todo lo que podía servir para mantener la vida, no teniendo los bárbaros ni idea siquiera de atacarlas, en su ignorancia del arte de los sitios.

Ricomeres partió inmediatamente para la Galia con objeto de traer personalmente los refuerzos que hacía indispensable la segura expectativa de aumento de furor en las hostilidades. El año, que era el cuarto del consulado de Graciano, en el que tenía por colega a Merobando, entraba

ya en el otoño. Por su parte Valente, enterado del sangriento combate que acababa de librarse, y del estado de disolución de la Tracia, envió a Saturnino con facultades temporales de jefe de la caballería, para socorrer a Trajano y a Profuturo. Los bárbaros lo habían devorado ya todo en la Mesia y la Scytia; e, impulsados por el hambre a la vez que por sus feroces instintos, ardían en deseos de forzar las barreras que acababan de cerrar ante ellos. Muchas veces lo intentaron, y rechazados siempre por los nuestros, que supieron aprovechar las ventajas del terreno, concluyeron, a la desesperada, por atraerse algunas bandas de alanos y de hunos, ofreciéndoles como cebo la perspectiva de inmenso botín.

A la noticia del refuerzo que había recibido el enemigo, Saturnino, que acababa de llegar sobre el terreno, y colocaba ya puestos y guardias avanzados, consideró, no sin fundamento, que era indispensable la retirada, y la efectuó en cuanto reunió insensiblemente todas sus fuerzas. En efecto: la posición había llegado a ser muy peligrosa; ocupación más larga de los desfiladeros nos exponía a ver desbordar los bárbaros sobre nosotros como torrente que ningún esfuerzo podría contener.

Ya era tiempo; apenas abandonaron nuestras tropas la entrada de las gargantas, cuando el monte vomitó al llano aquella multitud cautiva, y con ella la devastación y la muerte. La Tracia quedó inundada en todos sentidos. Desde las orillas del Ister a las cumbres del Rodopo, y hasta el estrecho que forma la unión de los dos mares, todo fue una inmensa red de saqueo, asesinatos, incendios y de ultrajes al pudor y a la naturaleza; escenas repugnantes a los ojos y no menos repugnantes de describir. Mujeres medio muertas de miedo, llevadas como rebaños bajo el látigo de los bárbaros; otras servían a la impía brutalidad de aquellos monstruos en el momento mismo de dar a luz. Niños que se estrechaban con convulso afán contra el seno que los alimentaba, mezclaban sus llantos a los sollozos de noble juventud de los dos sexos a la que sujetaban con indignas ligaduras; vírgenes y esposas jóvenes rasgándose el rostro e implorando la muerte como único recurso contra la lubricidad de sus verdugos. Más de un varón noble y rico antes, arrastrado ahora como cordero despreciable, te reconvenía, ¡oh Fortuna ciega y cruel! por la ruina de sus bienes, la pérdida de su familia y de su casa, que había visto convertirse en ceniza, sin tener ya otra perspectiva que la muerte en los tormentos, o la esclavitud bajo los vencedores más inhumanos.

Entretanto los bárbaros, saltando como fieras desencadenadas por los campos, llegaron cerca de una ciudad, llamada Dibalto, donde encontraron, ocupado en algunas atenciones de campamento, al tribuno Balcimeres, jefe muy experimentado, que tenía a sus órdenes los cornutos y alguna otra infantería. En seguida cayeron sobre ellos, teniendo apenas tiempo Balcimeres para hacer tocar la bocina, reunir sus fuerzas y procurar cubrir sus flancos. Su hermosa resistencia parecía deberle sacar de aquel apuro, cuando de pronto, agitado y sin aliento, se vio envuelto por una masa de jinetes enemigos. Sin embargo, no sucumbió sin vender cara su vida. Pero para los bárbaros apenas fue sensible aquella disminución de los suyos, por razón de su inmenso número.

En esta situación las cosas, vacilaron los bárbaros acerca de la dirección que habían de tomar; no pensando más que en destruir a Frigérido, porque lo consideraban como el único obstáculo capaz de detenerles. Así fue que, en cuanto repusieron sus fuerzas por medio de abundante comida y algunas horas de sueño, le siguieron la pista como fieras que persiguen una presa. Estaban enterados de que, de regreso a Tliracia, por orden de Graciano, se había fortificado en Borea, desde donde observaba el giro que iban a tomar los acontecimientos. Los godos apresuraron la marcha para destruirle; pero Frigérido, que estaba muy experimentado en el oficio militar, y no era pródigo de la sangre de sus soldados, sospechó su proyecto o le enteraron de él sus exploradores. Al acercarse, se retiró por las alturas a través de los bosques y ganó la Iliria, adonde llegó muy fortalecido por un acontecimiento inesperado que la casualidad le deparó en el camino. Al replegarse formando cuñas, sorprendió en el desorden del pillaje a la banda de Farnobio, uno de los jefes de los godos, a la que se habían reunido grupos de faifalos; porque debemos decir que este pueblo había aprovechado el terror y la dispersión de las tropas romanas para cruzar el río y saquear el país. El hábil Frigérido, en cuanto vio a lo lejos aquellas dos bandas devastadoras, tomó sus medidas para atacarlas a despecho de sus terribles amenazas, proponiéndose no dejar ninguno para que diese la noticia de su

derrota. Pero después de haber dado muerte al mayor número, y especialmente a su jefe Farnobio, que era uno de los azotes más terribles del país, se dejó ablandar por las súplicas de los que quedaban, a los que, para quitarles de allí, les señaló los terrenos laborables de las cercanías de Módena, Parma y Regio. De tal manera ha corrompido desenfrenado libertinaje a la indigna raza de los taifalos, que, según se dice, la costumbre obliga a los adolescentes a prostituir su juventud a los placeres de los hombres formados y que ninguno puede redimirse de esta asquerosa esclavitud, hasta que, sin auxilio de nadie, mata un jabalí o un oso grande.

Tal era el desolador aspecto que presentaba la Tracia, a fines de otoño; y como si las mismas furias hubiesen cuidado de avivar el fuego, la conflagración iba a extenderse a las regiones más lejanas. Los alemanes lencienses, limítrofes de la Recia, comenzaban ya, a despecho de los tratados, a insultar nuestras fronteras; dando ocasión a la ruptura el hecho siguiente. Un hijo de este país, que servía en los guardias de Graciano, tuvo que regresar a él para asuntos particulares. Este hombre era muy hablador y no faltaron preguntas acerca de lo que ocurría de nuevo en la corte del Emperador. Dijo a sus compatriotas que, por invitación de su tío Valente, Graciano llevaba sus tropas a Oriente, y que los dos ejércitos imperiales iban a reunirse para rechazar una invasión terrible de pueblos vecinos del Imperio, conjurados para su destrucción. La noticia impresionó a los lencienses, en su calidad de pueblo limítrofe. Formáronse en bandas, y, con su acostumbrada rapidez de movimientos, cruzaron en Febrero el Rhin sobre el hielo. Al otro lado encontraron frente a ellos los cuerpos reunidos de los petulantes y los celtas, que les rechazaron, matándoles bastante gente, aunque también por su parte experimentando pérdidas.

El descalabro hizo retroceder a los lencienses; pero seguros de que la mayor parte del ejército de Occidente, que el Emperador Graciano iba a mandar en persona, le había precedido en Iliria, se reanimó su valor y concibieron un proyecto más atrevido. Reuniendo los habitantes de todos sus caseríos, consiguieron poner en campaña cuarenta mil hombres (otros, para realzar el mérito del príncipe, han dicho sesenta mil), y cayeron audazmente sobre el territorio romano.

Temiendo mucho Graciano aquella invasión, mandó retroceder a las cohortes que había hecho adelantar hasta Pannonia, llamó la reserva que prudentemente había dejado para guardar las Galias, y confió el mando de aquel ejército a Nannieno, jefe de frío valor, a quien unió con igual autoridad el valiente y belicoso Merobaudes, conde de los domésticos y rey de los francos. Nannieno, que tornaba en cuenta la inseguridad de la suerte de las armas, quería contemporizar, mientras que el ardiente valor de Merobaudes se indignaba ante cualquier precaución que le impidiese alcanzar cuanto antes al enemigo. Cerca de Argentaría, formidable ruido reveló de pronto la presencia de los bárbaros. Tocóse ataque y vinieron a las manos. Primeramente una nube de flechas y dardos derribó sin vida a muchos de uno y otro bando, y ya iban a estrecharse más de cerca, cuando viendo los romanos la multitud que tenían delante, rehusaron el combate en línea, y ganando un terreno cubierto de bosque, en el que cada cual se situó como pudo, resistieron valerosamente, hasta el momento en que llegó la guardia del Emperador a tomar parte en la pelea. La llegada de aquella gente escogida, la brillante regularidad de sus armas y traje intimidaron a los bárbaros, que comenzaron a volver la espalda, haciendo frente de tiempo en tiempo, solamente por resistir hasta el fin; pero en último extremo quedaron tan maltratados, que, según se dice, del formidable número que hemos citado solamente escaparon cinco mil, cuya fuga protegió el espesor del bosque. El rey Priario, el promotor más ardiente de aquella mortífera expedición, pereció en ella con sus mejores guerreros.

Después de esta gloriosa hazaña, el ejército emprendió de nuevo su marcha a Oriente; pero inclinándose de pronto hacía la izquierda, atravesó ocultamente el río. Alentado Graciano por aquel triunfo, había resuelto dar el último golpe, si era posible, a aquella nación turbulenta y desleal. Casi exterminados ya por sus armas, los lencienses recibían aviso sobre aviso de su repentina llegada, quedando dominados por extraordinaria turbación. Faltábales tiempo para preparar una defensa cualquiera, para convenir algún plan; y solamente pudieron ganar apresuradamente por caminos practicables para ellos solos, alturas abruptas e inaccesibles, y desde allí pelear desesperadamente

para salvar el resto de sus bienes y de sus familias. Por nuestra parte, después de examinar atentamente nuestra posición, se eligió para dar el asalto a aquella especie de fortaleza a los quinientos soldados más aguerridos de cada legión. Aquella gente escogida, orgullosa por el honor que se le concedía, y animada por la presencia de su príncipe, que se colocó valerosamente en la primera fila, hizo los mayores esfuerzos para subir a las cumbres, comprendiendo que una vez en ellas, se apoderarían sin combate de todo cuanto contenían. Pero, aunque comenzó a mediodía, la pelea continuaba en la obscuridad de la noche, con mucho derramamiento de sangre por una y otra parte. Matábase y se recibía la muerte; y la guardia del Emperador, que por el brillo de sus armas y el oro de sus armaduras, venía a ser como blanco, sufría mucho de los dardos del enemigo y de los peñascos que hacían rodar desde lo alto.

Al fin Graciano y sus capitanes comenzaron a pensar que era locura obstinarse sin esperanza contra una posición inexpugnable por su propia naturaleza. Emitiéronse las opiniones, como ocurre en tales casos, y al fin convinieron en limitarse a un bloqueo y rendir por hambre a los bárbaros, tan bien defendidos por la disposición del terreno. Éstos, cuya obstinación no era menor que la nuestra, y que conocían mejor los parajes, marcharon a ocupar picos más elevados aún. Pero el Emperador aprovechó en el acto aquel movimiento para volver a la ofensiva, desplegando la mayor energía para abrirse paso hasta ellos. Convencidos ahora los lencienses de que estaba decretada su pérdida, imploraron la gracia de que se les recibiese a capitulación; y después de entregar, como se les exigía, lo más florido de su juventud, que vino a confundirse con nuestros soldados, obtuvieron libertad para regresar a sus hogares.

Imposible es describir la decisión y energía que desplegó Graciano en estos hechos realizados como de pasada, y cuyo resultado fue mantener en respeto al Occidente. En este príncipe, apenas adolescente, se había, complacido la naturaleza en reunir los diferentes méritos de la elocuencia, moderación, valor y dulzura. Apenas cubría sus mejillas ligero vello, y ya prometía, un rival a los mejores soberanos. Pero inconsiderada afición a exhibirse, fomentada por bajas adulaciones, le llevó a imitar preferentemente las vanas proezas del emperador Cómmodo, aunque suprimiendo la sangre humana. El mayor placer de Cómmodo era atravesar con sus flechas, en presencia del pueblo, considerable número de fieras; y se creyó sobrehumano el día en que, por su mano, mató uno a uno y de un solo golpe respectivamente cien leones soltados a la vez en el anfiteatro. También gozaba Graciano en atravesar con sus flechas los animales dañinos en los recintos donde se les encerraba; haciendo estas diversiones que olvidase los asuntos más graves; y esto en una época en que el mismo Marco Antonio, si hubiese ocupado el trono, no hubiese tenido demasiado con toda su sabiduría y el apoyo de colegas semejantes a él, para remediar los males de la república.

Después de prepararlo todo, en cuanto permitían las circunstancias, para la seguridad de la Galia, y castigado al escutario cuya indiscreción había revelado su marcha hacia la Iliria, Graciano se dirigió por el fuerte llamado Árbol Feliz y por Lauriaco, para acudir en socorro de las provincias invadidas.

Entretanto Frigérido, cuya inteligente atención se dirigía constantemente al bien público, se apresuró a fortificar el paso de Succos, para impedir a las partidas ligeras que recorrían los campos extenderse como un torrente por las provincias septentrionales del Imperio. Pero de pronto le enviaron por sucesor al conde Mauro, carácter tan feroz como venal, el más voluble e indeciso de los hombres. Este es el mismo Mauro que hemos visto en los libros anteriores, no siendo todavía más que simple guarda del palacio, cortar la indecisión de Juliano para aceptar la corona, colocándole su propio collar en la cabeza. Así, pues, cuando todo estaba en peligro, se enviaba a sus hogares a un hombre de acción y de recursos, mientras que por intereses del Estado, debían haberle buscado en el fondo mismo de su retiro.

(Año 378 de J. C.)

Al fin se había decidido Valente a salir de Antioquía, y atravesaba lentamente la distancia que la separa de Constantinopla, donde no hizo más que presentarse, bastando para expulsarle una

sedición sin importancia. A ruegos suyos había llamado de Italia a Sebastián, jefe de reconocida actividad, confiándole el mando de la infantería, que anteriormente tuvo Trajano; marchando él a Melanthiada, quinta de recreo imperial, donde se dedicaba a granjearse el amor de los soldados cuidando de que se les pagase y se les alimentase bien, y aprovechando cuantas ocasiones se le presentaban para dirigirles palabras halagüeñas. Poco después dio la orden de marcha, llegando a Nicea, donde supo por sus exploradores que los bárbaros, cargados de botín, habían abandonado la región del Rhodopo y se dirigían a Andrinópolis. Enterados éstos también de que el Emperador marchaba con sus fuerzas en la misma dirección, se apresuraron a reunirse con fuerzas de sus compatriotas, que se habían fortificado en las inmediaciones de Nicópolis y Borea. El Emperador aprovechó aquella ocasión para dar a Sebastián, que se prometía emplearlos bien, trescientos hombres de cada cuerpo del ejército. Sebastián partió apresuradamente con aquellas fuerzas, y pronto llegó a vista de Andrinópolis, cuyas puertas le cerraron al pronto los habitantes, tomándole por un cautivo sobornado por los bárbaros, y temiendo que se renovase la superchería del conde Actus, que, prisionero de Magnencio y vendido a este partido, le hizo entregar los desfiladeros de los Alpes Julianos. Pero al fin reconocieron a Sebastián y le admitieron en la ciudad. Gracias a los abundantes recursos en víveres que poseía, pudo salir en silencio a la siguiente mañana con sus tropas alimentadas y descansadas, y en la tarde del mismo día vio las devastadoras bandas de los godos en las orillas del Hebrum. Adelantó entonces paso a paso, aprovechando para ocultarse los matorrales y accidentes del terreno, y cuando estuvo bastante cerrada la noche, cayó sobre los godos sin dejarles tiempo para reunirse. Tan grande fue la matanza, que solamente escaparon los pocos que pudieron correr bastante de prisa; y tan considerable el botín que les recogieron, que no bastaron para contenerle la ciudad y campos inmediatos. Este desastre consternó a Fatigerno: veía ya al general que sabía descargar tan rudos golpes atacar una a una sus dispersas bandas, ocupadas solamente en el pillaje y destruyéndolas hasta la última. Citó, pues, a todos los suyos en las inmediaciones de Cibala, y se alejó apresuradamente en busca de campos descubiertos, donde no tuviese que temer escasez ni sorpresas.

Mientras ocurrían estas cosas en Tracia, Graciano, que acababa de informar a su tío, por medio de una carta, de su victoria sobre los lencienses, hacía caminar a sus bagajes por la vía de tierra; y él mismo, bajando el Danubio con sus tropas más ligeras, desembarcaba en Bononia y desde allí llegaba a Sirmium, donde solamente permaneció cuatro días, a pesar de estar padeciendo una fiebre intermitente, marchando en seguida, por la misma vía, al sitio llamado Campo de Marte, sufriendo en este camino repentino ataque de los alanos, que mataron algunos hombres de su comitiva.

La doble noticia de la derrota de los alemanes y de la victoria conseguida por Sebastián, que éste exageró mucho en su comunicación, puso en extraordinaria agitación a Valente. Levantóse el campamento de Melanthiada, porque ansiaba poder oponer algún hermoso triunfo a la fama del hijo de su hermano, cuyo mérito mortificaba su envidia. Disponía de un ejército numeroso, cuya composición nada tenía de despreciable, porque se encontraban en bastante número los veteranos que había llamado a las armas; encontrándose además no pocos varones notables, entre ellos el ex general Trajano. Muy pronto fueron informados por los exploradores, que ahora desempeñaron diligentemente su oficio, de que los bárbaros trataban de interceptar por medio de destacamentos las comunicaciones con los puntos de donde se obtenían víveres. Inmediatamente marchó a ocupar los desfiladeros una partida de arqueros a pie sostenida por una turma de caballería, bastando esto para hacer fracasar los proyectos de los bárbaros.

Al tercer día se avisó la proximidad del enemigo, que avanzaba como desconfiando de alguna sorpresa, en dirección a Nicen, encontrándose a quince millas de Andrinópolis. Su número no pasaba de diez mil, según el relato de los exploradores, aunque se ignora si esto fue resultado de una equivocación. Arrastrado el Emperador por temerario ardimiento, se apresuró a salir a su encuentro, marchando con las tropas formadas en cuadros. Cuando llegó a los arrabales de Andrinópolis acampó allí, fortificándose con una empalizada y un foso; y mientras esperaba impacientemente a

Graciano, llegó Ricomeres, que se había adelantado, y le entregó una carta de aquél anunciando su próxima llegada y rogándole le esperase para compartir los peligros y exhortándole para que no se expusiese solo. Valente presentó la carta a su consejo, que deliberó acerca de lo que debía hacerse, opinando algunos miembros, entre los que se encontraba Sebastián, por que se librase batalla en el acto. Por otra parte, Víctor, jefe de la caballería, prudente y temporizador, aunque sármata de nacimiento, opinaba, con el mayor número porque se esperase al otro Emperador, pues sería más fácil concluir con los bárbaros contando con el refuerzo del ejército de las Galias. Sin embargo, triunfó la fatal obstinación de Valente, porque los aduladores que le rodeaban y que creían infalible la victoria, le habían persuadido de que era necesario precipitar el desenlace para no compartir la gloria.

Preparábanse, pues, al combate, cuando un presbítero del rito cristiano (así les llamaban ellos) llegó al campamento de parte de Fritigerno, con otros legados de inferior rango. Recibido bondadosamente, presentó una carta de aquel personaje en la que pedía para los suyos, arrojados, como él, de sus hogares por la irrupción de los pueblos salvajes, la concesión del suelo de la Tracia y lo que contenía en ganados y granos, prometiendo perpetua paz si se accedía a su demanda. Además de la carta oficial que presentó aquel cristiano, adicto servidor de Fritigerno, traía otra confidencial, escrita con la astucia y especial habilidad para el engaño que poseía el jefe bárbaro, en la que insinuaba con el tono de futuro aliado y amigo, que para dulcificar la ferocidad de sus compatriotas y llevarles a condiciones ventajosas para el Imperio, no había otro medio que mostrarles de tiempo en tiempo las armas romanas. La presencia solamente del Emperador les asustaría, quitándoles el deseo de combatir. La legación no obtuvo resultado, porque se sospechó la intención.

Al amanecer el día cinco de los idus de Agosto, se puso en movimiento el ejército, dejando los bagajes bajo las murallas de Andrinópolis con suficiente guardia. En el interior de la ciudad quedaron el prefecto y los miembros civiles del consejo con el tesoro y los ornamentos imperiales. A medio día no habían adelantado más que ocho millas por caminos detestables y bajo un cielo abrasador, cuando anunciaron los exploradores que habían visto el círculo formado por los carros del enemigo. En el acto tomaron sus disposiciones los generales romanos, mientras los bárbaros, según su costumbre, lanzaban al viento sus feroces y lúgubres alaridos. El ala derecha de la caballería estaba al frente, sostenida por numerosa infantería. El ala izquierda, que por la dificultad del camino se encontraba todavía a la espalda, conservando con mucha dificultad el orden de marcha, apresuró el paso para colocarse en línea; y, mientras se desplegaba sin obstáculos, el ruido terrible de las armaduras y de los escudos que resonaban bajo las picas de nuestros soldados, quebrantó el valor de los godos, con tanto más motivo, cuanto que no habían llegado todavía Alatheo y Safrax, que operaban más lejos con los suyos. Presentóse, pues, una legación de los bárbaros para proponer la paz; pero como no la formaban varones importantes, el Emperador se negó a oírles y pidió, para tratar, negociadores cuyo rango ofreciese garantía. Siguió a esto un intervalo: los godos no buscaban más que subterfugios para ganar tiempo, a fin de dejar a la caballería que esperaban el necesario para llegar, mientras que nuestros soldados estaban devorados por la sed bajo un clima abrasador, más y más caldeado por las hogueras que el enemigo alimentaba de intento por todas partes. Añádase a esto que hombres y bestias sufrían ya los horrores de la escasez.

Entretanto, el juicioso y previsor Fritigerno, que hubiese preferido no correr los riesgos de una batalla, nos envió uno de los suyos como portador del caduceo. Si nosotros le enviábamos inmediatamente varones notables como rehenes, se ofrecía a tomar partido por nosotros y a suministrarnos todo lo que faltaba. Una proposición de tal naturaleza de jefe tan temible, se recibió con apresuramiento y gratitud, designándose por unanimidad como fiador de nuestra palabra al tribuno Equicio, pariente del Emperador e investido entonces con el cargo de guarda de palacio. Pero se resistió a ello, fundando su negativa en que, habiendo sido prisionero de los godos, y habiéndose escapado de sus manos en Dibalto, podía temerle todo de su salvaje indignación,

Entonces se ofreció espontáneamente Ricomeres a ocupar su puesto, con la fundada esperanza de honrarse con este acto de valor, partiendo en seguida dispuesto a justificar su dignidad y nacimiento. Pero antes que llegase al campamento enemigo, nuestros arqueros, mandados por Iberiano y Bacurio, peleaban ya con los bárbaros, y su retirada, tan precipitada como inoportuno había sido el ataque, señalaba desfavorablemente el principio de la campaña. Esta escaramuza anuló el efecto de la abnegación de Ricomeres, que no pudo avanzar más; y en el mismo momento la caballería de los godos, con Alatheo y Safrax a la cabeza y reforzada por un cuerpo de alanos, llegó como el rayo que estalla en la cumbre de los montes, destruyéndolo todo a su paso.

A los pocos momentos no se oía por ambas partes más que el ruido de las armas que chocaban y el silbido de las saetas. La misma Belona aumentaba el lúgubre sonido de las bocinas, encarnizada más que nunca en la destrucción del nombre romano. Ya comenzaban a ceder los nuestros; pero a los gritos para contenerlos, deteniéndose aquel movimiento y redobla el furor del combate como vasto incendio; pero ante los espantosos huecos que hacen en las filas los dardos y flechas del enemigo, el miedo paraliza otra vez a los nuestros, viéndose a las dos filas chocar como las proas de las naves y pareciendo su movimiento el de las olas del mar.

Entretanto nuestra ala izquierda había penetrado hasta los carros, y sin duda habría llegado más lejos de estar sostenida; pero abandonada por el resto de la caballería, quedó abrumada como bajo enorme derrumbamiento de tierra, por la masa de bárbaros que cayó sobre ella. Sin apoyo la infantería, de tal manera se vieron estrechados los manípulos unos contra otros, que no había espacio para manejar la espada. En este momento resonaron horribles gritos y enormes torbellinos de polvo, obscureciendo el cielo, impedían lanzar los dardos, que sembraban la muerte. Imposible era ensanchar las filas para retirarse ordenadamente, siendo demasiado grande la compresión para poder huir individualmente. Entonces los legionarios, apretando el puño de sus espadas, hirieron como desesperados sobre todo lo que encontraron a su alcance. Los cascos y las corazas de ambas partes caían en pedazos bajo el filo de las hachas. Aquí y allá algún bárbaro de gigantesca estatura, derribado por el hierro que le había desjarretado o cortado un brazo o traspasado por una flecha, contraídas las facciones para lanzar el último grito de furor, y presa ya de la muerte, amenazaba todavía con la mirada. El suelo desaparecía bajo los combatientes que caían por ambos lados, y no se podían oír sin estremecerse los dolorosos gritos de los moribundos, ni resistir la vista de sus atroces heridas. En medio de esta horrible confusión, nuestros soldados, extenuados de fatiga y careciendo ya de serenidad y fuerza, para obrar, desarmados de la mayor parte de sus lanzas, que se les habían roto entre las manos, como último recurso se lanzaban empuñada la espada, despreciando todo peligro, en medio de los grupos más apretados de los bárbaros, y, en el último esfuerzo para vender cara su vida, se deslizaban en el suelo empapado de sangre, pereciendo algunas veces por sus propias armas. Por todas partes corría la sangre, presentándose la muerte bajo todas las formas; no se pisaba más que sobre cadáveres. Añádase que el sol, que había dejado el signo de Leo para entrar en el de Virgo, lanzaba sus rayos a plomo, perjudicando especialmente a los romanos, agobiados ya por el hambre y la sed y rendidos bajo el peso de la armadura. Rechazados al fin por la masa enemiga, se vieron obligados al recurso extremo de huir en desorden y cada uno por su lado.

En medio de la dispersión de una parte del ejército, el Emperador, profundamente turbado y saltando por encima de montones de cadáveres, consiguió refugiarse entre los lancearios y maciarios, que habían resistido hasta entonces sin moverse el furioso choque de los bárbaros. Al verle, exclamó Trajano que todo estaba perdido si el príncipe, abandonado por las tropas romanas, no encontraba protección entre los auxiliares. El conde Víctor, que lo oyó, corrió en seguida a reunir a los batavos, que Valente había dejado de reserva detrás de su guardia; pero no encontrando ni uno solo, no pensó más que en salvarse él mismo, haciendo otro tanto Ricomeres y Saturnino.

Entretanto los bárbaros, con encendidos ojos, acudieron a atacar el resto de nuestro ejército. Debilitados por la sangre que habían perdido, unos caían sin saber de dónde había partido el golpe; otros, derribados solamente por el choque del enemigo, no faltando quienes sucumbían atravesados

por su propios compañeros. No había descanso para el que resistía, ni perdón para el que quería rendirse. Los caminos estaban llenos de moribundos, que perecían bajo el dolor de sus heridas, aumentando los obstáculos los cadáveres de los caballos. La obscuridad de una noche sin luna puso término a aquel desastre irreparable, cuyas consecuencias pesarán por mucho tiempo sobre los romanos.

El Emperador, a lo que se dice (porque nadie asegura haberlo visto, ni estado junto a él en tal momento), cayó al obscurecer, mortalmente herido por una flecha, y pereció sin que pudiese encontrarse su cuerpo. Un grupo de enemigos, que se detuvo largo tiempo en aquel punto para despojar a los muertos, no permitió que se acercase ningún fugitivo ni campesino. Su muerte se parece a la del Emperador Decio, que, en una sangrienta batalla que libró a los bárbaros, arrebatado por un caballo fogoso, fue arrojado en un pantano del que no pudo salir y donde hasta su cadáver desapareció. Otros dicen que Valente no murió en el acto, sino que se retiró con algunos candidatos y eunucos, a la casa de un campesino, mejor construida que de ordinario, y provista de segundo piso. Allí, mientras manos sin experiencia cuidaban de vendarle, llegó de pronto el enemigo, y sin conocerle, le libró de la deshonra del cautiverio; porque, recibido a flechazos por la comitiva del príncipe, mientras se esforzaban los bárbaros en derribar las puertas que habían atrancado por no detenerse ante aquel obstáculo, perdiendo tiempo que podían emplear en el saqueo, reunieron en derredor de la casa montones de leña y paja, prendieron fuego y la redujeron a ceniza con todo lo que contenía. Un candidato que cogieron al tratar de huir por una ventana, les dijo, con mucho sentimiento por parte de los bárbaros, la gloriosa ocasión que habían perdido de coger vivo al Emperador. Estos detalles los dio aquel joven, que, más adelante, consiguió escaparse. El segundo Escipión, después de reconquistar la España, pereció también por el fuego que prendieron los enemigos a una torre donde se había refugiado. Pero lo único cierto es que, lo mismo que Escipión, Valente no pudo recibir sepultura.

Cuéntanse entre las víctimas más ilustres de aquella catástrofe a Trajano y Sebastián, Valeriano y Equicio, uno gobernador de las caballerizas y el otro del palacio, y treinta y cinco tribunos con mando o sin él. También pereció Potencio, tribuno de los *promus*, muerto en la flor de la edad. Este joven, que se había granjeado la estimación de todos los hombres honrados, tenía en su favor, además de su mérito personal, la gloriosa memoria de su padre Ursicino. Cosa averiguada es que apenas sobrevivió de aquella matanza la tercera parte del ejército; y, si se exceptúa la batalla de Cannas, los anales no mencionan tamaño desastre, bien se examinen los reverses experimentados por los romanos en los combates en que la fortuna se mostró adversa a sus armas, bien nos remontemos a las fabulosas declamaciones con que los griegos han descrito sus catástrofes.

Tal fue el fin de Valente, que frisaba entonces en los cincuenta años, y después de un reinado de poco menos de catorce. Examinemos ahora sus virtudes y vicios puesto que no carecemos de testimonios contemporáneos. Fue amigo fiel y seguro, dispuesto a reprimir la intriga y guardador severo de la disciplina y las leyes. Atendió cuidadosamente a impedir la ambición de sus parientes, que querían aprovechar sin moderación este título, y mostró circunspección no desmentida jamás al conferir cargos y retirar la investidura. Administrador equitativo de las provincias, velaba por sus intereses como por los suyos propios, no permitiendo aumento alguno de los impuestos existentes, cuyos atrasos no se cobraban sino con mucha parsimonia. No podían encontrar en él indulgencia alguna la malversación ni la corrupción de los jueces, y nunca estuvo mejor gobernado el Oriente bajo este aspecto. Era generoso, pero en justa medida, demostrándolo un ejemplo entre otros muchos. Conocida es la proverbial avidez de los cortesanos: cuando alguno de ellos solicitaba que le pusiese en posesión de algunos bienes vacantes u otra gracia de igual naturaleza, el Emperador comenzaba por dejar, con la mayor imparcialidad, amplia latitud a las observaciones y reservas de los interesados. Si otorgaba al fin la concesión era bajo la condición de que el pretendiente había de repartir los beneficios con otros tres o cuatro individuos igualmente favorecidos, sin haber mostrado previamente ninguna pretensión. Esta perspectiva de segura concurrencia enfriaba mucho los impulsos de la codicia. En gracia de la brevedad, omitiré el número de edificios que construyó o

restauró Valente en nuestras grandes ciudades y en otras inferiores, porque a la vista de todos están los monumentos. En todo esto creo que puede presentársele como modelo. Veamos ahora sus defectos.

Su avidez no tenía límites, ni tampoco su desaplicación para los negocios; ostentaba aparatosamente los rigores oficiales del poder, pero era cruel por instinto. Carecía de educación, no teniendo noción alguna de literatura ni de arte militar. Su mayor satisfacción, al ver aumentar su tesoro particular, era que costase gemidos a otro; y mostraba especialmente atroz alegría cuando una acusación ordinaria tomaba entre sus manos las proporciones de crimen de lesa majestad, porque entonces podía disponer de la vida y fortuna de un rico. Menos perdonable aún es su fingido respeto a las leyes y decisiones judiciales, cuando, formados por él, los tribunales eran notoriamente los instrumentos de sus caprichos. Violento y poco asequible para todo, siempre recibía las acusaciones, fuesen verdaderas o falsas; peligrosa tendencia hasta para los que no ocupan el poder.

Era pesado y perezoso de cuerpo; tenía el color moreno y una mancha en un ojo, pero este defecto no se veía a distancia. Su estatura era mediana, proporcionado en sus miembros; aunque tenía las piernas arqueadas y algo abultado el vientre.

Nada puedo añadir a este retrato, de cuyo parecido puede dar testimonio toda la generación actual; pero no debo omitir una particularidad de este príncipe. Recordarése el oráculo de la trípode interrogado por Patricio e Hilario, como los tres versos proféticos pronunciados en esta ocasión, siendo el último el siguiente:

Εν πεδιοισι Μιμντος αιλα καιομενοις μαρ.

Valente, espíritu tosco, despreció al principio esta predicción; pero su recuerdo le persiguió más adelante, cuando la desgracia comenzaba a pesar sobre él. De indiferente pasó a pusilánime, temblando al solo nombre del Asia, porque recordó, de otros más ilustrados que él, que Homero y Cicerón han hablado de un monte Mimas, que domina la ciudad de Eritea en aquella provincia. Después de su muerte y de la retirada de los godos, dícese que se encontró cerca del punto mismo donde se supone que cayó, un monumento en piedra en el que aparecían grabados caracteres griegos indicando que aquel era el sepulcro de un personaje de noble alcurnia, llamado Mimas.

Cuando la noche extendió su manto sobre el campo de batalla, todos cuantos habían escapado del hierro huyeron a tientas por uno y otro lado, según les empujaba el miedo, creyendo sentir a cada momento el brazo del enemigo levantado sobre su cabeza. Los gritos, los gemidos de los heridos, los sollozos de los moribundos, formaban a lo lejos horrible concierto.

En cuanto amaneció, los vencedores, como fieras irritadas a la vista de la sangre, se lanzaron en masa contra la ciudad de Andrinópolis, decididos a destruirla a toda costa. Por los desertores y transfugas sabían que allí se encontraban reunidos los principales jefes del Estado y que tenían con ellos los ornamentos imperiales y el tesoro de Valente. Para no dejar a su ardor tiempo de enfriarse, desde la cuarta hora del día acometieron a la plaza y empeñóse el combate, por parte de los sitiadores con el furor que desprecia la muerte; por los nuestros, con el valor tranquilo que se indigna de ceder. Considerable número de soldados y de criados del ejército, llevando consigo caballos, no habían podido entrar en la plaza; y estas fuerzas, apoyándose en las fortificaciones y casas contiguas, se defendieron enérgicamente, no obstante la desventaja de la posición, sosteniendo hasta la hora novena todo el furor de los bárbaros. Trescientos peones que quisieron rendirse en cuerpo al enemigo fueron rodeados y muertos, ignórase por qué; pero se observó que desde aquel momento no hubo ninguna tentativa de desertión, por grave que fuese la situación en que se encontrasen. Al fin, después de tantas desgracias, el cielo nos envió una lluvia que, cayendo a torrentes, acompañada de relámpagos y truenos, dispersó aquella multitud que se agitaba en torno de las murallas, obligándola a buscar el abrigo circular de sus carros. Pero no había disminuido su presunción, porque desde allí nos enviaron un mensajero con una carta amenazadora. Este, aunque provisto de un salvoconducto, no se atrevió a penetrar en la ciudad sitiada y encargó su mensaje a un cristiano. Tratóse la carta con el desprecio que merecía, y los sitiados dedicaron el resto del día y toda la noche a trabajos de defensa. Tapiáronse interiormente las puertas con grandes piedras y se

reforzaron los puntos débiles. En todas partes donde podían producir efecto, colocaron máquinas para lanzar dardos y piedras y se establecieron a mano depósitos de agua; porque el día anterior muchos soldados habían padecido sed casi hasta morir.

Pero los godos, disgustados por las dificultades de la empresa, viendo que mataban o herían a los más esforzados de los suyos y que los destruían en detalle, recurrieron a una estratagema que solamente fracasó por manifiesta intervención de la justicia del cielo. Candidatos desertores, sobornados por ellos, se comprometieron a entrar en la ciudad fingiendo escaparse del campamento enemigo, e incendiar uno de sus barrios. Las llamas serían la señal del asalto, mientras que ocupados todos los sitiados en extinguirlas, dejarían las fortificaciones sin defensores. En cumplimiento del convenio, los candidatos se presentaron en la orilla del foso, tendiéndonos manos suplicantes y pidiendo a título de compatriotas. No había razón alguna para desconfiar de ellos, y se les recibió sin dificultad. Pero se entró en sospechas cuando, interrogados acerca de las intenciones de los godos, no estuvieron conformes en sus contestaciones; y cuando el tormento les arrancó el secreto de su traición, a todos les cortaron la cabeza.

Entretanto, repuestos los bárbaros de su primer temor, reuniendo sus medios de ataque, cayeron de nuevo sobre las inexpugnables puertas de la ciudad. Los jefes eran los más encarnizados; pero los habitantes y hasta los criados del palacio se unieron a los soldados para aplastarles. En medio de aquella multitud no se perdía ningún golpe. Observóse que los bárbaros nos devolvían los dardos que les arrojábamos; y en seguida se mandó que, antes de usar las flechas, las cortasen la cuerda que sujeta el hierro a la madera; lo que hacía que, sin perder fuerza ni efecto cuando herían, se desmontasen cuando se perdía el golpe. Inesperada circunstancia estuvo a punto de terminar el combate. Una piedra enorme, lanzada por un escorpión (máquina de las vulgarmente llamadas onagros), colocado en frente de numeroso grupo de enemigos, se rompió al caer al suelo, y, aunque no hirió a nadie, produjo tanto estupor a los bárbaros, que no hubo ninguno de los presentes que no se aprestase a huir; pero los jefes mandaron atacar y continuó el asalto. Sin embargo, los romanos conservaron la ventaja: casi ninguna flecha o piedra de honda quedaba perdida; porque si, ardiendo en deseos de apoderarse de los tesoros mal adquiridos de Valente, los jefes godos daban ejemplo exponiéndose en primera fila, la emulación llevaba a los soldados a compartir los peligros. Unos caían traspasados por los dardos o aplastados por los terribles efectos de las máquinas; otros, que llevaban escalas y se empeñaban en apoyarlas en las murallas y subir a ellas caían bajo pedazos de roca, fragmentos, troncos enteros de columnas, que lanzaban desde arriba. Pero en vano se presentaba la muerte bajo todas formas a los sitiadores; necesario fue que desapareciese el día para poner término a su furiosa exaltación, sostenida por la vista del considerable daño que causaban a los sitiados. Fuera y dentro de las murallas se luchaba con encarnizamiento y energía; pero los godos, que solamente atacaban en grupos desordenados, sin dirección ni conjunto y como a la desesperada, cuando cerró la noche, volvieron tristemente a sus tiendas, tachándose recíprocamente de demencia y ceguera, por no haber aprovechado el consejo de Fritigerno, de no exponerse a los peligros de los asedios.

Durante toda la noche (que fue corta, como de estío) los bárbaros pusieron por obra lo poco que sabían del arte de vendar las heridas. Al amanecer celebraron consejo acerca del camino que debían seguir; y, después de largo debate, decidieron apoderarse de Perintho, y sucesivamente de todas las ciudades donde se habían guardado riquezas. No carecían de noticias en cuanto a este punto, porque tenían con ellos tráfugas muy enterados de lo que existía en las localidades y hasta en el interior de las casas. Habiendo adoptado el plan que les parecía más provechoso, avanzaron lentamente, quemando y talando todo a su paso, sin encontrar resistencia en ninguna parte.

En cuanto la gente refugiada en Andrinópolis se enteró, por medio de reconocimientos, de la evacuación de las inmediaciones, salió toda de la ciudad a media noche, con las riquezas que había podido conservar. Unos se dirigieron por Filipópolis a Sárdica, otros a Macedonia, caminando todos por los bosques, siguiendo senderos extraviados y evitando cuidadosamente los caminos públicos. Su esperanza estribaba en encontrar a Valente por un lado de aquéllos, porque se ignoraba que

hubiese perecido en la batalla, o muerto en el incendio de la casa en que se refugió.

Entretanto, reforzados los godos con las belicosas bandas de los hunos y alanos, los soldados más duros de la tierra, y que el hábil Fritigerno había sabido atraerse con maravillosas proezas, acamparon en las inmediaciones de Perintho. Pero como permanecían bajo la impresión de sus recientes descalabros, no se atrevieron a intentar nada contra sus murallas, ni siquiera a acercarse a la plaza, contentándose con devastar las fértiles inmediaciones, degollando o haciendo prisioneros a los cultivadores. Los tesoros de Constantinopla era lo que más inflamaba su avidez, y reservaban todos sus esfuerzos para la destrucción de esta magnífica ciudad. Marcharon, pues, apresuradamente, pero formando apiñados grupos por temor de sorpresa. Ya desplegaban su furia contra las fortificaciones de la ciudad, cuando, por favor del cielo, sobrevino un accidente que les decidió a retirarse. Acababa de reclutarse la guarnición de la ciudad de un cuerpo de sarracenos (de cuyo origen y costumbres hemos hablado ya), gente muy a propósito para la guerra de partidas, pero incapaz de operaciones estratégicas regulares. Éstos, al acercarse la fuerza enemiga, corrieron decididamente a su encuentro, trabándose empeñada escaramuza que por mucho tiempo estuvo indecisa. Inaudito rasgo de ferocidad dio ventaja a los bárbaros de Oriente. Uno de ellos, salvaje de crespo cabello, desnudo, exceptuando la cintura, se lanzó con un puñal en la mano, con gritos de fiera, en medio de las filas opuestas, y, aplicando los labios al enemigo que había derribado, chupó ávidamente la sangre de sus heridas. Los bárbaros del Norte se estremecieron ante aquel atroz espectáculo; quebrantóse su esperanza, y desde aquel momento no mostraron tanta energía en el ataque. Al fin perdieron por completo el valor, viendo desde lejos el inmenso circuito de las murallas de la ciudad, el prodigioso desarrollo de los barrios, sus inaccesibles magnificencias y aquella innumerable población cubriendo el terreno hasta el estrecho que separa los dos mares. Después de haber perdido más gente que mataron, destruyeron sus máquinas de sitio y retrocedieron en dispersión hacia las provincias septentrionales, que cruzaron sin que nadie les detuviese, hasta el pie de los Alpes Julianos, llamados en otro tiempo Vénetos.

Al tener noticia de los desastrosos acontecimientos de la Tracia, Julio, jefe de las tropas al otro lado del Tauro, dio un golpe tan enérgico como saludable. Considerable número de godos, trasladados anteriormente a estas provincias, habían sido distribuidos en las ciudades y por cantones. Con secreto muy difícil de conservar hoy, consiguió Julio ponerse de acuerdo por medio de cartas con sus jefes inferiores, para realizar, en un día dado, la matanza general de aquellos bárbaros, reuniéndolos con promesa de pago de estipendio. Esta útil medida, llevada a cabo con discreción y rapidez, preservó de los mayores males a nuestras provincias orientales.

Esta narración, comenzada en el reinado de Nerva, concluye en la catástrofe de Valente. Viejo soldado y griego de nación, he hecho cuanto he podido por desempeñar bien mi cometido; presentando mi trabajo al menos como obra sincera, y en el que la verdad, que profeso, en ninguna parte, que yo sepa, se encuentra alterada o incompleta. Que consignen lo demás otros más jóvenes y doctos, a los que aconsejo que escriban mejor que yo y eleven el estilo.

FIN DE LA HISTORIA DEL IMPERIO ROMANO DEL 350 AL 378

RESUMEN

LIBRO XIV

Crueldad del César Galo.—Irrupción de los isaurios.—Tentativa fracasada de los persas.—IncurSIONES de los sarracenos.—Sus costumbres.—Suplicio de los partidarios de Magnencio.—Corrupción del Senado y del pueblo romano.—Barbarie y furores de Galo.—Descripción de las provincias de Oriente.—Nuevas crueldades del César Galo.—Constancio concede la paz a los alemanes, que la imploran.—Llama el Emperador a Galo y le hace decapitar.

LIBRO XV

Anuncian al Emperador la muerte del César Galo.—Ursicino, jefe de la caballería en Oriente, Juliano, hermano de Galo, y el prepósito Gorgonio, acusados del crimen de lesa majestad.—Rigores ejercidos con los amigos y servidores de Galo.—Constancio derrota y ahuyenta a los alemanes lencienses.—Proclaman Emperador en Colonia a Silvano, franco de origen y jefe de la infantería en las Galias. Cae en un lazo y perece a los veintiocho días de reinado.—Condénase a muerte a los amigos y cómplices de Silvano.—Sediciones reprimidas en Roma por el prefecto Leoncio.—Arrójase de su silla al obispo Liberio.—Constancio confiere el título de César a Juliano, hermano de Galo, y le encarga la administración de las Galias.—Origen de los galos.—Etimología de los nombres de celtas y gálatas.—Alpes galos. Comunicaciones abiertas a través de estas montañas. Divisiones del territorio y breve descripción de las Galias y del curso del Ródano. Costumbres de los galos.—Musoniano, prefecto del pretorio en Oriente.

LIBRO XVI

Elogio del César Juliano.—Juliano ataca a los alemanes, los derrota, los dispersa y les hace prisioneros.—Recobra Colonia de los francos y trata con sus jefes.—Sostiene un sitio en Sens contra los alemanes.—Virtudes del César Juliano.—Acusado Arbeción, es absuelto.—Euterio, cubiculario de Juliano, defiende a su señor contra Marcelo. Elogio de Euterio.—Circulan en el campamento de Constancio falsos relatos y calumnias.—Rapacidad de los cortesanos.—Negociaciones para la paz con los persas.—Aparato militar y casi triunfal de la entrada de Constancio en Roma.—El César Juliano ataca a los alemanes en las islas del Rhin, donde se habían refugiado, y repara los muros de Tres Tavernas.—Coalición de los reyes alemanes contra la Galia.—Juliano les ataca y derrota cerca de Argentoratum.

LIBRO XVII

Después de la derrota de los alemanes, Juliano pasa el Rhin y destruye por el hierro y el fuego los establecimientos de este pueblo.—Repara la fortificación de Trajano y concede a los bárbaros diez meses de tregua.—Reduce por hambre una banda de francos que hacía correrías en la Germania.—Sus esfuerzos por aliviar a la Galia del peso de los impuestos.—Constancio hace elevar un obelisco en Roma en el circo máximo.—Correspondencia y negociaciones inútiles para la paz, entre Constancio y Sapor, rey de Persia.—Los Juthungos, pueblo alemán, devastan la Rhecía.—Los romanos los derrotan y ahuyentan.—Un terremoto destruye a Nicomedia.—Juliano recibe la sumisión de los Salios, pueblo franco.—Derrota o hace prisioneros a parte de los Chamavos, y concede la paz a los demás.—Juliano repara tres fortificaciones en el Mosa y es objeto de reconvenções y amenazas por parte de los soldados, irritados por la escasez.—Los reyes alemanes Soumarío y Hortario consiguen la paz devolviendo los prisioneros.—Burlas de los envidiosos contra las victorias de Juliano.—En la corte le acusan de indolencia y pusilanimidad.—Constancio obliga a los Sármatas y a los Quados, que devastaban la Mesia y las dos Pannonias, a devolver los prisioneros y entregar rehenes.—Restituye a los Sármatas expulsados la posesión de sus tierras y les da un rey.—Constancio hace terrible matanza de Limigantos y les obliga a expatriarse.—Los

legados romanos abandonan la Persia sin haber ajustado la paz.—Sapor invade de nuevo la Mesopotamia y la Armenia.

LIBRO XVIII

Beneficios de la presencia de Juliano en las Galias.—Cuida de que en todas partes se administre bien la justicia.—Repara las murallas de los fuertes reconquistados al enemigo en las orillas del Rhin, tala parte del territorio de los alemanes y obliga a cinco reyes suyos a pedir la paz y devolver los prisioneros.—Barbación, jefe de la infantería, es decapitado con su esposa por orden de Constancio.—Sapor, rey de Persia, se dispone a atacar con todas sus fuerzas a los romanos.—Ursicino, llamado al Oriente, recibe contraorden en Tracia y regresa a Mesopotamia.—Encarga a Ammiano que observe la marcha de los Persas.—Reunido Sapor con el rey de los Chionitas y de los Albaneses, penetra en Mesopotamia.—Los Romanos incendian ellos mismos las mieses, llaman a las ciudades la población de los campos y cubren de fortificaciones y castillos la orilla citerior del Eufrates.—Los Persas sorprenden un cuerpo de Ilirios compuestos por setecientos jinetes. En un encuentro con un cuerpo de Persas muy superior, Ursicino escapa por un lado y Ammiano por otro.—Descripción de Amida. Fuerza de la guarnición de esta ciudad en legiones y en caballería.—Ríndense a Sapor dos fuertes romanos.

LIBRO XIX

Intima Sapor la rendición a los habitantes de Amida, recibéndole éstos con flechas y dardos de balista.—Renueva la intimación el rey Grumbates y cae muerto a su lado su hijo.—Sitio de Amida; doble asalto de los Persas.—Propone Ursicino un ataque nocturno a los sitiadores y se opone Sabiniano.—Declárase la peste en Amida, desapareciendo a los diez días merced a ligera lluvia.—Causas y variedades de este azote.—Nuevo asalto a la ciudad combinado con una sorpresa en el interior, por medio de un paso secreto entregado por un desertor.—Una salida de las fuerzas galas hace mucho daño a los Persas.—Construyen torres y otras obras de sitio que incendian los Romanos.—Los Persas se apoderan de la ciudad por medio de terrazas que consiguen apoyar en las murallas.—Ammiano escapa a favor de la noche y consigue llegar a Antioquía.—Los jefes romanos que mandaban en Amida son condenados a muerte o aprisionados.—Craugaso, ninivita, pasa a los Persas, arrastrado por el deseo de ver a su esposa.—El temor de escasez ocasiona sediciones en Roma.—Los Sármatas limigantos, so pretexto de pedir la paz, atacan al Emperador, siendo rechazados con grandes pérdidas.—Numerosas acusaciones y condenaciones por el delito de lesa majestad.—Latrocinios de los isauros reprimidos por el conde Lauricio.

LIBRO XX

Enviase a Bretaña a Lupicino con su ejército para reprimir las incursiones de los escoceses y de los pictos.—Ursicino, que llega a general de la infantería, es calumniado y depuesto.—Eclipse de sol.—Fenómeno de los parelios.—Eclipses de sol y luna y diferentes fases de este astro.—Invernando Juliano en Lutecia, le proclaman Emperador, en contra de su voluntad, las legiones galas, que Constancio quería quitarle para emplearlas contra los persas.—Su arenga al ejército.—Sapor pone sitio y se apodera de Singara. Traslada a Persia todos los habitantes con un destacamento de caballería auxiliar y dos legiones que formaban la guarnición de la ciudad, que queda arrasada.—Sapor se apodera de la ciudad de Bezabda, defendida por tres legiones. En seguida la repara y abastece de víveres. Fracasa ante la fortaleza de Virta.—Juliano entera a Constancio por medio de una carta de lo ocurrido en Lutecia.—Constancio manda a Juliano que se contente con el título de César.—Unánime oposición de las legiones galas.—Juliano pasa el Rhin y cae de improviso sobre los francos, llamados acuarios, mata o se apodera de considerable número y concede la paz a los demás.—Constancio sitia con todas sus fuerzas a Betzabda y se retira sin éxito.—Del arco iris.

LIBRO XXI

Juliano Augusto celebra en Viena las fiestas quinquenales.—Cómo augura que se acercaba el fin de Constancio.—Diferentes medios para conocer el porvenir.—Juliano Augusto se hace pasar por cristiano para hacerse agradable al pueblo de Viena, y asiste públicamente a orar en una iglesia.—Vadomario, rey de los alemanes, rompe el Tratado y envía merodeadores a saquear nuestras fronteras.—Mata algunos hombres con el conde Libinon que los mandaba.—Juliano intercepta una carta de Vadomario a Constancio y hace prender al rey en un festín.—Destroza o hace prisioneros a una parte de los alemanes y concede la paz a los restantes.—Juliano arenga a los soldados y los decide a hacer la guerra a Constancio.—Constancio se casa con Faustina.—Refuerza su ejército y se atrae con regalos a los reyes de Armenia y de Iberia.—Sin salir de Antioquía, contiene al África por medio del notario Gaudencio.—Pasa el Eufrates y marcha a Edesa con el ejército.—Juliano, después de ordenar los asuntos de las Galias, se dirige al Danubio y hace que se adelante parte de sus tropas por Italia y la Recia.—Los cónsules Tauro y Florencio, prefectos del pretorio los dos, huyen al acercarse Juliano, uno a Iliria y el otro a Italia.—Luciliano, general de la caballería, quiere resistir, pero le sorprenden y aprisionan.—La ciudad y guarnición de Sirmio, capital de la Iliria Oriental, se rinde a Juliano, que ocupa el paso de Sucos, y escribe al Senado contra Constancio.—Dos legiones que habían pasado en Sirmio al partido de Juliano y a las que enviaba a las Galias, ocupan Aquilea, de acuerdo con los habitantes, y le cierran las puertas.—Aquilea sostiene un sitio en interés de Constancio.—A la noticia de la muerte del Emperador, se rinde la plaza a Juliano.—Sapor se retira ante auspicios desfavorables.—Constancio, en el momento de partir contra Juliano, arenga las tropas en Hierápolis.—Presagios de la muerte de Constancio.—Muere en Mesopotamia, en Cilicia.—Cualidades y defectos de este príncipe.

LIBRO XXII

Detenido en la Dacia Juliano por temor a Constancio, consulta secretamente los augures y arúspices.—A la noticia de la muerte del Emperador, atraviesa con rapidez la Tracia, entra pacíficamente en Constantinopla y se ve dueño del Imperio romano sin combatir.—Condenación más o menos justificada de los partidarios de Constancio.—Juliano arroja del palacio a los eunucos, barberos y cocineros.—Vicios de los eunucos del palacio y corrupción de la disciplina militar.—Juliano rinde públicamente el culto a los dioses, que hasta entonces había tributado en secreto, y trabaja para promover conflictos entre los obispos cristianos.—Medio que emplea para librarse de las importunas reclamaciones de algunos egipcios y para despedir a su país a los peticionarios.—Administra personalmente justicia en Constantinopla, y mientras se dedica a la administración de la Tracia, recibe diferentes legaciones extranjeras.—Ojeada sobre esta comarca, el Ponto Euxino y las poblaciones del litoral.—Juliano, después de haber agrandado y embellecido a Constantinopla, visita Antioquía.—En el camino concede a los habitantes de Nicomedia un subsidio para reedificar su arruinada ciudad.—En Ancira cuida de la administración de justicia.—Pasa el invierno en Antioquía y desempeña cargo de juez sin perseguir a nadie por motivos de religión.—Los politeístas de esta ciudad arrastran en las calles y despedazan a Jorge, obispo de Alejandría, y a otras dos personas, quedando impune el atentado.—Meditando Juliano una expedición contra los Persas, consulta los oráculos acerca del resultado de la guerra y ofrece un sacrificio de innumerables víctimas.—Su respeto a los arúspices y augures.—Atribuye sin fundamento a los cristianos el incendio del templo de Apolo en Dafnea, y manda cerrar la iglesia catedral de Antioquía.—Sacrificio a Júpiter en el monte Casio.—Rencor de Juliano contra los habitantes de Antioquía.—Este es el origen del Misopogon.—Estadística del Egipto.—Del Nilo, de los cocodrilos, del ibis y de las pirámides.—De las cinco provincias del Egipto y de su ciudad más notable.

LIBRO XXIII

Vana tentativa de Juliano para reedificar el templo de Jerusalén.—Intima a Arsaces, rey de Armenia, a que se prepare para hacer la guerra con él a los Persas, y pasa el Eufrates con un cuerpo

de escitas auxiliares.—Durante la marcha del ejército por la Mesopotamia, los jefes de muchas tribus de sarracenos le ofrecen auxilio y le regalan una corona de oro.—La flota romana, formada por mil y cien naves, cubre las aguas del Eufrates.—Descripción de las máquinas de sitio y de muralla: la balista, el onagro o escorpión, el ariete, el helépolo y el maleolo.—Juliano pasa el Aboras por un puente de barcas, cerca de Circesio.—Su arenga al ejército.—Enumeración de las diez y ocho provincias principales del reino de Persia y de sus ciudades. Costumbres de los habitantes.

LIBRO XXIV

Juliano entra con su ejército en Asiria y prende fuego al fuerte de Anatho, cerca del Eufrates, que se le rindió.—Deja a un lado algunas otras plazas y quema las abandonadas: Pirisabora, que se rinde, es incendiada.—Promete cien denarios de recompensa a cada soldado, recibiendo todos con desdén tan pobre donativo.—Con noble y enérgico lenguaje les trae a la razón.—Los romanos sitian la ciudad de Moagamalca y la destruyen.—Toman e incendian otra plaza bien defendida por su posición y fortificaciones.—Después de un combate en que destruyó Juliano dos mil quinientos Persas sin perder más que sesenta de los suyos, arenga a sus soldados y les distribuye numerosas coronas.—Renuncia a sitiar a Ctesifonte: manda imprudentemente incendiar su flota y cesa de seguir la orilla del río.—Viendo que no puede construir puente ni contar con la reunión del resto de sus fuerzas, se decide a retirarse por la Corduena.

LIBRO XXV

Los Persas atacan al ejército romano en marcha y son vigorosamente rechazados.—Faltan a los romanos pan y forrajes.—Asústase el Emperador por los prodigios.—Estrechado por los Persas, Juliano no reviste la coraza y se lanza imprudentemente en la pelea.—Hiérole una lanza.—Llevado a su tienda, exhorta a los presentes y muere después de haber bebido agua fría.—Cualidades y defectos de Juliano.—Su retrato.—Elección tumultuosa de Joviano, primicerio de los guardias.—Apresúranse los romanos a abandonar la Persia, y, en su precipitada retirada, son inquietados por los Persas y Sarracenos, a los que rechazan causándoles grandes pérdidas.—Tratado ignominioso, pero necesario con Sapor.—Impulsado Joviano por la escasez y murmuraciones del ejército, compra la paz con la entrega de cinco provincias y las ciudades de Nisiba y Singara.—Los romanos repasan el Tigris, y después de resistir largo tiempo y heroicamente los horrores del hambre, entran en Mesopotamia.—Joviano arregla como puede los asuntos de la Birla y las Galias.—El noble persa Fineses recibe de Joviano la inexpugnable plaza de Nisiba.—Expulsados los habitantes, se retiran a Amida.—Entregan también a los Persas, en conformidad con el tratado, cinco provincias, con la ciudad de Singara y diez y seis fuertes.—Temiendo Joviano sublevaciones, recorre apresuradamente la Siria, la Cilicia, la Capadocia y la Galacia.—Toma en Ancira el consulado con su hijo Verroniano, que todavía era niño.—Repentina muerte le arrebató poco después en Dadastena.

LIBRO XXVI

Valentiniano, tribuno de la segunda escuela de los escutarios, es designado, aunque ausente, emperador en Nicea, por unánime consentimiento de los órdenes civil y militar.—Observaciones sobre el bisiesto.—Valentiniano acude de Ancira a Nicea, donde por unanimidad queda confirmada su elección.—Reviste la púrpura, ciñe la diadema, y, con el título de Augusto, dirige una arenga al ejército.—Aproniano, prefecto de Roma.—Valentiniano, en Nicomedia, eleva a su hermano Valente a la dignidad de tribuno de las caballerizas, y poco después, con el consentimiento del ejército, le asocia al Imperio, en el Hebdomo en Constantinopla.—Reparto de las provincias y del ejército entre los dos Emperadores, que se adjudican el consulado, uno en Milán y el otro en Constantinopla.—Estragos de los alemanes en las Galias.—Sublevación de Procopio en Oriente.—Patria de Procopio, su origen, carácter y dignidades.—Permanece escondido durante el reinado de Joviano.—Improvisase él mismo emperador en Constantinopla.—Apodérase de toda la Tracia sin combatir.—

Seduca con sus promesas a muchos destacamentos de infantería y caballería que atravesaban la provincia.—Con hábiles palabras se atrae a los jovianos y victorios que enviaba Valente contra él.—Procopio hace levantar los sitios de Calcedonia y de Nicea y se apodera de la Bitinia.—Lo mismo hace con Cícico, después de forzar el paso del Helesponto.—Deserción de sus partidarios en Bitinia, Licia y Frigia.—Entréganlo vivo a Valente, que manda cortarle la cabeza.—Suplicios de Marcelo, pariente de Procopio, y de considerable número de sus adeptos.

LIBRO XXVII

Victoria de los alemanes, quedando entre los muertos los condes Charietton y Severiano.—Joviano, jefe de la caballería en las Galias, derrota separadamente a dos cuerpos de bárbaros y detroza otro, matando o hiriendo diez mil hombres.—Simaco y Lampadio y Juvencio, sucesivamente prefectos de Roma.—Damaro y Ursino, bajo la administración del último, se disputan el episcopado.—Descripción de las siete provincias de la Tracia y mención de las diferentes ciudades que se encuentran en ella.—Guerra de tres años hecha por Valente a los godos, que contra él habían enviado socorros a Procopio. Paz que la termina.—Con el consentimiento del ejército, Valentiniano confiere a su hijo Graciano el título de Augusto, y, habiéndole revestido la púrpura, le dirige una exhortación y lo recomienda a los soldados.—Irascibilidad, carácter rudo y crueldades de Valentiniano.—Los pictos, atacotos y escoceses causan estragos en la Bretaña, después de matar a los romanos un duque y un conde. El conde Teodoro los derrota y les arrebató el botín.—Estragos ejercidos por tribus moras en África.—Valente reprime el bandolerismo de los isaurios.—Prefectura de Pretextato.—Valentiniano pasa el Rhin, y, después de un combate mortífero para los dos bandos, derrota a los alemanes que se habían situado en una montaña elevada y los dispersa.—Carácter de Probo, su elevado nacimiento, riquezas y dignidades.—Guerra entre los persas y los romanos por la posesión de la Armenia y de la Iberia.

LIBRO XXVIII

Considerable número de senadores y mujeres patricias son acusados y condenados a muerte por magia, envenenamiento y adulterio.—El emperador Valentiniano guarnece con fortificaciones y castillos toda la orilla del Rhin por el lado de las Galias.—Los alemanes matan algunos soldados romanos empleados en una obra de éstas.—Los bandidos de Marathocypra, en Siria, exterminados por orden de Valente y arrasado su pueblo.—Teodoro restaura las ciudades saqueadas por los bárbaros en Bretaña, repara las fortificaciones de esta isla y reconstituye la provincia, a la que da el nombre de Valentia.—Olibrio y Ampelio son prefectos de Roma sucesivamente.—Vicios del Senado y del pueblo romano.—Los sajones en la Galia.—Los romanos aprovechan una tregua para sorprenderles y exterminarlos.—Valentiniano compromete a los borgoñones, con la falsa promesa de obrar de acuerdo, a lanzarse sobre el territorio alemán. Conocen el engaño y regresan a su país, después de matar a los prisioneros.—Desastres causados por los austurianos en la provincia de Trípoli y en las ciudades de Leptis y Cea, quedando impunes a consecuencia de los fraudulentos manejos del conde Romano, que engaña al Emperador.

LIBRO XXIX

Secretas pretensiones del notario Teodosio al Imperio.—Acusado en Antioquía ante Valente del crimen de lesa majestad, es condenado a muerte con sus numerosos partidarios.—Múltiples ejecuciones en Oriente por maleficios y otros crímenes verdaderos o supuestos.—Rasgos de crueldad y de salvaje barbarie de Valentiniano en Occidente.—Pasa el Rhin por un puente de barcas para sorprender al rey Macriano, pero fracasa el golpe por falta de soldados.—Teodosio, general de caballería en las Galias, marcha al África en contra del rebelde Firmo, hijo del rey moro Nabal; le derrota en muchos combates, le reduce a matarse y devuelve por este medio la tranquilidad a la comarca.—Irritados los quados por el inicuo asesinato de su rey Gabinio, se coligan con los sármatas, entran a sangre y fuego en la Valeria y la Pannonia y destruyen casi por completo dos

legiones. Prefectura urbana de Claudio.

LIBRO XXX

Valente invita a Para, rey de Armenia, a que acuda a Tarso, donde le retiene en horroroso cautiverio.—Para escapa con trescientos caballeros que había llevado consigo, burla a sus perseguidores y regresa a sus estados. El duque Trajano le hace asesinar en un festín.—Negociaciones entabladas por medio de delegados entre Valente y Sapor, acerca de la posesión de la Armenia.—Valentiniano tala algunos territorios alemanes. Conferencia con el rey Macriano, conviniéndose la paz.—Modesto, prefecto del pretorio, hace desistir a Valente de la idea de asistir personalmente a los tribunales. Tribunales y jurisconsultos; sátira de los abogados de la época.—Valentiniano marcha a Iliria para reprimir la invasión de los quados y de los sármatas. Atraviesa el Danubio y entra a sangre y fuego por territorio de los bárbaros, sin respetar edad ni sexo.—Muere de una apoplejía, provocada por sus arrebatos de furor, al oír a los legados sármatas querer justificar en su presencia a sus compatriotas.—Su genealogía y actos en el reinado.—Su carácter; inclinación a la avidez, al odio y al miedo.—Su hijo Valentiniano II es aclamado Augusto en el campamento de Bregeción.

LIBRO XXXI

Presagios de la muerte de Valente y de la invasión del Imperio por los godos.—Regiones habitadas por los hunos, alanos y otras naciones scyticas del Asia. Sus costumbres.—Los hunos se incorporan los alanos a viva fuerza o por tratado, y caen con ellos sobre los godos, a quienes arrojan de su territorio.—Los thervingos, la tribu más importante de la nación expulsada, son trasladados a Tracia, con el consentimiento de Valente y bajo promesa de sumisión y auxilio. Otra tribu, llamada de los gruthingos, pasa también el Danubio por sorpresa.—Los thervingos, maltratados por los oficiales del Emperador, y estrechados por la miseria y el hambre, se sublevan a las órdenes de Alavivo y Fritigerno y derrotan un cuerpo de tropas mandado por Lupicino.—Motivo de la sublevación de Sueridos y Colias, jefes de los godos, que, después de haberles recibido los romanos, degüellan a los habitantes de Andrinópolis y se reúnen con Fritigerno para devastar la Tracia.—Ventajas conseguidas por Profuturo, Trajano y Ricomeres contra los godos.—Encerrados los godos por los romanos en las gargantas del Hemus, y dejados en seguida, recorren la Tracia, señalando su paso con el pillaje, el asesinato, violaciones e incendios. Barcimeres, tribuno de los escutarios, es asesinado por éstos.—Frigerido, general de Graciano, mata a Farnobio, personaje muy considerado entre los godos y con él a multitud de godos y taifales. Los demás obtienen la vida y la concesión de un territorio en las orillas del Po.—Victoria conseguida por los generales de Graciano sobre los alemanes lencienses, pereciendo Priario, rey de este pueblo. Rindense los lencienses y suministran tropas. Permítenles regresar a sus hogares.—Sebastián sorprende y destroza cerca de Boroa a los godos, cargados de botín, consiguiendo muy pocos escapar. Graciano acude en socorro de su tío Valente contra los godos.—Valente se decide a librar batalla sin esperar la llegada de Graciano.—Todos los godos reunidos, los thervingos mandados por Fritigerio, y los gruthungos a las ordenes de Alatheo y Safrax, se encuentran con los romanos en batalla campal, ponen en fuga a la caballería y hacen extraordinaria matanza en la infantería, entregada a sus propias fuerzas y amontonada en estrecho espacio. Valente perece en esta batalla, sin que se encuentre su cadáver.—Virtudes y vicios de Valente.—Los godos vencedores sitian a Andrinópolis, donde Valente había dejado su tesoro con las insignias del Imperio, y donde se encontraban encerrados el prefecto y los miembros del consejo. Retíranse después de haber fracasado en todas sus tentativas.—Los godos unen a ellos, a fuerza de dinero, las bandas de los hunos y de los alanos e intentan en vano apoderarse de Constantinopla.—Artificio por medio del cual liberta de los godos el general Julio las provincias orientales del otro lado del Tauro.

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 128 Jacques Bénigne Bossuet, *Discurso sobre la historia universal*
- 127 Apiano de Alejandría, *Las guerras ibéricas*
- 126 Pedro Rodríguez Campomanes, *El Periplo de Hannón ilustrado*
- 125 Voltaire, *La filosofía de la historia*
- 124 Quinto Curcio Rufo, *Historia de Alejandro Magno*
- 123 Rodrigo Jiménez de Rada, *Historia de las cosas de España*. Versión de Hinojosa
- 122 Jerónimo Borao, *Historia del alzamiento de Zaragoza en 1854*
- 121 Fénelon, *Carta a Luis XIV y otros textos políticos*
- 120 Josefa Amar y Borbón, *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres*
- 119 Jerónimo de Pasamonte, *Vida y trabajos*
- 118 Jerónimo Borao, *La imprenta en Zaragoza*
- 117 Hesíodo, *Teogonía-Los trabajos y los días*
- 116 Ambrosio de Morales, *Crónica General de España* (3 tomos)
- 115 Antonio Cánovas del Castillo, *Discursos del Ateneo*
- 114 *Crónica de San Juan de la Peña*
- 113 Cayo Julio César, *La guerra de las Galias*
- 112 Montesquieu, *El espíritu de las leyes*
- 111 Catalina de Erauso, *Historia de la monja alférez*
- 110 Charles Darwin, *El origen del hombre*
- 109 Nicolás Maquiavelo, *El príncipe*
- 108 Bartolomé José Gallardo, *Diccionario crítico-burlesco del... Diccionario razonado manual*
- 107 Justo Pérez Pastor, *Diccionario razonado manual para inteligencia de ciertos escritores*
- 106 Hildegarda de Bingen, *Causas y remedios. Libro de medicina compleja.*
- 105 Charles Darwin, *El origen de las especies*
- 104 Luitprando de Cremona, *Informe de su embajada a Constantinopla*
- 103 Paulo Álvaro, *Vida y pasión del glorioso mártir Eulogio*
- 102 Isidoro de Antillón, *Disertación sobre el origen de la esclavitud de los negros*
- 101 Antonio Alcalá Galiano, *Memorias*
- 100 *Sagrada Biblia* (3 tomos)
- 99 James George Frazer, *La rama dorada. Magia y religión*
- 98 Martín de Braga, *Sobre la corrección de las supersticiones rústicas*
- 97 Ahmad Ibn-Fath Ibn-Abirrabía, *De la descripción del modo de visitar el templo de Meca*
- 96 Iósif Stalin y otros, *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.*
- 95 Adolf Hitler, *Mi lucha*
- 94 Cayo Salustio Crispo, *La conjuración de Catilina*
- 93 Jean-Jacques Rousseau, *El contrato social*
- 92 Cayo Cornelio Tácito, *La Germania*
- 91 John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*
- 90 Ernest Renan, *¿Qué es una nación?*
- 89 Hernán Cortés, *Cartas de relación sobre el descubrimiento y conquista de la Nueva España*
- 88 *Las sagas de los Groenlandeses y de Eirik el Rojo*
- 87 Cayo Cornelio Tácito, *Historias*
- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*

- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa* (3 tomos)
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española* (2 tomos)
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente* (3 tomos)
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*
- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*

- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclario, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España (9 tomos)*
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 *Juan de Mariana, Historia General de España (3 tomos)*